POR UN CARMELITA DESCALZO

YO EN DIOS
o
El CIELO

YO EN DIOS
o
EL CIELO

POR UN
CARMELITA DESCALZO

1973

(Contraportada)

Yo en Dios o el Cielo

¡Ser feliz! ¡La felicidad! ¡Vivir en la dicha de la felicidad! Es la ilusión que todos tenemos. Aspiramos a ser felices y no podemos dejar de desear ser felices. Todos soñamos en el cielo, donde seremos felices. Dios nos ha creado para ser felices, por eso lo deseamos todos.

¡El cielo! ¡El lugar de la felicidad! Seremos felices. Dios nos ha creado para ser felices. Dios nos hará felices. Pasada «la mala noche en la mala posada» de esta vida, amanecerá el mañana de la felicidad en el cielo. El cielo no es un sueño. El cielo supera todos los sueños y será una realidad. Dios nos dará la felicidad el cielo.

En el cielo, el lugar de la dicha, donde están todos los bienes y gozos juntos. Dios nos comunicará su propia vida y su misma felicidad y gozo, su sabiduría y su poder. El cielo es vivir en Dios la misma vida de Dios, la misma felicidad de Dios, el mismo gozo de Dios, participado y según la capacidad de cada uno. El alma estará llena de felicidad de Dios en el gozar, en el amar, en el saber, en la hermosura. ¡Será feliz!

En el cielo, en Dios, conocerá todo el universo, todos los seres. Conocerá y tratará a todos los Ángeles y a todos los hombres; los conocerá y los tratará colectiva e individualmente. Gozará con sus gozos y alegrías. Conocerá el mundo y sus acontecimientos.

Todos nos trataremos y conoceremos en el cielo, en el gozo de Dios, en la sabiduría de Dios y en su poder. Seremos ya para siempre felices viviendo en el mismo Dios, rebosando alegría y gozo en altísima sabiduría y conocimiento. Todos entonaremos la grande alabanza a Dios en la total admiración y total dicha.

He aquí lo que te presenta este libro de YO EN DIOS O EL CIELO. Produce su lectura mayor complacencia y gozo que todos los cuentos y novelas. Porque ésta es la grande realidad y la perfecta felicidad que Dios nos dará viviendo en Dios mismo en la gozosa compañía de todos los hombres gloriosos ya y todos hechos una misma cosa con perfecta unión en Dios. Su lectura te animará a trabajar para conseguirlo.

Que su conocimiento nos estimule a no salirnos del camino que a Él conduce. Dios es el camino, la verdad y la vida. Dios es la felicidad y nos ha creado para vivir su misma felicidad en cielo.

ÍNDICE

EL HOMBRE DESEA LA FELICIDAD PERFECTA 8

EL PREMIO DEL CIELO ANIMA A LA VIRTUD 16

EL CIELO, LA ORACIÓN, EL RECOGIMIENTO Y PENITENCIA 23

HISTORIA DE BARLAAM Y JOSAFAT 33

ANSIAS DE ALGUNAS ALMAS POR POSEER YA Y GOZAR LA FELICIDAD DEL CIELO 41

ETERNO SERÁ EL GOZAR TRAS EL BREVE SUFRIR 54

SE PIENSA EN EL CIELO DONDE SE VIVE LA FELICIDAD PERFECTA 60

LA HERMOSURA, LA BONDAD Y SUS EFECTOS, SEGUN PLATÓN 67

QUÉ ES LA FELICIDAD 74

QUÉ ES LA FELICIDAD, SEGÚN SANTO TOMÁS Y SAN AGUSTÍN 82

CIELO ESENCIAL Y CIELO LOCAL 89

LA BIBLIA DESCRIBE EL CIELO 98

SAN PABLO Y SANTA TERESA VIERON ALGO DEL CIELO 129

OTRAS VISIONES DEL CIELO QUE TUVIERON MUCHOS SANTOS 141

EL CIELO ES SOBRE CUANTO SE PUEDE VER, SOÑAR O ENTENDER EN LA TIERRA 156

¿QUÉ SERÁ EL CIELO? 166

PREPARACIÓN PARA DECIR QUE ES EL CIELO 175

LA VISIÓN DE DIOS ES EL CIELO 188

LA LUZ DEL CIELO 201

DANTE CANTA LA LUZ DE LOS BIENAVENTURADOS EN EL CIELO 216

LA LUZ DE GLORIA 222

LO OUE SE VE, SE ENTIENDE Y SE GOZA EN DIOS 233

EN LA GLORIA DIOS MUESTRA AL ALMA SUS TESOROS DIVINOS 248

VARIEDAD DEL CIELO. CONOCIMIENTO QUE EL BIENAVENTURADO TIENE DEL UNIVERSO Y DE TODOS LOS SERES 264

GOZO ESPECIAL DEL ALMA VIENDO, TRATANDO Y VIVIENDO EN JESÚS Y JESÚS EN ELLA 272

COMPAÑÍA Y CONVIVENCIA GLORIOSA CON LA VIRGEN Y CON LOS ÁNGELES 283

CONVIVENCIA DE UNOS BIENAVENTURADOS CON OTROS EN EL CIELO 297

AMOR Y COMUNICACIÓN DE LOS BIENAVENTURADOS CON LOS SERES QUERIDOS DE LA TIERRA 308

RELACIONES Y CONOCIMIENTO QUE LOS BIENAVENTURADOS TIENEN CON LOS HOMBRES, CON LA TIERRA Y CON EL UNIVERSO 314

GLORIFICACIÓN DE LOS CUERPOS RESUCITADOS 329

DE LAS DOTES GLORIOSAS DEL CUERPO Y DE LAS AUREOLAS 336

EL CIELO LOCAL 348

DONDE ESTA EL CIELO 358

GOZOS DE LOS BIENAVENTURADOS EN EL CIELO, SEGÚN SAN ANSELMO ... 370

VIDA Y CONVIVENCIA DE LOS BIENAVENTURADOS 374

GOZOS DEL CUERPO GLORIOSO 388

PIDE A DIOS EL CIELO Y LE DA GRACIAS PORQUE VIVIRÁ EN DIOS GLORIOSO 405

†

J. M. J. T.

PARA LAS ALMAS QUE ESPERAN EN DIOS

Fue el 7 de mayo de 1970. Como fiesta de la Ascensión de Jesús a los cielos nos reunimos la pequeña comunidad para tener lo que llamamos *colación espiritual*, que es la conferencia o conversación sobre un tema espiritual según tenemos preceptuado en nuestros desiertos los días más solemnes y establecieron los antiguos ermitaños.

El día tan señalado, el lugar tan acogedor, el ambiente tan apacible y el espíritu de los religiosos convidaban a hablar del cielo. Porque el tiempo estaba espléndido: diáfana la atmósfera, silencioso el sitio, el aire templado con el sol luciente que alegraba y no nos molestaba y ya próximo a esconder su rostro hermoso detrás de las montañas que nos rodeaban.

Sentados los religiosos, unos en unas piedras, otros en el borde del que fue estanque de la fuente del clavel, a la abrigada de boj y de un tupido tejo, veíamos despeñarse en espumosa cabellera la cascada del Carmen. Los ojos se recreaban en la maravillosa belleza de este abrupto y agreste paisaje del reducido valle hundido entre las escarpadas montañas, llenas de la más variada y exuberante vegetación, tapizadas de las flores de jaras y brezos, y, por lo mismo, sitio sobremanera ameno y alegre con la policromía de los árboles con sus hojas y flores de muy variado color y con el sonido del ruidoso Batuecas en su lecho de peñas.

Todo semejaba una maravilla edénica en un rumor callado e impresionante, que se metía muy dentro del alma y hablaba del misterio. Faltaba la palabra de vida que lo llenara de Dios.

Y llegó la palabra de Dios rebosando espíritu por un religioso, que empezó a hablarnos del cielo, al cual Jesús subió en este día. No podía haber en la tierra marco más precioso para el paisaje vivo

del cielo. Sobre la amenidad, variedad y encantadora belleza de este panorama único, vestido ahora con todo el esplendor de la primavera, hablar de la belleza y de la felicidad perpetua del cielo invitando a tener el pensamiento en Dios con los ángeles y con los bienaventurados, entre los que se hallaban tantos como en este valle se santificaron, era el ideal de luz más fascinadora.

No podía tratarse tema de mayor ilusión para nosotros, que nos habíamos alejado del mundo —que distrae y disipa— y nos habíamos recogido en esta hondonada solitaria y silenciosa de Batuecas. Se oían las palabras como aquellas primeras que Adán dirigió a Dios en el Paraíso, y animaban a santificar la espera de la entrada en la gloria, que se presiente en este edénico remanso de amor.

Con exuberante gozo oímos explicar que el cielo es la felicidad, porque es vivir a Dios, con Dios y la vida de Dios en el mismo Dios. El cielo es gozar del gozo de Dios con dicha ya perfecta y perpetua en el lugar de delicia colmada, que Dios ha creado para sus bienaventurados, donde quedarán satisfechos todos los deseos, donde se vivirá el gozo de todos los ángeles y bienaventurados y en su compañía y trato. Donde todos nos conoceremos y trataremos en dicha y amor, rebosantes de gozo y contento.

Tan íntima era la impresión causada y la alegría producida en todos, que ya parecía sólo deseábamos se abrieran las puertas de la gloria para saltar del callado y misterioso silencio de la soledad de Batuecas a la radiante luz y felicidad del cielo y entrar en la *visión de Dios*, a gozarnos en el mismo gozo de Dios.

Este es el origen de *Yo en Dios o el cielo,* el libro que tienes en tus manos. En él se trata de la vida y de la felicidad del alma ya en la gloria viviendo gloriosa en Dios, Sumo Bien y Suma Felicidad, viendo y poseyendo todas las cosas en Dios y en ellas mismas. Nos propusimos poner por escrito aquella Colación y aquí la tienes completada con todo lo mejor que después he leído en los santos, que son los que más saben del cielo, y en otros autores que tratan del cielo.

Es libro que completa a los escritos sobre *Al encuentro de Dios, Con Dios a solas*, *Dios en mí* y *Vivir en gracia*, que tanta aceptación han tenido y con tanto gusto y provecho son leídos. También este libro se escribe no para teólogos, sino para las almas

piadosas, y por ello en lenguaje que entiendan todas y con el mayor afecto posible. Dios te dé a ti —y nos dé a nosotros— esa delicia y esa felicidad, ahora encubierta en la gracia, en las virtudes y en la vida de amor, fin último del hombre y de todo lo creado, y después a ti y a nosotros se nos dé, ya descubierto, con la luz de la gloria, Dios mismo, infinito en la gloria y en la felicidad perpetua, y vivamos su misma vida y felicidad en El.

Esto te deseamos y pedimos para ti, lector amado. Esto pide tú para nosotros.

Batuecas, víspera de San José de 1971.

CAPÍTULO I

EL HOMBRE DESEA LA FELICIDAD PERFECTA

1.—Aún no ha alboreado la razón en el niño y ya inconscientemente y por instinto procura el bienestar y satisfacer su gusto. Cuando no puede conseguirlo lo reclama a su modo: con el llanto. La naturaleza del hombre necesariamente pide, busca y exige la felicidad con esperanza de conseguirla, o al menos el bienestar.

Dentro de nosotros, en lo más íntimo de la naturaleza, llevamos la inclinación continua y vehemente de ser felices; lo anhelamos con más vehemencia que la misma vida. Ni tenemos necesidad de maestro alguno que nos enseñe qué es la felicidad, aunque sí le necesitamos para que nos indique el modo de vida que nos conduce a la felicidad verdadera y segura y el que nos impide y aleja de llegar a su posesión. A todos nos ha creado Dios para la felicidad y ha puesto la inclinación, y aun la idea de ella, en nuestra naturaleza. Por esto se manifiesta ya en el niño antes que la razón. No es posible dejar de sentir la atracción del último fin.

Todas nuestras actividades van encaminadas a conseguir la felicidad o acercarnos a su calor cuanto nos sea posible. La busca el santo y el penitente en su recogimiento, en su oración, en su sacrificio y penitencia. La busca el disipado y el regalado saboreando sus pasatiempos, sus diversiones y sus delicias. Se antepone la felicidad a la vida. La desea el que cuida con exageración de su salud; la desea el que aborrece su vida de tierra, porque la que vive es desgraciada y quiere dejar de sufrir hundiéndose en el silencio de la muerte. Se busca con ansia en los trabajos, en los negocios, en el bienestar, en el descanso, en los bienes de fortuna, en el regalo, en la diversión, en la fama, en la honra, en los conocimientos de la ciencia, en los juegos y pasatiempos, en la amenidad de los paseos y conversaciones con los amigos, y cree ciertamente la encontrará en el amor correspondido. Espera llegar a vivirla en la po-

sesión de todos esos bienes.

El incesante trabajo en la ciencia, en la industria, en el campo, lo mismo que el nervioso y constante movimiento y traslado de los productos, de las cosas y de las personas, y los sorprendentes inventos después de mucho estudio, esfuerzo y constancia, tiene por fin hacer la vida más cómoda, placentera y regalada. Se busca la felicidad. Como se busca en la lectura de las obras de fantasía de la grande literatura y en ver las proyecciones, proporcionándose un recreo imaginario, ya que no pueda tenerse en la realidad. Al menos, soñar felicidad ficticia.

El tiempo y la experiencia muestran que tampoco está en eso ni la satisfacción ni la felicidad apetecida, soñada y buscada, pero no encontrada. Y el deseo de la felicidad no desaparece, antes se siente más fuerte y estimulante, renovándose el esfuerzo para realizar nuevas obras y empresas y conseguir, si no la felicidad, al menos el mayor bienestar posible.

El hombre y la sociedad se mueven con estas aspiraciones. Ellas impulsan las empresas, las revoluciones sociales y las convulsiones de los pueblos. No tenemos felicidad, pero hablamos de ella, la deseamos vehementemente, la procuramos sin escatimar esfuerzo alguno y nos ponemos a los mayores peligros para obtener la que soñamos o juzgamos nos la proporcionará.

Damos la enhorabuena deseando encuentren la prosperidad y la felicidad a los bien amados que empiezan un nuevo modo de vida. ¡Dios mío, que la paz y la concordia y la santa ilusión nunca dejen de alegrar mi mirada! ¿Cuándo me sonreirá el sol de la felicidad?

2.—En ningún estado ni en condición alguna se encuentra la felicidad en la tierra. Ya sé que almas muy veraces y muy santas dijeron alguna vez que eran felices y no faltaron a la verdad ni disminuyeron en santidad; y no solamente no eran felices, sino que expresaron en frases vehementes las incontenibles ansias que tenían de poseer la felicidad y lo terriblemente duro que se les hacía esta vida de destierro mientras llegaba la realidad de ver a Dios en el cielo. Ellos mismos explicaron que eran felices en esperanza solamente y por los atisbos del cielo que Dios les comunicaba alguna vez en su oración y retiro.

La tierra siempre es destierro, no es la Patria. En la tierra no puede sentirse la feliz dicha de la Patria. A lo más podrá percibirse el suave y amoroso eco de la felicidad, como murmullo apenas perceptible y lejano, y que pasó demasiado veloz. Vivir en el destierro es siempre angustioso.

3.—Esperan los hombres encontrar al menos las huellas de la felicidad en el bienestar que les proporcione la obra o empresa que con ilusión preparan. Pero la tierra es el lugar y tiempo de la siembra de la felicidad que se ha de recoger después de esta vida. En la tierra no se gusta fruto tan deseado y delicioso; no se gusta ni en el desenvolvimiento social, ni en el material y menos en el espiritual.

Durante muchos años, desde su marcha sobre Roma, dirigió Mussolini su nación con aplauso general y aun con admiración. Su nación alcanzó durante su mandato grandes adelantos industriales, bienes sociales y económicos y largo período de paz y seguridad. Cuando fue derribado, recibió el desprecio de los mismos que le habían aplaudido y nadie pudo, ni se atrevió, a librarle de la muerte que le dieron. Decía después su viuda que nunca había habido tanta paz en su casa como cuando vivía privadamente de su empleo. No dan la felicidad ni los bienes materiales, ni los puestos distinguidos, ni los aplausos, ni la fama.

San Juan Crisóstomo se deshace en gozo describiendo la paz que goza el monje en su pobreza y soledad y la zozobra en que vive el rey con su séquito y sus riquezas. Y era frase romana que cerca del Capitolio estaba la roca Tarpeya. De lejos, la grandeza fascina al hombre y la desea juzgándola como fuente de felicidad, y cuando la consigue, experimenta que es fuente de desazón. La felicidad está por encima de esos bienes y de cuantos se pueden soñar.

4.—*Desear la felicidad* —decía Santo Tomás— *no es otra cosa que desear que la voluntad quede completamente saciada. Y nada puede saciar completamente el natural deseo del hombre más que el bien perfecto, y esto es la bienaventuranza o felicidad*

([1]). *Poseer la verdad y gozar la bondad*. *Mas para la felicidad de esta vida es necesario que también el cuerpo sea feliz* ([2]).

En esta vida de la tierra ni el alma es feliz ni lo es el cuerpo, y aun me atrevo a afirmar que ni pueden serlo. Se desea, se busca la felicidad, pero es imposible poder llegar a obtenerla, aun cuando en un momento de optimismo parezca está ya como al alcance y se perciba su aliento.

Muy elegante y acertadamente dijo un poeta que en la tierra la felicidad es

Sueño que al alma fatiga,
luz que ante mí se derrama,
voz que impaciente me llama,
ansia que a vivir me obliga,
felicidad que me hostiga,
y en pos de mí siempre va,
que a un mismo tiempo le da
luz y sombra a mi deseo...
Yo en todas partes la veo
y no la encuentro en ninguna...
Vagamente dibujada
la encuentra el alma indecisa,
en la luz de una mirada,
en toda dicha esperada,
en la que pasó importuna,
en la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible
y no se alcanza en ninguna.
…….

[1] Santo Tomás de Aquino: Suma Teológica, I, II, q. V., a. VII y VIII.
[2] Id., id., I, III, q. IV, a. 5.

Tras de la sombra mentida,
que finge tu afán profundo,
buscándola por el mundo
vas consumiendo la vida;
sombra alcanzada o perdida,
en donde quiera que estés
por todas partes la ves...
Mas ¡ay, infeliz de ti!
¡Si llegas ya no está allí!
¡Si la alcanzas, ya no es!
¡Felicidad! Suelo vano
de un bien que no está en la tierra;
ansia que impaciente encierra
triste el corazón humano;
luz de misterioso arcano,
vaga sombra celestial,
mezcla de bien y de mal;
tú eres en mi corazón
la eterna revelación
de mi espíritu inmortal ([3]).

5.—Si algunos hombres dejaron escrito que eran felices, ciertamente no lo eran, ni aun con una felicidad muy condicionada, muy limitada y por muy breve tiempo; y la felicidad, para serlo, no ha de tener límites ni de inseguridad ni de tiempo. No eran felices ni podían serlo aun cuando por breves instantes fueran acariciados por brisas de bienestar y delicia.

Ni los santos fueron felices escogiendo la vida espiritual de recogimiento con Dios, o de apostolado por amor de Dios y del prójimo; ni lo fueron los hombres que escogieron el camino de la gloria y de la fama humana, o el camino del regalo, de la comodidad, de

[3] José Selgas: *Poesías: la Esperanza*.

darse gusto en todo y vivir las diversiones de la vida. Deseaban todos y procuraban la felicidad; los unos la procuraban para la vida futura del cielo; los otros, para la vida actual en la tierra; pero ni los unos ni los otros la poseían. El santo la tiene en esperanza de que Dios se la dará, no la tiene en la realidad actual. A ella se refieren cuando alguna vez hablan de que eran felices. Porque no poseían la realidad actual de la felicidad, vemos que deseaban con deseo vehemente salir de esta vida para ir a ver a Dios, y obtener ya la felicidad actual con la visión y posesión de Dios. Porque Dios es la felicidad perfecta e infinita y comunica felicidad y por la visión gloriosa de la esencia de Dios se obtiene la posesión de la felicidad. Ahora, en la tierra, sólo podemos tenerla en esperanza. Nos lo enseña la fe y la experiencia.

6.—Los santos buscaban a Dios, y en Dios la felicidad. Por todos es buscada, nos lo dice San Agustín con estas palabras: *¿Y a Ti, Señor, de qué modo te puedo buscar? Porque cuando te busco a Ti, Dios mío, busco la vida bienaventurada. Búsquete yo para que viva mi alma? Porque si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de Ti. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada —porque no la poseeré hasta que diga «basta» allí donde conviene que lo diga—, cómo la busco, pues?... ¿Acaso no es la vida bienaventurada la que todos apetecen sin que haya ninguno que no la desee? ¿Dónde la vieron para amarla? Ciertamente que tenemos su imagen no sé de qué modo. Mas es diverso el modo de ser feliz: el que lo es por poseer realmente aquélla, y los que son felices en esperanza. Sin duda que éstos la poseen de modo inferior a aquellos que son felices en realidad. Con todo, son mejores que aquellos que ni en realidad ni en esperanza son felices. Pero ni éstos desearan tanto ser felices si no tuvieran una noción de la felicidad del modo que sea. Pero que la desean es ciertísimo* ([4]).

Y más adelante el mismo San Agustín da la noción de la felicidad verdadera hablando con Dios: *Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo, que se confiesa a Ti, lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, y ese gozo eres Tú*

---

[4] San Agustín: *Confesiones,* lib. X, cap. XX, y *De la Trinidad*, lib. XIII, 5.

mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti. Esa es y no otra. Mas los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no el verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de gozo ([5]).

La vida feliz es, pues, el gozo de la verdad, porque este es un gozo de Ti, que eres la Verdad, ¡oh Dios, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío! Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad ([6]).

Cuando yo me adhiriere a Ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de Ti. Mas ahora, como al que Tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de Ti... ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? ([7]).

Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras ([8]).

7.—Cuando la atención del alma está fija en la hermosísima luz de Dios, que es la verdadera y única felicidad, todos los contratiempos y dolores y todas las pruebas y persecuciones que se presentan en la vida se ven orlados de alegría y de encanto.

Esta es la razón de las expresiones de felicidad relativa, que leemos de muchas almas enamoradas de Dios comunicándose su contento en la prueba y en el dolor. La esperanza y el amor los transforman.

Preso estaba en una cárcel de Japón y esperando la hora de ser quemado vivo por predicar a Jesucristo el Beato Francisco de Morales cuando escribe a sus hermanos los religiosos dominicos: «Es Dios Nuestro Padre Señor tan largo en misericordias, que no sólo recibí cuando me llevaban preso el mayor gusto que en toda mi vida había tenido, sino que jamás había entendido que, estando en la tierra, pudiese un hombre tenerlo tan grande como yo lo tenía

---

[5] Id., id, lib. X, cap. XXII.
[6] Id., id., lib. X, cap. XXIII.
[7] Id., id., lib. X, cap. XXVIII. Ver más adelante el capítulo VIII.
[8] Id., id., lib. X, cap. XXIX.

entonces en mi alma... Si quisiera dar oídos a mi personal inclinación, no cambiaría este lugar, que es para mí un paraíso, por los más deliciosos lugares del mundo... Cuando contemplo a Jesucristo clavado en la cruz con tales dolores y tormentos, la cárcel se me hace un paraíso de delicias» ([9]).

No tenían la felicidad, pero la gracia especial de Dios, el amor y la esperanza, hacían de la cárcel un paraíso; la veían como la antesala de la felicidad del cielo.

Es el lleno de felicidad muy relativa que han expresado muchos santos considerando su alma convertida en un paraíso por la presencia amorosa de Dios, y que Santa Teresa de Jesús, como otros muchos místicos, decía del gozo que entonces la comunicaba Dios no podía compararse con ningún gozo de la tierra, y con un solo momento que se tuviese, daba por bien pagados cuantos trabajos y pruebas, exteriores e interiores, hubiera pasado.

No se puede dejar de desear con gran deseo la felicidad para la cual hemos sido criados.

[9] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano,* 14 de septiembre.

CAPÍTULO II

EL PREMIO DEL CIELO ANIMA A LA VIRTUD

8.—Tan presente y tan imborrable como la inclinación y el deseo de ser feliz, tiene el hombre grabado en su naturaleza, al menos implícitamente, el deseo del cielo y una vaga idea de lo que será la morada o lugar donde únicamente puede vivirse perfecta la felicidad. El alma considera el cielo como el lugar dichoso donde se hallan juntos todos los bienes naturales y sobrenaturales o divinos, únicos capaces de hacer feliz al hombre.

El cielo ciertamente es el mismo Dios, la visión y posesión de Dios; pensamos que es un lugar de delicia, de hermosura y bienestar insoñable.

Con la visión y posesión de Dios en su esencia y perfecciones, recibe el alma participación de la misma vida feliz de Dios en todos sus atributos. Se hace bienaventurada y dichosa para siempre. Participará de las perfecciones y de la dicha de Dios en proporción de la gracia que adquirió en la tierra, y la participará para no perderla ya jamás ni aun disminuir en la delicia.

Con la participación gloriosa de la vida y perfecciones de Dios, infunde Dios en el alma el más alto amor y la satisfacción de todos los deseos en la exaltación más jubilosa y exuberante. En la tierra no puede la inteligencia formarse idea de la grandiosidad y hermosura de esos deseos, pero quedarán colmados en toda su capacidad de entender y gozar.

9.—El amor une las voluntades de quienes se aman. El amor de Dios une la voluntad del hombre con la de Dios y la voluntad de Dios con la del hombre. Dios da el amor. El cielo es el reinado del amor de Dios y del hombre. El amor de Dios guía al cielo enseñando la santidad y tiene su trono en el cielo. Las almas buenas se han

esforzado para vivir las virtudes con toda delicadeza y perfección mirando al cielo. El amor de Dios enseña la sabiduría para alcanzar mucho cielo. El amor de Dios transforma la esperanza en confianza. Confiaron las almas fervorosas en que Dios, su Amado, les daría el cielo, y no fueron defraudadas, y viven gloriosas en el cielo, en la felicidad del mismo Dios, y Dios las ha hecho felices con su visión gloriosa y viven en el cielo dichosas.

El amor procura la presencia de lo amado. El amor enamorado no guarda secretos para el amado. Dios ama con amor infinito mi alma, y quiere darme el cielo si yo correspondo a su amor, y en el cielo me mostrará los secretos de sus perfecciones infinitas, me dará su misma vida y me comunicará sus perfecciones y su dicha; eso es el verdadero cielo esencial. No puede darse mayor unión ni Dios mostrar mayor generosidad que hacerme feliz con su felicidad y dándome a vivir su misma vida.

10.—Las almas de virtudes, enamoradas de Dios, confiadas en la palabra que Dios ha dado (Salmo 118, 49), deseosas de verle, amorosamente le instaban para que cumpliera pronto su palabra y le vieran ya en la visión gloriosa. Santa Teresa le decía:

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis? ([10]).

Vivían en Dios y con Dios en amor; pero querían verle ya glorioso, y decían:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura ([11]).

---

[10] Santa Teresa de Jesús: *Poesías. Coloquio amoroso.*
[11] San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*.

La grandeza de la vida espiritual está en que se vive a Dios presente y amoroso en el alma. Está presente en realidad actual, pero todavía ni el entendimiento le ve claro ni en su esencia, sino a través de los velos de la fe, ni se le siente glorioso ni aun gozoso. La fe es faro seguro y cierto para llegar a Dios, pero es oscura.

El alma de vida interior, sobrenatural, sabe que tiene a Dios en sí misma y le mira y trata y se le entrega. El alma de vida interior trata y convive con Dios en el amor más íntimo dentro de sí misma; Dios obra la maravilla de la Santidad, pero el alma no le ve y le espera y le desea. Con el poeta dice:

Dichoso tú...
Pues en la vida tienes
de la futura gloria, gloria en rehenes;
pues este gozo sin zozobra alcanza
y adquiere posesión por la esperanza ([12]).

Espera ver a Dios glorioso en el cielo.

Las almas de intensa vida espiritual nos hablan algunas veces de regalos inefables que Dios las comunicó por modo maravilloso, regalos muy superiores a cuantas delicias se pueden fantasear o soñar. Sentían algo que hacía recordar la fragancia o el aleteo de la felicidad. Esta misma fragancia les aumentaba el ansia de entrar muy pronto, guiados por la mano de Dios, en el cielo a tomar posesión de la felicidad en la deleitosa visión de su esencia. Su ansia y su ilusión era ver a Dios, estar con Dios y viviendo en Dios poseer la felicidad anhelada.

Para obtener más intensa felicidad en el cielo con más clara visión de las perfecciones divinas, abrazaban más fuertemente la cruz, la mortificación, el recogimiento con Dios. San Pablo escribe que *él mismo no sabe si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe, fue arrebatado al Paraíso, donde oyó palabras que no es posible pueda un hombre expresar* (2 Cor 12, 4). Esa estancia en el cielo, aunque en rápida visión, acrecentó en su voluntad las ansias de ir allá ya definitivamente, moviéndole a decir: *Tengo deseo de*

[12] Fray Francisco de Jesús, C. D.: *Epopeya Mariano Concepcionista,* canto I.

verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo, que es, sin comparación, mejor para mí (Filip 1, 23). ¡Es la fuerte atracción que la felicidad ejerce sobre el alma! ¿Cuándo me veré yo en el cielo?

11.—La esperanza del cielo alentaba a los mártires en sus tormentos. La esperanza del premio en la felicidad del cielo daba perseverancia a los penitentes en sus sacrificios y sostenía a los confesores en sus trabajos. La esperanza de la imperecedera felicidad presenta la hermosa y brillante corona de dicha en el cielo como premio de su perseverancia en las virtudes.

Cuando en Marsella el juez que condenaba a terribles tormentos de martirio a San Víctor, pretendía burlarse del mártir porque dejaba la brillante carrera militar por las engañosas promesas futuras de los cristianos, el santo le dijo: *La prueba concluyente de la seguridad de estos bienes del cielo, que esperamos, son los suplicios que padecemos con tanta alegría sólo por alcanzarlos. Aquí estoy yo pronto para servir de nuevo ejemplo* ([13]). ¿Qué inquietud ni tristeza podía producirle perder el brillo humano de la carrera militar, si se iba con la palma del martirio a las delicias del cielo eterno? La gracia especial de Dios fortalecía su alma para perseverar gozoso en los tormentos del martirio por dolorosos que fueran; eran el testimonio de su amor a Dios y le proporcionaban mayor premio y gloria imperecedera en el cielo.

¿Qué podía mover a vivir en las soledades, aislados de la sociedad y del comercio de los hombres en una vida muy austera y dura, en silencio y oración, a tantos solitarios como vivieron en los desiertos y a tantos muy recogidos que viven en los conventos, ofrecidos del todo a Dios, si no es la esperanza del premio del cielo?

Cuando sentían el cansancio y la prueba de su vida de silencio, de penitencia, de soledad, se animaban a sí mismos como el grande San Macario y San Arsenio y animaban a sus discípulos no sólo repitiendo las palabras de *¿A qué viniste a la soledad?,* sino que desesperezaban el tedio de su cuerpo y de su espíritu con es-

---

[13] P. Juan Croisset, *Año Cristiano,* 21 de julio.

tas otras más valientes: *¿Para esto dejaste aquello?,* pues habían dejado muchos bienes y honras y se habían abrazado con la pobreza y ser desconocidos por la esperanza del cielo. ¿Qué esperaba en la tierra quien lo había dejado todo por Dios?

En el retiro con Dios no tenían apego a esta vida de la tierra y suspiraban por la vida del cielo. La vida de la tierra siempre es destierro. Esperamos el cielo. Tenemos la confiada esperanza de ser felices para siempre en el cielo. Esperamos vivir la felicidad perfecta e insoñable en el mismo Dios.

Esta esperanza animaba y alegraba al solitario que encontró un rey, y preguntándole el rey si no vivía triste estando tan solo, le respondió el solitario que tenía un secreto que se lo alegraba todo. Deseando el rey saber ese secreto, le dijo el solitario que mirara por un agujerito de su ermitilla y viera. El rey nada veía, y le dice de nuevo el solitario: «¿No ve el firmamento, el cielo? ¡Aquel cielo todo me lo alegra! ¡Aquel cielo para siempre!... ¿No voy a estar alegre?»

12.—La esperanza del premio del cielo daba fortaleza y contento a tantos mártires que por confesar a Cristo y no perder el cielo abrazaron tormentos insufribles sin una gracia especial del Señor. La esperanza de que serían largamente recompensadas sus penitencias y su apartamiento de lo mundano llenó las soledades y lugares retirados de almas heroicas en santidad y continúa llenando los conventos; almas santas que renuncian a la abundancia y abrazan la pobreza con sus molestas incomodidades, y el retiro y el silencio para vivir más perfectamente las virtudes en Dios y con Dios y como en antesala del cielo. Ninguno abraza el martirio, ni la penitencia, ni e1 silencio, ni se abstiene de las diversiones y disipaciones, ni de los goces del mundo, ni se aparta del trato de los hombres, por gusto y recreo del cuerpo. Todos abrazaron y sacrificaron sus gustos y complacencias, como los abrazan y sacrifican hoy, por el premio del cielo y para amar más a Dios. Renuncian a lo mundano y matan su amor propio y propio gusto para crecer hasta transformarse en el amor de Dios, para hacer la voluntad de Dios en todo y ganar mucho cielo.

La fe me enseña que calladas e imperceptibles armonías de cielo y fragancias de paraíso y luces del empíreo embellecen y so-

brenaturalizan el silencio de los conventos, y multitud de ángeles y bienaventurados llena la soledad de la celda y el retiro de los claustros, y Dios acompaña y habita amoroso en el alma que se retiró de los hombres para ser su morada. No está mi alma sola cuando, siguiendo el llamamiento de Dios, me retiro con El a solas. Sé con certeza de fe que Dios está presente en mí, está siendo mi vida, está transformando misteriosamente mi alma para unirla en amor con El y hacerla amor suyo, y con Dios están los ángeles y bienaventurados, con los que he de vivir y gozarme después en el cielo.

Viviendo así en Dios y con la compañía de los ángeles en mi retiro, esperaré ansioso, en prueba o en gozo, el momento en que Dios me llame a verle ya glorioso y me llene de felicidad en el cielo. Mira al cielo, alma mía, mira a tu Dios mientras vives en la tierra, y habla con El esperando el alborear del día de la felicidad en su gloria. Mira al cielo, habla y mira a Dios presente en ti y en quien vives, aunque ahora parece oculto; déjalo todo por vivir y amar a Dios, tu cielo, y, sumergida en Dios, esperarás ansiosa el momento de entrar en la gloria, donde te llenará de dicha y felicidad; mira la corona de gloria con que coronará tus privaciones y tu amor en la tierra, pues *no son de comparar los sufrimientos presentes con aquella gloria prometida* (Rom 8, 18).

13.—Decídete a *vivir como ciudadano del cielo,* según consejo de San Pablo (Filip 3, 20). Con diligencia atiende a que tu conversación y tus pensamientos y amores sean sobre el cielo y con el Creador del cielo, que es tu Padre, como son los pensamientos, conversaciones y amores de los ángeles. Considera como dichas para ti las palabras que con ternura inmensa dijo Dios a Santa Teresa: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles* ([14]); practícalo como ella, pues para eso te ha creado el Señor; vive con Dios y con los ángeles y será tu vida como ensayo de la del cielo, llena de luz y de amor. Habla con Dios y con los ciudadanos del cielo, que, aun cuando tus oídos no oigan su contestación, ellos la grabarán siempre en tu alma con verdades de gloria, y transformarán en cielo tu retiro y a ti misma. Mírate en la hermosura de Dios, y mira tu retiro lleno de armonías y luces de

[14] Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 24, 7.

Dios; pues estás en Dios, háblale, mírale. El no deja de mirarte y de hablarte y ofrecerte su amor.

No preguntemos ni a los hombres de sociedad, ni a los destacados en sola ciencia humana, ni aun a los teólogos que cultivan poco el trato con Dios, que nos aclaren el heroísmo de estas almas admirables que lo dejan todo para ser totalmente de Dios en sobrenatural retiro. Sólo los que viven el amor de Dios tienen luz de cielo para comprender el tesoro, la ganancia y la hermosura de esta vida con Dios en ejercicios de virtudes, y es natural la menosprecien y desestimen los no espirituales, posponiéndola a la actividad y al trato y conversación con los hombres, como juzgaron despilfarro el bálsamo que la Magdalena vertió para ungir a Jesús. Ignoran lo que se gana en estar con Dios y tratar con Dios.

Las almas de trato y amistad con Dios y de sabiduría de cielo repetirán como la suma de la perfección y de la ganancia:

> Olvido de lo criado,
> memoria del Criador,
> atención a lo interior
> y estarse amando al Amado ([15]).

[15] San Juan de la Cruz: *Poesías. Suma de la perfección.*

CAPÍTULO III

EL CIELO, LA ORACIÓN, EL RECOGIMIENTO Y PENITENCIA

4.—Tímidamente llamé con suavidad a su puerta, y una voz apacible y acogedora me facilitó la entrada. Tenía delante de sí, estribado sobre la cruz, este letrero: *Vive en tu celda y considérala como un paraíso. Desecha todo recuerdo de mundo* ([16]), y sobre la sencillísima mesa leía en un libro: *Columba cantaba esta antífona, que es como un suspiro, un deseo y una profecía: Ábreme, Señor, las puertas de tu Paraíso para que vuelva a aquella Patria donde la muerte no existe, donde la dulzura del gozo es perpetua. El ardor con que le deseo abre en mi carne y en mi alma una desgarradora herida, que sólo podrá curarme una mirada suya en el cielo* ([17]).

Me miró con ojos de bondad. La de su alma se traslucía por ellos. Medio avergonzado y tímido, dirigí yo los míos a los suyos, al libro, a la cruz, al letrero. Emocionado por la impresión y la veneración, no acertaba a expresar cuanto venía a exponerle y consultarle. Lo había pensado y ordenado muy bien y había escogido aquel lugar de retiro, silencio y santidad para consultar al hombre santo y prudente.

15.—Como si viera mi aturdimiento interior y le fueran manifiestos mis pensamientos, me insinuó con amorosa sencillez lo que él hacía:

—Estaba —me dijo— pensando y deleitándome en la luz del cielo, en las armonías del cielo, en la compañía que tendremos en

---

[16] Fray justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* 7 de febrero.
[17] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 18 de septiembre.

el cielo y ya tenemos en este retiro. Esclarecen mi entendimiento y alegran y encienden mi voluntad los hechos de estos santos cuyas vidas diariamente leo. Ellos sufrieron y vivieron pensando en el cielo, y ahora están allí para siempre gozando en dicha y recogen en delicia el fruto de sus sufrimientos y virtudes. Otros encuentran sus complacencias en recrearse con la compañía y vista de los hombres, con los acontecimientos y diversiones, con los juegos o espectáculos. Yo encuentro mi contento y recibo fortaleza y enseñanza mirando, escuchando o pensando y leyendo en la hermosura y felicidad del cielo que espero y en la amable compañía de los ángeles y de los santos que están gloriosos en Dios. Gusto de tratar con ellos ahora en este mi retiro. De este trato saco fortaleza en la fe y sabiduría sobrenatural para amar cada día más los sufrimientos, la penitencia y el recogimiento. Con su compañía y trato encuentro el bienestar espiritual en la atención callada de ofrecimiento a Dios, aunque diste aún mucho de la abundancia y gozo con que la vivía el santo que dijo esas palabras —y señalaba al letrero que delante de sí tenía.

—Pero ahora —le indiqué yo— no suele tenerse por tan perfecta esa doctrina de que no se recuerde ni se trate con el mundo, sino la contraria, de que vayamos al mundo y le tratemos, pues su trato hará mucho bien a la vida espiritual de cada uno y se hará mucho bien a los que viven en el mundo. Que huir del mundo es egoísmo y cobardía. Perdone —añadí— me haya atrevido a exponerle esta insinuación interrumpiendo lo que me enseñaba. He venido hasta aquí, temiendo quitarle su quietud y silencio, para conocer su pensamiento sobre esto y que me esclareciera esta duda y confusión, que en los momentos actuales me enseñan.

— ¡Ay!, amadísimo —me dijo, sonriendo con amabilidad—, yo no poseo la ciencia para exponértelo con claridad y hermosura, como ello merece y tú crees y esperas en tu benignidad conmigo. Pero sí tengo la fe firme y el conocimiento cierto de lo que Jesucristo nos enseñó y mandó, del ejemplo de su vida y de la doctrina y hechos de los santos que nos han precedido desde Jesucristo hasta estos tiempos. Mira bien que las opiniones de los hombres y sus juicios cambian, pero los hechos de Jesús y sus palabras en el Evangelio no cambian y permanecerán hasta el fin de los tiempos. Yo no me atrevo a dejar de ir por el camino que anduvo Jesús y

que siguieron los santos. Veo que es camino seguro para el cielo y Jesús vino a enseñármelo, y esto me mandan sus palabras. Los santos se santificaron por ese camino y aun por ese camino convirtieron el mundo. Dios hizo milagros para reafirmar ese modo de vida. La palabra de Dios es invariable, a pesar de cuanto digan o interpreten los hombres. Aseguremos el cielo.

16.—Porque el cielo, para el cual hemos sido criados, es una maravilla tan grande y sobrenatural, es algo tan insoñable y sobreexcedente, que no puede compararse con él cosa alguna ni puede criatura alguna de suyo merecerlo. Nos lo da Dios y ha tenido Dios la bondad de criamos para esa luz, para esa belleza, para esa felicidad, que no sólo no podemos soñar, pero ni aun tener idea proporcionada hasta que Dios nos la dé con su visión en la gloria.

Dios nos ha criado para el cielo y se lo da a todos los que van por el camino que nos tiene prefijado y anduvo Jesucristo. No se llega al cielo por otro camino, y va infinita ganancia en ir por camino seguro o pierde infinito el alma que va por camino errado y nunca puede llegar al cielo.

El mismo Jesucristo nos mandó: *Entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición y son muchos los que entran por él. ¡Oh, qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida eterna, y qué pocos los que atinan con ella!* (Mt 7, 13-14).

Y Jesucristo también nos lo señaló cuando dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre si no es, por mí* (Jn 14, 6). Y aún precisó más el camino necesario con estas palabras: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz y sígame..., porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? O ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida?* (Mt 19, 21). Todas son palabras del mismo Jesucristo; quiso expresar con toda claridad y aun repetir varias veces su deseo y su mandato para que no hubiera tergiversación.

Porque conocieron claramente su deseo, su doctrina y su mandato, se alejaron del mundo y de las disipaciones y regalos mundanos cuantos aspiraron a la perfección y a un trato más amoroso e íntimo con Dios y se retiraron al recogimiento, oración y mor-

tificación para asegurar el cielo.

Recuerda el hecho extraordinario de San Pablo, que había de ser el Apóstol más caracterizado de los gentiles y el más activo y dinámico; cuando recibió la luz de la verdad de los labios de Jesús, se retiró del mundo y se fue a la soledad, donde permaneció con Dios tres años (Gal 1, 17). Y aquel San Antonio Abad, que fue como la personificación perfecta y atrayente de las almas entregadas a Dios y a la contemplación en retirada soledad, tomó la determinación de vender cuantos bienes tenía, dárselos a los pobres y alejarse del mundo y del trato de la sociedad cuando oyó leer en la iglesia las palabras que Jesús dijo al joven que guardaba los preceptos de Dios desde su niñez: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme* (Gal 1, 17). San Antonio lo hizo, y con su ejemplo y su santidad llevó en pos de sí muchos miles de hombres que, como él, renunciaron a todo y se fueron a vivir en pobreza y oración a la soledad, y con su ejemplo y santidad influyeron en la propagación de la fe por el mundo y en la conversión de las almas con eficacia maravillosa. Dios aprobaba su vida con milagros.

Y el maravilloso misionero San Francisco Javier, cuando fue destinado a convertir las almas a la India, movido de esta doctrina, ni aun fue a Javier a despedirse de su familia, ofreciendo a Dios este sacrificio por lo mucho que le amaba. ¿Y quién en la actualidad superará su celo ni su amor? ¿Quién llevará a Dios tantas almas como él llevó? Esos santos obraron maravillas o Dios en ellos y por ellos. Imitaron a Jesucristo. No fueron mundanos y huyeron del mundo. Yo no los conceptúe ni cobardes ni egoístas.

17.—Jesucristo fue el modelo único perfecto de los santos y el camino por donde llegaron a la santidad y al cielo y por donde únicamente hemos de alcanzar todos la santidad y la felicidad eterna prometida. Cuantos no vayan por este camino —y menos los que salen de él— no pueden llegar jamás a tan deseado bien. San Pablo nos enseña que aun cuando un ángel nos anuncie doctrina contraria a Jesús crucificado, no le creamos (Mateo, 19, 21), y San Juan

de la Cruz, que obremos en cada acción como obraría Jesucristo en estos momentos ([18]).

Pero Jesucristo decía, sin vacilación y terminante, a sus Apóstoles: *Como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece* (Jn 15, 19). Y en la Oración al Padre le dice, rogando por sus Apóstoles: *Porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo* (Jn 17, 14). Exigía, y continúa exigiendo inexorablemente a las almas escogidas con tanto amor y predilección, una voluntad firme y determinada para no desistir, suceda lo que sucediere; por eso dijo esta sentencia terminante: *Ninguno que después de haber puesto su mano en el arado y vuelve sus ojos atrás, es apto para el reino de los cielos* (Lc 9, 62).

Haciéndole con mi cabeza y mano señal de mi asentimiento a cuanto me explicaba, le dije: —Me parece muy clara esta doctrina y considero es la que Nuestro Señor Jesucristo nos enseña en el Evangelio, ni se había nunca despertado duda alguna en mí hasta los momentos actuales. Pero quieren convencerme ahora de que no se debe dejar de acudir al mundo ni de tratar con el mundo y es más perfecto y apostólico estar muy enterado de lo que se hace en el mundo mundano y asistir a sus reuniones, espectáculos y diversiones para encauzarlos hacia Dios y en ellos se ganan las almas. Me dicen ser hoy eso lo más apostólico y perfecto; y como convertiremos las almas es procurando el bien social y el trato con las gentes y asistiendo a sus reuniones. La penitencia ni es casi compatible con el apostolado, ni ayuda a la perfección, ni conduce a nada. Como chocan con las ideas que siempre he aprendido y procurado vivir, vengo a conocer su parecer, que tanto aprecio, y a que me enseñe la verdad con exactitud.

—¡Oh amadísimo! —me dijo de nuevo con amor compasivo—. Ni ese modo de pensar ni esas ideas son novedad de estos tiempos. Siempre que ha faltado el amor de Dios, se ha perdido el espíritu de mortificación y se ha propagado y razonado con esa doctrina. Repasa en tu memoria las diferentes épocas de la historia del mundo y de la historia de la Iglesia y los años que preceden a las grandes conmociones sociales. No quiero decirte que tras de Vol-

---

[18] San Juan de la Cruz: *Avisos,* 160.

taire y de los volterianos viene la sanguinaria Revolución francesa. Esta es la cumbre que divide las dos vertientes de la Iglesia y aun del mundo, y las continúa dividiendo. En una vertiente están las épocas de gran fervor y santidad de los sacerdotes y Órdenes religiosas, y paralelo a ese fervor es la fe y fervor de los pueblos y de la sociedad; porque el estado de los sacerdotes y religiosos se ve en el estado de la sociedad y de los pueblos, y el estado de los pueblos en el de los sacerdotes y religiosos. Pues no deja de cumplirse que *como es el pueblo, así es el sacerdote* (Is 24, 2). Cuando se vive la tibieza y el desbordamiento de doctrinas y de costumbres en la sociedad seglar, es indefectiblemente porque no hay en los sacerdotes y en las Órdenes religiosas el fuego de santidad y la fe viva de virtudes para derretir el hielo de frialdad religiosa y para orar y expiar por los pecados de los pueblos, fin primario de los consagrados a Dios. En esta época de tibieza, materialismo y falta de fe queremos derretir ese hielo metiéndonos en él, y quedaremos también helados.

En las épocas tormentosas y de tibieza y materialismo, Dios ha mandado siempre sus grandes apóstoles, sacerdotes, religiosos y seglares para que enciendan en vida espiritual y en virtudes los corazones y vuelvan los días heroicos de abnegación, de caridad, de íntima espiritualidad y virtudes. Esos apóstoles convierten el mundo no haciéndose al mundo, sino retirándose del mundo y de lo mundano y alejándose de todo lo que disipa y distrae, y llenándose de Dios. Los santos han sido soles de Dios puestos por El en su Iglesia para iluminarla y santificarla, y son los jardines de hermosura de las épocas de gran fervor de espíritu. Dios enviará ahora esos santos, nuevos soles suyos, que nos enciendan y abracemos todos las virtudes y vida santa.

18.—En estos momentos —me decía con afecto— se ha de permanecer más firmes en la fe, *porque ésta es la victoria que vence al mundo vuestra fe* (1 Jn 5,4). Los Apóstoles San Pedro y San Juan nos exhortaron diciendo: *Habéis de resistir al demonio y al mundo permaneciendo fuertes en la fe* (1 Pedro 5, 9), sin dejarnos llevar de novedades contrarias al Evangelio.

Los santos fueron por el camino señalado por Jesucristo y llegaron al cielo e hicieron florecer en hermosura la Iglesia y su tiempo, y ahora nos los presenta la Iglesia a la veneración para que

acudamos a ellos y los tomemos por intercesores y también por modelos. Dios ha confirmado su vida y enseñanza con milagros.

Recordemos lo que nos dejaron escrito las piedras fundamentales de la Iglesia, que son los Apóstoles. Conoces la energía con que San Pablo anatematiza al que quiera presentar otro modo y otro camino nuevo y distinto. El no enseñaba y no predicaba más que a Jesucristo crucificado, que entonces, como ahora, *es motivo de escándalo para los judíos y parece una locura a los gentiles* (1 Cor 1, 23). No conocía ni había otro camino para el cielo. Era el seguro y único. El cristiano no tiene que hacerse al mundo, sino convertir el mundo a Jesucristo y orar y expiar por el mundo.

La esperanza del premio en el cielo movía a San Pablo a abrazar con determinación el sacrificio y vivir abnegadamente la virtud como ha alentado siempre a las almas fervorosas y continúa alentando a todos cuantos nos alejamos del mundo y de las curiosidades para procurar vivir la perfección. Sin el recuerdo del premio en el cielo a mí me faltaría el estímulo para el sacrificio y para vencerme y vivir recogido, como creo te faltaría a ti, y ni tú ni yo abrazaríamos el menosprecio y ser postergados sino a la fuerza. Muy claro me dice mi razón que no es cordura humana ni es razonable abrazar el sacrificio, ni el dolor, ni admitir la humillación por sí mismos; se abrazan y se aman y me niego a mí mismo porque Jesucristo lo mandó y porque tienen en el cielo recompensa eterna prometida por Dios; como me alejo de los hombres no por gusto santoral, sino para tener y vivir más íntima vida espiritual en trato con Dios y estar preservado de muchos peligros que me lo impedirían. El premio del cielo me estimula y fortalece para renunciar a lo mundano. Sólo por Dios lo hago; sólo por Dios y por el premio del cielo.

19.—Como bien ves no son palabras mías ni de ahora, pero no han dejado de ser actualmente tan verdaderas como antes. Recuerdas que San Pablo escribe a Timoteo: *He combatido con valor, he concluido mi carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada y que me dará el Señor en aquel día, como justo juez, y no sólo a mí, sino a los que llenos de fe esperan su venida* (2 Tim 4, 7-8). Y animando a los corintios escribe: *Todo lo cual hago por amor del Evangelio, a fin de participar de sus promesas... Corred, pues, de tal manera que*

ganéis el premio (Cor 9, 23-24). Si no corro no me ganaré premio ni me puede dar Dios la corona no ganada.

El Apóstol no pierde de vista este premio del cielo. Cuando el Sanedrín le acusa ante el gobernador romano, se defiende diciendo: *Por causa de mi esperanza de la resurrección de los muertos es por lo que voy a ser condenado* (Hechos 23, 66). Y entona la alabanza más encomiástica y valiente a la fe: *porque si nuestra fe es la victoria que vence al mundo y la fe es el fundamento de las cosas que se esperan y un convencimiento de las cosas que no se ven* (Heb 11, 1), la fe en el premio del cielo iluminó la inteligencia y fortaleció la voluntad de los santos que vivieron antes de Jesucristo para practicar las virtudes y los prodigios que realizaron y el Apóstol enumera con entusiasmo.

También la fe y la esperanza en el premio del cielo, juntas con la gracia muy especial que Dios les comunicaba, de tal manera fortalecía y animaba a los mártires heroicos y a los santos del cristianismo en todo el correr de los siglos, que nos maravilla y admira a nosotros, aun sabiendo que es Dios quien extraordinariamente lo da, como maravillaba a los verdugos que los causaban los más terribles tormentos que podían y se les ocurrían al verlos tan alegres en tan irresistibles torturas.

Porque la fe y la esperanza del cielo, con la gracia especial de Dios, llenaba de alegría la boca de San Lorenzo, cuando le tostaban en las parrillas, y ponía contento en San Vicente cuando era descoyuntado y despedazado, y en las delicadas jovencillas, como Santa Justina, en sus torturas, y Santa Eulalia, la cual decía en el tormento: «Yo soy un libro en que estás escribiendo tu nombre.»

La fe y la esperanza del cielo, con la gracia de Dios, embelleció y casi como divinizó la vida en la soledad a San Pablo el Ermitaño y a San Antonio Abad, y la de tantos miles de hombres como la abrazaron y en ella se santificaron y recibieron mercedes dulcísimas muy envidiables, en las penitencias que hacían y en la vida de trato continuo que con Dios tenían. Y la fe y la esperanza del cielo hizo este mismo prodigio en las mujeres que, como los hombres, se retiraron a la soledad viviendo penitencias pavorosas, como Santa María Magdalena y Santa Tais, en la continua comunicación que tenían con Dios, como lo ha hecho y está haciendo actualmente en tantos hombres y en tantas heroínas que dejan todas

las comodidades y bienes para encerrarse en los claustros y vivir entregadas sólo para Dios en oración y sacrificio. Aun en esta vida, Dios da, como prometió, el ciento por uno a quienes viven santamente.

20.—San Pablo esperaba confiado que este exorbitante premio del cielo era para siempre y deseaba ir a gozarle pronto y estaba firmemente persuadido de que *los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8, 18). El premio del cielo le hacía amable y deseable la persecución.

Y es que el recuerdo del cielo, como premio soberano, pone fortaleza en mi alma y en todas. El recuerdo del premio del cielo me ha movido a mí al retiro y silencio para estar y tratar con Dios, y ha hecho siempre amables el sacrificio y la persecución, y hasta el menosprecio y la calumnia. El premio del cielo, iluminado con su luz sobrenatural, enseña a renunciar las disipaciones y curiosidades mundanas y aun los lícitos solaces con los hombres, y a muchas noticias y acontecimientos. Por el premio del cielo han pedido los santos cruces.

Admirado y embelesado escuchaba yo la hermosura y naturalidad con que brotaban de sus labios estas luminosas y atrayentes verdades. Y aún añadió, mirándome como miran los santos: «Repasa en tu memoria, aunque sólo sea con la rapidez del relámpago, algunas historias de los héroes de Dios en la santidad. Porque Dios tiene sus héroes maravillosos y encantadores, muy diferentes de los héroes que aplaude la sociedad mundana y de los héroes de las guerras y de las ciencias. Mira los héroes de Dios sufriendo el martirio, o la penitencia o practicando la virtud. Míralos ejercitando el apostolado activo o la vida escondida y abnegada de oración, recogimiento y mortificación, pero siempre ofrecidos a Dios por la propia santificación y por la salvación de todos los hombres, y para que Dios sea conocido y amado del mundo entero. En todos los santos se ve brillar, como sol clarificador, la esperanza del cielo y el deseo de llegar a poseer a Dios gloriosamente. Cuando Jesús pregunta a Santo Tomás qué premio quiere por lo bien que de Él ha escrito, el Santo le contesta: *No quiero otro premio que a Ti mismo;* y San Juan de la Cruz, a la misma pregunta, da por respuesta: *Señor, te pido padecer y ser despreciado*. El premio es Dios en el cie-

lo.

Tú mismo recordarás de tus lecturas espirituales algunos hechos que confirman esto mismo.»

Me sorprendió esta inesperada alusión a que yo contase algún hecho y, más para darle un poco de descanso que por narrar alguno, le dije: «Ciertamente se me viene a la memoria el martirio de San Aurelio. Dominaban los sarracenos en España y perseguían a los cristianos queriendo imponer la ley de Mahoma en toda España. Condenaron a San Aurelio a varios tormentos y, por fin, a la muerte por no querer renegar de Cristo. Cuando le llevaban a la muerte se animaba a sí mismo diciendo: *Nada me arredra. Cristo es el gran consuelo de mi vida, y toda mi ganancia, morir por Él. Este mundo es para mí un caos tenebroso, y sólo pensar que voy a dejarlo y me voy al cielo me llena de felicidad* ([19]). Y lo dejó dichosamente por el martirio y está glorioso en el cielo disfrutando perpetuamente el apremio.»

¡Qué contento —me dijo él– recibo yo leyendo las vidas de los santos, y veo lo reciben casi todos. Mucho anima esa lectura a imitarlos e ir por su camino, y son muchos los que con esa lectura han dado vuelta radical a su vida. Leyendo las vidas de los santos, tomó San Ignacio la decisión de dejar el mundo y entregarse totalmente a Dios, y fue santo, como sabemos; y San Agustín tomó la decisión firme cuando oyó el *toma y lee* y leyó las palabras de San Pablo. No sé si alguna vez habrás leído la historia de Barlaam y Josafat.

Le dije que nunca había oído hablar de ella. Y me dijo:

—Es preciosísima y sumamente aleccionadora. Tuvo muchísima influencia en la historia de la literatura, y más aún en la historia de la Iglesia en toda la Edad Media.

---

[19] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano,* I, A., 27 de julio.

CAPÍTULO IV

HISTORIA DE BARLAAM Y JOSAFAT

21.—Con el mayor afecto que pude indiqué al religioso que, aun cuando le sirviera de un pequeño sacrificio, tuviera la bondad de contarme esa historia de Barlaam y Josafat, pues decía era tan instructiva, y yo, para instruirme, me había acercado hasta él.

Empezó diciendo así:

—En los *años cristianos* se escribe esta hermosa historia ([20]), hermosa y edificante en grado máximo. Pero esta historia no ha tenido realidad; es una leyenda o una novela religiosa, como diríamos hoy, atribuida al gran escritor y pensador San Juan Damasceno, y muy digna de él. La escribió un monje solitario de la Laura de San Sabas ([21]), uno de tantos monjes innominados y sabios como han vivido en los conventos y en las soledades. Tuvo grandísima influencia en los escritores medievales, como te decía, y la tuvo aún mayor en las almas consagradas a Dios y a alcanzar la perfección en los conventos. Es obra literaria como novela y es magnífica obra espiritual, apologética y aun histórica.

Expone compendiosa y admirablemente las verdades del cristianismo y sus pruebas y exalta con elegancia y viveza la grandeza de ánimo y los heroísmos de virtudes de las almas consagradas a Dios en la soledad, en el retiro y alejamiento del mundo, en una vida pobre y penitente y de íntima y extraordinaria comunicación con Dios, en oración continua y trato con el cielo.

---

[20] P. Juan Crosset: *Año Cristiano,* 27 de noviembre; P. Ribadeneira: *Leyendas de Oro,* 27 de noviembre,

[21] *Sancti Joannis Damasceni Opera... per D. Jacobum Billium Prunaeum S. Michaelis in eremo Coenobiarcam, De Barlaam et Josaphat* Historia. Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la novela,* caps. II y III.

Las almas retiradas con Dios en soledad, que han renunciado a todos los bienes materiales, a los altos y renombrados puestos de la sociedad y hasta del mismo trono, son almas excepcionalmente grandes y preclaras; realizan todos los heroísmos por Dios y por la esperanza del premio del cielo; dejan las grandezas de la tierra por las más excelsas del cielo, y renuncian al agradable trato de los hombres de sociedad y a sus pasatiempos por el trato con Dios y sus bienaventurados y por la sobrenatural herencia del cielo. Resalta en este libro el hermosísimo fruto del apostolado de la contemplación y la fortaleza en confesar la fe cuando sobreviene la persecución.

—Deseando estoy —le dije— ver la doctrina y la acción de esos dos personajes que, siendo de ficción, han llegado a ser tenidos por santos históricos; muy hermosa y de grande realismo tiene que ser esa creación para haber sido recibida con tanto aplauso por los grandes talentos y escritores medievales.

—Ciertamente lo es —me dijo—, y de muy sólida doctrina. El resumen te hará comprender mejor las palabras y sentencias que luego te citaré.

22.—Barlaam es un solitario que vive en un desierto; vive sólo para Dios en vida muy santa. Es sacerdote con eminente formación científica. Dios le ha comunicado en su soledad que el hijo único del rey es de una condición magnífica. Mucho deseó el rey aquel hijo, pues no tenía descendencia y mucho le ama. Ordena que su hijo no vea ninguna escena de tristeza ni de pena y le instala en un espléndido palacio con todas las comodidades para hacerle la vida feliz. Encarga su educación a Zardán, persona de toda su confianza.

Abener, así se llama, es rey en la India de una nación que no se nombra; es pagano y perseguidor de los cristianos.

Barlaam, inspirado por Dios, deja la soledad del desierto y se viene a vivir a la corte. Hombre de mucha ciencia y de excepcionales dotes de simpatía y atracción, se gana la voluntad de Zardán. Dios le inspira que vaya a la ciudad para hacerse cargo de la educación del hijo del rey. Zardán, encantado de las cualidades de Barlaam, le encarga la educación de Josafat, que éste es el nombre del hijo del rey. Nadie podrá hacerlo como Barlaam. Se cumple

la voluntad de Dios y el fin para que inspiró a Barlaam ir a la corte.

Barlaam impone a Josafat de un modo extraordinario en las ciencias y le forma en los modales que es un encanto; calladamente le ha inculcado también las razones de la verdad de la religión cristiana. El rey y Zardán están entusiasmados con la formación que Barlaam ha dado a Josafat. Aún ignoran que es cristiano.

Un día llega a conocimiento del rey que su hijo es cristiano. No puede explicárselo, pues sólo trata con él Zardán y el que le educa. Barlaam se ha vuelto a la soledad; ni Zardán ni el rey sabían que Barlaam era cristiano; sólo veían un hombre sabio y admirablemente encantador.

Intenta el rey hacer apostatar a su hijo del cristianismo valiéndose de los hombres más sabios del reino; pero Josafat, que asimiló bien las razones de la verdadera religión y vive sus virtudes, convence a los sabios de la verdad y, lejos de apostatar él, se convierten ellos al cristianismo. Después de muy complicados y difíciles percances, muy propios de la intriga de la novela, termina Josafat teniendo la alegría de convertir a su propio padre.

El rey Abener, ya convertido, ha intentado reparar el mal que había causado antes con la persecución y ha constituido regente de una parte del reino a su hijo Josafat, que gobierna admirablemente y es la delicia de todos sus súbditos. Cuando muere su padre, el rey, Josafat su hace cargo de todo el reino con general alegría.

Barlaam se había vuelto a la soledad del desierto, pero dejó tan convencido y persuadido a Josafat de practicar la virtud y vivir la perfección como lo más hermoso y lo más importante, que, aun cuando Josafat estaba en el trono y gobernaba maravillosamente y con la admiración de todos, suspiraba por vivir santamente en la soledad como su maestro Barlaam y en su compañía.

Quiere ser santo, estar consagrado a Dios, lejos de los peligros, y un día renuncia muy solemnemente al trono y nombra rey a Baraquías, un fervoroso cristiano y un hombre de mucho valer, perseguido antes por su padre; y Josafat, entre las lágrimas de todos, se retira a la soledad, a vivir vida santa en compañía de su maestro y estar allí consagrado a Dios. En la soledad vivió muchos años muy santamente vida como de ángel, durante la vida de Barlaam y después de su muerte.

23.—Esta es la historia muy resumida; está escrita con mil intrigas y episodios muy interesantes. Pero si Josafat ha renunciado al trono y ha escogido la vida retirada y penitente de la soledad, ha sido por la esperanza del premio del cielo y para asegurar el cielo como su maestro le hizo comprender. Perdona que haya sido algo extenso en referirla, pero es el gran argumento —como terminarás de ver, oyendo sus razones— de que obraron tan heroicamente por la esperanza del premio del cielo, como obramos todos. La fe y la esperanza fueron su victoria, moviéndole al heroísmo que realizó. Siempre es el premio del cielo. Como lo fue en ellos, lo es actualmente en tantas almas heroicas, penitentes, recogidas y santas. Y es el cielo lo que me mueve a mí también.

—Si no ha sido breve la historia —le dije—, me lo ha parecido a mí, y desearía conocer las razones que tenían, pues me agradarán no menos que la historia.

—No dudo —añadió— que te agradarán y te enseñarán que abrazar esa vida no es algo estéril, sino el apostolado más fecundo y provechoso para la Iglesia y para la sociedad. Que en la soledad, con penitencia y oración, se compran las almas y se obtienen las gracias del cielo y, sobre todo, se asegura la propia salvación. Para asegurarla se preguntó a sí mismo Josafat: *¿Qué adelanta el hombre con ganar todo el mundo, si es a costa suya y perdiéndose a sí mismo?* (Lc 9, 25). Su respuesta fue que voló a la soledad, a vivir el amor de Dios, a santificarse, a inmolarse.

Cuando Josafat llegó a la soledad santa y encontró a Barlaam, éste le saludó con alborozo y le dio el parabién de su huida del trono y de la llegada y abrazo a la soledad, y en su enhorabuena le salen de los suavísimos labios y de su cultísima y persuasiva inteligencia las mismas razones que tú has venido a pedirme a mí en este retiro, y te las voy a repetir, porque yo no puedo decírtelas con más encantadora viveza con que Barlaam se las dijo a Josafat.

Piensa que el hombre siempre ha sido el mismo. Como es hoy, ha sido en los siglos que nos precedieron. Como para obrar libre y desaprensivamente intenta hoy engañarse a sí mismo con razones aparentes, intentó engañarse en los tiempos pasados e intentará en los que han de venir.

Si estudias al hombre individual y a la sociedad, observarás que el olvido de la vida eterna con sus premios a la virtud en el cie-

lo y sus penas al vicio en el infierno, lleva a buscar el regalo y la comodidad en la tierra, o, como ahora dicen, al hedonismo. La falta de fe o la crisis de fe producen el olvido del cielo o viene por el olvido del cielo y del Creador del cielo. Si no hay premio, ¿para qué practicar la virtud ni mortificarse? ¿Cómo se ha de tratar con Dios si no se le considera presente, y menos si no se cree en su existencia? La fe es la victoria del mundo y del extravío de los sentidos y del demonio.

Instruyendo Barlaam a Josafat, le da la noción del cielo como premio de la virtud para el cual hemos sido criados y adonde van los buenos para ser felices en Dios. El cielo es la felicidad eterna; el cielo es estar en la vida de Dios y vivirla. Nos impiden ir al cielo el desorden del mundo y el desorden del pecado. Huyendo del mundo se preserva de la ocasión y se trata con Dios. Se asegura la salvación y le da estas razones: *Como es muy difícil que uno ande con el fuego y ni siquiera sienta la molestia del humo, es también sobremanera difícil que estando atado con los lazos de los negocios de este mundo y dedicado a sus cuidados, a sus confusiones y a vivir entre riquezas y delicias, pueda caminar, sin extraviarse, por el camino de los mandamientos de Dios y conservarse puro e incólume...*

Con esta determinación de guardar limpia el alma, se disponían los llamados por Dios a quitarse de todas las ocasiones y afectos torcidos y a limpiarse de toda mancha en el alma y en el cuerpo. Como veían que sólo podían realizar esto viviendo los mandatos de Cristo y que era casi imposible vivirlos en medio del mundo, abrazaron para ellos un modo de vida diferente en todo al modo de vivir del mundo, pero muy conforme al consejo divino, que les ordenaba dejar todos los bienes que tuvieran, empezando por los padres o los hijos, los amigos y parientes, y luego las riquezas y regalos; que despreciaran todas las comodidades de este mundo; y se marcharon a las soledades y establecieron en ellas su morada como si fueran desterrados: «Vivían necesidad, angustiados, afligidos. El mundo no era digno de estos hombres. Iban como perdidos por las soledades, por los montes; se recogían en las cuevas de la tierra.» (Heb 11, 37) *Se alejaban de las mundanas alegrías y regocijos y pasaban escasez en el pan y en el vestido.*

Dos causas les movieron a abrazar esta vida: una, para que,

no viendo ninguna de las cosas que halagan el corazón, no sintieran ni aun tentación de ellas y se les borraran por completo de la memoria, y así limpios, creciera en su alma el amor y los deseos de los bienes celestiales y divinos.

La otra, para ser mártires de deseo y de obra por la mortificación del cuerpo y tener la corona del martirio verdadero, pues en cuanto de ellos dependía, habían abrazado la pasión de Cristo y esperaban ser participantes de su reino. Pensando conseguir esto del modo más prudente y seguro, escogieron vivir la vida monástica y eremítica o solitaria ([22]).

El alma de Josafat estaba limpia y preparada para recibir la semilla de la virtud, y Barlaam la iluminó con la hermosura de la aspiración a la perfección, diciéndole: *Estas almas nobles y valientes marchan juntas por el mismo camino para arribar a las moradas de la gloria, que el Padre de las luces tiene preparadas para todos los que le amaron* ([23]). *Cuantos se sienten abrasados por el deseo de alcanzar el cielo, desprecian cuanto tienen de gloria humana o terrena y se esfuerzan por llegar muy pronto a la presencia de Dios*.

Entusiasmado con esta nobilísima idea del cielo y con el deseo de la vida santa de las almas consagradas y de que el gozo del cielo está en proporción del amor a Dios y de las virtudes, exclama: *Verdaderamente, son bienaventurados y mil veces benditos estos que, abrasados en divino amor e inflamados en la caridad del cielo, miraron todo lo demás como nada. Y si derramaron lágrimas y permanecieron día y noche en llanto, fue para asegurar la alegría eterna. Se humillaron a sí mismos en la tierra para ser grandemente ensalzados en el cielo. Afligieron su cuerpo con sed y con hambre y con prolongadas vigilias para ser en el cielo colmados de las delicias y alabanzas del Paraíso. Por la pureza del corazón fueron en el desierto tabernáculo del Espíritu Santo, como lo dice la divina Escritura: Pondré mi morada y me pasearé en ellos.*

Bienaventurados son y mil veces benditos ellos, porque, vien-

---

[22] *Sancti Joannis Damasceni Opera; De Barlaam et Josaphat Historia.* cap. XII.

[23] Id., id, cap. II.

do claramente la vaciedad de estas cosas presentes y la inestabilidad e inconstancia de las prosperidades de los hombres, las renunciaron y llegaron a alcanzar aquella vida que nunca fenece, ni tiene entrada en ella el dolor o la muerte ([24]).

24.—¡Qué impresión tan cargada de luces de inmortalidad y de cielo embarga el ánimo cuando, como un nuevo Simeón con Jesús en los brazos, abraza Barlaam a Josafat en el silencio de la soledad:

que convierte mi vivir
en anticipo del cielo
que se empieza a presentir! ([25]).

Luz purísima de gloria les envuelve y aleteos de ángeles los acarician, y de sus labios brota, como en armonía de inmortalidad gloriosa, esta alabanza al heroísmo de Josafat en dejar el trono y vivir con Dios en soledad, esperando el cielo: *Magníficamente has hecho, amado hijo, en venir a esta soledad. Hijo, vuelvo a decir: hijo de Dios y heredero del cielo, pues con toda cordura sobreestimaste y preferiste el amor de Jesucristo a todos los bienes caducos e inseguros y los vendiste todos para comprar la preciosa margarita que supera a todo por su valor... El Señor te conceda los bienes eternos por los perecederos e inseguros que dejaste por Dios* ([26]).

Esta es, muy resumida, la hermosísima leyenda. Para mí son más convincentes y más persuasivos las razones y los argumentos que me enseñan las historias que los meramente especulativos; aquí verás la aclaración a las dudas y a la confusión que tú traías por las actuales doctrinas y modos de vivir. Me pedías te lo explicara. No sé hacerlo con más perfección que ésta.

—Ni podía presentarme otro argumento más convincente y eficaz que éste —le dije—, ni sé cómo agradecérselo. Aquí oigo la voz de Jesús por su Evangelio; aquí me hablan los santos, y Dios hace milagros aprobando su conducta. Aquí veo cómo estos santos

---

[24] Id., cap. XII.
[25] *Poesía de una Carmelita Descalza de Duruelo*.
[26] *De Barlaam et Josaphat Historia.* cap. XXXVIII.

tenían presente ganar el premio del cielo, premio que excede toda ilusión; es el premio de la felicidad sin término, como de la infinita magnanimidad de Dios. Muy agradablemente veo que Dios da ese cielo en proporción de la generosidad con que se le entregaron las almas en amor, y vivieron para El en la tierra teniendo por única aspiración hacer en todo su voluntad. ¿Cómo le agradeceré la bondad, el amor y la claridad con que me lo ha hecho ver? ¡Y cómo envidio este retiro y silencio en que vive y le admiro!

Muy gratamente impresionado y con muy clara luz en la inteligencia y mayor paz en el alma, y grande decisión y alegría en la voluntad, me despedí muy agradecido. Dentro de mí sentía como un gratísimo eco que me repetía: dejarlo todo por Dios para vivir a Dios. Ofrecerse todo a Dios para vivir el amor más hermoso y santificador. Ser todo de Dios en luz de fe y esperanza del cielo. Y la imaginación me presentaba llenos de luz a San Pablo él Ermitaño subiendo al cielo entre multitud de ángeles, con los profetas y con los Apóstoles, y a San Julián, de cuya boca ven salir la paloma blanquísima y subir al cielo entre armonías sobrenaturales que todos oyen, y a Santa Teresa de Jesús, a quien vienen a buscar Jesús y la Virgen con las once mil vírgenes y con ellas entrar triunfante en la gloria, y tantos santos más que tuvieron muerte tan hermosa. Y el eco agradabilísimo continuaba repitiendo: el cielo, el cielo; todo lo hicieron por el cielo, y al cielo subieron y en el cielo son felices. ¡Mil veces dichosos ellos! ¡Dios mío, que no salga yo del camino del cielo! Dadme vuestro cielo.

Y la memoria insistente me repetía la frase de San Antonio, que «compraba oro con tierra», o sea cielo con tierra. Y la respuesta de San Nivardo a sus hermanos cuando le comunicaron le dejaban todos los bienes para consagrarse ellos a Dios en el convento: «Me dejáis la tierra, y vosotros escogéis el cielo; no es justo; yo también dejo los bienes»; y se consagró con sus hermanos a Dios.

CAPÍTULO V

ANSIAS DE ALGUNAS ALMAS POR POSEER YA Y GOZAR LA FELICIDAD DEL CIELO

25.—Cada época de la historia tiene su especial apreciación de las cosas, y según la apreciación son los gustos y los modos de obrar. Pudieran asemejarse las épocas a los caracteres, cualidades y modos de ser de los hombres. Todos somos hombres, pero cada hombre tiene su especial carácter, su modo de ver y de ser y su propio gusto; todos parecidos, pero todos distintos aun entre los mismos hermanos de una familia.

En los hombres de fe, y mucho más en los santos, se ve brillar hermosa y atrayente, como estrella de segura orientación, la gran verdad del premio del cielo. En proporción del fulgor que irradia esa esclarecedora verdad, son las acciones y el esfuerzo personal para practicar las obras rectas y dignas de la recompensa que Dios ha de dar en el cielo. Cuando se anubla la estrella de la esperanza del cielo, se busca el paraíso en la tierra, con menosprecio de las obras buenas. Se pospone la virtud a la utilidad y al gusto.

Como en lo misterioso de la soledad y en la noche serena se ve más fulgente el brillo de las estrellas, también cuando el alma reflexiona a solas con Dios o en silencio, impresiona más agradable y fuertemente el premio del cielo.

La noticia de la proximidad de la muerte, que a casi todos llena de pavor, alegra a muchas almas que han procurado agradar a Dios en su vida, porque ven acercarse el día del premio de sus obras en el cielo y van a convivir con el Padre sumamente bueno y a ser ya felices con El en toda delicia.

En boca del alma retirada en soledad con Dios se han puesto estas palabras: Aquí Dios «es mi gloria hasta que me llame, como

se lo suplico y deseo no tarde. ¿Qué hago entre estos árboles sino estar con el pensamiento en el cielo y, al mismo tiempo que amo a Dios y me ofrezco a Él, recordarle que le estoy esperando?... Dios llena mi corazón y estos riscos y quebradas cubiertas de verdura. Le canto al Señor el himno del deseo y de la alabanza unido a sus ángeles. Le digo que desfallezco por El y jubiloso estoy esperándole. Creo que de un momento a otro ha de llegar, y, entre tanto, gusto de repetir con David: *Todo mi gozo es vivir en el Señor* (s. 103). *Como brama el sediento ciervo por la fuente de aguas vivas, así, ¡oh Dios!, clama por Ti el alma mías* (s. 4.1, 2) ([27]).

26.—*Hijo* —decía Santa Mónica a su hijo Agustín—*, no sé qué hago ya en la tierra*.

Siempre me da especial contento cuando en muchas vidas de santos leo que, al comunicarles la inminencia de su muerte, exclamaron con David las palabras que tenían muy grabadas en el alma: *¡Qué hermosa noticia se me comunica! ¡Que me voy a la casa del Señor!* (Salmo 121, 1). Iban ya a recibir de las manos del Padre Amado en su palacio del cielo el premio de todas sus obras buenas. Tenían ya prisa por ir a la casa gloriosa del Padre, que es el cielo, como la tiene la novia por celebrar el codiciado matrimonio. Aunque la muerte siempre impone, tenían confianza en Dios, como Padre suyo, a quien siempre habían amado.

Muchas son las almas ofrecidas a Dios, y fieles en su ofrecimiento, que han pedido a Dios abreviara su destierro, viniendo por ellos para llevarlos a la Patria a verle y gozarle y recibir el premio. Cuando alguno ha sentido temor de presentarse a Dios como Juez, poniendo la confianza en El, decían, como San Victoriano de Asán en sus últimos momentos: *Esta es la invitación del Señor de todas las cosas. Es forzoso pagar la deuda de la vida. Temo ciertamente la presencia del juez, pero, confiando en la piedad del Padre, voy alegre a las bodas* ([28]). Se ha de pasar por el túnel de la muerte; detrás está el cielo.

Muy santa vida hizo San Fructuoso en la soledad, y fundó nu-

---

[27] Un Carmelita Descalzo: *Alegría de morir,* cap. VIII.
[28] Fray Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* 12 de enero.

merosos monasterios para la multitud de jóvenes que le seguían; confiado, exclamaba en su última despedida: *No temo a la muerte, pues, aunque pecador, voy a la presencia divina* ([29]). Su aspiración había sido el cielo, y del cielo su conversación; tras de una vida de virtudes, penitencias y trato con Dios en retiro, se iba al deseado cielo, al Palacio del Padre celestial, a la patria de la felicidad.

Los santos eran sinceros y humildes. Dejaron escritos los dolores de las pruebas y purificaciones con que Dios acrisoló sus almas y las ansias que sentían de salir de la tierra, y también dijeron el gozo tan inefable que algunas veces, muy de corrida, experimentaron cuando el Señor quiso alentarlos a mayor perfección con alguna merced extraordinaria muy regalada. Nos dicen que los gozos terrenos que se puedan disfrutar o soñar no pueden compararse con los que Dios les dio a gustar, y con un solo momento que se gusten se ven las almas sobrepagadas de todos los sufrimientos y angustias que habían pasado y pudieran pasar.

27.—Después del sobrenatural conocimiento y gozo que Dios le comunicó a San Pablo y de la celestial delicia con que envolvió e iluminó su espíritu, nos dijo el Apóstol muy alta y lacónicamente, lo más que se puede decir, explicando que no es posible expresar lo que vio, gustó y oyó, porque *ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (1 Cor 2, 9).

No comparó gozos y alegrías de la tierra con los gozos y alegrías del cielo, porque no hay comparación posible, pues en nada se parecen; pero exaltó la excelencia y deslumbramiento del premio insospechado e insoñable que Dios dará por las virtudes y sacrificios vividos por su amor, diciendo: *A la verdad, estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos o penas de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8, 18).

Esta vida de la tierra es de sombra, y la del cielo es de luz. El vivir de aquí ha de ser un continuo sembrar con trabajo y en noche para recoger en el cielo con inefable y perdurable gozo. San Pablo

---

[29] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano,* 16 de abril.

no era feliz aquí, pero esperaba confiado lo sería sobre toda ilusión en el cielo, y decía: *Mi única mira es... ir corriendo hacia el hilo para ganar el premio a que Dios me llama desde lo alto por Jesucristo* (Filip 3, 13-14).

Los santos tampoco eran felices, como no lo es hombre alguno sobre la tierra, pero no se cambiaban por nadie y sembraban para el cielo, donde lo serían. San Agustín expresó sobre esta verdad, como sobre otras muchas, el sentimiento del corazón humano cuando escribe: *No sé cómo, pero todos tenemos conocimiento de lo que es la felicidad. Que si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de Ti, Dios mío. Hay quienes son felices en esperanza. Es un modo de ser felices muy inferior a serlo en realidad, pero es muy superior a aquellos que no son felices ni en la realidad ni en la esperanza* ([30]).

Algunas almas de grandes virtudes y mucho trato con Dios han recibido en la tierra mercedes sobrenaturales como caricias de brisas de cielo, y experimentaron tan íntimo y regalado gozo, aunque sólo un momento, que se sentían con ellas llenas de felicidad. Estas mismas caricias de las brisas del cielo en rapidísima mirada de Dios, aumentaban en ellas las ansias de ir al cielo, a ver y poseer y gozar de Dios, que es la felicidad; de ir a

> aquella vida de arriba,
> que es la vida verdadera ([31]).

Y son mujeres santas la mayoría de los que han dejado escritas más detalladamente algunas mercedes muy íntimas y sobrenaturales, gozosas o penosas, que el Señor las comunicó. Las mujeres han sido más comunicativas y explícitas que los hombres en sus intimidades con Dios. Será por su mayor ternura o afecto natural o por su más perfecta entrega y confianza en Dios, o porque lo escribían y comunicaban para que sus directores examinaran si eran o no mercedes de Dios, o porque los mismos directores se lo mandaban. Pero el número de mujeres que nos han dejado descri-

---

[30] San Agustín: *Las Confesiones,* lib. X, cap. 20. Ya citado en el cap. III, núm. 6.

[31] Santa Teresa de Jesús: *Poesías*.

tas las intimidades inefables vividas de gozos o de pruebas, de comunicaciones y de hablas divinas es muy superior al de hombres. El hombre es de suyo más reservado —lo fuera para todo— y por eso lo habrá sido también en consignar las luces extraordinarias recibidas de Dios o las expone a modo doctrinal.

De sí misma escribe Santa Gertrudis que, aun cuando hubiera andado todo el mundo de Oriente a Occidente no hubiera nunca podido comprender la luz y el gozo que Dios, en un momento, la dio a gustar en tan subido grado que parecía hasta la médula de los huesos se la transformaba en dulzura ([32]).

28.—Santa Francisca Romana y Santa Brígida salían como de sí mismas para alabar a Dios y darle a conocer a todos, transportadas por la magnificencia de la comunicación divina, y crecían con ellas las ansias de ir al cielo a verle ya con la luz de la gloria en su esencia y perfecciones. Más conocidas y admirables son las impresionantes manifestaciones de Santa Catalina de Siena y de Santa María Magdalena de Pazzis. Y Santa Catalina de Génova decía que una sola chispa del amor divino que recibía bastaba para convertir el infierno en delicia, y a sus moradores en bienaventurados.

Santa Teresa de Jesús, como la representación más expresiva y llena de luz de las mujeres santas que han manifestado regalos sobrenaturales, describe maravillosamente los gozos que su alma sentía, tan intensos y deliciosos, que llena de agradecimiento, dijo al Señor: *O ensanchase su flaqueza o no la hiciese tanta merced, porque cierto no parecía lo podía sufrir el natural* ([33]). ¡Y era sólo una gota de este río abundoso! ¿Cómo serán los gozos que experimenta el alma a quien Dios quiere dárselo? ¿Y cómo serán en el cielo? Es imposible tener idea ni imaginarlos. A nada se parecen. Son gozos de otra especie de los que recibimos por los sentidos. Ni aun los que los recibieron podrán no decirlo, que es imposible; pero ni aun darnos una noción o comparación, aunque muy lejana, de la dulcísima realidad y de los súbitos deseos que despertaban en ellos. Son regalos especialísimos de Dios, y tan regalados que les hacían exclamar: ¿Qué dejáis, Dios mío, para el cie-

---

[32] Santa Gertrudis: *Libro de las Revelaciones,* lib. II, capítulo XXIII.
[33] Santa Teresa de Jesús: *Cuentas de conciencia,* 25.

lo?

Santa Teresa escribe: *Un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni riquezas, ni honras ni deleites que basten a dar un cierra ojo y abre de este contentamiento, porque es verdadero y contento que se ve que nos contenta* ([34]). Y de los efectos de cierto modo de oración escribe: *Es tanto el gozo que parece algunas. veces no queda un punto para acabar el ánima de salir del cuerpo* ([35]), *del deleite experimentado*.

29.—*No puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas suyas; el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí —aunque sea para gozarlos sin fin—, y de estos que da el Señor, sola una gota del agua del gran río caudaloso que nos está aparejado* ([36]).

No se cansa Santa Teresa de repetir de mil modos diferentes, siempre encantadores, y en muchísimos lugares, esta idea que la dominaba. Tan sólo ya quiero trasladar ésta: *El alma no sabe cómo ni por dónde —ni lo puede entender— le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten todos los deleites y gustos del mundo...; déos, nuestro Señor... a gustar... qué es el gozo del alma cuando está así... Allá se avengan los del mundo con sus señoríos, y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras y con sus manjares; que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que consigo traen —lo que es imposible—, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que «no son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos». Yo digo que no son dignos ni pueden merecer una hora de satisfacción que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparación —a mi parecer—ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una unión tan unida, un amor tan dado*

---

[34] Id., *Vida,* 14, 5.
[35] Id.: *Vida,* 17, 1.
[36] Santa Teresa de Jesús. *Vida,* 14, 5.

a entender y a gustar, con las bajezas de este mundo ([37]). ¿Qué será el cielo y qué tendrá Dios preparado para el bienaventurado?

Mientras los santos gustaban de estas regaladísimas mercedes que Dios les hacía, se sentían como en el cielo, llenos de gozo y contento. Pero los santos en la tierra no sólo no eran felices, aun cuando en esos momentos eran los más dichosos del mundo, sino que esas regaladas delicias les hacían más penoso el destierro de esta vida, y les producían ansias casi irresistibles de ir al cielo, y de que Dios rompiera la tela de esta vida y los llevara ya al cielo. Con esas delicias vividas deseaban más vehementemente ir a ver a Dios, a la felicidad verdadera y única. Se sentían en angustiosa soledad lejos de Dios.

Con la brisa del paraíso que oreó su rostro gustaron de gozos de eternidad, cercanos a los ángeles, y, al comparar con ellos los de la tierra, veían que los de la tierra eran como asco y estiércol, en frase de San Pablo y de Santa Teresa. ¿Cómo podían abrazarse y besar con gozo este asco de estiércol los que vieron el centellear de los ojos divinos y gozaron la delicia de su sonrisa? ¿Qué es el palpitar gozoso del corazón y la alegría de los contentos humanos en comparación con la hartura jubilosa del inexplicable e insoñable bien y delicia de la belleza sobrenatural? Los gozos de Dios inundan el alma.

La esperanza confiada tiene fija la atención y el ansia en esos gozos.

30.—El alma de amor, envuelta en la luz de la fe, y mucho más cuando ha recibido especiales luces y mercedes del Señor, desea vehementemente ir a Dios y nada de la tierra le llena. Esto hacía decir a San Pablo: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras del cuerpo y estar con Cristo* (Filip 1, 23).

Nada de la tierra llena al alma abrasada en amor de Dios. Sólo Dios, el cielo, atrae su atención. Y tanto más la atrae y pone vacío y aun hastío de las cosas de la tierra cuanto se tiene más claro conocimiento de las verdades sobrenaturales. En esto, como en tantas otras verdades, tenemos el modelo clarísimo en la misma Santa

---

[37] Id.: *Conceptos del Amor de Dios o Meditaciones sobre...*, 4, 4-5.

Teresa. Modelo por los deseos de ver a Dios; modelo en lo pesado y largo que se la hacía el destierro de esta vida; modelo de la soledad y tristeza que sentía por no llenarla nada de las criaturas y querer sólo al Criador. En Las *exclamaciones* abre su corazón diciendo a Dios: *¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! Pues ¿cuándo, Señor, cuándo, hasta cuándo? ¿Qué haré, Bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi Criador!... Mas ¡ay, ay, Criador mío! Que el dolor grande hace quejar y decir lo que no tiene remedio hasta que Vos queráis; y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos queréis. Quered, gloria mía, o remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues está en ti la vida!* ([38]).

Muy conocidos y frecuentemente citados son los versos en los que expresa las ansias intolerables de salir de este destierro e ir a Dios.

Vivo sin vivir en mí.
Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
¡Ay qué vida tan amarga,
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
quítame, Dios, esta carga
más pesada que de acero,
que muero porque no muero ([39])

Las mercedes excepcionales y regaladísimas que el Señor comunicaba algunas veces a algunos santos les hacían gozar de

[38] Santa Teresa de Jesús: *Exclamaciones,* 6ª.
[39] Id.: *Poesías*.

deliquios muy superiores a los que se pueden soñar y desear en las alegrías de la tierra, pero aumentaban su sed de felicidad verdadera, que es ir a ver y poseer gloriosamente a Dios, y mientras llegaba ese momento por la muerte, se veían desterrados

en esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida

y consideraban la vida en la tierra como *una mala noche en una mala posada,* y aunque *dos horas son de vida, y grandísimo el premio* ([40]), se les hacían horas interminables y se veían en angustiosa soledad. Es la tremenda soledad que nos dice Santa Teresa pasaba, en tanto grado que la privaba hasta del sentido y era superior a otro dolor. ¡Sólo suspiraba por Dios! Tenía esta soledad como merced muy grande de Dios, superior a los éxtasis que nosotros tanto admiramos.

Como vehemente enamorada de Dios, nos describe los efectos que sentía con estas palabras tan impresionantes: *Paréceme que está así (crucificada) el alma, que ni del cielo le viene consuelo ni está en él, ni de la tierra le quiere ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo sin venirle consuelo de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo —que es... una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear— es para más tormento, porque acrecienta el deseo de manera que... la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite... Bien entiende que no quiere sino a su Dios, mas no ama cosa particular de Él, sino todo junto le quiere y no sabe lo que quiere... Lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada a estar en ello, lo que hubiere de vivir querría en este padecer;*

---

[40] Id.: *Camino de Perfección,* 40, 9.

aunque es tan excesivo que el sujeto lo puede mal llevar ([41]).

Es muy cierta la verdad expresada por San Agustín que *no es pequeña la alegría que produce la esperanza* ([42]). La esperanza del cielo es el bálsamo que todo lo suaviza y la luz que lo ilumina. Al mismo tiempo que llena del mayor gozo, produce también la mayor ansia mientras llega ese momento. Nada la satisface a la tal alma fuera de Dios, y se encuentra en la soledad de todo mientras llega la que espera: ver a Dios.

Al alma abrasada en divino amor se la hace insufrible la espera y no puede menos de expresarlo y comunicarlo. Así decía y glosaba la misma Santa Teresa:

¡Cuán triste es, Dios mío,
la vida sin Ti!
Ansiosa de verte
deseo morir ([43]).

31.—No era menor el deseo de ir al cielo y de estar ya con Dios el que sentía San Juan de la Cruz, ni lo expresaba con menor vehemencia a pesar de su dulcísima mansedumbre y del grandísimo dominio que de sí tenía.

No sólo canta la muerte de amor y la alegría que sienten tales almas al conocer su anuncio, ni sólo dice que esas almas mueren de un ímpetu de amor, aun cuando parezca muerte de enfermedad, sino que en la poesía, similar a la de Santa Teresa, le dice al Señor que ya no puede llevar esta vida del destierro y que le lleve con El.

Esta vida, que yo vivo,
es privación de vivir;
y así es continuo morir,
hasta que viva Contigo;
oye, mi Dios, lo que digo:

---

[41] Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 20, 11.
[42] San Agustín: *Sermón 21.*
[43] Santa Teresa de Jesús: *Poesías*.

que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.
Estando ausente de Ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero
que muero porque no muero ([44]).

Dios era su único Amado y en Dios amaba todas las cosas. Sólo suspiraba por ver directamente a Dios en su esencia ya en el cielo. Esta verdad le ilumina para escribir las bellísimas páginas de la más entusiasta alabanza a la muerte. Cuando se la anunciaron, recibió la alegría más grande y exclamó con las palabras del Salmo, como otros muchos santos: *Qué grande alegría he recibido con lo que me anuncian: ¡que voy a la casa de Dios!* Voy al cielo.

32.—Siempre resalta la idea y recuerdo de la felicidad y del premio del cielo, tanto en los santos de los siglos pasados y lejanos como en los santos de nuestros días. Todos sentían ansias del cielo y se les hacía muy pesado y largo el destierro de esta vida. Santa Teresa del Niño Jesús, que vivió muy cercana a nosotros y nos la presentan siempre con la sonrisa y como la santa de las rosas, ya de niña decía: *Parecíame la tierra un lugar de destierro y soñaba en el cielo... La tierra me parecía más triste y pensaba que sólo*

[44] San Juan de la Cruz: *Poesías. Pena del alma por ver a Dios*.

en el cielo gozaría de una alegría serena y sin nubes. Y los domingos, cuando las gentes se divierten, a ella *un sentimiento de alegría embargaba mi alma... sentíase mi corazón desterrado en el mundo, suspirando por el descanso del cielo* ([45]).

Produce intensa emoción la lectura del hecho de Santa Catalina de Siena. En un rapto en que decía había llegado a las puertas del cielo y oído ya sus armonías, cuando esperaba entrar, recibió de Dios el mandato de volver a la tierra para realizar la difícil y comprometida misión que se la encomendaba, y recuperada en sus sentidos, se deshacía en continuo llanto recordando que había estado a las mismas puertas de la felicidad, y ahora continuaba viviendo en la tristeza y amargura del destierro sin ver a Dios. ¿No era para llorar inconsolable y desear poseer a Dios, suma delicia? Pero era voluntad de Dios que continuara en la lucha de la tierra y abrazaba su voluntad, aunque con las lágrimas en el corazón y en los ojos ([46]).

Y no menos impresiona, enseña y anima lo que de sí misma dice Santa Angela de Foligno sobre estas ansias: *Me sentí llena de amor, saciada de amor... Esta saciedad engendra un hambre inefable; mis miembros se rompían por la fuerza del deseo y yo languidecía... ¡Oh la muerte, la muerte! Porque la vida no se puede tolerar* y pide a la Virgen y a los ángeles digan a Dios, de rodillas, *que no permita por más tiempo este martirio* ([47]). Muere de deseos por volar al cielo. Esta vida, decía, es una muerte.

Como lloraba doña Sancha de Carrillo, en plena juventud, porque aún la faltaba un año para morir e ir a ver a Dios, según la comunicó el Señor ([48]).

Las vidas de los santos están llenas de estas conmovedoras escenas de fe y ansias de ir a ver a Dios, que es el ansia de la felicidad y del cielo, que todos sentimos aunque, de ordinario, remisa

---

[45] Santa Teresa del Niño Jesús: *Historia de un alma,* cap. II.
[46] Juan Jorgensen: *Santa Catalina de Siena,* lib. II, pf. IV.
[47] *Le Livre de la Bienheureuse Soeur Angela de Foligno, du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Dancoeur,* págs. 126-127, VII. *Cy commence du cinquieme pas*.
[48] P. Marín Roa: *Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha de Carrillo,* lib. II. cap. IX.

y equivocadamente, porque nos faltan las virtudes y el amor que ellos practicaban, y con los cuales hacían crecer la llama de amor que los quemaba.

Si tan maravillosos efectos y ardientes deseos por ver a Dios producían los recuerdos del cielo en esas almas privilegiadas, ¿qué será el cielo? ¿Qué será Dios, pues Dios es el verdadero cielo y quien produce la felicidad con sólo verle?

Cuando una persona encuentra sus complacencias relativas en abrazarse con la tierra en las disipaciones y pasatiempos del mundo, huyendo del trato y amistad con Dios y no apreciando la grandeza de la vida espiritual, es indicio de la fe lánguida y moribunda que tiene. Porque en estar con lo que se ama y mirar a lo que se ama, aun cuando no se sepa hablar, produce gozo y contento.

CAPÍTULO VI

ETERNO SERÁ EL GOZAR TRAS EL BREVE SUFRIR

33.—Se habla de cambiar los modos sociales del mundo para llegar a obtener un mundo mejor. Es la ilusión y el anhelo de todos: vivir un mundo mejor. Y está fomentado este estímulo y este deseo de la transformación del mundo en el deseo de ver y poseer a Dios, sumo Bien, pues para Dios y para el sumo Bien hemos sido criados todos los hombres. Sin la esperanza de la felicidad faltaría el atractivo para vivir esta trabajosa vida de la tierra tan llena de sinsabores y muy duras necesidades. Vivimos «una mala noche en una mala posada». Esperamos el amanecer del mañana en el palacio de Dios, nuestro Padre, lleno de delicias y de todos los gozos sin límites, ni en el número, ni en el tiempo, ni en la intensidad y variedad.

La tierra no es el centro de las almas. El centro de las almas y de la felicidad es Dios glorioso en el cielo, donde le veremos y poseeremos. Dios es el cielo verdadero y la felicidad cumplida. Alma mía y cuerpo mío, habéis sido creados para disfrutar la dicha del cielo en la vida y en el gozo de Dios. Aquí en la tierra estáis de paso para sembrar buenas obras y obtener méritos que disfrutaréis después en el cielo para siempre. Quiero cerrar estos ojos del cuerpo y recrearme en el esplendor y dicha del mañana del cielo, que no tiene término. Quiero recrearme en lo que será mi felicidad para siempre, mirándolo con mirada de fe. ¿Cómo será, Dios mío, mi felicidad? Porque ahora estoy contra mi voluntad y mi deseo, viviendo y viendo vivir descontentos, desazones e intranquilidades. La vida de la tierra está llena de necesidades, de miserias, de quejas y de lágrimas. Aun los hombres que abundan en bienes y gozan de buena salud y de la estima y admiración de los demás están en continuas preocupaciones, en incertidumbres y no son de envidiar.

San Hilario nació en el paganismo y fue criado y educado en la doctrina y en los modos de vida de la gentilidad, y se hacía esta reflexión: *Muy poco favor nos han hecho los dioses y nada tenemos que agradecerles por habernos criado para esta vida tan llena de dolores, de desgracias, de luchas y toda ella tan arrastrada e incierta.* Hablaba en él la razón natural del hombre de talento. Cuando se convirtió al cristianismo y aprendió que hemos sido criados para la felicidad del cielo, y qué es el cielo, comprendió la grandeza de haber nacido y el agradecimiento que por ello se debía a Dios. No he sido criado para la tierra; sólo estoy de paso en la tierra, haciendo méritos que me premiarán eternamente con la felicidad del cielo.

La fe y la esperanza cristiana hacen de la muerte el arco triunfal para entrar a tomar posesión del cielo. Cuando falta la fe y no luce la luz de la esperanza que ilumina la puerta del cielo y su atmósfera de felicidad indeficiente, se agolpan a la mente las lamentaciones e imprecaciones del doliente de Idumea para repetir su fase de bienaventurados son los no nacidos (Job 3, 16). Las desgracias de la vida, envueltas en negruras sin esperanza, han ofuscado a muchos y conducido a buscar el descanso dejando de existir sobre la tierra con una muerte violenta, no conociendo que iban a la desgracia perdurable. El suicidio es el fruto nocivo de no creer y de carecer de la esperanza del cielo. ¡Oh luz de la esperanza! ¡Tú transformas en hermosura y en alegría todas las penas y sufrimientos míos mostrándome su premio en el cielo! Por eso los santos estimaban los sufrimientos y las cruces como las más valiosas joyas.

Aun sin la alegre aceptación que las almas héroes sentían por los dolores, enseñados por la fe, cantaba y alababa a la muerte en dulces versos un poeta diciendo:

Yo te saludo, oh muerte redentora,
y en tu esperanza mi dolor mitigo.
……..
¡Oh, de un día mejor, celeste aurora!
……
Yo tu rayo benéfico bendigo,
y lo aguardo impaciente de hora en hora.

¡Ante las plagas del linaje humano

……

lo que fuera la vida sin la muerte! ([49]).

Idea que expresaba ya siglos antes en versos vigorosos la fe de Quevedo, diciendo:

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte, en traje de dolor, envía

……

a rescatar piadosa viene
espíritu en miserias añudado.
Llegue rogada, pues mi bien previene,
hálleme agradecido, no asustado;

mi vida acabe y mi vivir ordene.

34.—Los escritores espirituales de los tiempos que nos precedieron resaltaban en sus reflexiones la grandeza del beneficio que Dios nos había hecho dándonos y conservándonos el ser que tenemos, por el cual deberíamos darle inmensas gracias. Hoy esta reflexión ni convence ni impresiona. Las muchas lágrimas, las desazones e inseguridades que nos oprimen, anublan los ojos y no dejan ver el beneficio cuando la fe y la esperanza no iluminan la belleza del premio del cielo.

Lo que alegra la voluntad y la llena de gozo es saber que Dios me ha criado para la felicidad eterna del cielo. Mi espíritu salta de contento pensando que veré a Dios y estaré y seré feliz con su misma felicidad y viviendo en El su misma vida, y la viviré y gozaré eternamente.

Y tanta será mi felicidad cuantos sean los méritos que yo acumule. La tierra para mí es sólo lugar de paso, una mala noche en una mala posada, y el tiempo de sembrar lo que he de recoger

---

[49] Federico Balart: *Poesías. A la muerte*.

en el cielo. Son muchos los trabajos, los sufrimientos y dolores de esta vida para ser apetecida si no está transformada por la esperanza del cielo.

Ya San Pablo hacía esta reflexión: los cristianos, *si sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres* (Cor 15, 19), viviendo la vida de sacrificio que abrazamos. Loco y fuera de toda cordura es abrazar el sacrificio por el sacrificio. Eso está contra la naturaleza humana, que ha sido creada para la felicidad. Se abraza el dolor por una razón más alta y sobrenatural. Se abraza para merecer el cielo y porque es semilla que producirá dicha eterna.

Sin la esperanza del cielo el hombre sería más desdichado que los animales. El pájaro y el cordero saltan contentos; la abeja vuela de flor en flor libando mieles sin pensar en la muerte ni en el dolor futuro. El hombre vive el dolor del cuerpo y el más penoso aún del espíritu, y hasta el posible dolor futuro.

Pero me has prometido, Dios mío, la felicidad del cielo después de pasar por la muerte y eres mi Padre, y eres la verdad y no me engañas. Estoy en la tierra para sembrar durante estos pocos días de vida la semilla de dicha perenne que recogeré en el cielo. Y la semilla es amor de Dios regado con dolor mío, vivificado por la gracia en la esperanza. No se siembra para tirar, sino para recoger multiplicada la semilla y transformada en felicidad del cielo. Y serán bienaventurados los que lloran y sufren para el cielo.

San Pablo también me dejó escrito: *Lo que se siembre, eso se recogerá; el que siembra para el espíritu, del espíritu recogerá vida eterna* (Gal 6, 8), *y según sea la siembra será la recolección* (Cor 9, 6). La tierra es valle de esperanza de cielo. No esperaré en las criaturas, pero espero en el Criador. Viviré en el Criador, mi Dios, y viviré su misma vida y su misma felicidad.

35.—Los santos fueron sabiamente avariciosos en sembrar buenas obras y están en el cielo recogiendo ya dicha y recogerán delicia sin fin y sin interrupción. Sembraron para el cielo. Con ellos debo hacerme esta reflexión: Un momento es el sufrir y eterno será el gozar. Con la gracia de Dios, que nunca les faltó, sufrieron los mártires sus tormentos tan terribles, que sin la especial gracia serían insufribles; pero veo a San Lorenzo saltar del fuego de las pa-

rrillas a las delicias del cielo, y del fuego lento en que son quemados, atados a un madero, los mártires del Japón, son trasladados a los resplandores de los ángeles gloriosos. Condenan a la jovencita Alodia a la muerte que acaban de dar a su hermana *Nunilona* y, al extender ella gozosa su cabeza para que se la corten, la oigo decir: *Espera un momento, hermana, para entrar juntas en el cielo* ([50]).

Durísimas penitencias hicieron muchos confesores, y apenas fallecido se aparece glorioso San Pedro de Alcántara a Santa Teresa de Jesús y le dice: *Bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido* ([51]). No le pesaba lo que había sufrido, sino que le alegraba y no se le acabará el gozar.

Por la penitencia que abrazaron San Antonio y San Hilarión y Santa Taus y tantos otros millones de santos y almas ofrecidas en silencio y sacrificio a Dios y por las terribles penitencias que practicaban, disfrutan ahora, y disfrutarán ya para siempre, de la compañía de Dios y de la de los ángeles y bienaventurados del cielo, y están en continuos, insospechables y eternos goces. Viven ya en el para siempre gozar y para siempre estar en la exaltación de la sabiduría, de la alegría, de la jubilosa delicia de Dios. *Porque no son de comparar los sufrimientos o penas de la vida presente con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8, 18).

36.—Y Jesucristo, como buen Capitán que va a la cabeza de los suyos, abrazó los terribles dolores y menosprecios de su pasión y ganó para siempre ser el Rey inmortal del universo y de todas las criaturas por todos los siglos. Porque breve es el penar y eterno será el gozar, según nos enseña la fe y la esperanza.

Todo el que siembre en virtud, en amor de Dios, en sacrificio y oración, recogerá cien doblado y vida y felicidad eterna en proporción de sus obras y de su amor y entrega a Dios. No una felicidad como podemos soñarla ni aun desearla mientras vivimos ahora en la tierra, sino una felicidad sobrenatural como las facultades del hombre no pueden comprender ni imaginar. Seremos felices con la

---

[50] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano,* 22, X.
[51] Santa Teresa de Jesús, *Vida,* 27, 19.

felicidad del mismo Dios. Nos lo ha prometido El. Nos ha criado para la dicha. Viviremos en Dios la vida gloriosa de Dios. Eso es el cielo. ¡Oh grandeza y hermosura tan insoñable!

La felicidad está en el cielo y después del paso de la muerte. La muerte es arco triunfal para entrar en el cielo ([52]). El cielo es nuestro dichoso y último fin.

Sembramos para recoger. *Sembremos en espíritu para recoger vida eterna*. Hemos sido criados para el cielo pasando muy rápidamente desde las sombras de la tierra al sol indeficiente de la dicha, de la delicia y del gozo.

Dios nos ha criado para la felicidad del cielo y exige que nosotros mismos, con su gracia, sembremos la semilla de las virtudes y bien obrar y deseemos y procuremos y le pidamos el cielo, la felicidad, la dicha cumplida.

Alentadora es la frase de Fray Luis de Granada: *No da Dios deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para otros mayores* ([53]).

Y Santa Teresa se solazaba mirando al cielo y diciendo: *Con sólo mirar al cielo recoge el alma* ([54]).

---

[52] Un Carmelita Descalzo: *Alegría de morir,* caps. II. 4.
[53] Fray Luis de Granada: *Tratado VII del Amor de Dios,* cap. I, prf. II.
[54] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, 6.

CAPÍTULO VII

SE PIENSA EN EL CIELO DONDE SE VIVE LA FELICIDAD PERFECTA

37.—Mi pensamiento se pregunta: ¿Qué es el cielo? ¿Dónde está el cielo? ¿Cómo es el cielo? Si el cielo es mi deseo, si he sido criado para el cielo, ¿no podré saber lo que es y dónde está y sus delicias antes de que Dios me lleve a él? ¿Qué noción o qué detalles puedo tener del cielo? ¿Cómo viviré en el cielo? ¿Qué hombre mortal no se hace esta misma pregunta y desea su aclaración?

Porque no son solos los santos ni solos los cristianos quienes piensan en el cielo y discurren sobre el cielo, y aun debiéramos pensar mucho más. También los paganos han pensado y discurrido sobre el cielo, y lo han deseado. Sus filósofos han descrito el cielo, aunque muy pobre y erróneamente, como era pobre y erróneo el concepto de los que ellos tenían por dioses, seres muy humanos y con pasiones desordenadas, como formados por la mente del hombre. No tenían la verdad revelada en el Evangelio y habían recibido muy enturbiada la revelación primitiva.

Las potencias del hombre no pueden remontarse hasta lo sobrenatural si Dios no las levanta, ni pueden comprenderlo hasta que no lo posean en el cielo. Ni los filósofos ni la gente sencilla podían tener una idea sobrenatural del cielo. Sus conceptos y descripciones, por hermosos y levantados que fueran, no dejaban de ser humanos, naturales y a la manera humana natural. Sus descripciones del cielo son de una belleza natural y de la satisfacción de las conversaciones con personas cultas y de recreos y diversiones placenteras. No podían concebir el cielo sobrenatural que nos enseña la fe a los cristianos, ni conocían los adelantos de los inventos actuales para poder soñar con sus encantos. Aun con la fe y

con la revelación, muchos cristianos no conciben nada más que las delicias de un cielo material y social, no las sobrenaturales de Dios.

Bellas y emocionantes ideas expuso Platón sobre la inmortalidad del alma y sobre la vida feliz que viviría después de la muerte. Los Padres y doctores de la Iglesia y la teología cristiana han recogido algunas ideas verdaderas de su filosofía para ayudarse con ellas a explicar el concepto sobrenatural de Dios y del cielo. Pero ni la inteligencia de Platón ni la de Aristóteles, ni la de filósofo alguno, pudieron volar hasta percibir la luz de la verdad total y sobrenatural, como nos enseña la fe. No lo ha alcanzado el hombre con sólo su discurso. Lo ha enseñado Dios. Es verdad revelada, y porque lo creen, lo saben hasta los niños que viven la fe. Los santos, afianzados en la fe, aun careciendo a veces de formación científica, llegaron a tener una idea inmensamente alta, clara y sobrenatural de la luz purísima de Dios y juntamente del cielo. Era luz especial comunicada por Dios. Porque tenían tan alto conocimiento de Dios, tenían ansias muy crecidas e incontenibles de ir al cielo. Su belleza y rutilante claridad abstraía sus sentidos hasta perder, a veces, la sensación.

38.—El cielo es todo luz y belleza cautivadora, como la más hermosa imagen material creada de la infinita bondad y belleza increada de Dios. Mirarse envuelto en esa hermosura es vivir la idealidad de la belleza y del bien. Los santos la vivían; por eso eran, en cierta manera, dichosos, y por eso también eran más vehementes las ansias de verla ya sin velos y vivirla gloriosos. San Juan de la Cruz aconsejaba a un alma santa se mirase siempre envuelta en esa hermosura. La biografía de Fray Gil dice que la llevaba tan fascinadoramente bella dentro de sí mismo, que sólo nombrarle *paraíso* le producía el éxtasis.

Paseaba un día el estático San Miguel de los Santos en la huerta de su convento con unos conocidos suyos hablando de Dios. Uno de ellos dijo en la conversación: «¿Qué sucederá cuando las almas gocen de las delicias del paraíso?»; y apenas oírlo, quedó el santo fuera de sí, arrobado ([55]).

---

[55] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano,* 6 de septiembre.

¿Cómo no recordar la cena de San Francisco y Santa Clara, en que, hablando de Dios, quedaron arrobados por largo tiempo y los que los acompañaban? ¿Y la conversación sobre Dios de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, terminando los dos en maravilloso éxtasis? Tanta belleza se comunica al alma pensando en la soberana e infinita de Dios.

Santa Teresa narra muy detalladamente el éxtasis que tuvo con los efectos especiales en el convento de Salamanca. Estaba en animada y santa recreación con sus monjas; en lo más animado, una religiosa joven y de bonita voz entonó una preciosa canción, como acostumbran, para avivar el fervor. Era la canción del amor y deseo de ver y estar ya con Dios. Al oír la santa el hoy muy conocido cántico:

Véame mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véanle mis ojos,
muérame yo luego.
Véome cautivo
sin tal compañía;
muerte es la que vivo
sin Vos, vida mía.
¿Cuándo será el día
que alcéis mi destierro?
Véante mis ojos,
muérame yo luego, etc.

como tanto lo deseaba, sintió en su alma y en su cuerpo los efectos tan extraordinarios que ella misma nos dice: *Anoche, estando con todas, dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios... Fue tanta la operación que me hizo... que si el canto no cesara, que iba ya a salir el alma del gran deleite y suavidad que Nuestro Señor le daba a gustar, y así proveyó Su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspensión bien podía morir, mas no podía decir que cesase... Aquí el alma no querría salir de allí, ni le sería penoso (morir), sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. ¡Y cuán dichosa muerte se-*

ría a manos de este amor! ([56]).

Desmayada, sin sentido, traspuesta, la llevaron a su celda. El sentimiento de su soledad por verse lejos de Dios o sin ver a Dios, causó la suspensión de los sentidos y la puso en éxtasis.

Como entraba en éxtasis Santa Angela de Foligno y decía: *«Dios no es conocido...», y ponía únicamente su esperanza en un bien secreto, muy secreto y escondido, que veía estaba en la grande oscuridad. En ella se deleitaba en todo Bien, y no viendo nada, veía todo Bien, absolutamente todo Bien* ([57]). Y pedía a Dios, por la Virgen y sus ángeles, no la retardara ya más la muerte.

La inteligencia, la voluntad, la memoria y hasta la imaginación de estos santos estaban divinamente obsesionadas y absorbidas con la hermosura y delicia del cielo y toda el alma llena de ansias de Dios, infinitamente más hermoso que el cielo, pues es el verdadero cielo y felicidad y será siempre la ininterrumpida y jubilosa delicia.

39.—Es tan excesivamente hermoso e inmenso el bien del cielo, tan encantador y superior a toda otra belleza, tan insoñable y delicioso sobre cuanto la inteligencia puede pensar y la imaginación fantasear, que las almas a quienes Dios mostró comunicaciones sobrenaturales de esa belleza inefable salen de sí mismas en éxtasis al sólo recordar tan maravillosa y deslumbrante delicia, que no se parece a nada visible. El pensamiento de que verán a Dios infinito, de que estarán en Dios y vivirán la vida de Dios y su misma delicia y sabiduría y poder, les abstrae en gozo a veces días enteros, como lo leemos en sus biografías o ellos mismos lo dejaron escrito, y les hacía repetir constantemente: «Dios, Dios, cielo, luz, verdad eterna.»

Sé ciertamente por la fe y por la teología que Dios es la Suma Bondad y la Omnipotencia; es el amor infinito y la generosidad sin límites. Sé, Dios mío, que eres mi Padre y me has criado para el

---

[56] Santa Teresa de Jesús. *Cuentas de conciencia,* 13, y *Meditaciones,* del C. 7, 8.

[57] Santa Angela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Soeur Angela de Foligno, du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncoeur,* IX. *Du septieme pas.*

cielo y has criado el cielo, cúmulo o «juntura» de todos los bienes y delicias, para premiar, galardonar y obsequiar con toda la magnificencia de tu largueza sin límites y con tu amor y poder infinitos, a tus hijos buenos, que te amaron, obedecieron y practicaron las virtudes en la tierra. Amar es vivir la voluntad de Dios. La ley que gobierna y alegra el cielo es el amor glorioso y la compenetración.

El cielo no se parece a nada de la tierra. El cielo es sobrenatural. El premio de la felicidad del cielo es Dios mismo. Dios se da a los bienaventurados y les comunica su naturaleza gloriosa y sus perfecciones, su sabiduría y su dicha. El cielo infinito es Dios mismo, que se da a Sí mismo y produce el gozo sin término. El cielo es la reunión de todos los bienes y hermosuras y el lugar donde Dios se da y se comunica a las almas y las hace felices. Nada de la tierra puede compararse con las bellezas y encantos del cielo, ni los encantos del lugar del cielo con Dios.

Dios se da gloriosamente y comunica sus perfecciones a los bienaventurados en proporción del amor que en la tierra le tuvieron y de las virtudes y obras buenas que practicaron. Ante Dios nada son ni la fama, ni los bienes, ni la sabiduría, ni el poder de la tierra, si no se emplearon para Dios. Dios no mira ni a la belleza del cuerpo, ni al atractivo de la persona, ni a la ignorancia o rudeza. Todo es don de Dios, y lo da para poder ganar más cielo. La sabiduría, la hermosura, la habilidad y riqueza ante Dios y con los que se compra cielo, son la gracia y el amor, que se acrecientan con las virtudes.

Los filósofos o literatos paganos describen y hablan de un cielo material muy semejante a esta vida de la tierra, aunque exento de dolencias. En ese cielo no tenían entrada los pobres ni los esclavos, como si no fueran criaturas de Dios. ¡Pobres doblemente los pobres según su enseñanza! ¡Llevaban aquí vida miserable y arrastrada y no podían tener cielo después de la muerte! ¡Cuán diferente es el pensamiento de Dios! Todos somos hijos del Altísimo. Jesucristo empieza su doctrina diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, y los pacíficos, y los que lloran, y los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Aun en esta vida Dios ha hecho más frecuentemente sus maravillosas mercedes sobrenaturales a los pobres, a los desconocidos, a los que lo han renunciado todo por El. Con las almas recogi-

das y alejadas del trato de sociedad ha mostrado sus especiales complacencias. Porque lo que vale ante Dios es la virtud, la limpieza de corazón, la humildad, la rectitud de intención.

40.—Bien hizo Dante en no tomar por guía en el Paraíso a Virgilio, como le había tenido en las descripciones del infierno y del purgatorio. Virgilio, nacido en el paganismo, carecía de la luz de la fe, y ni sus ojos ni su inspiración podían ver las maravillas sobrenaturales del cielo sobrenatural que nos enseña la revelación. Sólo sabe decir del cielo que los hombres allí *tienen las mismas diversiones y hacen los mismos ejercicios que cuando vivían en la tierra y conservan las mismas aficiones que en esta vida tuvieron a los buenos caballos, a los buenos carros en magníficas praderas* ([58]). ¡Pobre hombre si viviera en la eternidad en tan bajo y mísero cielo! ¡Y aún es más mísero el estado de las almas en el cielo según la descripción que Ovidio hace con toda su fantasía juguetona!

¡Bendita sea la fe, que enseña la felicidad sobrenatural del cielo y la participación de la vida y perfecciones del mismo Dios en proporción de la virtud y del amor santo que en la tierra vivieron!

La filosofía romana, siguiendo la doctrina de Platón, aunque sin llegar a la belleza de su inspiración, dice por Marco Tulio que *separar el alma del cuerpo es aprender a morir, y es mi consejo que nos despeguemos de las cosas corporales para que vayamos aprendiendo a morir..., y cuando lleguemos al cielo, entonces sí que viviremos., porque esta vida presente más bien es muerte* ([59]).

En el cielo de nada se carecerá, y el espíritu se sustentará de las mismas cosas que se sustentan y mantienen los astros ([60]). El cielo, enseña, es la reunión de todos los bienes, y está exento de todos los males. La vida del cielo será muy agradable y deliciosa, teniendo el trato y amistad con los hombres más grandes, más sabios y más agradables que han existido. Ese es todo el cielo que se ha de gozar según el entender de Cicerón, aprendido de los filósofos griegos.

---

[58] Virgilio: *Eneida,* lib. VI.
[59] Marco Tulio Cicerón: *Tusculanae Disputationes,* lib. I, cap. XXXI, núm. 75.
[60] Id., id., id.: cap. XIX, núm. 43.

No merece ni recordar el cielo que promete y describe el Corán en las riberas de arroyos y en muy amenas praderas. No era más alta la idea que de la virtud tenía el que lo escribió.

Pero el cielo es en verdad todo luz, todo belleza y delicia sobrenatural, todo sabiduría y contento. El cielo es todo amor. La ley que gobierna el cielo y une las almas es el amor, amor glorioso, sobrenatural, por poseer ya a Dios y sus perfecciones y en Dios todos los bienes y todas las perfecciones y alegrías. El cielo es el amor fraternal, confidencial, íntimo, sin engaños ni equivocaciones, en el amor triunfal y esplendoroso de Dios.

El cielo es la reunión gloriosa de la gran familia humana y angélica, gozando en jubilosa unión en Dios de los triunfos que alcanzaron en la virtud.

El cielo es la posesión en plenitud de la sabiduría, del poder y de la bondad. Es el gozo de la verdad. No sabrá más el que tenía más ciencia y conocimientos en la tierra, sino el que amó más a Dios. No será más feliz el que conoce más cosas en el mundo, sino el que conoce más de Dios. Porque Dios es la felicidad y el cielo. Pero el que amó más a Dios en esta vida, conoce más de Dios y conoce también más verdades en la Verdad y hermosura de Dios. Seré dichoso, porque veré, conoceré y viviré a Dios.

CAPÍTULO VIII

LA HERMOSURA, LA BONDAD Y SUS EFECTOS, SEGUN PLATÓN

41—Platón vivió siglos antes que los poetas y los filósofos latinos. Se ha dicho que Roma venció a Grecia y Grecia conquistó a Roma. Porque las armas de los soldados romanos y la política de sus generales dominaron el poder de Grecia, pero la cultura y el saber griego penetró en Italia e influyó en sus sabios y en sus literatos. Los escritores griegos eran sus modelos, no igualados por los latinos. Platón absorbió la admiración de todos por la belleza con que expuso sus ideas sobre los temas más fundamentales de la vida del hombre y sobre la vida inmortal de las almas después de la muerte. Muy superiores y más nobles y llenas de verdad que las fantasías de los poetas latinos son las ideas de Platón, vestidas con ropaje de belleza.

De Platón tomó Cicerón sus ideas sobre la vida que debe vivir el filósofo y lo que la filosofía enseña sobre la vida de las almas que han abandonado el cuerpo por la muerte y entrado en la vida inmortal; pero no llegó a la belleza y encanto con que Platón las había ya expuesto.

El fundador de la Academia supo dar plasticidad y animación extraordinaria a los conceptos filosóficos, poniendo al alcance de todas las inteligencias las ideas más difíciles y abstractas.

Mucho pensó y escribió Platón sobre el estado y vida de las almas después de su separación del cuerpo por la muerte. Admite que las almas no mueren como los cuerpos. Cuando se separan del cuerpo empiezan a vivir otra vida mejor. Y habla de la vida feliz que tendrán, del lugar donde vivirán y cómo entiende él esa vida.

Platón no tuvo la luz de la fe ni conoció la revelación evangélica. No le fue posible llegar a comprender toda la verdad ni tuvo co-

nocimiento de la felicidad sobrenatural de las almas. No supo lo que era el verdadero cielo y el premio sobrenatural, como no llegó a tener conocimiento de Dios infinito en su esencia y en sus perfecciones y por lo mismo de un solo Dios infinito, único, Creador de todo, que es todo amor, todo belleza, todo bondad, y por su misma esencia es la sabiduría y la omnipotencia.

A su modo, según las creencias gentílicas y su propia inteligencia, describe el cielo, o sea la vida de las almas de los buenos, separadas ya de los cuerpos, en los Campos Elíseos, en bellezas naturales y en primavera perpetua. Cultivarán las conversaciones agradables con los mejores hombres y más atrayentes y aun con los mismos dioses. No tiene conocimiento de la resurrección de los cuerpos, que Dios realizará con su omnipotencia, después de la muerte, en el momento que tiene señalado, ni espera sea premiado el cuerpo, en el cielo, por el bien que realizó en compañía del alma. El dogma de la resurrección de los cuerpos sólo lo sabemos por la revelación de Dios, aun cuando se comprenden después las razones de la conveniencia para mayor justicia y generosidad de Dios.

Platón expresa su pensamiento por Sócrates, a quien tan bellamente idealizó, y realza más la hermosura y el alto modo de pensar, al oír hablar a Sócrates, después de haberse visto obligado a tomar la cicuta a que había sido condenado sin delito y cuando ya estaba sintiendo los efectos de la muerte inmediata. Ante la muerte que está llegando, Sócrates no está triste, sino más bien gozoso, a semejanza de los mártires cristianos condenados al martirio, y habla de la inmortalidad de su alma y de la vida que va a empezar ahora a vivir en compañía de los dioses y con hombres eminentemente buenos y justos.

Con serenidad envidiable dice: *Si no pensase que he de ir, en primer lugar, al lado de otros dioses sabios y buenos, y además al lado de otros hombres, que han muerto, mejores que los de aquí, ciertamente que obraría mal no recibiendo con disgusto la muerte; mas al presente ya sabéis que espero hallarme entre hombres virtuosos..., que he de ir al cielo al lado de los dioses supremos, que son verdaderamente buenos.*

Por esta razón no me causa disgusto morir.

Quiero daros razón a vosotros... de por qué me parece natural que un hombre que verdaderamente pasa la vida filosofando tenga

buen ánimo cuando está para morir y una grata esperanza de que reportará allí grandes bienes cuando muera...

Sería absurdo que durante la vida no desee otra cosa con más ardor (que morir), y que al llegar la muerte repugnara aquello mismo que de antiguo anhela ([61]).

Todos los cuidados de un filósofo no tienen por objeto el cuerpo; al contrario, no trabaja nada más que para prescindir de éste todo lo posible, a fin de no ocuparse más que del alma...

Así resulta como evidente que lo propio del filósofo es trabajar más particularmente que los demás hombres en la separación de su alma del comercio del cuerpo.

Sin embargo, se figura la mayor parte de la gente que un hombre que no encuentra un placer en esta clase de cosas y no usa de ellas, ignora verdaderamente lo que es la vida, y les parece que quien no goza de las voluptuosidades del cuerpo está muy cerca de la muerte...

Si queremos saber verdaderamente alguna cosa, es preciso que prescindamos del cuerpo y que sea el alma sola la que examine los objetos que desea conocer. Sólo entonces gozaremos de la sabiduría de la que nos decimos enamorados, es decir, después de nuestra muerte y nunca jamás durante nuestra vida...

Y si es así..., todo hombre que llega adonde voy a ir ahora, tiene gran motivo para esperar que allá, mejor que en ninguna otra parte, poseerá lo que con tantas fatigas buscamos en esta vida; de manera que el viaje que de la muerte me ordenan me llena de una dulce esperanza, y el mismo efecto producirá en todo el que esté persuadido de que su alma está preparada para conocer la verdad.

Por consiguiente, purificar el alma, ¿no es... separarla del cuerpo y acostumbrarla a encerrarse y concentrarse en sí misma, renunciando en todo lo posible a dicho comercio, viviendo, bien sea en esta vida o en la otra, sola y desprendida del cuerpo como de una cadena?... ¿Y no es esta liberación, esta separación del alma y del cuerpo, lo que se llama muerte?... ¿No sería... sumamente ri-

---

[61] Platón: *Fedón o Del Alma.* prfs. VIII y IX; traducción de Anacleto Longue. Cicerón se expresó más tarde con estas mismas palabras.

díciulo que un hombre que ha estado dedicado durante toda su vida a esperar la muerte, se indignase al verla llegar?...

Los verdaderos filósofos no trabajan más que para morir y que la muerte no les parezca nada terrible. Mira tú mismo: si desprecian su cuerpo y desean vivir solos con su alma, ¿no sería el mayor absurdo tener miedo cuando llegue ese instante, afligirse y no ir voluntariamente allá donde esperan obtener los bienes por que han suspirado toda su vida?... ¿Se disgustará por tener que morir y no irá gozoso a los parajes donde disfrutará de lo que ama? ([62]).

... *Y el alma, este ser invisible, que va a otro medio semejante a ella, excelente, puro, invisible..., cerca de un dios emporio de bondad, de sabiduría, a un paraje al que espero irá mi alma dentro de un momento, si a Dios place... Si el alma se retira en este estado, va hacia un ser semejante a ella, divino, inmortal, lleno de sabiduría, cerca del cual... goza de felicidad... y pasa verdaderamente con los dioses toda la eternidad*... ([63]).

42.—Vemos qué convicción de la felicidad futura del cielo muestra Platón en sus escritos, profundos y sencillos, pero llenos de encantadora belleza, expresión del íntimo sentimiento religioso que aun tenían algunos de los gentiles y una esperanza firme del premio del bien obrar en los Campos Elíseos en la compañía feliz de los hombres buenos y grandes y de los mismos dioses. ¿Y cómo veía y entendía Platón la felicidad y posesión de la belleza? Nos lo va a enseñar en otro magnífico diálogo, poniendo de intermediario al Sócrates que él tan insuperablemente idealizó. Porque quien va a aprender aquí es Sócrates, y con Sócrates, el lector.

El que ama lo bello, ¿qué es lo que ama?, pregunta Diotime, la ciega de Mantinea, a Sócrates, el cual acudió a Diotime para aprender la ciencia de la verdad y del amor. Y Sócrates contesta: *Poseerlo.*

Vuelve a preguntar la ciega Diotime y a establecer el diálogo: *¿Qué ganará con la posesión de lo bello?* No sabiendo responderle, pregunta lo mismo en otra forma: *El que ama lo bueno, ¿qué es*

---

[62] Platón: *Fedón o Del Alma,* traducido por Luis Roig de Lluis.
[63] Id.. id.. id.

lo que ama?

—Poseerlo.

—¿Y qué ganará poseyéndolo?

—Que será dichoso. Porque la posesión de las cosas buenas hace dichosos a los seres felices.

Y continúa Diotime enseñando a Sócrates:

Quien está iniciado en los misterios del amor... después de haber recorrido en un orden conveniente todos los grados de lo bello, llegado al término... descubrirá de repente una maravillosa belleza, la que era el objeto de todos sus trabajos anteriores; belleza eterna, increada, exenta de todo incremento y disminución; belleza que no es bella de tal parte y fea en otra, bella por un concepto y fea por otro, bella para unos y fea para otros; belleza que no tiene nada sensible, como un rostro o unas manos, ni nada corporal; que no es tampoco un discurso o una ciencia; que no reside en un ser diferente de ella misma, en un animal, por ejemplo, o en la tierra o en el cielo o en cualquiera otra cosa; pero que existe eterna, absolutamente para ella misma y en ella misma, de la cual participan todas las demás, bellezas sin que su nacimiento o su desaparición la aporten la menor disminución, ni el menor incremento, ni la modifiquen en nada.

Si alguna cosa da valor a esta vida es la contemplación de la belleza absoluta. Y si llegas a contemplarla, ¿qué te parecerán después el oro y las joyas?... ¿Qué pensar de un mortal a quien le fuera dado contemplar la belleza pura, simple y sin mezcla, no revestida de carne, de colores luminosos ni de todas las otras vanidades perecederas, sino la belleza divina misma? ¿Crees que sería un miserable destino el tener fijos los ojos en ella y gozar de su contemplación y de la compañía de un objeto tal? ([64]).

Largo ha sido el párrafo copiado, pero alegra el espíritu ver que un filósofo pagano pensó ya tan altamente de la belleza eterna, que es Dios, y remonta tan delicada y poderosamente el vuelo para darnos un atisbo, un tenue rayo de luz de la felicidad del cielo, y se entusiasma contemplando la belleza infinita y eterna, y enseñando

---

[64] Platón: *El Banquete o Del Amor*.

que la posesión y contemplación de esa hermosura es el Sumo Bien y nos hará felices. Dios es la felicidad y hará felices a cuantos le posean entendiéndole, amándole y gozándole.

San Agustín expondrá esta verdad con toda la claridad cristiana y la luz de la fe, y Santo Tomás la explicará con mayor precisión de concepto. Estos santos tenían ya la verdad revelada. Estos conceptos de Platón hacen recordar a San Agustín en sus maravillosos vuelos hacia Dios.

43.—La belleza, el Sumo Bien, no puede existir como idea abstracta y arquetipo invariable y eterno; pero existe Dios, Suma Belleza y Sumo Bien, real, personal, Ser infinito en su esencia y en sus atributos o perfecciones. Existe Dios, Ser necesario, Suma Sabiduría, Omnipotente, Creador del hombre y del mundo y de todos los astros y de todo cuanto existe. Existe Dios, no limitado y con defectos o vicios, como los dioses que reconocían Platón y Aristóteles y toda la gentilidad, sino Dios único, eterno, sin principio ni fin, Suma Felicidad, porque es Sumo Bien y Sumo Poder, y Sumo en todas las perfecciones. Es quien ha dado las leyes a los mundos y a cada uno de los seres, quien los conserva en el ser y en el obrar y los gobierna; quien ha creado a todos los hombres y me ha creado a mí con ellos para la felicidad del cielo, donde El mismo se me dará y hará participante de su misma naturaleza, vida y felicidad, si en la tierra me uno a Él cumpliendo su voluntad.

Seré feliz en el cielo con la felicidad del mismo Dios, viendo directamente su esencia y sus perfecciones, gozándole gloriosa y claramente con todas mis potencias y sentidos. Mi alma será entonces dichosa y feliz para siempre no sólo con la felicidad que deseo, sino con otra mucho más alta e intensa, con felicidad sobrenatural, que es felicidad del mismo Dios, y mi alma hará feliz a mi cuerpo cuando por el poder de Dios resucite y vuelva a unírmele al alma.

Esta es la felicidad sobrenatural que me enseña la revelación de Dios. Seré para siempre feliz en todo mi ser en el cielo, como premio de mis obras buenas y de mi amor a Dios. ¡Bendito seas, Dios mío, pues para bien tan inmenso y tan alto me has criado! ¡Seré feliz con felicidad no sólo natural, sino con felicidad sobrenatural! Alma mía y cuerpo mío, seréis felices en proporción de las

obras buenas y virtudes que ahora queráis vivir.

Platón no pudo llegar a conocer esta felicidad sobrenatural ni la resurrección de los cuerpos, no para ser obstáculo del alma, sino para recibir el premio de sus acciones y ser feliz con la felicidad que le comunique el alma ya gloriosa, y ser su compañero como lo fue en la tierra.

En el cielo, decía Plutón por boca de Sócrates, tendría todos los conocimientos de la filosofía y de la ciencia, por cuya adquisición tanto se afanaba en la tierra. Con el conocimiento de las ciencias y su comunicación con hombres sabios y justos viviría en más grande alegría y se gozaría en el trato social, confidencial y de sumo amor y amenidad con esos hombres eximios.

El cielo sería en los Campos Elíseos, o sea en campos y paisajes muy amenos y atrayentes, de eterna primavera y floración perpetua. El que asimiló y practicó la virtud, será amado de Dios y será inmortal. Si el alma se desprende en este estado, va hacia un ser semejante a ella, divino, inmortal, emporio de bondad y sabiduría, cerca del cual goza de sabiduría ([65]).

Esperaba Platón, y espero y pido yo a Dios, que mi alma se separe del cuerpo limpia, hermoseada con la virtud y, pura, vaya a Dios, al cielo, a la felicidad ansiada y para la cual me ha creado Dios, a vivir en el mismo Dios muy por encima de la felicidad soñada.

Platón —y más claramente aún Aristóteles—ponía la felicidad en la contemplación de la Verdad, del Bien, de la Belleza. Su contemplación produce el júbilo, la alegría y el gozo de la delicia.

Que viva, Dios mío, aquí tu gracia y tu amor, que es vivirte a Ti, para que muriendo en tu amor vaya a ser feliz viviendo tu misma vida y participando gloriosamente de tu naturaleza y de tus perfecciones. Seré feliz, seré feliz en Dios y para siempre y en todo.

---

[65] Platón: Fedón, id.

CAPÍTULO IX

QUÉ ES LA FELICIDAD

44.—Quiero renovar el gozo en mi espíritu reflexionando de nuevo con mayor precisión sobre la felicidad y su hermosura. La tengo, gracias a Dios, muy bien grabada en mi naturaleza y en mi memoria, y no puedo olvidarme de buscarla en todas mis aspiraciones y acciones ni creo pueda nadie prescindir de ella en todas sus obras ni olvidarla en sus deseos.

El encanto de la felicidad me obsesiona y obra en mi ser con mayor tuerza que el instinto en los animales. Quiero ser feliz. Procuro en todas mis obras acercarme cuanto puedo a la posesión de la felicidad. Observo que la felicidad fascina a todos como irresistiblemente me obsesiona a mí.

¿Quién me ha enseñado qué es la felicidad? ¿Quién ha grabado tan imborrablemente en ti, alma mía, ese no sé qué en que consiste la felicidad? ¿Qué es la felicidad y dónde se encuentra? Este continuo deseo y atracción de la felicidad, que siento en mí y no quiero dejar de sentir, me dice que he sido creado para ser feliz, pero no lo soy a pesar de procurarlo. Sueño y deseo sumergirme y saturarme en un bienestar que llene mi ser de gozo, que ilumine mi entendimiento y mi voluntad de la claridad y hermosura del saber y de vivir la alegría; quiero poseer y disfrutar y quedar deliciosamente empapado en todo bien y en todo conocimiento de la verdad. Quiero que ese bienestar dichoso envuelva mi voluntad, y la delicia radiante y jubilosa de toda bondad íntima y comunicativa sature todo mi ser y estén satisfechas mis potencias en todos sus deseos y ensueños presentes y futuros. Aspiro a conseguirlo y espero llegar a poseerlo.

¿Quién ha puesto en mí esta noble y alta ilusión? ¿Dónde y cómo conseguiré esta añorada realidad? Pues para ser feliz tengo que ver satisfechos todos mis deseos, todas mis ansias, todos mis

ensueños nobles. Será dichoso el hombre lleno de bondad, que vive gozando la bondad y recibiendo y comunicando bondad y contento. Me alegró leer este mi sentimiento escrito en una sentencia de San Agustín: *Sólo es feliz el que posee todo lo que desea y no desea nada malo* ([66]). La nobleza del hombre es la luz y la hermosura y la transparencia de la bondad. La noción y la imagen de la felicidad subyugan mi entendimiento y se me presentan como claridad, como belleza y delicia, como concordia y armonía en atmósfera de amor radiante.

45.—Ese deleitoso júbilo de bondad, de paz, de saber y poder, de amar y ser correspondido en el amor en alegría y sin emulación, con toda confianza y seguridad, no puede encontrarse en estos bienes materiales codiciados e inseguros, ni en ejercer el poder sobre los hombres, ni en el contento de tornadiza fama. Todos esos bienes son muy inferiores a mi alma y de menos valía que el espíritu, ya sea ángel, ya sea bienaventurado. Es cierto que producen días agradables y placenteros, pero son como la espuma; muy en breve se deshacen y dejan aflicción y amargura en el espíritu ([67]).

La felicidad está muy por encima de los bienes materiales y morales, tan codiciados de los hombres. La felicidad es la saturación del alma en toda delicia, llenando sus potencias y también todos los sentidos y miembros del cuerpo de gozo en exaltación de júbilo siempre renovado y siempre más dichoso. La felicidad es un bien que llenará mi entendimiento y mi voluntad de indecible e ininterrumpido gozo en todos sus deseos y ansias de saber, de conocer, de poseer y gloriosamente amar y ser amado. Es la exaltación de la delicia en todo el ser, en el alma y en el cuerpo, en las potencias y en los sentidos.

La felicidad no admite imperfección ni bajeza alguna, ni desconfianza o inseguridad. La felicidad es la más noble y la más alta

---

[66] San Agustín: *De la Santísima Trinidad,* lib. 13, capítulo 5, núm. 8, y en otros lugares, como en *De la Vida Feliz* y *De la verdadera religión*. Esta frase es de Cicerón.

[67] Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I. II. q. 2; Jacobus Ramírez: *De Beatitudine*, tomo II.

perfección a que puede aspirar el hombre. La felicidad no tiene sombra, ni aspereza, ni contaminación alguna; es la posesión y fruición ya actual, gloriosa, sobrenatural y permanente e ininterrumpida de todas las aspiraciones, de todos los deseos. Es la exaltación gloriosa superior a cuanto mi fantasía puede imaginar y mi entendimiento comprender. Porque el entendimiento estará lleno, rebosante, satisfecho en toda su capacidad de saber y conocer en el mayor descanso y placer; lleno en todas sus ansias de comprender todas las cosas creadas y también el Bien Supremo Sobrenatural e increado y Creador de todo. Verá y poseerá la Verdad Suma, fuente de toda otra verdad; estará y gozará en Dios, Sol del amor, que lo ilumina y viste todo de amor. Viviré la felicidad cuando mi entendimiento lo comprenda todo sin cansancio, sin hastío ni esfuerzo, sino con el mayor deleite y placer y en total satisfacción; y mi voluntad esté igualmente satisfecha, llena en toda su capacidad de amar y ser amada, en la exaltación de la delicia y rebosando en el más excelente gozo, sin que jamás haya temor de pérdida ni disminución ni en el entender ni en el gozar.

46.—La felicidad es posesión sobrenatural gozosa y gloriosa en fruición inmensamente deleitable de todas las aspiraciones, de todos los deseos del hombre en el saber, en el conocer, en el gozar, en el amar y poder, actual, presente, simultáneo. Todo se tendrá y disfrutará al mismo tiempo en el Bien Supremo y con el Bien Supremo, que es Dios infinito, Fuente de todo bien y de toda delicia, y se tendrá en Dios y con Dios junto y detallado sin estorbarse lo uno a lo otro. Mi alma estará llena de satisfacción, radiante de júbilo, sin que pueda caber más en ella y con la seguridad de que lo estará ya siempre, sin que se ensombrezca jamás con la más tenue nubecilla de pena, y que lo estará en convivencia y compenetración con los ángeles y con las demás almas bienaventuradas, las cuales viven también el mismo gozo, y mi alma renovará el gozo viendo el júbilo y delicia de todas según la capacidad de cada una y todas viviendo en el gozo infinito de Dios, en el Bien infinito, en la Hermosura y Felicidad infinita de Dios; viviremos la misma vida feliz de Dios, siendo dioses por participación. Si el alma no estuviera completamente llena y satisfecha, aún no sería feliz. Dios hará feliz a mi alma en Sí mismo.

Y mi alma y todas las almas bienaventuradas, redundando jú-

bilo, haremos participantes de la misma felicidad que cada una tenga al cuerpo cuando después de pagar el tributo a la muerte, y de haberse descompuesto y convertido en polvo, le resucite Dios con su infinito poder y vuelva a unir al mismo alma con que vivió y le haga inmortal como al alma y casi como espiritual sin sentir ninguna necesidad, y ya nunca se separará del alma viviendo su misma vida.

También a ti, cuerpo mío, te crió Dios para la felicidad. También tú, que ahora sufres y rehúyes la mortificación y el dolor, y te apenas con el cansancio y el abatimiento, y te cuesta el recogimiento y la virtud, también tú serás feliz y dichoso después de la resurrección junto con mi alma. El alma no aumentará su felicidad al comunicar la nueva vida gloriosa al cuerpo, pero hará extensiva su misma dicha y felicidad al cuerpo y se la comunicará en proporción de la felicidad que ella misma tenga y adquirió en compañía del cuerpo cuando en la tierra vivía las virtudes y el amor de Dios.

Porque no todos los cuerpos tendrán las mismas perfecciones, ni sentirán el mismo gozo, ni brillarán con la misma hermosura. El cuerpo que cooperó con mayor fidelidad y ayudó más al alma en el bien, en la virtud y en la santidad, recibirá mayor premio de dicha y de felicidad por su abnegación generosa; porque la largueza de Dios en premiar es también la más justa equidad. Dios premia como Padre a todos según sus obras. Todos somos hijos de Dios.

El cuerpo nunca verá a Dios. Estos ojos míos corporales no verán a Dios, porque la materia no puede ver al espíritu. Pero mi alma sí le verá, y radiante de dicha con la visión beatífica, se la comunicará a mi cuerpo, a este mismo cuerpo mío a quien de nuevo informará con vida sobrenatural como ahora informa y da vida natural. Alma mía y cuerpo mío, animaos a vivir toda virtud y vivir muy santamente el amor de Dios juntos, pues juntos gozaréis en el cielo de la felicidad de Dios según vuestras obras santas.

El alma más santa recibe más intensa luz de gloria y ve más en Dios, es más gloriosa y comunica a su cuerpo más hermosura y más nobles perfecciones. Será la belleza y perfección y gozo del cuerpo en proporción de la gloria del alma, y la gloria del alma según la santidad de vida que en la tierra juntos tuvieron. Serás feliz, alma mía, como lo deseas; serás feliz, cuerpo mío, como ansías y tan feliz como quieras si, superando las dificultades y contratiem-

pos de esta vida, levantas la atención a Dios y abrazas en todo su voluntad. Alma y cuerpo míos, seréis felices en la felicidad del cielo en proporción del amor que en la tierra tuvisteis a Dios. Sufre, y humíllate y ama ahora, porque tu alegría será ciendoblada de lo que te humillaste y amaste.

47.—Me alegró leer en Platón y en Aristóteles que con sólo su inteligencia natural —pues nacieron en el paganismo y no conocieron la revelación— ponían la felicidad del cielo no en estos gustos que apetecen los sentidos del cuerpo, a lo que casi sólo atienden y procuran los hombres, sino en la contemplación y visión clara y directa de la Verdad, del Bien y de la Hermosura en sí misma. Lo corpóreo no puede compararse con lo espiritual. Esta Verdad Suma, y Sumo Bien, y Suma Hermosura, es Dios infinito. Cuando mi alma le vea, me invadirá el gozo inexplicable y me absorberá la delicia. Dios es la Verdad total. Conocer este Bien Sumo y Suma Verdad y Hermosura no excluye el conocimiento de los demás bienes, verdades y hermosuras, sino que los encierra y ennoblece todos y los llena de esplendor. En el Sumo Bien veremos todos los bienes, y el que más vea del Sumo Bien, más verá de los demás bienes y mejor conocerá las demás verdades todas, y el conocimiento y la vida de esta Suma Verdad me hará feliz, no los otros bienes y verdades.

Esos filósofos no llegaron a tener conocimiento de la resurrección gloriosa de los cuerpos bienaventurados, ni de las propiedades gloriosas y felicidad sobrenatural que tendrán y a mí me enseña la fe. Sólo admiraban la felicidad natural que sentirá el alma contemplando la Suma Hermosura.

La fe me enseña que he sido creado por Dios para ser feliz en todo mi ser con felicidad sobrenatural. Serás feliz, alma mía, y lo serás tú, cuerpo mío, y tanto cuanto sean santas vuestras obras y vuestro amor a Dios.

48.—Espero en Dios gozar de la felicidad perfecta e íntegra sin sombras ni penumbras, porque la felicidad es el mismo Dios infinito y Dios es mi último fin y nadie puede prescindir de su último fin. Nadie puede dejar de desear la felicidad. Seré feliz en Dios.

Los sabios me enseñan esto mismo que yo siento y deseo de

la felicidad, diciéndome que *la felicidad es un estado perfecto con la acumulación de todos los bienes* y con la certeza de que ni se perderán ni se disminuirán jamás. La seguridad es un bien muy grande y no se puede excluir de la felicidad. San Juan de la Cruz lo traducía en esta frase apretada de sentido: *La felicidad es juntura de todos los bienes:* de los bienes del alma y de los bienes del cuerpo; de los bienes materiales y de los bienes espirituales; de los bienes que conocemos y de los inmensamente más nobles y más perfectos y numerosos que ni conocemos ni podemos figurarnos. Y sobre todos esos bienes creados está la visión y posesión y goce de Dios, Bien de todos los bienes y Creador de todos y de todas las perfecciones. Dios es la verdadera y única felicidad, pues encierra todas las hermosuras y todos los bienes.

Como la noción de la felicidad es verdad fundamental para cuanto pienso decir, quiero exponerla con toda claridad y precisión, no sólo con mis palabras, sino con las más autorizadas del Doctor Angélico y de la genial inteligencia de San Agustín, aunque repita algunas ideas.

Sólo Dios puede levantar e iluminar con luz y visión sobrenatural mi capacidad de entender, de amar y de gozar, llenándome de su luz para que en su Sabiduría infinita vea toda la creación y todos los seres y le vea a Él y en Dios viva su misma felicidad y deleite. Todo lo sabré en el Saber infinito de Dios, y todo lo amaré y gozaré en el amor y en el gozo insondable de Dios. Ángeles del cielo, sabré y amaré y gozaré con vosotros y como vosotros en Dios, mi Dios y vuestro Dios. Lo veré y gozaré todo en Dios con el mayor júbilo, y viéndolo se saciará todo mi ser en deleite; no querré apartar mi mirada de tan supremo Bien, pues en viéndole y poseyéndole a Él, se ven y se poseen todos los bienes y todas las verdades.

Este Bien es mi último, glorioso y bienaventurado fin. No querré ni podré salir de él. Todo lo veré, todo lo poseeré, todo lo gozaré en este mi último fin, que es el mismo Dios infinito. Aquí, en Dios, se encuentra la suprema dicha. Mi alma siempre verá y siempre se gozará de estar viendo y gozando y de que siempre en Dios hay más que ver. Porque en Dios no hay límites; siempre hay más que ver, más hermosuras, más grandezas creadas. No se puede abarcar el infinito, y en ver que hay más que ver, más se solaza el entendimiento y mayor gozo y júbilo siente la voluntad, y tributa a

Dios la alabanza de mayor admiración. El alma se encuentra en su centro de dicha y en su último fin glorioso, que es el Bien infinito, la Verdad infinita, la Hermosura infinita, donde todo se ve, todo se goza, todo se posee, todo se conoce y se puede, y donde se goza de que todos posean y gocen tanto bien y tan exaltada alegría.

49.—Esto, que es la felicidad, «es cierto que no puede darse en esta vida y en este mundo. Sólo nos lo puede dar Dios, y no nos lo da en este mundo; Dios nos lo ha prometido para el otro» ([68]). Ni nos lo dará fuera del mismo Dios, sino en El mismo, dentro de su misma vida y esencia infinita. En Dios sólo tengo la esperanza de ser feliz con felicidad sobrenatural y eterna. Seré feliz con la felicidad de Dios. La grande aspiración de mi vida es la felicidad, y Dios me la dará en el cielo, y El mismo será el cielo y la gloriosa felicidad.

Seré feliz como lo son los ángeles del cielo, y en su compañía. Como los ángeles, ni querré ni podré salir de la gloria y dicha de Dios, porque Dios es mi centro y mi fin último; porque en Dios lo veo y poseo todo; porque nada desearé que no lo tenga y vea en Dios con su sabiduría y su gozo.

Seré feliz en todo mi ser: en mi alma y en mi cuerpo. También será perfectamente feliz mi cuerpo en proporción de la felicidad de mi alma. Mi alma le comunicará su misma dicha, y Dios por el alma le dará propiedades y perfecciones nuevas. El cuerpo será transformado en glorioso y en casi espiritual. No veré a Dios con los ojos de mi cuerpo, porque la materia no puede ver al espíritu directamente, como no veo mi propia alma con mis ojos. Pero yo, mi alma, verá a Dios, y con mis propios ojos verá y conocerá todos los seres y todos los mundos corpóreos, con todas sus perfecciones y propiedades.

Mi cuerpo glorioso no experimentará ya más ni el dolor, ni la tristeza, ni el sobresalto; no podrá ya tener ni enfermedad ni aflicción alguna. No necesitará ya del sueño para reparar el cansancio, ni de alimento para reponer las fuerzas. Es cuerpo glorioso, y ni se cansa ni tiene desgaste.

---

[68] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lectura-meditación IX, núm. 126.

Las distancias para el cuerpo glorioso serán como si no existiesen, porque Dios le comunica las dotes gloriosas de la agilidad y sutileza, de la claridad e impasibilidad, y con estas perfecciones está pronto para obrar según el querer del alma, superando todos los obstáculos.

Conoceré entonces todos los secretos de los mundos y de la naturaleza y estaré presente en los lejanos astros y estaré en los vacíos espacios y en la claridad de la luz, porque el cuerpo se ha hecho ingrávido y sutil, pudiendo atravesar todos los cuerpos y vivir en todos los elementos y tener estabilidad en el éter, en la luz y en el vacío.

Ni necesitaré casa para cobijarme o defenderme, ni vestido para protegerme, ni salas para recibir a mis amistades, porque mi cuerpo gozará de la impasibilidad al sufrimiento y de la inmunidad para los elementos y estaré en la amistad y trato íntimo y confiado con todos los bienaventurados y con todos los ángeles. A todos trataré, a todos conoceré, a todos amaré y de todos seré amado. Seré diafanidad en la claridad de la luz. Seré belleza en la misma hermosura. Seré dichoso, seré feliz, viviré en la perpetua alegría y delicia de Dios.

CAPÍTULO X

QUÉ ES LA FELICIDAD, SEGÚN SANTO TOMÁS Y SAN AGUSTÍN

50.—La suprema aspiración de la vida del hombre es ser feliz. ¡Seré feliz! La fe me enseña a ser ahora feliz en esperanza. La esperanza me enseña que seré feliz en el cielo viviendo ahora las virtudes.

He admirado la noción de felicidad que de modo descriptivo da Platón. Recordemos la enseñanza de Santo Tomás. Platón nos la presenta fascinante en la hermosura, en una escena llena de vida. Santo Tomás analiza el concepto con toda precisión y firmeza, señalando claramente sus contornos. Es necesario tener el concepto exacto, aun cuando vuelva a recordarlo al tratar ya inmediatamente de la felicidad en el cielo ([69]).

Dice así: *Es imposible que la felicidad o beatitud del hombre consista en algún bien criado. La bienaventuranza es el bien perfecto, que totalmente sacia el apetito. Si pudiera desearse algo más, no sería fin último. Pero el objeto del entendimiento es la verdad universal. De ahí que nada puede aquietar la voluntad del hombre sino el bien universal, y ese bien no se encuentra en cosa criada, sino en Dios únicamente; porque toda criatura tiene bondad participada. Por consiguiente, sólo Dios puede llenar la voluntad*

---

[69] Santo Tomás de Aquino trata de la felicidad principalmente en la *Suma Teológica,* en la I de la II, desde la cuestión primera hasta la quinta, Muy instructivas y precisas son las instrucciones del P. Teófilo Urdanoz, O. P., en la edición bilingüe de la B. A. C.

humana... En sólo Dios está, pues, la bienaventuranza humana ([70]).

La felicidad no es la inactividad ni la monotonía que produce el hastío. La felicidad es la actividad más dulcísima y descansada en la más diversa variedad de todas las verdades y bellezas y bondades de la potencia más noble y más alta del hombre, que es la inteligencia, y con la inteligencia, de la voluntad en el amor actual más intenso por el bien ya conseguido. De estas potencias espirituales, las más nobles y perfectas, se difunde el gozoso bienestar y el contento a todos los sentidos y a todo el cuerpo. Es el gozo de todo el ser humano.

La felicidad, ya queda dicho, ha de producir o es la satisfacción perfecta, sobrenatural, actual de todo el ser; del alma y del cuerpo. La felicidad no duerme ni parpadea; luce siempre en renovado y delicioso gozo presente, llenando el deseo como sol que siempre brilla. Santo Tomás enuncia la idea con estas palabras: *Necesariamente se ha de afirmar que la felicidad es una operación. Porque la felicidad es la perfección última del hombre. Y como una cosa en tanto es perfecta en cuanto está en acto, ya que el solo poder sin el obrar es imperfección, de ahí que la felicidad del hombre debe consistir en el acto último del hombre. Es evidente que el estar realizando la obra es el último acto del que obra... La bienaventuranza o felicidad del hombre es una operación o una actividad* ([71]). Es el real, actual, gozoso y dichoso obrar del entendimiento no discurriendo, sino entendiendo, contemplando, y de la voluntad amando; entendiendo el entendimiento en toda su capacidad de entender y la voluntad en toda su capacidad de amar, estando ya en la posesión del objeto amado y viéndose correspondida en el amor.

Aún lo reafirma con estas palabras: *La esencia de la bienaventuranza consiste en el actual entender del entendimiento. Mas pertenece a la voluntad el gozar actual de la bienaventuranza según dice San Agustín que «la felicidad es el gozo de la verdad», en cuanto que ese gozo es la consumación o dichoso efecto de la bie-*

---

[70] Santo Tomás, I-II, q. 2, a. 8.
[71] Santo Tomás: *Suma Teológica,* I-II, q. 3, a. 2.

naventuranza ([72]).

Y razona esta verdad en una concatenación lógica y admirable diciendo que la bienaventuranza ha de estar en el actual entender: *La obra u operación óptima del hombre es la de la óptima facultad o potencia respecto al óptimo objeto, y esta óptima facultad es el entendimiento, cuyo supremo objeto es el bien divino, el cual no es ciertamente objeto del entendimiento práctico, sino del especulativo. Y así, en esta operación, que es la contemplación de las cosas divinas, consiste sobre todo la bienaventuranza o felicidad* ([73]).

Y la última y perfecta bienaventuranza que esperamos en la vida futura consiste toda principalmente en la contemplación ([74]). No es discurrir que busca y cansa, es mirar, entender, poseer descansadamente y en gozo.

51.—El alma que ha llegado a gozar ya de la felicidad está entendiendo o contemplando con toda su capacidad de entender a Dios, Verdad infinita, y en Dios y con Dios, todas las cosas en la mayor satisfacción y delicia. Y lo ve todo sin esfuerzo ninguno, sin tener que comparar ni traer a la memoria recuerdos del pasado ni ensueños del futuro; sin que la fantasía necesite fingir imagen alguna. Está viendo y entendiendo gozosísimamente hasta la perfecta satisfacción cuanto desea ver y entender hasta lo íntimo de las esencias de los seres y de los mundos y de las relaciones y dependencias de los unos con los otros.

En Dios, la Suma verdad, ve y conoce los pensamientos y los amores de todas las demás personas relacionadas consigo misma o con Dios. Y ve, sobre todo, a Dios mismo, Sumo Bien, y en Dios todas las cosas. Pero todos los ángeles y todos los bienaventurados y toda la creación comparada con Dios son como nada y como fealdad ante su hermosura infinita. Y lo ve, lo entiende y lo posee todo en el mayor descanso y más jubilosa delicia, y lo ve y posee no lejos, sino presente en Dios, y el alma está en Dios, en la infinita y gloriosa hermosura de Dios.

---

[72] Id., id., q. 3, a. 4.
[73] Id., id., q. 3, a. 5.
[74] Id., id., q. 3, a. 5.

La felicidad no es inactividad, sino estar obrando en la actividad más gozosa la obra más maravillosa; estar entendiendo en la exaltación jubilosa.

Porque la felicidad es la perfección consumada o perfecta que excluye todo defecto en el bienaventurado ([75]). Han desaparecido toda duda, toda ignorancia, toda incomprensión de las verdades y de las personas. La felicidad es claridad de luz indeficiente y suavísima; es compenetración agradabilísima y dulcísima con los seres espirituales. La felicidad es la contemplación y el conocimiento y la posesión y gozo de la hermosura infinita; es el ininterrumpido y siempre renovado gozo de la Verdad, que está siempre bañando lo íntimo del alma y la transparenta y envuelve toda y trasforma en belleza divina. Porque la felicidad es vivir la vida de Dios y en Dios. En Dios se ven y comprenden todas las verdades criadas; en Dios se poseen y gozan todos los bienes; en Dios se encuentran todas las amistades y complacencias; en Dios nada se puede desear que no se tenga, nada ambicionar que ya no se posea. Viviendo la vida de Dios y en Dios desaparecen todas las oscuridades, todas las ignorancias y se conocen todos los secretos de la naturaleza; desaparecen las distancias y se hacen presentes las personas y los seres. Todo se conoce, se puede y se posee en el saber y poder infinito de Dios.

Porque para la perfecta felicidad se requiere que el entendimiento alcance y posea la misma esencia de la causa primera. De esta suerte logrará la perfección por la unión con Dios, que es su objeto, en el cual está únicamente la felicidad o bienaventuranza ([76]).

Cuando mi entendimiento, lo mismo que el entendimiento angélico, esté unido con unión perfecta y gloriosa a la Suma e infinita Verdad y al Sumo Bien, los poseeré ya y, poseyéndolos, gozaré con gozo sobrenatural proporcionado a la posesión o conocimiento. En la Verdad infinita y en el Bien infinito lo conoceré todo, lo veré todo, lo poseeré todo y en todo me gozaré. Todos los seres y todos los mundos serán míos y de todos; los conoceré todos y estarán a

---

[75] Santo Tomás: *Suma Teológica,* I-II, a. 5, a. 4 al I.
[76] Santo Tomás: *Suma Teológica*, I-II, q. 3, a. 8.

mi disposición y obediencia. Me ha desaparecido la ciencia razonada, que era como luz de nada, y Dios me la ha transformado y unido a su Sabiduría sobrenatural, y quedo unido gloriosamente a la misma Verdad infinita, creadora de todos los seres y mundos y glorificadora de todos los ángeles y bienaventurados.

Sé que para siempre seré feliz y nunca ya se me disminuirá mi felicidad; y mi felicidad y mi gozo son la felicidad y el gozo mismo de Dios, llegando a la verdad de que Dios me ha hecho, en su misericordiosa generosidad, dios por participación. ¡Estoy glorioso en Dios! ¡Gozo de la posesión de Dios glorioso!

Que la bienaventuranza o felicidad se llama bien sumo del hombre, porque es la consecución y fruición del Sumo Bien ([77]).

* * *

52.—Siglos antes que el Doctor Angélico escribió San Agustín con intuición genial y afectiva que la felicidad es gozarse en la posesión de la Verdad Suma, y la Verdad Suma es Dios como es la Suma Hermosura. Quien posee gloriosamente a Dios es feliz, y quien se aparte de Dios se aleja de la felicidad. A Dios se le posee por el conocimiento y el amor. Su frase es muy expresiva y feliz: *la bienaventuranza es el gozo de la Verdad* ([78]). En varios de sus libros expone y razona esta sentencia. Aquí pongo sólo unos breves textos enunciando esta verdad. En otro capítulo lo haré más extensamente ([79])

En la visión de la esencia divina *se nos promete la vista de la belleza, de cuya semejanza reciben belleza todas las cosas bellas, y en cuya comparación son feas todas las hermosuras* ([80]).

Para vivir la vida feliz o bienaventurada se ha de estar donde está lo óptimo para el hombre, y se ha de amar y tener eso óptimo. Gozar una cosa es tenerla a disposición. Nadie es feliz si no disfruta lo que es óptimo para el hombre, y quien lo disfruta no puede de-

---

[77] Id. id., I-II, q. 3, a. 1 al 2.
[78] San Agustín: *Las Confesiones,* lib. X, cap. 23.
[79] Véase en el cap. XIII, núm. 73.
[80] Id., *De Ordine,* cap. 19, núm. 51.

jar de ser feliz ([81]).

Y repite en diversos lugares que la felicidad es poseer la verdad y *la Suma Belleza es el Sumo Bien* ([82]). *Si vamos en pos de Dios se vive bien; cuando llegarnos a poseerle se hace bienaventurado* ([83]). *El deseo de ser feliz anima a seguir a Dios, y el abrazo o posesión de Dios es la felicidad misma* ([84]). *¿Y quién puede ser más feliz que el que disfruta de la segura, pura y excelentísima verdad?... ¿Y dudaremos que en el abrazo de la Verdad está la felicidad?* ([85]).

Pero el texto más impresionante y lleno de razón es el que escribe en *Las Confesiones,* hablando con el mismo Dios, y dice: *Lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres Tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti; esa y no otra* ([86]).

Si yo pregunto a todos si por ventura querían gozarse más de la verdad que de la falsedad, no dudarían en decir que querían más de la verdad como no dudan en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, pues, gozo de la verdad; porque éste es un gozo de Ti, que eres la Verdad... todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida la sola feliz, todos quieren el gozo de la Verdad..., y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que el gozo de la Verdad, ciertamente aman la verdad ([87]).

Y poniendo el contraste de las criaturas y del Creador, exclama: *Infeliz quien conoce las cosas todas y te ignora a Ti, y feliz quien te conoce a Ti aunque ignore las criaturas. En cuanto a aquel que te conoce a Ti y las criaturas, no es más feliz porque conozca las criaturas, sino únicamente es feliz por Ti* ([88]).

---

[81] Id.: *De moribus Ecclesiae Catholicae,* lib. I, cap. 3.
[82] Id.: *Del libre Albedrío,* lib. II, cap. 13.
[83] *De moribus Eeclesiae Cathollcae,* lib. I, cap. 6.
[84] Id., id., lib. II, cap. 1.
[85] Id.: *Del libre Albedrio,* lib. II, cap. 13.
[86] San Agustín: *Las Confesiones,* lib. X, cap. 22,
[87] Id.. id., lib. X, cap. 23.
[88] Id. id., lib. V, cap. 4.

Dios está en ti como en el cielo ([89]).

La felicidad natural y sobrenatural es conocer a Dios, ver a Dios, poseer a Dios y, poseyéndole, gozarle. El entendimiento está lleno de la verdad conociendo todas las criaturas y todos los mundos en Dios, y la voluntad está rebosando gozo en amor a Dios y a las criaturas en el mismo Dios. Es feliz, lo será siempre.

Porque solamente es feliz el que tiene todo lo que quiere y no quiere nada malo ([90]).

[89] *De la Trinidad,* lib. VIII.

[90] Id.: *De la Trinidad,* lib. XIII. cap. 5. núm. 8, y *De las Costumbres de la Iglesia Católica,* lib. I, cap. 3.

CAPÍTULO XI

CIELO ESENCIAL Y CIELO LOCAL

53.—¡La felicidad! ¡Vivir la delicia jubilosa y el gozo totalmente satisfecho interior y exteriormente en el saber, en el poder, en el amar y en el poseer, con la seguridad perfecta de que jamás se perderá ni aun se disminuirá, es la ilusión más halagadora y más llena de luz y de esplendor que acaricia constantemente la fantasía y alegra el espíritu!

La esperanza de la fe me dice en voz callada, pero constante: Tendrás íntima y gozosísima amistad en trato confidencial y embelesador no sólo con las personas más nobles y agraciadas, ya gloriosas, sino con los mismos ángeles del cielo. Lo conocerás todo y lo poseerás todo y habrán desaparecido las incomprensiones, las emulaciones y las desconfianzas. Lo sabrás todo y todo estará a tu disposición.

Y sobre todo esto verás a Dios, conocerás a Dios y vivirás en Dios. La vida gloriosa y feliz de Dios será tu misma vida. Nada desearás que no tengas. Nada podrás soñar que no esté a tu alcance. ¡Seré feliz!

La esperanza que tengo de ser feliz comprende todo esto. Pero todo esto, que puede ahora llenar mi ilusión, es menos que una penumbra ante la realidad del cielo glorioso que Dios me tiene preparado a mí y a todos los que unen su amor y su voluntad con el amor y la voluntad divina. Dios, que me ha creado para el cielo, para ser allí feliz en El, quiere que yo quiera ir al cielo y me ha señalado el camino. Yo quiero ser feliz y espero serlo viviendo ahora su amor, que en el cielo será amor glorioso.

Dios me ha señalado a mí y a todos los hombres la felicidad como último fin, pero la ha dejado, en cierto modo, a voluntad de cada uno. Dios me ha dado un alma inmortal para que sea feliz perpetuamente, pero ha de quererlo el alma. Dios me ha creado

para el cielo y el cielo es el mismo Dios y le veré y gozaré su felicidad en su mismo ser y en un lugar de gloria.

Dios, el mismo Dios infinito en toda perfección, es el cielo en quien yo viviré y gozaré y seré feliz. Dios es el cielo de Sí mismo y es el cielo de los bienaventurados; Dios es la felicidad infinita e increada, y Dios comunica la felicidad a los bienaventurados. Se la comunica en Sí mismo y en un lugar que llamamos cielo.

Porque el pobre discurrir del hombre piensa en el cielo glorioso de dos modos distintos. Piensa en la Felicidad infinita, en la Verdad, en la Hermosura y en el Bien infinito, y esta Hermosura y Felicidad es eterna y es increada; y se tiene y goza viendo a Dios infinito. La visión directa de la esencia de Dios y de sus perfecciones infinitas, llena de dicha y comunica la felicidad ya imperecedera. Los bienaventurados participan de la felicidad divina y de sus perfecciones. Son felices por participación. Como no podemos formarnos idea de Dios, tampoco podemos formarnos idea de esta dicha, de este gozo que se recibe con la vista de la Verdad y Hermosura infinita. La visión directa de la esencia de Dios es el cielo esencial. La visión de Dios basta para la felicidad. El bienaventurado participa de la misma vida de Dios y la vive en el mismo Dios.

El cielo es Dios y la felicidad es Dios; cielo y felicidad eternos e increados. Al participar mi alma de la felicidad y de la vida de Dios, seré feliz con la misma vida y felicidad de Dios, con vida y felicidad participadas. Dios es el cielo de Sí mismo y Dios será mi cielo. No necesito de nada más para ser totalmente feliz y glorioso, porque participo y vivo la perfección infinita, la gloria infinita y en el mismo Dios, que es en la misma gloria. Estoy lleno de Dios glorioso y glorificador.

Poseyendo a Dios gloriosamente por la visión de su esencia, veo y hago mías por participación o comunicación de Dios, la misma naturaleza de Dios ya gloriosa y todas las perfecciones divinas que son infinitas en número e infinitas en perfección, y todas forman una sola y suma perfección que las comprende todas.

Sólo Dios se comprende a Sí mismo todo total, actual y simultáneamente. Ningún ángel, ningún bienaventurado puede jamás comprender a Dios total y simultáneamente y siempre. Ininterrumpidamente Dios estará siendo mi dicha y la dicha de los bienaventu-

rados. Siempre y para siempre, sin fin, estarán los bienaventurados bebiendo esta su felicidad; empapados, saturados en esta infinita felicidad y hechos una misma cosa y una misma vida con la misma felicidad, que es Dios.

Dios me transformará y me hará verdad, bondad, hermosura y saber suyos; y podré y gozaré en su misma Omnipotencia y Sabiduría y en su amor infinito. Seré eternamente feliz en Dios, viviendo y gozando todas las cosas en Dios.

54.—Pero lo seré o lo será mi cuerpo glorioso en un lugar. Las almas no necesitan de lugar como no lo necesitan los ángeles. Están en Dios, pero gozarán de la vida y perfección y felicidad de Dios en un lugar. Ese lugar es el cielo local. Es, pues, el cielo local el lugar de la felicidad donde los bienaventurados la viven viendo a Dios.

La capacidad natural del hombre, mientras vive en la tierra, no puede formarse idea de ese cielo ni puede nadie concebir siquiera los gozos y grandezas que Dios tiene preparados para los bienaventurados en el cielo.

El cielo local es un lugar material creado por Dios. El cielo local no es una ciudad ni un recinto cerrado. El cielo local no es un palacio, un jardín o algo que se parezca a las bellezas o paisajes de la tierra.

El cielo local es un lugar material-sobrenatural que Dios ha creado para que vivan su felicidad los bienaventurados, con unas bellezas y maravillas como de Dios para premio de sus amados. No puede la inteligencia formarse ni remota idea de su encanto y delicia. ¡Es la maravilla de las maravillas materiales de Dios; es lo insoñable, lo insospechado! ¡Es lugar sobrenatural!

Nos dice la revelación que Dios tiene preparados cielos nuevos y tierra nueva (2 Pedro 3, 13; Apoc 21, 1) para los bienaventurados. Cielos nuevos y tierra nueva que encierran todas las perfecciones de la tierra y ninguna de sus imperfecciones; tienen todas sus perfecciones de un modo más levantado y perfecto y otras innumerables perfecciones que sólo Dios conoce y puede hacer. A Dios no le falta ni saber, ni poder ni querer para hacer la insospechable maravilla y delicia del cielo para premiar con la grandeza y prodigalidad de Dios, y producir la perpetua admiración de las inteligencias

angélicas y humanas.

El cielo es el cielo. El cielo es sobrenatural. En el cielo estarán los ángeles y los bienaventurados gozando la felicidad de Dios. Los ángeles y los bienaventurados están en Dios y viven en Dios la misma vida y felicidad de Dios. Los cuerpos gloriosos ocupan lugar y estarán en el cielo local, pero también están en Dios.

En el cielo creado, los bienaventurados verán a Dios directamente en su esencia, conocerán sus infinitas perfecciones y gozarán la felicidad en las delicias y goces insoñables que tiene preparados a cada uno en proporción del amor, de la gracia y de las virtudes que tenía su alma cuando se separó del cuerpo para ir a Dios. Según sea la intensidad de la gracia y el tesoro de las virtudes, será la intensidad de la felicidad que reciba el alma por la alteza de la vida, de la sabiduría, del poder y del amor que Dios la comunicará de Sí mismo y de sus atributos, y será también la delicia y belleza del cuerpo.

Los bienaventurados están en el lugar del cielo y en el cielo tienen su felicidad completa según queda explicado. Pero el lugar no es la felicidad ni son felices porque están en el lugar. El cielo es un ser material sobrenatural creado por Dios. El cielo, por ser material, es insensible. Nos maravillamos de lo admirable de los inventos que están haciendo los hombres y sabemos que todos esos inventos son como nada ante lo que Dios tiene preparado en el cielo. El cielo local es material, pero es sobrenatural y supera todo ensueño natural.

55.—Pero el cielo natural no es la felicidad, es sólo como complemento, el lugar. La felicidad es vida, y vida feliz; y es vivir la vida misma de Dios. Dios es la felicidad. Dios es la vida feliz y eterna. El bienaventurado es feliz en el cielo porque vive gloriosamente en Dios; está lleno de la gloria de Dios. Ve a Dios, conoce a Dios y goza a Dios en el cielo viviendo en Dios y la misma vida de Dios. En Dios no hay sombra ni deficiencia alguna. En Dios no hay ignorancia, ni impotencia ni tristeza. En Dios todo es Vida y perfección y gozo, altísimo gozo, con el cual no se pueden comparar los gozos conocidos en la tierra, ni podría resistir el cuerpo tanta dicha.

Dios es todo exaltación infinita de júbilo y de perfección y de luz espiritual, que llena el alma, y por extensión el cuerpo del bie-

naventurado, por dentro y por fuera, impregnándole, empapándole, saturándole. El bienaventurado vive ya la vida gloriosa de Dios en el mismo Dios. Dios es el cielo.

Cuando se prescinde de las hermosuras y preciosidades y tratos amenísimos que se tendrán con los demás bienaventurados y ángeles en el lugar del cielo, piensan algunos que el cielo resultaría monótono y cansado. Pero la felicidad y gozo indeficiente no está sólo en eso, sino sobre eso, porque es ver a Dios y vivir en Dios y gozar el gozo de Dios en Dios, y en Dios se ven y se gozan todos los bienes y todos los gozos.

Este cielo local, material, sobrenatural, glorioso, es lo que cautiva nuestra ilusión y atrae el corazón mientras vivimos en la tierra; porque de este cielo material parece podemos formarnos alguna idea, aunque imprecisa, y deleitar la imaginación con sus armonías y bellezas subyugadoras, aun cuando no puedan tener comparación con su maravillosa belleza, pero halaga los sentidos y dulcísimamente recrea nuestra fantasía. Y de Dios infinito en todo bien no podemos formarnos idea alguna concreta si Dios no da una especialísima luz. Dios es el infinito bien, el Ser simplicísimo; es sobre todo cuanto se puede pensar ni soñar. Es la Sabiduría, y la Hermosura y el Poder inefable; es el infinito, el infinito, el sin límites en todo bien. Dios trasciende todo saber, y todo entender y toda fantasía.

Los santos que recibieron esa luz especialísima de conocimiento de Dios no sabían expresarla de otra manera que por admiración y gozo, y caían en arrobo y éxtasis. San Pablo nos dijo después de recibir esa luz: *Que oyó palabras inefables que no es lícito o posible a un hombre el proferirlas o explicarlas* (2 Cor 12, 4). Santa Teresa de Jesús dice que produce tal *deleite tan sobre cuanto acá se puede entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación* ([91]). Santa Angela de Foligno vio que ni ángeles ni jerarquías ni nada se puede comparar con ese bien, porque éstas son parte de belleza; en Dios vio junto todo el Bien y *me encontraba tan llena de divina luz que con gozo muy grande vi en la Omni-*

[91] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 27, 12.

potencia de Dios y en su voluntad... el completo conocimiento de todas las criaturas ([92]); todo lo vio en la oscuridad de Dios.

San Pablo no sabe si le comunicaron esas soberanas verdades estando el alma en el cuerpo o fuera del cuerpo. Las almas santas sienten como la Hermana Margarita: *Me pareció me subió al cielo, me dio a gustar sus delicias... Me obligaba a decir: basta, Señor, no puedo más o dadme más grande corazón* ([93]).

Por la fe sabemos lo que de niños aprendimos en el catecismo: *La gloria es un estado perfectísimo en el cual se hallan todos los bienes sin experimentarse mal alguno*. El cielo es el lugar donde se disfruta la felicidad de Dios.

56.—Creo que el bienaventurado goza en el cielo la felicidad perfecta, que encierra todos los bienes y es un lugar insoñable de delicia. Creo, Dios mío, que eres Tú, es la visión de tu esencia y tu posesión gozosa, la felicidad perfecta e infinita. Espero gozarte en Ti mismo, cielo esencial, y en el lugar de la delicia que has creado y es el cielo local, como complemento de Ti mismo.

El cielo es vivir tu misma vida participada, y vivirla en Ti mismo; ésa es la felicidad. Tú eres la felicidad. El verte a Ti, conocerte y poseerte es el sumo gozo y encierra todos los gozos. El cuerpo glorioso tendrá por morada de dicha el cielo local, el lugar creado con toda la magnificencia y esplendor. Te darás Tú mismo al bienaventurado en premio en el lugar de la dicha.

Quiero hacer resaltar bien esta verdad. El cielo no es un palacio riquísimo ni un jardín bellísimo de eterna primavera donde se recrea el bienaventurado. El cielo es mucho más que eso y sobre todo eso. El lugar del cielo es la claridad, sutilísima, purísima, sobrenatural, difundida por la inmensidad; toda es hermosura, y encierra todos los bienes; es donde se recrea y goza el bienaventurado, donde moran y se comunican todos como en íntima familia y tienen todos los bienes y todos los conocimientos y todas las be-

---

[92] Sana Angela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Angela de Foligno, du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncoeur.*, páginas 118-119, VI. *Cy Commence du quatrieme pus ou de revelation d'humillation*,

[93] Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscritos*.

llezas, según el deseo de cada uno. Dios los ha puesto a su disposición y alcance. Están y viven en Dios y están y viven en el cielo. Los bienaventurados, como los ángeles, ni quieren ni pueden salir del cielo, porque el cielo esencial es Dios y el cielo local es el lugar de la felicidad en la claridad y en la hermosura de la inmensidad. No pueden dejar de querer estar en la felicidad.

Desde el momento en que Dios comunica al espíritu la luz de gloria para la visión de su esencia toma posesión de Dios participando de su naturaleza, de su vida, de su gozo, de su misma felicidad, y establece su morada en el cielo, es bienaventurado, lleno de dicha, lleno de gloria de Dios y de sus perfecciones. Queda el bienaventurado en la felicidad, vida y dicha de Dios más que está el leño hecho fuego en el fuego, que la molécula de gas en la lámpara fluorescente encendida, que el átomo en el sol hecho fuego y luz. Dios le ha divinizado.

Buscan los hombres gratas complacencias y expansiones en las conversaciones amenas con los demás. ¿Dónde habrá delicia mayor que el trato con los ángeles, viviendo y pensando en Dios y hablando de sus perfecciones y de la felicidad sobrenatural? Cuando algunos santos recibieron estas mercedes, ¡qué delicia sintieron y qué rápido se les pasaba el tiempo que dedicaban a Dios en la oración! ¡Qué sublimidades les mostró muchas veces el Señor! La fe viva que tenían y fomentaban, y las muy especiales luces que Dios había puesto en sus almas durante los largos tiempos que dedicaban a estar con Él, les infundían conocimientos y sentimientos muy superiores a los que puede dar la ciencia.

El solo recuerdo de Dios o del cielo arrebataba a muchos de tal modo que perdían el uso de los sentidos y quedaban en éxtasis como ya recordé de Fray Gil, franciscano primitivo, que quedaba arrobado al solo oír la palabra Paraíso, y San Miguel de los Santos quedó cuando paseaba en la huerta al solo oír mencionar a un amigo cuáles serían las delicias y goces del cielo. Y la historia del Beato Nicolás Factor narra que al salir a la calle advertía no le nombraran la palabra Dios, porque temía quedarse arrobado, y Santa Catalina de Siena y aún más la Hermana Margarita del Santísimo Sacramento, cuando no hablaban de Dios, ni se enteraban ni podían atender a la conversación; como se daba en los nudillos San Juan de la Cruz para que el dolor le hiciera atender, porque ya

no estaba para estas externas conversaciones, y cuando hablando de Dios con Santa Teresa quedaron los dos en éxtasis, la Santa daba por explicación que con Fray Juan de la Cruz no se podía hablar de Dios, porque se trasponía y hacía trasponer, y traspuesto se fue de un vuelo desde la huerta al sagrario San Pedro de Alcántara.

La grandeza de Dios, la hermosura y lo maravilloso de Dios llenaba tan colmadamente su alma de amor divino, que los sentidos no podían soportar regalo y goce tan intenso y el alma se levantaba con el cuerpo hacia Dios.

Un hecho, que parece de leyenda por su encanto, leemos del Beato Juan Grande. Iba el beato caminando con el Padre Juan Figueroa y conversando de materias espirituales, de Dios y del cielo. El beato se encendió con tan hermosas verdades y, sintiéndose inflamado y ya sin dominio de sí mismo, le dice al Padre Figueroa: *¿Es posible que haya en el mundo quien pueda sufrir a Dios?* Extrañado el padre con esta frase, que él consideraba menos espiritual, le responde: *Jesús, hermano, ¿eso dice? ¿Y quién habrá que no pueda sufrir a Dios?* Y el Beato Juan, todo abrasado en amor de Dios, le dice: *Yo no le puedo sufrir;* y apenas pronunció estas palabras perdió los sentidos y quedó en éxtasis en el mismo camino desde las doce hasta las tres de la tarde ([94]).

Dios, aun en este mundo, hacía y hace en las almas totalmente entregadas tales asonadas de amor y enciende tales llamaradas de amor y tan regaladas que se hacen irresistibles, y abrasan tan amorosamente el pecho

que a vida eterna sabe
y toda deuda paga.
Matando, muerte en vida la has trocado
……
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

---

[94] Isabel Flores de Lemus: Año Cristiano Ibero Americano, 3 de julio.

Estas almas arrebatadas de la divina hermosura y de la atracción del amor le dicen a Dios, como leemos de muchas: «Si esto nos das y haces gozar ahora en la tierra, ¿qué dejarás para el cielo? ¿Y qué tendrás preparado en el cielo?» Y le piden la muerte a gritos por intercesión de la Virgen y de los santos, como Santa Angela de Foligno, y le dicen, con el mismo San Juan de la Cruz:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia de amor,
que no se cura
sino con la presencia y la figura ([95]).

El cielo esencial, que llena de toda felicidad y de toda dicha y sacia todos los deseos que pueda el alma tener, es Dios, la visión de Dios; la fruición de la posesión gloriosa del mismo Dios infinito, comunicando en gloria la participación de sus perfecciones y de su misma vida y de su misma gloria y felicidad. La felicidad, el cielo, la dicha, es el mismo Dios. Los bienaventurados y los ángeles están en el mismo Dios. Dios está en todos totalmente y en cada uno como si sólo fuera para él, y todos están bebiendo dicha de Dios y empapados en Dios, diáfanos en su claridad, admirando y alabando a Dios en exaltación de júbilo.

Y veremos y gozaremos de Dios y la felicidad en un lugar de maravilla en el cielo local. No es necesario el lugar para la felicidad. El cielo local es material-sobrenatural. No nos lo podemos imaginar. Nadie en la tierra lo ha visto. Intentemos formarnos idea del cielo.

[95] San Juan de la Cruz: *Poesías*.

CAPÍTULO XII

LA BIBLIA DESCRIBE EL CIELO

57.— El cielo! ¡La felicidad para siempre! ¡La luz indeficiente y suavísima que todo lo embellece con hechizador encanto! ¡La dulcísima armonía que transporta las almas en delicia! Porque el cielo es la cosa material más bella y fantástica, más perfecta y cautivadora criada por Dios. Dios ha hecho el cielo con el mayor esplendor y la magnificencia más insoñable, como el lugar donde quiere premiar a sus ángeles y a sus bienaventurados con el banquete continuo de la más jubilosa felicidad. El cielo es el resplandor indeficiente de la luz increada, donde Dios llena de su dicha y gozo perpetuo, siempre renovado, a los espíritus gloriosos.

¿Cómo podré yo, Dios mío, pobre de mí, figurarme o expresar algo del cielo que Tú me has preparado y enriquecido con belleza que en nada se parece a esta de la tierra que ven ahora mis ojos? ¿Qué podrá decir ningún mortal y menos este pobre hijo tuyo, de lo que nadie ha visto ni puede imaginar?

Porque no hay imagen que tenga algún parecido ni palabra para comunicarlo; porque ningún hombre en la tierra lo ha visto ni lo puede ver. ¿Qué me atreveré a decir yo de lo que no es obra de hombre, sino de sólo Dios, y belleza sobrenatural para mostrar su magnificencia, y cómo sabe y quiere premiar a sus amados? El cielo excede en riqueza, y hermosura y armonías, como en delicias y alegrías y júbilo, a cuanto se puede decir o pueda soñar y pensar la inteligencia más penetrante o la fantasía más creadora. ¿Qué será la morada del cielo?

Porque el cielo esencial y el premio y deleite infinito es el mismo Dios, infinito en hermosura y en bondad y en todo bien, y poder y creador de todos los seres, y el que ha dado a todos las leyes y propiedades que tienen. En comparación con Dios, la morada

o lugar del cielo, aunque sobrenatural, es fealdad y oscuridad. La morada o lugar del cielo sin la presencia y vida de Dios sería relativamente triste, estaría como vacío y muerto. Un palacio deshabitado está muerto y triste. La alegría de un palacio o de un jardín tan ornamentado y ameno como se quiera no está ni en el ornamento ni en la amenidad, está en la vida y en la amable convivencia. El jardín más ameno, en soledad, sin la convivencia de Dios y de los hombres, se hace al poco tiempo insoportable. En la abundancia y belleza del paraíso estaban Adán y Eva y no se satisficieron con lo que tenían.

La morada del cielo, con toda su maravillosa magnificencia, es inferior al ángel y al alma, porque es material, y lo material es muy inferior a lo espiritual y a la vida. Dios ha hecho el cielo para los bienaventurados y para la convivencia y felicidad de las almas buenas que le amaron en la tierra.

Pero la vida del cielo, y sobre la convivencia con todos los ángeles y bienaventurados, es vivir en el mismo Dios infinito, en la hermosura de la Bondad y en el gozo de la Verdad. La vida del cielo y su convivencia es Dios infinito y Amor glorioso. Como sin la luz de gloria no se puede comprender a Dios ni se puede decir lo que es, sino que es infinito, tampoco se puede comprender lo que es el cielo ni se puede expresar lo que es.

Dios es el que es, el que existe por Sí mismo necesariamente, el que tiene todas las perfecciones de modo infinito, el Creador de todo lo que tiene existencia y nada puede existir si Dios no da la existencia y la conserva. Dios es el cielo y la felicidad de Sí mismo; no necesita lugar porque es espíritu, ni necesita compañía, porque es la misma felicidad. Crea para comunicar bondad, no porque necesite de nadie. Ha creado también el cielo local para morada donde vivan y sean felices sus ángeles y bienaventurados. La creación de la maravillosa magnificencia del lugar del cielo es para manifestación de su omnipotente generosidad en premiar y para admiración de todos los espíritus gloriosos, como lo es la inmensidad de los mundos siderales. Dios no los necesita. Ahora los hombres no los conocemos. Los conoceremos y admiraremos en el cielo, y llenos de admiración y gozo alabaremos a Dios en la inmensidad de la creación. Dios es el cielo verdadero, y la vida feliz y la exaltación de gozo de los bienaventurados.

58.—¿Me atreveré yo, Dios mío omnipotente, a hablar del cielo? ¿No me atreveré a hablar de tu más maravillosa obra material para alabarte y amarte más? ¿No te agradará, Dios mío, que procure pensar, y soñar, y hablar y llenar todas mis potencias de lo más hermoso que has hecho para regalo mío y de tus escogidos, como es el cielo? Y hablar del cielo es hablar de Ti y alabarte; es amarte a Ti y pedirte me des el cielo, y me unas a Ti y me hagas donación de Ti mismo.

Si los ángeles y los bienaventurados nada pueden ver ni pensar de mayor belleza que el cielo y el Creador del cielo, y en eso está su dicha y su jubilosa alegría, también gozará el alma mía levantando la mirada para admirar tanta hermosura y para recrearme y animarme con la vida de gozo que me tienes preparada con tanto amor y yo deseo con tanta ilusión.

Quiero, Dios mío, pensar en el cielo y hablar del cielo, y hablar de Ti, en quien viviré feliz para siempre. Para hablar del cielo me era necesario haber visto el cielo o algo que me diera idea del cielo, y nadie en la tierra lo ha visto, y los que vieron como un atisbo fugaz de reflejo de la luz del cielo se vieron llenos de admiración, pero incapaces de saberlo expresar. Pero me determinaré yo a hablar del cielo, porque sé que a Ti te agrada y hace bien a mi alma, y me valdré de lo que me enseña la fe, por tu revelación y de lo que esas almas santas dijeron.

Tener visiones del cielo y de sus gozos, como tenerlas del mismo Dios, es lo más agradable y hermoso que en la tierra se puede ver y sentir. Los que las tuvieron y sintieron sus gozos, no estuvieron en el cielo ni vieron a Dios. Nadie ha visto a Dios viviendo en la tierra. Dios comunicó a esas almas o las enseñó, no la realidad del cielo, sino, en visión, una luz, un conocimiento muy especial sobrenatural del ser de Dios o del cielo según lo que quería enseñarlos y para alentarlos a más perfección y mayores trabajos. Las visiones del cielo no son la realidad del cielo o de Dios, ni aun la sombra de esa infinita verdad. Aun cuando vean como Santa Angela de Foligno dice: *que no ve nada y que ve absolutamente todo... y se deleita en todo bien..., pero lo veía en la tiniebla u oscu-*

ridad, que sobrepasa todo bien ([96]). Es el lenguaje misterioso de los místicos, porque es imposible expresen los labios lo que vieron y sintieron. De modo muy semejante escribe Santa Teresa: *Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear y no vi nada...; lo que podía allí hacer era entender... y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello* ([97]). Esto se lo ha comunicado el Señor a algunos santos, no a los teólogos como teólogos, si no son santos.

En mi pobre entender, nadie, ni santo alguno, ha estado ni visto realmente el cielo, aun cuando Dios ha regalado a algunos con visiones y luces especiales y maravillas inexplicables y dichosas del cielo. El que entra en el cielo no vuelve a vivir a la tierra. Si solamente recibir esas ideas o ver a manera de un calidoscopio, diría yo, esas hermosuras y esos premios de dicha que Dios tiene preparados para dar en el cielo absorbía en los santos sus sentidos hasta producir el éxtasis y les encendía tanto en deseo de morir para estar ya en Dios glorioso, si hubieran llegado a estar en el cielo y visto a Dios, no hubieran podido continuar viviendo en la tierra sin especial milagro. Han recibido solamente un altísimo conocimiento de Dios y de sus perfecciones y de algunas maravillas del cielo. Dios anticipadamente se lo ha comunicado, y les quedó imborrable en su espíritu y vivían suspirando por aquella belleza.

59.— ¡El cielo! ¡El cielo glorioso! Los poetas cristianos han soñado en él, y apenas si se han atrevido a cantarle, menos a describirle; cuando han intentado decirnos algo de cómo es, tan sólo han tomado las imágenes de la Biblia. Hacerlo por su cuenta lo consideraban como una profanación. Pero ¿dónde mejor que en esto podían emplear su inspiración? ¿O en qué podían soñar con mayor ilusión? ¿No estaba constantemente en el cielo el corazón de los místicos? ¿No nos dice San Pablo que estén en el cielo nuestras conversaciones? Magnífico asunto para almas angélicas.

Fray Luis de León cantó la hermosura soñadora del cielo y su vida de sobrenatural amor y delicia en síntesis de luz con versos de

---

[96] Santa Angela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Soeur Angela de Foligno, du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncouer,* IX. *Cy commence du septieme pas*.
[97] Santa Teresa de Jesús: *Vida.* 39, 22.

suprema delicadeza lírica. No intentó describirle; sabía que intentar describir el cielo es desfigurar y rebajar y afear su hermosura; es verlo a lo humano y terreno, y el cielo es sobrenatural.

Cuando de la belleza del cielo estelar, expresada en bellísimas estrofas, levanta la consideración a la celestial hermosura de la morada gloriosa de los bienaventurados, el ánimo se estremece de admiración y gozo, en una atmósfera de luz, de paz, de grandeza. ¿Cómo no recordarlas y soñar con ellas en lo que tanto desea el alma y espera ver y conocer en Dios, expresado con hondura de pensamiento y galanura dulcísima de belleza en la fantasía y en la dicción? Se perciben ecos de la Armonía Primera en ondas de luz eterna.

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado.
El amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin, con voz doliente:
Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma que a tu alteza nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que tu bien divino,
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?
¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra

el alma y de estos bienes la destierra?
  Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.
  Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece ([98]).
……
  ¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?
  Allí a mi Vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.
……..
  Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas ([99]).
…….
  Alma, región luciente,

[98] Fray Luis de León: *Noche serena*.
[99] Fray Luis de León: *A Felipe Ruiz*.

prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo
producidor eterno de consuelo.
……
¡Oh son, oh voz!, siquiera
pequeña parto alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese
y toda en ti, ¡oh amor!, la convirtiese ([100]).
……
¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte, que des vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido! ([101]).

¡Oh cielo glorioso! ¡Oh Patria feliz prometida y ansiada! ¿Cuándo tendré el contento de verte y vivir para siempre en la luz de tu alegría? ¡Oh ciudadanos dichosos, que ya sois bienaventurados viviendo en el gozo y en la hermosura de Dios y su misma vida! ¿Cuándo me será dado ver la delicia y el júbilo de vuestras almas? ¿Cuándo conoceré y gustaré el dulcísimo encanto de vuestros pensamientos y amores?

60.—¿A quién acudiré que me diga algo de la felicidad y hermosura del cielo? Vosotros, los ya gloriosos a quienes viviendo aún en la tierra os mostró Dios algunos reflejos de luz del cielo y alguna sensación corpórea de sus gozos, ¿qué me dejasteis escrito del cielo, o qué me decís ahora? Oiga yo de vosotros el conocimiento que Dios puso amoroso en vuestras inteligencias y no está escrito en los libros de los sabios. Llenadme de vuestra luz de cielo. ¿Po-

[100] Id., id.: *Morada del cielo*.
[101] Id., id.: *A Francisco Salinas*.

dré tener alguna noción de la belleza del cielo y de Dios?

Los orientales o asiáticos describían con deslumbrantes alegorías bellezas e inmensidades que no caben en el entendimiento. ¿Me dirán algo los orientales de esta belleza, de esta inmensidad suprema de toda la creación material? Isaías es el profeta de las grandes imágenes. «¿Me sabrás decir, ¡oh gran profeta!, algo del cielo?» Y humilde y maravillado, me contesta: *Desde que el mundo es mundo, jamás nadie ha entendido, ni ninguna oreja oído, ni ha visto ojo alguno, sino Tú, ¡oh Dios!, las cosas que tienes preparadas para aquellos que te están aguardando* (Is 63, 4). San Pablo, después de la alta revelación que Dios le comunicó, no supo más que repetir estas palabras de Isaías.

—Pero ¿no me podrás decir nada más del cielo, oh gran profeta?

Y recordando en su imaginación el fastuoso esplendor de los reyes de Babilonia, me vuelve a contestar, asombrado de la grandeza de Dios en la majestad y en lo insospechable del cielo: *Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado, y las franjas de sus vestidos llenaban el templo. Alrededor del solio estaban los Serafines; cada uno de ellos tenía seis alas; con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban. Y con voz esforzada cantaban a coros, diciendo: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria.» Y se estremecieron los dinteles y quicios de las puertas a la voz del que cantaba* (Is 6, 15).

Grandiosa imagen alegórica de la majestad y poder de Dios y de la magnificencia y fastuosidad del cielo, alegoría que conservará y agrandará San Juan en el Apocalipsis. Pero es sólo una fastuosa alegoría. Porque ni Dios tiene figura, ni trono, ni vestido, ni los ángeles tienen alas ni gargantas para cantar y menos esforzadamente, ni el cielo es un templo ni salón de un palacio. Con algo grandioso hay que intentar reflejar el esplendor y la inmensidad insoñable, y acude la fantasía en ayuda de la inteligencia con las alegorías de lo más excelso y majestuoso conocido en la tierra. Es, a mi pobre modo de entender, el medio más apto para que, unidas la fantasía y la inteligencia en la mayor claridad, formen el concepto más noble y encumbrado de Dios y de su obra, el cielo, como la más arrebatadora hermosura, bondad, sabiduría y omnipotencia.

Dios, dirá mi alma asombrada de tan maravillosa pero tan inabarcable grandiosidad, Dios es el infinito, el infinito, el infinito, y el cielo es la creación material más maravillosa e inmensa de la Omnipotencia.

61.—Pregunto al Águila de los Evangelistas: «Tú, que viste en Palmos, por revelación muy especial de Dios, los futuros acontecimientos de los siglos y el final de los tiempos y del mundo, ¿me sabrás decir cómo es el cielo y la vida de los bienaventurados en Dios? ¡Oh, con qué vehemencia deseo saberlo! ¿Cómo es el cielo, en que yo tanto sueño?»

Y el Apóstol, que bebió sabiduría y amor sobre el pecho de Jesús, mira al cielo con mirada de éxtasis glorioso, y sus labios sonrientes me dicen: *He aquí que en un éxtasis vi una puerta abierta en el cielo... Y vi un solio colocado en el cielo, y un personaje colocado en el solio... Y en torno del solio, un arco iris del color de esmeralda. Y alrededor del solio, veinticuatro sillas y veinticuatro ancianos, sentados, revestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del solio salían relámpagos y voces y truenos, y siete lámparas estaban ardiendo delante del solio, que son los siete espíritus de Dios.*

Y enfrente del solio había como un mar transparente de vidrio, semejante al cristal; y en medio del espacio en que estaba el trono y alrededor de él, cuatro animales llenos de ojos delante y detrás... Cada uno de los cuatro animales tenía seis alas; y por fuera de las alas y por adentro estaban llenos de ojos; y no reposaban de día ni de noche, diciendo: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.» Y mientras aquellos animales tributaban gloria, y honor, y bendición, y acción de gracias al que estaba sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive por los siglos de los siglos, y ponían sus coronas ante el trono, diciendo: «Digno eres, ¡oh Señor Dios nuestro!, de recibir la gloria y el honor y el poderío; porque Tú criaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron criadas» (Apoc 4, 2-11).

Me hace ver el Evangelista la impresionante majestad y grandeza de Dios. Pero Dios no es eso, ni el cielo es eso. Dios es espí-

ritu, y los ángeles son espíritus, y los ancianos no tienen cuerpo hasta la resurrección de los muertos. En el cielo no hay ancianos ni niños. Los bienaventurados están en edad perfecta. Ni los ángeles tienen alas, ni ojos, ni voz, ni Dios necesita trono. El, su amabilísima grandeza, es su propio trono. Es una alegoría llena de colorido, pero cuanto más detalles da, por hermosos que sean, más se apartan de la realidad infinita de Dios, que es el infinito, todo junto y detallado, y más se aleja de la convivencia y amorosísima hermandad y alegría de los ángeles y de los bienaventurados. Dios no es eso; es inmensamente más que eso en la bondad, en el poder, en la hermosura y paternal delicia. Dios es Padre feliz de infinito amor que se da a todos.

Admirable alegoría para procurar dar idea de la infinita riqueza y soberano poder de Dios.

62.—Es también descripción alegórica, fantástica, la que nos da de la Jerusalén celestial o del cielo, queriendo expresar en todo cuanto dice la felicidad y abundancia, y la alegría y paz de dicha que allí hay. Así escribe:

Y vi un cielo nuevo y tierra nueva... Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo. Y oí una voz grande que venía del trono y decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará en ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitando en medio de ellos será su Dios. Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas; ni habrá ya muertos, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas.

Y dijo el que estaba sentado en el solio: He aquí que renuevo todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque todas estas palabras son dignas de fe y verdaderas. Y me dijo: Esto es hecho.

...Vino después un ángel... y habló conmigo, diciendo: Ven y te mostraré la esposa novia del Cordero. Con esto me llevó a un monte grande y encumbrado, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, la cual tenía la claridad de Dios, cuya luz era semejante a una piedra preciosa, a piedra de jaspe transparente como el cristal.

Y tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puer-

tas, doce ángeles y nombres esculpidos... Tres puertas al Oriente, y tres puertas al Norte; tres puertas al Mediodía, y otras tres al Poniente. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero...

Es de advertir que la ciudad es cuadrada, y tan larga como ancha. Midió, pues, la ciudad con la caña de oro, y tenía doce mil estadios de circuito, siendo iguales su longitud, altura y latitud. Midió también la muralla, y la halló de ciento y cuarenta y cuatro codos de alto, medida de hombre, que era también la del ángel.

El material de este muro era de piedra jaspe, mas la ciudad era de un oro puro tan transparente, que se parecía a un vidrio o cristal sin mota.

Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas. El primer fundamento era de jaspe. El segundo, de zafiro. El tercero, de calcedonia o rubí. El cuarto, de esmeralda. El quinto, de sardónica. El sexto, de sardio. El séptimo, de crisólito. El octavo, de berilo. El nono, de topacio. El décimo, de crisópraso o lapizlázuli. El undécimo, de jacinto. El duodécimo, de amatista.

Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas.

Y el pavimento de la ciudad, oro puro y transparente como el cristal.

Y yo no vi templo en ella; por cuanto el Señor Dios omnipotente es su templo, con el Cordero.

Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes. Y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y majestad. Y sus puertas no se cerrarán al fin de cada día, porque no habrá allí noche. Y en ella se introducirá y vendrá a parar la honra y la gloria de las naciones.

No entrará en esta ciudad cosa sucia o contaminada, ni quien comete abominación o falsedad, sino solamente los que se hallan escritos en el libro de la vida del Cordero.

Me mostró también un río de agua vivifica o de vida, claro como un cristal, que manaba del solio de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad y de la una y otra parte del río, estaba

el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto. Y las hojas del árbol sanan a las gentes.

Allí no habrá jamás maldición alguna, sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella, y sus siervos le servirán de continuo. Y verán su cara y tendrán el nombre de El sobre sus frentes.

Y allí no habrá jamás noche. Ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, por cuanta el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos (Apoc 21 y 22).

No es posible haya en la tierra una ciudad y unos moradores como los que aquí se describen. Es la fantasía oriental presentando un simbolismo y una alegoría del cielo y de los bienaventurados del cielo para que los cristianos primeros se formaran, en cuanto es posible, una noción del cielo que Dios nos tiene preparado. No es la realidad. La idealidad y la fantasía del hombre más creador no pueden llegar a la realidad que Dios ha creado para la dicha. Se dice que es una ciudad bellísima, segurísima, pero una ciudad a semejanza de las ciudades antiguas, donde no hay miedo a la sorpresa ni al asalto. Una ciudad donde abunda todo, donde se tiene y dispone de todo, donde abundan todas las riquezas y todos los tesoros; donde reina la alegría, y la paz, y la concordia, y todo bienestar; donde no hay persona alguna sospechosa ni menos buena; donde se vive en la delicia de una primavera perpetua y florida y se goza de todos los frutos en vida de juventud y alegría.

Se describe el cielo y la felicidad como puede soñarla el hombre, con todo el ornato, con toda la belleza, con toda la abundancia en la paz y confianza ininterrumpida en un día que no tiene ocaso y está siempre iluminado por una luz que no molesta y el sol es el mismo autor de la delicia y del gozo.

63.—Pero el cielo no es una ciudad; el cielo no es obra de un hombre soñador; el cielo no está amurallado, ni es recinto cerrado, ni su pavimentación es de oro y piedras preciosas, ni son sus jardines como los parques de las ciudades. El cielo es obra de Dios y para mostrar su magnificencia. Nada hay en la tierra ni conoce el hombre nada en todo el universo que pueda dar idea de lo que es el cielo.

El cielo es el cielo. El cielo es sobre todo ensueño, sobre toda ilusión. El lugar que Dios tiene preparado para que sus bienaventu-

rados sean felices y gloriosos con propiedades nuevas, con hermosuras nuevas, con delicias nuevas. Es lugar donde los bienaventurados son la gran familia de amor y de gloria que viven en el mismo Dios, y tienen cuanto quieren, y lo saben y lo conocen todo, donde se vive siempre en un cántico y en una armonía de amor, de alegría, de dicha; donde todo está a su disposición y no se necesita de inventos, porque se tiene todo y porque se sabe todo y se puede y goza todo.

El cielo es el cielo no cruzado de arroyos, ni de ríos, ni de mares, sino un lugar todo delicia, todo armonía y belleza, todo claridad y embeleso encantador, no como yo puedo soñarlo o figurármelo, sino, sobre todo ensueño e ilusión, como sólo Dios sabe y ha querido crearlo.

No es el cielo la ciudad descrita ni con murallas, ni con tráfico y ruidos y alboroto. Pero esta descripción del cielo que hace el Águila de Palmos, como ciudad celeste y tan brillante, ha influido en los escritores cristianos al presentarnos el cielo semejante a una ciudad preciosísima, pero como nosotros la podemos imaginar recordando las de la tierra, con estos paisajes y riquezas terrenas.

64.—A la luz de la imagen del Evangelista, presenta también el venerable padre Nieremberg el cielo como una ciudad hermosísima, riquísima, grandísima, diciendo: «¿Cuál será la ciudad celestial de los santos, que ocupa con su grandeza todo el reino de los cielos, y más siendo toda, como la pinta la Sagrada Escritura, de oro y piedras preciosísimas, para significar las riquezas que poseerán los siervos de Cristo?... Si toda Roma fuera de zafiros, admiraría al mundo: ¿qué maravilla será aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda margaritas y piedras preciosísimas o, por mejor decir, de más que oro y perlas, y habitada de tanta multitud de hermosísimos ciudadanos? Y así como sus habitadores son sin número, así su capacidad es sin medida» ([102]). Y da a su modo, y según los conocimientos astronómicos de entonces, un número de millones de millas que son nada con las distancias que hoy conocemos.

---

[102] V. P. J. Eusebio Nieremberg: *Diferencia entre lo temporal y Eterno o Crisol de Desengaños*. lib. IV, cap. II. Prf. II.

Y el Padre José de Jesús María, describiendo la Asunción de la Virgen a los cielos, tiene presente la ciudad de la Jerusalén celestial del Apóstol San Juan y la recuerda diciendo, después de hacer pasar a la Virgen ya gloriosa por los nueve cielos móviles, que todos entonces admitían: «Llegada ya la Virgen a descubrir las almenas vistosas y empinadas de la Celestial Jerusalén y la hermosura incomparable del Cielo Empíreo, morada dichosa de los bienaventurados y Corte inefable de su Rey sumo..., ¿qué entendimiento podrá alcanzar el consuelo y gozo que recibió con la vista de aquel cuerpo celeste purísimo, sutilísimo, lucidísimo y hermosísimo criado por Dios con tanta hermosura y grandeza, como por trono y alcázar real donde manifestase a sus escogidos su majestad y poderío?» ([103]).

Y la Iglesia canta también con esta imagen de una ciudad, en una poesía del siglo VIII, el himno solemne y más triunfal del Oficio Divino en la Dedicación de las Iglesias, diciendo:

« ¡Oh Jerusalén, ciudad del cielo, visión dichosa de paz, que, edificada sobre piedras vivas, te elevas hasta los astros y apareces como una esposa coronada de millares y millares de ángeles!

¡Oh Esposa de feliz destino, dotada con la gloria del Padre, fecunda con la gracia del Esposo! ¡Oh Reina hermosísima desposada con Cristo-Rey! ¡Oh ciudad resplandeciente del cielo! Tus puertas brillan con piedras preciosas y están abiertas para todos...

Este edificio está construido con piedras labradas a golpes de cincel salvador, bien trabajadas y pulidas con martillo del Artífice. Perfectamente ensambladas se elevan a lo alto» ([104]).

En este canto al cielo ve mi entendimiento una ciudad amurallada como las antiguas, llena de luz, de belleza, de riqueza; veo que todo es oro purísimo y transparente y que está cuajada de piedras preciosísimas y de amenísimos jardines en variedad deslumbradora, como no hay ciudad alguna de tanta elegancia y riqueza en la tierra. Es un brillante resumen de la que describe el Apocalipsis. Pero no pasa de ciudad con campo hermoso y riqueza in-

---

[103] Fray José de Jesús María, C. D.: *Historia de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora,* lib. V, cap. XXIII.

[104] *Himno de la dedicación de la Iglesia,* autor anónimo, siglo VII.

mensa, descrita con ropaje y ornato poético y según el concepto humano. No es eso el cielo. El cielo es inmensamente sobre eso y de otro modo; el cielo es sobrenatural.

El poeta agustino Fray Marco Antonio, deseando tener la más alta inspiración al describir el cielo, dice en bellos tercetos lo que ya sabemos por San Juan: que es el cielo como palacio, como ciudad hermosísima.

¿Quién me diera el espíritu vehemente
que el cielo con Esteban vea abierto
que os cuente lo de allá y lo represente?
¡Oh, quién del cielo, aunque es tan cierto,
supiese aquí deciros el decoro,
las maravillas, la orden, el concierto:
¡La majestad del trono y el alto coro,
de la ciudad de Dios el rico asiento,
de bienes inefables el tesoro! ([105]).

Una preciosa poesía, atribuida por algunos a San Juan de la Cruz, sigue también el símbolo o alegoría que diseñó el Evangelista, detallando muy hermosamente las riquezas, el ornato, las armonías y amenidades, pero haciendo ya resaltar y levantarse sobre todos el goce de la vista de Dios y los gozos espirituales del cielo. Ya no refleja tanto lo externo de la ciudad como la vida sobrenatural y gloriosa que el alma vive feliz, llena de alegría en la misma vida infinita de Dios y en sus perfecciones. Aunque la descripción y la influencia del Evangelista presiden la memoria del poeta, éste ya desde el principio entra cantando su ilusión infinita de que

Del agua de la vida
mi alma tuvo sed insaciable;
desea la salida
del cuerpo miserable
para vivir de esta agua perdurable ([106]).

---

[105] Fray Marco Antonio Campos, O. S. A.: *La Fuente,* poema.

Quisiera ya el poeta estar en la visión de Dios, y anticipadamente se goza de la vida que en Dios tendrá, porque en Dios lo tendrá todo, lo conocerá todo y lo gozará todo. ¡Canta el cielo prometido!

65.—Y yo sigo ansioso preguntándome: ¿Qué será el cielo? ¿Dónde estará? Porque no encuentro a nadie que me sepa decir con precisión, como yo deseo, lo que yo sueño, basado en la fe y en mi inclinación, qué es el cielo.

Leo con placer lo que el poeta Dante escribe sobre el cielo, no tanto por la belleza de las imágenes como por la idea alta y hermosa que me da. Con inspiración genial, basado en la fe y en la teología, pasó por encima de ciudades y de edificios bellos, prescindió de plazas y calles pavimentadas de piedras preciosas, se remontó sobre riberas de ríos y floridos jardines y me presenta a los bienaventurados llenos de fulgente alegría, viviendo en la luz, gozando dicha y jubilosa alegría entre armonías de luz, cantando y comunicando su exaltación gloriosa a Dios en la suavísima luz del cielo, que es la luz que procede del Cordero y les llena de gozo. ¡El cielo es Dios, la visión gloriosa de la esencia de Dios y de sus perfecciones en la luz sobrenatural, purísima, suavísima, difundida por todo el universo, en que tienen su morada dichosa! Viven en la luz sobrenatural criada por Dios para ser cielo y gloria de los bienaventurados, envueltos en armonías de luz, llenos de todo saber y poder y saturados de los delirios del amor increado en Dios mismo. ¡El cielo es la luz! ¡La Luz sobrenatural, morada de los bienaventurados! No la luz de gloria ni la luz del sol o de algún astro, sino la luz del cielo, creada, sobrenatural, purísima, que no puede percibir el ojo del hombre natural o sin la sobrenaturalización de las dotes de gloria.

Me dice que se le presentó un alma gloriosa en el cielo y *se la veía llena de júbilo en el claro fulgor que de ella salía*. Y los bienaventurados le comunican: *Estamos encendidos por la luz que por todo el cielo se derrama* ([107]). Están rodeados de luz y viviendo en la luz y están dentro llenos de luz sobrenatural. La luz física, purí-

---

[106] Anónimo. Poesía: *Ansía el alma estar non Cristo*.
[107] Dante Alighieri; *La Divina Comedia*. "Paraíso", canto V, vrs. 106 y 118.

sima, sobrenatural, distinta de la luz de las estrellas y de otra especie más perfecta, es el lugar y la morada del cielo, y de la felicidad y en la luz viven y gozan de todo, tienen todo bien y toda delicia y todo el trato y conocimiento.

Quizá no fuera de otra manera de pensar Santo Tomás, muerto pocos años antes. Porque si escribe que después de la renovación de la tierra «el agua será límpida como el cristal, el aire puro como el cielo, y el fuego brillante como los astros y el sol, y la superficie de la tierra será clara y transparente como el vidrio» ([108]), también escribe en los años de mayor madurez y seguridad: *Ese cielo se dice Empíreo, esto es, ígneo, no por su ardor, sino por su resplandor... El cielo Empíreo tiene luz, no condensada que emita rayos como el sol, sino más sutil, o que posee claridad de la gloria, que no se parece a la claridad natural* ([109]). Piensa, por esto, que el cielo no será la tierra, ni esta luz del sol será la luz del cielo, ni puede compararse la luz del sol con la luz del cielo.

Las almas ni ocupan lugar ni pesan, y los cuerpos gloriosos tampoco pesan, y pueden tener estabilidad y vivir y moverse en el espacio y en la luz.

De la luz del cielo, morada de los bienaventurados, pienso tratar más adelante ([110]).

66.—El conocimiento que del cielo podemos formarnos por las visiones de las almas santas es muy impreciso. Ya indiqué que las visiones de Dios o del cielo no son ni Dios ni el cielo en su realidad, y el alma santa que ha recibido la merced de tener una visión, siendo la merced verdadera y gracia muy especial de Dios, ni ve a Dios, ni ha estado en el cielo, ni ha visto el cielo. Es una visión solamente, una gracia regalada, como un calidoscopio sobrenatural, y Dios comunica la visión según el fin que pretende para cada alma, con mayor o menor intensidad de luz y de gozo, más particular o más genérica; por eso son muy diferentes las visiones recibidas.

Predominan siempre la luz, la belleza, el regalado, el inefable

---

[108] Santo Tomás de Aquino: *Summa Teológica*. suplm. q. 91. a. 4.
[109] Id., id., I, q. 66, a. 3 al 3.
[110] Véase el cap. XXXIV.

deleite; todo es interior, espiritual. El alma ve o siente cuando está a oscuras, en la oración, en la noche, con los ojos cerrados, rodeada de otras personas, y lo ve ella sola. Ve belleza y luz, pero belleza intelectual y luz intelectual o imaginaria y espiritual, no la luz del sol ni luz del cielo. Y cuando nos dicen que es de otra especie y mucho más bella la luz del cielo y que esta del sol en su comparación parece fealdad ([111]), la ve el alma, el entendimiento, no los ojos. Como el alma es la que siente el gozo que irradia muchas veces en los miembros del cuerpo, como en la gloria la dicha del alma se comunicará al cuerpo glorioso.

El Beato Juan Macías ve el cielo como una ciudad, según narra él mismo con mucha sencillez, cuando se le aparece San Juan Evangelista y le dice: «Yo te quiero llevar a mi tierra, y no sé qué fue..., me parece que vi y gocé una hermosa ciudad con mucha luz y los ciudadanos y moradores de ella bien vestidos y adornados. Y vi a Dios con tanta y tan grande majestad, que me quisiera haber quedado allí.» «Vi tantas cosas, que no se puede declarar, porque el espíritu vio la gloria del Señor» ([112]). Tuvo una visión encantadora de la hermosura del cielo, a modo de una ciudad nuestra y con ciudadanos, como los que él conocía, proporcionada a la sencillez y a la deficiente instrucción que como un pobre pastor tenía, pero que le determinó y alentó para ser más tarde religioso y muy santo. No estuvo en el cielo ni vio a Dios ni el cielo realmente, sino en visión imaginaria interior; no en luz y colores solares, sino en luz interior, intelectual y sobrenatural.

67.—¡Oh Dios mío, quién pudiera ver algo de la grandísima belleza del cielo y saber algo de aquella vida para decirlo a los hombres! Pero no es posible, y ya me lo enseña la fe, aunque en oscuro. Los que han tenido esa visión, como Santa Oria y otros muchos, no han sabido decir lo que vieron, y eso que no estuvieron en el cielo, sólo tuvieron visión del cielo. Y los que estuvieron, sólo

---

[111] Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 10. Lo mismo escriben Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Angela de Foligno y la hermana Margarita del Espíritu Santo.

[112] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 24 de septiembre.

nos dirán, si algo dicen, lo que dijo Santo Tomás cuando se apareció a Fray Reginaldo: *Como lo oímos lo vimos* (Sal 47, 9). Como nos lo enseñó la fe es la realidad, o sea: que no se puede llegar a tener idea de lo que Dios nos tiene preparado para premio eterno ni de lo que es el cielo. Porque cuanto mi imaginación pueda fantasear, cuanto mis ojos puedan ver, cuanto mi alma pueda desear ni cuanto se pueda en la tierra conocer se parece en nada ni tiene proporción con lo que es el cielo y con lo que yo veré en el cielo. El cielo es el cielo, es la belleza insospechable, es la felicidad. ¡Oh cielo y oh Dios mío y cielo mío! ¡Quiero cerrar los ojos y soñar y pensar en Ti, sólo en Ti y en tu sobrenatural belleza, para vivir para Ti e ir a Ti! ¡En Ti, Dios mío, tengo mi ilusión!

Santa envidia me dan los dos niños, cuya historia parece más bien una leyenda de fantasía. Un día, después de misa, vieron al Niño Jesús sonreír en los brazos de una imagen de la Virgen. Le invitaron a desayunar con ellos. El Niño Jesús aceptó, y bajó de los brazos de su Madre y desayunó con ellos y lo repitió varios días. Los niños, en su inocencia, se lo contaron al Padre Bernardo Morlaas, dominico en Santarem, pues estaban a su cuidado.

Les preguntó el Padre Bernardo si el Niño Jesús les había invitado a ellos a desayunar con El.

Los niños contestaron que no.

Y el padre les dijo:

—Cuando vuelva, tenéis que pedirle que os traiga algún regalo del cielo o que os invite también El a desayunar en casa de su Padre, pero, yo, como estoy a vuestro cuidado, también os tengo que acompañar.

Al día siguiente volvió Jesús a aceptar la invitación de los niños y a desayunar en su compañía. Los niños le dijeron que el Padre Bernardo les había dicho si no les daba algún regalo del cielo o les invitaba a desayunar con El en su casa, acompañados del Padre.

Jesús les dijo:

—De aquí a tres días quedáis invitados a desayunar en casa de mi Padre, y también el Padre Bernardo.

Se prepararon esos tres días, y el siguiente, que era la Ascensión, Jesús se los llevó después de la misa a desayunar con El al

cielo, como se lo había anunciado y ellos a sus padres. Se los llevó al cielo, y allí quedaron felices para siempre, sin venir a decirnos qué vieron en el cielo o cómo era ([113]).

[113] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 8 de mayo.

CAPÍTULO XIII

SAN AGUSTÍN DA UNA IDEA DEL CIELO

68.—El hombre en la tierra es perpetuo peregrino que camina constantemente hacia su fin. La fe me enseña que su fin no está en la tierra, está en el cielo.

El peregrino tiene fijo en el pensamiento el lugar de su peregrinación, como todo el que emprende una empresa o aspira a la posesión de lo que juzga necesario o solamente conveniente, tiene su atención fija en esa idea y la mira y estudia detalladamente hasta conseguirla.

El bien necesario para el hombre es ese último fin: Dios, la visión de Dios, el cielo, fin glorioso y para siempre. Si le pierde, *¿de qué le sirve todo lo demás?* (Lc 9, 25).

Los seres no racionales obran conforme a su fin, por instinto. El hombre obra libremente con la razón y la libertad que Dios le dio, pero camina necesariamente a su fin último y para recoger el fruto de lo que sembró viviendo con sus obras. Dios quiere que el fruto y premio de mis obras sea el cielo, vivir la felicidad del mismo Dios en el cielo. Me ha dado la libertad para que yo lo quiera y procure. El cielo no puede ser premio de obras malas.

Mucho alegra mi espíritu leer en las vidas de los santos cómo resalta la idea del cielo glorioso como una dichosa obsesión, que les daba contento, los fortalecía e iluminaba el camino. Vivían también la santa obsesión del recuerdo de mirar a Dios presente como Padre amorosísimo, que en todo les acompañaba y todo a Él se lo ofrecían. También yo sé que Dios está presente en mí por esencia, presencia y potencia; está en mí más íntimo que yo a mí mismo; lo está continuamente dándomelo todo y es el Sumo Bien en Sí y lo es para mí; es la Suma Sabiduría y la Suma Hermosura y es mi úl-

timo fin glorioso. ¿Por qué no andaré y obraré yo con Él? Dame, Dios mío, tu amor especial para que ande yo siempre en Ti, Contigo y te ame. Que obre yo bien para no perderte a Ti, mi fin último.

Jesucristo me exhortó a vivir este recuerdo del cielo cuando dijo: *¿Qué adelanta el hombre con ganar todo el mundo si es a costa suya y perdiéndose a sí mismo?* (Lc 9, 25). Quien pierde el cielo, no consigue su fin último y se pierde a sí.

69.—Muchos se han preguntado, como San Estanislao de Koska cuando le proponían algo: ¿Qué vale esto para la eternidad? Debo yo también preguntarme en cada obra que realizo: ¿Qué vale esto para amar más a Dios y verle con mayor claridad y gloria en el cielo? Las acciones de los santos y el amor con que las realizaban eran la respuesta a esta pregunta: todo de Dios, todo para Dios y por Dios; todo en Dios. Pensaban en Dios, que es pensar en el cielo, como pensar en el cielo es tener el pensamiento y el corazón en Dios.

Los santos gustaban tener presente a Dios, y hablar de Dios y del cielo. El buen ciudadano habla con gusto de su patria y se interesa de cuanto en ella hay y de sus acontecimientos. ¿No tendré yo interés en informarme del cielo y saber de él cuanto pueda? Si conociera alguna de sus bellezas y de sus gozos, estaría como obsesionado pendiente del cielo y mi recreación y contento sería hablar de la vida del cielo y de sus maravillas y delicias. Así lo hicieron las almas afortunadas que habían gustado o visto algo de sus goces. Cerraban sus ojos a la luz del sol para contemplar mejor la claridad de la luz y de la vida del cielo. ¿Qué será el cielo?

San Agustín gozaba con esa delicia, pues en muchísimos de sus escritos trata del cielo y siempre con entrañable complacencia y con un entusiasmo que se comunica al lector. Y el santo dice: *Si tanto nos deleita hablar de aquella ciudad, ¿qué será verla? ¿Qué será ver a Dios?* ([114]). Y advierte que quien piense en el cielo se prepare para ver y oír lo inusitado e inaudito, porque nada de la tierra puede asemejarse al cielo ni a lo que hay en el cielo, aun cuando las palabras sean las mismas, pues no se conoce otro modo pa-

[114] San Agustín: *Tract. del Cántico Nuevo*.

ra expresarlo ni se tiene idea de ello.

Así dice: *Será nuestra habitación sola la alegría... Allí está la habitación de los que se alegran; no tendrá lugar el gemido de los que desean, sí la alegría de los que gozan, como que estará presente el mismo por quien suspiramos... Allí no habrá otra ocupación que la de alabar a Dios. ¿Y qué otra cosa buscaremos donde basta El solo, por quien fueron hechas todas las cosas? Seremos habitados y habitaremos. Dispongámonos para otro gozo..., no nos preparemos como para gozar allí cosas semejantes a las que ahora nos alegran... Preparaos para una cosa inefable y limpiad vuestro corazón de todos los afectos terrenos y seculares... Tenemos que llegar a cierta cosa, en cuya vista seremos bienaventurados y ella sola nos bastará. ¿Y qué? ¿No comeremos? Comeremos, y el mismo Dios será el manjar nuestro que nos alimente y no se consuma* ([115]). Los cuerpos gloriosos en el cielo no necesitan ni alimento ni descanso.

70.—En el cielo siempre está el alma llenándose de deleite con la mirada fija en la hermosura de la Verdad infinita. También en la tierra cuanto más se mira la maravilla del cielo, más se admira y más se goza en continuar mirándola y más se desea la posesión de tan insoñable delicia. Así lo vemos en San Agustín. Mira con admiración y fijeza: ¿qué será el cielo? Dice el santo:

Es tan grande la hermosura de la justicia y tan grande la dulzura de la luz eterna, que, aunque no se pudiera perseverar en ella nada más que un día, se podían despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de deleites y regalos y de la abundancia de bienes temporales, porque no se dijo en falso ni con mal afecto aquella sentencia: «Mejor es un día en tus atrios que mil.» (Sal 83, 11) ([116]).

Más aún: si fuera necesario estar en el mismo infierno largo tiempo para poder ver la gloria de Dios, era muy conveniente abrazar esas terribles penas.

¿Y cómo podré yo figurarme ese cielo? ¿Dónde estará y cómo

---

[115] San Agustín. Narración del salmo 86, 3.
[116] Id., id.: *Del libre Albedrío*, lib. 3, cap. 25, núm. 77.

será? Dejad, imaginación y alma mías, dejad los jardines y los palacios y ciudades y delicias de la tierra y mirad más alto otra mayor belleza y más variado encanto. Escuchad a San Agustín, que os dice: *Los esconderás en lo escondido de tu rostro. ¿Cuál es este lugar? No dijo: «Los esconderás en el cielo»; no dijo: «Los esconderás en el paraíso»; no dijo: «Los esconderás en el seno de Abraham.» Son muchos los nombres que en las santas Escrituras se han puesto a los lugares futuros de los santos; mas téngase en nada todo lo que es fuera de Dios. El que nos protege en el lugar de esta vida, será El mismo nuestro lugar después de esta vida... Sé tú casa suya y El será casa tuya. Habita El en ti y tú habitarás en El. Si en este siglo le recibieres tú en tu corazón, después de este siglo te recibirá El en su rostro* ([117]).

El rostro de Dios es el Verbo eterno, la Sabiduría eterna.

71.—Ta idea de Dios y la hermosura y poder de Dios absorbían y llenaban la inteligencia de San Agustín, como llenaban y absorbían las inteligencias de San Anselmo, de Santo Tomás y de los santos todos. A semejanza de la idea de Dios, estaban embelesados con la idea del cielo sobrenatural, con la felicidad perfecta. Porque el cielo y Dios era su anhelo, hablaban frecuentemente de él, siempre con admiración y cariño, pues su recuerdo les comunicaba cierta felicidad.

La idea de Dios y del cielo llenaba sus grandes corazones, y ponía aliento en su voluntad para realizar todos los heroísmos. Sólo querían vivir —y de hecho ya vivían— por Dios, para Dios y en Dios.

Pensar y hablar del cielo es pensar y hablar de Dios, pues la felicidad no está en el lugar, aun cuando el lugar sea proporcionado a la felicidad por la belleza y encanto. La felicidad está por encima del lugar y es Dios, sólo Dios. Dios es la *Vida,* y la Sabiduría, y el Poder, y la Bondad, y el Amor eterno. Dios es la felicidad en el cielo y es el mismo cielo.

Si agrada hablar de lo que es grato y gustoso, ¿qué puede haber más agradable y más gastoso que Dios y el cielo? Si recrea

---

[117] San Agustín: Narración del salmo 30.

y satisface pensar en lo que juzgamos encontraremos nuestra dicha, ¿en qué puede estar la dicha ni dónde la encontraremos sino en Dios y en el cielo? Santo Domingo, de noche hablaba con Dios y de día hablaba de Dios. Siempre con Dios.

¿Por qué no he de querer pensar, Dios mío, en el cielo, que sois Vos mismo? ¿No sois Vos el cielo verdadero donde los ángeles y los bienaventurados viven gloriosos vuestra misma vida y gozan vuestra misma felicidad?

Pero ¿qué idea podré formarme del cielo? ¿Cómo será y dónde estará?

72.—Como se recreaba y gozaba San Agustín pensando en la belleza inconcebible de Dios, se recrea también, y me enseña a recrearme, en la belleza del cielo.

La idea más alta, después de la fe, que puedo tener de Dios y la más atrayente es la que se presenta a mi mente como un relámpago deslumbrador del bien, de la hermosura, del gozo, del poder y sabiduría, cuando oigo la palabra de Dios. La fe es oscura, pero en su oscuridad enseña más y con mayor seguridad que Dios es una perfección simplicísima, Suprema e infinita que encierra en Sí todas las perfecciones posibles y de modo infinito y las comprende y encierra todas juntas, porque es todo el Bien junto e infinito y con el más primoroso detalle en Sí mismo, pero por su misma perfectísima idealidad espiritual la inteligencia humana no puede precisar ningún detalle ni límite, pues no ve. Cuando quiero detallar este Bien infinito junto, lo rebajo, lo pongo límites, lo empequeñezco, lo hago finito, deja de ser Dios.

Dios no es este bien finito o esta hermosura finita. Dios es el Bien, y la Hermosura y la Verdad infinita, sobrenatural, inimaginable. Lo infinito está sobre todo entender natural, sobre toda imaginación o ensueño. Mi entender es de otro orden inferior al de Dios y no se parece a su entender. El entender de Dios es infinito, sobrenatural. Dios es el Ser y el acto infinito simplicísimo, de infinita actualidad y actividad, es espíritu purísimo, es el ahora infinito, omnipotente. Dios es la eternidad, o sea: todos los bienes posibles, actuales, juntos, simultáneos y es toda la felicidad. Dios supera y

trasciende toda ciencia. Es el infinito Bien, creador y conservador de todos los bienes ([118]).

A semejanza de esta idea de Dios, eminentísima, es la que San Agustín tenía del cielo, la que meditaba y deseaba perfeccionar y quería expresar. Es superior al lugar del cielo. Es el cielo esencial y está sobre todo detalle, sobre toda comparación de cualquier hermosura creada, sobre toda luz o bien conocido, sin límite. Porque trasciende toda ciencia no se puede entender ni concebir, ni hay leguaje para expresarlo. Es la visión directa de Dios y su gozo.

Y el lugar del cielo tampoco se parece a lo que ahora nuestros ojos ven en la creación, aun cuando de algún modo procuramos expresar lo desconocido e inefable por lo que conocemos. San Pedro lo llamaba *los cielos nuevos y la tierra nueva que esperamos, donde habitará eternamente la justicia* (2 Pedro 3, 15).

El cielo es la luz sobrenatural; es la dicha de entrar a entender gloriosamente los arcanos de la Divina Sabiduría y gozar inefablemente del Amor eterno con la posesión gloriosa de Dios por la visión. Es conocer y vivir no sólo lo verdadero, bueno, amable y feliz, sino la Verdad misma, la Bondad, la Amabilidad y la Felicidad. Es gozar el sapientísimo misterio de la Luz increada, de la Armonía eterna, viviéndolo y gozándolo en la compañía y en la comunicación con todos los Angeles y Bienaventurados en Dios y con Dios gozando su mismo gozo. Es ser hecho sabiduría en la Sabiduría de Dios, que endiosa al alma infundiéndola la gloria sobrenatural y la exaltación de felicidad natural y sobrenatural en proporción de la gracia que en la tierra tuvo, pues sabemos que la gracia es participación real, pero no gloriosa, de la naturaleza de Dios. La participación de la naturaleza y de las perfecciones divinas es la misma en el cielo que en la tierra, pero ya es gloriosa y radiante en dicha. La gracia en la tierra es vida sobrenatural de Dios en el alma, no gloriosa; en el cielo es la misma vida sobrenatural de Dios en el alma, pero ya gloriosa, como lo es Dios. La gracia da el grado de

---

[118] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí.* lect. med. X, número 146. San Agustín repite esta idea en varios de sus libros. Véase *De la Santísima Trinidad,* 1, 8, c. 2 y 3.

gloria. El cielo es luz purísima. De esa luz dice el santo: *Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra* ([119]). De esta luz trataré más adelante con la ayuda de Dios. Ahora repito las palabras del poeta:

¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
de luz y de armonía!
……
¡Alma, levanta el vuelo a la alta esfera!
¡Sube a los cielos, sube! ([120]).

73.—No sólo con el deseo del poeta, sino con la inspiración de San Agustín y en su compañía, levanta, alma mía, tu pensamiento en vuelo de fe y atiende cómo te enseña a ver lo que es el cielo: *Lejos de mí juzgarme feliz por cualquiera gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres Tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y en Ti. Esa es y no otra.*

Estaban solos San Agustín y su madre, Santa Mónica, ya camino de África: *Y sucedió que nos hallásemos yo y ella apoyados sobre una ventana... donde, apartados de las turbas, después de largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación.*

Allí, solos, conversábamos dulcísimamente; y, olvidando las cosas pasadas, ocupados en el porvenir, inquiríamos los dos delante de la Verdad presente, qué eres Tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que «ni el ojo vio, ni el oído oyó ni el corazón del hombre concibió». Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente —de la Fuente de la Vida, que está en Ti— para que, rociados según nuestra capacidad, nos formáramos de algún modo idea de cosa tan grande.

Y como llegara nuestro discurso a la conclusión de que cualquiera deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande,

---

[119] San Agustín: Sermón 4, 3-4..
[120] Federico Balart: *Poesías.*

revestido del mayor esplendor corpóreo, ante el gozo de aquella vida no sólo no es digno de comparación, pero ni aun de ser mentado, levantándonos con más ardiente afecto hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos hasta el mismo cielo, desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra.

Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando sus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente, en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, y es la vida de la Sabiduría, por quien todas las cosas existen, así las ya creadas como las que han de ser, sin que Ella lo sea por nadie; siendo como fue antes y como será siempre, o más bien, sin que haya en Ella ni fue ni será, sino sólo es, por ser eterna, porque lo que ha sido o será no es eterno.

Y mientras hablábamos y suspirábamos por Ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca, donde tiene principio y fin el verbo humano, en nada semejante a tu Verbo, Señor nuestro, que permanece en sí sin envejecerse y renueva todas las cosas.

Y decíamos nosotros: Si hubiera alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismos cielos y el alma misma callase y se remontara sobre sí, no pensando en sí; si callasen los sueños y revelaciones imaginarias y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pensando —puesto que todas estas cosas dicen a quien les presta oído: «No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente»—; si, dicho esto, callasen, dirigiendo el oído hacia Aquel que las ha hecho, y sólo El hablase no por ellas, sino por Sí mismo, de modo que oyeseis su palabra, no por lengua de carne ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigmas de semejanza, sino que le oyéramos a El mismo, a quien amamos en estas cosas; a El mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas; si, por último, este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de índole

muy inferior, y ésta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el «entra en el gozo de tu Señor»?. Mas ¿cuándo será esto?...

Tales cosas decía yo, aunque no de este modo ni con estas palabras. Pero Tú sabes, Señor, que en aquel día, mientras hablamos de estas cosas —y a medida que hablábamos, nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites—, me dijo ella: «Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo» ([121]).

74.—San Agustín, en alas de la fe, remontó su pensamiento y el de su madre, en esta maravillosa excursión al cielo, sobre las cosas visibles y creadas, sobre toda fantasía y sobre toda imagen, para hacernos ver la Hermosura increada y eterna, en cuya visión y posesión está el cielo esencial y la felicidad.

Es la Hermosura Eterna vista en Sí misma, que deseaba ver Platón para no apartar jamás la vista de ella y encontrar en su mirada el gozo y la felicidad. Es la Hermosura que hacía exclamar a este santo con sólo saber su verdad: «¡Oh Hermosura, qué tarde te conocí! ¡Oh Hermosura siempre nueva!» La vista y posesión de esta Hermosura infinita, de este Bien infinito, de este Gozo infinito, que no podemos imaginar ni comprender, que está por encima de todo lo criado, que es Dios mismo, es el cielo esencial, es la delicia y dicha.

Hablar de Dios y del cielo y de temas espirituales prepara el alma para recibir las misericordias de Dios y la despega del mundo y recoge hacia Dios y enseña la divina Sabiduría en la contemplación del callado silencio.

No podemos figurarnos a Dios ni detallarle. Dios no tiene figura ni contornos. Al detallarle se le rebajaría y caería en error, pues el detalle o figura sería a modo humano o creado, y Dios es sobre todo entender creado. Hemos de mirar a Dios en la fe y en el res-

---

[121] San Agustín, *Confesiones,* lib. IX, cpl. 10, números 23 y 24.

plandor o relámpago deslumbrante de la Verdad, que se despierta en el alma al oír su nombre. Y tampoco podemos figurarnos el cielo, ni el esencial ni el local, ni la hermosura y delicia del cielo, ni detallarle en nada. Si nos le figuramos y detallamos, es a modo humano, muy pobre, según mi limitada capacidad de entender. Y el cielo es sobre toda la belleza y gozo que podemos soñar y sobre todo humano amar y entender. El cielo es el cielo. La visión y posesión de Dios infinito.

Son los cielos nuevos y la tierra nueva de otro orden más sutil, más alto, más noble. No es lo pesado y tosco del cuerpo o de los objetos que ven estos ojos míos; es otra belleza de otro orden más impalpable y espiritual, otra luz y otra armonía que no ve la vista ni oye el oído mío, pero deleita la mirada del Angel y del Bienaventurado. Es la claridad y la belleza de la Verdad eterna, que produce el gozo y la felicidad y en la cual mora el Angel y el Bienaventurado.

El mismo San Agustín lo aclara diciendo: *No penséis que el gozo de los ángeles consiste en que ven el cielo, la tierra o todas las cosas que hay en ellos. No se alegran porque ven el cielo y la tierra, sino porque ven al que crió el cielo y la tierra* ([122]).

Parece quisiera yo ver y oír y gustar ahora en la tierra esa luz, esa armonía; que la imaginara mi fantasía y recreara mi alma y alegrara mi cuerpo. Muy pobre sería la idealidad de ese Bien, pues me lo podía figurar yo. Pero el cielo es sobre toda idealidad de hombre, y nada de lo que pueda pensar la humana inteligencia puede darme idea precisa de la Belleza y de la Verdad de Dios y del encanto que ha puesto en el cielo; trasciende toda ciencia y toda capacidad limitada.

La armonía del oído no puede acercarse ni compararse a aquella armonía dulcísima, espiritual, sobrenatural o espiritualizada. La claridad del cielo es la luz del Verbo o Sabiduría eterna, por quien fueron hechas todas las cosas, en quien se ven y se conocen todas las cosas criadas e innumerables no creadas. En la Sabiduría de Dios se ve al mismo Dios y se vive la alegría de Dios y la felicidad de Dios; es felicidad participada, pero es en la misma felicidad de Dios. Así ya vimos antes que nos dice el santo: *La vida feliz*

---

[122] San Agustín: Sermón 4, núm. 3.

es el gozo de la Verdad, porque éste es un gozo de Ti, que eres la Verdad, ¡oh Dios!, luz mía, salud de mi rostro, Dios Mío ([123]).

El cielo eres Tú mismo, Dios mío, y ésta es la misma vida bienaventurada y no otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti; ésa es y no otra ([124]). Y ese gozo y esa felicidad es el cielo esencial que se gozará en el cielo local en el mismo Dios.

En Ti, Dios mío, Sabiduría mía y Gozo mío, que eres la luz y la armonía del espíritu, lo veré todo, lo conoceré y poseeré todo, lo gozaré todo.

En Ti, Amor mío y Luz mía, y Contigo conoceré todos los bienaventurados y todos los ángeles y su hermosura, y me comunicaré y trataré íntimamente con ellos y me alegraré en sus alegrías y ellos en las mías, todas continuas y perpetuas.

En Ti veré a todos los que amo en la tierra y con los que conviví y amé. No me faltará ningún gozo. No dejarán de satisfacérseme todos mis deseos de la manera más cumplida y en el mayor contento. Todo lo sabré y conoceré con alegría, delicia y descanso mío y de todos. Sólo es feliz el que posee todo lo que desea.

Seré feliz, seré feliz con la felicidad de Dios, que hará todo mi ser participante de ella. Seré feliz en el alma y feliz en el cuerpo. Seré feliz con todos los ángeles y con todos los bienaventurados. Seré feliz en Dios, en la misma vida de Dios. ¡Bendito sea el Señor eternamente!

---

[123] San Agustín: *Confesiones,* lib. X, cpl. 23, núm. 33.
[124] Id., íd., lib. X, cpl. 22, núm. 32.

CAPÍTULO XIV

SAN PABLO Y SANTA TERESA VIERON ALGO DEL CIELO

75.—San Agustín ha pensado y hablado del cielo basándose en la divina revelación, en la teología y en su espíritu de santo.

Los teólogos estudian e intentan explicar cuanto pueden lo que es el cielo guiados por la Sagrada Escritura, y nos pueden decir muy poco o nada de sus delicias detalladas ni de su lugar. Sabemos que existe, ignoramos sus modos concretos y sus cualidades específicas.

El cielo es la ilusión y la atracción de todos, como lo es Dios, por ser nuestro fin último. Si conociéramos las delicias, el encanto y la felicidad del cielo, todas las acciones de nuestra vida estarían dirigidas hacia él, superando todos los obstáculos que se interpusiesen, ni podríamos apartar la imaginación de belleza tan embelesadora, y hasta nos olvidaríamos de dar el alimento a nuestro cuerpo, como se olvidaban algunos santos.

Sabemos que el premio es en proporción de las acciones buenas de cada uno.

Se educaba Santo Tomás de Aquino en la abadía de Monte Casino, y a sus ocho años preguntaba al abad: «¿Qué es Dios?» Cuando sólo tenía cinco años, la niña que más tarde sería carmelita descalza con el nombre de Juana María preguntaba a todos: «¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios?», hasta que su propio padre se lo explicó como pudo, y al oír la explicación se dijo a sí misma: *Bástame, Señor, saber que estás en mí* ([125]).

---

[125] P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmeliano*, 21 de julio.

Después de estudiar la enseñanza de San Agustín sobre el cielo, me pregunto yo como estos niños, y conmigo se preguntarán todos: *¿Qué es el cielo? ¿Cómo es el cielo? ¿Dónde está el cielo? ¿Cómo formaré en mí la idealidad y la noción que del cielo me acaba de enseñar?*

He leído que este santo se propuso escribir sobre el cielo, y estando pensando lo que escribiría, le envolvió una luz extraña, y al mismo tiempo oyó una voz que le decía: «¿Cómo vas a escribir de lo que es indescriptible? ¿Piensas que es posible agotar las gotas del mar?» ([126]).

Aun cuando fuera verdad esa anécdota de la vida de San Agustín, más indescriptible y más sobre todo cuanto se puede pensar es Dios. El cielo no es infinito. El cielo local no es espíritu, sino materia. El cielo y el lugar del cielo no es simplicísimo, tiene partes y limites, aunque, por no conocerlos, digamos que es ilimitado, como lo decimos del espacio. Dios es infinito en toda perfección y en todo bien. Dios es sin límites en toda bondad, en toda hermosura y poder, en la sabiduría y en el amor; Dios es acto simplicísimo de infinita actividad y espíritu sin figura ni contornos. Y San Agustín escribió y dijo verdades altísimas y embelesadoras de Dios. También hubiera dicho maravillas y preciosidades del cielo. Y de hecho las escribió, como las que he copiado, y otras muchas esparcidas por sus numerosos libros.

Si no es verdadera la anécdota, sí parece que el mismo santo da fundamento para ella, pues escribe: *Si me preguntas cuál será la vida después de la resurrección, ¿qué hombre podrá explicarlo? Será vida de ángeles. El que pudiere manifestarte la vida de los ángeles, te podrá manifestar la vida de los resucitados, porque han de ser igual que los ángeles. Mas la vida de los ángeles está oculta; nadie pregunte más, no sea que por error no llegue a lo que desea saber y sí a lo que se fingiere, porque desea saberlo antes de tiempo y sin la debida espera* ([127]).

¿Y tendré yo atrevimiento y valor para, en mi ignorancia e in-

---

[126] V. P. Juan Eusebio Nieremberg: *Diferencia entre lo temporal y Eterno*. lib. IV, cap. I, prf. II; P. Saturnino Junquera: *Esquemas y Ejemplos,* cap. XII.
[127] San Agustín: Sermón 132, 2 y sgs.

habilidad, proponerme escribir sobre el cielo? Ya sé que la ignorancia es atrevida. Pero ¿no se nos aconseja y se nos manda a todos meditar sobre el cielo? Es una postrimería, la más codiciada, y su recuerdo el más provechoso. Y se nos dan magníficos guiones y esquemas para ayudarnos a meditar y se predican muchos sermones sobre el cielo.

¿No será consolador y agradable sobre toda otra alegría, pensar y soñar y desear saber y conocer las hermosuras y delicias del cielo con la mayor claridad que podamos, pues ha de ser nuestra patria feliz para siempre? ¿No recibirá el alma nuevos alientos y fuerzas para practicar la virtud y vivir vida más entregada a Dios y más escondida en Cristo conociendo los premios y magnanimidades que Dios dará en las grandezas y hermosuras y en las delicias jubilosas y radiantes alegrías del cielo? ¿No podemos decir que lo más grande, lo más noble y deslumbrante, lo más hermoso y fascinador que se puede pensar después de Dios es el cielo? Aun en la tierra el pensamiento del cielo pone el mayor contento en el alma y repercute su alegría en el cuerpo.

76.—El cielo es la obra material más maravillosa que Dios ha creado, y el lugar de la gloria el más sorprendente y fantástico, como hecho para premiar a sus amados con largueza eterna, y nadie puede figurárselo hasta verlo. Pensar en el cielo es pensar en el mismo Dios, de quien nunca debiéramos perder el recuerdo de su presencia amorosa.

Muy bellamente han escrito muchos sobre el cielo. Muchos más le deseaban y tenían presente el recuerdo de su felicidad. Quiero yo también escribir algo lo mejor que pueda, aun cuando no iguale a lo que otros han escrito.

Dadme, Dios mío, que piense y sueñe grandezas, hermosuras y delicias; que todo cuanto pueda pensar y soñar de bellezas es como oscuridad y fealdad comparado con la claridad y esplendor de su realidad. Piensa y sueña, alma mía, cuanto pudieres, sueños de luz, de delicia, de júbilo, que, por luminosos y embelesadores que sean tus pensamientos, no pueden acercarse ni remotísimamente a la maravilla que Dios tiene la bondad de prepararte en el cielo.

Piensa, alma mía, y sueña en lo fantásticamente insuperable y

en la felicidad y contento de la Patria, que Dios te dará para morada perpetua y dichosa. Ya lo es de los ángeles y de los bienaventurados. Todos tus pensamientos son como nada ante magnificencia tan incomprensible, porque son pensamientos tuyos, de tu pobre y limitada inteligencia, y la realidad es la esplendidez sapientísima e insuperable de Dios infinito. Vive de tal manera que un día puedas admirar, gozar y cantar en compañía de los ángeles y de los bienaventurados el poder, la bondad y la sabiduría de Dios en el fulgor del cielo. Vuela, alma mía, y tiende gozosa tu fantasía y tu pensamiento por los ilimitados horizontes de tanta belleza, de tanto júbilo, de tan insospechable dicha.

77.—Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús gozaban recordando las extraordinarias e imponderables grandezas del cielo que el Señor en su infinita bondad había tenido la misericordia de mostrarlas, y se deshacían en agradecimiento.

Con estas noticias mi entendimiento vuelve a preguntarse: ¿qué será el cielo? ¿Dónde estará el cielo? ¿Cómo será el cielo? Del cielo saben más los santos que los sabios, por muy bien que dominen la teología. Vosotros, santos, que viviendo en la tierra tuvisteis visiones del cielo y ahora ya dichosamente lo gozáis, decidme: ¿qué visteis en el cielo cuando el Señor tuvo la bondad de mostrares algo de sus luces y gozos? ¿Qué gozáis ahora, llenos ya de toda satisfacción y cumplidas vuestras ansias de felicidad?

De muchos santos se nos dice que vieron o estuvieron en el cielo, y aun ellos mismos lo dejaron escrito, y expresan los gozos que experimentaron y la alegría que sentían con su recuerdo y los magníficos efectos espirituales que notaron en sus almas. Las alegrías allí gozadas superan sin posible comparación a cuantas se pueden tener o sentir en este mundo.

Santa Teresa de Jesús, que tuvo estas visiones del cielo y sus regalos, nos lo dice y pone comparaciones para darlo a entender mejor. *Me parece.., que quiere el Señor... tenga el alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo* ([128]). *También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que so-*

[128] Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 10.

mos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber dónde hemos de vivir ([129]). *Jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo, sola una vez no trocara* ([130]).

Nos expresa también los deleites que al mismo tiempo sentía en el alma y a veces en el cuerpo: *Mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas suyas; el deleite sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí —aunque sea para gozarlos sin fin—, y estos que da el Señor, sólo una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado* ([131]). *Es el mayor deleite que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo* ([132]). *Si todo lo pudieran gozar sin los trabajos que traen consigo..., no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí ([133]). Si Dios no ayudara al alma con una gracia especial, tanta gloria junta tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir* ([134]). *Es tanto el gozo que parece... va a acabar el alma* ([135]).

78.—Todos experimentamos que nuestra naturaleza nada desea tanto como el gozo. Para el gozo de todo el ser hemos sido criados. El recuerdo de los gozos del cielo acrecienta su deseo y el de procurar saber algo del cielo.

Narra San Lucas en su Evangelio que Jesús asistió a un banquete como convidado. Durante el banquete debió recaer la conversación sobre el cielo como banquete, ya que uno de los convidados hizo esta reflexión: *¡Oh, bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios!* (Lc 14, 15). Deseaba el comensal ir al cielo, como lo deseo yo, aun cuando no tuviera noción tan

---

[129] Id., id.: *Vida,* 28, 6.
[130] Id., id.: *Vida,* 29, 4.
[131] Id.. id.: *Vida*, 27, 1.
[132] Santa Teresa de Jesús: *Meditaciones sobre el Cantar*, cap. 4. núm. 5.
[133] Id., id
[134] Id.: *Vida*, XVII, 9.
[135] Id.: *Vida*, 27, 1 y 8.

clara y cierta del cielo como me la enseña a mí la fe. Pero tenía idea muy alta, ya que se consideraba indigno de ir a él, como me considero yo.

Dame, Dios mío, que sepa yo decir algo del cielo que tienes preparado para galardón de los que haciendo tu voluntad mostraron que te amaron en la tierra. Enséñame, para animar a tantas almas como te aman en el mundo a santificar sus pruebas.

Ya sé por tu misma palabra que *son bienaventurados los que habitan en tu casa;* ellos te alabarán *eternamente* con la exaltación del gozo más intenso y de la felicidad en tu mismo gozo y felicidad infinita y *la alabanza estará continuamente en sus gargantas* (Sal 83, 5).

El mismo San Lucas escribe en *Los Hechos de los Apóstoles* que en los momentos en que los judíos se disponían para apedrear a San Esteban por confesar a Jesucristo, *lleno del Espíritu Santo y fijando los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús, que estaba a la derecha de Dios. Y dijo: «Estoy viendo ahora los cielos abiertos y al hijo del hombre sentado a la derecha de Dios»* (Hechos 7, 55).

Gozoso en dar la vida por Jesucristo a los golpes de las piedras, se fue a recibir el premio del cielo, que veía abierto y donde estaba viendo a Jesucristo glorioso. Pero San Esteban no consignó ningún detalle. Yo pienso que ni San Esteban viviendo ni nadie ha visto el cielo. Han tenido visión o visiones del cielo y de sus goces, pero nadie ha estado en el cielo ([136]).

79.—Mi curiosidad no queda satisfecha con el relato de San Esteban; deseo saber detalles fijos del cielo, el ambiente, la luz, el adorno, el modo de vida, la alegría de esa vida. San Pablo me dice que ha visto el cielo. San Pablo era elocuente y expresivo. Nadie me podrá decir lo que hay en el cielo como San Pablo, dotado del don de exponer los misterios de Dios. Leo sus palabras: *Catorce años hace —si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, lo sabe Dios— fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que el mismo hombre —si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sa-*

[136] Esta idea repito en varios capítulos.

be— fue arrebatado al Paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es posible a un hombre explicarlas (1 Cor 12, 2).

Cuando deseo, y espero, y tú, lector, lo esperas como yo, encontrar la narración de lo que vio en el cielo, me encuentro, en cierto modo desilusionado, con lo más grande y hermoso, con lo más que se puede decir, pero sin especificar ni detallar nada. Me dice con palabras sumamente genéricas y vagamente luminosas: *Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (1 Cor 2, 9).

En otra parte quiere ponderar de nuevo estas riquezas y hermosuras inenarrables y expresarlas, si le es posible, con mayor realce bajo otro aspecto, y lo hace no detallando ni especificando nada, no puede, sino comparando: *Porque estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos o penas de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8, 18). No hay comparación posible entre los sufrimientos de esta vida, por tremendos e insufribles que nos parezcan, y aquella gloria y dicha que Dios nos tiene preparadas como premio sobreexcedente para galardonarlas.

Porque no hay comparación entre el dolor o sufrimiento de esta vida y la altísima e inenarrable gloria, y para siempre, del cielo, abrazó Jesucristo, más que todos los hombres, los dolores y desprecios más grandes; con ellos no sólo redimió al mundo, sino que su humanidad ganó ser el Rey inmortal de los siglos. Porque no hay comparación entre estos dolores y la futura gloria con que Dios premia, sobrellevó San Pablo las persecuciones, y las cárceles, y la misma muerte, por predicar y propagar el Evangelio.

Los hechos admirables de los sufrimientos de los santos dan voces encareciendo esta verdad en todos los siglos de la Iglesia. Porque sabían que no hay comparación entre los sufrimientos y mortificaciones de esta vida y la grandeza de la gloria eterna, los mártires abrazaban tremendos y espantables tormentos antes que negar a Jesucristo; los penitentes vivían terribles y muchas veces increíbles mortificaciones, y los confesores y las almas deseosas de la perfección se privan de las diversiones y recreaciones sociales para vivir recogidas en soledad o retiro en compañía de Dios en amor y expiación.

Por la paga de la gloria, decía San Antonio en su vida dura de

desierto, que compraba oro con tierra, y los jóvenes San Venancio y San Sebastián mostraban gozo mientras sufrían el fuego lento y el descoyuntamiento de sus miembros, y los verdugos se quedaban admirados viendo la alegría y serenidad con que las delicadas jovencillas Santa Eulalia y Santa Bibiana, y Santa Agueda, y tantas mártires heroicas como ha habido, recibían los tormentos que tan sañudamente las daban. La grande gloria esperada daba contento al viejo San Pionio al ponerse sobre la pira para ser abrasado, y al ya muy anciano San Simeón comunicaba la serenidad y paz, que todos admiraban, permaneciendo crucificado y predicando desde la cruz, como San Andrés, durante varios días.

Ciertamente, era obra de la gracia especial que Dios les daba, pero ayudaba en gran manera a tener alegría en el tormento la esperanza de la paga del cielo, como ayudaba a San Hospicio a permanecer encerrado en un torreón solo, cargado de cadenas y lleno de miseria, y a tantos solitarios o recogidos en su aislamiento o retiro con vida dura y penitente. Sembraban toda la vida para recoger fruto superabundante y eterno.

Cuando expiró San Pedro de Alcántara, hombre penitente como pocos, se apareció ya glorioso a Santa Teresa, y mostrándola la gloria que gozaba, dijo: *Dichosa penitencia había sido la que había hecho que tanto premio había alcanzado* ([137]) en el cielo.

80.—Ante la diferencia de gloria que hay de unos a otros, según mostró el Señor a la misma Santa Teresa, dice ella: *Si me dijesen cuál quiero más: estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria, o sin ningún trabajo irme un poco de gloría más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más* ([138]).

Santa Teresa vio el cielo y le vio muchas veces, según nos dice ella misma; sintió los goces del cielo; vio ángeles y bienaventurados, de los cuales conoció a algunos; vio su gloria y por qué tenían aquella gloria. Entusiasmada con estas visiones, deseaba ella tener mucha gloria, aun cuando fuera pasando muchos sufrimien-

---

[137] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 36, 20.
[138] Id., id.: *Vida,* 37, 3.

tos. No serían extrañas estas visiones al lema que tenía de o morir o padecer.

Y pregunto a Santa Teresa: ¿Qué viste o qué sentiste, ¡oh santa admirable!, en el cielo, y cómo es el cielo? Pues yo tengo, como tú escribiste, deseos de tener noticias de nuestra Patria futura.

Y me dice Santa Teresa: *Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi fue a mi padre y madre; y tan grandes cosas en tan breve espacio como se podía decir un ave-maría, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco...*

Íbame el Señor mostrando más grandes secretos..., tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que podía, y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible, porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy disgustada. En fin, no alcanza la imaginación —por sutil que sea— a pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más ([139]).

81.—Tampoco Santa Teresa da detalles del cielo, como era mi deseo. A semejanza de San Pablo, dice que es indecible, que no se puede expresar nada ni aun poner comparaciones, porque nada de lo que vemos en la tierra se parece a lo que se ve en el cielo. Vio la gloria de muchos santos. Quiero transcribir su impresión y el recuerdo como ella lo dice para aliento de los que vivimos y pensamos en el cielo. Como San Pablo, nos dice que, pues somos, o debemos ser, ciudadanos del cielo, aun cuando no estemos todavía en tan dichosa morada, que sean nuestras conversaciones

[139] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, 1-3.

y nuestras obras como tales. Ella procuró que las suyas fuesen con los ángeles, como se lo mandó el Señor.

Cuando nos hace comparaciones para intentar dar más claridad y detalles, pierde esplendor la idealidad, porque aparece lo terreno-humano, y el cielo, por ser sobrenatural, es sobre toda brillantez y sobre toda comparación y concepción de lo que vemos. A semejanza de Isaías y San Juan, dice: *Parecióme vi abrir los cielos, no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono que... he visto otras veces, y otro encima de él, adonde por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la divinidad. Parecíame sostenerle unos animales; pensé si eran los evangelistas. Mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no lo vi, sino muy gran multitud de ángeles; pareciéronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiera pasado por esto.*

Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello ([140]).

Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de junto a mí. Díjome: «Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselos ([141]).

Varias veces la mostró el Señor la gloria que gozaban personas particulares y religiosos de varias Ordenes que había conocido en la tierra. La mostró *la subida al cielo de la Virgen, y la alegría y solemnidad con que fue recibida, y el lugar adonde está. Decir cómo fue esto, yo no sabría. Fue grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria* ([142]).

---

[140] Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 39, 22.
[141] Id., id.: *Vida,* 38, 1-3.
[142] Id., id.: *Vida,* 39, 26.

Vi a la humanidad sacratísima (de Jesucristo) con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara estar metido en los pechos del Padre; esto no sabré yo decir cómo es, porque, sin ver, me pareció me vi presente de aquella divinidad ([143]). Quedó espantada de tanta majestad y claridad.

Vio a su padre y a su madre en el cielo, y advierte: *No quiero decir más de estas cosas, porque... no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea. Mas no he entendido, de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, sino es la de este padre (Fray Diego Matías) y el santo Fray Pedro de Alcántara y el padre dominico que queda dicho (Fray Pedro Ibáñez). De algunos ha sido el Señor servido vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen. Es grande la diferencia que hay de unos a otros* ([144]).

82.—Ver el grandísimo premio con que Dios glorifica a las almas santas y la inefable e insoñable hermosura y regalos del cielo, alentaba su alma para todos los heroísmos de las virtudes y amaba y procuraba más la soledad de los hombres y de su trato para estar en mayor intimidad tratando con Dios. Toda delicadeza y hermosura humana es fealdad comparadas con Dios. Dios puso en las potencias de estos santos y en su imaginación un mundo de belleza y de gozo insuperable como no pueden darle los humanos, gozo que sólo se vive en la soledad con Dios. La claridad del cielo y el recuerdo de Dios y de sus bienaventurados clarifican el alma y llenan de contento todo el ser. Así escribe en su *Vida: Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando... ser los que nos acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven y parecerme verdaderamente aquellos los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía* ([145]). *Todo me parece sueño lo que veo con*

---

[143] Id., id.: *Vida,* 38, 18.
[144] Id., id.: *Vida,* 38, 32.
[145] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, 32.

los ojos del cuerpo; lo que he visto con los del alma es lo que ella desea... Es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones ([146]).

Mi alma se recrea y solaza leyendo las admirables visiones del cielo que Dios hizo a San Pablo, a Santa Teresa y ha hecho a otros muchos santos. No estuvieron en el cielo, sino que tuvieron visiones del cielo tan eminentes y maravillosas y fascinadoras, que no se atreven o no encuentran expresiones ni imágenes para decirnos las excelencias que vieron. Lo que veían y lo que gozaban excede a toda comparación y expresión.

Por la comunicación de estas visiones no puedo yo formarme idea clara y concreta del cielo, como era mi deseo. Me queda la noción suprema que ya me enseñaba la fe, y con estas visiones me afianzo más en que el cielo es sobre todo lo material creado y supera a toda otra belleza y a todos otros gozos materiales y que nada de la tierra se parece a lo del cielo. Es la obra material más maravillosa de la creación. Con razón se dice ser sobrenatural: por encima de toda la naturaleza visible creada. Allí se veían en Dios, llenos de Dios, viviendo en Dios y su felicidad. Dios mío, ¿nadie sabrá decirme qué es el cielo, cómo es, dónde está? ¡Qué goces y qué júbilos y delicias y qué grandiosidades y bellezas se verán y sentirán en el cielo cuando estos grandes santos y todos los que han vislumbrado algo de su luz se admiran y quedan espantados de tanto como en tan breve tiempo han visto y gozado y no encuentran comparaciones ni ideas para decirlo! Sólo sabían repetir, llenos de admiración: *Es tanto, tan maravilloso, tan incomprensible, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre cuanto Dios tiene preparado en el cielo al bienaventurado*.

---

[146] Id., id.: *Vida,* 38, 6-7.

CAPÍTULO XV

OTRAS VISIONES DEL CIELO QUE TUVIERON MUCHOS SANTOS

83.—Si mi alma, aunque deseosa de verse hecha llama de amor de Dios y de ver en sí muy florecidas las virtudes, aún no lo ve, se siente obsesionada por el cielo y en todo lo recuerda temiendo perderle. Los santos tenían aún más impreso su recuerdo y estaban más obsesionados por el cielo y deseaban con todo deseo unirse pronto con Dios, su enamorado, y vivir pronto en su gloria con El.

A muchos, como queda indicado, comunicó el Señor luces especiales y visiones. Muy pocos nos las han transmitido. Se las comunicaba Dios para estimularlos en el camino de la santidad y para que pudieran superar más triunfalmente las pruebas y los sufrimientos, ya fuesen los tormentos del martirio, ya las pruebas interiores o exteriores, ya las luchas con los demonios. Eran las visiones estímulo de la vida espiritual en la oración más continua y en la penitencia más esforzada. Son muy pocas las visiones del cielo, a semejanza de una ciudad terrena, y ver a los bienaventurados viviendo como los hombres de la tierra, aunque ya con aspecto de felicidad. A este modo humano fueron las que tuvo el Beato Juan Grande ([147]). Ordinariamente han sido o espirituales intelectuales, o imaginarias y a modo sobrehumano y sobrenaturalizadas.

Dios ha comunicado visiones a personas santas de todos los estados y en todos los tiempos. El Señor comunica de tiempo en tiempo su enseñanza por Sí mismo, ni deja de hacerlo en los actuales, aun cuando parezcan menos propicios para esta comunica-

[147] Véase el cap. XI, núm. 56.

ción espiritual. Con frecuencia el conocimiento de las visiones se tiene después de fallecida la persona a quien se las hizo. No siempre ven el cielo, más bien pocas veces; el cielo real, nunca; pero ven efectos extraordinarios del poder y misericordia de Dios aprobando el obrar de los santos o para animarlos o para llamada a los que están apartados de Dios.

San Pablo, perseguidor en el camino de Damasco, oye a Jesús y se convierte en su más celoso apóstol. Cuando oraba y alababa a Dios en la cárcel de Filipos, con asombro de todos se abren las puertas por sí solas y ven los presos y las autoridades que Dios estaba con aquel hombre y su mano le protegía con prodigios. Nadie vio el cielo, pero sí vieron el milagro (Hechos 16, 25 y sig.).

84.—Estaba San Pedro preso en la cárcel de Jerusalén para ser llevado a la muerte, cuando se le aparece un ángel en la noche y le saca de la cárcel a pesar de la custodia de dieciséis soldados (Hechos 12, 7), como le había sacado antes a él con San Juan (Hechos 5, 19).

Hacinados con otros muchos mártires en el mal ambiente de la cárcel esperando la muerte, San Saturio y Santa Perpetua tuvieron una visión del cielo que les confortó: vieron como un hermoso jardín, *como un palacio, y oyeron las voces más admirables cantando y una escalera de oro que llegaba de la tierra al cielo* ([148]).

Santa Regina, joven de diecisiete años, estaba en la cárcel llena de llagas producidas por los tormentos y esperaba la muerte cuando el Señor la mostró una paloma que revoloteaba en torno suyo sobre su cabeza curándola las heridas y vio una cruz de oro desde la tierra al cielo, oyendo las palabras de: *Buen ánimo, digna esposa de Jesucristo; tu virginidad y tu paciencia te han merecido ya una corona que muy presto recibirás. La cruz te servirá de escala para subir a la gloria, que ya tienes preparada* ([149]).

Después del larguísimo martirio que había sufrido San Vicente y de ser terriblemente despedazado en todos sus miembros, *se iluminó la lóbrega cárcel en la cual, de nuevo, le habían metido,*

---

[148] *Año Cristiano,* por Juan Croisset, y *Leyendas de oro,* 7 de marzo.
[149] Id., id., 7 de septiembre.

oliendo a muy delicadas fragancias, oyéndose armonías dulcísimas y curándosele las llagas. Ante este prodigio se convirtieron varios de los carceleros ([150]).

La hija del gobernador, que había condenado al martirio de ser quemados por las llamas a San Fructuoso, Augurio y Eulogio en Tarragona, y dos familiares del gobernador, llamados Babilón y Migdonio, presenciaron la cremación y vieron que nada más expirar subían sus almas al cielo guiadas por ángeles; ante este prodigio se convirtieron la hija y los dos familiares ([151]).

85.—Los verdugos que cortaron la cabeza a Santa Martina vieron aparecer una luz celestial, con la cual se convirtieron, y los que habían martirizado murieron mártires confesando a Jesucristo ([152]).

Y cuantos presenciaron el martirio de Santa Eulalia, casi una niña aún, vieron, incluso los verdugos, que al morir en la cruz y entre las llamas, salía de su boca una paloma con dirección al cielo ([153]). Y terminado el martirio de Santa Agueda, también jovencilla, vieron aparecerse unos ángeles en forma de jóvenes.

Dios anima visiblemente a sus siervos en las pruebas y los fortalece, como fortaleció a San Francisco de Asís en los dolores de una enfermedad, según lo narra su primer biógrafo: *La noche siguiente, estando despierto el santo y abismado en elevadísima contemplación de Dios, resonó repentinamente una cítara de armonía admirable y dulcísima melodía. A nadie se veía, mas las vibraciones de los sonidos indicaban que el citarista paseaba de una parte a otra. Arrobado su espíritu en Dios, gozó tanta dulzura el santo de tan sublime cantar, que se ilusionó hallarse ya en el otro mundo* ([154]).

Estando enfermo San Juan de la Cruz quisieron darle un rato

---

[150] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 21 de enero.
[151] Id., id., id., 21 de enero.
[152] Croisset: *Año Cristiano* y *Leyenda de oro*, 30 de enero.
[153] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*. 12 de febrero.
[154] Tomás Celano: *Vida de San Francisco de Asís. Vida Segunda,* cap. II, c. 13, 89, y San Buenaventura: *Leyenda de San Francisco de Asís,* cap. 5, núm. 11.

de recreo con un concierto, mas el santo no lo oyó, porque su espíritu, puesto en Dios, oyó una armonía mucho más delicada y más dulce ([155]).

Dios hizo sentir efectos extraordinarios y regalados a éstos y otros muchos santos. No eran del cielo ni estaban en el cielo, pero hacen soñar y pensar, ¿qué será el cielo y cuáles las armonías y bellezas y dulzuras del cielo si éstas son así? Y se forma en mi alma una idealidad de delicadeza, de grandiosidad, de encanto y delicia muy superior a todo lo conocido. Si estos efectos muy particulares me enseñan esto, ¿qué no me levantarán a pensar las visiones distintas de verdades sobrenaturales y de gloria que tuvieron los santos?

86.—Quiero también recordar algunas, entre las muchísimas que he leído, para intentar, si me es posible, dar una idea más concreta del cielo y saber su lugar.

Está muy extendida la fama de Santa María Magdalena de Pazzis por las muy extraordinarias comunicaciones y visiones que Dios la manifestaba. Mucho se las ha estudiado y admirado y mucho se ha escrito sobre estas revelaciones místicas. Ha sido por esto una de las santas más extraordinarias, aun en vida. Santa María Magdalena de Pazzis, en varias visiones, vio a varios santos en el cielo y vio la gloria que gozaban. Recordemos algo de lo que vio del cielo y lo que nos dice. Pasando ante un cuadro de San Diego de Alcalá, *fijé en él los ojos y, cayendo de rodillas, permaneció por un breve tiempo arrebatada en éxtasis, contemplando la silla de este santo, que parecía igualar a la del glorioso padre San Francisco. Quiso conocer el porqué de tanta gloria, y el humilde santo le dijo que eran tres los motivos: Me dejé y desprecié en todas las cosas a mí mismo; abracé la cruz y el crucifijo y tomé por mi compañera la santa humildad* ([156]).

En otra ocasión, el 4 de abril de 1600, *de repente, el cielo se rasga a sus ojos y se le muestra el angélico joven San Luis Gonza-*

---

[155] P. Crisógono de Jesús, C. D.: *Vida de San luan de la Cruz,* cap. 20, nota 77.

[156] Una Monja del convento de la Santa: *Santa María Magdalena de Pazzis,* cap, 24.

ga radiante de gloria. ¡Oh, qué gloria! —exclamó estática la santa—. ¡Qué gloria tiene Luis, hijo de Ignacio!... Jamás lo hubiera creído si no me lo hubieras mostrado, oh Jesús mío! ¡Me parece, si así puedo decirlo, que no pudiera haber en el cielo tanta gloria cuanta veo goza Luis!... Tanta gloria le proviene de sus obras internas. ¿Quién podrá realzar el valor y la virtud de las obras internas? No hay sombra de comparación entre las acciones internas y las externas... ¡Oh, cuánto amó en la tierra y ahora goza de Dios en la plenitud de amor! ([157]).

Aún quiero poner otra visión que esta santa tuvo de una religiosa, que había sido formada por ella, llamada María Benedetta y muerta a los veintiocho años.

Santa María Magdalena *vio los cielos abiertos y, llena de gloria, contempló a la querida hija. Un manto dorado la cubría toda, en premio de su ardorosa caridad; tenía los dedos adornados de anillos y ceñía una corona mucho más preciosa que la de otra religiosa. La dijo la santa: Ahora, en la Patria, ya no vas con la cabeza baja como cuando estabas aquí bajo con nosotras, sino que vas llena de gloria por todos los coros celestiales* ([158]).

De otra religiosa, la hermana María Bagneri, dice: *La vi a la derecha de Jesucristo, en medio de Él y la Santísima Virgen. Estaba adornada de riquísima vestidura, premio de su vehemente amor, y tenía en la mano la palma como los mártires* ([159]).

En otras muchas visiones que Dios la comunicó, vio los coros de los ángeles y los coros de los bienaventurados, y que los justos de la tierra alcanzaban del Señor, todos unidos, algo que no alcanzaron los mismos ángeles y bienaventurados, como premio y para aliento de su oración, pidiendo por la sangre de Jesús ([160]).

87.—El franciscano Fray Pacífico vivía con San Francisco y tuvo sobre el santo la siguiente visión: *Como comenzase su oración fue levantado al cielo y vio allí muchas sillas, entre las cuales*

---

[157] Id., id., cap. 24.
[158] Id., id., cap. 18.
[159] Id., id., cap. 17.
[160] Id, id., cap. 26.

había una más elevada y gloriosa que las otras, resplandeciente y adornada con todo género de ricas piedras. Admirado de su belleza, púsose a pensar para consigo de quién sería aquella silla. Y al punto oyó una voz que le decía: Esta silla fue de Lucifer y en su lugar se sentará en ella Francisco el humilde ([161]).

También el hermano San Alfonso Rodríguez recibió la gracia de una visión del cielo. Un día, estando en oración, ve que se le abrieron los cielos y contempló delante de sus ojos tronos magníficos adornados con toda riqueza y hermosura. Todos estaban ya ocupados menos uno, el más suntuoso y más bello. El santo preguntó al Angel de su Guarda: *¿Para quién era aquel trono? Y el ángel le dijo: Para tu discípulo Pedro Claver. Llegará a merecerlo por sus heroicas virtudes y por el prodigioso celo* ([162]). San Pedro Claver aún no había embarcado para las Américas, donde se santificó siendo el apóstol abnegado y admirado de los esclavos negros, y como el esclavo voluntario de los esclavos negros, con asombro de cuantos conocían su infatigable vida diaria.

Grande alegría recibió San Juan Bosco cuando, con mucha gloria y contento, se le apareció su madre, a quien tanto había amado, y él, a su vez, lleno de gozo, al despedirse dijo: *Volveré a ver a mi madre en el cielo*.

Conversando familiar y santamente San Juan de la Cruz con su hermano Francisco de Yepes en la huerta del convento de Segovia se les aparece gloriosa su madre acompañada de una hija de Francisco, la cual había muerto siendo muy pequeñita. Veían a las dos muy llenas de gloria y la niña cantando muy dulcemente, llenando de contento a los dos santos hermanos ([163]).

El Beato Nicolás Factor tuvo durante su vida muy grande amistad con San Luis Beltrán, estuvo presente a su muerte y el Señor le mostró, a esa hora, la gloria grandísima que San Luis Bel-

---

[161] *Leyenda de san Francisco por tres de rus amigos,* capítulo 70.

[162] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano* y *Leyenda de oro,* 9 de septiembre.

[163] P. Crisógomo de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz,* cap. 18, y P. José de Velasco: *Vida y virtudes del V. Varón Francisco de Yepes*.

trán gozaba en el cielo ([164]).

88.—Leo y gusto de releer escritos que narran, con probabilidad de verdad, visiones de ángeles, visiones del cielo, luces, armonías que tuvieron los santos o los muertos en olor de santidad, y como yo, lo releen con gusto muchas almas espirituales. Tengo ansias de saber noticias y detalles de mi Patria eterna y deseada y de la casa gloriosa y celestial de mi Padre-Dios. Todos los relatos o expresiones de los santos sobre el cielo aumentan mi ilusión y el concepto de hermosura, de delicia, de esplendor y felicidad que bulle dentro de mí. Pero no me enseñan particularidades dignas de crédito absoluto, y aún son muy pocas las dignas del relativo para todos. Me queda cierta y firme la verdad de la fe solamente. Las mercedes sobrenaturales que Dios ha hecho a los santos, sin dar ni certeza ni detalles, los ponen luz y vigor en el espíritu. Caminaban a la Patria de la dicha. Dios les daba destellos antes de llegar y entrar en ella. Destellos de esperanza, de alegría de que llegaban a Dios. Y era mayor el contento cuando ya estaban próximos a la muerte.

Así, San Silvino, poco antes de expirar, vio una multitud de ángeles que venían a invitarle y a acompañarle para que fuera ya a tomar posesión del cielo, y gozoso exclamaba el santo: *Mirad, mirad a los ángeles que se nos acercan invitándonos a que los sigamos* ([165]).

Y la Beata Ana de San Bartolomé, en narración sumamente sencilla, dice que estando con el corazón deshecho por el dolor de la muerte inminente de Santa Teresa, vio la grandísima gloria que Dios la tenía preparada y se me mostró con toda la Majestad y compañía de bienaventurados sobre los pies de la cama, que venían por su alma, cambiando de tal manera su ánimo al ver tanta gloria que dijo: *Llevadla, Señor, en seguida; no la detengáis más* ([166]).

La misma Beata Ana escribe que, *siendo niña, que no sabe bien hablar..., levanté los ojos al cielo. y parecióme que veía el cie-*

---

[164] *Leyenda de oro,* 5 de marzo.
[165] Juan Croisset: *Año cristiano,* 17 de febrero.
[166] Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía,* cap. 9.

lo abierto y que allí se me mostraba el Señor con una grande majestad ([167]). *Y estaba en oración en una ermita y vínome un recogimiento y en él me mostraron una vista de la eternidad y de la Santísima Trinidad, que, aunque lo vi, no sé decir cómo era* ([168]). *Y aparecióseme el Señor en la humanidad y en su gloria, y había una claridad tan grande desde el cielo, adonde estaba, hasta mí, como si estuviera cerca y díjome* ([169]).

Otra vez, estando en oración, me mostró el Señor la gloria de todos los santos; en medio de ellos, a mi santa madre Teresa ([170]). El Señor hizo a esta Beata Ana muchas comunicaciones en visiones del cielo y de santos ya gloriosos, narradas por ella misma por mandato de sus confesores.

89.—Dios, de cuando en cuando, ha mostrado a almas santas, aun viviendo en la tierra, la gloria con que había premiado a otras almas, que aquí conocieron y trataron como se ve en algunas de las que termino de narrar. La venerable María de Jesús, cuyo cuerpo se conserva incorrupto en Toledo desde el siglo XVII en que murió, escribe de sí misma: *Digo que a mi madre Juana Evangelista —religiosa muerta y conocida de las dos—me la mostró el Señor después de algunos días que murió, muy gloriosa y linda a maravilla. En el coro de las vírgenes y mártires tenía su lugar y estaba ricamente adornada y resplandecía su adorno como blanco y encarnado, y tenía corona y palma. Me dieron a entender que por su pureza y por lo mucho que había sufrido* ([171]).

Si quisiera continuar poniendo ejemplos de almas santas que tuvieron visiones ya del cielo, ya de la gloria que gozaban santos gloriosos, no acabaría. Sólo pondré ahora dos más por el encanto que encierran y la alegría que producen.

Viviendo Santa Oria en el total encerramiento que había abrazado durante toda su vida, desde muy joven, para estar perfectamente ofrecida a Dios, acompañándole, pensando en El, amándole

---

[167] Id., id., cap. I.
[168] Id., id., cap. 6.
[169] Id., id., cap. 18.
[170] Id., id., cap. 24.
[171] P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano,* 31 de octubre.

y haciendo penitencia, quiso el Señor hacerla una merced muy consoladora después de haber sido probada y purificada muy fuertemente, como hace Dios con sus amados santos para que crezcan más en su amor, en las virtudes y pueda darles más cielo.

Un año antes de su muerte, rezados los maitines de la tercera noche de Navidad, vio que el cuartito donde oraba se iluminaba con luz misteriosa y muy bella. Con la luz se la presentaron tres encantadoras doncellas, con alegría y hermosura del cielo. Eran Santa Cecilia, Santa Agueda y Santa Eulalia, acompañadas de tres palomas. La vienen a visitar de parte de Dios para invitarla, y si quiere hacer una visita al cielo, se una a ellas. ¿Cómo no aprovechar una invitación tan insospechada y deseada? ¿Quién no siente dentro de sí deseo gozoso de que se le presentara tal ofrecimiento?

Aceptada la oferta, las palomas emprendieron el vuelo hacia el cielo, y detrás de las palomas, las tres santas y ella. Ya en el cielo, la presentan a los coros de los bienaventurados, a la Santísima Virgen, a Jesucristo, y ve el cielo y la enseñan también el lugar que ella habrá de ocupar si persevera en la vida de recogimiento, oración y penitencia que ha vivido hasta el presente ([172]).

Vio Santa Oria el cielo, vio a Jesucristo, a la Virgen, a los bienaventurados y ángeles, vio su trono y su gloria. Pero no dio ningún detalle ni descripción alguna que satisficiera mi curiosidad o no ha llegado hasta nosotros.

90.—De las narraciones más extensas, detalladas e impresionantes del cielo y de sus dichosos moradores, es la transmitida por la sierva de Dios, Madre Ana de San Agustín. En una visión precedente la había mostrado el Señor el infierno con sus terribles tormentos y desgraciados atormentados. Tan terrible y tremenda impresión produjo en su alma la vista de aquellos tormentos y atormentados, que decayó su ánimo, antes muy alegre, y perdió la salud del cuerpo. De lo alegre de su carácter no la quedó ni aliento para reír.

Para animarla y fortalecerla de tan deprimente aflicción, en un

---

[172] Fray Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* 11 de marzo,

largo éxtasis, la mostró Dios, en visión, el cielo y la gloria de los bienaventurados. Por mandato de la obediencia intentó decir algo de lo que había visto.

Y dice de esta manera: *Fui llevada al cielo, que lo había bien menester, donde vi lo que no sabré referir... Diré lo que supiere significar. Vi que me pusieron en una grandísima ciudad resplandeciente y cristalina, y muy adornada de grandes riquezas y de jardines bellísimos de diversas y hermosas flores con suavísimo olor… Mucha armonía y diferencias de músicas con orden y concierto tal como del cielo; a esta ciudad no la vi fin... Su adorno eran todos aquellos espíritus gloriosos... Mi alma puso su vista en aquel Soberano Principio y fin de todos los bienaventurados, y teniéndola fija en aquel preciosísimo pecho, veía en él a todos los bienaventurados y toda la gloria, de manera que no tenía que mudarla ni variarla...*

Vi aquella suma grandeza, poder y bondad de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo... y su hermosura y belleza, resplandor y gloria suprema... de donde procede toda la de los bienaventurados... Estando mi alma gozando de la vista gloriosísima de la Humanidad santísima de Nuestro Redentor y de la amable presencia de su Santísima Madre y de toda aquella máquina de hermosura y gloria de los bienaventurados, sentía una sed y ansia amorosísima de ver la esencia divina de la Santísima Trinidad, sintiendo mi alma que no poseía todo lo que había en aquella bienaventuranza, y así, abalanzándose el alma a buscar aquel tesoro de quien le daban una muy clara noticia, se reparaba y tenía la vista en la Sacratísima Humanidad, sin poder pasar más adelante..., conociendo que aquella luz es superior a su capacidad..., que la visión beatífica de que gozan los bienaventurados no se nos concede ver mientras vivimos.

Vi que por un modo maravilloso... se repartía la gloria a todos los bienaventurados..., llenándoles de gloria y dándoles a cada uno los grados según las virtudes que en la tierra habían obrado..., y por serlo en el más alto grado su Santísima Madre... es la que más copiosamente recibe gloria de aquel Soberano pecho, comunicándola altísimo amor.

Vi que el Hijo de Dios y su Santísima Madre se... gozan y comunican sin ruido de palabras... La gloria, belleza y hermosura de

esta amable Señora nuestra no se puede significar... Los ángeles... y todos los bienaventurados... la bendicen y sirven como a su Reina... Vi su trono, que estaba adornado con los levantados coros de los Querubines y Serafines... La hermosura y belleza de estos divinos espíritus es tan grande, que... basta haber dicho que participan tan de cerca de la de Dios... Y todo cuanto hacen no es con ningún ruido, que en aquella soberana ciudad no se oyen sino suavísimas músicas y gran quietud y sosiego...

Vi que después de la Madre de Dios... están los más cercanos a Dios los coros de los Apóstoles, Evangelistas y los Doctores, Patriarcas y Profetas, muy más aventajados en gloria que los demás bienaventurados y santos... Vi aquellos coros dichosísimos de los mártires con unos resplandores de gloria maravillosísimos, muy victoriosos y con gran alegría..., dándoles el ciento, por uno que les prometió... Vi los coros hermosísimos de Vírgenes y Confesores... con admirable belleza, claridad y resplandor... Vi a todas las religiones alabar a su Criador..., y estas almas bienaventuradas resplandecían más unas que otras, manifestándose en esto haberse señalado más en cumplir sus obligaciones más perfectamente y en haber tenido más pronta obediencia..., y los Fundadores mucho más arriba y con más resplandor y gloria... Vi todas las almas de los bienaventurados con una hermosura, claridad y resplandor, que ponía admiración; todas con admirables muestras del gozo que poseían...

Vi a Nuestra Santa y amada Madre Teresa de Jesús con muy gran gloria y hermosura... Mostróme muy particular agrado, y a mi alma le causó muy gran gozo y gloria el verla que gozaba de tanta, porque en el tiempo santo que vivió la amó muy tiernamente.

En esta soberana ciudad, tan hermoseada... como la lucerna de ella es el Cordero..., con cuyos rayos ilustra a todos los bienaventurados reverberando en ellos y enlazándolos con aquel amor paternal con que nos redimió, es tan grande la claridad, resplandor y hermosura que todo el cielo tiene, que está como una pieza toda de cristal, que estuviese asentada sobre muy fino oro y le diese muy de lleno el sol; que el de justicia la llena de muy soberana luz, y allí en ninguna manera hay ni puede haber sombra no sólo de los espíritus que aún no tienen sus cuerpos, mas cuando estén todos los bienaventurados juntos, en ninguna manera habrá sombra en el

cielo...

La grandeza inmensa de Dios, de donde nace y en quien está toda la bienaventuranza, es tan inexplicable materia, que lenguas de serafines no bastarían ni lo podrían hacer enteramente; que como este gran Señor es infinito y su gloria y bienes son infinitos, no se pueden numerar ni comprender. Pues yo... ¿cómo podré hablar de esto ni referir lo que allí vi? Sólo quisiera manifestar el gozo que a mi alma dio y da todas las veces que el Señor me hace merced alentar mi alma refrescándome en la memoria aquella bienaventuranza... Así me es gran ayuda para pasar esta trabajosa vida. Y también es muy penosa por verme en ella... ausente de toda aquella felicidad donde todos le agradan y gozan sin temor de poderle perder. Esto me causa un ansia en el alma que parece quererse salir del cuerpo, haciéndose muy pesada su carga.

De esta merced que el Señor me hizo fueron grandes los efectos que me quedaron, con un desengaño y verdad muy asentada en el alma ([173]).

91.—La venerable Ana de San Agustín, un poco más joven que Santa Teresa, fue muy amada de la santa, y tuvo una vida espiritual de comunicaciones y visiones sobrenaturales muy extraordinaria, como fueron muy extraordinarias sus virtudes. Está incoado el proceso de beatificación.

En esta visión describe el cielo en parte semejante a la descripción y a la noción que dio San Juan en su Apocalipsis. La descripción del Apocalipsis fue de una influencia muy grande en todas las almas. Habla la venerable de que vio una ciudad sin fin, no tan semejante a las de la tierra como la vio el Beato Juan Grande; sólo menciona jardines y música y flores. No describe más detalles que se asemejen a los de la tierra. Vio a personas, pero no el cuerpo, sino el espíritu, como los ángeles. Vio el trono de Dios y de la Virgen. Son, como otras veces he advertido, visiones del cielo y de los

---

[173] Fray José de Santa Teresa: *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*..., lib. 16, cap. 33. Como indican los puntos suspensivos, se ha abreviado la relación y los detalles que escribió la Venerable. copiándose lo sustancial. Muchos detalles, aunque dan alegría al espíritu, no aumentan la claridad principal del cielo y por eso no los transcribo.

bienaventurados, pero no vio el cielo ni estuvo en el cielo. Dios es espíritu puro y no tiene trono como los reyes de la tierra ni percibió las armonías ni flores y fragancias con sus sentidos. Las vio en visión intelectual o imaginaria; las vio el alma, con su inteligencia, no con los ojos del cuerpo.

En otro aspecto hace resaltar la espiritualidad no sólo de la gloria de los bienaventurados, sino del modo de verlos y presentarlos. Advierte, como veremos, que se hablan y comunican los ángeles y bienaventurados en silencio. El sublime silencio del cielo, que nos es incomprensible, donde ella oye todas las armonías y la comunicaban todas las altísimas verdades. La descripción nos da una noción y una concepción superior a la que puede tener el hombre.

Pero tampoco con esta visión me puedo formar una idea o una imagen clara del cielo, como yo deseaba y lo deseamos todos. El cielo es sobre toda imaginación y concepción. Aun cuando los santos hubiesen visto el cielo con los sentidos del cuerpo, no sabrían expresarlo y menos podríamos nosotros formarnos idea clara a manera humana. El cielo es sobrenatural. Muchas veces percibieron algunos santos esas armonías y bellezas con los sentidos del cuerpo, pero era principalmente percepción del alma, que repercutía en el cuerpo, y muy rara vez se hizo perceptible a los que acompañaban al santo.

Narra la vida de San José de Tolentino que los últimos seis meses oía la música armoniosa de los ángeles, y con él la oían también otras personas ([174]). Nos dijo Santa Catalina que había estado muy cerca de las puertas del cielo y oído sus dulcísimas armonías en una enfermedad en la cual su cuerpo estuvo como muerto. Oyó San Francisco el concierto que le dio el ángel, y por las vibraciones del sonido, más o menos cercano, parecía ser como de quien paseaba. ¿Lo oían y veían con los sentidos del cuerpo o sólo dentro, en la imaginación o en el entendimiento? La Beata Ana de San Bartolomé dice: Estando en la oración —me figuro que estaba con la comunidad— me mostró el Señor la gloria de todos los bienaventurados, como los vio Santa Angela de Foligno. No lo pudo ver con los ojos del cuerpo. Cuando los que están en su

[174] P. Juan Croisset: *Año Cristiano,* 9 de octubre.

compañía no lo ven es porque no es visión con los ojos del cuerpo, sino imaginaria o intelectual, como suelen ser esas visiones y son más perfectas y seguras que las sólo corporales. Así San Silvino decía al morir: «¿No ven la copia de ángeles que vienen?» ([175]). Los veía él dentro de sí, como veía la Beata Ana de San Bartolomé en la muerte de Santa Teresa los numerosos santos que venían para acompañar su alma al cielo. Los veía ella con su alma, no los veían los demás. No son visiones corpóreas, sino interiores, espirituales. El santo no está en el cielo. Aquello es sólo una visión del cielo que tiene el santo. Son visiones comunicadas por Dios, no la realidad del cielo. No sé si me doy a entender.

92.—La Madre Casilda de San Agustín, al narrar la altísima merced que Dios la hizo, víspera de la Virgen del Carmen, dice: *Vio a Nuestra Señora intelectualmente, con un grande y copioso ejército de religiosos y religiosas con el sagrado hábito; unos, con grandes ventajas de gloria, otros, con menos. Entre ellos torné a ver a mi madre (no sabía había muerto) con grande resplandor... Sólo a ella conocí entre toda aquella gloriosa compañía. Es imposible darlo a entender; que como no se ven figuras ni cosas particulares y las generales son tan divinas y levantadas, sólo a quien el Señor se lo comunicare podrá entender el modo, mas no alcanzarlas y decirlas, porque, en queriendo encarecer aquella inmensidad de grandeza y gloria..., parece se acaba todo lo que hay que decir, y no será posible comenzar a encarecer lo que... el alma sintió de la grandeza y suavidad que le era comunicada y cuan sin temor la gozan, y el nuevo ser de grandeza y gloria renovándose en cada momento en Dios por las dotes accidentales que le eran comunicados de aquel Ser divino..., junto con un gran resplandor de gloria en que estaban como endiosados y anegados* ([176]). Y la Madre Mariana Francisca dice que *su alma fue anegada en la luz celestial al ver la*

---

[175] P. Juan Croisset: *Año Cristiano,* 17 de febrero.

[176] P. Dámaso de le Presentación: *Año Cristiano Carmelitano,* 13 de julio. Su madre era Catalina de Tolora, de quien habla Santa Teresa en *Las Fundaciones,* cap. 31, y entró Carmelita en Palencia, llamándose Catalina del Espíritu Santo; murió el 13 de julio de 1608.

gloria de los santos ([177]).

De ordinario no suelen ser los sentidos del cuerpo los que perciben la visión. Son las almas las que ven y oyen por el entendimiento o por la imaginación; pero son las almas, como son las almas las que ven directamente por sus potencias en el cielo.

Veía continuamente Santa Francisca Romana que el ángel de su guarda la acompañaba. Su hija, de cinco años, veía en el cielo glorioso a un hermanito suyo que había muerto. Veía Santa Teresa de Jesús a Jesús que estaba a su lado derecho y la acompañaba. No le veía con los ojos del cuerpo, lo veía el alma, el entendimiento sin la luz del sol.

En la visión no ven los objetos o a otros espíritus con luz solar; ven con luz o iluminación espiritual sobrenatural. Ni ven los cuerpos físicos materiales. Los bienaventurados, en el cielo, no están con los cuerpos hasta después del juicio final, están sólo con las almas, y los ángeles no tienen cuerpos, son sólo espíritus. No los pueden ver los ojos. Ven las almas y ven la visión que Dios quiere que vean. Como tampoco ven ni la luz solar ni con la solar, sino con la iluminación que Dios pone en el alma, luz espiritual, y por eso ven y conocen con la claridad y perfección que Dios quiere y según lo que quiere revelar y el fin con que lo hace.

En todas las visiones resalta la hermosura del cielo, la verdad del cielo, la felicidad del cielo, lo inefable del cielo. Si esta hermosura tiene la sombra de la visión y tales efectos y tanto gozo produce, ¿qué será la realidad? Por esto mismo me vuelvo a preguntar: ¿Qué será el cielo? ¿Cómo será el cielo? ¿Dónde estará el cielo? ¿Dios mío, me lo dirás Tú, como se lo dijiste a tus santos? ¿No me lo aclarará algún santo?

---

[177] Id., id., id., 25 de octubre.

CAPÍTULO XVI

EL CIELO ES SOBRE CUANTO SE PUEDE VER, SOÑAR O ENTENDER EN LA TIERRA

93.—Los santos y las almas de virtudes a quienes el Señor hizo la envidiable merced de mostrarles en visión la hermosura del cielo y los goces de los ángeles y de los bienaventurados, y los que ellos mismos experimentaron al verlos, insisten cuanto pueden en que no les es posible expresar ni a ellos ni a lengua humana lo que vieron y gozaron, repitiendo la expresiva admiración de San Pablo: *Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento qué cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (1 Cor 2, 9).

El cielo es tan admirable, tan sobre todo pensamiento y sobre toda fantasía, tan sobre todo cuanto se puede describir, fantasear o pensar, que nada de lo que vemos y vivimos tiene comparación con él, y su maravillosa noción produce en el alma la idea de que supera todo merecimiento, viéndose indigna de entrar en la gloria. Idea muy verdadera, pues de suyo, con nada se merece el cielo. Es la misma idea que expresó a Jesús el comensal del Evangelio: *Bienaventurado el que entre al banquete del cielo. ¿Quién será?*

Pero Dios da el cielo como premio al mérito de todo el que viva la gracia y la virtud y en proporción de la misma gracia. Dios me ha creado a mí y ha creado a todos para el cielo. Dios quiere que todos vayamos a la felicidad del cielo.

El cielo no es como nosotros le concebimos o podamos concebirlo. San Pedro nos le anunció diciendo: *Esperamos, conforme a sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará eternamente la justicia* (2 Pedro 3, 11). Nuevos cielos y nueva tierra, que no se parecerán a esta tierra donde vivimos ahora. Aun cuando se

acumularan todas las bellezas y encantos, todas las armonías y atracciones, todas las riquezas y recreos, todo es como nada y desmayo y tristeza comparado con las nuevas delicias e insospechadas maravillas que Dios tiene preparadas en el cielo para premiar y hacer dichosos eternamente a sus escogidos.

94.—Si son cielos nuevos y tierra nueva, que no se parecen nada a esta donde ahora vivimos por su maravillosa eminencia en todo bien y en toda perfección, tampoco podremos formarnos idea del cielo ni adecuada ni que tenga semejanza con su realidad.

En proporción, diré del cielo lo que decimos de Dios. Dios supera toda comprensión y toda fantasía humana. No conozco ni puedo conocer, porque no lo hay, nada que se le asemeje ni con qué compararle, y tengo que conocerle por la fe. La fe no tiene límites, aunque es oscura. No puedo conocerlo, pero lo creo. La fe me dice que Dios es infinito y omnipotente. Lo que creo por la fe es infinitamente más que lo que conozco o puedo conocer en la tierra y es más cierto.

La fe me enseña que Dios es la perfección infinita en sí misma, y no tiene límites en el bien, porque es el Bien infinito y por esencia; no tiene límites ni en el Ser ni en el saber, y es la omnipotencia y la hermosura y la bondad infinita sin sombra de deficiencia alguna. Dios es el Ser infinito.

Pues el cielo, si es el local, es la obra material sobrenatural más excelente que Dios ha creado, y si es el esencial, es Dios mismo participado. De ninguna manera puedo conocerlo ahora en la tierra. Creo, porque Dios lo ha revelado. Creo con la certeza de la fe en *ese cielo sobrenatural, eminentísimo, que Dios ha creado para los ángeles y para los bienaventurados. Creo también en ese cielo, lugar de la felicidad y delicia, lugar de la alegría y del gozo, lugar de la bienaventuranza y dicha donde están felices en toda felicidad los ángeles y los bienaventurados. Es lugar material, pero sobrenatural, superior a la concepción humana y creado por la infinita bondad y magnificencia de Dios para premio de las criaturas que le amaron en la tierra.*

Es el lugar de la dicha perfecta, de la felicidad perfecta, siempre nueva o renovada, siempre empapando el alma, saturando el alma de gozo, sin hastío; siempre en la perfecta delicia exterior e

interior y en Dios mismo y en compañía de todos los ángeles y bienaventurados, con todos los seres y toda la naturaleza y con la seguridad de nunca ya perderlo y de que jamás habrá disminución en el gozo ni en los bienes. ¡Es el ya para siempre feliz! ¡Para siempre viviendo con los felices! ¡Para siempre viviendo en la felicidad infinita del mismo Dios y viviendo participada la misma vida de Dios. La Visión de Dios me da la posesión de Dios, de sus perfecciones y de su vida feliz.

Porque el cielo local es nada en comparación del cielo esencial. El cielo esencial es el mismo Dios, y se entra en esta posesión de Dios por la visión de su esencia.

95.—Alma mía, entendimiento mío, levántate sobre la imaginación y sobre lo criado que ven tus ojos, y como los pajarillos en el nido al llegar la madre levantan gozosos sus cabecitas y con avidez abren sus piquitos para recibir el alimento que les trae cariñosa; o como gozan los niños cuando ven a los cigüeñillos ensayarse sobre el nido de la alta torre para aprender a volar, levanta también tu mirada con humildad hacia Dios infinito, tu Padre, y pídele que te muestre la hermosura del cielo que ha criado para ti. Quiero, como los pajarillos y niños, mirar al cielo y gozarme de su hermosura. Es, Dios mío, tu obra la más maravillosa material, hecha para premiarme a mí y hacerme feliz.

Enséñame a mirar al cielo, a recrearme y gozarme pensando en el cielo, donde seré feliz, para que, conociéndole, te ame más y te conozca mejor a Ti, y todas mis aspiraciones, deseos y obras sean para Ti, Bien infinito y felicidad mía.

Con tu Profeta te digo: *A Ti, Señor, que habitas en los cielos, levanto mis ojos* (Sal 122, 1) para implorar tu ayuda en este santo atrevimiento de escribir del cielo. *Porque mi ayuda viene del Señor, que crió el cielo y la tierra* (Sal 122, 2). Sé, Dios mío y Padre mío amantísimo, que gustas y quieres que yo y todos los hombres pensemos en el cielo y en Ti y hablemos de Ti y del cielo con que nos quieres premiar, como hablaba San Pablo y decía de sí y decía para mí, *que era ciudadano del cielo* (Filip 3, 20) y debía ser nuestra vida y conversación como tal ciudadano y se gozaba meditando las palabras que Tú habías dicho: *El cielo es mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies* (Hechos 7, 49). Pensar en el cielo y desear el cielo

es pensar en Ti, desearte a Ti y amarte.

En visión extraordinaria y gozosa has enseñado el cielo y la hermosura del cielo a muchas almas tus amadas. ¿No querrás, Dios mío, darme a mí ahora no esa revelación y visión extraordinaria, sino inspiración y conocimiento para hablar del cielo basado en el fundamento cierto de la fe y de la revelación? Dámela para que brille más tu misericordia y te alaben más almas y te amen. Quiero con humildad, pero con confianza en Ti, Dios mío, mirar al cielo para reanimarme a mí, entregarme a Ti y alabarte y que todos te alaben.

96.—Esos santos que vieron y gozaron de la hermosura del cielo, vieron y gozaron la gloria y delicia cada uno a su modo y todos de modo muy distinto, pero todos admiraban la felicidad y el gozo de los bienaventurados y lo maravilloso e inexplicable de cuanto habían visto y gozado. Era un gozo íntimo del alma, y por lo llena y saturada que el alma estaba de este gozo se difundía por los sentidos y miembros del cuerpo. En sí lo experimentó Santa Teresa de Jesús, y escribe: *El Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad que ello no se puede encarecer* ([178]). Si este gozo que comunica Dios al alma redunda tan deleitosamente en el cuerpo, a pesar de su pobre complexión aquí en la tierra, ¿qué abundancia de delicia y regalado deleite no comunicará el alma gloriosa al cuerpo ya glorioso en todos sus miembros y sentidos en el cielo después de la resurrección y de haber sido fortalecido y transformado con las dotes de la gloria?

Dame, Dios mío, te pido de nuevo, luces y pon claridad en mi inteligencia para que yo sepa decir algo de lo maravilloso e inefable del cielo.

97.—¡El cielo! El cielo es la felicidad perfecta. El cielo es la dicha completa, todo júbilo y alegría, sin nube alguna de contratiempo, sin sombra de tristeza y de nostalgia. El cielo es la gozosa comunicación en trato íntimo con todos los ángeles y bienaventurados en exaltación de ininterrumpida delicia en el mismo Dios y para

---

[178] Santa Teresa de Jesús; *Vida,* 38, 2.

siempre, ¡para siempre!

El cielo es la visión y posesión de la esencia infinita de Dios con todas sus infinitas perfecciones; y en la esencia de Dios, vivir, amar, gozar, conocer y poseer todos los ángeles, todos los bienaventurados, todas las personas, todos los seres creados por Dios y muchos no creados, todos los mundos, todos los secretos y misterios o propiedades de la naturaleza y de cada uno de los seres, toda la hermosura y toda la grandeza. El cielo es la visión de Dios. Ver a Dios directamente en Sí mismo, en su esencia, y en su esencia vivir su misma vida, su infinita verdad y hermosura, ver que es el Ser infinito y acto simplicísimo y gozosísimo de infinita actividad y poder; es ver y conocer en Dios todas las verdades, todas las ciencias, todo el saber y tener todo el poder, y conocer la esencia, perfecciones y número de los espíritus angélicos y racionales, y verlos, y tratarlos y amarlos, como digo, en Dios mismo, en el mismo acto de amar a Dios, en la luz de Dios, en la exaltación gloriosa de Dios, en la cual todo es transparencia, felicidad, delicia. Me gozaré en todo mi ser, en el gozo de todos los ángeles y bienaventurados, y ellos en mi gozo, y todos sumergidos y saturados en el gozo infinito de Dios. Estaré en Dios, empapado en Dios; viviré en Dios, todo Verdad y felicidad; viviré su misma vida, seré hecho Dios verdadero por participación y en gloria perpetua.

El cielo es la expresión de la felicidad de Dios comunicada al alma y poseída como propia y tanta cuanta sea la capacidad del alma en recibir.

Porque el cielo y la felicidad es Dios. El cielo y la felicidad es la visión de la esencia de Dios, y por la visión de Dios se entra en posesión gloriosa del mismo Dios. Dios comunica al alma con su propia posesión gloriosa, su hermosura, su Sabiduría, su Poder, su Vida feliz con todos los demás atributos y, como digo, según la capacidad de cada alma o espíritu, y la capacidad es según los deseos y las virtudes que cada alma practicó y vivió durante su vida en la tierra. La gracia se transforma en gloria.

La visión directa de Dios en su Ser o esencia infinita, vivir la misma vida feliz de Dios, estar tan perfectísimamente unido con Dios que se hace una misma vida con El, es el verdadero y esencial cielo, es la felicidad verdadera y perfecta, siempre actual, siempre en la exaltación más deliciosa, ininterrumpida e imperece-

dera. ¡Qué fácil es decir esta verdad tan altísima como llena de perfecciones! ¡Porque éste es el sol y la fuente de todo bien! ¡La visión directa de Dios es el sol de felicidad, de gozo, de saber, de amar, de alegría y poder, siempre renovándose en su perpetuo e indeficiente brillar!

98.—Sólo a los bienaventurados del cielo, cuando ya lo están viviendo y dichosamente gozando e iluminados por la Sabiduría de Dios, es dado entender bien y comunicar esta verdad tan llena de misterios. Ya que yo no pueda ni comprenderla completamente ni explicarla, quiero con humildad intentar estudiarla cuanto me sea dado y recrearme en su sobreeminente hermosura y grandeza, porque es recrearme en el mismo Dios, y alabarle y amarle y animarme a amarle más y pedirle me dé más amor.

Ya Platón, como dije ([179]), llegó a vislumbrar y anunciar que si fuera posible ver la hermosura en sí misma, de tal manera llenaría el espíritu de gozo contemplándola, que le haría feliz y se olvidaría de todo lo demás por no apartar ni un momento la mirada de verla.

La fe cristiana me enseña con toda seguridad lo que el filósofo de la Academia sólo podía desear. Llegaré, Dios me lo dará, no sólo a ver, ni sólo a contemplar o conocer detenida y gustosamente la Hermosura en Sí misma, que es Dios infinito en todo bien y manantial de todo bien, sino a poseer y hacer mía esa Hermosura infinita y a hacerme hermosura gloriosa con la misma Hermosura dichosa y el gozo de la hermosura será mi gozo; porque Dios, que es la misma Hermosura y el mismo gozo infinito, como es la Sabiduría y el Poder, me hace suyo aquí por la gracia y amor, y se hace mío en el cielo gloriosamente.

Yo seré todo de Dios, Dios será todo mío. Yo estaré en Dios. Dios será mi cielo feliz.

99.—Porque en el cielo Dios comunica o infunde al bienaventurado su sabiduría y el bienaventurado ama en Dios y con el mismo amor de Dios; y ve, conoce y posee en Dios y con la misma Sabiduría de Dios y en la Sabiduría de Dios, que es el Verbo, la

---

[179] Véase todo el cap. VIII.

Persona de Jesucristo, todos los seres criados y todo el universo con todos los astros y otros muchos universos no creados, pero creables. En Dios, en la visión de la esencia de Dios, estaré viendo y conociendo la íntima esencia y perfecciones de todos los seres, su naturaleza, sus propiedades, efectos y relaciones. Y conoceré clarísimamente el íntimo ser de las almas y de las sustancias separadas o de los ángeles. En la Sabiduría de Dios, en el Verbo, estaré viendo y conociendo el mundo corpóreo y el espiritual, y, sobre todo, estaré viendo, conociendo y gozando al mismo Creador de todas las cosas, Dios infinito, que es la verdadera felicidad. Nada, ni toda la creación junta, puede compararse con Dios, el Creador, el infinito. Con la posesión de Dios y su gozo quedan satisfechos todos los deseos y saciados todos los gozos ([180]).

Lo que primero y principalmente deseamos todos es la felicidad, la delicia, el gozo. El alma, poseyendo a Dios y gozando su gozo, ha llegado a poseerlo todo, a gozarlo todo, a saberlo y poderlo todo en Dios de una manera eminente y con una fruición y regusto y complacencia indecible. Y en Dios lo ve todo clarísimamente, simultáneo, junto y distinto con toda la perfección que tienen los seres en sí mismos, porque en Dios está todo simultáneo. En Dios gozará mi alma de la compañía más atractiva y deliciosa de los ángeles y de los bienaventurados como con amadísimos hermanos, amigos y enamorados.

Pero sobre todos, sin comparación, es el gozo de ver y conocer y participar el alma del mismo Dios en sus perfecciones y en su dicha y vivir su misma vida, unido el entendimiento a su entendimiento y la voluntad a su voluntad. Su vida será mi vida para siempre. Dios es el cielo verdadero. Todo lo existente o que pueda existir es como nada y sombra de nada ante Dios.

100.—El cielo es en un lugar. O la felicidad se gozará en un lugar. Las almas, como los ángeles, no necesitan ese lugar, porque son espíritus y están en Dios. Los cuerpos sí necesitan un lugar, porque, aunque sean gloriosos, son materiales. El cielo local es un lugar material. Por adornado y enriquecido que esté, es inferior al

---

[180] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. med. III. número 30, y VIII. núm. 120. véase más adelante en especial en el núm. 180.

espíritu. En el cielo está la vida. El cielo no lo constituyen sólo ni principalmente las criaturas corpóreas sensibles o insensibles, sin vida o con vida, ni joyas, ni oro, ni flores, ni belleza de paisajes o jardines con ambiente y fragancias de paraíso, ni el principal gozo del cielo es el dominio y conocimiento que se tenga de las propiedades y perfecciones de los seres, ni en conocer la maravilla de su esencia, ni en la gratísima compañía de los hombres o de los ángeles.

El cielo y el gozo principal del cielo son inmensamente por encima de eso; es Dios y vivir la vida perfecta, gozosísima, perpetua de luz de Dios y en Dios, vida de radiante alegría, de deleitosísimo amar y ser amado. El cielo es Dios y vivir todo en Dios, y lo demás es como fealdad y nada en comparación con Dios. En Dios se ve todo y se tiene todo, y se conoce, goza y puede todo, y en Dios y de Dios se está recibiendo todo.

El cielo es conocer y gozar gloriosamente a Dios y amar y ser amado de Dios y en el amor y gozo de Dios se tienen y gozan todos los amores de los ángeles, de los bienaventurados y de todas las demás criaturas; pero todas juntas ante Dios, son menos que la luz y el calor de una cerilla en medio del foco del sol. Y todo por Jesucristo, en el Verbo, que nos lo ha merecido.

El cielo es la unión del alma con Dios tan perfecta e íntima, que el alma es hecha Dios por participación, y hecha gozo, y saber, y poder y hermosura de Dios en su infinito gozo y hermosura en ininterrumpida delicia, en desbordante gozo, en radiante y jubilosa alegría. Dios es mío gloriosamente y para mí y de tal manera mío como si sólo fuera todo para mí. Dios llena toda mi dicha.

El cielo y la felicidad se disfrutarán en un lugar, pero el cielo y la felicidad no es el lugar, sino el Creador del lugar y del alma y de todo cuanto existe. El cielo y la felicidad es Dios infinito en toda perfección y en todo bien y que lo comunica al bienaventurado.

La felicidad, la delicia y dicha total, el lleno de rebosante gozo y desbordante alegría en el alma y en sus potencias, y en todos los miembros del cuerpo resucitado, no es porque posea toda la ciencia, ni porque conozca todos los seres y su naturaleza y propiedades, ni porque conozca el origen del universo, del sol y de los astros con todas sus evoluciones y mutuas relaciones, sus distancias y velocidades, sus órbitas y propiedades y la grandeza y límites del

universo y cómo y hacia dónde se mueve, ni porque conozca el origen del hombre sobre la tierra y el origen de la vida, ni porque tenga todos los bienes y conozca, conviva y trate con las personas más eminentes y encantadoras, ni porque conozca la creación de los ángeles y pase mi vida en su compañía y entre sus delicias, sino porque veré, conoceré, amaré y poseeré gloriosamente a Dios infinito; porque amaré y gozaré en altísimo amor y supremo gozo al Criador de todo, y con El y en El gozaré de todos los bienes y de todas las delicias.

Seré feliz viendo, amando, conociendo y poseyendo a Dios. Esta es mi felicidad y mi gloria. En Dios conoceré y poseeré toda la Verdad, la Verdad universal y absoluta, sin estudio, sin esfuerzo. Todo se me dará o infundirá en el mayor descanso y placer. Mi entendimiento quedará gloriosamente lleno, satisfecho, pues he sido creado por Dios para la verdad, para poseer y gozar jubiloso la Verdad; y la Verdad, toda la Verdad es Dios infinito, Dios sin límites en el bien y en la perfección. Y mi voluntad estará llena, actualmente y sin interrupción llena, desbordante del más preeminente amor y más exaltado gozo para siempre y rebosará en el júbilo de admiración y de alabanza.

La felicidad es el gozo supremo y lleno de la Verdad, y la Verdad eres Tú, Dios mío. Perpetuamente me gozaré para Ti, me gozaré por Ti, que me lo has dado; me gozaré en Ti, que serás mi vivir y mi vida y mi gozo.

Y me gozaré cuanto quepa en mí de gozo sobrenatural cuando me muestres los tesoros de tu divinidad en los misterios incomprensibles de tu Ser infinito, viendo y admirando que no tienes principio ni fin, viendo y admirando cómo eres una sola esencia infinita en tres Personas distintas. Viendo y admirando cómo el Padre continuamente está engendrando el Verbo, por quien ha hecho todas las cosas, y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo, y cómo el Verbo se encarnó, tomó la naturaleza humana para gloria tuya y suya; entonces comprenderé lo que ahora me es imposible ni sospechar. Y veré que por Jesucristo, el Verbo, me salvaré y en el Verbo te veré a Ti, y veré todas las cosas y las amaré y poseeré, porque son tuyas y Tú eres mi Padre, y me las das para mí, te me darás Tú mismo a mí y te harás mío para siempre.

¡Cómo, Dios mío, se agranda el campo de mi inteligencia con

esta luz que ahora me da la fe en su oscuridad! Porque como los astrónomos cuanto los telescopios son más perfectos ven que hay más que ver y admirar en el insondable firmamento, verá mi alma con tu luz, en tu Visión, que siempre hay más que ver, más que admirar y más que amar en Ti y en tus misterios. Serás Tú mi felicidad. Pero esto lo pensaré más despacio al tratar de tu Visión ([181]).

[181] Véase más adelante en el cap. XXIII y en *Dios ere mí,* lecturas IX y X, por un Carmelita Descalzo.

CAPÍTULO XVII

¿QUÉ SERÁ EL CIELO?

101.—Ni el ángel ni el alma podrán tener felicidad perfecta y sobrenatural sin conocer, poseer y gozar de Dios. El último fin del ángel y del alma es vivir la vida gloriosa de Dios. Si falta la visión de Dios, la posesión de Dios y el gozo de Dios en la vida de Dios, ni el cielo material o local con todas sus hermosuras, sus armonías, sus fragancias y sus delicias, ni aun los ángeles con todas sus perfecciones y encantos, ni aun los bienaventurados con todas sus glorias, podrían dar la perfecta felicidad sobrenatural y gloriosa al hombre ni satisfacerle y llenarle en todos sus deseos y aspiraciones. Dios ha creado mi alma y el alma de todos los hombres, y ha criado el espíritu de los mismos ángeles para la perfecta felicidad sobrenatural, que es Dios poseído y gozado. Dios es el único Ser sobrenatural por su misma esencia, como es el único Creador e infinito en perfección.

El mismo Dios ha tenido a bien enseñármelo diciéndome: *Yo seré vuestro premio* (Gen 15, 1). Y San Pablo me lo reafirma diciéndome: *Cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto... Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visión clara a la manera que yo soy conocido* (1 Cor 13, 10-12).

En la tierra los santos tenían y tienen muy grande complacencia en pensar y mirar o atender a Dios y hablar de Dios. Aun el mismo Aristóteles, discurriendo con su luz natural, decía que lo más grande y hermoso es pensar y hablar de Dios. San Pedro de Alcántara se lamentaba del tiempo que se veía obligado a dar al sueño, aunque sabemos era poquísimo, porque le impedía estar pensando en Dios. Santa Catalina de Siena siempre hablaba con

Dios o de Dios, quedando fuera de sí misma y sin prestar atención cuando se hablaba de otras materias baladíes. Santo Domingo de noche trataba con Dios y de día hablaba de Dios. Siempre Dios.

Los éxtasis de los santos, que tanto nos admiran, eran producidos cuando ponían su atención en Dios perfectísimo, y Dios comunicaba a sus inteligencias una muy especial claridad sobre las perfecciones divinas, encendiendo sus voluntades en su amor tan vehementemente que los transportaba y sólo querían estar pensando y atendiendo y amando a Dios. Hablan San Francisco y Santa Clara, acompañados de otros religiosos, de la hermosura y perfección de Dios al empezar una comida, y quedan todos suspensos, iluminándose el lugar mismo como si ardiera, y se olvidan de la comida que tienen delante ([182]).

Hablan Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz del amorosísimo Dios y de su inefable bondad y grandeza, y quedan los dos transpuestos. La misma santa dice que de hablar de Dios y de oír hablar de Dios nunca se cansaba y que no se podía hablar de Dios con San Juan de la Cruz, porque se transponía y hacía transponer. Aun viviendo en la tierra, tanta era la delicia que encontraban atendiendo a Dios, mirando a Dios y viéndose como envueltos en la hermosura de Dios.

Sube Moisés al monte Sinaí y está cuarenta días con Dios, y baja con el rostro resplandeciente. Si tanta luz y tanto gozo se recibe por atender a Dios, pensar en Dios, en su cielo y en sus perfecciones; si tanto esclarece el espíritu y enciende la voluntad hablar con amor de Dios, ¿qué será ver el cielo? ¿Qué será ver y gozar de Dios? ¿Qué será poseerle y vivirle gloriosamente?

Porque el cielo, la felicidad sobrenatural y perfecta y total es conocer o ver a Dios, vivir con Dios, vivir gloriosamente en Dios y la misma vida de Dios. ¿Qué será, alma mía, cuando Dios te diga: Entra en el gozo de tu Señor? (Mt 25, 21).

102.—Prepárate y sueña altezas y grandiosidades y maravillas, que todas serán como nada y quedarán muy por debajo de lo que Dios te ha de dar y te tiene prometido en el cielo. Porque te ha

---

[182] *Las Florecillas,* cap. XIV.

prometido darte la misma gloria que a sus ángeles y hacer que seas feliz como ellos son felices y gloriosos, viviendo con ellos y gozando con ellos en la misma vida y gloria de Dios; porque Dios mismo se te dará ya glorioso y te dará su misma gloria, cuanta admita tu capacidad de gozar.

No te ha creado Dios para que poseas y disfrutes solamente de cuantos bienes y hermosuras ha puesto en la tierra o en los astros del firmamento; ni para que te complazcas y recrees en los solaces y entretenimientos sociales o de los hombres más eminentes y amenos, ni para que solamente sepas las razones y causas de cuanto existe, ni para que tengas a tu disposición y voluntad cuanto desees y pueda soñar tu fantasía. Levanta y agranda tu mirada sobre todo eso, y sobre todo gozo y sobre lo que no es posible se te ocurra por su grandiosidad, hermosura y delicia, y todo eso y sobre todo eso que no te es posible soñar ni pensar te dará y comunicará Dios y te colmará de lo que te parece imposible en toda maravilla y en jubilosa delicia, porque se te dará el mismo Dios, y te dará su gozo infinito y su omnipotencia y su amor; y te lo dará para siempre. Dios es sobre todas las bellezas de la tierra y de los astros y sobre cuanto se puede decir. Y te lo dará todo reunido junto y distinto en El mismo, en la visión y posesión ya gloriosa de su esencia y de su ser, y *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cayó en corazón humano* los inefables e inmensos tesoros y bienes que Dios te tiene preparados. Se te dará el mismo Dios, que es sobre cuanto se puede pensar, y ni los ángeles ni los bienaventurados, ni aun el entendimiento de la Virgen y del alma de Jesucristo, pueden nunca llegar a saber y entender en toda su perfección infinita todas las hermosuras, todos los bienes y gozos de Dios, y todos los pone a tu disposición dándosete a Sí mismo; porque es infinito y siempre hay más y tiene más que ver y que dar, y el que más ve, más claramente entiende que queda infinitamente más que ver. Y de tal manera se te dará como si solamente se diera para ti. Dios se te dará y El será tu cielo.

Dios mío, que te harás mío; Dios mío, que me harás tuyo ya glorioso en tu misma gloria y para siempre. Tú serás mi cielo y mi dicha. En Ti sabré, y tendré, y gozaré todas las cosas, que juntas todas nunca pueden llegar a ser ni aun sombra de Ti. Seré feliz viviendo tu vida en Ti mismo, por tu bondad y generosidad. Seré tuyo

y estaré en Ti. *¿Qué hay deleitable para mí en el cielo fuera de Ti? Y si estoy Contigo, ¿qué puedo desear de la tierra que no tenga ya en Ti?* (Sal 72, 25).

103.—Dios en el cielo es para mí todos los amores, y todas las riquezas, y todos los gozos. Dios es mi eterna e imperturbable alegría, porque *el mismo Dios será mi premio grande sobremanera* (Gen 15, 1), porque es premio para siempre, para siempre, sin temor a que la eternidad pueda ponerle fin ni aun mengua. Dios es la eternidad misma. Dios en el cielo es para siempre mío y gozo mío, y yo soy siempre de Dios, y viviré en la misma vida gloriosa de Dios, cantándole con incontenible alabanza.

Dios es el cielo. Todo lo demás que pueda soñar de delicia y gozo del cielo no tiene ni comparación con Dios, porque es bien participado y creado por Dios. Dios es el único bien infinito y gozo infinito. Dios es la verdad infinita y la Bondad y Hermosura infinitas. Dios es el Bien y gozo y hermosura tan soberanos, que los encierra todos actual y simultáneamente con tanta perfección que ni su mismo entendimiento infinito puede, ni podrá en toda la eternidad, pensar alguna perfección, algún bien o algún gozo que no tenga actualmente y que no los haya tenido siempre y los haya de tener.

En otro libro ([183]) me preguntaba: ¿Dónde están las almas, que por la muerte se han separado del cuerpo? Y me decía: Las almas están en Dios; no puedo imaginarme ni figurarme cómo, pero están en Dios, en la vida de Dios, en la dicha de Dios. Trataba de las almas bienaventuradas, las cuales están viendo continuamente a Dios y viviendo en su vida y sus perfecciones y su gloria. La gloria es conocimiento claro con gozosa alabanza. Ya en Dios no hay dormir ni descansar, porque no hay cansancio; ya todo es vivir dichosa y activa la vida feliz de Dios y en Dios; todo es gozar y estar hecho gozo.

Dios es la luz de la inteligencia y de la dicha. Dios es la claridad y la hermosura y el gozo de la verdad y del amor. Dios es el cielo esencial, y el alma en el cielo vive la vida de Dios en Dios y es feliz en Dios. Por esto el alma de fe y de amor vive en la tierra

---

[183] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. XIII. número 214.

deseando vehementemente estar ya viendo y gozando a Dios y viviendo en Dios, y su vida de gloria, aun cuando no deje de imponerla el paso del túnel de la muerte ([184]). Porque *nos creaste para la felicidad, para Ti, y mi corazón siente desasosiego hasta que descanse en Ti* ([185]). Deseo, Dios mío, la felicidad, deseo el cielo, te deseo a Ti; deseo verte, y viéndote, conocerte, y poseerte, y amarte, y gozarme en tu mismo gozo, y vivir en Ti mismo tu misma vida.

Porque también lo deseaba San Pablo, escribía: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* (Filip 2, 23), viéndole y viviendo su gloria. Las alas del amor procuran desplegarse y emprender el vuelo hacia la luz de la Verdad, para ver la arrebatadora hermosura de Dios, que produce la dicha y comunica la felicidad, y viéndola, vivirla y hacerme hermosura y gloria tuya, Dios mío, infinita dulzura.

104.—¡Quién me diera ver a Dios, estar viendo y gozando la Hermosura y Sabiduría increada de Dios, el Verbo eterno, y sentirme ya envuelto y empapado y saturado en la claridad de la gloria! Sólo de pensarlo con fe viva, se sentían las almas santas encendidas y como transformadas en el divino amor. ¿Qué será Dios? ¿Qué será la inefable Hermosura y Majestad de Dios? ¡Dios mío y todas las cosas! ¡Dios mío y todo bien y delicia!

Santa Teresa de Jesús, recordando la hermosura inefable de Dios y su Majestad, pierde la sensibilidad de los sentidos y miembros del cuerpo, y su atención es transportada a otra atmósfera de luz más pura, produciéndose el éxtasis, ante la pena que siente viéndose lejos de ver a Dios y por el ansia de verle ya y vivir en su presencia y con El y en El cuando oyó cantar el cantarcillo antes citado de

Véante mis ojos,
muérame yo luego.

Y no se cansa de repetir el estribillo de la poesía que hizo:

Ansiosa de verte,

---

[184] Un Carmelita Descalzo: *La alegría de morir,* caps. VI y sgs.
[185] San Agustín: *Confesiones,* lib. I, cap. 1.

deseo morir.

Como expresa el regusto que encontraba su alma pensando en la Hermosura y Majestad infinita de Dios:

¡Qué será cuando veamos
a la Eterna Majestad!
¡Qué gozo nos dará el verte! ([186]).

Lo deseaba, lo pensaba y lo pedía. Cuando se acercó el momento de su muerte, como amante enamorada, dijo al Señor, como quejosa por la tardanza: *Ya era hora de que nos viéramos*. Ya iba a ver a Dios de verdad, no en una visión de éxtasis, sino en su infinita realidad.

En el pensamiento y aspiración de Santa Teresa, Dios es el cielo, el cielo esencial, por quien el local se hace cielo. Lo hace resaltar cuando explica el ansia y la soledad, que siente en todas las cosas no viendo al Criador de todas, con estas palabras: *Bien entiende que no quiere sino a su Dios, mas no ama cosa particular de Él, sino todo junto le quiere y no sabe lo que quiere... Todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios* ([187]). Había visto en Dios todos los bienes juntos y se gozaba pensando que llegaba el momento de poseerle y gozarle.

Era la misma ansia que sentía y expresaba San Juan de la Cruz cuando, hablando en diálogo amoroso con Dios, le decía:

Y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos
y sólo para Ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor que no se cura

---

[186] Santa Teresa de Jesús: *Poesías*.
[187] Id., id.: *Vida,* 20, 11-13.

sino con la presencia y la figura ([188]).

¡El cielo! ¿Habrá alguno que no sienta y goce, entre halagador e ilusionador, la nostalgia, el no sé qué, la impresión estremecedora de la sobrenaturalidad del cielo? ¡Oh dulce Patria! ¡Oh ansiada y soñada Patria, cómo te deseo! ¡Cómo deseo con ansia tener noticias ciertísimas, y me gozo en las oscuras que enseña la fe, ya que no consiga los detalles precisos y claros de tu hermosura y bienandanza! Mi alma se siente atraída por el embrujo subyugador de tu delicia, y no soy sólo yo.

Le llega la hora de ir a Dios al fogoso y santo religioso Domingo de Jesús María, y le preguntan: «¿Qué le ha dicho la Virgen?», y responde: *Voy a ver a Dios; voy a ver a su Madre Santísima. Iré, iré; veré, veré. Sea Dios eternamente glorificado* ([189]), y entrega su alma a Dios, arrebatado por tan dulce como vehemente obsesión de ir a ver a Dios. Porque Dios es el cielo, lleno de alegría emprende su vuelo hacia el cielo, hacia Dios, Luz, Vida y Bondad perfecta. Quiero repetir con el Beato Nicolás Longobardi en su agonía: «Paraíso, Paraíso.»

En Dios veía el cielo el padre Miguel de los Angeles, quien, al final de una vida muy íntima y retirada con Dios en el recogimiento de su convento y silencio de su celda, decía al presentársele amable la muerte: *Basta, Señor, cincuenta años de destierro; vamos a ver esa cara buena. Alegre espero la hora; venga, no se dilate. ¡Que tengo de ver a Dios! ¡Que tengo de gozar sin fin!* ([190]). Y la madre Teresa de San Agustín, hija de Luis XV de Francia, exclama al morir en su pobre celda de carmelita: *Vamos, levantémonos; vamos al cielo* ([191]), o como decía la hermana Elvira del Nacimiento al volver de un colapso de espíritu, ya inminente la muerte: *Esto es que ya me voy al cielo* ([192]).

Y la hermana Gabriela de San José dice regocijada: *Ya llegó*

---

[188] San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*.
[189] P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano,* 16 de febrero.
[190] Id., id., 11 de febrero.
[191] Id., id., 23 de diciembre.
[192] Id., id., 24 de diciembre.

el día. Vamos. En tus manos encomiendo mi espíritu ([193]). Y la hermana Francisca de San José, que repetía muy frecuentemente durante su vida: *Estoy en Dios y le pido siempre me tenga en Sí,* a la hora de morir queda en éxtasis y exclama: *¿De dónde tanto bien a mí?* ([194]). Alboreaba para ellos la luz y hermosura del cielo, que les enseñaba la fe, y les envolvía en gozo la luz que Dios reflejaba sobre ellos; Dios es el cielo. Ver a Dios es poseerle, y entrar en el gozo del cielo, y quedar hecho gozo de Dios y gozo de cielo, viviendo su misma vida en El.

Estos hechos, sorprendentes por la sobrenaturalidad que encierran y hacen ver, se leen con frecuencia en muchas almas entregadas y atentas a Dios, muy especialmente en las Ordenes religiosas de todos los tiempos, pero también en seglares piadosos y recogidos. ¿Cuándo vendrás por mí para llevarme a Ti? ¿Quién no se maravilla y quisiera vivir y sentir lo que esas almas santas vivían y sentían? Pero lo sentían y vivían porque habíais pasado la vida toda recogidas con Dios, acompañando a Dios en el servicio de Dios y entregadas a sólo su amor. Porque había sido su cántico durante la vida el de David: *¿Qué hay para mí ni en el cielo ni en la tierra fuera de Ti, Dios mío?* (Sal 72, 25). Dios era ya su cielo a la hora de despegarse de la tierra y emprender el vuelo para ver a Dios y tomar posesión del cielo.

105.—La visión de Dios es el cielo esencial y verdadero, es la felicidad.

El lugar del cielo es cielo verdadero, pero complemento, comparado con la visión de Dios. El lugar del cielo, con toda su belleza, con toda su variedad, con todas sus insoñables amenidades, con toda su claridad y riquezas, como más adelante veremos ([195]), con la ayuda de Dios, sin la visión de Dios, y sin la vida de Dios, no daría la felicidad sobrenatural ni podía comunicarla ni hacer bienaventurados, sería muerto, estaría triste, sería aún lugar de destierro. El lugar del cielo es dicha y es felicidad y es alegría y júbilo, porque es vida en la misma vida de Dios.

---

[193] Id., id., 12 de enero.
[194] Id., id., 22 de febrero.
[195] Véase en el cap. XXXIII.

Dios es la vida, toda la vida y toda la felicidad, como es la Verdad y la Bondad y la Hermosura. Y mi alma deseosa de conocer toda la verdad, y poseer toda la Bondad y toda la Hermosura, y de vivir el gozo de la Verdad, se pregunta: ¿Qué será la verdad infinita? ¿Qué será Dios? ¿Quién me dirá quién es Dios y qué es Dios para poder darme cuenta de lo que es el cielo y qué felicidad se sentirá al ver a Dios? ¿Qué será y se sentirá al ver a Dios directamente en su esencia, y ver la Verdad, la Bondad y la Hermosura eterna? ¿Qué será vivirla? ¿Qué será gozarse en estar viendo que la viven todos y cómo son felices y están radiantes de gozo viendo a todos hechos felicidad y dicha con la misma Felicidad y Dicha?

Con Santa Catalina después de estar cerca del cielo y de oír sus armonías, te digo, Dios mío, con lágrimas en los ojos: ¿Cuándo te veré? ¿Cuándo? ¿Por qué no ahora? ([196]). ¿Qué será, alma mía, cuando veas a Dios y viéndole le poseas y poseyéndole vivas su misma felicidad? ¿Qué será la felicidad de Dios? ¿Qué será Dios? ¿Qué será la felicidad y el cielo? ¿Qué será vivir la misma vida gloriosa de Dios en el mismo Dios?

[196] Juan Jorgensen: *Santa Catalina de Siena,* lib. II, capítulo IV.

CAPÍTULO XVIII

PREPARACIÓN PARA DECIR QUE ES EL CIELO

106.—Andaba yo muy recogido y pensativo, y como para rebosar de contento y comunicarlo a los demás, revolviendo con ese alegre recuerdo, la ilusión, el ansia de saber más del cielo y de la infinita hermosura y perfección de Dios. Soñaba y parecía verme envuelto e impregnado todo en una translúcida constelación muy refulgente de dicha, y me comunicaba vida de luz, de delicia, de júbilo venturoso, pero era una constelación, aunque bellísima, sin precisión de detalles de las embelesadoras fantasías y de los delicadísimos pensamientos y gratísimas emociones que parecían querer esclarecer mi mente y comunicar a mi espíritu luz de contento y del más nobilísimo bien.

Soñaba con gozo y delicia. En mi interior se movía anhelante e inquieta esta pregunta: ¿Quién me explicará y me enseñará expresiones de luz para saber manifestar la hermosura tan ideal y atrayente de esta constelación tan fúlgida? ¿Qué será el cielo glorioso? ¿Cómo se adquirirá y vivirá la felicidad? Y me parece deseaba sentir y vivir, como cuentan de San Francisco en una ocasión, algo del gozo y de la vida del cielo para saberlo comunicar.

¿Qué será Dios, infinito en bondad, en majestad, en hermosura y en toda perfección? ¿Qué será y se sentirá viendo a Dios? ([197]). Y volvía a mi memoria la misma interrogación: ¿Qué será el cielo glorioso? Ni sabía ni quería desprenderme del agrado con que estas preguntas obsesionaban mi atención. Y hablaba con Dios y le

---

[197] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* núms. 126. 146, 184, 224 y sgs., y en varios lugares más del mismo libro.

decía: Tú solo, Dios mío, Tú solo me lo puedes enseñar, y como a Padre mío que eres, te suplico con humildad me lo enseñes para bien de mi alma y de muchas almas, como se lo enseñaste a muchos siervos tuyos. Ya sé que ellos eran santos y yo no; pero eres mi Dios y mi Padre, y yo quiero amarte como a tal. Y los padres muestran más cariño a sus niños débiles o enfermos.

¡Qué deleitable y consolador es tener amigos buenos con quien desahogarse! Con sólo el recuerdo del amigo bueno y confidencial parece se recibe ánimo y protección. La sola comunicación de la dificultad ya es una luz para la solución. El amigo bueno da lo que tiene y se da a sí mismo. El amigo bueno vive la vida del amigo y mutuamente se dan sus ideas y sus voluntades, sus tristezas y sus alegrías. Dios me había dado un amigo bueno de toda confianza. Mi corazón y el suyo estaban muy unidos y vivían las mismas aspiraciones, aunque en diferente estado. El vivía con admirable perfección. Era mi confidencial íntimo. Nunca me defraudó. Yo le amaba y veneraba como a santo y sabio. Era la bondad y la indulgencia.

Me decidí a visitar a este mi amigo y confidente. Vivía en una celdita sencilla de un convento retirado y recogido en un ambiente de silencio y de paz. Vivía vida muy íntima y de mucho trato con Dios, haciendo de su celda un cielo anticipado. Varias veces me había hecho gozar armonías de cielo y la dulzura de su celda cantándome dulcemente el

Qué alegría y qué dulzura
vivir sólo para Dios;
Dios llena toda mi vida,
Dios es mío, soy de Dios.
Me metí en su corazón;
en alegría o dolor
Dios está siempre conmigo.
El me mira sin cesar,
¡oh qué verdadero amigo
que nunca cesa de amar!
Sólo Dios, sólo El basta;

sólo Dios llena todo mi ser
en este dulce remanso
donde vivo prisionero del amor.
Sólo Dios, sólo El basta,
lo demás pasará,
Que dulzura siempre nueva
tiene este hermoso vivir
en esta hermosa espera
de la vida que es sin fin,
que se empieza a presentir.
Suave hace todo el amor;
torna el yugo tan ligero,
que transforma mi vivir
en anticipo del cielo
que se empieza a presentir.
Sólo Dios, sólo El basta;
sólo Dios llena todo mi ser
en este dulce remanso
donde vivo prisionero del amor.
Sólo Dios, sólo El basta,
lo demás pasará ([198]).

Cuantas veces le visité salía siempre de su compañía lleno de ternura y como quien sale de un cielo. Dios llenaba la celda del amigo, porque Dios llenaba su alma, en la cual moraba amoroso, y su alma era toda de Dios y sólo pensaba en Dios. Cumplía a la perfección el letrero que tenía escrito ante sus ojos: *Haz de tu celda un paraíso. Donde Dios está, está el Paraíso.* ¡Cuántas veces habíamos hablado del cielo! Ahora iba para preguntarle algo sobre Dios y del cielo. Era un encanto oírle.

107.—Acogió mi llegada con mansa bondad. Me miró con mi-

[198] Poesía de una Carmelita Descalza de Duruelo.

rada de santo. Debió leer todo mi interior; ya me conocía. El amigo no guarda secretos para el amigo, y el amigo en Dios es dos veces amigo. Los amigos en Dios se aman en la verdad interior y saben no hay engaño. Su amor es una sola luz en la luz diáfana de Dios.

Su mirada también me pareció de extraordinaria diafanidad. Después de los saludos le dije confiado:

—En otras ocasiones hemos hablado aquí mismo de la vida futura y feliz que, por la bondad de Dios, esperamos tener en el cielo. Hoy le agradecería me hablara de lo que es el cielo. Llevo ya mucho tiempo deseando tener la noción más clara posible del cielo, conforme lo permita mi pobre entender, que ya conoce bien. Pensar en el cielo me alegra y me alienta sobremanera para esforzarme en practicar las virtudes y vivir la vida interior, como me anima y alegra pensar que Dios, mi Padre, está conmigo y me acompaña.

Y juzgo que no sólo me ayuda a mí, pues leo que los santos también se animabais y esforzaban en sus trabajos y luchas y en los desalientos que a veces sentían, pensando en el cielo y recordando que Dios les veía y estaban en Dios. El mismo Dios, en los momentos más difíciles, se les mostraba o les mostraba luces y hermosuras del cielo para que abrazaran con heroísmo los sufrimientos y lo espinoso de las virtudes o la dureza de la soledad. Ver la hermosura o premio del cielo les fortalecía para despegarse de todo lo terreno que atrae el apetito y aparta el alma o la retarda en el camino del bien eterno. A la manifestación o vista de esta hermosura seguía cierto el triunfo de la virtud y del retiro y del bien, aun cuando se necesitasen heroísmos.

Conoce bien, por experiencia propia y ajena, que hoy se reviste todo de tanta elegancia, se presenta tan fascinador, tan agradable y atrayente a los sentidos y con tanta variedad, que es necesario heroísmo de voluntad para no dejarse arrastrar muy gratamente de tanto halago y mecerse en lo muelle de la vida y en la estruendosa alegría de los entretenimientos y curiosidades que disipan el espíritu y hacen imposible el recogimiento y retiro necesario para estar y tratar con Dios. Los gustos de la tierra, a mi parecer, apartan del cielo.

Los considero yo como una nube más o menos densa que se interpone entre Dios y el alma. La nube impide ver el sol y ésta im-

pide mirar o recogerse con Dios.

Si los santos cobraban nuevos bríos y fortaleza pensando en el cielo y en Dios, para sobreponerse a todos los obstáculos y superar la propia negligencia y cuantas dificultades se presentasen, también me dará fuerzas a mí, que bien las necesito, para lo que yo quiero y Dios quiere de mí. ¡Qué no acometeríamos y haríamos si viésemos la belleza del cielo y la compañía de Dios! Dios mío, ¿no me daréis a entender algo siquiera de la belleza y encanto del cielo? Si por el espejismo engañoso de la belleza de una cosa o de una persona que vemos o tratamos nos exponemos a los mayores trabajos y aun se expone la vida, como lo vemos cada día en los negocios humanos, en las excursiones, mucho más en los atracos y robos, con mayor decisión abrazaríamos las penitencias y el retiro y soledad, que hasta para el cuerpo son provechosos, si conociésemos con claridad el cielo. Saber lo que es el cielo pone renovado aliento en mi espíritu y me determinará a vivir santamente.

¿No tendría ahora la bondad de enseñarme en una explicación qué es el cielo? Desearía una explicación clara y sencilla, pues son cortos mis conocimientos científicos y espirituales. ¡Cómo deseo el cielo! Bien lo sabe.

108.—Habiéndome oído atento y complaciente, asintiendo algunas veces con su cabeza a lo que le exponía deseando su instrucción, me miró con amable sonrisa y benévola confianza, y tras de breve pausa dijo:

—¿Quieres saber lo que es el cielo y tener una idea clara y precisa de él? ¿Y quieres te la dé yo? Muy agradable me es siempre tu visita, y más ésta, con un fin tan hermoso como santo. Ya en otras conversaciones lo hemos iniciado. El recuerdo y el conocimiento del cielo son sumamente provechosos. Con frecuencia Dios cambia los corazones con ese recuerdo del cielo; y convierte a los extraviados, enfervoriza a los buenos, anima a los santos y forma los héroes en todas las virtudes y sacrificios.

Recuerda cómo el militar pagano que estaba de centinela a la vista de los mártires de Tegaste sumergidos en el lago helado, cuando vio la corona que les esperaba en el cielo, no dudó en dejar la guardia y echarse en el lago para morir helado, en sustitución del tibio que salía al agua templada; quiso recibir la corona de gloria

con los treinta y nueve que perseveraban, como de hecho murió con ellos y la recibió.

La idea viva que del cielo nos enseña la fe, absorbe y levanta el pensamiento y hace de la tierra cielo, y convierte la soledad y la celda en gloria anticipada, como con mucho agrado acabo de oírtelo y lo leo en los héroes de la soledad y de la penitencia. Aun con sólo ver o conocer algunos efectos extraordinarios del cielo se han convertido muchos y han recibido la fortaleza y la constancia para perseverar en el martirio o en la virtud de la oración, del recogimiento y de la difícil y continua penitencia.

El mismo Apóstol San Pablo es el gran convertido de repente y el transformado en el gran Apóstol de Jesús, cuando sintió los efectos del cielo.

Sabes cómo Santa Cecilia alcanzó del Señor que su esposo Valeriano viera el ángel que la acompañaba, y cuando Valeriano le vio y percibió las fragancias del cielo, se convirtió, como también su hermano Tiburcio, y dieron la vida por Dios.

Cuando llevaban a Santa Dorotea para hacerla sufrir el martirio hasta morir, la encontró un filósofo pagano, y con irrisión la dijo que si le enviaba flores del cielo, donde pensaba ir, se convertiría y creería, y la santa mártir, apenas morir, le envió por un joven misterioso las rosas y los frutos del cielo, como lo había prometido, y el pagano se convirtió. ¿Y de dónde eran las flores tan hermosas y la imagen que en tiempo de invierno cogió Juan Diego en el Tepeyac por orden de la Virgen de Guadalupe para presentar al obispo Juan Zumárraga como señal milagrosa? Y los sencillos y analfabetos videntes de Fátima con la visión de la Virgen y del cielo recibieron la sabiduría de la virtud y la constancia de la penitencia.

El trocito de cielo que veía en su retiro el solitario le animaba para no abandonar su soledad y su vida de sacrificio. Cano el premio del cielo y el amor de Dios son mi vida en esta celda y son la tuya en tu piedad.

En las vidas de muchos santos habrás encontrado muy numerosos casos semejantes a éstos, pues Dios los ha realizado con relativa frecuencia. Muchos santos nos dejaron escrito que vieron el cielo y no les era posible compararle con nada de cuanto conocían en la tierra, pero quedaron muy animados para toda virtud y para vencerse en todo por difícil que les resultase y por mucho que les

costara. Habrás leído lo que Santa Teresa sentía con la vista del cielo, según lo escribe ella misma: *Después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es..., digo..., que si me dijesen cuál quiero más: estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en la gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender más las grandezas de Dios, pues veo que quien más le entiende, más le ama y le alaba* ([199]).

También San Jerónimo pensó mucho en el cielo en su soledad, y así escribe a la angelical Eustoquio, consagrada a Dios en Belén, que a veces parecía se encontraba entre los ángeles del cielo, sin darse cuenta si era en la tierra o era en el cielo. Bien se ve era en la tierra, que, si hubiera sido en el cielo, no era posible dejar de darse perfecta cuenta.

109.—También yo pienso mucho en el cielo y lo deseo, y me digo en mis sufrimientos como se decía un religioso: *Espera un poquito más, que luego tendrás toda la eternidad para gozar el premio de tus sufrimientos*. Mucho me anima este pensamiento, y, como te decía, me convierte esta celdita, con su silencio, en cielo anticipado en cuanto puede ser cielo en la tierra. Porque la tierra y la celda siempre son destierro y soledad o lejanía de la visión clara de Dios, y en la celda, como en la soledad, se tienen las tentaciones fuertes y pruebas terribles. La celda y la soledad son el lugar del combate y de la victoria o derrota.

Nunca el Señor ha querido comunicarme luces extraordinarias de cielo o verme entre los ángeles del cielo ni yo lo he pedido, aun cuando el natural lo agradecería sobre todos los demás bienes de la tierra, y sobre las ciencias, y sobre la compañía de las personas más agradables y amenas y sobre toda otra distracción o pasatiempo. Pero me enseña la fe, con toda certeza, que me acompaña mi ángel de la guarda y otros ángeles y bienaventurados. Sé que está conmigo Jesucristo y la Virgen y que estoy en Dios infinito y

---

[199] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 37, 2-3.

todo amor, aunque está como escondido, pero me llena, me satura el alma y hasta el cuerpo. Dios está todo en mí. Dios es el cielo y me hace cielo. Aquí, en este silencio, me miro en Dios y le hablo y le escucho, aun cuando mis oídos no perciben el eco de su voz. Mi alma sí lo percibe y me dice: «Estoy en Dios, estoy sumergido, rodeado, impregnado, lleno de Dios, de Dios, infinita Bondad.»

Precisamente estaba ahora leyendo este libro, que tanto aviva mi fe y me hace volar hacia Dios y vivirle. Me dice: *En el cielo todo es gozo, todo es alegría y delicia. En el cielo todo es claridad, limpieza y hermosura. En el cielo todo es amor, amor glorioso y radiante y comunicación de amor. En el cielo todo es paz y armonía y exaltación de gloria y compenetración mutua y gozosa de todos los bienaventurados y mutua felicidad en Dios.*

En el cielo se da toda esa delicia, toda esa paz y dicha en altísimas y nobilísimas perfecciones y cualidades, porque lo llena Dios de sus perfecciones, porque Dios es el verdadero cielo.

El cielo local creado por Dios para morada dichosa de los bienaventurados es la armonía y la paz, es la sabiduría y la prudencia, es el bienestar y gozo inacabable del alma y del cuerpo. Y por encima de todos los bienes materiales y morales... está Dios ([200]). Dios será mi cielo y lo será en el cielo, en el lugar de la felicidad y de la dicha. El cielo es la felicidad.

110.—Y tú me pides —añadió sonriendo—que te diga clara, concreta y detalladamente qué es el cielo, como se describe un paisaje, una ciudad, un día de sol.

—Ese sería mi deseo —le respondí yo, cobrando esperanza.

—Pues decirte lo que es el cielo —me aclaró— ni me es posible a mí, ni creo lo sea a nadie mientras viva en la tierra. San Pablo nos dice vio aquella luz y aquella verdad iluminadora de hermosura tan insoñable y tan sobre todo entender humano que no se podía expresar (Rom 8, 18; 1 Cor 2, 9; 2 Cor 12, 2). Y comentó que no guardan proporción las cosas de la tierra ni se parecen en nada a las del cielo. ¿Cómo piensas tú que pueda decirte yo lo que es el cielo? Tu cariño hacia mí y la bondad de tu corazón te hacen creer imposi-

[200] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. XVII.

bles. Porque es imposible en la tierra decir lo que es el cielo.

Y no des por inútil tu visita porque no pueda decirte detalladamente lo que es el cielo. Porque como nada hay tan bello, tan delicioso ni de tanta maravilla como el cielo, siempre es sumamente deleitable y provechoso hablar y pensar en tan soberana hermosura y en los gozos que Dios nos tendrá preparados. Si nos fuera concedido que no se apartara la hermosura del cielo de nuestro recuerdo y una irradiación de su luz iluminara nuestras inteligencias, experimentaríamos que en su presencia *mil años son como el día de ayer, que ya pasó* (Sal 89, 4), como cantarnos en el Salmo y nos dice la leyenda del monje que trescientos años le parecieron sólo un ratito oyendo cantar el pájaro del paraíso ([201]), cuando meditaba y dudaba de esto que cantaba en el Salmo.

Ese dulce y santo recuerdo nos fortalecería para realizar nuestras obras con toda perfección y hasta con alegría, sin dejarnos arrastrar ni del apetito ni de la indolencia. Muchas almas espirituales, que las hay por la bondad de Dios, desean tener continuamente su pensamiento en Dios y en el cielo de día y de noche, despiertas y aun dormidas. Porque son muchas las almas santas que hay en la tierra.

Me dices te recreas leyendo las vidas de los santos; también me recreo yo. Las vidas de los santos recrean e instruyen. Enseñan a ser santo. En muchos habrás observado los delicados gozos con que Dios les premiaba la atención que tenían a Él procurando no apartarla nunca y la regalada presencia y compañía de Dios que llegaron a tener. La luz clarificadora de la mirada de Dios iluminaba con especialísima luz la atención, la inteligencia y los corazones de esas almas, ya fuesen genios de la ciencia, como San Agustín y Santo Tomás, ya rústicos e iletrados, como San Antonio Abad y San Macario. Y el corazón afectuoso de las mujeres como Santa Angela de Foligno y Santa Gertrudis la Magna, Santa Catalina de Siena o Santa Teresa de Jesús, se deshacía de gozo y agradecimiento en expresiones más íntimas y levantadas que las sentencias más profundas de los teólogos. La luz de Dios era su maestro y su gozo.

---

[201] José Filgueira Valverde: *La Cantiga,* CIII, II, II, B.

Por estos santos experimentados en las comunicaciones de Dios sabemos que todos los goces y deleites de los sentidos no pueden compararse con una sola gota de ese caudaloso río de delicia que Dios hace correr por el alma santa ([202]). *Con sólo una gota que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá... Pues cuando fuere estar engolfada en todo, qué será* ([203]). Y es tanto el gozo, que parece va a acabar la vida. Porque en verdad que ya a vida eterna sabe, según la expresión de San Juan de la Cruz ([204]) y aconteció a San Francisco de Asís cuando vio y oyó al ángel tocar el violín ([205]). En los éxtasis, que son la exaltación de la luz de Dios en gozo o visión, perdían los santos la sensación de los sentidos y no la recobraban ni aun pinchándoles y haciéndoles cortaduras hondas, como al Beato Nicolás Factor y a otros muchos. Dios es la *Vida,* todo vida, vida indeficiente y eterna, Criador de toda vida, y comunica vida.

111.—¿No será presunción mía —le dije— esta ansia que tengo de pensar en el cielo y procurar saber cuanto pueda del cielo? ¿Le habré molestado a usted exponiéndole este mi deseo de saber qué es el cielo?

—No, amadísimo —me dijo con entrañable amor—. No me has molestado, sino alegrado y mucho. Nada hay tan bello y deleitoso para pensar, soñar y deleitarse nobilísimamente como Dios y el cielo, su obra maravillosa. Y nada hay que agrade tanto a Dios y sea de tanto provecho para el alma como estos pensamientos y deseos. Y ninguna otra idea debe preferirse a ésta. Dios y el cielo son ideas de luz pura y complacencia deleitosa. Como recordábamos, ayudan a la virtud y son la vida de la vida espiritual. Sobre ellas debieran ser siempre nuestras conversaciones y no apartar la atención ni el afecto de Dios y de su cielo.

Dios hizo esas mercedes muy especiales de visiones regala-

---

[202] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 27, 12; *Conceptos,* 4, 4-5. Santa Gertrudis: *Libro de las Revelaciones,* lib. II, cap. XXIII Santa Angela de Foligno: *Liber revelationum et visionum*.

[203] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 21, 1.

[204] San Juan de la Cruz: *Llama de Amor Viva*.

[205] *Florecillas de San Francisco. Consideración II*. Citado en el cap. XVI.

das a los santos, porque los santos pusieron todo su tesón en traer la presencia amorosa de Dios y poner en Dios su atención y pedían al Señor con humildad les concediera esta virtud. Dios se la concedió y les regaló.

Yo aquí, en mi silencioso retiro, también le busco y le pido se me haga presente en mi memoria y le trato y le amo, y tú también en tu vida y en tu ocupación de cada día le acompañas y le amas y Dios te ama y está contigo.

Para prepararse el alma a estar y tratar con Dios y poder recibir algún como atisbo de luz del alborear del cielo, necesita la transparencia de pureza en el misterioso silencio de Dios y esperarle con constancia y humildad y pedírselo con insistencia de amor. Del misterioso silencio de la noche nace el alborear y la claridad del día, y cuando el cerrado capullo se abre, aparece la rosa con su hermosura y fragancia. Dios manifestará el alborear del cielo alegrando e iluminando todos los pensamientos y ansias con la claridad transformadora de su sonrisa. Porque Dios es el cielo y la dicha de los bienaventurados y ángeles. Dios es la Vida y la Luz y el Bien total.

Yo repetía y saboreaba bajito y en mi interior: «Dios es la luz y la Vida y el cielo.» Y confiando en una explicación, le dije:

—¿Y qué es Dios? ¿Y qué hay en Dios para ser el cielo y dar la felicidad a los bienaventurados?

Y el amado religioso, cerrando los ojos, repetía amoroso:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Bondad! ¡Sabiduría! ¡Hermosura! ¡Majestad! ¡Delicia! Difícil pregunta me has hecho, pero la más gustosa que me podías hacer. Es imposible dar respuesta perfecta, diría que más difícil que a la pregunta que buscas de saber lo que es el cielo. Es imposible llegar a comprender la profundidad de Dios, pero es pensar en lo más grande y más deleitable. Dios absorbe continuamente mi pensamiento y me llena de gozo. No pienso ni quiero pensar otra cosa, y siempre me resulta cada vez más gustosa novedad. Dios lo es todo para mí y espero lo sea en el cielo como para los bienaventurados. Dios es la Luz, y la Belleza, y la Bondad, y la Verdad. Dios, el Creador y todo bien. Y con la atención en su interior, le dice a Dios: «¡Dios mío, quién supiera hablar de Ti! ¡Quién supiera conocerte, para vivirte y estar absorto en Ti, Hermosura infinita y Bien de todo bien!» Y es cierto que vivimos en la Hermosura

de Dios, que nos está haciendo hermosura, sin verla. Un día la veremos y gozaremos muy gloriosos hechos hermosura perfecta, viviendo la Hermosura divina y viviendo la vida de Dios en el mismo Dios. ¡Oh día venturoso! ¡Oh deseado día!

112.—Y añadió cariñoso:

—Ya veo que has pensado mucho en lo que de Dios dice el Catecismo. Dios es lo infinitamente amable y deleitable. ¡Qué delicia, Dios mío, pensar y hablar de Ti! Y hablar de Dios es hablar de lo inefable y de lo esencial del cielo y de su felicidad, como me pedías. Cuanto comprendamos de la grandeza y felicidad de Dios, comprenderemos lo que es el cielo. ¡El cielo! ¡Nuestra Patria! ¡Oh Patria amadísima!, ¿cuándo nos veremos ya en Ti? ¿Cuándo estaremos ya viviendo en Ti el gozo, la vida y la felicidad de Dios?

Cuanto los sabios creen que saben y conocen de Dios, es todo nada. La fe nos enseña que Dios es infinito; es la infinita perfección. Lo infinito no tiene proporción ni comparación con nada, y cuanto se pueda entender de Dios es nada en comparación de lo que es su Ser. Tanto sabes tú y sé yo de Dios por lo que nos enseña la fe, como sabían San Agustín o Santo Tomás. Y la fe nos enseña que Dios, como infinito que es, es sobre cuanto se puede entender, y todo el entender y toda la perfección de los hombres es como nada ante El.

Pero vamos, amadísimo, a pensar un rato en Dios y mirar al cielo y a admirar sus bellezas y envolvemos en su claridad. Sabiendo que es verdad que vivimos en Dios, le vivamos de verdad. ¡Oh Dios mío, si ardiésemos también en tu amor! No importa no lleguemos a comprenderte con perfección; nos gozamos mirándote y... nos sumerjamos y empapemos en Dios, más que se empapa de fragancia el que se sumerge en un depósito de perfume. Aunque no la lleve toda, huele a fragancia. ¡Demos olor de Dios!

Muy poco conocemos de este cielo estrellado que se extiende sobre nuestras cabezas. Aun los astrónomos, que narran maravillas, saben muy poco. Pero todos nos gozamos en admirar su grandeza y su encanto, y siempre nos produce nuevo contento y nueva admiración. Lo mismo nos impresionan las bellezas de la tierra. Siempre parecen nuevas y sorprendentes. ¿No nos invadirá y llenará el gozo íntimo y supremo mirando y admirando a Dios, crea-

dor de este cielo, y mirando al cielo glorioso aun cuando sea muy poco lo que lleguemos a comprender? ¿Qué comparación puede haber entre las bellezas que vemos o podamos ver y la Belleza infinita de Dios y la Belleza del cielo glorioso?

Dios es más que todos los mundos y muy por encima de todas las bellezas. Dios es el Creador de todos los mundos y de todos los seres. Dios es el infinito, el inefable. Dios es la Sabiduría infinita y la Omnipotencia.

Dios es el cielo en Sí mismo, porque es la felicidad por esencia, y es el cielo glorioso de los ángeles y bienaventurados y el Creador del cielo, morada dichosa de los bienaventurados; digo morada dichosa, por llamarlo de algún modo, porque es el lugar de idealidad perfecta en su realidad para la felicidad y la dicha. ¿No producirá esto en nuestras mentes el pasmo del contento y el embelesamiento de la delicia? ¡Oh Dios, mucho te deseo y deseo el cielo que me has prometido!

A ti sobrenaturalizo yo los versos del poeta y te digo:

Cada vez que te veo,
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aun más mirarte deseo.
Viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera ([206]).

[206] Calderón de la Barca: *La vida es sueño.*

CAPÍTULO XIX

LA VISIÓN DE DIOS ES EL CIELO

113.—Con mi pregunta, tal vez algo inoportuna, distraje al religioso amado y admirado de lo que tan encantadora y claramente me explicaba y yo escuchaba embelesado. Me gozaba en asimilar tan luminosas y alentadoras verdades. Pero sentía cada vez más vehemente el deseo de adquirir un conocimiento más detallado, si me fuera posible, de qué es el cielo, y *consistiendo el cielo en la visión de Dios, le pedía me dijera qué es la visión de Dios para hacer, como hace, completamente felices y para siempre a los ángeles y a los bienaventurados*. No lo comprendía yo y lo deseaba ya desde hacía mucho tiempo y se me aumentaba el deseo por la conversación que tenía con algunas personas santas, y más aún con otras personas de fe menos viva, las cuales me decían que la sola visión de Dios causaría monotonía, y donde hay monotonía se produce el hastío y el deseo de otra novedad, y por lo mismo, no podía haber en el cielo felicidad total. Porque ¿cómo es posible que la sola visión de Dios llene a todos del más inefable gozo y de una radiante alegría, siempre inagotable, siempre renovada en desbordante y comunicativa delicia?

Y continué resaltándole este reparo, diciendo:

—Oigo una muy dulce y agradable armonía que me encanta, veo un objeto que me agrada y deseaba poseer, admiro un paisaje que me llena de asombro por su amenidad y variada hermosura o por la imponente grandeza de lo abrupto y agreste y el callado rumor del silencio, que se mete dentro del espíritu y lo estremece, o por todo esto junto que levanta el alma a admirar otra belleza sobrenatural y más íntima, como el imponente silencio de esta maravillosa y bravía hondonada donde escribo. Pero la impresión fuerte de la admiración y asombro pasa pronto y viene el deseo de otra novedad. Esta complacencia y ponderación que llena el deseo dura

muy poco rato. Pasada la impresión, se busca otro nuevo conocimiento, otra nueva satisfacción. ¿No nos acontecerá algo semejante con la visión de Dios, y por eso se hable de la monotonía que pueda haber en el cielo? ¡Ver siempre a Dios! ¡Ver siempre a Dios! ¿No viene a la mente el concepto de monotonía? ¿Qué será la visión de Dios? —me atreví a insistir—. ¿O qué se verá y sentirá, pues se asegura que produce la felicidad total, la delicia y satisfacción perfecta y permanente en la mayor y más exuberante y renovada alegría? ¿Cómo puede esta continua visión de Dios llenar el alma en todos sus deseos de un júbilo perpetuo y permanente satisfacción y delicia?

—Bien has hecho, amadísimo —me dijo con bondad de agradecimiento—. Bien has hecho en exponerme esa tu duda, que, como me dices, se oye con no escasa frecuencia y muy pocos saben esclarecerla. Es de suyo tan pobre o corta la condición del hombre mientras vive en este continuo movimiento material de la tierra, absorbido por la materia, que no le es fácil, con su débil fe, ni comprender claramente ni aun darse cuenta de cómo la visión de Dios o la vista y conocimiento directo de la esencia de Dios y de sus perfecciones pueda producir esa dicha feliz y perpetua de siempre renovada alegría. Juzgan de la visión de Dios a semejanza de las impresiones y conocimientos de la tierra, y por eso piensan que en el cielo puede haber monotonía, y consecuencia de la monotonía, como decías, hastío y cansancio. No habría felicidad.

Y añadió con afecto y gozo no disimulado:

—¡Veremos a Dios! ¡Mi alma verá a Dios! ¡Nos gozaremos con delicia y sin hastío en la perpetua y variadísima dicha de Dios!

Con esta exclamación creció aún más en mí el deseo de conocer y ver la luz y verdad muy alta que parecía dar a entender había en la visión de Dios por el afecto con que lo pronunciaba.

Y continuó diciéndome con íntima persuasión:

—Fíjate bien que Dios, el mismo Dios, es el cielo siempre nuevo y perpetuamente renovado en delicia y contento. La visión de la esencia de Dios y de sus infinitas perfecciones, el claro conocimiento de lo que Dios es y puede y su infinita hermosura es de una variedad también infinita y es el cielo feliz, feliz y siempre el mismo y siempre distinto y más bello. Con el conocimiento de la esencia de Dios se entra en la posesión de Dios y en el suavísimo

y exaltado gozo de Dios en el mismo Dios. ¡Veremos a Dios —me repitió contento— como quien en ello posee y disfruta de todo el bien, y gozaremos el mismo gozo de Dios en el mismo Dios, y Dios es el cielo!

Yo estaba impresionado. Y él continuó hablando con Dios:

—Llena ahora, ¡oh Hermosura infinita!, llena nuestra alma de tu purísima luz y de tu verdad y bondad para que nos admiremos y nos gocemos en tus amabilísimos y maravillosos misterios de inmensidad, de majestad, de amor, de ternura.

Porque en Dios lo veremos todo, lo sabremos todo. En Dios lo poseeremos todo y lo gozaremos todo. Y conoceremos y poseeremos no ya tan sólo este átomo de la tierra, porque la tierra, como sabes, es un átomo comparada con el universo; poseeremos no ya tan sólo este átomo de la tierra, sino las inmensas magnitudes de los innumerables mundos de todo el universo, cuyos límites ahora no conocemos. En Dios veremos, poseeremos y gozaremos las más portentosas y variadas maravillas de que están llenos los mundos y las veremos no a distancia, sino presentes, y poseeremos y gozaremos las riquezas naturales y sobrenaturales de los cielos y de los moradores felices de los cielos y la Sabiduría de los querubines y el amor de los serafines y el poder y perfección y el número sin número de todos los ángeles de las Jerarquías y nos gozaremos en su gozo y en su gloria. Todo lo veremos en Dios.

114.—Para que puedas darte mejor cuenta de estos pensamientos de delicia, no dejes de tener presente en tu recuerdo esta verdad. Nuestro pobre entender aquí ahora en la tierra es muy limitado y muy nebuloso. Para comprenderlo y grabarlo algo mejor dividimos y hacemos como encasillados de las verdades. La Verdad y la felicidad es una sola, y el cielo es uno. Pero decimos que hay un cielo esencial y un cielo complementario, no accidental, sino complementario.

El cielo esencial, el que da la felicidad y hace bienaventurados, es la visión de Dios y la posesión de Dios, de que te hablo, de la que más extensamente he de hablarte. En Dios, como te digo, lo veremos todo y lo gozaremos y poseeremos todo. Y lo que llamo como *cielo complementario es el cielo local*. El cielo local es el lugar criado por Dios para morada de los bienaventurados con rique-

zas y ornatos y bellezas tan maravillosas como no podemos soñar. Es un lugar sobrenatural con relación a la creación que conocemos, donde todos los bienaventurados viven y vivirán dichosamente la felicidad de la gloria. Es el lugar de la delicia y del gozo perpetuo, donde estarán los cuerpos ya gloriosos después de la resurrección. La ley que allí gobierna y hace feliz es la ley del amor triunfal y glorioso de Dios, en quien todos viven y gozan.

Las almas, como los ángeles, están en Dios, y son felices en Dios, en la visión de Dios. Estarán en el cielo, el lugar de la dicha, pero su cielo y su dicha y felicidad es Dios. El cielo local es el complemento del cielo esencial. No es el lugar el que comunica la felicidad; es Dios, es Dios quien hace feliz al bienaventurado y al lugar, como veremos.

La felicidad es plenitud de dicha, saturación de contento y delicia, porque el bienaventurado ve ya cumplidos y está viviendo los deseos que tenía de bienestar, de gozo, de dicha, de saber, de conocer y poder. Y los deseos que ahora ve satisfechos no son los pequeños y limitadísimos que tenemos mientras vivimos en la tierra; son los ilimitados e inmensos e insoñables que nos comunicará Dios en el cielo y veremos superabundantemente cumplidos cuando, desligada el alma de estas prisiones del cuerpo pesado y corruptible, haya sido levantada, agrandada, sobrenaturalizada, deificada con la luz de la gloria que Dios comunica al bienaventurado. La intensidad de la luz de la gloria que Dios comunicará al alma y vivirá para siempre en el cielo, es en proporción de la intensidad de gracia y amor de Dios que tenía al separarse del cuerpo por la muerte. La alteza y claridad de la luz de gloria —que es la gracia transformada en luz— es el grado de claridad y perfección de la misma gloria.

Aunque te he nombrado dos cielos, no te imagines que haya dos. El cielo es uno y único, y una es la felicidad. El cielo y la felicidad es la visión de Dios. El lugar y las delicias del lugar son complemento no necesario para el espíritu, como es complemento no necesario la resurrección de los cuerpos, aun cuando muchos imaginen la felicidad preferentemente con relación a los cuerpos. Ni el lugar ni el cuerpo son necesarios para la felicidad del alma, pues ya de hecho es feliz antes de que resuciten los cuerpos.

No se vaya de tu memoria que *la felicidad es el estado perfec-*

to en el cual se tienen y gozan simultáneamente todos los bienes reunidos sin que haya mal alguno y sin temor de perderlos. Es el sumo gozo que se puede tener según la capacidad de cada uno producido por la posesión y unión con el Bien Supremo, que es el Bien increado y el último fin ([207]). *Y es y se llama felicidad o bienaventuranza, porque es ya el sumo gozo por haber alcanzado la posesión del Sumo Bien* ([208]). Nadie puede dejar de desearlo, pues es el último fin del hombre, y porque la voluntad por naturaleza está inclinada al bien y necesariamente desea el bien total y universal o lo que juzga que es bien para ella.

15.—La felicidad y la dicha tienen que proceder de dentro, de la naturaleza íntima o del que hizo la naturaleza. Lo que procede de fuera no puede llenar, ni durar, ni ser seguro, ni es el Sumo Bien. La dicha no procede de la propia naturaleza del hombre; experimentamos que está fuera de su poder, de su saber y de su habilidad o industria; por eso no somos ya felices a pesar de lo mucho que lo deseamos y lo procuramos.

Dios es el único infinitamente feliz por su misma esencia, pues es el Sumo Bien, sin sombra alguna de deficiencia. Dios, Sumo Bien, es nuestro último fin. Dios es el único que ha hecho nuestra naturaleza y nos puede dar la felicidad. Más aún, nos ha creado para hacernos felices a su tiempo, después de la muerte. Dios está dentro de nosotros, en lo íntimo del ser de cada uno, más íntimo a mí que yo a mí mismo. Dios es el que crea y está conservando mi naturaleza y es el único que la conoce perfecta y totalmente. Estamos envueltos en Dios y saturados de Dios, aunque no percibimos su gloria ni se muestra ahora glorioso a nosotros. Ni podemos salirnos de Dios. Únicamente Dios crea la vida y la desarrolla. Dios obrará la transformación de mi alma sobrenaturalizándola con la gracia y llenándola de satisfacción después en el cielo. Dios comunicará su felicidad a todo el que muera en gracia al comunicar la luz de gloria y *con la luz de gloria le dará la visión directa de su esencia y de todas sus perfecciones. Y con la visión de su esencia*

---

[207] Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica,* I, II, q. 3, a. 3.
[208] Id., id., I, II, q. 3, a. 1 al 2. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. III, núm. 36, y lect. IX, núm. 126. Véase antes el cap. X.

le da su posesión, su gozo y su misma vida gloriosa y feliz.

La felicidad se conseguirá con la unión del alma con Dios en amor glorioso, viviendo en Dios, en su misma esencia y atributos o perfecciones y su misma vida. Esta unión es tan íntima y tan gloriosa, que es vivir la misma vida de Dios participada, en el mismo Dios. Unión del entendimiento del alma con el entendimiento de Dios y de la voluntad del alma con la voluntad de Dios, y tan compenetrados, que es entender y amar y gozar en el mismo entender, amar y gozar de Dios. ¡Viviremos en Dios! ¡Viviremos la misma vida de Dios y sus mismas perfecciones! Dios de modo infinito; el alma de modo participado y finito según su capacidad. Ni tú, ni yo, ni nadie puede comprender esto en la tierra. Pero eso será nuestra dicha y gloria perpetua en la total satisfacción.

116.—Dios pondrá la felicidad en el entendimiento del alma, y el entendimiento llenará todo el ser. En la visión de Dios el entendimiento verá a Dios en su esencia y en su perfección infinita y será feliz. Porque la visión de Dios consiste en que el entendimiento, fortalecido y clarificado con la luz de gloria, ve directamente a Dios en su esencia y en sus perfecciones. Y lleno y satisfecho con la visión de Dios, comunica su satisfacción a la voluntad y a toda el alma, y el alma al cuerpo después de la resurrección. *Pues la operación propia de la sustancia espiritual es entender, y esta operación es su último fin. Estas operaciones o intelecciones tanto son más perfectas cuanto sea más perfecto y hermoso su objeto. Y así, entender lo más grande y lo más perfecto que pueda existir es el más perfecto y alto entender. Lo más perfecto que puede existir es Dios infinito. Y por lo mismo, entender a Dios es la felicidad o último fin de la sustancia espiritual*.

Y el más perfecto modo de entender no es entender solamente con mi pobre y corta capacidad natural, como el más perfecto ver de los ojos no es la vista natural, sino la perfeccionada con el telescopio y microscopio, que acercan, agrandan y detallan los objetos. Con una semejanza incomparablemente más alta y perfecta, Dios comunicará al entendimiento natural la luz de gloria. La luz de gloria agranda, sobrenaturaliza, endiosa el entendimiento y le da capacidad sobrenatural para poder ver y conocer la esencia de Dios y sus perfecciones. Esa vista o visión gozosa sobrenatural, ese conocimiento glorioso de la esencia de Dios es la felicidad y

Dios la comunica al bienaventurado y al ángel para siempre. Es la actividad perfecta y gloriosa semejante a la misma actividad de Dios. En Dios es infinita y por esencia; en el bienaventurado, finita y participada.

117.—No conviene olvidar la enseñanza de Santo Tomás, que dice: *La felicidad es la actividad perfecta en el gozoso descanso de las más perfectas potencias del hombre y de ellas redunda a todo el ser y excluye toda tristeza e inseguridad. Ha de ser la más alta y perfecta actividad del hombre. Y la más alta y noble actividad de la más noble potencia del hombre es la realizada por la potencia o facultad más noble y perfecta del hombre acerca del objeto más alto y perfecto. La facultad o potencia más noble y perfecta del hombre es la inteligencia, y el objeto de la inteligencia más noble y perfecto es el Bien Divino... Consiste, pues, la felicidad del cielo principalmente en el acto de estar entendiendo las perfecciones divinas... Y la más perfecta, noble y última felicidad que se tendrá en la vida eterna está en la contemplación y visión de Dios* ([209]), siempre actual, ininterrumpida, siempre más deliciosa, sin parpadeos, como está el sol en la ininterrumpida actualidad de su actividad en lucir y calentar. Ni un momento deja de brillar e irradiar calor.

Para disfrutar de la perfecta felicidad es necesario que la inteligencia vea o entienda la esencia misma de la causa primera o Criador de todo. Y de ese modo, por la unión a Dios como a su objeto —en lo cual consiste solamente la perfecta y feliz bienaventuranza del hombre—, conseguirá la perfección ([210]). Que es como estar siempre brillando en la delicia del gozo de entender, de amar y de sentirse amado por el infinito amor de Dios y por los bienaventurados con Dios.

Y la felicidad bienaventurada está en la perfección ya adquirida y poseída, que no admite defecto ni sombra alguna en el ser bienaventurado ([211]).

Y se dice que la felicidad bienaventurada es el sumo bien del

---

[209] Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica,* I, II, q. 3, a. 5.
[210] Id., id., I, II, q. 3, a. 8.
[211] Id., id., I, II, q. 5, a. 4 al 1.

hombre, porque ha alcanzado el goce o regusto del Sumo Bien ([212]) en el modo saciativo total y perfectamente dichoso.

Y quiero repetírtelo con otras palabras del mismo santo por ser de tanto gozo: *La felicidad bienaventurada es el bien perfecto conseguido y gustado de manera que totalmente satisface el deseo... Ni sería el bien último si todavía quedara o hubiera algún deseo no satisfecho. El objeto de la voluntad, que es el deseo del hombre, es el bien universal..., y sólo el bien universal puede satisfacer totalmente esa inclinación de la voluntad, y el bien universal es Dios únicamente* ([213]).

Y es totalmente imposible que uno que haya visto la divina esencia quiera no verla... Porque la visión de la divina esencia llena el alma y la satisface de todos los bienes, pues la une con la fuente de toda bondad, por eso dice el salmo: «Quedaré saciado cuando apareciere tu gloria...» El bienaventurado no puede abandonar la bienaventuranza por propia voluntad. Tampoco puede Dios quitársela, pues se la ha dado ([214]). El alma, viéndose amada del Sumo Bien y sumergida en el Sumo Bien y amando con toda su capacidad ese Sumo Bien y gozándolo, y teniéndolo como posesión propia, no puede dejar de quererlo y amarlo.

Y el Santo Doctor resume todo esto y aún lo aclara más en otras palabras: *Como la visión de la sustancia divina es el fin último de las sustancias inteligentes..., el deseo natural de las sustancias inteligentes que ven la sustancia de Dios han de quedar totalmente satisfechas... Es el deseo natural del entendimiento entender todos los géneros y especies de todos los seres con todas sus propiedades y todo el universo y su desenvolvimiento y orden... Todo el que ve la sustancia divina verá y conocerá todo eso* ([215]). La visión de Dios es ver directamente a Dios en Sí y en sus perfecciones, y el bienaventurado lo verá todo en Dios mismo, lo conocerá todo y conocerá las razones de todo; lo poseerá y lo gozará todo y todo eso inmenso es como nada ante la posesión, el conocimiento y el gozo que tendrá en ver a Dios y en poseer a Dios. Y le estará viendo y

---

[212] Id., id., I, II, q. 3, a. 1 al 2.
[213] Id., id., I, II, q. 2, a. 8.
[214] Id., id., I, II, q. 5. a. 4.
[215] Id., id.: *Sumo contra los Gentiles,* lib. III, cap. 59.

poseyendo y gozando ininterrumpidamente siempre, siempre, sin fin.

118.—Confío, dados tus conocimientos —me dijo—, hayas visto en este maravilloso y genial resumen del Doctor Angélico qué es la visión de Dios, como me preguntabas, y la felicidad que produce en el alma con lo que se ve y se conoce y se posee en esa visión de Dios infinito. Lo finito nunca puede abarcar totalmente lo infinito, como los brazos de un niño ni de un hombre pueden abrazar toda la tierra; siempre hay más luz y admiración. No es posible la monotonía. Siempre hay renovada novedad y renovado gozo.

—Algo de la grandeza encerrada en esas palabras me parece haber entendido y me producen admiración —le respondí—, y mucho le agradecería tuviera la bondad de explicármelo más detallado para comprenderlo mejor. Me es muy necesario y lo veo maravilloso.

—El lenguaje de Santo Tomás es muy apretado de sentido, aun cuando es muy claro y preciso. Por eso hay que prestarle toda la atención. Enuncia grandes y muy hermosas verdades. Dios me ayude a explicártelas o aclararlas algo, según tú deseas.

Te habrás dado ya perfecta cuenta de que Dios nos ha creado no sólo para la felicidad natural, sino para la felicidad sobrenatural. Ni una ni otra puede el hombre vivirlas aquí en esta vida de la tierra, y obtendrá las dos juntamente. La felicidad completa, o sea la natural y la sobrenatural, consiste en la unión gloriosa del alma con Dios, que es el Sumo Bien, el Bien increado y glorioso.

Cuando consiga esta unión o estemos en esta unión, seremos felices, gloriosamente felices. Admiremos la hermosura y grandeza de esta unión.

No consiste esta unión en un mero contacto del alma con Dios, como cuando juntamos un objeto con otro. No es como una soldadura o un injerto del alma en Dios. Es una unión íntima gloriosa del entendimiento del bienaventurado con el entendimiento de Dios y de la voluntad y querer del bienaventurado con la voluntad y el querer de Dios glorioso y glorificador. Esa unión ya la hace la gracia santificante aquí en la tierra, aunque no gloriosamente.

En esta unión ya gloriosa queda el alma toda, y con el alma todo el ser vivo, empapada, gloriosa en Dios y con la gloria de

Dios, compenetrada y saturada en el ser glorioso de Dios, viendo y viviendo la gloria de Dios, poseyendo, gustando y saboreando la alegría y las perfecciones y la vida dichosa y altísima de Dios en el mismo Dios, hecha vida en la vida de Dios. En esta unión íntima y perfecta está el alma en Dios no como está el cuerpo sumergido en el agua, o envuelto en la luz, o como está en la atmósfera aspirando aire al interior y todo envuelto en aire al exterior, sino mucho más: está traspasado y empapado en la sustancia divina más que la esponja empapada en el perfume, más que la fruta conservada en la dulzura del almíbar, más que la sustancia en el caldo, más que el cristal translúcido lleno de luz, más que los átomos del aire en la fragancia. Está el alma en el entender divino, y en el amar y gozar divinos y en las perfecciones divinas de una manera más alta y perfecta que estaría una cerilla encendida en el núcleo luminoso y ardiente del sol, más que la brasa ardiendo en la llama.

Ninguna comparación puede llegar a esta realidad tan perfecta. Pero mira —me dijo— esta bombilla o esta lámpara fluorescente que tenemos ante los ojos. Están preparadas para lucir. Se ha hecho el vacío y tienen el filamento y el gas, pero no lucen aún, les falta el fluido. Las ponemos en contacto con la energía y se transforman y brillan y se hacen esplendor e iluminan. Yo no veo los átomos del gas, pero ahí están; la energía los ha inflamado a todos, les ha transformado a todos y todos lucen. Están todos unidos a la energía y como transformados y hechos claridad con la energía. Reciben esa energía y el resplandor y calor, son como el gozo y los efectos dichosos de la posesión. Es sólo una comparación, y las comparaciones nunca pueden explicar bien las perfecciones y propiedades que se desean aclarar, y menos cuando son perfecciones y propiedades de Dios, que son sobrenaturales, pues nada de lo natural se parece a lo sobrenatural. Los átomos de gas todos brillan lo mismo. Cada bienaventurado tiene distinto brillo de gloria y de dicha, según la gracia y santidad que alcanzó viviendo. Todos viven y gozan en la vida y en el gozo de Dios y en su rutilante brillar. Son brasas ardiendo en el fuego de amor infinito de Dios.

El entendimiento del bienaventurado se ha hecho uno en el entender con el entendimiento de Dios; y la voluntad, una en amar y gozar con la voluntad de Dios, y lo mismo en las demás propiedades y perfecciones; todas se han divinizado. San Juan de la

Cruz escribe maravillas de esta unión aun en la tierra. ¿Qué será en el cielo? ¿Cómo entenderá y amará y gozará y cuánto podrá un alma hecha Dios? ¡Qué delicia se encuentra en pensar lo que Dios nos tiene prometido! Con la visión de Dios gozaremos divinamente. ¡Dios mío, me darás vivir tu vida en Ti mismo! ¿Cómo será ese vivir y esa vida de Dios en Dios?

119—La visión directa de Dios en su ser, que es ver su esencia y sus perfecciones, es el cielo y es la felicidad —y mirándome con ternura, me repitió—: ¡Mi alma verá a Dios! ¡Veremos a Dios! Viendo a Dios, poseeremos a Dios, gozaremos en Dios. Perdona que lo repita. ¡Encuentro inmensa alegría e inefable gozo en repetir esta verdad que ha de ser nuestro cielo, esta verdad que encierra tanta luz!

Porque la gloriosa visión de Dios da, y ella misma es, la posesión o conocimiento de Dios y el gozo de Dios o fruición y, diría yo, regusto de Dios. Y como Dios es infinito en Sí mismo, el conocimiento del ser infinito y el gozo de conocer al Infinito supera todo cuanto puede decirse y pensarse.

Ningún entendimiento creado con sola su capacidad natural puede ver y conocer directamente en su esencia y perfecciones el Ser infinito. Pero Dios comunica su luz de gloria al entendimiento, y el entendimiento con esa luz sobrenatural es fortalecido, sobrenaturalizado, divinizado y ve a Dios infinito; le ve sin discursos, sin razonamientos: le ve, le contempla y le contempla infinito en todo bien, en toda perfección, en toda hermosura; y absorto, maravillado, lleno de gozo, en éxtasis de dicha ante tan infinita belleza y verdad, pues tiene toda la belleza y toda la verdad. Y ya su gozo es ver, contemplar, admirar, alegrarse y alabar en la mayor exaltación tan infinito Bien y Poder y no puede ya apartar su mirada y atención de Dios ni dejar tan sólo un momento de mirarle, admirarle y alabarle.

Y contemplándole, admira que es infinito, infinito en todo Bien, y que es ya suyo; le comprende y le posee. La vida y el gozo de Dios es ya también el suyo propio y es el gozo y la felicidad de todas las jerarquías angélicas. Y esa verdad, ese conocimiento, esa posesión y ese gozo llenan su entendimiento y llenan su voluntad y deseo y será para siempre. Está lleno, satisfecho de luz y de gozo. Todo lo tiene ahí; todo lo posee ahí. Nada puede desear que no

tenga ahí. La visión de Dios da no sólo la completa felicidad natural, sino la sobrenatural.

El entendimiento, el alma ha sido levantada, agrandada, sobrenaturalizada, y toda ella, transformada, saturada, en la misma vida infinita y gloriosa de Dios, en la exaltación más deliciosa. El gozo y la sabiduría y el poder de Dios la invaden, la llenan. Ha quedado hecha gozo de Dios en el gozo de Dios, que es gozo tan superior que ni los ángeles del cielo ni el mismo entendimiento infinito de Dios pueden entender algo más perfecto, por ser Él el gozo por esencia. Es el gozo que transforma todo el ser en vida de gozo, de delicia, de sabiduría y belleza sobrenatural o divina. Es el gozo que viven los ángeles y todos los bienaventurados, producido por la inundante comunicación y satisfacción de la visión de Dios al ver llenos todos sus deseos, todas sus aspiraciones, sin poder desear nada que no tengan, que no entiendan, que no sepan, posean y gocen. Viven la felicidad. Viven la misma vida gloriosa de Dios participada, según la capacidad de cada uno.

Toda esa felicidad, todo ese gozo y la seguridad de que será para siempre sin disminución lo ha producido la visión de Dios, porque viendo a Dios se comprende ser la infinita perfección, se le posee y se le goza. Viendo a Dios se ven en su Sabiduría Eterna, en el Verbo, en Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se ven, digo, y se poseen y se gozan todos los bienes, todas las perfecciones y verdades y bellezas; se tienen todas las delicias. Ver a Dios es el cielo, es la felicidad natural y sobrenatural ([216]).

Admiraba yo cuanto me decía. Pero no sé si le interrumpí diciéndole:

—Este es precisamente mi deseo y pregunta. ¿Qué se ve en Dios? ¿Qué se posee y se goza viendo, contemplando a Dios? ¿No habrá cansancio? ¿Cómo se ven en Dios todos los bienes que me dice? ¿No se deseará ver otra novedad?

No se molestó con mi reiterada pregunta. Con bondad, que agradecí, continuó diciendo:

---

[216] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. II, núm. 27; lect. III, núm. 33; lect. IX, núm. 125; lect. XIV, núms. 224 y sgs.

—Pidamos a Dios la luz para entender algo. ¡Dios mío, ilumíname!

Advierte que si se vive la vida de Dios, y la verdad de Dios y la belleza y el gozo mismo de Dios y en el mismo Dios, y se llena toda la capacidad de ese bien, ya no puede desearse otro, porque está lleno, rebosando, y ya se tiene. No cabe otra novedad. Y como Dios es siempre feliz, lo es el alma viéndole y poseyéndole y viviéndole. Está empapada, saturada, rebosando; no cabe más. Se tiene y se goza el gozo y la felicidad no sólo natural, sino la sobrenatural. Si fuera sólo natural, se podría tener en la tierra. Dios une al alma Consigo mismo en su misma vida y la da vivir gloriosamente su misma vida. Esto es la felicidad natural y sobrenatural del alma y también del cuerpo después de la resurrección.

Permíteme que antes de continuar me goce repitiendo estas frases de San Agustín: *Esta es la misma vida bienaventurada: no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y par Ti* ([217]). *Y esta es la vida feliz: el gozo de la Verdad, porque éste es un goza de Ti, que eres la Verdad* ([218]).

Viviré lo más que se puede no ya decir, pero ni aun pensar, y aunque te parezca exageración, no lo es, sino dichosa y divina realidad: viviré a Dios en Dios y su misma vida participada según mi capacidad.

En Dios veré, poseeré y podré y gozaré cuanto quiera. Sólo no tendré y no seré lo que no quiera. La Visión de Dios me hará feliz ininterrumpidamente, feliz para siempre.

---

[217] San Agustín: *Las Confesiones,* I, X, c. 22.
[218] Id., id., I, X, c. 23, núm. 33.

CAPÍTULO XX

LA LUZ DEL CIELO

120.—Escuchaba yo embelesado al amado y admirado religioso las filigranas que salían de sus labios sobre las maravillas que nos tiene Dios preparadas en el cielo, nuestra verdadera y gloriosa patria, maravillas muy superiores a lo que en la tierra puede el entendimiento pensar y la imaginación fantasear. El corazón me saltaba de gozo y parecía agrandárseme cuantas veces le oía repetir con afecto: «¡El cielo es Dios, Dios infinito, y viviré ya glorioso en su divina felicidad!»

Con júbilo callado repetía yo dentro de mí mismo, saboreándolo: «¡El cielo es Dios, Dios infinito será mi cielo glorioso, como es cielo de los ángeles y de los bienaventurados, como es cielo de la Virgen, mi Madre amadísima. Su dicha será mi dicha.» Y se perdía mi mente en la luz eterna y me veía envuelto en la suavísima claridad del cielo y en las armonías divinas, que me embelesaban en la radiante delicia de Dios y en su mismo gozo y felicidad en compañía de los ángeles. ¡Oh dicha insoñable, vivir para siempre en esa infinita hermosura de Dios y hecho una hermosura con su Hermosura!

Una atmósfera de alegría transforma el espíritu al recordar estas luminosas verdades y la atracción de la Belleza eterna enciende la voluntad.

Antes de continuar explicando estas delicias del cielo que el alma vivirá y gozará en Dios, superiores a cuanto se puede soñar, le interrumpí con ingenuo atrevimiento y santa curiosidad, diciéndole:

—Aquí, en esta soledad y en el silencio de esta celdita se sentirá feliz, pues su atención está siempre orientada hacia ese bellí-

simo encanto del cielo y sabe que está envuelto y empapado en Dios, tratando con El y con los ángeles y bienaventurados que aquí le hacen compañía y se unen a su amor. Yo, al menos, le considero feliz en este silencio que Dios llena y nadie interrumpe. Me lo dice ese letrero.

Me miró apacible y, sonriendo, respondió:

—A nadie, amadísimo, a nadie de este mundo envidio sino al que ama más a Dios y le lleva más grabado en su alma. Ese letrero de *Considera tu celda un paraíso, desecha todo recuerdo del mundo,* es el ideal hasta que pueda decir: *Ya no vivo yo, Cristo vive en mí* (Gal 2, 20). Pero feliz no lo soy ni lo era San Pablo, que dijo esta frase: ¡Ay, amadísimo e ingenuo en tu pensar! En la tierra nadie puede ser feliz. Recuerdas que el mismo Apóstol dijo: *Infeliz hombre yo* (Rom 7, 27). Los santos no envidiaban a nadie, pero no eran felices.

La mortificación exterior, y menos la interior, no son felicidad, aun cuando comunican contento espiritual. Ni los sufrimientos, ni la humillación ni el ansia de ver a Dios son felicidad, y menos si Dios se esconde tras la sequedad o tentación. Estas virtudes, como el retiro del convento y la abstención de las diversiones y disipaciones sociales y de las frivolidades son esperanza de felicidad, disposiciones para poder vivir la vida interior con Dios y el deseo de hacer algo por Dios y mostrarle el amor. Todos sabemos que retirándonos de los peligros y tratando mucho con Dios y pidiéndole el amor, nos disponemos para que Dios aumente en nosotros su amor y virtudes. La felicidad sólo está en Dios y en la posesión de Dios en el cielo, sólo en el cielo. Todo este obrar santo es, en frase de San Pablo: *En vista de la esperanza que nos está reservada en los cielos* (Col 1, 4-5). En la tierra sólo esperamos tener la felicidad cuando Dios nos lleve al cielo.

121.—Los santos —continuó diciéndome— alcanzaron las grandes victorias sobre sí mismos y sobre el mundo y el demonio, y ganaron muchas almas para Dios después de muchos sufrimientos y duras y dolorosas peleas, postergaciones y desamparos. Que no se recoge un alma en el silencio del convento ni se retira del mundo y abraza con la mortificación para ser feliz en el convento, sino para amar y alabar a Dios con todo el alma y con todo el ser, y para

ganar almas para Dios por la expiación y para hacer méritos para el cielo.

La felicidad del cielo es la que espero yo aquí en mi silencio y retiro, y la pido a Dios para mí y para ti. Por la felicidad del cielo abrazo la soledad y la mortificación. Por amor de Dios y de la felicidad del cielo abrazo los menosprecios, la pobreza, la obediencia y me abstengo de regalos y curiosidades. Aquí quiero expiar mis pecados y los pecados de todos los hombres. Por ello he escogido morir en la vida a todo lo que no lleva a Dios, y quiero sólo la gloria de Dios amándole, agradándole, practicando la virtud e imitando a Jesús lo mejor que pueda, como te esmeras tú en tu estado y ocupación. Los dos estamos seguros que Dios no deja de premiar en la gloria con el ciento por uno todos los actos que por amor suyo realicemos aquí en la tierra.

Pero tu interrupción —añadió condescendiente— nos ha desviado de reflexionar sobre la luz del cielo. Bien sabes que cuanto aquí practiquemos y vivamos mejor las virtudes, será más perfecta la gracia y el amor de Dios en el alma, más se participará de la naturaleza divina y el alma verá más y conocerá más de la esencia divina y de sus infinitas perfecciones y gozará de mayor grado de gloria para siempre. Quien aquí en la tierra escoge estar más en la compañía de Dios amándole o hace más para amarle más y que todos le amen, estará en el cielo más cerca de Dios, más dentro de Dios, más iluminado de la Sabiduría de Dios y de la luz de la felicidad.

Ni sé cómo explicarme bien en esto. Porque de alguna manera tenemos que expresarnos, y nuestro lenguaje no responde a la realidad del cielo. Aquella realidad es de otra manera más alta. Estar cerca de Dios, o del trono de Dios o a la derecha de Dios y más dentro de Dios no se dice por la distancia más cercana o más lejana, sino por la claridad, la perfección y alteza de la visión de la esencia de Dios, y en la visión de la esencia de Dios, en su Sabiduría eterna, ver, conocer, poseer y gozar de todas las demás perfecciones de todos los seres criados y de muchos no creados y que nunca creará, pero posibles.

122.—Decimos que la humanidad de Jesucristo está a la derecha del Padre. Lo recitamos en el Credo. Pero Dios no tiene de-

recha ni izquierda. Dios es todo centro de infinita perfección y de infinita delicia. Lo decimos acomodándonos a este lenguaje de la tierra y para darnos a entender de alguna manera. Que es como decir: el alma de Jesucristo es la que recibe más luz y gloria de la divinidad; la que ve y conoce, admira y goza más de Dios por encima de todas las Jerarquías angélicas y de todos los bienaventurados. Porque la Persona de Jesucristo es el mismo Dios, la Segunda de la Santísima Trinidad, y en esta Segunda Persona, que es la Sabiduría eterna, ven los bienaventurados todas las cosas. Todo lo conoceremos en la persona de Jesucristo. Todo lo gozaremos en esta Sabiduría infinita.

Y decimos que la Virgen Santísima, nuestra amadísima Madre, está junto al trono de Dios, porque amó a Dios más intensamente que todas las demás criaturas y estuvo más unida con Dios en la tierra. Ahora en el cielo ve, y comprende y goza más de Dios, y en Dios de todas las verdades y hermosuras y de todos los mundos y seres sobre los demás bienaventurados. Llegó a más intenso grado de gracia y de amor en la tierra y ha recibido mayor luz de gloria y más felicidad.

La naturaleza humana de Jesucristo está unida con unión hipostática con el Verbo Eterno, la Persona Divina, y la Virgen Santísima está unida con la unión de Madre a Jesucristo, pues en ella tomó el Verbo la naturaleza humana.

Pero en Dios no hay trono ni hay derecha o izquierda ni hay más allá o más acá. Dios es espíritu puro simplicísimo e infinito. Dios está todo y total, infinita en toda perfección, coma es, en todo cuanto existe. Dios es espíritu, el Sumo inmaterial. No está más allá y más acá. Está en todo totalmente. Su trono es El mismo y su misma inmensidad. Su derecha es su Omnipotencia, y su Sabiduría, y su Amor y Bondad.

Todos los bienaventurados y todas las jerarquías de los ángeles están en Dios, en el mismo Dios, en la esencia o centro de Dios, no lejos ni a distancia, sino en su mismo ser y en sus mismas perfecciones. Si sabemos por razón y por fe que tú y yo aquí estamos, y nos movemos y vivimos en Dios, Dios nos envuelve y llena y da la vida y el pensar, ni podemos salirnos de Dios, ¿cuánto más están en el cielo? Pero están ya gloriosos; participan ya y viven la gloria de Dios; aquí, no; si estamos en gracia, participamos de la

vida y naturaleza de Dios, tenemos vida sobrenatural, estamos en la vida de Dios, pero no gloriosamente, ni le vemos ni le sentimos; estamos en espera de que nos lleve ya al cielo a vivir en El gloriosamente.

Todos los bienaventurados son felices y gloriosos en Dios, y viven en la misma vida gloriosa de Dios. Has leído en Santa Teresa que después que Dios la mostró la diferencia de gloria que había de unos bienaventurados a otros, *de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios, pues veo que quien más le entiende más le ama y más le alaba* ([219]), y se refería a todos los trabajos y hasta el fin del mundo. ¿Qué será Dios? ¿Qué será lo infinito glorioso? ¿Qué será la felicidad del cielo?

Y sabes que Santa Teresa no fue feliz en la tierra. Tuvo muchos sufrimientos. Sabes su exclamación de o morir o padecer. Era de carácter expansivo y abrazó vida recogida y penitente. Deseaba vivir en soledad con Dios a solas. Sentía muy penosa soledad en no poder ver y gozar de Dios, y deseaba muy vehementemente la felicidad y el cielo donde ya le vería glorioso. Este es también mi deseo y el de todas las almas consagradas a Dios o de vida interior que aspiran a la perfección. ¿Y me equivoco al pensar que tú también lo deseas? —añadió riéndose. Y, asintiendo yo con la cabeza, continuó—: Es cierto que algunas veces comunica Dios en esta soledad del destierro mercedes y luces, que parecen cielo, pero son muy breves y a pocas almas, y pasan presto como fuegos fatuos, dejando sólo mucho más crecidas las ansias de ver y gozar a Dios. ¡Esperamos tú y yo ver a Dios y gozarnos en Dios para siempre!

123.—En el deseo de saber, aún le pregunté:

—¿Y cómo veremos a Dios? No puedo formarme una idea de Dios y he oído que a Dios no se le puede ver.

Y él me respondió preguntando también:

—¿Y quién puede formarse una idea de Dios? ¿Quién puede formarse idea de la perfección infinita sin límites, ni contornos ni figura? Nadie en la tierra puede ver a Dios por su misma hermosura

---

[219] Santa Teresa de Jesús, *Vida,* 37, 3.

sobrenatural e infinita. Podemos ver lo natural, lo sobrenatural excede nuestra capacidad y no podemos verlo.

Pero veremos a Dios infinito y glorioso y gozaremos su gloria. El agrandará y fortalecerá nuestra capacidad para verle. Le veremos directamente en su esencia y en sus inimaginables perfecciones. Le veremos en El mismo, en su Luz y con su Luz, que es El mismo. Le veremos en la Sabiduría Eterna, en el Verbo Eterno, en la Persona de Jesucristo. Ya David nos lo anunció: *En tu Luz veremos la Luz* (Sal 35). No en esta luz y con esta luz del sol, que nos deslumbra y hace sombra. Esta luz es como de muertos comparada con *la luz de los que viven* (Sal 35, 15) en el cielo y con la *luz en que Dios está envuelto como en un vestido* (Sal 103, 2). Tampoco es posible podamos formarnos idea de la luz del cielo ni de la luz increada, que es el Verbo, ni de la luz creada que alumbra el cielo, mucho menos que podían en los siglos pasados formarse idea del alumbrado material eléctrico o fluorescente que al presente usamos. ¿Cómo podían soñar con estos focos eléctricos? ¿Y cómo nos será posible a nosotros ni a ellos tener idea de la luz del cielo?

Ten presente —me advirtió— que hablamos ahora de la luz con que ven los ángeles y los bienaventurados en el cielo antes de la resurrección de los cuerpos.

Los ángeles y las almas son espirituales, no tienen materia ni tienen ojos. El espíritu ve de otro modo más perfecto. Ve directamente el entendimiento. La luz con que ven los ángeles y los bienaventurados es una luz purísima, espiritual. La luz de los ángeles y bienaventurados es el mismo Dios infinito que ilumina las inteligencias y los hace felices. Porque en el cielo todo lo ven y todo lo conocen en la Sabiduría Eterna, en el Verbo Eterno, en la persona de Jesucristo, y lo ven con mayor perfección que mirando los seres en sí mismos. Y la Sabiduría es también la luz que lo ilumina todo. El Apocalipsis nos dice que la luz del cielo es el Cordero (Apoc 21, 23). Y en la misa decimos lo que podemos aplicar a esta misma luz: *En El, con El y por El, en la unidad del Espíritu Santo a Ti, Padre Omnipotente*. En Dios se ve todo y se ve con la luz de Dios.

124.—En la bienaventuranza del cielo yo considero ahora tres especies de luces: una increada y otra creada. La increada es, como te digo, la Sabiduría Eterna, la Sabiduría del Padre, que es la

Segunda Persona de la Trinidad Santísima, y es la Persona de Jesucristo. Y otra es la luz creada, no sólo esta luz del sol que vemos, sino una luz purísima, sobrenatural, espiritual, puramente espiritual, y otra sobrenatural-material.

Los bienaventurados ahora, como los ángeles, no tienen ojos corpóreos para ver por ellos, no necesitan luz material y corpórea. El espíritu ve directamente con su entendimiento natural. Ve con grande perfección lo espiritual y ve también lo corpóreo. Y con la luz espiritual sobrenatural ve a los bienaventurados y su gloria.

La luz sobrenatural-material es la luz del cielo con que verán los cuerpos gloriosos y en la cual vivirán. Esta luz purísima y bellísima es la morada de la gloria. Es luz inmensamente más perfecta y sutil, inmensamente más suave y esclarecedora que la que ahora vemos; ni nos la podemos tampoco imaginar. Luz hermosísima donde viven los bienaventurados y donde tienen y gozan su perpetua dicha. Los ojos de este cuerpo en que vivimos ahora no tienen capacidad para percibirla. La luz del sol, repito, no puede compararse con ella. Veremos y viviremos en la luz.

No sé si a esta luz material del cielo se refería San Agustín cuando decía: *Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra* ([220]). De esta luz decía Santo Tomás: *El cielo Empíreo tiene luz, no condensada y que emita rayos como el sol, sino más sutil. O que posea la claridad de la gloria, que no se parezca a la claridad natural* ([221]).

Muchos santos que nos dicen vieron bienaventurados, o ángeles, o maravillas del cielo, hacen resaltar la hermosura de la luz. Así, Santa Teresa de Jesús dice: *En sola la diferencia que hay de esta luz que vemos a la luz que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa disgustada* ([222]), que es una cosa fea y penosa.

Y en la descripción de la visión que tuvo del cielo dice la venerable Ana de San Agustín: *Es tan grande la claridad, resplandor y hermosura que todo el cielo tiene, que está como una pieza toda*

---

[220] San Agustín, sermón 4, 3-4.
[221] Santo Tomás de Aquino: Suma Teológica, I, q. 66, a. 3 al 4.
[222] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 37, 2 y 17.

de cristal... que la diese muy lleno el sol; que el de justicia la llena de soberana luz, y allí, en ninguna manera, habrá sombra en el cielo ([223]). La luz del cielo es más maravillosa.

Otra sierva de Dios, muerta casi en nuestros días, escribía: *Vi un Infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes. Era una luz, pero no era una luz, porque no tenía ninguna relación con la luz que nosotros conocemos. Y, sin embargo, la luz es lo que mejor puede dar idea de lo que vi. Al mismo tiempo que veía ese infinito sentía como un ligero céfiro que acariciaba mi rostro. Pero este Infinito tan próximo a mí era de una luz enteramente diferente de la que llenaba la celda y que me hacía perder de vista todo lo que me rodeaba.*

Y ella misma repite: *Del grupo de la admirable Trinidad se escapó un rayo de luz en nada comparable a la luz del día, pero la luz es la única cosa que se le aproxima* ([224]). Esto dice la angelical María Angela.

Santa Angela de Foligno llamaba a esto infinito, que ella veía, la oscuridad o tiniebla, donde veía todas las cosas y todos los seres. Era el Ser infinito de Dios, que supera todo conocimiento, y por eso ni en la luz encontraba comparación ni en nada.

La luz sobrenatural-material del cielo es luz bellísima, suavísima, y todo lo alegra y esclarece. Porque es sobrenatural, no es posible podamos formarnos idea de ella, como tú deseas, hasta que estemos en ella y la veamos. Dios la ha creado para delicia y embellecimiento del cielo, donde viven los bienaventurados para recreo del espíritu e iluminación perfecta de cuanto existe. No procede de ningún astro. Es luz creada directamente por Dios para ser cielo.

125.—Yo me gozo en considerar otra luz en el cielo, además de esta sobrenatural-material purísima y hermosísima e inimaginable como te digo. Es una luz aún más noble y perfecta, sobrenatu-

---

[223] José de Santa Teresa: *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmelo,* lib. XVI, cap. 33.

[224] *Lirio y Hostia. Vida y virtudes de la hermana Juana Maria Angela del Niño Jesús,* por la Comunidad de MM. CC. DD. del Monte Carmelo, cap. 10, prfs. I y III.

ral-espiritual. Nada tiene de material o corpóreo; no impide la belleza de esta luz sobrenatural-material, pero esa luz es mucho más perfecta y, si puedo decir, mucho más sobrenatural.

Lo que dice San Juan en el Apocalipsis de la luz del cielo tiene aceptación para estas dos luces. Yo me gozo mirándolas y envolviéndome, en cierta manera, en ellas, para mirar a Dios y conocer a Dios y saltar de gozo alabando a Dios, y me parece contribuye al mejor conocimiento de lo que nos dicen los santos vieron en sus éxtasis o visiones.

Porque estos santos, muy numerosos y admirables, no veían ni el cielo, ni la luz del cielo ni a los ángeles o bienaventurados con los ojos de su cuerpo.

San Antonio veía esa luz en la oscuridad de la noche; Santa María Magdalena de Pazzis veía una hermosísima parte del cielo y la gloria de San Luis Gonzaga o de otros santos, cuando estaba con su comunidad en la oración a oscuras y cerrados los ojos, y como le decía a Jesús la Hermana Margarita al recibir esas visiones y esos gozos: *Que se van a dar cuenta las religiosas; que no estamos solos*. Y en las altas horas de la noche, como en lo retirado de su celda, veía y gozaba misterios inefables de Dios y las maravillas de sus ángeles ([225]). Los veían gloriosos y veían la luz del cielo en su celda, en el coro, a oscuras; no los veían con los ojos del cuerpo ni veían una luz material. Dios se los mostraba con una luz espiritual-sobrenatural en lo íntimo del alma en el entendimiento, en visión intelectual, que es la más segura y la más levantada y perfecta, y la que produce mayor gozo y más enseñanza, o se la mostraba dentro, en la imaginación, pero no en luz real y natural.

Atiende a las palabras de San Juan: *Dios Omnipotente es su templo con el Cordero. Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en ella. Porque la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes... No habrá allí noche* (Apoc 21, 22-25). Como nos dice el mismo Evangelista: *Dios es la luz y no hay oscuridad alguna en El* (1 Jn 1, 5).

—No sé lo que tú veras en estas palabras. A mí me descorren

---

[225] Matías del Niño Jesús: *Dios al descubierto en un Carmelo moderno*.

el velo de cuanto vengo diciendo y de lo que querría decirte.

—Yo —le dije— no veo nada más que una nebulosa muy brillante y que me atrae y aumenta las ansias de saber y de no sé qué de altura y bondad y hermosura.

—Pues yo —me respondió— veo un mundo de luz, de encanto, de bondad y de verdad sobre este cielo que esperamos ver y gozar y sobre sus moradores dichosos.

Si las almas santas que han sido regaladas aquí por Dios con visiones de cielo y de ángeles veían en la oscuridad, veían con los ojos cerrados en el recogimiento de su retiro y aun en compañía de sus hermanas las religiosas o religiosos estando en el coro sin que se diesen cuenta, era porque no veían ni con sus ojos corporales, ni con esta luz solar ni con una luz material; veían luz espiritual y sobrenatural y les producía efectos y gozos inenarrables y ponía en un momento conocimientos insospechados, aun cuando fuesen grandes teólogos, como aconteció a Santo Tomás, que en un momento de visión que Dios le hizo, vio y entendió más grandezas, verdades y misterios de Dios, que cuantos antes tenía con los estudios de toda su vida. Ven y entienden con una luz especial que Dios les comunica, y con ella ven y entienden misterios de Dios y de las almas.

¿Qué no verán los bienaventurados con esta luz intelectual, espiritual-sobrenatural? Y aun en la luz material-sobrenatural cuánto no verán. Esta luz lo penetra todo, lo ilumina todo; es bellísima, regaladísima, clarísima, pero sutilísima. No hay materias ni rocas que no penetre; esclarece el centro de los astros y la distancia de las galaxias. Ilumina los corazones y las almas y todo lo transparenta.

Yo veo cómo Dios, con esta luz o estas luces sobrenaturales-espirituales, esclareció el entendimiento o la imaginación de tantas almas santas como ha habido y aún en la actualidad existen, aunque en estos momentos no tantas, y les mostró, generalmente durante la oración, lo invisible, y ángeles y bienaventurados del cielo y la gloria que gozaban, y maravillas del mismo cielo y la luz sobrenatural que lo iluminaba y embellecía. El cielo es día perpetuo, sin nubes ni turbaciones. La luz del cielo es sobrenatural, encantadora.

126.—Pero hay otra luz, como te decía, superior a éstas, sin

comparación. De esta luz no podemos dudar. Nos lo dice la Divina Escritura con certeza. Pero no vayas a figurártela algo semejante a ésta o a algo que conozcas. Es la Luz Eterna. Esta luz hace saltar de gozo al solo pensar en ella. San Juan nos asegura: *Dios es la luz y no hay oscuridad alguna en El* (1 Jn 1, 5). Dios directamente, por Sí mismo, por su Verbo Eterno, por su Sabiduría Eterna, es la luz sobrenatural en la cual se ven todas las cosas con más perfección que en sí mismas. La Sabiduría Eterna ilumina, y esclarece y alegra con su luz sobrenatural-espiritual el cielo, y todas las inteligencias, y todas las sustancias de los ángeles y de los bienaventurados y todo cuanto existe, y mucho que no existe y existirá o podrá existir. En el Verbo veremos todo junto, simultáneo y detalladísimo y perfectísimo, con más perfección que tienen los seres en sí mismos, y veremos la razón de todos y conoceremos los sentimientos y deseos.

De esta Luz, que es el mismo Dios, decía San Agustín: *Aumenta en tu imaginación millares de veces, si puedes, esta luz del sol, ya sea en volumen, ya en claridad centelleante* ([226]); pero no es esta Luz como la luz del sol, porque no hay ni comparación. A Dios no se le puede comparar con nada si no es analógicamente, en sentido muy diferente. ¡Oh conocimiento altísimo, clarísimo y gozosísimo el que se tiene en esta Luz Eterna! ¡Oh gloria deleitosísima con que se ven y gozan todas las cosas en Dios! ¡Oh delicia y complacencia inenarrable con que se aman, se conocen y leen los pensamientos y los amores de los bienaventurados en el mismo entender y amar infinito de Dios! ¡Oh Luz divina, que comunicas exaltación de dicha y de amor glorioso en la jubilosa e infinita fulguración de Dios! ¿Cuándo iluminarás mi entendimiento e inflamarás mi voluntad en tu purísimo lucir para que vea en tu hermosura infinita la belleza y el gozo de los bienaventurados y del cielo? ¿Cuándo me comunicarás tus inefables misterios en el regaladísimo silencio con que se comunican sus dichas y gloriosos amores los ángeles y los bienaventurados sin posible engaño ni error? ¡Oh gozo deseado y continuamente esperado! ¿No me va a saltar el corazón de contento pensando en ti?

---

[226] San Agustín: *De la Trinidad,* lib. VIII, cap. 2.

Y dijo, tiernísimo e impresionante:

—Amadísimo, ¡qué inmenso gozo siento pensando en Dios, Sabiduría Eterna y Luz perpetua de felicidad y delicia! ¿No le tienes tú?

San Juan nos dice la hermosura y pureza de esta luz: y el cielo, la ciudad celestial, *no necesita sol ni luna que alumbren en ella, porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes* (Apoc 21, 23); esto es, vivirán su dicha, conocerán, se amarán y se gozarán los ángeles y los bienaventurados. Porque todos viven y gozan la dicha en el mismo Dios infinito.

Esta divina luz anunció el Señor en sus Salmos, diciendo: *Andarán o vivirán los bienaventurados en la luz de tu rostro* ([227]). Y el rostro de Dios es el Verbo Eterno, la Sabiduría Eterna, la Segunda Persona de la Trinidad, Jesucristo, el Amado del alma. El bienaventurado en el cielo lo ve todo en el Amado del alma, en Jesucristo. Porque la Segunda Persona, que es la Sabiduría, es una misma naturaleza y un mismo Dios infinito y simplicísimo con el Padre, que es el Poder infinito, y con el Espíritu Santo, que es el amor infinito. En la Sabiduría Eterna está el Poder eterno y el amor infinito, un solo Dios, en un mismo acto infinito. El alma bienaventurada todo lo ve, conoce, posee y goza en Dios, el Amado del alma, en la Persona de Jesucristo. Como en Dios todo es vida y vida infinita, también en Dios todo es luz, luz espiritual e infinita; y *el Verbo era la luz de los hombres* (Jn 1, 4). Los ángeles y los bienaventurados en el cielo o en la bienaventuranza viven y gozan y ven en esa luz.

Y si tú y yo —me insinuó cariñoso—, aquí donde estamos o dondequiera que estemos, vivimos, estamos y nos movemos en Dios, ni nos podemos salir de Dios, que nos está dando la vida y el palpitar y el entender y cuanto tenemos, los bienaventurados en el cielo viven, ven, entienden y gozan en esta luz de la Sabiduría Divina, de la esencia divina, luz sobrenatural, espiritual, divina; viven y entienden en la luz increada y en la vida del mismo Dios y su misma felicidad. De la luz creada, por pura y hermosa que sea,

---

[227] Salmo 88. 16. *El rostro de Dios,* San Agustín: *De la Trinidad*. IV, 1-3. San luan de la Cruz, C. esp. c. I.

corpórea o puramente espiritual, a esta luz increada, que es Dios, hay una diferencia infinita. Porque ella es el mismo Dios y en el mismo Dios, y todo lo esclarece y viste de hermosura y alegría. Porque es en el mismo Dios, decía antes que no están unos bienaventurados más distantes de Dios que otros, todos están en el mismo Dios. En Dios entiende el entendimiento de todos y de cada uno con su divino entender y en Dios ama y goza la voluntad con su mismo amor y gozo; entiende y ama el alma. Pero no todos entienden y aman con la misma intensidad y perfección, y a esto se llama estar más cerca de Dios. Todos vemos en la luz y con la luz del sol, pero no vemos todos con la misma perfección los objetos.

Como entiende y ve el alma con el entendimiento directamente en Dios o en el otro ángel o bienaventurado, el lenguaje y la comunicación del cielo es en el silencio, y las dulcísimas armonías y bellezas son en el silencio. Como todo es espiritual y directo en Dios o en unos espíritus con otros, no es posible ni el engaño ni la equivocación. Es la certeza de la verdad y del gozo. Es la comunicación de la verdad, del amor y de la luz directamente de alma a alma, y es comunicación purísima, perfectísima; no cabe estridencia alguna, ni divergencia, ni distinta opinión. Es la verdad pura.

127.—La hermosura de esta Luz, de esto tan divino y gozoso que me explicaba del cielo y su luz, me subyugaba y atraía con gozo. Y en deseo de saber más, le insinué de nuevo:

—¿Y cómo ve el alma? ¿Cómo ve el entendimiento?

Y él, apacible y bondadoso, me miró y preguntó a su vez:

—¿Y cómo ve tu alma aquí con los ojos y ve todos estos objetos? —ante mi silencio a su pregunta explicó él mismo—: Quien ve es tu alma; quien se da cuenta es tu alma. Un cadáver tiene ojos, pero no ve; ya no está allí el alma animándolo. Tu alma ve aquí mediante los ojos, como con el telescopio acercas las estrellas que no ves, pero las ves tú, no el telescopio, y tu alma es la que ve. En el cielo el alma ve a Dios en esa luz de Dios y en esa luz ve los espíritus y los seres de la creación toda y los ve clarísimamente, sin temor a equivocarse. Y los ve de cerca, no sólo en la superficie y por los efectos, sino en lo interior y conociendo sus causas y su origen y su desenvolvimiento. Ve y conoce la esencia misma de los seres con sus propiedades y cualidades. Ve la razón de los seres y

de los hechos. Ve lo interior de los cuerpos y les pensamientos y amores de los espíritus. Y, como te decía, ve el amor y entusiasmo y gozo de unos para con otros,

¡Oh beatísima Luz, que ya comunicas la misma Verdad y el gozo de la Verdad! ¡Oh Luz dichosísima, en quien para siempre viviré! ¡Oh Dios, infinita Verdad, infinito Amor y Luz infinita! En Ti ya no hay engaño ni error. En Ti no hay incomprensiones ni tristezas. Eres la Verdad e iluminas la Verdad. Eres el Amor y llenas de Amor. Eres la dicha y comunicas felicidad. El gozo es tu alabanza.

¡El cielo es Dios! —me dijo emocionado—. ¡Dios es la felicidad y la dicha! El cielo es luz, la luz indeficiente y eterna, luz de gozo y de verdad. Todos los bienaventurados y ángeles están en Dios, en el gozo glorioso y en la luz de felicidad de Dios. En esta Luz, que es la Sabiduría divina, veremos la Luz, o sea, veremos a Dios mismo *como es, cara a cara* (1 Cor 13, 12); le veremos directamente en su esencia y estaremos en su dicha y en su vida de felicidad. Le veremos infinito en todo bien, creador, conservador y glorificador de todos. Si en la tierra *ningún hombre vio jamás a Dios ni le puede ver, porque vive en una luz inaccesible* (1 Tim 6, 16), desde el momento en que Dios comunica la luz de gloria al alma, se hace accesible o visible al alma en su magnificencia, grandeza y gloria infinita. Con la luz de gloria le ve el alma como le ve el ángel. Viéndole, el alma se llena de dicha y de felicidad y se hace bienaventurada para siempre, viviendo y exclamando en la exaltación de la dicha y en el éxtasis de la felicidad y del gozo: a ¡Oh Luz beatísima, que con tu suavísimo resplandor me has llenado de la vida y sabiduría infinita de Dios en toda mi capacidad de entender, amar y gozar, y me has envuelto y saturado en tu gloria infinita, haciéndome feliz para siempre, bendita seas! ¡Oh luz felicísima de la Omnipotencia del Padre, de la Sabiduría del Hijo y del Amor del Espíritu Santo, que esclareces los ángeles del cielo, llenándolos de la Sabiduría sobrenatural e inflamándolos en la jubilosa delicia del Amor Eterno y te has dignado llenar también a mí, bendita seas! ¡Oh luz purísima de Dios, que embelleces y llenas de armonías intelectuales-sobrenaturales, superiores a todo sonido, embriagando las almas en tu dulzura llenas todos los mundos, transformas en dicha todos los bienaventurados, llena y embriaga mi alma e imprégnala en tu regalo para que alabe a Dios perpetuamente en éxtasis de

divino amor! ¡Oh reinado dichoso de la verdad gloriosa, en la unidad del amor, donde ya no hay opiniones variadas ni distintas! Todos viviremos la gloria de Dios.

128.—Perdona —me dijo, humilde—, que, mirando a esta Luz Eterna, no puedo menos de admirarla y pedirle al Señor me la conceda —y continuó—: ¡Oh Luz Eterna, santifica estos dos hijos tuyos y santifica todos los hombres! Que nos demos ahora cuenta de que vivimos en Ti, empapados y saturados de Ti, que eres la Luz, ahora por la gracia sobrenatural, para que nuestras obras y nuestros deseos sean irradiaciones de tu bondad, de tu resplandor, de tu hermosura.

Después de esta Luz increada y eterna, iluminan también y forman la delicia y felicidad del cielo la luz sobrenatural espiritual pura, y la luz sobrenatural-material, donde viven y gozan y se deshacen en alabanzas jubilosas los bienaventurados.

La luz natural y de los astros, con toda su hermosura, es como si no contara ni existiera en comparación con estas luces sobrenaturales.

No es astro alguno físico determinado el lugar del cielo donde moran y viven los ángeles y bienaventurados. Es esta luz pura sobrenatural. Y el cielo infinito, y la dicha verdadera es Dios, el mismo Dios infinito. Como Dios está íntimo y presente a todas las cosas y está dando vida y hermosura a todo, todas las cosas están en Dios; y en Dios glorioso, que manifiesta y comunica ya su gloria, están los bienaventurados. No está lejos ni a distancia. Estamos en Dios y estamos gloriosamente en Dios glorioso.

Ahora no podemos ni figurárnoslo ni comprenderlo. Dios no tiene contornos ni figura. Dios es simplicísimo e infinito en toda perfección y nos dará a poseer y gustar todas sus perfecciones y siempre estaremos en ese gozo ahora incomprensible para nosotros; entonces será la delicia del entendimiento que lo verá clarísimamente y la gloria de la voluntad que estará llena de dicha.

CAPÍTULO XXI

DANTE CANTA LA LUZ DE LOS BIENAVENTURADOS EN EL CIELO

129.—Los poetas son creadores, como lo significa la palabra; creadores de fantasías y de bellezas de dicción.

Dante fue altísimo poeta y cantó el cielo ayudado de la mucha teología que sabía. Supo expresar con la mayor nobleza y elegancia qué es la gloria, como nos la enseña la fe y la teología. Difícil aspiración y altísimo ideal, superior a la capacidad del hombre. Y lo logró como nadie hasta ahora lo ha conseguido en la manifestación poética. Cantó la gloria no describiendo jardines y ciudades y fértiles praderas. Cantó la imagen de la belleza y de la alegría presentándola en la luz. No en esta luz del sol, sino en la luz más alta y más pura, en la luz del cielo. No dice lo que es la luz. Ni sabía ni podía. Es superior a toda poesía y a toda fantasía. Presenta la luz y canta la luz.

Los bienaventurados se presentan como luz, envueltos y llenos de alegría, iluminados y diáfanos en la luz. Su habla, su belleza, la música delicadísima que se oye o entonan es como de luz, espiritual, producida por la iluminación de Dios. Su alegría y dicha es la luz; el lenguaje, como la luz y la belleza, es en el silencio diáfano de la luz, en deleite espiritual puro. El silencioso lenguaje del cielo es de ángel a ángel, de alma a alma. Es la comunicación de la verdad que el bienaventurado hace en la verdad y transparencia de Dios, en quien todos están, en quien todos se comunican y gozan. Están en la Verdad y en la Belleza, donde todo se ve y se entiende junto y distinto, donde todo se tiene y se goza simultáneo y sucesivo.

El cielo es la armonía divina y la Sabiduría y Amor sobrenatural de Dios llenando al bienaventurado de todo bien en la luz del mismo Dios. El bienaventurado lo ve y lo goza todo en Dios, en la Sabiduría eterna, en la Luz eterna. El cielo es luz espiritual, creada y comunicada en la misma Luz increada donde todo es hermosura, donde todo se ve, donde todo se comprende y alegra. El entendimiento ve en Dios con la luz de gloria que Dios le ha comunicado.

El bienaventurado está envuelto en luz, porque está sumergido en Dios y lleno de la Verdad de Dios. En la Luz o Sabiduría de Dios ve a Dios y ve todas las criaturas y los seres naturales. Lleno el entendimiento de la Verdad de Dios, en que está sumergido y saturado, ve a Dios y ve la verdad y la realidad natural de la creación en todos sus seres y en su desenvolvimiento. Vive la vida y el gozo de la verdad en la Verdad eterna e iluminado con la luz del cielo.

Quiero recrear mi espíritu recordando algunas de las bellezas y armonías de esta luz del cielo que Dante hizo resaltar. Porque las armonías, bellezas y luces del cielo no se pueden expresar, aun cuando se pudieran concebir. Son impalpables, son bellezas puras, espirituales como es el alma; sobrenaturales como es el cielo, como es Dios. Cuando los santos las vieron no supieron expresarlas, y Dante no las vio. Fueron fruto natural de su ingenio y de su fe con la ayuda de Dios. Siempre será verdad que *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado en el cielo paro los que le aman* (1 Cor 2, 9). Nada se parece a Dios, y Dios es inefable, y es el mismo Dios quien se da y hace bienaventurado a quien se da.

130—De la luz del cielo dice Dante: *Vi yo más de mil resplandores venir hacia nosotros, y en cada uno se oía: «He aquí lo que acrecentará nuestros amores.» Y así como cada uno llegaba hacia nosotros, veíase el alma llena de júbilo en el claro fulgor que salía de ella... «Estamos encendidos por la luz que por todo el cielo se derrama...», me fue dicho por uno de aquellos espíritus* ([228]).

La luz, la armonía dulcísima intelectual-espiritual, la alegría jubilosa llena todo el cielo. Porque en ella rebosan los bienaventura-

---

[228] Dante Alighieri. *La Divina Comedia.* "Paraíso", canto V. vrs. 103.

dos, le dice a uno el poeta: *Bien veo que anidas en tu propia luz y que ésta sale por tus ojos, que brillan cuando ríes; pero no sé quién eres... Esto dije yo dirigiéndome al resplandor... Por exceso de alegría se me escondió dentro de su fulgor la figura santa* ([229]).

La armonía del canto dulcísimo se oye en la luz, pero canto y armonía y luz son intelectuales, espirituales; el sentido no puede percibir tanta delicadeza. *Dentro de aquellas luces que antes nos aparecieron sonaba un Hosana tal, que nunca después me ha faltado el deseo de volverlo a oír* ([230]). Es la alabanza de regocijado agradecimiento y admiración a Dios Trino y uno, que los hace felices y no puede expresarse nada más que con alegorías y metáforas.

Así dice: *Aunque llame en mi ayuda al ingenio, al arte y a la costumbre, no podré decir lo que vi, nunca imaginado... Tal era aquí la cuarta familia del Altísimo Padre, que siempre la satisface mostrando cómo engendra al Hijo y procede el Espíritu Santo* ([231]).

Dante expone la doctrina de la teología, representada en su bienaventurada Beatriz, en la misma metáfora de la luz y de la alegría. Por eso esta armonía y esta luz y júbilo proceden de Dios omnipotente, Verdad y Amor Sumos, y son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en una única naturaleza. *Y oí en la luz más divina... una voz responder: Cuanto dure la fiesta del Paraíso, durará la irradiación de nuestro amor en torno a nuestro ropaje. Su claridad depende de nuestro ardor. El ardor de la visión celestial y ésta corresponde a la que otorga la gracia a la natural virtud* ([232]).

El entendimiento del alma bienaventurada lo ve todo con la luz de gloria que Dios la ha comunicado. La luz de gloria infundida por Dios levantó la capacidad de entender del entendimiento sobre su capacidad natural, y así levantado y fortalecido, puede ver ya a Dios directamente en su esencia. Y en Dios, en la esencia y Sabiduría de Dios, ve las perfecciones de Dios y ve también todas las cosas y todas las verdades. El entendimiento sobrenaturalizado

---

[229] Id., id., canto V, vrs. 124.
[230] Id., id., canto VIII, vrs. 28.
[231] Dante Alighieri: *La Divina Comercia*. "Paraíso", canto X, vrs. 43.
[232] Id., id., canto XIV, vrs. 34.

con esta luz de gloria es el que ve, y entiende, y posee, y goza todas las cosas en Dios con luz espiritual y sobrenatural. En esa luz ya no hay distancias, como no las hay para los espíritus, ni hay cuerpos o mundos opacos que impidan la visión y el conocimiento. Lo ve todo y no lejos, sino junto, simultáneo y detallado. El entendimiento, ya sobrenaturalizado y fortalecido sobre sí mismo con esta luz sobrenatural especialísima, queda por encima de las leyes de la naturaleza y lo ve y conoce todo y ve y trata gloriosamente con los ángeles y con los bienaventurados en Dios. No recibe la verdad o conocimiento por medio de los sentidos, sino que lo ve en la Sabiduría de Dios y en la esencia divina, donde no hay error y el conocimiento es exacto.

Su guía, Beatriz, irradiando más fulgor y más alegría por sus ojos, le dice: *La luz divina cae sobre mí, penetrando por esta en la que me envuelvo, y su virtud, unida a mi entendimiento, me eleva sobre mí de tal manera que veo la Suprema esencia de la cual procede. De aquí viene la alegría con que brillo, porque a la visión mía tan clara, uno la claridad de la luz que me ilumina* ([233]).

131.—No hay capacidad en los sentidos del cuerpo para poder percibir tan delicadas y dulcísimas armonías y luces, todas las cuales ayudan a la exaltación del éxtasis, que produce la visión de la esencia de Dios. La materia no puede percibir estas espiritualidades. Es el entendimiento *iluminado con la luz de gloria* el que ve, oye y admira las bellísimas luces de los que en la tierra fueron contemplativos, o de los que, viviendo en los claustros, mantuvieron puro su corazón, o de los Apóstoles y Doctores de la Iglesia.

El entendimiento ha visto desde aquel cielo *que es pura luz intelectual llena de amor, amor del verdadero bien, henchido de júbilo, júbilo que supera toda dulzura* ([234]). *Mi vista ni en la altura ni en la anchura se extraviaba, sino que disfrutaba enteramente de la cantidad y de la calidad de aquella alegría. El cerca y el lejos allí no ponen ni quitan, pues donde Dios gobierna sin intermedio, la ley natural nada significa... Y Beatriz le dijo: «Mira cuán grande es el*

---

[233] Id., id., canto 21, vrs. 83.
[234] Id., id., canto 30, vrs. 38.

concilio de las blancas vestiduras» ([235]).

Dante veía el cielo como una rosa donde estaban los bienaventurados, y dice: *Ni el interponerse entre la altura y la flor tanta multitud alada impedía la vista y los esplendores, pues la luz divina penetra por el universo..., de modo que nada pone obstáculo* ([236]). *Vista y amor, todo dirigía hacia un punto, hacia Dios* ([237]). Con esta belleza impalpable, espiritual, intenta hacer resaltar la alegría y la armonía y luz del cielo y dar relieve a la hermosura más grande y más deslumbrante. Los sentidos no alcanzan a percibirla, pero la goza el alma conociéndola. Son belleza, luz y armonía puros, espirituales e intelectuales, como el entendimiento que la percibe.

Brillando en esta luz incomparable, sobre angélica, presenta la hermosura de María y de Jesús, el Sol que enciende todas las luces. *Cualquier melodía, la más dulce que suene aquí abajo, y más atraiga el ánimo, parecería una nube que truena desgarrada, si se la compara con el sonido de aquella lira, que coronaba el más bello zafiro con que se adorna el más claro cielo* ([238]).

Sus ojos, cada vez más limpios, vieron *sobre millares de luces en el Sol (Jesucristo), que todas las encendía y por la viva luz trasparecía la sustancia luminosa tan clara a mis ojos, que no la podía soportar... No alcanzarían las musas ni a una milésima de la verdad cantando la santa sonrisa y de qué manera hacía resplandecer el santo Rostro* ([239]). ¿Cómo es ese rostro? ¿Qué encanto y atracción deliciosa hay en él? ¿Cómo irradia contento?

Levanté los ojos, y... vi una parte en lo más alto que sobrepujaba en claridad a todas las demás... Y en aquel Rostro... vi sonreír a una belleza que infundía el gozo en los ojos de los demás santos y... no me atrevería a expresar lo más mínimo de sus delicias. Era la Virgen ([240]).

La voz de luz le dijo: *Debes saber que todos los bienaventura-*

---

[235] Id., id., canto 30, vrs. 118.
[236] Id., id., canto 31, vrs, 20.
[237] Id., id., canto 31, vrs. 27.
[238] Id., id., canto 23, vrs. 97.
[239] Id., id., canto 23, vrs. 28.
[240] Id., id., canto 31, vrs. 133.

dos reciben un placer tanto mayor cuanto más su mirada profundiza en la Verdad, en la cual se calma toda inteligencia. Aquí puedes advertir cómo se funda la beatitud o felicidad en el acto de ver, no en el acto de amar, que viene después, y la contemplación es medida del mérito ([241]).

Y su entendimiento fue fortalecido con la luz de gloria para poder ver a Dios, sin la cual es imposible *ver el resplandor infinito... ¡Oh abundante gracia por la cual osé fijar la mirada en la Luz eterna hasta que la vista agotó su posibilidad... Aquella Luz causa tal efecto, que no es posible apartarse de ella para mirar otra cosa..., porque en Ella está todo el bien, que es el objeto de la voluntad, y fuera de ella es defectuoso lo que allí les perfecto* ([242]).

¡Oh Luz eterna, que sólo en Ti existes, sola te comprendes y que por Ti, inteligente y entendida, te amas y te complaces en Ti! ([243]). Su fulgor y su delicia habían satisfecho todos sus deseos.

Ya el entendimiento levantado e iluminado sobre su capacidad natural de entender con la luz de gloria veía a Dios en su esencia y en Dios veía y gozaba todas las cosas y todas las sonrisas y delicias de los bienaventurados y ángeles. Veía no con esta luz del sol que ilumina la tierra ni con los ojos de su cuerpo; veía con la luz pura, espiritual, sobrenatural, que todo lo ilumina y esclarece. Veía con la luz sobrenatural especialísima del cielo. Era feliz.

---

[241] Id., id., canto 28, vrs. 106.
[242] Id., id., canto 33. vrs. 100.
[243] Id., id., canto 33, vrs. 124.

CAPÍTULO XXII

LA LUZ DE GLORIA

132.—Con frecuencia he pensado y pienso en el cielo, en la hermosura, claridad y luz del cielo. He procurado leer en las vidas de los santos, que tuvieron visiones del cielo, lo que dicen de su luz y de sus armonías, confrontándolas con los principios de la teología, para adquirir conocimientos e ideas sobre la hermosura del cielo, y me han enseñado más los santos, siempre que sus revelaciones estaban conformes con la teología, que los teólogos. El teólogo sólo debe explicar la fe o la revelación de Dios.

Un bálsamo de contento y gozo ungió mi espíritu al saber que la luz del cielo no es esta luz de los astros que da claridad a la atmósfera e ilumina la tierra, con la cual luz nuestros ojos ven la hermosura de la naturaleza, el matizado de la aurora y de las flores y la diversidad de los seres.

Con alegría cerré los ojos para fijar la mirada de fe dentro de mi alma, y dentro de mí vi a Dios infinito y amorosísimo, Creador de la luz sobrenatural, espiritual, purísima en la inmensidad del espacio, y vi también una luz sutilísima, material, también sobrenatural, difundida por todo el universo, luz invisible a estos ojos del cuerpo, en la cual viven los ángeles y los bienaventurados. Las sustancias espirituales, ángeles o almas, ven y conocen en estas luces, comunicándose mutuamente la verdad clara y exacta en la intimidad gozosa del silencio. En estas luces ven y conocen también los mundos y los seres materiales que existen con sus propiedades y perfecciones.

En la luz sutilísima, material y sobrenatural difundida por todo el universo, verán y vivirán los cuerpos gloriosos de los bienaventurados.

Los ángeles y las almas ven directamente con el entendimiento y ven con toda claridad y con toda precisión la verdad, y mutuamente se ven y se comunican los pensamientos y amores, no con palabras, sino la verdad misma, sin posible engaño ni incomprensión. Es la verdad misma.

Y llénate de gozo, alma mía, viendo por encima de estas luces sobrenaturales y purísimas la Luz increada y eterna, que es Dios, el mismo Dios, en su Sabiduría eterna e infinita. Porque los ángeles y los bienaventurados viven y tienen su dicha en la misma sustancia y vida de Dios. En Dios, en su misma Sabiduría, todo lo ven y conocen simultánea y detalladamente, sin posible error. Se comunican sus pensamientos y sus amores, sus mutuos gozos y felicidad en la misma esencia creadora de Dios, en quien moran. Ven clarísimamente los pensamientos y gozos o verdades que mutuamente se quieren comunicar. Y mutuamente se gozan en sus gozos y en su perfección en alabanza gloriosa a Dios.

Gozaba yo en mí mismo viéndome lleno y envuelto en esa Luz infinita de Dios y que Dios me llenaba y envolvía en la luz creada sobrenatural, que me hacía feliz. Nunca me la había podido figurar. Tampoco ahora puedo, porque lo espiritual, y con más razón si es sobrenatural, no tiene figura, ni límites, ni contornos. No puede pintarlo la imaginación ni aun el entendimiento. Pero da mucho contento saber que tiene que ser así; que los bienaventurados, como los ángeles, viven en Dios viendo y gozando su hermosura; que se ven a sí mismos y ven a los demás y todos los seres y verdades en Dios y tienen su delicia en la misma delicia de Dios. Viven la luz y el gozo de Dios y en la Luz y gozo de Dios, todo lo ven y poseen. En la Luz y Visión gloriosa de Dios se conocen y comunican mutuamente cuanto desean, no por palabras, sino directamente la verdad misma en gozo y sin posible engaño, error o incomprensión.

133.—El conocimiento de esta verdad excitó en mí otro deseo no menos santo y delicado ni menos vehemente. Intenté también satisfacerlo.

Con la confianza que tenía en la santidad y ciencia de aquel religioso recogido, me atreví a decirle aún:

—Bien conoce mi deseo de instruirme en estas verdades tan hermosas y altas como poco oídas, porque ni aun en la predicación

y explicación doctrinal las oigo, a pesar de ser fundamentales y tan alentadoras. Mucho le agradezco cuanto de la luz del cielo me ha explicado. Pero he oído que en el cielo se nos infunde la *luz de gloria,* e ignoro qué es esa luz o si es esta misma luz del cielo. Mucho agradecería me explicara qué es esa luz que nos da la visión de Dios y qué veremos en la visión de Dios para que nos pueda hacer felices y dichosos para siempre, como nos enseña la fe. Conociendo estas verdades se fortalecerá mi fe y me esforzaré más para amar a Dios y santificar mi vida.

—¡Oh amadísimo! —me dijo en seguida con apacible bondad y sonriendo—. Yo creo en estas verdades tan sublimes y me llenan de esperanza y ánimo, y me complazco en meditar continuamente sobre Dios y sobre el cielo y su vida feliz, y quiero no apartar su consideración de mi memoria. Pero no poseo conocimientos claros ni profundos sobre esas verdades. ¿Y quién puede tenerlos? Ni los teólogos más preclaros los tienen. Tienen la fe. Si algún santo vio algo extraordinario por una gracia muy especial de Dios, no supo decir nada; sólo le quedó la admiración y la alabanza a Dios, y, como ya te dije, Santo Tomás, con todo su talento y continuo estudio y con la profundidad y precisión de palabras que todos admiramos, en sólo unos instantes que recibió esta luz de Dios tales cosas vio de lo sobrenatural, que no se atrevió a escribir más, y dijo que cuanto había escrito era todo como paja, y lloraba de amor y alababa al Señor, no apartándose del sagrario, y vivía en admiración, como fuera de sí.

Yo quiero meditar y mirar estas verdades de luz, que son las más hermosas, me abren más dilatado y hermoso horizonte y me animan a vivir la vida recogida y a practicar la virtud y el sacrificio. Quiero estar y vivir con Dios, sólo para El, que es como viviré también con más provecho para el prójimo, y pienso lo más que puedo en el cielo, porque deseo tener el conocimiento más perfecto que me sea posible de mi Patria dichosa para toda la eternidad. La consideración de Dios y del cielo hace la vida de retiro y de recogimiento un cielo anticipado, pero no admite disipaciones mundanas, o deja el retiro de ser cielo y se convierte en carga insoportable. Para que te sea cielo el retiro, decían, entre otros muchos santos, San Anselmo y San Romualdo, desecha todo recuerdo de mundo... Mundano y cielo son incompatibles, como lo son recogido

y disipado.

Estas verdades sobrenaturales llenan mi alma de alegría. Disfruten otros con disipaciones de diversiones, de excursiones, de cuentos, de curiosidades y regalos. Yo gozo en estar pensando y como envuelto en estas bellezas sobrenaturales y vivirlas. A nadie envidio por sus risas de mundo y correrías de ver países y monumentos. Yo me recojo en la belleza y en la luz de Dios y lo tengo todo. Por eso leo las vidas de santos y cierro muchos ratos los ojos mirando a Dios y mirándome envuelto en Dios y mirando a Dios en mí, y estoy con El para amarle más y amándole conocerle mejor. Para que cuezan en mi alma estas ideas como decía un filósofo envolviendo su cabeza con el manteo sacerdotal para pensar. ¡Y qué buen Maestro es Dios para el que quiere ser su discípulo, y su hijo, y su enamorado! ¡Y qué buen Enamorado del alma es Dios! ¡Qué amoroso! Cogido de su mano, me recreo y gozo en todas esas bellezas del cielo en su compañía, y mi retiro y silencio se transforman en una delicia anticipada del cielo. Mi celda se hace cielo de luces y armonías calladas y espirituales, pero gozosísimas cuando Dios quiere.

134.—Sabrás que nada recoge tanto mis potencias ni alegra tanto mi espíritu como poner mi atención en la hermosura infinita de Dios y fijarme, con mirada de oscura y dilatada fe, en el Ser infinito de Dios, que, como infinito, es Suma Sabiduría, Sumo Poder y sin límites en la Bondad y en la Hermosura. Dios, Sumo Bien, llena el cielo de insospechable alegría y delicia y también llena mi alma.

El cielo será mi Patria verdadera y feliz para siempre y la Patria de todos los bienaventurados y ángeles, y Dios será mi vida dichosa. Dios ha creado el cielo y la alegría y deleite del cielo para que sea morada gloriosa de sus escogidos. En el cielo, por encima de todas las delicias, se da el mismo Dios y da o comunica su misma vida gloriosa a los bienaventurados. Por eso yo experimento también que sólo mirar al cielo me recoge y alegra. ¡Oh suspirada y soñada Patria de la dicha, donde se vive al mismo Dios!

—Quiera el Señor —le dije— me recoja y alegre también a mí y me esclarezca el alborear de tan dichoso día y tan embelesadora como deseada morada. ¿Y qué será la luz de gloria? —insistí yo—. ¿Qué se verá en la visión de Dios y qué será esa visión para llenar

y saturar a todos de felicidad perpetua en todos los deseos del alma? Porque veo que la luz de gloria es distinta de la luz del cielo de que me acaba de hablar.

—Dios mío —me dijo entre acobardado y gozoso—, Dios mío, ¡qué maravillas diría yo de esta luz y Visión de Dios, que me pides, si yo supiera decir: «El hermosísimo fulgurar de tan altísima luz asombra y corta toda expresión»!

¡Oh Luz beatísima, ilumíname ahora! Juzgo que mientras el hombre vive en la tierra no puede tener noción concreta y precisa de lo que es la Luz de gloria, como no la puede tener de lo sobrenatural. Aunque más claro te lo diré en seguida, la Luz de gloria es la infusión de la capacidad y fuerza de entender que Dios pone en el entendimiento creado, levantándole sobre su entender natural al entender sobrenatural y dándole un conocimiento sobrenatural extraordinario, vital y permanente para ver y entender directamente el Ser infinito de Dios con sus atributos o perfecciones.

Cuánto se ve en la visión directa de la esencia de Dios, Ser infinito, es imposible vislumbrar ni entender. Esto nos muestra, al mismo tiempo que lo maravilloso de este den de la Luz de gloria, la infinita Grandeza y Hermosura que se ve en Dios.

Ver a Dios en su esencia es ver la perfección infinita y el infinito Bien. Es la gloria verdadera y el deleite de dicha y satisfacción. Ni ya se puede dejar de mirar a Dios, siempre admirándole y deleitándose más. Porque en Dios se ven, conocen y entienden todas las demás cosas. Pero la gloria y el gozo producidos por el conocimiento y posesión de toda la creación y de todos los demás seres, aunque sea también inconcebible, es como nada ante el gozo de Dios; es como un satélite, como un átomo diminuto y de nada alrededor de este Sol, de esta claridad infinita, que crea y embellece todas las hermosuras; es, como antes te dije, menos que una cerilla encendida metida en el centro refulgente del sol.

Sólo Dios es la dicha o felicidad, y la gloria verdadera, no porque lo demás no comunique gloria verdadera, sino porque Dios es la gloria esencial y lo demás es todo don recibido de Dios y como nada ante lo infinito de Dios.

Ningún entendimiento criado tiene capacidad para ver la infinita esencia de Dios, y para que pueda verle, el mismo Dios le robustece con la luz de gloria.

Dios es un Ser sobrenatural. Es el único sobrenatural por su mismo Ser. Su naturaleza es tan alta, tan sutil o inmaterial, que los entendimientos no tienen de suyo agudeza o poder para verle con su entender natural. Dios los robustece y comunica un poder o una capacidad de entender más alto y sobrenatural, y aumentada así lo que llamaré, para darme a entender bien, la perspicacia o agudeza del entendimiento, queda éste preparado, fortalecido y con capacidad para ver ya directamente a Dios en su esencia, y en la esencia de Dios ver sus perfecciones infinitas, porque en Dios todo es esencia, y ve también todas las demás cosas. Desde el momento en que el entendimiento y el alma reciben esa fuerza, esa vista y vida nueva, quedan sobrenaturalizados, endiosados, empiezan a ver a Dios y empieza la gloria y la dicha. En Dios ve, conoce y goza gloriosamente todas las cosas. Esta es la Visión de Dios, ésta es la felicidad gloriosa.

Esta Luz de gloria, esta fuerza y vida nueva la infunde Dios en el alma. Pero no es algo externo solamente, que se recibe; es también luz y conocimiento y vida propia del alma. Es don de Dios y es acto vital del alma. Como el alma, viendo a Dios, conoce a Dios y toma posesión de Dios, y vive la misma vida de Dios en Dios mismo, y Dios vive en el alma, la luz del cielo es también vida propia del alma, acto vital e íntimo del alma. Como los ojos reciben vida de la vida que Dios me da, también la luz de gloria que Dios me infunda es luz y vida propia mía y vitalidad de mi alma.

135.—Esta nueva y sobrenatural capacidad de entender que recibe el entendimiento o esta divinización del entendimiento y del alma por la luz de gloria recibida, no es en todos igual, sino en proporción de la gracia sobrenatural y del amor de Dios que el alma tenga al morir. Dios transforma la gracia y el amor de cada alma en luz de gloria; según sea la intensidad de la gracia y del amor, será la intensidad de la luz de gloria ([244]). Y según sea la intensidad de esta luz, será la claridad con que vea y goce a Dios y la claridad y la extensión de los conocimientos de los seres de la creación.

Como quieres que te lo explique muy claramente, voy a poner-

---

[244] Santo Tomás: *Suma Teológica,* I, q. 12, a. 5. *Salmaticenses De Visione Dei*.

te, si me es posible, alguna comparación, aunque casi no me atrevo, porque las comparaciones no son las realidades y resultan muy deficientes y con grandes impropiedades, y más si son del orden sobrenatural con el orden natural, pues no hay proporción entre un orden y otro. Pero no encuentro otros términos para expresarlo y explicarlo o, más bien, intentar aclararlo.

Miramos el firmamento y siempre nos parece novedad por tantísimas estrellas como brillan y le embellecen. Siempre nos admira tanta grandeza y tanto orden, y el asombro crece cuando se conoce algo de la inmensidad, de la magnitud, de la velocidad y brillo de esos que vemos como puntitos incandescentes y muchos de ellos son millones de veces mayores que el Sol en la magnitud, en la intensidad de su resplandor y calor y en la velocidad de su girar. Según nos dicen los astrónomos, todos parece se mueven al unísono hacia un punto determinado.

El que tiene mejor vista ve muchas más estrellas y más variedad. Y si en lugar de mirar sencillamente con los ojos, se mira a través de un telescopio, se agrandan los espacios, se multiplican las estrellas y su brillo, se acercan las constelaciones; se dilata el espacio y aparecen las super-galaxias y constelaciones nuevas y más admirables, las cuales no se veían con la simple mirada de los ojos. Son los mismos ojos, pero ahora ven muchísimo más con la ayuda del telescopio, y la admiración es mucho más intensa, porque el telescopio ha dilatado el campo y la claridad de la visión en proporción de la perfección del telescopio. Y lo mismo admiramos en el mundo de lo diminuto. Con un buen microscopio se ven hasta los microbios, que tanta importancia tienen y tanta maravilla encierran. Son los ojos los que ven, pero no podrían ver todo eso sin el auxilio de los instrumentos.

Al comunicar Dios la luz de gloria no pone un telescopio en nuestro entendimiento; pone lo que es inmensamente más maravilloso: pone o infunde una nueva perfección sobrenatural, una energía o fuerza nueva sobrenatural, en el entendimiento del bienaventurado, no fuera del alma, como el telescopio y los lentes están fuera del ojo, sino en la misma alma; es energía vital o vida de la propia alma gloriosa; esa fuerza nueva sobrenatural es participación del mismo entendimiento divino; con ella el alma se hace deífica ya gloriosamente. Mientras vivimos en la tierra, la gracia pone vida

sobrenatural en el alma, y la hace participante de la naturaleza de Dios, pero no se hace sensible ni la hace gloriosa ni asegura su permanencia; se puede perder y muchas veces se pierde. La Luz de gloria da al entendimiento una capacidad de ver o entender que antes no tenía, y con el ver, el gozar. Con ella ya puede ver a Dios, ya recibe los gozos de Dios. Entra en la visión y posesión de Dios. Ya no se puede perder. Es bienaventurado para siempre. A eso llamamos la Luz de gloria.

Esta luz de gloria, como es transformación de la gracia que el alma tenía, tendrá la perfección que se tenga de gracia, y se verá a Dios y en Dios se verán o tendrán los conocimientos de todas las cosas criadas, no en proporción del talento ni de los estudios o conocimientos que en la tierra se tenían, sino según la perfección de esta luz de gloria y por lo mismo en proporción de la santidad de cada alma. Quien más amó, más verá de Dios y más conocerá del universo, de las ciencias criadas y de todos los seres.

136.—Al recibir el alma esta luz de gloria, que Dios la comunica e infunde, que es la transformación de la gracia en esa Luz, empieza la visión de Dios, empieza a ver directamente la esencia de Dios y las perfecciones divinas, empieza la felicidad, la gloria... Como cuando el foco está preparado y se pone en contacto con la energía eléctrica se hace incandescente y se hace luz, el alma se hace gloriosa viendo a Dios y empieza la felicidad que ya no tiene fin.

Con la luz de gloria recibe el alma las dotes gloriosas, que son perfecciones que embellecen el alma y sus potencias y la hacen feliz para siempre y sin interrupción.

Me parece haberte dado la idea de que la luz de gloria es una fuerza o vigor sobrenatural especial que Dios comunica directamente al entendimiento creado, sobrepuesta a la capacidad natural. Dios le infunde esa Luz o extraordinario modo de entender a modo de hábito continuo y permanente. El alma continuamente verá a Dios. Con la Luz de gloria el alma queda transformada, sobrenaturalizada gloriosamente y divinizada. Con la visión de Dios el alma participa y vive la naturaleza y vida gloriosa del mismo Dios. Esta participación es en proporción de la gracia y del amor que tenga.

El alma gloriosa es ya Dios por la unión perfectísima que el mismo Dios ha querido hacer con el alma comunicándola sus perfecciones, su poder, su saber, su gozar en el mismo Dios, como el agua con esencia de rosas huele a rosas, como la oscuridad se transforma en claridad cuando entran los rayos del sol, como el agua hervida en un manjar tiene la sustancia del manjar.

La luz de gloria, transformando y divinizando el alma, transforma y diviniza el entendimiento gloriosamente con la visión de Dios, y se transforma también la voluntad y la hace divina y gloriosa al recibir el alma las dotes de la gloria, que son la visión, comprensión y fruición.

Con la luz de gloria y visión de Dios el entendimiento está habitual y permanentemente en el más alto, activo, noble y gozoso entender. No está inactivo contemplando a Dios, sino en la total actividad de toda su capacidad de entender y en la más satisfecha delicia. Está entendiendo y entiende a Dios y todas las cosas en Dios y se llena de la gloria y delicia de Dios como el cristal en su diafanidad se llena de luz, como se hace fragancia el agua con un perfume, y el aire se hace luz y fragancia. El entendimiento es feliz y comunica su felicidad a la voluntad y a toda el alma con la visión de Dios glorioso y presente. Con la visión está viendo, entendiendo y viviendo en el mismo Dios, el Sumo Bien y la infinita delicia. Dios es feliz y glorioso en Sí mismo y lo es para el bienaventurado, pues el bienaventurado vive a Dios y Dios llena al bienaventurado de dicha. La visión de Dios es el premio de la fe con la cual en la tierra se guiaba y le veía segura, pero a oscuras, en ignorancia y tinieblas, sin entenderle ni gozarle. Ahora le ve en toda claridad y hermosura y vive su misma claridad y gozo.

La *comprensión de Dios* no quiere decir que el alma bienaventurada le comprende totalmente, sino que le tiene presente y le goza, y le tendrá y gozará siempre glorioso con seguridad. Para siempre será feliz estando en El, poseyéndole como premio de la esperanza que vivió en la tierra. Ahora posee lo que esperó.

Y la *fruición y gozo* es un deleite también presente, actual, lleno. La voluntad está rebosando en todo bien y amando en los mares de amor glorioso, como premio del amor con que en la tierra

amaba a Dios y de las ansias que tenía de amarle más ([245]).

Las dotes gloriosas del alma en el cielo son premios permanentes para comunicar la misma bienaventuranza y felicidad que se produce en la actividad altísima del entendimiento con la visión directa de Dios, conseguida por la Luz de gloria que Dios ha comunicado al entendimiento, transformándole en divino por participación.

¡Oh Luz divina! ¿Cuándo tomarás posesión de mi alma y levantarás y sobrenaturalizarás o harás deifico mi entendimiento para que ya viendo a Dios tome posesión gloriosa de Dios? ¡Oh Luz dichosa de gloria, que has llenado el cielo de divinidad e infundida en las inteligencias de los ángeles y de los bienaventurados los has llenado de la vida y de la felicidad del mismo Dios! Mi alma te saluda y te desea. ¡Oh Luz sobrenatural, que das colmada felicidad! Mi alma te desea y suspira por Ti. En Ti y contigo veré a Dios y seré feliz. ¡Oh visión de Dios! ¿Cuándo los ojos de mi alma se fijarán en Dios sin poder ya apartarlos a otra parte? ¡Oh beatísima visión de Dios en su esencia y en su naturaleza única y en sus tres personas infinitas en perfección! ¿Cuándo mi entendimiento se llenará de Ti? ¿Cuándo, Dios mío, te alabaré y ensalzaré en la jubilosa exaltación de gozo y delicia y de toda felicidad en compañía de los innumerables ángeles y bienaventurados? ¿Cuándo tomarás posesión de mí?

Me atreví a interrumpir sus exclamaciones y su entusiasmo repitiéndole:

—Pero ¿qué se ve en la visión de Dios para producir esa felicidad perpetua que tanto le entusiasma? ¿Cómo en esa visión quedará el alma saciada en todos sus deseos para siempre? ¿Qué será Dios y qué se verá en Dios para estar siempre en renovado gozo y dicha inconcebible y para siempre, para siempre? ([246]).

Me miró tierno y emocionado y me dijo: —¿Quieres saber qué veremos en Dios para ser tan felices para siempre? ¡Oh amadísimo! Veremos a Dios, viviremos en Dios su vida y su gozo. Cerre-

---

[245] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. II, número 27.

[246] *Salmaticenses De Visione Dei,* dip. 4, núm. 25. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí.* Véase el núm. 173.

mos los ojos y soñemos en el cielo; soñemos toda felicidad y contento, toda grandeza y hermosura. ¡Soñemos! ¡Oh dulce soñar! Pues todos esos sueños e infinitamente más veremos y gozaremos en Dios, y en Dios veremos todas las cosas. Miremos la visión y luz eterna y repitamos con el poeta místico, hablando con la Luz y Visión:

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido.

¡Oh Luz, oh beatísima luz, envuélvenos ya en tu suavísima claridad!

CAPÍTULO

LO OUE SE VE, SE ENTIENDE Y SE GOZA EN DIOS

137.—Al pretender hablar de Vos, ¡oh Dios mío!, para conocer algo de vuestras perfecciones y poder amaros más, reconozco la incapacidad humana para hacerlo. Los genios más grandes no pueden comprenderte, ¿cómo he de aspirar a mirarte yo tan pobre de inteligencia? ¿Y cómo determinarme a hablar de Ti?

Pero sé, amabilísimo Dios, que te agrada pensemos en Ti y hablemos de Ti, y nos lo mandas. ¿En qué cosa más amable y hermosa puedo pensar? ¿No da contento pensar en las cosas bellas y sorprendentes aun cuando no se comprendan? ¿Y no eres Tú la Bondad y la Hermosura y el Creador de todas las maravillas? Llenas de amor y virtud al alma que te contempla, y te desea y te ama. Tú das especial conocimiento de tus perfecciones a los pobres y humildes que te miran, te acompañan y sólo te desean a Ti. Gustan los padres que sus niños los miren, los amen, los recuerden, aun cuando los niños no comprendan todavía su valor, y Tú eres mi Padre. Dame, pues, por tu bondad y misericordia, conocimiento y expresión para decir algo de Ti, de tu grandeza y bienaventuranza; de tus perfecciones y delicias, de lo que serás para tus escogidos en el cielo, y me animaré yo y se determinarán cuantos esto lean a amarte con todas sus fuerzas, a entregarnos totalmente a Ti, a tenerte presente en el recuerdo y en el deseo, y Tú nos enseñarás, aun en la tierra, que no hay gozo como el gozo de estar alabándote a Ti.

Los santos más humildes, careciendo de ciencia humana, hablaban maravillas de Ti, enseñados por Ti mismo; gozaban en comunicar tu bondad, atrayendo con ello las almas a tu amor, y hacían sentir lo que David cantaba: *Alegraos, justos, y regocijaos en*

el Señor y gloriaos en El, vosotros, los de recto corazón (Sal 31, 11).

Si Tú me enseñas, como te lo pido, también yo, no sabiendo, acertaré a hablar de Ti, bondad y hermosura infinita, y de tus bondades y perfecciones y de las perfecciones y delicias que en Ti veremos y nos comunicarás en tu cielo.

La primera maravilla del cielo y la más incomprensible y admirable y causa de todas las demás y que produce la felicidad es la de ver a Dios directamente en su esencia. ¡La visión gloriosa de Dios infinito, el ver la esencia de Dios infinita en todo bien y en toda perfección! Es el pasmo de la admiración y gozo. Dios no sólo me mostrará todas sus perfecciones y me dará a entender su omnipotencia y su bondad, sino que viviré con Dios y viviré gloriosamente en Dios su misma vida, su misma felicidad, su mismo gozo. De todo participaré tanto cuanta capacidad haya hecho yo en mi alma.

¿Qué será no sólo entender, sino vivir gloriosamente con la misma gloria de Dios la vida infinita de Dios? La sabiduría de Dios y el poder, la hermosura y el júbilo de Dios será mío propio, dado por Dios según mi capacidad; lo viviré en Dios mismo, conviviendo con El y hecho una misma vida con Dios.

No me preguntéis cómo será eso, pero lo será. Dios me lo ha prometido y no dejará de cumplirlo. Al fijar el entendimiento en esta altísima verdad, queda absorto y fuera de sí de gozo y admiración y no sería creíble si no nos lo enseñara la fe. Pero es verdad cierta con toda certeza, aunque mi entendimiento no la comprende. Aun sin comprenderla totalmente da más luz a la inteligencia y pone mayor gozo en el espíritu que todas las demás verdades que se puedan conocer o aspiraciones que se puedan tener. El gozo del ciego de nacimiento que, ya adulto, recibe la vista perfecta de repente y en medio de delicias, no puede compararse con esta alegría.

Yo quiero desearla más y pensar en ella con preferencia y, si me lo permitiese mi flaqueza, tenerla presente con amor en mi memoria, sin interrupción, como los ángeles en el cielo. Es el gozo y la flor y el fruto de mi esperanza.

138.—Tengo, Dios mío, ansias de que Tú me ilumines con tu Luz. Ilumíname, te suplico. Tú mismo me enseñaste a tener ansias de Ti cuando decías por tu profeta: *¿Qué cosa puedo yo apetecer*

del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, Dios mío? (Sal 72, 25). *Eternamente estaré cantando las misericordias de Dios* (Sal 88, 2). Porque toda la belleza de la tierra y la creación entera y las más altas jerarquías de los ángeles, todo es ignorancia, oscuridad, fealdad y nada comparado contigo, con tu Ser infinito y con la inefable alegría y hermosura que tienes y comunicas al bienaventurado. Quiero hablar de Ti, de tus perfecciones y bondades, y del cielo para el cual me has creado. ¡Tú eres el cielo!

El hijo del rey mira a su padre y le abraza sin saber lo que es ser rey. Así yo te miro y te amo.

Santa Teresa, tan experimentada en gozos del cielo y tan expresiva, manifiesta sus ansias de ver a Dios hablando con El, y dice al mismo tiempo el vacío que sentía en las criaturas: *¡Oh deleite mío, Señor de todo lo creado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga!... ¡Oh, qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! Pues ¿cuándo, Señor, cuándo? ¿Qué haré, Bien mío?... ¿Por ventura desearé no desearos?* ([247]). *Toda la ansia es morirme entonces; no me acuerdo de purgatorio ni de los grandes pecados que he cometido por donde merecía el infierno; todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios* ([248]).

Desea ver a Dios directa e intuitivamente, contemplando su esencia infinita y gozando del gozo infinito de Dios en Dios mismo, y vivir gloriosamente la misma vida de Dios con su Sabiduría. Ese su gozo incontenible e insospechable, es la dicha consumada, es la felicidad perfecta. Con ella queda satisfecho todo deseo. Admirada, decía la misma Santa:

¿Qué será cuando veamos
a la Eterna Majestad?
¡Qué gozo nos dará verte! ([249]).

Porque la visión directa del Ser o esencia de Dios es el cielo

---

[247] Santa Teresa de Jesús: *Exclamaciones,* VI
[248] Id., id.: *Vida,* 20, 13.
[249] Id.: Poesías. *A San Andrés*.

esencial y es la felicidad, porque es gozar de su gozo y saber con su sabiduría.

¡Si me dieras, Dios mío, que pudiera decir algo de Ti, de esa delicadísima Bondad, Hermosura y Grandeza tuya y de la comunicación gloriosa de tu amor!...

Recréate, alma mía, y gózate ahora con pensamientos y bellezas de luz y hermosuras de cielo y de vida feliz de cielo pensando sobre las verdades que te enseña la fe y aun la misma filosofía. Sueña grandezas y recréate, que todo es nada ante lo que será dichosa realidad para ti y será para siempre. ¿Qué sentirás y qué empezarás a vivir cuando oigas que lleno de amor te dice Dios: *Entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25, 21). Porque en ese mismo momento te descorre el velo de la fe y la oscuridad se transforma en claridad y empiezas a vivir la realidad sobrenatural de la gloria del cielo y quedarás envuelta y hecha luz y claridad de gloria en la Sabiduría, en la bondad y en el esplendor de Dios.

En ese mismo momento te verá, Dios mío, mi alma directamente en tu Ser infinito, no discurriendo, sino viendo, contemplando. Veré, Dios mío, en Ti, con la luz de gloria que me hayas infundido, tu esencia infinita y tus infinitas perfecciones. Veré, gozaré y entenderé tu arrobadora beldad y quedará mi alma y todo mi ser lleno de tus mismas perfecciones y hecho felicidad y gozo en tu misma felicidad y gozo y viviendo para siempre tu vida feliz en Ti mismo.

En ese mismo momento, con tu visión, entraré en Ti, en tu vida y dicha, para ya nunca jamás salir de Ti ni dejar de ser gloriosamente dichoso. Tú eres mi centro de felicidad. ¡Oh momento deseado y deseable! ¿Qué veré, cómo veré y qué viviré en Ti para ser transformado para siempre en dicha y en felicidad? ¿Qué comprenderé y qué gozaré para quedar para siempre saturado y rebosando alegría y delicia? ¿Qué serás Tú, Dios mío, y cuál el alborozo y júbilo de tu vista para nunca ya querer ni poder apartar mi mirada de Ti?

139.—Es tan alta, tan llena de belleza, de luz, de ilusión, de inimaginable bien sin límites la idea que tenemos del cielo, que todos nos consideramos indignos de entrar a gozarle y, de suyo, es verdadera esa idea. Nadie es digno por sí mismo de ir al cielo. Pero

Dios nos ha creado para el cielo y quiere que todos queramos ir al cielo, mostrando la verdad del querer en las obras buenas. Dios no dejará de dar el cielo a todo el que con humildad y buenas obras lo quiera y se lo pida.

No hay tesoro alguno tan valioso, real o soñado, ni puede soñarse belleza o delicia alguna que pueda ser comparada con Dios. Dios es sobre todo lo creado, el infinito, el único Ser sobrenatural. Como el cielo esencial es la posesión de Dios por la visión de Dios, tampoco puede existir algo comparable con el cielo. Yo espero y confío, Dios mío, en tu bondad me llevarás al cielo, porque me has criado para el cielo y yo quiero amarte en la tierra y tener obras de virtud y Tú me quieres premiar en tu cielo. No es posible formarse una idea apropiada del cielo hasta que no se vea y goce.

El cielo y la gloria no es ver o conocer y vivir una belleza, un gusto o un encanto creado y deseado. Ni es vivir, poseer y gozar todos los bienes, todas las bellezas, comodidades e ilusiones que conocemos o podemos conocer en el mundo. La gloria es, como queda dicho, ver, conocer, vivir y gozar al mismo Dios, Creador de todas las bellezas, de todos los bienes y tesoros, de todos los encantos y deseos. Y Dios es infinito en todo bien y en toda perfección en saber y en amar, y sin límites en el poder y en el gozar e infinitamente glorioso y encierra en Sí todas las bellezas.

Del ser creado y finito, aun cuando sea el más levantado y noble, el que encierre más perfecciones y bondades y de mayor idealidad, al Ser infinito e increado y Creador de todo, siempre hay distancia infinita y no puede haber comparación no sólo entre un ser privilegiadísimo, pero ni entre toda la creación y Dios. Toda la creación con todas sus maravillas es como nada ante Dios. Ninguna criatura puede saber lo que es Dios, ni comprenderle o verle sin la luz de gloria. Ni el entendimiento creado del alma de Jesucristo puede totalmente comprenderle. Dios es, sobre todo, infinito. Sólo Dios puede comprenderse y se comprende todo actualmente, simultáneamente; Dios ha tenido y tiene y siempre tendrá todo presente. Dios es el ahora de infinita actividad, bondad y perfección. Ni el entendimiento infinito de Dios, en su infinito entender, puede jamás entender algo que no haya tenido, que no tenga, que no haya de tener siempre, ni puede adquirir ninguna novedad y no puede pensar nada mayor de lo que es, porque es todo el bien posible y

simultáneo.

140.—Y Dios ha criado mi alma y todas las almas para el cielo, para que tengamos allí eternamente su misma felicidad sobrenatural. Nos ha enseñado el camino por donde hemos de llegar; ha dado libertad para ir por él o salirnos del camino y nunca llegar. A todo el que se determina a andar por ese camino, regala Dios el sobreexcedente don del cielo. Y digo regala el don sobreexcedente porque, aun cuando Dios premia en el cielo según la más exacta equidad hasta un suspiro o un afecto de amor, el cielo se merece por pura bondad y largueza de Dios, y es tan espléndido sobre toda idealidad, que es como un regalo sobreexcedente de Dios para premiar en proporción de las obras buenas y virtudes realizadas exterior e interiormente y en proporción de la gracia.

San Pablo admiraba esta verdad diciendo: ni todos *los sufrimientos y penas de la vida presente son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8, 18), porque no están en proporción con la grandeza del premio que Dios da al bienaventurado en el cielo. ¿Qué será Dios? ¿Qué se verá, conocerá y gozará en Dios glorioso? ¿Qué será vivir su gloria?

Alma mía, recréate y gózate en mirar y admirar ahora ya esa infinita Verdad, hermosura y grandeza de Dios, que será tuya. Y ten presente que los conocimientos de los hombres no se parecen al conocimiento de Dios, como el ser de las criaturas tampoco se parece al ser de Dios, sino de una manera muy desvaída y lejana o impropia, sólo con una semejanza analógica, o sea: no teniendo las palabras el mismo sentido o la misma propiedad, sino una semejanza de proporción y muy diferente, como es diferente, aunque semejante, una estatua de piedra que representa un hombre o un león; pero que no es ni hombre ni león, sino un bloque de piedra muerta e insensible como era antes de labrada, sin poder tener vida aun cuando nosotros la llamemos Lope de Vega o Cervantes por tener su figura.

Porque en la tierra no podemos conocer a Dios directamente viendo su Ser, sino sólo por los maravillosos efectos de los seres creados, muy maravillosos, pero muy desproporcionados; nuestro conocimiento de Dios, aun el de las inteligencias mejor dotadas y más cultivadas, es muy imperfecto y como un borrón ante la verdad

y hermosura real e infinita de Dios ([250]), o como sombra de la realidad.

Ya al poco tiempo de haberse convertido San Agustín escribió: *El conocimiento que de Dios puede tener el alma (en la tierra) es saber que no le conoce* ([251]) *o le conoce mejor no sabiendo* ([252]). Y Santo Tomás dijo que *con razones de nuestra inteligencia podemos saber y probar que Dios existe..., pero no podemos saber qué es su esencia* ([253]), sólo que es infinita. Nuestro entendimiento no sólo no puede alcanzar a conocer su esencia, pero ni aun a formar muy remotamente una idea de lo infinito o que se parezca a su esencia infinita ni a sus infinitas perfecciones en una simplicísima e infinita perfección.

141.—Dios es el Ser infinito de infinita perfección en todo bien. ¿Y qué es el infinito? ¿Qué es la infinita perfección? Me entusiasma y llena de luz y de ilusión cuando pienso que Dios es todo lo que es mejor sin límite ni imperfección. Dios es un Ser y una perfección tal, que ni el hombre ni el entendimiento de los querubines ni el entendimiento del alma de Jesucristo pueden pensar nada mejor ni más perfecto, ni aun que se parezca o acerque a su infinita grandeza y perfección ([254]).

Dios no solamente es lo mejor y lo más grande y superior a cuanto las inteligencias criadas pueden pensar, sino que es de tal manera grande y poderoso y hermoso, que ni su mismo entendimiento, infinito como es, puede pensar nada mayor ni mejor, o algo que no tenga o haya tenido siempre ([255]).

¡Dios es la infinita perfección! Todos los demás seres que existimos somos seres naturales de otro orden más bajo y distinto de Dios. Todos tenemos algunas perfecciones, que Dios nos dio,

---

[250] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. med. XI, número 181.
[251] San Agustín: *Del Orden,* lib. II, 18, 47.
[252] Id., id., lib. II, 16, 44.
[253] Santo Tomás: *Suma Teológica,* I, q. 3, a. 4.
[254] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. med. IX, núm. 134, y lect. X, núm. 147.
[255] Un Carmelita Descalzo: *Dios en rní,* lect. med. IX, núm. 132, y lect. med. X, núm. 147.

muy pocas y muy limitadas. Dios es el único sol vivo de infinito resplandor, de infinito calor y de vida infinita. Los demás seres somos astros apagados y muertos, que recibimos luz y vida de Él, y nos parecemos menos a Dios que la estatua de piedra al hombre o león vivo. Comparados con Dios somos menos que sombras de la verdad y de la luz.

Ni aun tiene capacidad, como queda dicho, el entendimiento criado para ver directamente a Dios y necesita ser fortalecido, levantado y perfeccionado sobre su capacidad natural de entender. La luz de gloria que Dios le infunde levanta el entendimiento al orden sobrenatural, diviniza al alma. Con la luz de gloria sobrepasa los modos y la capacidad natural y ve directamente a Dios, entra en la visión de la infinita perfección y grandeza de Dios y a vivir su vida divina. El alma, por la visión de Dios, toma posesión gloriosa de Dios infinito y de sus perfecciones y gozos.

En la tierra nos acercamos al conocimiento de Dios viendo lo que Dios no es. Vamos quitando de Dios todo lo que no es perfecto o las perfecciones que encierran alguna imperfección, porque Dios es la perfección suma y absoluta y no puede haber en El ni aun sombra de imperfección o de menos perfecto. Dios tiene de un modo eminente las perfecciones relativas. Esto es: Dios no tiene en Sí las perfecciones que por su naturaleza encierran imperfección alguna con la realidad que ellas tienen en los seres que existen, sino de un modo más alto y perfecto, sin imperfección ninguna. Por eso Dios no es tierra, ni es flor, ni es armonía de sonido, ni esta luz del sol, ni tiene figura. Todas estas perfecciones son limitadas, finitas, compuestas, implican imperfección. Dios tiene lo que encierran de perfecto, pero no lo limitado e imperfecto. Dios las ha criado todas y las tiene de modo eminente, esplendoroso, perfectísimo.

Y Dios tiene las perfecciones absolutas de un modo tan perfecto y tan alto como no puede concebirse; ni aun con la luz de gloria en el cielo se pueden llegar a comprender en toda su perfección, porque es Suma e infinita.

Dios no tiene la belleza de la alborada, ni el matiz de la rosa, ni la fragancia de la azucena, ni la armonía del sonido, ni la variedad del firmamento estrellado. Todas esas perfecciones son muy limitadas y muy pequeñas e imperfectas. Dios las ha criado todas. Dios las tiene en Sí altísimamente de un modo eminente, espiritual,

simultáneas, con perfección sin límites. Dios es el Bien infinito y la perfección y armonía infinita en todo bien y en perfección total.

Dios no es mole inmensa como los astros; es el creador de los astros. Dios es la vida infinita y el acto simplicísimo de infinita perfección, capacidad y actividad. Dios es simplicísimo e infinito e indivisible. Porque es simplicísimo es indivisible y está totalmente en todas y cada una de las partes. Dios es la Vida infinita y está siempre viviendo la vida infinita en Sí mismo, en infinita actividad y perfección de entender y de amar, de gozar y de poder, y la vive actual, ininterrumpida y eternamente. Dios no puede gozar más de lo que goza, porque está en perpetuo gozo infinito, ni entender más de lo que entiende, porque está en el acto de infinito entender y todo lo tiene siempre presente, actual. Para Dios no hay pasado ni futuro; está siempre en el ahora de la eternidad. Dios siempre lo ha visto y lo ve todo y todo lo dirige y gobierna. Dios todo lo crea cuando determina o cuando quiere crearlo. Dios vive la vida infinita en infinita perfección dentro de Sí mismo, en su misma esencia, y la vive sin interrupción en infinito entender y en infinito gozar. Dios todo es inteligencia y omnipotencia. Dios es el Bien infinito y creador de todo bien.

142.—Dios es el Ser infinito en infinito entender y obrar. Sólo Dios puede entender total y simultáneamente su Ser infinito y sus infinitas perfecciones. Todo lo tiene presente, actual, en infinito gozo. Todo lo ha tenido y lo tendrá siempre presente. Todos estamos y están todos los seres posibles presentes en Dios. El entendimiento divino, entendiéndose a Sí mismo, engendra la Sabiduría infinita, en la cual todo lo ve y realiza; todo lo crea y conserva. El entendimiento que entiende y el entendimiento entendido son la misma naturaleza y la misma esencia. El entendimiento entendido es el Verbo Eterno, la palabra eternamente engendrada. El entendimiento que entiende es el Padre y el entendido es el Hijo y es la Sabiduría infinita.

El acto siempre ininterrumpido de entender y ser entendido eterna e infinitamente produce un Gozo infinito en Amor infinito y eterno: el Espíritu Santo. Esta es la Vida y el obrar eterno de Dios. Una sola esencia infinita, simplicísima y tres personas divinas. El entendimiento eternamente se ha entendido, y eternamente ha producido el infinito gozo y amor, y eternamente se entenderá y

amará.

Sólo Dios puede entender totalmente su Ser y sus perfecciones. Se entiende y las entiende todas en un acto continuo de gozo infinito. Dios no puede gozar más, ni puede pensar un gozo que ya no tenga. Goza el gozo infinito. Porque Dios y su obrar es espiritual, no necesita lugar para existir, existe en Sí mismo. Su ser es su existir. Porque es acto simplicísimo, su existir es su entender y su gozar, y porque es simplicísimo, es indivisible y está todo total en todas partes y en todo cuanto existe. Dios ha creado todas las cosas y las conserva y está continua e ininterrumpidamente presente en ellas por esencia, presencia y potencia; está dando el ser y las propiedades que tienen y conservándolas y gobernándolas; Dios está más íntimo en los seres, y en mi alma, y en mis potencias, que yo a mí mismo. Yo no conozco mi constitutivo ni mi ser. Dios ha hecho mi organismo, ha creado mi alma y me conserva la salud. Dios sí me conoce.

Dios no es materia, por muy maravillosa y bella que me parezca. La materia es compuesta, y muerta y limitada. Dios no es cuerpo, por muy sutil que le considere. Dios no tiene partes; sería divisible si las tuviera. Dios es acto purísimo, simplicísimo. Espíritu infinito en todo bien y por eso sin límites en todo bien. No sólo es bueno y sabio; es la Bondad y la Sabiduría misma; es la Luz espiritual y la armonía increada.

Dios no tiene memoria, ni imaginación, ni discurso, porque aun cuando son perfecciones del hombre, encierran en sí imperfección, y deficiencia, y trabajo. Dios tiene presente en Sí mismo todo lo posible. Lo está viendo, entendiendo y gobernando y da existencia y vida a todo lo que ha creado o quiere crear y todo en un mismo acto infinito en poder. Dios no tiene que recordar lo pasado ni estudiar o esperar lo por venir, pues en Dios está todo lo actual, vivo. Dios es la eternidad. Está viendo no sólo cuanto existe, sino cuanto ha de crear y cuanto es posible y nunca existirá, porque no querrá crearlo ([256]).

Dios ha dado todas las perfecciones a todos los seres, y Él las tiene no materiales ni limitadas, sino de un modo perfectísimo y

---

[256] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect, med. IX, número 141.

más alto: de modo eminente. Porque lo tiene todo presente, no necesita recordar nada. Tiene presentes todos los pensamientos, amores y deseos de todos los hombres y de todos los ángeles. De Dios reciben todos la vida y el obrar, como reciben y conservan la existencia. En Dios está todo vivo, porque Dios es la vida (1 Jn 5, 20) y en Dios todo es vida, vida indeficiente, actual. Dios es la vida infinita, actual, sin sombra de muerte ni deficiencia alguna.

Y por eso Dios es la eternidad gloriosa y feliz. Sólo Dios es la eternidad, pues eternidad es la actual y *perfecta posesión simultánea de todos los bienes posibles, en gozo infinito, sin que pueda tener cabida sombra alguna de mal, de hastío, de cansancio o de olvido* ([257]). Y el gozo es un bien muy amado. Dios es la exaltación jubilosa de la verdad y del gozo infinito sin merma posible. Para Dios, Verdad infinita y Creador de todo, no puede haber sorpresas ni imprevistos. En Dios todo es una continua, perfectísima y gozosísima renovación.

143.—Gózate, alma mía, en repetir: Dios es el Bien infinito y la perfección infinita. Sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo. Dios es un ser tan perfecto en todo Bien, que no ya el entendimiento creado de los mismos querubines, pero ni el mismo entendimiento infinito de Dios puede pensar algo mejor o algún bien o gozo que no haya tenido presente y gozado o no tenga y tendrá y gozará siempre. Dios es el infinito e inacabable deleite.

Nada vale la agudeza del entendimiento natural para ver a Dios. Se le ve en la tierra con la oscuridad de la fe y no entendiendo, sino creyendo, y en el no saber y bien obrar y amar superando toda ciencia. Porque

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber

---

[257] Un Carmelita Descalzo: *Dios mi mí,* lect. med. IX, núm. 135, y X, núm. 155.

a no entender entendiendo
toda ciencia trascendiendo ([258]).

Es el *no saber sabiendo, toda ciencia trascendiendo* por la iluminación que Dios pone en el alma en la tierra por gracia y por fe y en el cielo por *la Luz de gloria que da la visión directa de la esencia de Dios*.

Con la Luz de gloria, con la Visión de su esencia, Dios se muestra al bienaventurado y abre las compuertas de los embalsados torrentes de dicha, de luz, de verdad y de gozo, envolviendo al alma feliz y deliciosísimamente en hirvientes cataratas de exuberante e incontenible júbilo o, como inmensas fulguraciones solares, envuelve al alma en brillantísimas, ardentísimas y suavísimas delicias en arrobo de la luz y del gozo de la verdad y de la Bondad y Hermosura.

Con la Luz de gloria quedará mi alma envuelta y saturada en este Bien y gozo infinito, no como algo fuera lejano o cercano, sino hecha Verdad y Hermosura y delicia y vida en la misma Vida de Dios, en la misma gloria y felicidad de Dios; no es un pensamiento que se tiene o una imaginación de lo ausente, sino que se ve a sí misma dentro de Dios glorioso, viviendo su misma vida gloriosa, su misma delicia y demás perfecciones, y esto ya para siempre. *Estaré envuelto y bebiendo del torrente de tus delicias* (Sal 35, 9), que Tú, Dios mío, has preparado en tu Bondad para colmar de tus bondades a tus elegidos.

¡Oh torrentes de divinos deleites y fulguraciones de desbordada exaltación en el júbilo del mismo Dios! Tu recuerdo ya en este momento me inunda de gozo y quiero tenerte presente en mi memoria. Ya para siempre quedaré sumergido en vuestros gozos. Mi alma quedará hecha llama de su llama y luz de su luz y aspirando la fragancia de la Verdad divina. Mi mirada ya no se apartará de tu hermosura, y tú serás mi vida. Ya para siempre me regocijaré en el éxtasis eterno de admiración y alabanza a Ti, Dios mío, que llenas todo mi ser de dicha y de gloria. Gózate, alma mía, y alaba también ahora a Dios, infinito Bien, porque siempre estarás viviendo su

[258] San Juan de la Cruz: *Poesías. Estasis de alta contemplación*.

misma vida gloriosa y sus mismos gozos. Para siempre ya Dios y la vida y los gozos de Dios serán tu vida y tus gozos. Ya para siempre serás dichosa.

Porque el bienaventurado, con la visión de Dios, vive y goza y posee a Dios como vida propia suya gloriosísima. Al estar mi alma hecha una misma cosa y una misma vida con Dios, poseeré y gozaré en Dios del poder, del saber y del gozar de Dios con una gloria y una perfección que ahora no puedo comprender y menos sentir. El entender en el cielo es vivir y es gozar. Y todo lo veré y poseeré junto y distinto en la Sabiduría Eterna de Dios, en la Persona de Jesucristo, el Verbo divino, en el Ser de Dios. La vida gloriosa de Dios es vida mía, y su felicidad y su gozo son míos, y serán tan delicados e intensos como sea la luz de gloria que me haya comunicado, y la luz de gloria que da la visión de Dios será en proporción de la gracia y del amor y de las virtudes mías. Parece imposible hasta de soñarlo, pero Dios hace al alma vida suya y da su vida al bienaventurado.

Ahora veo un objeto, comprendo una verdad, discurro sobre la felicidad y todo está fuera de mí en su realidad y puedo estar sufriendo. La visión de Dios pone al alma en estado actual permanente de divinización o endiosamiento glorioso. Mi alma, como espero, será hecha dios glorioso por participación. La vida gloriosa de Dios será también la vida del bienaventurado, la que viviré yo; y como en Dios infinito no cabe más gloria de la infinita que tiene, también mi alma será satisfecha y quedará colmada de gloria la capacidad que yo hice en la tierra con la vida de amor y virtudes.

144.—El bienaventurado convive con Dios en el cielo. Pero esta convivencia no es como la que tenemos en la tierra. Vivimos los hombres unos con otros en una nación, en una ciudad, en una misma familia o en una Orden religiosa; nos tratamos, nos conocemos y amamos. Convivimos. Es una convivencia externa, de contacto y ayuda, con la misma aspiración o con aspiración diferente o contraria. Por íntima que sea la convivencia, no se vive en el ser del otro ni aun se ven los pensamientos e intenciones. A veces se convive y dista mucho de vivirse en la compenetración ni en el mutuo amor y mutua complacencia.

La convivencia de Dios con el bienaventurado y del bienaven-

turado con Dios es perfecta e íntima. Se ve y se vive la esencia íntima. Es identificación del entendimiento y de la voluntad en el querer, en el amar y en el entender. El entendimiento y la voluntad del bienaventurado están totalmente en Dios y Dios llena de su amor y de su verdad y de su querer al alma, siendo uno solo el querer del alma y el querer de Dios, como es uno solo el gozo. Dios ilumina y llena al alma de Sí mismo y la comunica su vida. Es compenetración de la sustancia del alma en la sustancia de Dios. El alma vive la vida de Dios y vive para Dios compenetrada con Dios y hecha Dios por participación. Ve y entiende en la Sabiduría eterna, que es la misma verdad, en el Verbo eterno, en la Persona de Jesucristo y ama en el Amor increado, hecha un Amor con el Espíritu Santo. Es una misma vida la que tiene el alma con la de Dios, unión directa de la sustancia sobrenatural de Dios con el alma, e identificación en el entender, en el amar y en el gozar. El alma vive en Dios y vive la vida misma de Dios.

En la tierra Dios está presente en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, y más íntimo a ellas que ellas a sí mismas. Pero deja libre la voluntad de cada uno, voluntad que no siempre ni todos ponemos en Dios, sino, a veces, contra Dios. Yo estoy en Dios y Dios está en mí. Dios quiere unirse conmigo en unión de amor, como nos quiere hacer a todos santos, y no puede unirse en amor ni santificarnos porque son pocos los que de verdad se unen a Dios en el querer y obrar.

En el cielo mi alma estará en Dios, vivirá la misma vida de Dios, amará con su mismo amor y entenderá con su entender gloriosísimo. Me veré todo yo lleno de la dicha y delicia de Dios, sumergido y como anegado en su misma dicha y delicia, y su gozo será mío y mi gozo será todo de Dios y para Dios. Estaré compenetrado y viviendo el mismo amor de Dios, y es amor gloriosísimo y lo estará viendo mi entendimiento lleno de gozo; ya no quiero ni salirme de Dios ni dejar de verle y gozarme en El.

Soy feliz hecho amor glorioso con el de Dios.

Si aun viviendo en la tierra Dios dijo a muchos santos mostrándoles su unión de amor: *Yo soy tú y tú eres Yo,* y se sentían transportados de alegría, ¿cómo será la alegría y júbilo de esa unión tan íntima, tan inefable y gloriosa del ciclo? ¿Qué sentirá el alma al verse viviendo esta vida de Dios y el gozo infinito de Dios?

¿Qué sentirá al verse hecha una luz, y una hermosura con la luz. y la hermosura de Dios y entendiendo y amando en su entender y amar? ¿Cómo ha de poder dejar de querer estar en Dios o querer mirar a otra luz o hermosura fuera de la de Dios? Ni quiere ni puede dejar de estar en la vida y verdad de Dios y hecha un querer y un amor con Dios y para siempre porque está en su fin último, porque en Dios lo tiene y lo ve y lo goza todo. Porque nada puede desear o anhelar que no lo tenga ya en Dios e inmensamente más que deseaba y con más alborozado júbilo. Está y vive en la exaltación de la felicidad y en la más exuberante admiración y alabanza. Está anegada bebiendo en los torrentes de delicias del cielo. Dios la mira con amor y envuelve en divina dulzura, dándola continuamente su misma vida, y la muestra sus tesoros infinitos, que son su esencia y sus perfecciones infinitas, y esto ya sin interrupción y para siempre. Es la exaltación perpetua de la admiración y alabanza en el mayor júbilo. Es la felicidad perfecta y sobrenatural.

En esta convivencia de comunicación que Dios hace al alma queda el entendimiento lleno y satisfecho y saturado del vivir glorioso de Dios y de su entender y la voluntad hecha una con la de Dios e hirviendo toda en el gozo de Dios y saciados y cumplidos con exceso todos sus deseos. Está el alma en su mayor actividad de entender y de amar, llena de delicia divina en toda su capacidad inmensa natural y en la sobrenatural, agrandada por la luz de gloria y viviendo la actividad gozosa del perpetuo éxtasis de la dicha y de la exaltada delicia. Vive lo que nunca pudo imaginar ni aun desear; vive la misma vida gloriosa y feliz de Dios y en el mismo Dios. Dios la ha hecho luz de su misma luz divina y está rebosando e irradiando alegría. Su morada permanente es la esencia del mismo Dios. Su vida, como su gozo, la misma vida gloriosa de Dios.

¡Venturosa de ti, alma bienaventurada, que llegaste ya a vivir tu fin en la vida y perfección del mismo Dios! Ya no podrás perderla ni podrá nadie quitártela. Para siempre serás feliz en Dios. ¡Oh venturosa dicha!

CAPÍTULO XXIV

EN LA GLORIA DIOS MUESTRA AL ALMA SUS TESOROS DIVINOS

145.—En silencio y retirado medité y admiré las grandezas y bellezas que el amado religioso me había enseñado. En mi espíritu se despertaron ideas nuevas e insospechadas, llenando mi alma de contento y poniéndome nuevos deseos de conocer mejor estas bellezas.

Impulsado por estos deseos, volví, en cuanto me fue posible, a estar con el mismo religioso, y encontrándole tan apacible, tan manso, tan santo, le dije confiado, casi sin poderme contener:

—Me ha llenado de entusiasmo y de luz cuanto me dijo del cielo, y vengo otra vez a suplicarle que continúe comunicándome su enseñanza. ¡Qué pequeño y pobre concepto tenía yo del cielo y de lo que en el cielo veremos, gozaremos y será nuestra perpetua felicidad! Formaba yo la idea de un cielo ciertamente de ilusión y de alegría, pero un poco a esta manera humana y al modo del disfrute noble de lo que en la tierra añoramos.

Nunca me hubiera podido figurar estas maravillas sobrenaturales ni esta atmósfera de luz de gloria, de vida totalmente nueva, de alegrías y deleites insospechables y purísimos del espíritu a manera de los ángeles. No sé si será otro error mío pensar que son muy pocas las personas que tengan un concepto tan delicado, tan alto y hermoso del cielo y de su felicidad y de la visión de Dios. La posesión y visión de Dios infinito es el verdadero cielo esencial. Ahora veo la verdad que encierra la frase de San Pedro: *que serán cielos nuevos y tierra nueva* (2 Pedro 3, 13), y la de San Pablo: *que no cabe en la aspiración del corazón humano cuanto Dios le tiene preparado en el cielo* (1 Cor 2, 9), ni tiene capacidad la imaginación

para soñar tanta grandeza, ni se puedan encontrar comparaciones proporcionadas para dar una idea de su realidad.

Pienso que por la ignorancia y por este pobre concepto que se tiene del cielo y de la visión de Dios y de las infinitas y variadísimas hermosuras que se ven en Dios, se oye alguna vez decir que el cielo resultará a la larga aburrido y monótono. Se juzga que sólo pueden distraernos los cambios y la variedad de bienes, de amenas conversaciones, de diversiones, pasatiempos, juegos o excursiones. Miramos muy erróneamente esa vida del cielo, que es toda gozo y alegría, cuando la asemejamos al recogimiento de la piedad en la tierra y al cansancio que ocasiona su esfuerzo y continuidad.

146.—Me escuchó atentamente, y cuando hube terminado, me miró benévolo, y sonriente dijo:

—Te hablé de la gloria o gozo esencial hasta este momento, porque ese gozo excede sin comparación a los demás gozos. Pero también los bienaventurados viven y disfrutan las delicias de los variadísimos conocimientos y trato mutuo con todos los moradores del cielo. Aquí pensamos es imprescindible el ameno y alegre trato social y la expansión de diversiones y juegos con variada modalidad. En el cielo no se está de rodillas ni recogido y encogido como estamos cuando damos culto a Dios o tenemos oración. Ni se está rígido, callado, hierático, sino en la actividad más variada, amena y descansada y en el gozo de la más jubilosa comunicación con los demás.

El cielo es la expansión y exaltación de todo lo bueno y hermoso, de todo el júbilo y alborozo que en la tierra deseamos y superior a cuanto podemos soñar, y no se vive solo ni aislado, sino en la más amable y placentera compañía. En el cielo se tienen todos los conocimientos y se disfrutan todas las curiosidades que en la tierra se fantasean, y no serán las excursiones cansadas para ver un paisaje o una ciudad desconocida o unas ruinas históricas, sino que se verán y conocerán y visitarán todas las estrellas y todos los soles y constelaciones del universo, conociendo todos los seres y fenómenos y toda la vida y sus causas y su desenvolvimiento o evolución sin necesidad de vehículos ni prevenciones ni provisiones, sino con sólo querer y con la mayor complacencia. Es la vida del cielo amenísima y deliciosa, como luego te diré. Para el alma

no hay distancias, y el cuerpo glorioso está pronto para realizar el querer del alma, y va donde quiera y como quiera el alma.

Todos esos conocimientos naturales de la creación, aunque perfectísimos y grandísimos, son como nada comparados con las sobrenaturales grandezas y hermosuras variadísimas de Dios y de sus infinitas perfecciones. En la tierra se procuran continuas y variadas novedades que impresionen y distraigan y alegren los sentidos exteriores e interiores. Cuando falta la novedad y variedad, se produce el hastío y pesadez por la monotonía.

Se encuentra en el extremo opuesto a la verdad quien piensa que en el cielo puede haber pesadez o monotonía y por ello aburrimiento. El cielo es siempre una renovada y como nueva vida gozosa. En el cielo se ve y se conoce y visita todo por presencia con sólo querer. Aun después de la resurrección del cuerpo, éste está pronto para trasladarse muy gozoso, sin conocer distancias ni cansancio, sino con placentero solaz, donde la voluntad de cada uno guste.

Dios no tiene monotonía ni hastío o cansancio. Desde la eternidad es el gozo infinito en Sí mismo y en la infinita variedad de perfecciones. Dios es la ininterrumpida y sorprendente novedad, siempre en delicia jubilosa, y la comunica, junto con su gozo, al alma feliz y al ángel. El bienaventurado es la alegría misma, o ha sido hecho alegría y contento.

El concepto de la alegría y felicidad por la posesión y disfrute de esas diversiones o comodidades y tratos a semejanza de la tierra, es muy pobre y equivocado, como tú me decías. Todos ellos reunidos con la mayor abundancia y bienestar y seguridad, que se tendrán en el cielo, son como una imperceptible sombra ante el Sol infinito de las alegrías y delicias y ante las variadísimas perfecciones y conocimientos de Dios y su trato. Yo las comparo a una cerilla encendida y puesta en el núcleo y foco solar. La cerilla tiene su luz propia, pero el irresistible fulgor y calor del sol de tal manera la absorbe, que ni aun se la ve; luce, pero queda hecha ella luz del sol y ni se ve su luz propia ni se siente el calor de su llama.

Por semejante modo, pero mucho más alto y perfecto, la visión de la esencia de Dios y de sus perfecciones infinitas y variadísimas produce tal exaltación de gozo, de alegría, de admiración, sin jamás acabarse, que todas las demás complacencias y bellezas

y perfecciones creadas quedan como tenue resplandor o como anuladas y como sombra ante la infinita hermosura y atracción de Dios infinito; Dios tiene arrobada y suspensa el alma. Todas las demás alegrías no pueden compararse con la delicia de Dios, aunque nos parezca ahora lo contrario. Son menos que la luz de la cerilla en el sol esplendoroso.

147.—Porque desde el momento en que Dios comunica la luz de gloria al alma y se la comunicó al ángel glorioso, la comunica con ella las dotes gloriosas propias del bienaventurado, que vimos eran la Visión, la Comprensión y la Fruición o delectación de Dios y a cada alma según sus propios méritos y su gracia o amor. Con las dotes comunica sus tesoros insondables y eternos, que son sus perfecciones infinitas y los misterios incomprensibles de Dios, que en la tierra tanto deseaba conocer, pero no podía sospechar sus maravillosas grandezas. Toda otra hermosura y toda otra expansión o distracción y todo otro conocimiento palidece y es como nada ante este tesoro increado, eterno e inefable. Esto, amadísimo, esta belleza y comunicación con Dios, es el cielo.

—Pero ¿qué tesoros —le dije yo— o qué misterios puede haber mayores que los que me ha dicho sobre la magnificencia y Bondad y Sabiduría de Dios?

—¡Oh amadísimo! —me respondió cariñoso, pero como asombrado—, te dije lo mejor que supe y pude, muy resumido, sólo el principio de lo que hay que decir de Dios en esta neblina de nada que de Dios podemos comprender ahora. Porque todo lo que en la tierra podemos comprender de su Ser y de sus perfecciones es sólo neblina y sombra de nada ante su realidad dichosa, porque es infinita.

Cuando Dios, en su misericordia, comunicó alguna luz especial de su grandeza y de sus perfecciones a los santos, no encontraban otra expresión que admiraciones de lo que habían entrevisto. Moisés amontona adjetives de ponderación; San Agustín, sobre las comparaciones que hace, añade que el alma ve que hay que ver más; Santo Tomás, que cuanto ha escrito no es nada y no se atreve a escribir más; San Juan de la Cruz, que siente grandeza de Dios y en aquel sentir siente tan alto que entiende claro se queda todo sin entender y lo llama *no sé qué;* y San Pablo, que el corazón

no puede presentir lo que será Dios.

Dios es de tanta grandeza y majestad, que sumando, si fuese posible, todas las inteligencias de todos los hombres y ángeles y el mismo entendimiento del alma de Jesucristo, que entiende inmensamente más que todos los ángeles y hombres, nunca pueden llegar a comprender totalmente la infinita grandeza y la suma perfección de la esencia de Dios y de sus atributos y mucho menos pueden expresarlo. Lo inmenso espiritual no cabe en las palabras de los hombres, por excelsas maravillas que dijesen. Todo sería, según la comparación de Fray Gil, como un pajarillo que coge algunos granos de trigo de un montón como una montaña, que no se nota y queda el montón como intacto ([259]).

Ya sabes lo absorto y reconcentrado que andaba San Agustín intentando conocer el misterio del origen de Dios, y le dijo el ángel que era más fácil encerrar las aguas del mar en un hoyito abierto con una concha que él conocer lo que no es posible al hombre en la tierra. Y como San Agustín han intentado con humildad conocerlo muchos talentos. Pero es misterio de Dios. Creámoslo y adorémoslo con reverencia y pidamos luz para estudiarle y amarle más.

148.—La visión de Dios nos hará ver, a mi alma y a la tuya, el miseria del Ser de Dios y que no tiene origen, sino que es ser necesario e infinito y nos hará dichosos. En la Visión de Dios veremos el Fulgor, Poder, Sabiduría y Bondad de esa naturaleza infinita y el misterio de cómo, siendo una sola y única naturaleza espiritual y simplicísima, es una esencia infinita y tres Personas también infinitas. Ahora lo creemos y adoramos admirándolo, pero no lo entendemos.

En Dios veremos y nos gozaremos con el mayor gozo cómo su Entendimiento infinito entendiéndose engendra el Verbo o Palabra interior, también infinito, y el entendimiento que entiende y la Palabra o Verbo entendido, que es la Sabiduría infinita de Dios, producen el Amor o el Gozo infinito, el Espíritu Santo; y tan eterno

---

[259] V. P. J. E. Nieremberg: *De la Hermosura de Dios y su Amabilidad,* lib. I, cap. I, prf. II. Wéase de la inmensidad y de lo infinito de Dios en *Dios en mí.* IX y X, por Un Carmelita Descalzo.

y sin principio es el entendimiento que entiende como el entendimiento entendido o el Verbo o Sabiduría engendrada no hecha, como el Amor o Gozo producido no hecho, por el entendimiento que entiende y el mismo entendido, y son tres Personas distintas en una sola esencia. El Sol es un solo núcleo astral que tiene entidad, fulgor y calor desde que es Sol. El sol tiene esas inmensas fulguraciones o llamaradas de cientos de miles de kilómetros de altura, y Dios está siempre en la infinita y admirable fulguración de inmensidad, Grandeza y Bondad y ha querido desbordarse al exterior en la maravilla de la creación y del cielo glorioso.

Sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo. Y Dios se comprende todo, ininterrumpidamente, actualmente. En Dios no hay antes o después. Dios es el perpetuo y eterno ahora. Todo lo ve y tiene presente, actual, simultáneo, detallado. Lo puede todo y lo ama todo, pues todo es suyo. Y crea lo que quiere crear y lo crea cuando quiere y como quiere, y crea los seres que quiere y con las cualidades o perfecciones que quiere. Nosotros las llamamos leyes de la naturaleza ([260]).

¿Qué no verá la inteligencia altísima de los querubines y serafines? ¿Qué inmensidad de verdades y maravillas no verá el entendimiento altísimo del alma de Jesucristo? Y ni las jerarquías de los ángeles ni ese altísimo entendimiento de Jesucristo, aunque, como antes te dije, se pudiesen sumar, podrán jamás llegar a comprender a Dios en su infinita perfección, todo y simultáneamente. En Dios siempre hay inmensamente más que ver, que gozar y que admirar y alabar, y cada uno lo verá y gozará en proporción de la gracia o de la santidad que adquirió en la tierra ([261]).

Sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo. Y la reflexión que a mí más me llena de asombro, y ya te dije, es: que siendo infinito el entender y la capacidad de entender del entendimiento divino, siempre actual, ese divino entendimiento no puede tener un pensamiento, una idea que no haya tenido y visto siempre, que no la haya tenido y tenga siempre presente y viva en su esencia, ni puede existir un solo átomo a millones de años de luz de dis-

---

[260] Véase lo mismo en el núm. 142. Aquí y allí sumamente resumido.
[261] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mi,* lect. VIII, núm. 110, y lect. IX y X.

tancia del centro del universo, ni el vibrar de una hoja, que no haya creado Dios y no la conserve y le dé sus propiedades y haya fijado el término de su existencia.

Fíjate que Dios obra por su Ser. Yo obro por mis potencias y sentidos, y mi alma está inconsciente muchas veces. Pero Dios es todo Ser y esencia y obra por su Ser, y su Ser es obrar infinito en infinita actividad e infinita delicia. El Ser de Dios es la vida, toda la vida infinita. Dios siempre obra con actividad infinita en Sí mismo. A ese obrar llamamos su vida interior. La vida infinita de infinita actividad de Dios es el entender de Dios engendrando al Hijo, el Verbo, y los dos produciendo el Espíritu Santo. Dios siempre está, como es su Ser, en el infinito obrar, en el infinito amar y en el infinito gozar. ¿Cómo puede haber en el infinito entender, en el infinito amar y en la infinita actividad de gozo de Dios ni monotonía ni cansancio? ¡Oh Dios, Dios, Dios mío y para mí! ¡Infinito!

149.—¡Oh amadísimo! —me dijo con ternura que me emocionó—. ¡Dios es infinito! ¡Dios es infinito en todo bien, en toda hermosura, en toda grandeza! Yo me gozo ahora pensando estos misterios de Dios, pero no los comprendo, ni siento el gozo ni los veo. Espero Dios me lleve al cielo y allí le veré y gozaré con gozo indescriptible; allí, viendo su esencia, comprenderé todos estos misterios y otros innumerables, como sus perfecciones, y viéndole a Él lo veré todo, todo en El. Viéndole me hará delicia y júbilo suyo glorioso; estaré en el mismo entendimiento divino unido a Él, seré una misma cosa o ser glorioso con El, como la cerilla que estuviese en el foco solar sería una misma cosa con el Sol y con su luz, y será mi delicia y júbilo glorioso según sea mi luz de gloria, según fue mi gracia y mi amor o mis virtudes.

Veremos, entenderemos, trataremos y gozaremos a Dios, que es sobre toda la creación. Veré que *Dios no solamente es lo mejor y lo más grande y superior a cuanto las inteligencias creadas, pueden pensar, sino que es de tal manera grande y poderoso y hermoso, que ni su mismo entendimiento, infinito como es, puede pensar nada mayor ni mejor, o algo que no tenga o haya tenido siempre*

([262]), y lo es para mí, porque en el cielo se me da glorioso según la capacidad que yo haya hecho. ¿Qué es toda la creación comparada con este Creador infinito?

Pues Dios muestra al bienaventurado estos tesoros de su esencia y de su vida que ahora nos están escondidos. Estos tesoros son la vida y la felicidad de Dios y son la perpetua novedad y variedad, que ahora no podemos comprender, y serán también la felicidad y la vida gloriosa siempre renovada y variada del bienaventurado.

¡Oh amadísimo! —me repitió con afecto entrañable—, viviremos en Dios la misma vida de Dios y la misma felicidad de Dios, participadas. Veremos la vida íntima de Dios viviendo en su mismo Ser y veremos en el Ser de Dios la creación externa toda, en su origen, en su desenvolvimiento, en todos sus seres y elementos, con perfecto conocimiento, según la capacidad o gracia de cada uno. Dios está en todos los seres, pero es sobre todos los astros, sobre todas las constelaciones, sobre todas las maravillas de la tierra o de las estrellas, sobre todas las bellezas. Viviremos en Dios gloriosamente su vida. Deseemos amar mucho a Dios. Obremos la virtud que hace la capacidad de gloria. ¡Oh día espléndido y glorioso del cielo! ¡Oh deseado día del cielo! ¡Por Ti, Dios mío, abrazo la virtud y la mortificación!

150—Porque en el cielo veremos en Dios perfectísimamente toda la creación con todas las criaturas animadas e inanimadas. Veremos, conoceremos y nos trataremos con todos los bienaventurados y con todos los ángeles. Conoceremos los hombres que han vivido en el mundo desde que Dios los crió, los que actualmente viven y los seres racionales o intelectuales que vivan o hayan vivido o hayan de vivir en los astros —si hay algunos habitados— y en qué astros viven y vivieron y su modo de vida. Conoceremos todas las especies de animales y plantas y todas las estrellas, todas las constelaciones y supergalaxias y su origen y el de la Tierra y su desenvolvimiento. Conoceremos muchos seres y mundos que nunca han de existir, porque no los creará Dios.

---

[262] (6) Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. X, núm. 152, y otros. *San Anselmo Prosloquio,* caps. III y XV.

Todo lo veremos y conoceremos en Dios en toda su realidad y perfección y vivo. Lo conoceremos y veremos no lejos, ni sólo por fuera, ni en la periferia de los astros, sino junto a ellos, dentro de sus núcleos, en sus mismas esencias y propiedades; que para el espíritu no hay distancias ni densidades que lo impidan conocer, y para los cuerpos gloriosos, como si no las hubiese; conoceremos la razón y las relaciones de sus propiedades y de su obrar. Lo veremos perfectísimamente junto y detallado en la esencia de Dios y lo veremos directamente en ellos mismos, no con tanta perfección ni junto o simultáneo como en Dios, sino sucesivamente.

El conocimiento que se tiene y se ve en la esencia de Dios es a manera de Dios o a manera de eternidad, o sea: que se ve con toda perfección todo junto, simultáneo y detallado, todo en su realidad física y en sus propiedades y causas y en las relaciones con los demás seres. Ya lo indicaba el poeta cuando escribía:

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido
y su principio propio y escondido.
Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas ([263]).

Así lo enseñaron los sabios; así lo vieron los santos. Santo Tomás dice que en el cielo se ve en *Dios todo a modo de eternidad* ([264]), o sea: simultáneo y distinto o detallado, y perfecto sin error o engaño.

Santa Teresa de Jesús escribe se la mostró el Señor y vio la humanidad gloriosa de Jesucristo y vio la Divinidad en inmensa

---

[263] Fray Luis de León: *Poesías. A Felipe Ruiz.*
[264] Santo Tomás: *Suma contra los Gentiles,* lib. III, cap, 61.

Majestad y en sus tres Personas, que era toda a manera de diamante, en el cual estaba todo lo que existe y puede existir, y *todo lo que hacemos se ve en este diamante* ([265]), *y entendí estar allí todo junto lo que se puede desear* ([266]); y en aquella Majestad entendió era la misma verdad. Todo simultáneo se ve en esta infinita Verdad.

151.—En algunas visiones que Dios comunicó a los santos veían inmensidades de maravillas y de siglos, y todo lo veían en un muy breve tiempo. Santa Angela de Foligno habla en varios lugares de lo que Dios la mostraba, y en Dios lo veía todo. Como los místicos hablan generalmente en sus visiones de Dios como luz o en la luz, ella lo veía en la oscuridad de Dios. ¡Qué maravillas ve en esa oscuridad! Así dice: *En éxtasis vio... todos los predestinados y salvados y todos los condenados y todos los demonios* ([267]). *Me encontraba yo tan llena de divina luz, que con gozo muy grande vi en la Omnipotencia de Dios y en su voluntad... y me dio completo conocimiento sobre todas las criaturas. Me dio a conocer todos los que se salvaban y todos los que debían salvarse; todos los que se condenaban y debían condenarse; de todos los demonios y de todos los santos* ([268]).

Vio a Dios en una muy grande oscuridad, y en la oscuridad vio todo el Bien. Son palabras casi desconcertantes, pero maravillosas y que aclaran esto que voy diciendo de cómo el bienaventurado lo ve todo junto y distinto en Dios. Porque son palabras que aclaran lo que enseña la teología y lo que yo estoy exponiendo, quiero transcribirlas. Dice esta santa: *Le vi a Dios en una oscuridad tan grande, porque Él es tan grande que no se puede comprender. Y yo me recogí toda dentro de este Bien que se me mostraba dentro de la oscuridad... Yo estaba en tal gozo, que no se puede decir. Todo ello es indecible... Y yo veía este Bien... El alma no podía pensar sino en este Bien ni separarse de este Bien.*

---

[265] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 40, 10.
[266] Id., id., 39, 22.
[267] Santa Angela de Foligno: *Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncoeur*. II. *Le Quatrieme pas,* página 51.
[268] Id., id., págs. 118-119.

Nada ve el alma de cuanto pueda decirse con los labios o pensarse. No ve nada y lo ve absolutamente todo... Tengo mi esperanza en un Bien secreto, muy secreto y escondido, que yo comprendo en esta grande oscuridad... Veo con la oscuridad, que esto está por encima de todo bien... Y todo lo que pueda comprender el alma o soñar es menos que este bien... El alma ve a Dios llenando todas las criaturas, que también ve...

Cuando el alma ve la Omnipotencia o Voluntad divina... es menos que ese Bien muy secreto; porque lo que yo he visto en la oscuridad es Todo y lo que se ve en ésos es parte...

No viendo nada, se ve todo..., y todo es menor que este muy grande Bien que se ve en la oscuridad... Mi esperanza está en este Todo Bien que yo veo en la tal oscuridad... Yo veo todo y no veo nada... Dios me atrae el alma con tal mansedumbre que me dice: «Tú eres Yo y Yo soy tú...» Nada hay entre Él y yo... Deseo cantarle y alabarle y le digo: «Yo te alabo, Dios amado» ([269]).

Estas palabras, casi contradictorias en la expresión, no en el concepto —como son con alguna frecuencia las palabras de los místicos—, dan mucha luz sobre lo que en el cielo ve el alma feliz y gloriosa.

Porque todo lo ve y todo lo conoce y goza el bienaventurado dichosísimamente y lo ve y goza en la Verdad Eterna, en la esencia de Dios, llamémosla Luz eterna para llamarla con alguna palabra; no es esta luz que alumbra nuestros ojos ni aun que se parezca a esta luz; es una luz espiritual, purísima, sobrenatural, que ilumina las inteligencias, que esclarece los espíritus y los seres todos. Esta Luz es el mismo Dios, y en esta Luz y con esta Luz se ve y conoce que Dios es sobre todo; es el infinito y nada puede compararse con El, ni toda la creación junta. Y todos los bienaventurados están dentro en lo íntimo de esta Verdad y de esta Bondad. Mirando así al alma gloriosa exclamaba San Gregorio: *¿Puede haber alguna cosa que no conozca el que ve y conoce en el que lo sabe todo?* ([270]). Ni se puede pensar que los santos, que ven en la misma claridad de Dios, puedan ignorar alguna cosa de la creación externa.

---

[269] Id., id.: *Coment Dieu,* págs. 156-161

[270] San Gregorio: *Diálogos,* cap. 33.

Allí comprenderemos cómo siendo Dios simplicísimo está todo en todos y en cada uno de los seres.

152.—Levantada, sobrenaturalizada, el alma dichosa conoce que sobre lo inmenso que ve de lo infinito de Dios siempre queda inmensamente más que ver y conocer, y siempre más que admirar y que produce nuevas maravillas. El alma no puede apartar la mirada y consideración de Dios, atraída de tanta hermosura. ¿A dónde va a mirar que encuentre algo semejante a Él? ¿Qué es la creación universal ante este portento infinito? ¿A qué podrá mirar que no vea ya, ame y posea en Dios?

Porque en esta soberana Luz se ven las relaciones del Padre engendrando el Verbo, y del Padre y el Hijo produciendo el Espíritu Santo, que ahora lo decimos sin entenderlo, pero nada hay tan admirable como este altísimo misterio de la Trinidad Santísima. Aquí se ve la Bondad y Majestad del Padre y la Sabiduría del Hijo y el Amor y Gozo del Espíritu Santo, tres Personas distintas en una sola esencia infinita: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

En esta Luz, en esta Esencia infinita y Hermosura infinita, viviremos nosotros y entenderemos lo que ahora nos enseña la fe, pero no entendemos. Viviremos en Dios infinito y, comunicándonos su gloria, nos dirá también: *Yo soy tú y tú eres Yo* ([271]). Si San Juan de la Cruz se gozaba diciendo: *Vivo en la Santísima Trinidad* ([272]). ¿Qué sentiremos viviéndola ya gloriosamente y gozando sus gozos? ¿Qué nos enseñará su Sabiduría y nos comunicará su Poder? Viviremos gloriosamente en Dios, su misma vida comunicada en su misma vida y para siempre. ¡Soñemos, alma, sueños de cielo! Ni tus sueños ni los de los ángeles pueden llegar a la altísima realidad de Dios. Envuelta el alma gloriosa en esta Luz, o sea, metida en la misma esencia de Dios y hecha una cosa con ella, sin perder su personalidad, como la cerilla metida en el núcleo resplandeciente del sol no deja de ser cerilla, pero absorbidos su calor y su luz por la luz y calor del sol, así el alma ve y encuentra su propia dicha ya inacabable, y ve y admira gozando la alteza y claridad de Jesucristo y la hermosura y glorificación de la Virgen y la felicidad y sabidu-

---

[271] San Juan de la Cruz: *Llama,* can. 3, núm. 7.
[272] P. Crisógono de Jesús, O. C. D.: *Vida de San Juan de la Cruz,* cap. 10.

ría de los ángeles, y el júbilo, delicia y perfección de todos los bienaventurados, y conoce y ve como actuales el origen, la formación, las evoluciones y propiedades de todos los astros, de todos los hombres y sus acontecimientos; de todos los animales, de todas las plantas, de todos los seres. ¿Qué ignorará el que tiene al que todo lo sabe y vive en su vida y en su inteligencia infinita?

En esta Luz, en Dios, Sabiduría infinita, se inflama el alma en la admiración de tanta grandeza y de tanta y tan portentosa maravilla y vive en la exaltación de la continua alabanza, en el cántico del agradecimiento y del gozo. No es cántico esforzado de garganta, que no tienen ni los ángeles ni las almas, ni cántico ensayado; es el cántico de la armonía callada y eterna, brotada de la redundancia del júbilo y alegría que gozan, del Bien y de la Verdad en que rebosan y nace y se difunde como nacen y se difunden los rayos del sol y la fragancia de la rosa. Es el resplandor del alma gloriosa y que el alma comunicará también al cuerpo después de la resurrección y le hará glorioso.

153.—Y solazándose en estas hermosuras, continuó: ¡Oh Verdad eterna! ¡Oh Verdad infinita! ¡Oh Luz beatísima, Luz suavísima, Luz regaladísima, que iluminas a los ángeles, esclareces a los bienaventurados y los haces felices! ¡Oh Luz sobrenatural, que embelleces los cielos y llenas de sabiduría las inteligencias y de dicha los espíritus! ¡Cuándo me veré envuelto en tu claridad y me transformarás en tu hermosura!

¡Oh soberana Hermosura del Padre, infinita Sabiduría del Hijo y clarísimo Amor del Espíritu Santo! ¡Oh Bondad de Dios amantísimo, enciende e ilumina el mundo con esta tu Luz para que vea y obre la Verdad! ¡Abrasa y santifica el alma de estos dos siervos tuyos, que quieren estar entregados a tu Amor! Sabemos que ahora vivimos en Ti, pero no te gozamos, ni te vemos ni te sentimos. Me pides el amor y yo te lo doy. En este retiro pienso en Ti y te espero. Gozo en ser tuyo y en vivir en soledad para ser totalmente tuyo y pensar más en Ti. Tú te harás mío.

Espero me des tu cielo y ya para siempre viviré en Ti mismo, en tu dicha. En tu Luz, que eres Tú mismo, te veré a Ti infinito en todo bien, seré llama de tu amor, y me gozaré en tu gozo. En Ti conoceré y poseeré, como reflejo de Ti mismo, todas las criaturas y

todos los mundos. En Ti conoceré, trataré y me gozaré con todos los ángeles y bienaventurados mis amados. ¿Cuándo será esto?

Dios infunde en el alma del bienaventurado, juntamente con la luz de la gloria, las dotes gloriosas de visión, comprensión y fruición o delectación. Con ellas, viviendo en Dios, queda el alma llena y totalmente satisfecha, rebosando felicidad en su esencia y en sus potencias; felicidad y deleitación que comunicará al cuerpo cuando vuelva a darle vida gloriosa después de la resurrección, para ser feliz en todo el ser. El entendimiento queda lleno en toda su capacidad de comprender la Verdad, y en la Verdad infinita recibe el conocimiento de todas las demás verdades criadas. Queda llena la voluntad en el Bien, viendo cumplidos sus anhelos y satisfechos sus deseos y amores. Y el alma queda anegada en jubilosa delicia y satisfacción.

Lo conocerá todo en descanso y gozo en Dios y no tendrá ni un solo deseo que no vea satisfecho, ni un solo recuerdo que no sea de gozo, ni un solo amor sin alcanzar y verse correspondida. Y sobre todo eso que podemos imaginar está lo inimaginable; está viendo, entendiendo, gozando los insondables misterios de Dios y de la esencia de Dios. ¡Estará ya para siempre en esa Luz y en esa dicha! ¡Oh Dios y Padre mío, para qué grandezas y hermosuras nos has criado! ¡Condúceme hasta conseguirlas! ¡Que yo quiera dejarme conducir!

¡Oh si pudiéramos darnos cuenta un poco concretamente de lo que es el infinito! ¡Qué Luz entraría en nuestras inteligencias y qué determinación en nuestras voluntades!

¿Cómo será ese infinito Bien? Un alma santa escribía: *Vi un infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes. Era una luz; pero no era una luz, porque no tenía ninguna relación con la luz que nosotros conocemos; y, sin embargo, la luz es lo que mejor puede dar idea de lo que vi. Al mismo tiempo que veía ese infinito, sentía como un ligero céfiro que acariciaba mi rostro. Pero este Infinito tan próximo a mí era de una luz enteramente diferente de la que llenaba mi celda y que me hacía perder de vista todo lo que me rodeaba. Yo veía que lo que me impedía entrar en este Infinito, que estaba cerca de mí, era mi cuerpo...*

Comprendo cómo en el cielo se hace todo a la vez: se ve a Dios, se adora, se ama, se ruega. Viendo a Dios se piensa; es de-

cir: se ven todas las cosas de la tierra... En el cielo no se habla... Se transmite todo lo que se quiere decir. Esta manera de comunicación no tiene semejanza alguna con lo que pasa en la tierra.

Lo que sobre todo me llamó la atención en este Infinito fue la sencillez y pureza..., era la sed y la saciedad a un mismo tiempo, como si uno se encontrase junto a una fuente de la que siempre bebiese. Algo me ha quedado de esta saciedad y de esta sed... ¡Ahora ya sé lo que es júbilo!... Del grupo de la Santísima Trinidad se escapó un rayo de luz en nada comparable a la luz del día, pero la luz es la única cosa que se le aproxima... Ahora tengo la impresión de Dios Padre englobándolo todo, del Espíritu Santo en mí y de Jesús enteramente junto a mí, a mi lado derecho, obrando conmigo ([273]).

Este Dios infinito, que vio la Hermana María Angela, era como luz o Luz, por comparar a algo, y Dios estaba en todo, abrazándolo todo. Y Dios estaba saciando al alma. El alma entra ya en la contemplación de Dios, en el divino y eterno éxtasis, donde el entendimiento está lleno en toda actividad gozosa de entender en Dios y la voluntad de amar. Es la mayor actividad y más gozosa. ¡Qué bien comprende lo que ahora no podemos imaginar: que Dios está todo en cada uno de los seres por esencia, presencia y potencia!

154.—El alma en el cielo está en Dios, saturada de Dios, como el cristal de la luz, y vive en la activísima y gozosísima contemplación de Dios y de sus infinitas perfecciones, sin querer apartar la mirada a otra cosa, porque la infinita Hermosura y Verdad de Dios absorbe toda su admiración siempre en el mayor interés y gozo. En Dios lo encuentra todo, y vive la misma vida de Dios y su mismo gozo. Es la convivencia perfecta, íntima, sobrenatural entre Dios y el alma. En esta mirada de admiración, de gozo y de alabanza, en esta ininterrumpida y deleitosísima contemplación vive la posesión y el gozo de la Verdad y la deleitación de la Bondad. No hay gozo como este gozo, como no hay hermosura como la hermosura de la infinita y total Verdad y Bondad. ¡Y será ya para siempre! Nunca el

---

[273] Hermana María Angela del Niño Jesús: *Lirio y Hostia, Vida y virtudes de*..., escrita por la Comunidad del mismo (Monte Carmelo), traducida al español, cap. 10, prf. t, págs. 20 y siguientes.

alma se cansa, sino que es la más deleitosa satisfacción, como no se cansará nunca el cuerpo glorioso. También el cuerpo estará siempre en el gozo y en la actividad de gloria que no cansa, sino siempre recrea y deleita en descansada satisfacción de delicia.

El entendimiento entendiendo siempre a Dios en contemplación actual y en suma perfección está lleno en toda su capacidad de entender la Verdad, y la voluntad, a su vez, está llena de la Bondad; las dos potencias están satisfechas en gozo y saturadas en la exuberancia de la felicidad, en el júbilo más radiante. Permanece en el perpetuo éxtasis de la alegría y de la más descansada y deleitable actividad en entender, en amar y en gozar en Dios.

Vive en la más confidencial convivencia gloriosa con Dios, en su misma vida y gozo, y con Dios tiene la convivencia de todos los ángeles y bienaventurados. ¡La creación entera es suya!

Alma mía, dichosa de ti, porque verás a Dios y vivirás en Dios su misma vida y su misma dicha. En Dios verás y conocerás todos los seres y toda la creación. En Dios y en Jesús conocerás y tratarás a Jesús y a su Santísima Madre. En Dios verás y tratarás con todos los ángeles y bienaventurados.

CAPÍTULO XXV

VARIEDAD DEL CIELO. CONOCIMIENTO QUE EL BIENAVENTURADO TIENE DEL UNIVERSO Y DE TODOS LOS SERES

155.—En la tierra el deseo insaciable del hombre es ver, conocer, poseer, tratar, gozar y expansionarse. Se tienen ansias de ver novedades, hermosuras distintas, tener riquezas, disfrutarlas con ostentación y tratar con las gentes. En las ciudades se visitan los monumentos de fama y que llaman la atención, se acude al concurso y aglomeración de las gentes, a los espectáculos para distraerse. Se busca ver y leer las noticias de lo sucedido o que pueda suceder. Los amantes de las letras leen apasionadamente las intrigas de los cuentos e invenciones novelescas, bellas, pero inventadas y exageradas.

Ni es menor el deseo de tener fama y de tratar con personas distinguidas, codiciando que nos estimen y nos honren, y tanto más se goza cuanto son más distinguidos y de más nombre los que nos tratan con aprecio.

Cuando no es posible satisfacer este deseo, sobreviene la tristeza y abatimiento. Se habla en las ciudades de la soledad como de un encanto, y todos huyen de vivir la soledad. La soledad prolongada se hace intolerable, y a la larga nada hay más pesado que la inactividad y el no hacer nada. Vivir largo tiempo solo sin ocupación ni ideal alguno, produce tedio insoportable.

Buscan y gustan la soledad solamente los que buscan la compañía de Dios y vivir con Dios a solas. Es, cierto, el mayor gozo, pero lo es para los que aspiran a vivir la vida espiritual y santa. Los demás hombres no sólo no la buscan, sino que huyen de la soledad como de uno de los males más difícil de soportar.

Cuantos piensan en el cielo sin el movimiento de actividad, sin la curiosidad de ver, de distraerse, de reír, de espectáculos, juegos y disipaciones, son los que se forman la idea de que en el cielo hay una continua monotonía y seriedad, y será o se hará cansado y aburrido aun cuando haya todas las bellezas y riquezas que queramos soñar, y juzgan que el alma está en un perpetuo éxtasis, sin actividad ni movimiento de expansión o de diversión externa, como pintan a los ángeles.

156.—Pero si el cielo es un perpetuo éxtasis de gozo y de dicha, no se paraliza ni disminuye la actividad de la vida ni de la alegría. En el cielo empieza la deliciosísima y descansada actividad de vivir y conocer y ver inmensamente más grande y gozosa que en la tierra. Las facultades de los bienaventurados son más perfectas, ya no están sujetas a error y tienen mayor capacidad sin comparación que en la tierra y están en actividad ininterrumpida, siempre con deleitable y renovado gozo, viendo, conociendo, admirando y disfrutando las preciosidades y maravillas que los rodean y de todo cuanto existe en la creación cerca o lejos; siempre encuentran maravillas más admirables; al mismo tiempo viven el trato y las relaciones más efusivas y concordes con todos los bienaventurados; juntos todos y en íntima compenetración y alegría, admiran tanta magnificencia y encanto.

No es el cielo monotonía; es la perpetua maravilla y bellísima variedad; la grandísima expansión y comunicación del corazón en continua y gozosa admiración.

Pero es tanta la diferencia que hay de todas esas bellezas y maravillas criadas y de los ángeles y bienaventurados a Dios, que una vez más repito que el cielo es Dios y Dios no es monótono ni pesado para Sí mismo ni lo es para los ángeles y bienaventurados; Dios es la actividad infinita, variadísima y gozosísima. Todas las variedades creadas son pobre y pálido reflejo de la infinita, aun cuando son maravillosas y bellísimas en sí.

Cuando los hombres piensan y aun hablan de la poca variedad del cielo, muestran no tener ni noción de lo más grande, de lo más bello, de lo delicioso e inconcebible que hay en el cielo y que es el gozo y la dicha del bienaventurado. Porque lo que supera toda fantasía y todo ensueño es la infinita perfección, belleza y en-

canto de Dios y sus infinitas y variadísimas perfecciones, infinitas en número y en perfección, y la comunicación tan íntima de Dios con el bienaventurado, que hace al bienaventurado una misma cosa con Dios por la unión sustancial y le comunica la misma vida y el conocer y amar en la exaltación del gozo y alegría más inimaginable.

Imaginar un cielo de ceremonias y cumplidos, rígido y solemne como el culto que damos a Dios en las iglesias, como las reverencias de palacio a un poderoso, es imaginar el error más contrario a la verdad y más perjudicial al espíritu.

El cielo es la familiar y amantísima convivencia con Dios, viviendo su misma vida y su mismo entender y gozar y viviéndolos en su misma esencia. ¿Dónde puede darse ni aun pensarse convivencia ni trato ni unión tan íntimos como los del bienaventurado con Dios? Es unión de esencia con esencia, y el alma dichosa que vive en Dios su vida, entiende en el mismo entendimiento de Dios y vive su misma exaltación de júbilo y de dicha, gozando en sus infinitas perfecciones, viendo y gustando siempre renovadas grandezas y más sorprendentes maravillas. Dios no se agota obrando ni se agota nunca lo infinito de su perfección. En ese vivir el gozo de las perfecciones y en ese trato de tanta unión con el mismo Dios, se vive también el trato más íntimo y confidencial en la exaltación de delicia más amorosa con las criaturas espirituales y racionales: con los ángeles y con los seres intelectuales de otros mundos —si los hay— y tal vez más perfectos que los hombres y por lo mismo más dichosos, y con todos los hombres, siendo el trato más especial con el más santo y con los que vivimos más unidos y nos ayudamos a ganar el cielo en esta vida de la tierra.

El alma en el cielo conoce y ve con visión actual todas las acciones y todos los acontecimientos que gusta; ve y tiene el trato y conocimiento de todos los hombres que desea conocer y tratar; ve y conoce los pensamientos y afectos y los sucesos individuales, familiares y sociales. Nada de cuanto desea el bienaventurado le es desconocido, ni lo ve ausente ni lejano, lo ve y conoce presente. No siente privación alguna de cuanto anhela. Está satisfecho y feliz en todo.

157.—El alma en el cielo goza de la felicidad y rebosa conten-

to al verse llena del conocimiento y del gozo del mismo Dios y de la satisfacción radiante y jubilosa de todo deseo. En ese conocimiento y gozo de Dios se recibe también la posesión, el conocimiento y el gozo de las criaturas y seres todos, aun cuando el conocimiento, el gozo y el dominio de todas las criaturas, que tanto nos ilusiona y afecta, y en lo que casi nos figuramos consiste el cielo, con ser tan grande, es como nada comparado con la visión, gozo y posesión de Dios y de sus infinitas perfecciones. Aun cuando no se tuviera el conocimiento y la posesión y trato gozoso con las criaturas, no se disfrutaría de menos felicidad teniendo el alma la visión y posesión de Dios. Dios es el cielo y es todo bien.

Dios es todas las bellezas y todas las alegrías y contentos juntos. Dios es todo el saber y todo el poder. En Dios no puede haber monotonía ni la hay en el cielo.

Si viviendo en la tierra tuviéramos una noción que se acercara a la realidad de la infinita perfección de Dios, la tendríamos también del cielo y experimentaríamos lo que escribió San Agustín: *Es tan grande la hermosura de la justicia, y tan grande la dulzura de la luz eterna, que aunque no se pudiera perseverar en ella más de un día, se podían despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de deleites, y regalos, y de abundancia de bienes temporales* ([274]); y lo que han escrito almas santas: que por ver a Dios y por ver a Cristo en su gloria, muy bien se podían padecer tormentos todos los días y aun las mismas penas del infierno por largo tiempo.

Dios es hermosura tan arrebatadora y tan llena de perfecciones atrayentes en tan alto grado, que San Juan de la Cruz escribió: *No hace mucho aquí el alma en querer morir a vista de la hermosura de Dios para gozarla para siempre, pues si el alma tuviese un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla para siempre..., sino mil acerbísimas muertes pasaría por verla un solo momento, y después de haberla visto pediría padecer otras tantas más por verla otro tanto* ([275]).

Y Santa Catalina de Génova decía del amor que se siente:

---

[274] San Agustín: *Del libre Albedrío,* lib. III, cap. 25, número 77.
[275] San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual,* XI.

Que si cayera en el infierno sola una chispa..., vendría a ser para sus desgraciados moradores la vida eterna, transformando la noche en día, las penas en consuelos, los demonios en ángeles ([276]). No puede haber en el cielo monotonía ni carencia de gozos y nobilísimos amores, como no la hay en Dios. Hay arrebatadora variedad de hermosura, de novedades y deleitabilísimas magnificencias en todo bien.

158.—El bienaventurado en el cielo ve a Dios directamente y vive la misma vida de Dios en Dios mismo. En la visión y conocimiento de Dios ve y conoce y posee en Dios todo el universo y todas las criaturas; las ve y conoce en la Sabiduría Divina, que es el Verbo Eterno, y puede conocerlas directamente en ellas mismas, pero no tan perfectamente ni con tanto gozo como viéndolas en Dios, y la perfección y gozo del conocimiento es según la gloria que el alma tiene.

El alma en el cielo conoce en Dios la creación entera a modo de eternidad, que es verla simultánea y detalladamente; ve la creación toda y cada uno de los seres con todas sus propiedades, perfecciones y relaciones con los demás seres del universo. El hombre en el cielo es verdadero rey de la creación, como Dios le prometió en el paraíso; la creación entera le obedece; es suya con dominio perfecto.

Porque de dos maneras veremos, conoceremos y gozaremos de las criaturas en el cielo: las veremos y poseeremos en la misma esencia de Dios, que es el modo más perfecto y deleitable, y las veremos y poseeremos directamente en sí mismas. Ni es un modo opuesto o incompatible con el otro, sino que simultáneamente el alma lo verá y conocerá en Dios y puede verlas en sí mismas.

Ni conocerá más ni con más perfección el universo y todos los seres creados y muchos creables en el futuro o nunca, el que en la tierra tenía más inteligencia o había cultivado más los conocimientos y era tenido por sabio, sino el que tuvo más virtudes y más amor a Dios. La alteza y claridad para ver a Dios la comunica la luz de gloria; y la luz de gloria es según la gracia que tenga el alma. Ve

---

[276] Fray Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* 22 de marzo.

más inmensidad y magnificencia de Dios y de sus divinas perfecciones y recibe más gozo y mayor dicha el alma que adquirió más gracia y le tuvo más amor.

La más perfecta visión de Dios da más perfecto, amplio y gozoso conocimiento del universo y de todos los seres y criaturas. La mayor gloria esencial agranda la capacidad de conocer, de amar y ser amado. La ley del cielo es para todo el amor glorioso.

Un santo que en la tierra fue un analfabeto y de muy poca perspicacia, como los ha habido, pero que amó mucho a Dios y vivió la perfección, ve más de Dios en el cielo y goza más en Dios, y conoce también más del universo, y de todas las criaturas y seres y de las ciencias, que el más renombrado teólogo o más admirado científico, si el científico o el teólogo amaron menos a Dios. La sabiduría ante Dios es la gracia divina y su amor, y lo que Dios premia es la virtud y lo que se hizo por su amor. La gracia y la virtud son la medida de la intensidad y de la amplitud de la luz de gloria para la perfección de la visión de Dios.

Todos los bienaventurados ven a Dios, y le ven todo, pero no le ven todos con la misma perfección. El más santo le ve más perfectamente. Todos los bienaventurados ven a Dios y en Dios todas las cosas, pero el más santo ve más de la creación y ve más cosas criadas y con más perfección. Todos los bienaventurados ven a Dios, pero es imposible verle totalmente. La criatura no tiene capacidad ni aun obediencial para ver todo lo infinito. Sólo Dios se ve a Sí mismo totalmente y simultáneamente. Dios es siempre el presente y el ahora de infinito bien.

En el cielo conoceremos de cerca, teniéndolos presentes o pudiendo tenerlos como presentes, todos los seres animados o inanimados. Los conoceremos, como digo, en Dios o directamente en ellos mismos; más perfectamente en Dios. Los conoceremos perfectamente en su exterior y en su interior; conoceremos su esencia y sus propiedades, el modo y el tiempo de su origen y su desarrollo y relaciones con los demás seres. Nada nos será desconocido ni ignorado.

En el cielo veremos y conoceremos de cerca, estando en ellos mismos, los soles y las constelaciones con todas las estrellas grandes y pequeñas. Conoceremos su creación, el modo y el tiempo de su origen, su evolución y propiedades, sus relaciones y de-

pendencias y su final si han de tener término. Ninguno de sus misterios nos será desconocido. Conoceré y estaré en las estrellas de las galaxias más lejanas. Conoceré con exactitud las inmensidades de los astros y de las supergalaxias y de todo el universo. Ya veré si están habitados los astros y trataré con sus habitantes gloriosos —si los hubo—. Lo conoceré sin esfuerzo, sin estudio, sin aparatos y sin cansancio, con el mayor regocijo y alabando y admirando a Dios en sus obras. Las estrellas serán mías y de todos. Me gozaré en ver cómo producen su brillo y su atracción, las fuerzas centrípetas y centrífugas y sus vertiginosos y acordados desfiles.

Conoceremos qué es la luz y la electricidad y las ondas magnéticas. Veremos que cuanto sabían los astrónomos y los físicos era nada y con muchísimos errores. Todo lo sabré y lo gozaré en Dios y en la compañía y en el contento más íntimo de todos los bienaventurados.

Pero el universo todo material con su inmensa magnitud y con los misterios y maravillas de sus perfecciones, ahora desconocidas en su mayoría, es inferior y de menos admiración que una sola criatura viviente y espiritual. Un solo ángel o una sola alma vale más y es inmensamente más maravillosa que todas las flores, que todas las joyas, que todos los astros juntos. Y aun un solo pensamiento o acto de amor vale más que todo eso, porque el pensamiento es espiritual, y por eso debemos ponerlo únicamente en Dios. Sólo Dios es digno de él.

En el cielo no sólo conoceremos a todos los hombres que han existido o que se salvaron y allí están; conoceremos y trataremos y conviviremos con los hombres y también con los ángeles todos, con los querubines y serafines y con todas las Jerarquías. Todos nos serán conocidos y nos tratarán y conoceremos su número sin número. Viviremos con ellos y nos relacionaremos íntima y fraternalmente con todos en Dios, en la esencia infinita de Dios, en la Sabiduría Eterna de Dios, que es el Verbo Eterno, Jesucristo, y en el Gozo Eterno del Espíritu Santo. Si vemos y estamos en Dios y vivimos su misma vida, ¿cómo nos extrañará que tratemos con sus ángeles, que son sus obras más perfectas y predilectas, y que las conozcamos y admiremos? Nuestra vida será feliz y gloriosa como es la suya, porque todos vivimos ya la vida gloriosa del mismo Dios en Dios, participando cada uno según su capacidad, pues recibirá

la luz de gloria según la gracia que vivió.

CAPÍTULO XXVI

GOZO ESPECIAL DEL ALMA VIENDO, TRATANDO Y VIVIENDO EN JESÚS Y JESÚS EN ELLA

159.—El cielo glorioso y la felicidad empiezan para el alma cuando Dios la comunica o infunde la luz de gloria. Con la luz de gloria se reciben las dotes gloriosas ([277]), que son la *visión* directa de Dios en su esencia y en sus perfecciones, la *comprensión* o posesión del mismo Dios con sus perfecciones, y la *fruición* o gozo y deleite que ininterrumpidamente disfruta el alma viéndole y poseyéndole.

En el mismo momento en que se recibe la comunicación de la luz de gloria, desaparece del alma el velo de la fe y el anhelo de la esperanza y queda envuelta en la claridad del amor y en la alegría indeficiente de ver, de conocer, de poseer ya y gozar, de tratar y convivir con Dios infinito y glorioso. Con la luz de gloria que la hace feliz, recibe la Sabiduría divina, y con la sabiduría divina no sólo conoce la esencia de Dios y sus perfecciones, sino en la esencia y en la Sabiduría divina conoce también la esencia, propiedades y perfecciones de las criaturas y seres ya criados y de muchos creables que nunca creará Dios. Recibe de Dios la ciencia del conocimiento perfectísimo de la creación entera. Con la luz de gloria empieza el mundo nuevo sobrenatural o el cielo nuevo radiante de dicha y felicidad tanto tiempo esperado, muy superior a cuanto podía soñar.

Y empieza también el conocimiento, la convivencia y el trato

---

[277] Véase el cap. XXII, núm. 136.

íntimo de amor mutuo, de gozo, de admiración y gloria con todos los ángeles, con todos los bienaventurados, con los familiares y conocidos y con los hasta ese momento jamás conocidos ni oídos. Gozaremos el mutuo gozo de gozamos y tratarnos en la luz de Dios y en el Amor infinito sin posibles roces ni incomprensiones ni incompatibilidades, sino en la exuberancia de la alegría y glorioso amor en compenetración, sin la menor disonancia ni incomprensión.

Conoceremos y admiraremos todas las obras de Dios en Dios, y la más admirable y maravillosa obra de la Creación es Jesucristo, la Encarnación del Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y su vida, pasión y gloria.

Entre el número sin número de ángeles, soles brillantísimos de las gloriosas Jerarquías, luce Jesucristo, Sol que los ilumina y absorbe a todos en su claridad y a todos los atrae con su amor. Jesucristo es el Rey de amor, el anillo que une la criatura con su Creador y el centro de toda la creación. En El y con El alaba todo lo creado a Dios con alabanza digna de Dios. Conoceremos la razón de la Encarnación. Conoceremos y trataremos y admiraremos a Jesucristo, la mayor maravilla externa de Dios.

Ahora nos enseña la fe que Dios creó de la nada un alma humana, como crea todas las almas. Unió esta alma singularísima al cuerpo humano formado por su poder infinito de un modo milagroso en el seno virginal de María y en el mismo instante de la creación del alma y formación del cuerpo se unió a ellos en unión hipostática la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo Eterno, de modo que en Jesucristo hay dos naturalezas, la humana y la divina, pero una sola Persona, la Persona del Verbo. Jesucristo es Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, y no dejando de ser Dios, ni dejando de ser infinito, omnipotente y feliz, no rebajándose ni perdiendo alguna de sus infinitas perfecciones, levantó en su Persona Divina, y divinizó la naturaleza humana. ¡Es el gran misterio de la creación y es la mayor maravilla de todas las maravillas creadas! ¡Dios hecho hombre y el hombre hecho Dios!

Muchas y muy hermosas razones han escrito los sabios teólogos sobre la conveniencia de la Encarnación. Aun cuando muy hermosas, ninguna explica bien el misterio, como no explican la Pasión dolorosa y cruenta para redimir el mundo ni la misma caída

y redención del género humano. Ahora encontramos inexplicable o incomprensible un Dios-hombre despreciado y crucificado. Dios lo quiso y lo hizo para que hubiera una alabanza digna de Dios en la creación externa: la alabanza de Jesús-Dios. Y para que Jesucristo ganara con sus obras humanas ser Rey de la creación y Juez de todos los seres espirituales. Como no comprendemos la razón íntima de la Eucaristía, aunque digamos que para estar humano con nosotros y perfeccionar el círculo de la creación de la criatura con su Dios.

Agradecidos, repitamos con San Pedro de Alcántara: « ¡Y se encarnó! ¡Y se encarnó!» Ahora no llegamos a entender la causa principal. En el cielo veremos a Jesucristo Padre y Rey glorioso de toda la creación y comprenderemos la verdadera razón que le determinó a realizar este misterio y a redimir el género humano encarnándose y aceptando sufrir la pasión cruenta y afrentosa.

Lo veremos y nos llenará de admiración y agradecimiento.

160.--En el cielo veremos en toda su gloria el cuerpo y el alma de Jesucristo, y sola su vista llenará de contento y dicha, pues es la mayor maravilla creada.

Veremos a Jesucristo y le trataremos y nos tratará no de lejos ni teniendo que pedir audiencia o que hacernos lugar o cediéndonos el paso unos a otros, como en la tierra. El alma no ocupa lugar, y los cuerpos gloriosos no se impiden ni hacen sombra los unos a los otros.

Veremos y conoceremos su inmensa grandeza y trataremos íntima, amorosa y confidencialmente a Jesús. Jesús tendrá para mí y para cada uno un afecto que supera toda ternura y toda imaginación, como si todo fuese solamente para mí y todo solamente para cada uno. Y de tal manera le amará y tratará el bienaventurado, como si sólo él fuera el enamorado de Jesús y Jesús el enamorado solo de él, llenándole de toda delicia en su divinidad.

Jesús iluminará y endiosará en felicidad todas las almas y a todas se dará y entregará, pero producirá en cada alma el conocimiento y el gozo en proporción del amor que le tuvieron en la tierra y de la virtud que practicaron, a semejanza de como cada foco luce con la misma corriente según su propia capacidad.

Jesús nos tratará y trataremos a Jesús en mirada y conversa-

ción afectuosísima y en ternura de afecto como no podemos comprender. Los afectos y amores santos de la tierra no desaparecen en el cielo, se sobrenaturalizan y perfeccionan.

Cada bienaventurado estará, y estaremos todos, no lejos de Jesús, sino, como acabo de decir, junto a Jesús y en el mismo Jesús ([278]). No ha de disminuir en el cielo la presencia que Jesús tenía en la tierra con las almas, sino la perfeccionará según su omnipotencia, porque es Jesús-Dios quien lo hace. En la tierra muchísimas almas santas, enamoradas de Jesús, le llevaban dentro de su alma, le miraban, le hablaban, vivían para Él y a Él estaban ofrecidas. En la tierra acompañamos a Jesús en el Sagrario y le recibimos en la comunión y es el mismo del cielo. Jesús viene realmente a nosotros y está en nosotros en amor y en presencia real. No ha de ser peor la condición en el cielo ni mayor la distancia que separa a Jesús del alma que en la tierra.

En el cielo las almas bienaventuradas se sienten inmensamente más enamoradas y unidas con Dios y con Jesús que en la tierra y Jesús con las almas. Este amor enamorado ya no es de inquietud o preocupación, sino de gozo por la posesión. Jesús tiene a sus almas no sólo presentes y está presente a ellas, sino metidas dentro de su misma alma y las llena de su misma gloria y las trata con la mayor ternura y afecto, no estando separado de ellas, sino en ellas. Es el amor afectuoso de la tierra sobrenaturalizado y ciendoblado. Es el amor unitivo de Dios-hombre, desbordado en mirada y en hechos de gloria. Jesús se confía a sus almas ya felices.

Jesús en el cielo no se muestra esposo menos amante que se mostraba en la tierra ni menos confiado. No habrá morada separada ni pensamiento oculto de Jesús para sus almas. Estaremos junto a Jesús y en Jesús y Jesús en nosotros. Si comunicándose en amor, aun viviendo aquí, dijo a muchas almas en efusión entrañable, como a Santa Teresa: *Sólo por ti hubiera criado el cielo* ([279]), ya en la gloria no sólo nos da el cielo, se nos da El mismo, se pone en nosotros y nos lleva dentro de El a todos y nos dice: «Yo soy tú y tú eres Yo por la íntima unión de amor sobrenatural y comu-

---

[278] Véase el cap. XXXVI, núm. 216, y el XXX, núm. 185.
[279] Otilio Rodríguez: *Leyenda de oro Teresiana,* 29.

nicación sustancial.»

161.—¿Cómo podrá ser esto? ¿Cómo hay tanta multitud de sonidos y de imágenes en la atmósfera y vemos algunas reproducidas en la pantalla de la televisión? Estaremos por el mismo poder que Dios da a los cuerpos gloriosos de penetrar por otros cuerpos. Sólo la Sabiduría de Dios sabe y puede hacer ese modo y lo sabremos nosotros en el cielo cuando nos lo enseñe.

Pero aun aquí en la tierra ¿no se comunica en la Eucaristía a cada una de las almas y en lugares muy distantes el mismo Jesús que está en el cielo? ¿Y no es el mismo el que se nos comunica a unos y a otros? ¿Qué no hará en el cielo? Estaremos todos junto a Jesús y en Jesús glorioso y recibiendo gloria y amor. ¡Oh alegría y gloria del alma bienaventurada, que estará continuamente recibiendo la ternura y el amor más regalado, cada alma como si fuera para ella sola, y gozándose todas, sin emulación, en la ternura y gloria que muestra a los demás, y cómo a los más santos se la muestra mayor! Jesús-Dios será gloriosamente mío y para mí y yo seré de Jesús y para Jesús.

Dios se lo ha mostrado así a algunos santos, y veían en un momento todo y a todos juntamente a modo de eternidad. Así dice la hermana María Angela: *He visto a Nuestra Santa Madre (Teresa) una con Cristo. He visto a Cristo en su humanidad como perdida en su divinidad... Vi a Nuestra Santa Madre con su rostro en el rostro de Cristo; los rasgos del rostro de Nuestra Santa Madre no impedían ver los del rostro de Jesús; estaban como el uno en el otro; el rostro de Nuestra Santa Madre era joven...; me sonrió mucho y Cristo también* ([280]).

La sencilla Beata Ana de San Bartolomé escribe que *veía habitualmente a Jesucristo en el alma de la Santa Madre y de qué manera estaba El unido a esta alma* ([281]). Esto, que no entiendo yo ahora cómo puede ser, se lo mostró el Señor a muchos santos en visiones místicas y quedaban maravillados. Si la doctrina católica

---

[280] Hermana María Angela del Niño Jesús: *Lirio y Hostia,* cap. XX, prf. V, pág. 227.

[281] Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía,* caps, 10 y 24. Véase el cap. XXXVII.

nos enseña en la vida espiritual que Dios Trino y Uno y Jesucristo viven de una manera especial y con una presencia actual y amorosa en el alma justa aquí en la tierra, ¿cómo no va a estar presente, actual y como empapando e iluminando el alma la persona de Jesús en el cielo? Si dijo a tantas almas fieles y privilegiadas como a estas místicas que vengo citando: Santa Gertrudis, Santa Catalina, Santa Angela de Foligno, Santa Teresa y Santa María Magdalena de Pazzis y tantas otras: *Ya eres mía y Yo soy tuyo,* ¿cómo no lo dirá y hará altísima y gloriosísimamente en el cielo con todas las almas bienaventuradas?

No sólo me verá Jesucristo y estará en mí y yo en El, sino que estará dándome claridad, y hermosura, e inteligencia y dicha con la mirada de su entendimiento y de su amor. El encenderá en mí la llama de mi dicha. Veré y comprenderé a Jesucristo en su divinidad y en su humanidad. Su gloria y su hermosura me inundarán de un gozo indecible. Le hablaré y me hablará con la palabra callada del entendimiento, llena de amor, que es la palabra del cielo, y yo estaré en esa gloria suya participando de ella y me gozaré en su hermosura y en su gloria como si fuera mía propia y sólo para mí, no con tanta exaltación como en la visión de la divinidad, pero con más admiración y gozo que en todo otro deleite criado del mismo cielo.

Y al mismo tiempo estará sin interrupción bañando mi espíritu un júbilo de admiración y desbordante agradecimiento a Dios y a Jesucristo, porque con su encarnación y pasión me redimió y por su medio se comunican al alma y al cuerpo las dotes gloriosas y la misma gloria. Seré feliz. Mi alma será feliz y lo será mi cuerpo a semejanza de Jesucristo con las dotes gloriosas de agilidad, claridad, impasibilidad y sutileza. Mi cuerpo, después de la resurrección, será como espiritualizado, superando todas las leyes físicas de la naturaleza.

162.—Viviendo Jesús en la tierra dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29), por la bondad de su carácter y de todas sus acciones. Jesús era la bondad misma en su trato con los Apóstoles, con las gentes, y lo era aún más con su Madre, la Virgen. Nos mandó a todos ser humildes y mansos, y para que lo fuéramos dijo la sentencia citada además del mandato.

Y nada de lo que es bueno desaparece en el cielo, sino que se tiene en su total perfección. En las expresiones que ha dicho en las visiones a algunas almas santas se ve la inmensidad de su bondad. A Santa Isabel de Hungría la dijo: *Si tú quieres ser mía, Yo quiero ser tuyo también y nunca separarme de ti* ([282]). A Santa Angela de Foligno, *el Yo soy tú y tú eres Yo* ([283]). Con muchas almas santas, como con Santa Hildegarda y Santa María Magdalena de Pazzis, y muy recientemente con la hermana Margarita, ha cambiado el corazón, tomando el corazón de ellas y poniéndolo por más o menos tiempo en su pecho y poniendo su propio corazón en el pecho de ellas con palabras muy regaladas. Si esto ha hecho y aún continúa haciendo en la tierra, comunicándolas goces como de cielo anticipado, ¿qué delicias y regalos no mostrará con todas las almas ya gloriosas en el cielo, que es el propio lugar de las delicias y del amor glorioso?

Las almas que han recibido algunas de estas regaladas mercedes se deshacen de admiración y de agradecimiento, no encontrando palabras para expresar la impresión y dulzura del amor que han experimentado sintiéndose ya como en el cielo, y diciendo como esta hermana Margarita y ya antes Santa Teresa: *Basta, Señor, basta, que no cabe más en mi pecho, si no lo ensancháis* ([284]), o: *si esto nos das ya en la tierra, ¿qué dejáis para el cielo? Porque no parece pueda ya haber nada más delicioso y regalado* ([285]). Y, sin embargo, todo es como nada comparado con lo que comunicará y dará en el cielo.

Aquí no podrían resistir los cuerpos tan inmenso júbilo y exaltación sin especial gracia o milagro del Señor. En el cielo ya están las almas y los cuerpos agrandados y fortalecidos para recibir la inmensidad de la felicidad de Dios.

En una visión, la Virgen dio a San Félix de Cantalicio a besar el Niño y quedó durante varios días fuera de sí por la dulzura experimentada. Lo mismo dice Santa Teresa que la sucedía a ella en varias mercedes del Señor. ¿Qué será tenerlo ya glorioso y verle el

---

[282] El Conde de Montalembert: *Historia de Santo Isabel de Hungría,* cap. XIX.
[283] Santa Angela de Foligno: *Documents originaux,* página 161,
[284] Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*.
[285] Santa Teresa: *Relaciones;* 25 y 16.

alma gloriosa en sí misma y verse a sí misma en Jesús?

Porque, repito, ningún bienaventurado estará lejos ni separado de Jesús, como no está lejos ni separada de Jesús ningún alma que le recibe en la Eucaristía, como sabe que está presente y amoroso y que le llena de su amor el alma que le lleva dentro y convive con El en amor en la tierra. ¿Estaría con El y en El en la tierra y se vería llena de Jesús presente en la tierra y no estaría en el cielo, sino lejos de Él y en señaladas ocasiones?

Jesús se une al alma en unión íntima de amor por el matrimonio espiritual y está en el alma, llenándola de sus misericordias, y la hace morada suya permanente y regaladísima. En el pecho de varios santos estaba permanentemente bajo las especies sacramentales y en el Sacramento es el mismo que el del cielo, como nos enseña la te. El cielo es la consumación real y perfecta de la unión de amor con todas sus delicias y regalados amores, iniciados en la tierra en esas almas santas, pero ya viviendo y conociéndolo el alma no sólo por fe, sino por la visión real de gloria que da el conocimiento y el vivir y gozar esa dichosísima realidad. Dios nos llama en la tierra para hacer la unión íntima de amor del matrimonio espiritual, que se consumará con perfección en el cielo.

Y si aquí entregaba su corazón a esas almas y tomaba el de ellas, si aquí las hablaba, las acompañaba continuamente y vivía en ellas, con muchísima más perfección y regalo más íntimo y con dulzuras gloriosas e insoñables efectos vivirá Jesús en esas almas y en las de todos los bienaventurados en el cielo. Son ya los efectos sobrenaturales, reales y gloriosos. Son realidades divinas. Lo bueno y santo, tengámoslo presente, no desaparece en el cielo, sino que se perfecciona hasta lo inconcebible. ¡Es la dicha!

Si en la tierra la sonrisa de Dios llena de gozo hasta no caber más, pues la sonrisa de Dios produce el éxtasis de la felicidad, ¿cuál será su dulzura en el cielo? *¡Oh inefable sonrisa* —decía la hermana Margarita—, *cómo has penetrado mi alma! ¡Qué dulcísima y encantadora eres!* Jesús, regalo y delicia de los ángeles, lo será también mío y estará en mí como está en ellos. Veré y sentiré en mí y viviré dentro de mí a Jesús y yo en Jesús dentro de Jesús gozaré su arrobadora hermosura. Estaré envuelto y saturado de su misma gloria y hermosura.

163.—La venerable Ana de San Agustín en una visión del cielo vio que del pecho de Jesús salían rayos hermosísimos de luz de gloria y se repartían a todos los bienaventurados y a cada uno daba la intensidad de felicidad en proporción de las virtudes que en la tierra había practicado ([286]). La luz que iluminaba a todos y la gloria que gozaban procedían de Jesús, Dios-hombre; porque la Persona de Jesucristo, la Sabiduría divina, es quien ilumina el cielo de la perfectísima luz sobrenatural, lo esclarece todo de belleza y delicia y comunica la gloria y la dicha.

En el cielo Jesucristo consuma en altísima y sobrenatural gloria la unión de amor o matrimonio espiritual, ya inseparable y dichosa, que con las almas santas hizo en la tierra, y la unión no es estar lejos, sino hechos una misma cosa. Estaremos en la luz de Dios y de Jesús. Viviremos en El su misma vida y entenderemos en su entender.

Si sola la vista de los cuerpos gloriosos de los bienaventurados, decía Santa Teresa, cuando se los mostró el Señor, que producía dicha ([287]), por tanta hermosura y contento, ¿qué no producirá el cuerpo glorioso de Jesucristo, que es de quien irradia la ternura y hermosura a todos los bienaventurados, llenándolos de desbordado júbilo y perpetua alegría? ¿Qué se sentirá viviendo en la fuente misma de tanta hermosura y de tanto júbilo y contento?

Estaremos en Dios glorioso. Estaremos disfrutando de la misma gloria de Dios en Jesucristo y con Jesucristo. Veremos y nos gozaremos en conocer ya a Dios y a Jesucristo Dios, por quien nos viene todo bien, y conoceremos exactamente la razón de la Encarnación del Verbo, que no fue sólo para redimir al hombre de su caída por el pecado original y abrirle las puertas del cielo; fue también para dar gloria a Dios infinito de un modo digno de Dios y mostrar su poder y sus maravillas uniendo con unión personal la naturaleza de un hombre a la misma divinidad y constituyéndole Rey de la creación, ganando su cetro con la práctica de las virtudes más heroicas y selladas con la aceptación y ofrecimiento de su Pasión afrentosa y para mostrar otras innumerables maravillas que

---

[286] Ana de San Agustín, en *Reforma del Carmen,* lib, XVI, cap. 33.
[287] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 27.

ahora nos son totalmente desconocidas.

En el cielo, irradiando gloria y júbilo, recibirán nuestras almas gozo especial y darán más deleitosa alabanza a Dios viendo y conociendo el altísimo e inigualable amor que Jesucristo vivió en cada una de las acciones ordinarias de su vida oculta de Nazaret durante treinta años de su corta vida y la gloria que allí estaba dando a Dios y redimiendo al mundo. En el cielo nos admiraremos de la altísima Providencia de Dios en haberse encarnado en una mujer pobre y muy recogida y haber redimido a la humanidad por un medio tan extraño de vivir, menos tres años, una vida retirada y como desconocido en una aldea pequeñísima, en un oficio trabajoso y duro, para terminar con la pasión dolorosa y terriblemente ignominiosa ante las autoridades y ante el pueblo de su nación. En la tierra nos parecen medios improcedentes y muy a propósito para que los romanos no creyeran en El y persiguieran a sus discípulos por seguir y adorar a un crucificado condenado a ese suplicio por la autoridad.

En el cielo veremos y admiraremos el amor ardentísimo con que realizó todos y cada uno de los actos de su vida oculta y de la pública y hasta lo inmenso de cada uno de sus deseos y respiraciones. Con el perfectísimo y abnegado ofrecimiento y amor a Dios de toda su vida y de todas sus especialísimas cualidades nos mereció la redención y ser Rey de la creación entera.

Y en el cielo nos llenará de gozo la ternura tan sin límites y el amor tan extremado de Jesús para con la Virgen, su Madre. Es el mayor amor humano y creado que ha habido en la tierra y es el más tierno, efusivo y admirable que veremos en el cielo.

Jesús está de modo especialísimo y el más glorioso en la Virgen, y la Virgen lo está en Jesús, produciendo la maravilla más sorprendente y la más gloriosa. En lo creado, todas las miradas se centrarán en la claridad de este Sol infinito de Jesús iluminándolo y embelleciéndolo todo y a la Virgen sobre todos.

Viviré en Jesús. Eternamente mi vida estará en El y será la suya. El entender y el amar de Jesús será mi entender y mi amar para siempre. Su gozo y su felicidad serán mi felicidad y mi gozo. Estaré tan unido en amor y gozo con Jesús que seré una misma cosa con El y una misma dicha. Me ha hecho participante de su perfección y de su gloria de Dios. Con El viviré en la perpetua y di-

chosa alabanza a Dios. Dios mío, bendito seas. Para esto me criaste. Me has dado a Jesús glorioso. Ya Jesús es mío y yo de Jesús en gloria y en felicidad para siempre. Seré ascua en este fuego divino; seré molécula brillante en este Sol eterno.

CAPÍTULO XXVII

COMPAÑÍA Y CONVIVENCIA GLORIOSA CON LA VIRGEN Y CON LOS ÁNGELES

164.—En el corazón del cristiano está muy viva la añoranza de la ternura y del afecto de la Virgen María por ser Madre de Jesús y Madre nuestra. Su amor es superior al de todas las madres. Nuestra ansia es verla en el cielo y sentir la caricia de su amor maternal y sobrenatural. Si en la tierra la aclamamos con amor y la invocamos en nuestras necesidades, si la recordamos tan llena de hermosura y de bondad, ¿qué vuelco de gozo dará el corazón del bienaventurado al verla tan llena de especial claridad en el esplendor de Jesús y cuando se nos muestre gloriosa y nos hable con todo el amor de Madre dulcísima?

Ahora, sin verla, hablamos de ella, soñando sus perfecciones movidos del afecto, de la fe y de la razón. En el cielo la veremos como Madre de Jesús y como Madre espiritual de los hombres, llena de la gracia de Dios; o sea, llena de las maravillas de Dios. En el cielo veremos y admiraremos todos los prodigios que Dios acumuló en su alma, la hermosura y riqueza de gracia y de amor con que la levantó y engrandeció hasta hacerla Reina de la creación junto con Jesús, y la fidelísima fidelidad con que la Virgen correspondió a las gracias de Dios. Porque veremos a la Virgen y nos verá. La hablaremos y trataremos y nos hablará y tratará no por intermediarios, sino directa y amorosísimamente. Y no a lo lejos ni interponiéndose persona u obstáculo alguno entre Ella y nosotros, sino junto a Ella, y diré también que en Ella. Nos hablaremos con las palabras de los labios y con la palabra callada y eficaz con que se hablan los bienaventurados en el cielo, que es comunicándose la idea y la verdad directamente, de entendimiento a entendimiento, y el amor de voluntad a voluntad y viéndolos, de modo que no cabe

error ni inexactitud o imprecisión. Todo se comunica y se ve en la Verdad y en la Luz infinita de Dios.

Con regocijo desbordante la veremos y admiraremos glorificada por todas las generaciones y por todas las jerarquías de los ángeles sobre toda la creación, con Jesucristo y en Jesucristo. La que fue humildísima y fidelísima en la tierra aparece gloriosa, coronada por Reina de los cielos y tierra y más Madre que Reina; la veremos y admiraremos como la obra y el milagro del poder y del amor de Dios, que quiso mostrar reunidas en su alma de pura criatura tanta grandeza y tanta maravilla. Porque gozaré con gozo grande y delicioso júbilo viendo ya claro el misterio de María en ser Madre de Jesús, y cómo en una criatura pudo Dios poner tanto amor, el amor que la Virgen tenía a Dios, y cómo le vivía y fomentaba en su vida callada y oculta.

En el cielo veré a la Virgen en el mismo Dios, y el resplandor de amor de su voluntad iluminará el mío. Me gozaré en mostrarme más hijo suyo que nunca y Ella se me mostrará más Madre mía y con mayor ternura que nunca en la más acogedora e íntima confianza y convivencia. ¡Oh Madre!, te admiraré y alabaré llena de bondad, de amor y de belleza de Dios, y Tú me regalarás con ella. Mi alma y mi alegría estarán unidas a las tuyas y cantaré con los ángeles y contigo misma el contento de verte hecha por Dios Reina de la creación sin dejar de ser Madre mía y de todos los hombres. Conversaré y conversaremos todos con la Virgen, y para mí y para cada uno de los bienaventurados serán sus caricias y delicadezas maternales de cielo con regocijo común, como si sólo fueran para cada uno en particular. Porque tengamos muy presente que para las almas no hay distancias, están juntas sin estorbarse ni entorpecerse, y para los cuerpos gloriosos será como si no las hubiera, por sus dotes gloriosas, y estaremos juntos y distintos. Su gozo será mi gozo y de todos.

Veré, Madre mía, la riqueza y belleza de tu alma, y me gozaré en admirar también la belleza y gloria de tu cuerpo rutilante sobre todos y muy semejante al de Jesús.

En una visión veía la venerable Ana de San Agustín en el cielo que el rostro glorioso de la Virgen se parecía en todo al de Jesús y tenían sus delicias en comunicarse sin dejar de comunicarse al mismo tiempo con los bienaventurados; porque en el cielo todos

viven para todos sin impedimento ni dificultad alguna y todos para cada uno. Todos viven, se ven, se comunican y disfrutan sus gozos en Dios a modo de eternidad. ¿Cómo será la delicia del cielo? Si decía Santa Teresa que sólo ver en el cielo hablar aquella boca de Jesús con tanta dulzura, llenaba de delicia ¿cómo será también, Madre mía, la dulzura de tus labios cuando me hables? ¿Cómo la sonrisa de tu dulcísima ternura y alegría? ¿Cómo tu mirada sobrenatural y feliz al fijarse en mí? Y ya no la apartarás de mí ni yo de Ti y siempre producirá renovado gozo.

¡Oh Madre mía dulcísima! Guíame y ayúdame ahora en la tierra para que en el cielo te vea y me goce en tu gozo y alabe a Dios en el agradecimiento y júbilo de tu alabanza y sea mi felicidad en compañía de tu felicidad. ¡Qué unida estará mi alma a la tuya y mi entender y amar al tuyo en la más inexplicable compenetración y exaltación! Dios lo llena todo de gloria y vivimos en su vida.

Es insoñable e incomprensible la variadísima amenidad del cielo y la deleitosa comunicación y unión que hemos de tener con todos los ángeles y bienaventurados, con Jesucristo, el Redentor, santificador y glorificador de las almas, con la Reina del cielo y en la misma esencia y gloria infinita de Dios! ¡Oh soñar dichoso!

Si ahora sé que hablo con vosotros y sé que me estáis oyendo y me atendéis; más aún: sé que estáis conmigo, ¿no hablaré y estaré yo con vosotros y junto a vosotros en el cielo? ¿No estaréis vosotros conmigo y en mi alma y me llenaréis de gozo? ¿Habría de ser mejor la condición en la tierra que en el cielo, ya que estoy con vosotros cuando lo deseo y os hablo y os miro si en el cielo estuvierais lejos de mí y no pudiera hablaros directamente?

¡Qué feliz delicia! ¡Estaré con Jesús y en Jesús y Jesús conmigo y en mí! ¡Estaré con la Virgen, mi Madre, y la Virgen estará siempre comunicándome gloria junto a mí y en mí!

165.—¡Con cuánto gusto escuchaba yo al religioso que me exponía las consoladoras y admirables verdades de nuestra fe y de nuestra esperanza! Mi alma se llenaba de consuelo. Encontraba mucho más de lo que había venido a pedirle. Eran verdades para mí desconocidas y llenas de tanta luz, que movían mi voluntad a una vida de mayor entrega a Dios y a la virtud. Y hasta por mi mente pasaban llamadas o insinuaciones de quedarme allí en aquella

soledad con El para vivir la vida santa que él vivía. ¿Qué hacía yo en la vida del mundo? ¿No ganaría más cielo saliendo del mundo y viviendo todo para Dios y para pedir y hacer penitencia para convertir y santificar las almas como El hacía?

Yo le miraba con santa envidia. Le veía con el semblante oreado de contento y encendido; pensaba yo que sería por las mismas verdades de que hablaba. Si me encendían y movían a mí, es porque su alma y su mente estaban bien encendidas en amor. Inclinó un poco la cabeza sobre el pecho y, tras un breve espacio, exclamó muy suave y dulcemente, como hablando consigo mismo: «¡Oh constelaciones angélicas, inmensas e innumerables! ¡Oh brillantísimas galaxias y supergalaxias de las jerarquías de los ángeles, de una inmensidad, belleza y número superior a lo que puede concebir mi pobre entendimiento y aun todo entendimiento criado! ¡Oh Constelación y Claridad Suprema de Jesús, que envuelves, embelleces e iluminas a todas, y en la que destaca la Virgen como sol de mayor brillo! Iluminadme a mí para que, admirando vuestra gloria y vuestra hermosura y tanto derroche de maravillas como admiro en vosotros, alabe con vosotros a Dios infinito creador y glorificador vuestro y mío. Que mirando y admirando vuestras perfecciones y que he de ser compañero vuestro en la gloria me mueva a amar a Dios cada día más.

Porque también yo pertenezco o espero he de pertenecer a estas constelaciones envueltas e iluminadas por la de Jesús. También yo espero estar brillando y cantar en exuberancia de gozo las misericordias de Dios para siempre. Alabad vosotros, ángeles todos del Señor, alabad a Dios, que tan hermosos y tan sin número os crió. Alabad a Dios por mí y permitidme que una mi alabanza y mi gozo al vuestro. Alcanzadme fortaleza en mi mirada para que os admire. En medio de todos y con mayor hermosura veo a Jesús y a su Madre, la Virgen. Y digo en medio por expresarme de algún modo. Estáis en ellos y con ellos.

Y mirándome con cariño continuó muy contento: Veremos a los ángeles en toda su hermosura y número cuando estemos en el cielo. Los veremos, los conoceremos a todos y los trataremos colectiva e individualmente. Los conoceremos, trataremos y conviviremos familiar e íntimamente con ellos en Dios y ellos con nosotros. Gozaremos con sus gozos. Todos estaremos en la regaladí-

sima verdad o luz de Dios. En la luz de Dios nos lo comunicaremos todo y nos amaremos, y su canto de felicidad también será nuestro propio cántico de amor.

Los astrónomos modernos hablan de las inmensidades espaciales del universo, de las maravillas del firmamento, de las vertiginosas velocidades de los astros y su concierto con sus fuerzas de atracción moviéndose todos concordes hacia un punto del universo. ¿Y cómo no asombrarse o anonadarse ante la multitud de galaxias y supergalaxias tan inmensas o más aún que nuestra Vía Láctea, con billones de estrellas que ya ven con sus telescopios actuales y las que van apareciendo cada día con los nuevos de mayor alcance y perfección? Y en todas esas constelaciones y supergalaxias hay miles de soles miles de veces más brillantes y más grandes que este sol que tanto nos admira y nos alumbra y nos da vida.

Y ciertamente son para asombrar las distancias que nos dicen hay de unas a otras, como sus velocidades y el orden y la precisión de sus movimientos de rotación y traslaticios, como el influjo y atracción de unos para con otros. Todo es para pasmar de asombro con tanta grandeza, tanto número y tanto orden y precisión. ¿Quién no se sobrecoge de admiración ante los cientos de miles de millones de años de luz que suponen hay de distancia de un confín del universo al otro, sabiendo que el año de luz tiene nueve billones de kilómetros? Y nos dicen ahora, no sabemos lo que dirán mañana con los nuevos conocimientos e inventos, que hay que duplicar las cantidades que nos daban hasta el presente. ¿Quién puede no ya escribir, pero ni aun figurarse tanto número? Todas estas obras son, Dios mío, grandezas tuyas, porque Tú las has hecho, las conservas y las gobiernas, y las has hecho para mí; no para que las disfrute y conozca ahora en la tierra, sino para conocerlas y gozarlas después en el cielo.

Las conoceré todas, serán mías, las poseeré gloriosamente cuando yo sea Rey de la creación como me dijiste en tu Escritura Divina. Y toda esa grandeza es como nada comparada Contigo. Todo es para admirarte más, y alabarte y amarte más. Y me darás todo eso y te darás Tú mismo. Estaré en Ti, disfrutaré tu misma gloria y tu mismo gozo.

166.—Si tanto me admiran estas maravillas materiales, ¿qué

llegaré a ver cuando se descorra el velo de la ignorancia y se me presenten y conozca las maravillas espirituales y gloriosas del cielo? ¿Qué impresión y qué admiración sentirá mi alma al ver y conocer ya claramente las maravillas y bellezas del mundo espiritual sobrenatural? ¿Cuál será la exaltación de gozo que me penetrará cuando entre en el cielo y conozca y contemple las sobrenaturales grandezas de las almas bienaventuradas y las gloriosísimas hermosuras y armonías de los ángeles? Porque ni la hermosura, ni las perfecciones ni el número sin número de los ángeles puede concebirse y supera a todo lo imaginable.

Todas las maravillas y grandezas del mundo material —y aun cuando nos parezcan muchas, no conocemos casi ninguna y perfectamente ninguna—, todas estas maravillas no tienen ni comparación con las del mundo espiritual y menos con las del mundo sobrenatural. Un solo ángel, una sola alma humana, vale más que toda la creación material con todos los astros y todos los secretos y misterios que encierran y no conocemos. Me parece muy exacto que *un solo pensamiento*... *vale más que todo el mundo* ([288]), ya que la materia no entiende y el pensamiento es espiritual.

Dios crió los espíritus para ser felices, pero también para que conocieran sus obras y al mismo Dios, y conociéndole y poseyéndole fuéramos felices.

El universo material ni puede conocerse a sí mismo, ni puede conocer a Dios su Criador ni puede sentir gozo. Carece de entendimiento.

No crió Dios el mundo material, ni tantos millones de astros ni tantas maravillas vivas o inertes para ellos mismos. No pueden conocerse. Los crió para que los conociera, admirara y gozara la criatura espiritual y los poseyera y se recreara en ellos, y gozándose alabara y diera gracias a Dios. La criatura intelectual es la única que puede conocer estas maravillas de Dios en la creación. Ahora, en la tierra, ni las conocemos ni las poseemos o disfrutamos. Las veremos, conoceremos y disfrutaremos en el cielo, sin cansancio y con gozo; las conoceremos perfectamente y nos desharemos en admiración y en alabanza a Dios.

---

[288] San Juan de la Cruz: *Avisos,* 34.

No se toca el instrumento músico para el mismo instrumento. El piano no entiende las armonías que en él produce el músico. Se toca para el que lo oye, entiende y lo aprecia.

Dios creó los astros y todo el concierto del firmamento y todas las maravillas de la tierra con sus leyes y propiedades para los ángeles y para los bienaventurados. Las conoceremos, poseeremos y gozaremos en el cielo. Allí seremos en verdad reyes de la creación.

167.—Si tan numerosas y portentosas maravillas materiales ha criado Dios, ¿cuántas, en número incomparablemente mayor y de inmensa mayor perfección, no habrá creado en el mundo espiritual y en el mundo sobrenatural? Porque, ¿cómo ha de compararse la creación material con la perfección tan sublime y con el número de la espiritual y sobrenatural?

Me gozo en mirar la hermosura de los ángeles, tan espléndida y radiante, y mi gozo no es menor pensando que el número de los gloriosísimos espíritus angélicos es de una proporción elevada al máximo, respecto al número de seres racionales que existan, hayan existido y hayan de existir no sólo en la tierra, sino en todos los demás astros que puedan estar habitados y quizá sobrepoblados más que la tierra. Yo cierro estos mis ojos del cuerpo y atiendo con los del alma, muy abiertos, a la multitud innumerable de brillantísimas constelaciones y fulgurantísimas galaxias de jerarquías angélicas, cuajadas de ángeles rutilantísimos e inmensamente más numerosos que las de los astros y que todos los hombres.

Cuando Dios nos infunda la luz de gloria y el entendimiento levantado sobre su natural capacidad de entender a la sobrenatural, empiece la visión gloriosa de Dios, en esta visión de Dios empezará también a ver la sorprendente maravilla de esas nobilísimas jerarquías angélicas y una multitud innumerable de ángeles, diferentes todos unos de otros, y tan bellos y embelesadores todos que producirán el pasmo de la admiración y un arrebatado éxtasis de júbilo llenará toda el alma.

Porque tengo para mí que Dios ha creado de esos espíritus perfectísimos mayor número que de ninguna otra criatura. Y si es verdad que todos ellos individualmente y todos juntos son como nada comparados con la perfección y hermosura infinita de Dios, también es verdad que son la más grande maravilla y el mayor

prodigio que Dios quiso hacer, y la mayor hermosura colectiva de la creación. Y todos conocen y alaban y cantan su felicidad en la felicidad de Dios con el himno más glorioso de júbilo y agradecimiento.

168.—Cerrando mis ojos me recreo pensando que estoy rodeado y acompañado no sólo del Angel de mi Guarda, sino de multitud de ángeles bellísimos que están gloriosos alabando a Dios. ¡Oh mis amados y admirados ángeles! Permitidme me mire yo viviendo entre vosotros, en las refulgentes constelaciones que vosotros formáis. Miro mi fealdad envuelta en esa sobrenatural luz y hermosura. Permitidme una yo mis alabanzas a Dios con las vuestras gloriosas y que, con vosotros, cante las magnificencias de Dios. Gozo mirándome entre vosotros en esas rutilantes galaxias sobrenaturales que formáis y, regalándome con vuestras armonías dulcísimas e iluminándome con vuestras claridades del cielo. Y ciertamente no son sueños o quimeras vanas, sino realidades muy superiores a la percepción de los sentidos de mi cuerpo terreno y a mi fantasía.

Quiero hablar con vosotros y trataros ahora en mi retiro y silencio y estoy cierto de que me escucháis y atendéis. Me envolvéis y esclarecéis en vuestro amor.

Si se piensa que el demonio nos tienta y está muchas veces a nuestro lado incitándonos al mal, yo pienso y me gozo en mi pensamiento que está conmigo no sólo el Angel de mi Guarda, sino muchos ángeles que me acompañan y me dan su amor, y uno mis alabanzas a las suyas y gusto de conversar con ellos y que nunca me veo ni más ni mejor acompañado que cuando estoy solo, porque estoy con los ángeles, porque los ángeles están conmigo.

No tiene tanta libertad ni tanto poder el demonio para hacer mal en las almas como tienen los ángeles voluntad y poder para hacer el bien. El poder de los ángeles es inmensamente superior al de los demonios. ¡Oh ángeles, mucho os amo y os admiro y sé que vosotros me amáis aún más y me ayudáis! ¿Cuándo os veré?

La fe me enseña que viviremos envueltos en altísimas bellezas que no podemos conocer ahora ni aun sospechar. ¡Oh grandeza del mundo de la fe! Aumenta, Dios mío, la fe en mí para que mis obras de fe den testimonio de mi amor.

El día dichoso de la entrada en el cielo, que es el día de la eternidad triunfante y de la transformación gloriosa, conoceremos todas las jerarquías angélicas y veremos y conoceremos a todos y cada uno de los ángeles y nos maravillará su inmensa variedad de hermosura y la diferencia de gloria.

69.—Conoceremos y trataremos a todos los ángeles y conviviremos íntimamente con todos ellos en la gloriosa familia del cielo. Allí no hay nadie desconocido ni nadie que no nos trate y a quien no trataremos con amor y gozo verdadero. Formaremos la gran familia del cielo viviendo todos en Dios y su vida.

Conoceremos y trataremos íntima y confidencialmente con todos en Dios y directamente con ellos en sí mismos. No viviremos a larga distancia de ellos ni los veremos a lo lejos, como están lejanas unas de otras las estrellas o las galaxias del firmamento, sino juntos, en ellos mismos; mi entendimiento unido al suyo y mi voluntad a la suya, leyendo o viendo y mutuamente comunicando en el mismo entendimiento; porque tengo muy presente que para los espíritus no hay distancias. Nos trataremos individual, colectiva y simultáneamente con ellos y ellos con nosotros.

Todos nos comunicaremos y hablaremos en el lenguaje callado del cielo, que es la comunicación directa de la verdad y del amor, sin que pueda haber ni inexactitud de expresión ni ruido molesto de palabras. Es la claridad y hermosura acariciadora de la idea y de la verdad misma la que se comunica. Oiremos sus dulcísimas armonías de exaltación de gloria y de feliz alabanza a Dios, armonías siempre nuevas, siempre más deleitables. Armonías purísimas de espíritu y de entendimiento en puro gozo, sin estridencias de instrumentos, ni ruidos ni disonancias. Tengo presente que ni los ángeles, ni los bienaventurados antes de la resurrección tienen cuerpos ni gargantas. Son armonías y dulzuras puras, espirituales y de dicha. Es la expresión de la felicidad en Dios, luz inextinguible y manantial perenne de verdad y de dicha.

En el cielo, al mismo tiempo que conociéndolos a todos y tratándolos, sabré y veré lleno de contento cuándo les crió Dios y cuándo entraron en su gloria y cuál fue la prueba que tuvieron, si la tuvieron.

En el cielo veré en Dios y sabré por ellos mismos en qué con-

sistió la rebelión de los que no obedecieron, y lo que ahora no puedo explicarme ni cabe en mi pobre entender, por qué los rebeldes desobedecieron sabiendo el mal que les sobrevenía para siempre y su desgracia sin fin. Allí tuvo su primer origen el mal y la desgracia o dolor. Sabré también la razón de su pertinacia en el mal y cómo les fue prohibida la entrada en el cielo y quedaron envueltos en la tortura y desesperación y si fue crecido el número de los rebeldes.

Lleno de gozo sabré por el mismo San Miguel, Príncipe de los ángeles y nuestro, cómo obtuvo la victoria sobre los rebeldes a la voz de *¿Quién como Dios?* difundida por todas las jerarquías con humildad y reconocimiento agradecido a Dios, y a la aclamación de esa voz repetida por los ángeles entraron a tomar posesión de la felicidad del cielo. ¡Oh puertas del cielo y de la dicha, que os abristeis a la voz de la humildad, del agradecimiento y de la alabanza a Dios! ¿Cuándo os abriréis para darme entrada a mí? ¡Oh suavísima claridad de delicias que envuelves a todos los ángeles en dicha! ¿Cuándo me envolverás a mí?

¡Oh mil y mil veces dichosas vosotras, rutilantes constelaciones y esplendorosísimos soles de los coros y jerarquías de los ángeles! Permitidme que me goce ahora pensando en vosotros y uniéndome a vuestra dicha y a vuestro eterno júbilo y alegría mientras espero acompañaros, con vuestra ayuda, en el día de la eternidad gloriosa. Permitidme que escuche vuestras armonías y admire vuestra hermosura y me una a vuestra jubilosa alabanza que dais a Dios. Pedid a Dios por mí para que nunca deje de amarle, obtenga como vosotros el triunfo con la humildad y fidelidad y esté unido a Él y a vosotros ahora en amor, allí en amor y en gloria.

Hacedme participante de vuestro amor para que piense en Dios y ese día del cielo lo sea en vuestro gozo y agradecimiento a Dios y en vuestra compañía.

¡Qué mundo nuevo de gloria y de gozo nos espera para vivir la vida de Dios en compañía de tan dichosas y perfectas criaturas! ¡Cómo quedará el alma extasiada en la dulcísima actividad de tan gratísima compañía en el gozo infinito de Dios! ¡Qué gama tan variadísima de belleza y jubilosa alegría y qué contrastes tan sorprendentes de luces y delicias son los del cielo! ¡Siempre los mismos, siempre distintos, siempre renovados en embeleso! Pero aun en la tierra, aquí, en estos momentos, ¿cuántos ángeles bellísimos

no me rodean y me acompañan, y me miran y me hablan? Y están conmigo y me prestan sus alabanzas o me acompañan en las mías, en especial cuando recibo en la Eucaristía a Jesús, el mismo Jesús que está en el cielo. Porque con Jesús están los ángeles y me acompañan y rodean. Todos somos un amor.

¡Oh armonías y fragancias y claridades espirituales y sobrenaturales que me envolvéis ya ahora, aun cuando no las perciba, como no percibo esas subpartículas que llaman neutrones y atraviesan mi cuerpo sin sentirlas! ¡Cuándo entraré en Dios, verdadero cielo glorioso, para quedar extasiado ante sus suavidades y hermosuras!

¡Oh Luz, oh Claridad, oh Belleza eterna y siempre nueva! ¿Cuándo me será dado gozar de tu dicha? Vivo en Dios; estoy rodeado de la claridad de Dios. Seré ciudadano del cielo. Los ángeles están conmigo. Son mis amables compañeros. ¡Ayudadme, oh mis amados acompañantes!

170.—Pronunciadas estas palabras quedó en silencio con la sonrisa en el semblante y el rostro encendido. Yo le miraba y admiraba y pensaba: ¿Qué será el cielo? ¿Cómo serán sus armonías y bellezas? ¿Qué serán los ángeles en sus delicias? ¿Qué será Dios infinito, infinito en todo bien y en toda perfección? ¡Y veré a Dios! ¡Y viviré en Dios su misma vida! ¡Y viviré y trataré con amor gozoso, íntimo y fraternal con todos los ángeles y bienaventurados!

Todos nos comunicaremos simultáneamente en Dios y en las criaturas, con la más placentera voluntad y con el orden más perfecto. En el cielo no cabe el desorden, ni la coacción ni la aglomeración. La Ley que rige toda la vida del cielo es el amor glorioso en el Amor y en la Voluntad de Dios. El amor es darse y comunicarse; es mutuo gozo y alegría. En el cielo no hay soledad ni incomunicación, sino gozosísima comunicación, unión y compenetración. Allí no hay incomprensiones.

Me encontraba yo lleno de inusitado contento y, hablando conmigo mismo, me decía: Alma mía, en el cielo vivirás en la más deliciosa compañía con los ángeles, con los bienaventurados. En el cielo ya no tendrás más dudas, ni ignorancias, ni sentirás más nostalgias o tristezas. Ya de nadie sentirás envidia. Todo lo sabrás, todo lo comprenderás y poseerás. Nada te faltará de cuanto desees.

Vivirás en perpetua alegría amando y siendo amado. Vivirás en Dios y Dios será tu amor y serás amado de Dios. Dios será tu voluntad y tu querer y el querer y la voluntad de todos.

E instintivamente se me entornaron los ojos para fijar toda mi atención en lo íntimo de mi alma, rebosante de gozo por aquellas dulcísimas verdades para mí totalmente nuevas y soñadoras sobre la vida del alma bienaventurada en el cielo y sobre el trato y familiaridad con los ángeles.

Sentí como si una atmósfera de claridad, de fragancias, de armonías de cielo hubiera invadido todo mi ser interior, y exteriormente, en suavidad y en bálsamo de gloria y de un contento nunca soñado.

Mirando a mi ángel dentro de mi alma le dije muy callado: ¡Oh mi ángel, mi ángel amado y compañero inseparable! Ilumíname ahora, fortaléceme, guíame. En el cielo conoceré la compañía que siempre me hiciste durante mi vida en la tierra, las inspiraciones que me insinuaste, los peligros de que me libraste y cuánto me ayudaste para conseguir mi salvación. ¡Cuánto allí te lo agradeceré en la mayor alegría, ángel mío querido, ya que aquí ni te amo cuanto debiera ni siempre acudo a ti pidiendo tu ayuda, que nunca me escatimas! ¡Cuánto nos gozaremos en el cielo juntos en la mayor alegría y juntos agradeceremos al Señor su Bondad!

¡Oh ángeles, que también ahora me estáis viendo, acompañando y ayudando! Quiero miraros y hablar con vosotros. En el lenguaje del amor todos nos entendemos. Ayudadme más para que os acompañe para siempre en la infinita luz y hermosura infinita de Dios viviendo todos unidos su misma vida y felicidad.

171.—Ni un momento apartaba yo mi mirada de los labios del amado religioso, queriendo beber las palabras tan llenas de luz y de aliento y grabar imborrablemente en mi inteligencia las hermosuras tan ideales que me hablaba sobre la vida gloriosa del cielo y sus delicias y goces. ¡Lo había deseado tanto!...

Una alegría nunca sentida invadía mi espíritu y reanimaba todo mi ser oyendo las relaciones gozosísimas, familiares, sobrenaturales, de íntimo amor que el bienaventurado vivirá en el cielo junto a Jesús, junto a la Virgen, junto con los ángeles gloriosos. En el cielo no seré un aislado, ni un desconocido, ni un menor de edad ni

un anciano; en el cielo seré un miembro vivo, perfecto y glorioso y muy amado de toda la familia celestial.

En el cielo no estaré a distancia de los demás ni de Jesús, sino íntimo, unido, hecho una misma cosa con El, sin perder la personalidad. No lo comprendo ahora, pero así tiene que ser, a semejanza de como estamos en Dios. Jesús en la tierra se nos da a todos en la Eucaristía; se nos da en amor y en realidad de unión. Porque Jesucristo en la Eucaristía es el mismo que está en el cielo glorioso, y glorioso está en el Sagrario. Si se nos da en la tierra todo a cada uno y se hace uno con nosotros, con mayor razón se nos dará en el cielo todo a todos y a cada uno como si fuera sólo para cada uno, y nos daremos a Él. Ahora no lo entiendo. Allí ya lo veré, y comprenderé y lo viviré. Dios es todo poderoso y sabe hacerlo y es quien lo hará. Estaré en Jesucristo. Te veré, oh mi Angel amado de la Guarda; te veré glorioso en el cielo. Te veré, y te trataré, y me gozaré con tu gozo ya en posesión de la felicidad y en la visión de Dios. En Dios te agradeceré lo que ahora haces conmigo. Seremos felices en Dios. Tú me introducirás en las brillantísimas constelaciones angélicas donde lucen los ángeles contigo como soles de hermosura y sabiduría, y estaré entre ellos, hablaré y trataré con ellos, seré feliz con ellos, gozaré con sus delicias. ¡Oh claridad del cielo! ¡Oh suavísimas armonías y fragancias angélicas! ¡Oh lenguaje callado de los ángeles, lleno todo de verdad, de amor y de alegría! ¿Cuándo estaré ya envuelto y viviendo con vosotros? ¡Oh ángeles dichosos y amados, que siempre os lleve en mi recuerdo y guiadme hasta estar hecho sol como vosotros y alabando a Dios y en su felicidad! ¡Viviré glorioso en Dios con las jerarquías angélicas!

Esto hablaba dentro de mí mismo añorando esas compañías y armonías, y la memoria me presentó muy viva la poesía de la vida del cielo:

Oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera.
¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo,

sin ser restituido

jamás a aqueste bajo y vil sentido! ([289]).

Me sentía feliz en aquel momento pensando y casi como viviendo el veré, conoceré, trataré y viviré feliz con todo ese fúlgido mundo sobrenatural. Estaré hecho delicia y contento en la gloria infinita de Dios, con sus ángeles. La luz y claridad del sol nos ilumina y envuelve a todos en la tierra; en el cielo todos viviremos y gozaremos en la realidad de la infinita Hermosura y felicidad de Dios.

[289] Fray Luis de León: *Poesía a Salinas*.

CAPÍTULO XXVIII

CONVIVENCIA DE UNOS BIENAVENTURADOS CON OTROS EN EL CIELO

172.—Muy rápido me sobrepuse para continuar mirando y oyendo con toda mi atención al amado y admirado religioso. Le veía lleno de apacible contento, como gustando anticipos celestiales.

Le dije:

—No sé cómo agradecerle la bondad que conmigo ha tenido y la claridad con que me ha expuesto la vida gloriosa del alma bienaventurada en el cielo y el haberme enseñado los conocimientos, los gozos y las relaciones que allí tendremos con los ángeles y las imponderables bellezas y alegrías que disfrutaremos en Dios. No es vida inactiva ni desasosegada la del cielo, sino vida deliciosa y descansadamente activa y comunicativa. No es vida monótona, sino de una continua novedad y variedad siempre más agradable, siempre llena de delicias, siempre en la jubilosa satisfacción y dicha.

Me da nueva alegría siempre que me repite con tanta seguridad que en el cielo seremos como ángeles y seremos dioses por participación, viviendo la misma vida feliz de Dios, porque nos comunica o hace participantes de su misma naturaleza, de sus perfecciones y de su gloria y nos introduce en la familiaridad de sus ángeles gloriosos, dándonos muchas de sus cualidades.

Ante mi fantasía se presenta la deslumbrante y feliz familia del cielo, de la cual espero en el Señor ser un miembro glorioso. El cielo es vivir y convivir con Dios íntimamente, o es vivir su misma vida gloriosa y entender y amar en su mismo entender y amar. Veré y comprenderé a Dios y gozaré en el mismo Dios sus delicias.

Veré y comprenderé a Jesucristo en el esplendor de su gloria y estaré y viviré en El y El en mí, haciéndome suyo.

Veré y conviviré con la Virgen y con los ángeles del cielo. Con ellos estaré y trataré en cordial unión. La Virgen será mi Madre gloriosa. Formaremos todos en muy íntima unión y compenetración la triunfal Familia de Dios en el cielo.

En la gloria estaré siempre familiarmente relacionado, en trato continuo con las criaturas más perfectas y ya gloriosas, como son los innumerables ángeles de todos los coros y jerarquías y los bienaventurados gloriosos. En Dios lo sabré todo, lo conoceré y poseeré todo, lo disfrutaré y gozaré todo en la más agradable delicia. Todos viviremos la gloria en la claridad infinita de Dios. En Dios se vive el verdadero conocimiento con exuberancia de delicia.

Vemos que muere una persona amada y no tengo ya más relación con ella. ¿La tendrá ella conmigo? ¿Qué relaciones tienen los bienaventurados con los que aún vivimos en la tierra? ¿Qué conocerá el alma bienaventurada de la vida de la tierra y de los acontecimientos actuales? Yo hablo y me dirijo a las almas del purgatorio y pido por ellas, o a las que están en el cielo. Pido y me encomiendo a los santos, porque creo que ellos me oyen —de hecho nos alcanzan algunas gracias que les pedimos—. ¿Cómo pueden oírme? ¿Es verdad que me oyen y me atienden? ¿Están conmigo y me ven? ¡Qué misterios! ¡Qué silencio! ¿Están conmigo cuando yo les hablo, y les miro y les pido con amor en el silencio interior de la oración?

—Bien haces —me dijo con mirada amable el religioso—; bien haces en pensar y en exponerme esto que nos espera. Ciertamente no produce pequeño deleite pensarlo, y dentro de la oscuridad e ignorancia que nos envuelve se traslucen verdades muy hermosas y consoladoras a través del velo de la fe. La fe no concreta ni detalla muchas verdades, pero deja entrever algo de claridad de la inmensidad de luz de la atmósfera sobrenatural.

El cielo es el lugar de delicias y la morada dichosa de la familia sobrenatural bienaventurada. *Son los cielos nuevos y la tierra nueva que esperamos conforme a sus promesas, donde habitará eternamente la justicia* (2 Pedro 3, 13; Apoc 21, 1), como nos anunció el Señor. El cielo es la gloriosa sobrenaturalización de la vida del hombre y aun de los elementos, donde se gozará y conservará so-

brenaturalizado todo lo bueno de la tierra y se perfeccionará, y todo lo malo e imperfecto desaparecerá. En el cielo todo será transformado en perfección, en gloria, en regocijo.

El cielo es la ciudad no amurallada y con edificios, ni con límites ni calles, sino la ciudad celestial en la claridad de la luz sobrenatural, en la armonía sin disonancias, en la alegría y sabiduría sin ruidos ni disensiones. En el cielo no hay opiniones, hay conocimiento cierto y uniforme.

173.—La vida feliz del alma bienaventurada en el cielo es a semejanza del ángel y a modo de vida eterna o eternidad. El alma no tiene cuerpo ni se une de nuevo al que informó en la tierra hasta después de la resurrección de los muertos. El alma es espíritu y no necesita del cuerpo para ser feliz. Cuando Dios comunica al alma la luz de la gloria, empieza su felicidad, porque con la luz de gloria la da Dios las dotes gloriosas que —como dije— son la *visión de Dios,* y en la visión de la esencia divina ve todo lo existente; la *comprensión de Dios*, que es conocer y poseer a Dios y vivir su vida y sus perfecciones; y la *fruición de Dios,* que es gozar sus gozos y su dicha ([290]) o poseer el disfrute de toda delicia y de todo gozo.

Con estas dotes, el alma posee a Dios, y con Dios posee la Sabiduría divina y el divino deleite. Dios se comunica o se da al alma según la capacidad del alma, y la capacidad es según la luz de gloria, y la luz según los méritos. Nada hay oculto para el alma gloriosa. Vive ya lo que el Evangelio llama *entrar en el gozo de tu Señor* (Mt 25, 21), en los torrentes de delicias de Dios. El alma unida a Dios se hace Dios por participación, se hace sabiduría de Dios y gozo o deleite de Dios. Cada alma recibe el grado o intensidad de gloria, de claridad, de sabiduría, de deleite de Dios en proporción de las virtudes y del amor que en la tierra practicó o según la gracia que alcanzó.

No se ha de olvidar la inmensa diferencia de gloria que hay de unos bienaventurados a otros. Todos son dichosos, todos gloriosos, todos están llenos y satisfechos, todos unidos a Dios, pero muy diferentes en la capacidad de la visión de Dios, y por eso muy

---

[290] Véase cap. XXII, núm. 136.

diferentes en la intensidad de gloria que disfrutan, en el fulgor de su conocimiento, en lo radiante de su júbilo y de su amor, como era desigual el grado de amor y de gracia que tenían al expirar. Como los vasos desiguales están llenos hasta rebosar, pero el mayor contiene más líquido o más fragancia que el menor, como la esponja más grande empapa más líquido.

En el cielo, Dios no deja sin premio altísimo ni una sola obra realizada, ni un sacrificio abrazado, ni un acto de amor, ni una respiración, ni aun un deseo santo vivido por Dios, pero el premio altísimo es sumamente equitativo, proporcionado a la obra y al amor. El deseo y la obra fueron pasajeros, el premio será permanente y sin fin.

Si en el cielo conocemos y tratamos individualmente a los ángeles, que son de distinta naturaleza que el hombre y de más alta perfección, con mucha más razón nos conoceremos y trataremos todos los hombres de todas las épocas y de todos los lugares, y nos trataremos colectiva e individualmente; trataremos y nos alegraremos con el más bienaventurado y con el que no es tanto. El conocimiento y el trato son a semejanza del ángel y a modo de eternidad.

Queda dicho que la eternidad es la posesión toda a un mismo tiempo de los bienes, de las verdades y de los seres, simultánea y clarísimamente detallados cada uno de ellos y sus mutuas relaciones en Dios ([291]). El ángel ve todo junto, al mismo tiempo y detallado; lo pasado, lo presente y lo futuro lo ve en la claridad de Dios y puede verlo sucesivamente en los mismos seres y acontecimientos.

También el alma bienaventurada, como el ángel, lo verá y conocerá todo en Dios, junto, y al mismo tiempo y minuciosamente detallado. Nosotros nos veremos y conoceremos en Dios no como nos conocemos aquí, sino más perfectamente; nos conoceremos por dentro; conoceremos el alma, el entendimiento, viendo la verdad de lo que pensamos y amamos y la capacidad y perfección que tenemos, y la gloria que disfrutaremos y la razón de habérnosla dado Dios. Ya no es posible error ni engaño. Y como nos cono-

[291] Véase el cap. X, núm. 142.

ceremos y trataremos nosotros, conoceremos y trataremos a todos los hombres que están en el cielo, de todos los tiempos y épocas y de todos los lugares. Y veremos a los seres racionales si han existido o existen en otros astros y en otras constelaciones, y los conoceremos y trataremos como a los hombres y a los ángeles, sabiendo su vida, y cuándo existieron y cómo ganaron la gloria que Dios les ha dado. Nos conoceremos y trataremos íntimamente, porque el idioma del cielo es la verdad directamente comunicada en silencio de amor, de alma a alma y de entendimiento a entendimiento. Veremos mutuamente y en todos la verdad de su entendimiento y de su voluntad. Estamos unidos en la misma unión sobrenatural de Dios. Ni lo presente ni lo pasado estará oculto o ignorado. Todos seremos gloria y gozo para todos.

La visión y conocimiento en Dios no es discurrir, es contemplar, es ver con toda verdad y con toda claridad hasta lo íntimo de la esencia de las cosas, con todas sus propiedades y relaciones. Por eso decía no hay opiniones, hay certeza y evidencia.

Como el conocimiento o visión en Dios comunica la perfección y da el amor, todos nos amaremos en el mismo amor glorioso de Dios y nos gozaremos de ver la razón de amarnos y amaremos más al que más participa de Dios; aunque tengamos amor especial al que habíamos amado en la tierra y con quien convivimos, amaremos más al que Dios ama más, y Dios ama más al que más participa de Él y le da más gloria, y el que más ama a Dios será el que más también nos ame a nosotros.

El alma bienaventurada ve en la visión de Dios todos los bienaventurados y la intensidad de su felicidad y amor a Dios; ve sus alabanzas y está unida a ellas; lo ve, y lo participa y vive llena de gozo. Ve también las acciones que realizó viviendo en la tierra y por cuáles tiene la gloria que Dios la ha comunicado. Nada hay oculto. Todo es conocido y manifiesto para gozo y gloria propia y de los demás y de Dios.

174.—El amor de la familia y de la amistad particular es de suyo bueno y santo. Dios lo alaba y nos lo mandó. Porque es un bien y es bueno no desaparecerá en el cielo, sino que se perfeccionará y sobrenaturalizará con gozo especial. Nos continuaremos amando; nos trataremos en amenísimas y alegres conversaciones.

Nos alegraremos de habernos ayudado a ganar el cielo con nuestra amistad. Nos gozaremos de las obras que juntos realizamos para bien de las almas. Nunca se perderá ni disminuirá esa alegría. ¡Nunca cesará esa amistad bendita!

Ya recordé antes ([292]) que una de las veces en que Dios mostró el cielo a Santa Teresa vio a sus Padres y recibió gozo especial en verlos.

La sierva de Dios Ana de San Agustín, compañera de Santa Teresa, escribe también la alegría que experimentó al verlos. *Vi a mi padre y a mi madre y los conocía claramente, y bien se puede echar de ver el gozo y consuelo que mi alma recibió y el agradecimiento a Nuestro Señor que me los había dado por padres, y hame durado desde entonces el darle a Su Majestad muy particulares gracias por la gloria que los vi poseer, dada de su misericordiosa mano.*

Y vi que tenían algunos particulares grados de gloria por algunas licencias que me habían dado para hacer algunas obras del servicio de Nuestro Señor. Y esto me daba Su Majestad a entender con una muy clara y particular luz, y ellos también me daban demostración de esto mostrándome mucho agrado y amor ([293]).

Y la Hermana Margarita del Espíritu Santo, religiosa de casi estos días, escribe: *Se me manifestó parte del cielo..., conocía a mis queridos padres y a mi hermana, los tres radiantes de gloria, en mayor grado mi querida madre* ([294]), y expresa que tuvo un dulcísimo y detenido coloquio con ella y con una sobrina muerta muy jovencilla, y ésta le cantó una canción.

Cuando San Juan Bosco vio a su madre gloriosa, dice le quedó en el alma la alegría de que volvería a verla en el cielo.

Estos detalles de estas almas santas y de tantas otras como han tenido comunicación con el cielo por visiones nos confirman que veremos y amaremos y trataremos con gozo especial a los seres queridos de nuestra familia, a las amistades que cultivamos en

---

[292] Véase el cap. XIV, núm. 80.

[293] José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen,* lib. XVI, cap. 33.

[294] Cuaderno manuscrito de la hermana Margarita, publicado con el título de *Dios en un Carmelo de nuestros días,* por el P. Matias del Niño Jesús,.

la tierra, a las personas amadas con quienes convivimos.

Los que en la tierra nos ayudamos mutuamente a amar a Dios, pues esa es la mejor amistad, los que nos reunimos y convivimos en asociaciones para fomentar la espiritualidad nuestra y la de las almas y lo dejamos todo para estar juntos en los conventos consagrados a Dios sólo para alabarle y ser santos y en sacrificio y amor a Dios comprarle las almas, tendremos en Dios una unión y un trato gozosísimo y especial, pues fue el medio de santificarnos y de dar gloria a Dios. Dichosa vida de unión que nos hizo hermanos; jamás se perderá esa unión ni ese amor, sino que será sobrenatural y más íntimo. No se acabó el amor en la tierra. Se hace llama más brillante en el cielo.

Y el amor de los esposos florecerá con una lozanía sobrenatural más hermosa sin temor a ningún roce ni desavenencia, sino en unión gozosa y perpetua. Y el amor mutuo de los padres y de los hijos será glorificación de renovada alabanza y agradecimiento. No se perderá, sino que se hará perfecto el amor sin que se interponga nube alguna de menos compenetración y efusión. El encuentro en el cielo y la convivencia de los que se amaron y se ayudaron a la virtud y al amor de Dios perdurará siempre, más comunicativo y cordial, más intenso y ya sobrenaturalizado.

Se deduce esta verdad de la teología y del precepto del amor, y lo confirman también multitud de apariciones y visiones de las almas santas.

175.—La voluntad del alma bienaventurada está perfectísimamente unida y compenetrada con la voluntad de Dios, de modo que la voluntad de Dios es la voluntad del alma, y, aun cuando tengamos especial alegría en ver y tratar a estos que más habíamos amado y tratado en la tierra, como son los padres, los hermanos o los esposos, y los que habían vivido juntos santificándose en las órdenes religiosas, no será a ésos a quienes más amemos, sino amaremos más al que más ama Dios, y Dios tiene mayor amor al que más participa de Dios mismo, porque lo que se ama es a Dios y lo que se tiene de Dios. Lo que se ama en el santo es lo que tiene de Dios. Lo que constituye la santidad es el amor de Dios. Amaremos más y sentiremos más admiración y más gozo en el trato y conocimiento del más santo.

Un padre, un hermano o un hijo no tendrán más amor a su hijo, a su hermano o a su padre aun cuando se le tengan muy especial, sino al más santo. Y un fundador de una orden religiosa no tendrá más amor al que perteneció a su orden, aun cuando le tenga amor especial, sino al más santo, que será un seglar o un pobre que no supo ni leer, pero amó a Dios sobre todos. El amor del cielo y la felicidad siempre son en Dios y sin celos. La participación de la vida de Dios es la medida del amor.

Nos amaremos y nos comunicaremos con amor especial con nuestros padres y con nuestros hermanos; con nuestros amigos íntimos y familiares. Nos amaremos los religiosos que convivimos y alabamos juntos a Dios. En el cielo se tiene el amor bueno con toda perfección y es íntimo, manifiesto y sin envidias ni celos. Alabaremos a Dios y nos gozaremos en Dios muy unidos a los seres queridos en la tierra. Mi alabanza será su alabanza, y su alabanza será mía.

En el cielo veremos la verdad con que nos amábamos y nos ayudábamos en la tierra, y también las almas que salvamos con nuestro esfuerzo. Ellas nos lo agradecerán y nos estarán especialmente unidas.

En el cielo verá mi alma y verá toda alma bienaventurada en Dios todas las acciones e intenciones que cada uno realizó en la tierra. A esas obras y a esa rectitud de intención en hacerlo por Dios corresponde exactamente la gloria que cada una goza. Todo se ve en Dios y todo se ve viendo a Dios. Allí ya se nos hará manifiesto quiénes dieron más esplendor a la Iglesia y quiénes convirtieron más almas, recibiendo cada uno su premio.

176.—¿Dónde están las almas gloriosas? ¿Dónde gozan su gloria? Están y viven la dicha y sus gozos en Dios. Dios es todo para cada alma, y cada alma le vive como si sólo fuera para ella. Se siente llena de Dios en todo bien, sin dejar de ver y gozar que todas se ven igualmente llenas de Dios. Allí no tiene entrada la envidia, la detracción ni murmuración. Gozaré de Dios infinito y glorioso para mí. Podemos decir de cada alma lo que San Agustín dice del cielo: *Dios está todo en solo cada alma y está todo en todas las almas, y cada alma está toda en Dios*.

El cielo es Dios y el gozo del cielo es el gozo de Dios, aun

cuando el cielo local sea también un lugar sin límites. La felicidad no es el gozo del maravilloso lugar que supera todo ensueño, sino el gozo de poseer y gozar a Dios en ese lugar.

Cada alma tiene su gloria especial e inconfundible; ni habrá probablemente dos almas exactamente iguales en gloria. Todas ven la gloria de todas y de cada una en particular y la verdad o justicia con que la gozan.

Todas ven también y admiran lo que la teología llama *corona o aureola de gloria*. Sólo algunas almas preclaras entre todas tienen la aureola.

La corona o aureola de gloria es un especialísimo premio o gloria que Dios da a algunas almas por las virtudes que heroicamente practicaron. Los salmaticenses exponen muy clara la idea de Santo Tomás diciendo: *La aureola es un premio especial de gozo accidental que reciben los bienaventurados por haber obtenido alguna extraordinaria victoria con la cual sometieron valientemente al enemigo; este premio corresponde a la victoria obtenida no sólo en cuanto que procede del amor, sino también porque corresponde a la bondad del acto realizado* ([295]). Es Dios sólo quien puede darla y quien la da, no los hombres. Los bienaventurados todos ven, admiran, alaban las obras realizadas por el santo y se gozan del premio especialísimo que ahora disfrutan para siempre.

En la tierra, los hombres no pueden conocerlo ni apreciarlo. Dios no mira sexos, sino virtudes y el amor. Ve y pesa la obra, la intención y el amor.

Tres son las aureolas que enumeran los teólogos. Innumerable será la graduación de cada aureola como lo será de cada virtud, como es innumerable el grado de amor y pureza de intención con que cada bienaventurado realizó la virtud.

Las aureolas que se enumeran son: la aureola de los mártires, la de los doctores y la de los Vírgenes. Veremos y nos gozaremos en la gloria especial que envuelve al mártir por cuanto sufrió confesando a Jesucristo; en el gozo que alegra al doctor por haber enseñado la Verdad, y en la encantadora hermosura que resalta en el

---

[295] *Salmaticenses, De Beatitudine,* disp. III, dub. 1, art. 5, núm. 4.

Virgen por la limpieza de su espíritu. Esa gloria y gozo y hermosura resaltará en todas y en cada una de las almas que la ganaron, como digo, en distinta intensidad, y será para siempre y brillará ante todos los ángeles y bienaventurados, y admirarán y alabarán al alma. Y después de la resurrección de los muertos también brillará con particular belleza en sus cuerpos, porque los cuerpos gloriosos lo serán en proporción de la gloria de las almas; los cuerpos directamente, junto con el alma, sufrieron y se vencieron y la ganaron, y ellos serán muy espléndidamente premiados.

Sólo Dios lo puede premiar, porque sólo Dios lo conoce, pero nada quedará oculto y Dios lo pondrá manifiesto ante todos e indeleblemente. Dios hará ver las acciones ocultas y calladas, como también los pensamientos y deseos, y todos recibirán su premio visible y servirán de gloria tanto o más que los conocidos y públicos. En el cielo ya veremos y conoceremos los esplendores de la vida callada y oculta de la Sagrada Familia en Nazaret, como la pública y dolorosa del Gólgota y por qué se vivió de esa manera.

El cielo es el día de la gloria de Dios y el día eterno de la manifestación de la verdad y de la gloria que disfrutará cada alma según sus merecimientos y ante todas las generaciones; es gloria inalienable que ganó el mártir en su martirio, el penitente en su penitencia, el retirado en su retiro, el apóstol en su apostolado y cada uno en el desconocido cumplimiento de su obligación practicada con amor. Porque ese cumplimiento es el que santifica.

En el cielo todos nos veremos y conoceremos clarísima c íntimamente en Dios. Todos nos trataremos confiadamente y a la luz de Dios y en la Sabiduría de Dios, que es el Verbo, y en la Bondad de Dios. No tendremos que hacer esperas para tratar con Dios, pues estamos en El, ni formarnos en grupos para tratarnos unos con otros, pues todos estamos en Dios y nos comunicamos en Dios y a manera de eternidad, como queda indicado, todo al mismo tiempo y todo detallado. En el cielo no hay rincones ocultos para la murmuración. En el cielo todo es claridad.

El idioma o lenguaje del bienaventurado y del ángel no es la palabra que suena y hace ruido y puede ser menos exacta; es la mutua comunión directa del pensamiento y de la misma verdad en la alegría y en la expansión más radiante y jubilosa. Hasta después de la resurrección están las almas sin los cuerpos y son los cuer-

pos los que podrán usar el lenguaje articulado y de sonido, como producir y escuchar las armonías sonoras. Porque también las armonías y fragancias son espirituales, intelectuales, sobrenaturales, purísimas, arrobadoras, sin roce posible ni aspereza de materia corpórea. Se ven mutuamente las almas y los entendimientos y la claridad de la verdad y del amor en la mirada del espíritu. Todo se verá, todo se conocerá, todo se comunicará en esa mirada cargada de armonías y dulzuras, de amor y en amor de gloria.

Todo cuanto puede desearse se tiene y se disfruta. Todo lo tendremos y todo lo gozaremos en Dios y en las mismas criaturas, aunque menos perfectamente en las criaturas que en Dios. Amenísima y gozosísima será nuestra conversación de las perfecciones de Dios y de las maravillas de Dios en nosotros y en la creación, la cual conoceremos perfectísimamente. Todo sin apartar la atención y mirada de Dios, que es el objeto amado, y sin salir de Dios, que es el centro de gloria y de verdad, siempre más atrayente y admirable.

CAPÍTULO XXIX

AMOR Y COMUNICACIÓN DE LOS BIENAVENTURADOS CON LOS SERES QUERIDOS DE LA TIERRA

177.—Rebosando mi alma de contento por la doctrina tan optimista e ideal que me explicaba, ponía yo mi atención más allá del paso de la muerte, siempre muy impresionante, y volaba por encima de las cosas que perecen y pasan. Deseaba ver con la mayor claridad posible y conocer la gloria del Criador de todo y la vida gloriosa de las almas felices que viven ya en la visión de Dios, hechas una misma luz y dicha con la dicha y la luz del criador. ¡Qué hermoso se me representaba Dios!

Esta vida de la tierra es para hacer méritos para la que viviremos gloriosa en Dios, y aún la miro yo como su noviciado. ¿Por qué tendremos tanta ansia de apegarnos a estas cosas pasajeras de la tierra si lo que importa es la vida inacabable en Dios y para Dios? Y en Dios todo es belleza y alegría y encanto.

Estas ideas estaban moviéndose en mi mente mientras le oía. Deseaba vivir para el cielo, para

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera.

Cuando me pareció que terminaba su explicación le dije:

—Muy complacido oigo y me produce un nuevo gozo saber que los bienaventurados, en el cielo, poseerán y gozarán todo cuanto desean. En el cielo no hay ninguna privación y todo es vida y regocijo en la actividad más deliciosa. Allí no hay incomprensión ninguna ni molestia; todo es concordia y armonía en exaltación de júbilo.

—Así es ciertamente —me dijo—. Si no lo poseyeran y gozaran, no serían felices.

—Mucha alegría me da saber tan íntimas y deliciosas relaciones como tendrán unos bienaventurados con otros y con todos los ángeles del cielo y mucho más con Jesucristo y la Virgen. Forman todos la gran familia de la gloria en la más perfecta unión y en toda felicidad, entonando a Dios el himno triunfal de la dicha.

Pero muchas veces he pensado, en mi ignorancia, que los bienaventurados dejaron en la tierra seres queridos muy suyos, a quienes amaban mucho, a quien quizá debían muchos beneficios y, a veces, la misma salvación, y parece quedan totalmente desconectadas esas relaciones cuando entran en el cielo. ¿Es que pierden el amor a los que dejaron en la tierra? ¿Es que ya no obliga allí el mandamiento de Dios de amarnos y amar y agradecer a los nuestros y a los que les hicieron beneficios? ¿Es que ya no pueden hacer beneficios o no tienen deseos de amarnos? Porque si los tienen, no parecen sean felices no pudiendo dar cumplimiento a esos deseos. ¿Es que ni nos ven, ni nos oyen ni tienen relación con nosotros? ¿No la tiene un padre con su hijo o un hijo con su padre? Yo a ellos no los veo ni los siento y, sin embargo, les hablo. Hablo y pido a los santos y me encomiendo a ellos. ¿Me oirán ellos? ¿Me verán y acompañarán? ¿Será mi petición y mi habla inútil y caerá en el vacío?

178.—Me respondió risueño:

—Los bienaventurados, en el cielo, no necesitan memoria para acordarse de cuantos amaban y querían en la tierra, ni necesitan teléfono para atender a sus llamadas. Recordábamos antes que lo bueno de la tierra no se pierde en el cielo, sino que se perfecciona. Dios nos mandó amarnos y el amor confidencial y glorioso es la ley del cielo. No hablas en el vacío ni pides inútilmente. En el cielo continúan amándonos y también nos ven, nos oyen, nos acompañan. En el cielo se intensifican y perfeccionan las relaciones con los seres queridos. Nos escuchan y atienden y no a distancia. Aquí nos están acompañando.

Nos dice la Beata Ana de San Bartolomé, compañera y enfer-

mera de Santa Teresa, que después de muerta continuaba tratándola y viéndola sensiblemente con frecuencia. La veía ([296]). De la misma Santa Teresa se narran muchas apariciones. A un religioso muy fervoroso de su orden le advirtió algo que hacía menos perfecto, diciéndole: *Cuando vivía estaba en un convento solo; ahora estoy en todos*. A una religiosa que hablaba en tiempo de silencio se la apareció con los dedos sobre los labios, recordándola el silencio que debía guardar ([297]). A la Beata Ana prometía su ayuda y la cumplía y la beata la veía y oía ([298]).

De sí misma, escribe Santa Teresa que se la apareció San Pedro de Alcántara nada más morir y la ponderó el mérito de la penitencia que había practicado ([299]). También dice que había días en que la parecía que los vivos eran los bienaventurados con quienes trataba muy frecuente y familiarmente, y los muertos, estos que estamos en la tierra ([300]). Del mismo San Pedro de Alcántara escribe se la apareció muchas veces con gran gloria y la ayudó más desde el cielo que en vida.

La Hermana Margarita, que murió el 1941, escribe de algunas mercedes que el Señor la hacía: *Con mucha claridad se me manifestó parte del cielo más de dos horas que duró este regalo toda anegada en Dios. Allí vi a mis padres gloriosos, a mi madre en mayor grado, y los grados que por mi profesión Su Majestad les había concedido* ([301]). Otro día se la aparecieron su madre, con quien tuvo un largo coloquio, y la sobrinita, que la entonó una canción dulcísima como del cielo ([302]).

En otra visión, Jesús hizo el cambio perfecto de corazones, tomando Jesús el suyo y poniéndola en el pecho, por cuatro horas, el propio de Jesús. *Después quiso Su Majestad descubrirme los cortesanos del cielo que le acompañaban. A mi lado derecho, mi Angel de la Guarda y otros muchos... ¡Estaba esta pobre celda he-*

---

[296] Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía,* 10, II.
[297] P. Dámaso de la Presentación: *Año Carmelitano,* 17 de abril.
[298] Beata: *Autobiografía*.
[299] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 36, 20.
[300] Id., id.: *Vida,* 38, 6.
[301] Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito,* pág. 57.
[302] Hermana Margarita: *Manuscrito,* 2, cuaderno, pág. 8.

cha un verdadero cielo! ¡Qué claridad y hermosura!... me regalaban con dulce melodía... Desapareció de mi vista la comitiva... Mi Jesús me dijo: ¿Qué te parece? ¿No te he dicho que tu celda es mi cielo? Siempre que te visito me acompañan, aunque ocultos para ti. Tu celda es mi cielo ([303]).

El día 29 de octubre de 1930 dice: *Dios me hizo ver los muchos espíritus que le acompañaban haciendo escolta a Su Majestad. Sentía mi espíritu delicias de cielo, entendiendo divinidades que no es posible explicar; era todo un fuego suave divinísimo. Me mostraba su corazón. Muy dentro del suyo, el mío, y me decía: este es mayor favor que el cambio de corazones. Es tan divina la unión que es un solo corazón, un solo amor y una sola voluntad. «Yo vivo en ti y tú vives en Mí, Esto me hacía ver y palpar con tal intensidad de amor que decía: «Señor, que mi debilidad no puede sufrir tanta grandeza»* ([304]).

Estando San Juan de la Cruz conversando con su hermano en la huerta del convento de Segovia se les apareció su madre acompañada de una nieta, hija del hermano del santo. Les habló su madre y la hija entonó un muy dulce cántico ([305]).

179.—Los santos del cielo no están lejos de nosotros; nos ven; muchísimas veces nos acompañan, nos ayudan. No sabemos cuándo, ni cuánto, ni los vemos, ni los sentimos. Es un misterio impenetrable. No sabemos descifrarlo ni explicarlo con claridad. Nos ven y ven todas nuestras acciones en Dios.

Nos acaba de decir la Hermana Margarita que tenía su corazón muy dentro del corazón de Jesús, y antes escribe que *se me manifestaba la Santísima Humanidad glorificada dentro de la misma divinidad en el pecho del Padre donde me tiene tan íntimamente unida* ([306]). Dios nos muestra, además de enseñárnoslo por la fe, que estamos en Dios, vivimos en Dios, Dios nos llena; los bienaventurados viven en Dios, Dios los llena y glorifica. Ellos ya lo ven

---

[303] Id., id.: *Manuscrito,* pág. 377.
[304] Id., id.: *Manuscrito,* 2, cuaderno, pág. 21.
[305] P. Crisógono de Jesús, S. C.: *Vida de San luan de la Cruz,* cap. 18; P. José Velasco: *Vida y virtudes del venerable varón Francisco de Yepes*.
[306] Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*, pág. 42.

todo en Dios y están en Dios como nosotros, ellos ya gloriosamente. No están lejos de nosotros, están como nosotros, aunque no los vemos ni los oímos. Está tu celda llena de bienaventurados, aunque no los ves, dijo Jesús a esa hermana. Están mis seres amados del cielo, no lejos de mí, sino junto a mí; estoy dulcísimamente acompañado, además de la compañía de Dios. Me querían en la tierra y me quieren aún más en el cielo. Y acaso no se apartan de mí o, con frecuencia, están conmigo.

No necesito dar voces para hablar con estos seres queridos míos. Les hablo dirigiéndoles la atención y manifestándoles en mi entendimiento mi deseo. Ellos ven mi entendimiento y escuchan mi deseo y recogen mi amor. La oración interior es la atención del entendimiento con amor y estoy hablando en la oración con Dios y con ellos. Ellos unen su oración y su amor a los míos y recogen el mío para ofrecerle con el suyo a Dios.

La Iglesia confirma esta verdad enseñándonos y mandándonos orar. Orar es hablar al cielo, es hablar con los santos. No es la voz de la garganta la que llega al cielo, es la voz del amor, es la idea y la atención. Yo hablo aquí en este rinconcito de mi celda o en el del coro con Dios, con la Virgen, con los santos, con mis seres amados; mis padres y hermanos me han precedido en ir al cielo y sé que están conmigo, que me escuchan, que me ayudan. No oraría si no me escuchasen. No hablo con una pared o en el vacío. Y la Iglesia, Dios por su Iglesia, me manda orar, que es hablar con los moradores del cielo, con los santos, con mis seres queridos.

La oración, especialmente la interior, es la palabra directa del entendimiento y del corazón míos al suyo, y sumamente agradable a Dios. Dios la ve y recoge y atiende aun cuando nos parezca se hace el desentendido. Estoy en la oración hablando con Dios y en el mismo Dios el lenguaje callado de la verdad y del amor. También hablo en la oración con Jesús, con la Virgen, con algún santo y bienaventurado amado y sé que no están ausentes, que están conmigo y me atienden y entienden. La atención y la verdad son mi conversación y mi lenguaje. Con ellos hablo y los miro agradeciendo y pidiendo. Uno mi entendimiento y mi voluntad con los suyos y ellos con los míos.

Esta relación es directa en Dios. Yo no la veo ni siento. Mis seres amados del cielo sí la ven y atienden. Hablo con mis padres

y hermanos que están en el cielo, y hablo aquí, en este retiro y en la iglesia o en cualquier lugar; sé que están conmigo y gozo de su compañía. Sé que ellos están ya gloriosos en Dios y en Dios me ven, leen todo mi interior y saben mis acontecimientos. El alma bienaventurada ve y presencia en Dios mis obras y mis acciones y las de muchos, aun cuando nosotros no los recordemos. Hay una relación muy íntima y muy continua entre ellos y nosotros, aunque no conocemos el misterio o la razón de por qué no se hacen sensibles ni se comunican a los sentidos. El rico Epulón, sin estar en el cielo, veía que sus hermanos no llevaban camino del cielo. No conoceremos el misterio hasta que vayamos al cielo. Al presente vivimos en la oscuridad de la fe. Creamos, obremos.

En mi modo de pensar, los bienaventurados se comunican con los que en la tierra vivimos, pero de modo más delicado y amoroso con los seres amados de Dios y que más le aman. El amor de Dios es el lazo que los une.

Para ellos todo les sirve ya de gozo y gloria. Vayamos por camino santo, como ellos lo fueron, y alcanzaremos el cielo como ellos lo alcanzaron y ya gozan.

Yo aquí cierro con frecuencia los ojos del cuerpo y miro con los del alma esta mi celda llena de claridad y llena de moradores del cielo. Sé que estoy en Dios, en Dios glorioso; y en Dios me miro. Sé que Jesús me mira y le acompaño en el sagrario, y le recibo en la Eucaristía, y es el mismo del cielo, y Jesús no está solo; con Jesús está su corte, que es la Virgen y son los ángeles y los bienaventurados; también ellos me miran y me acompañan mis padres y hermanos amados y mis seres queridos; les hablo y me escuchan. No oigo su respuesta, ni veo su figura, pero aquí, recogido, me envuelven las bellezas y armonías del cielo. ¡Oh mis seres amados! ¡Vosotros ya gozáis de la felicidad en el cielo! Vosotros me acompañáis; que os acompañe yo a vosotros. Que os trate y converse con vosotros. Que ponga yo mi atención en el cielo para que vaya al cielo con vosotros a vivir ya en Dios, glorioso y lleno de dicha.

CAPÍTULO XXX

RELACIONES Y CONOCIMIENTO QUE LOS BIENAVENTURADOS TIENEN CON LOS HOMBRES, CON LA TIERRA Y CON EL UNIVERSO

180.—El hombre tiene ansia de saber y de conocer; más el sabio que el iletrado. Desea conocer las ciencias, las propiedades de la naturaleza, de los seres, del universo, de lo que existe o puede existir. Desea saber el origen y las evoluciones de ese mismo universo, y del hombre y de los seres y su fin. Se preocupa por estar informado de los acontecimientos de la sociedad en las cinco partes de la tierra y de los hechos particulares de los hombres.

Nos tratamos para recibir y comunicar noticias. Se han inventado los medios más rápidos de comunicación para conocer con la mayor brevedad posible cuanto acontece, y más los sucesos sensacionales. Se desearía saberlo todo, conocerlo y aun presenciarlo todo.

Dios ha puesto este insaciable deseo en la naturaleza del hombre y no se puede prescindir de él. Cuanto más se sabe más se desea saber. Dios no le dará cumplida satisfacción en la tierra hasta que llegue al cielo.

El bienaventurado en el cielo tiene muy exacto conocimiento de los hombres, de la naturaleza, de los seres y de los astros todos del universo entero; todo lo conoce y todo lo goza. Es como complemento secundario de la felicidad y de la dicha que tiene en la visión gloriosa de Dios. Oímos ya decir a San Gregorio: *¿Qué cosa podrán ignorar los que saben o entienden al que sabe todas las co-*

sas? ([307]). *No se puede pensar que los bienaventurados ignoren algo de fuera teniendo dentro de ellos la claridad de Dios, que lo es todo, y viviendo continuamente en la claridad*.

No se deje de tener presente que desde el momento en que el alma empieza la visión gloriosa con la luz de gloria ve directamente la esencia de Dios y sus perfecciones y empieza el goce del cielo, y que el cielo es la felicidad, la satisfacción completa de todos los deseos y aspiraciones en delicia perfecta. Con la luz de gloria Dios infunde en el alma la Sabiduría divina. El alma ve en la esencia de Dios, Suma Verdad, y en la Sabiduría de Dios, el Verbo Eterno, la Verdad de Dios; y en la verdad de Dios ve también la verdad detallada e íntima de la creación entera con todas las criaturas y todos los seres; ve todo el origen y desarrollo de la creación universal y de cada uno de los seres con sus propiedades y perfecciones. Lo ve y lo conoce con la claridad y perfección proporcionadas a la perfección y alteza que tenga de la visión de Dios.

Alma mía, todo lo conocerás en el cielo en la visión de Dios. Conocerás cuanto existe y mucho de lo que no existe, pero que Dios tiene en su esencia. Conocerás todas las ciencias, que ahora desean conocer los que se llaman sabios, y las conocerás en proporción a la intensidad del amor a Dios y de gracia que viviste. Gózate, alma mía, porque en el gozo y en la sabiduría de Dios lo conocerás todo sin esfuerzo, sin estudiar, sin discurrir. En el cielo no se discurre, el discurrir cansa, encierra imperfección. En el cielo se contempla, se ve y se entiende hasta lo íntimo de la esencia. Y tú y todos los bienaventurados, viendo y contemplando a Dios, lo conocerás todo en deleite y en gozo saciativo.

Recordé ya que dos maneras hay de conocer la creación en el cielo: una, viendo la esencia de Dios y en Dios, en la Sabiduría de Dios, que es el Verbo eterno, viendo perfectísimamente todas las cosas, con grandísima gloria; la otra, viéndolas directamente en ellas mismas, con menos perfección y gloria ([308]). Este conocimiento será conjunto o simultáneo y detallado; nunca dejan de conocerlo en el Verbo. El Verbo es la Sabiduría del Padre y del Espíritu

---

[307] San Gregorio: *Diálogo,* 33, 14.
[308] Véase el cap, XVI.

Santo, y es la Sabiduría del cielo. Todo lo conoceré en la Sabiduría de Dios. En Dios conoceré todo lo creado, y sobre todo lo creado conoceré a Dios mismo y conoceré que en El siempre hay más que ver, que es infinito en todo bien y en todo gozo.

181.—¡Cuánto se escribe y cuánto se lee continuamente! Los sabios, cada uno en su especialidad, se desviven por estudiar para llegar a saber algo más. Con este fin buscan los archivos y analizan hasta el polvo de la Tierra y de la Luna. Hermoso es el afán de saber. Pero se gastan la vista y las energías estudiando para saber, y ¡qué poquísimo se sabe, y menos con seguridad! Muy poco se sabe de las cosas materiales, pero mucho menos de las espirituales y sobrenaturales fuera de lo que nos asegura la fe. Mas la enseñanza de la fe es oscura; se cree, no se entiende. Y se espera lo que se cree con certeza, pero sin entender qué es o cómo es.

Se desea y procura saber el modo y el tiempo del origen del hombre, pero se ignora, como se ignora el modo y el lugar y se desconoce el desarrollo de la humanidad, y hasta ignoramos los mismos hechos que narra la historia en sus circunstancias, por estar o intencionadamente tergiversados o por ignorancia. Como se ignora el modo natural y el tiempo y lugar o ambiente en que empezó y se desarrolló la vida de los animales y vegetales. Sólo sabemos con certeza, porque la fe nos lo enseña, que lo creó Dios.

Igualmente nos es desconocido el modo, el tiempo y el desenvolvimiento del universo, de las constelaciones, de las estrellas y mundos siderales. Aun de la tierra que habitamos apenas conocemos nada, ni las etapas y evoluciones que ha tenido hasta llegar al estado actual. Hablamos de si estarán habitados muchos o pocos astros, pero no podemos cerciorarnos de lo que deseamos y procuramos saber, ni cuál será el futuro de la tierra y de los astros, por muchas suposiciones que se hagan. ¿Empezó el universo por el átomo o por la nebulosa? ¿Lo creó Dios todo en detalle en un momento? Para todo hay opiniones y ninguna nos satisface, porque no sabemos nada con certeza. Sólo Dios, que lo creó todo y lo conserva, lo sabe y sabe lo que hará en el futuro.

Ignoramos hasta las cosas más elementales, pues no sabemos ni lo que es la luz en sí, ni la electricidad, ni las ondas que llevan las imágenes y el sonido hasta los astros. Estamos envueltos

en misterios de nuestra ignorancia.

Pero alégrate, alma mía, y sueña, que las realidades que Dios te tiene preparadas superan tus sueños por altos que sean.

Porque desde el momento en que Dios te comunique la luz de gloria y le veas directamente en su esencia, empieza tu felicidad y recibirás la sabiduría de todas las cosas. Desaparecen las opiniones y empieza la certeza con toda claridad, detalle y perfección. Ya no habrá necesidad de más inventos por sorprendentes que ahora nos parezcan. Veremos a Dios y en Dios lo veremos y sabremos todo, sin estudio, sin esfuerzo, sino en grandísimo gozo y delicia. Podremos también verlo en los mismos seres. Ya todo será evidencia.

Aun cuando toda la creación y el universo entero con sus maravillas y magnificencias materiales y espirituales, naturales y sobrenaturales, sea como nada y como oscuridad y fealdad ante la omnipotencia y sabiduría de Dios, no deja de ser una inabarcable maravilla de grandeza y servirá de muy grande gozo conocerla y disfrutarla. No es necesaria para la felicidad. La felicidad total se tiene viendo y poseyendo a Dios, o está en la visión de Dios. Mas la visión de Dios comunica al mismo tiempo el conocimiento perfecto de toda esta magnificencia del universo, de los ángeles, de los hombres que existen y han existido, de las criaturas con sus perfecciones y defectos, con sus propiedades y las relaciones que tienen unas con otras, sabiendo el número exacto y su historia.

182.—El bienaventurado en el cielo, como el ángel, está unido en gloria a Dios, y de tal modo unido que está hecho sabiduría de Dios y hermosura de Dios, y poder de Dios, y vive la felicidad de Dios. En esta unión y posesión de Dios ya encuentra satisfechos los deseos que en la tierra tenía de saber, poseer y disfrutar. Dios sacia y supera todos esos deseos muy sobreabundantemente.

En la sabiduría de Dios recibe conocimiento de Dios y también de los seres criados naturales y sobrenaturales como de todos los mundos. Dios le ha comunicado la sabiduría en gloria. Desaparece la oscuridad de la ignorancia e incertidumbre y ve en Dios los secretos de los hombres y de los mundos, las leyes de la naturaleza insensible y de la animada.

El entendimiento del bienaventurado ve en la claridad de Dios

todo lo pasado y lo presente. Ve el río humano de todas las generaciones, de todos los individuos con todos sus hechos de bondad y de verdad o de maldad y falsía, sin temor a error ni aun a inexactitud alguna. En el cielo ya todo es verdad gozosa en la Verdad de Dios. No existen nubes de ignorancia, ni de error ni aun de incertidumbre.

Sin estudio, sin compulsaciones ni esfuerzo, el bienaventurado ve los hechos de la historia no como los escribieron los hombres, sino como fueron en su exacta realidad y las intenciones con que se efectuaron y el premio que disfrutan y disfrutarán para siempre cuantos obraron el bien y en proporción de la bondad con que los vivieron. Ya desaparecieron las opiniones y las tergiversaciones. Ya no se podrá decir como ahora:

> Vemos que vibran victoriosas palmas
> manos inicuas, la virtud gimiendo,
> del triunfo en el injusto regocijo.

Llegó el triunfo y el premio de la verdad en cada una de las acciones y de las personas individualmente y en sus relaciones sociales.

Todos los bienaventurados ven con la mayor complacencia y alegría cuándo y en qué modo y estado creó Dios al hombre y la verdadera causa de su caída y su culpabilidad, así como el paraíso terrenal y las delicias que tenía y el idioma que le inspiró y la dispersión de la humanidad por la tierra, la evolución de las lenguas, y la formación de las razas y las encrucijadas de la historia.

Ya no discutirá más ni buscará cómo fue el diluvio, porque ve y conoce cómo fueron todas las conmociones que la tierra ha pasado en su centro y en la periferia, y cómo se formaron los mares y los depósitos admirables y escondidos del petróleo y del carbón, del oro y de las piedras preciosas. Todo lo ve y conoce en su origen, y en su continua evolución y en su final, y entiende la esencia y los efectos de la luz, de la electricidad, de las ondas transmisoras.

En el cielo se tiene el perfecto conocimiento, con gloria secundaria, de la formación del núcleo y periferia de nuestro planeta, como se tiene con toda exactitud del sol, de las constelaciones y

galaxias en su magnitud y número, y de las estrellas que contienen, y de los soles que las embellecen, y del tiempo transcurrido en su formación. Y se conoce no como se conoce un paisaje, sólo de vista, sino con conocimiento interno y científico de la naturaleza y fuerza de cada astro, de cada ser, de cada planta, de cada átomo o molécula, de cada bacteria o animal.

Ni se necesita de microscopio y telescopio para ver el maravilloso mundo del átomo y sus propiedades, o del microbio y su vida, o de las lejanas galaxias. Los sentidos del cuerpo glorioso son más perfectos y superiores a todos esos inventos. Nada habrá en ningún aspecto que el bienaventurado no lo conozca en Dios y en los seres mismos.

183.—En la mirada gloriosa de la visión de Dios y con la sabiduría infundida en el alma ya no nos admiraremos de los conocimientos de los que teníamos por sabios, sino de lo poco que sabían, aun cuando otra cosa nos parecía. El alma en el cielo ve, conoce, puede lo que desea, todo con el mayor gozo y completa satisfacción. Conoce las relaciones y las causas de cuanto existe. Y por encima del mundo natural, conoce también el mundo sobrenatural, tanto el angélico como el humano, mundo lleno de maravillas inmensamente superiores al mundo natural. El cielo es el reinado glorioso de la evidencia de la verdad en el amor y en la alegría y gozo.

La radio y la televisión nos reproducen los sonidos y las imágenes de lo que se ejecuta a distancia. No sabemos hasta dónde se perfeccionarán esos maravillosos inventos en el futuro. Si eso se ha llegado a hacer en la tierra, ¿qué maravillas no serán las del cielo? El bienaventurado estará no en imagen, sino presente, donde desee estar y en lo que desee conocer. Para el espíritu no hay distancias y el cuerpo glorioso está pronto y obediente al deseo de la voluntad.

Estará presente en las estrellas más lejanas, a millones de años luz, y lo verá no sólo con ojos perfectísimos y conocimiento completo, no sólo en el exterior, sino dentro, en el núcleo de los astros y de los soles. El alma puede penetrar porque es espíritu y el cuerpo glorificado también puede por las dotes de sutileza e impasibilidad. Todo es para su mayor gozo y gloria. Comprende qué es

y cómo se produce la luz y el calor de las estrellas, y si disminuye o durará para siempre. Comprende los caminos y las velocidades de los astros y las leyes de atracción y el concertado movimiento del universo entero en su inmensidad de millones de años de luz.

Puede el alma estar donde quiera y, como Dios está en todas partes, nunca deja de estar en la infinita hermosura de Dios. Puede trasladarse donde quiera con la velocidad del pensamiento de un confín a otro confín del universo. Puede estar viendo como presente con la mirada de su inteligencia y de sus ojos gloriosos los puntos más distanciados. En el lugar y en el elemento en que esté el bienaventurado siempre está glorioso, y siempre está en Dios, y está por su voluntad, y está siempre en el cielo gozando.

Anunció Dios al hombre que sería Rey de la creación y la dominaría. No lo es ahora en esta vida. Lo será en el cielo en compañía de los ángeles y de todos los bienaventurados en la mayor alegría y armonía. Todos mutuamente se comunicarán el gozo y el conocimiento que disfrutan. La ley del cielo es el amor glorioso y todo lo rige y gobierna el amor en la evidencia de la verdad.

Dios ha creado el mundo material para admiración y gozo de las criaturas espirituales. Ellas conocen y admiran y alaban a Dios. La materia no conoce ni puede agradecer. El universo entero será para mí y para mis hermanos los ángeles y los hombres, porque es de mi Padre celestial. El universo entero y todas las criaturas son para mí y para todos en la más deleitable armonía. Ya no hay encontrados derechos ni jurisdicciones. En el cielo no hay egoísmo y desaparecieron los instintos perturbadores y desordenados. En el cielo no hay necesidades de ninguna clase, todas son satisfacciones, alegrías y gozos.

Conoceré las condiciones de los hombres, las intenciones que en sus pensamientos y acciones tuvieron, la razón del fracaso o del triunfo de los emprendedores y las propiedades y adversidades de las naciones y de los pueblos.

El más humilde y el más santo, porque amó más a Dios, conocerá mucho más y más detallada y gloriosamente de Dios y de los elementos de la creación, porque o lo ve y lo conoce en Dios o lo ve por la luz o conocimiento infundido por Dios. Y el más santo, como el ángel más alto, tiene más clara y alta visión de lo infinito de Dios y de todas las cosas en la esencia de Dios, y recibe más

intensa infusión de la sabiduría y luz para conocer el mundo. El que renunció a todo por Dios, lo recibirá y conocerá todo en el gozo de Dios.

184.—En el cielo, entre delicias transportadoras y admiración de júbilo y agradecimiento, gozaré viendo cuán largamente premió Dios y con cuánta equidad todos y cada uno de los actos internos y externos, y se estará gozando el premio para siempre. Nada había desconocido para Dios y en todo estaba presente y amoroso, recogiendo para premiar, y ni un acto de amor, ni una respiración hecha por El quedará sin espléndido galardón. Allí veré la grandeza y el valor de la oración y de la vida interior de amor y de los sacrificios y penitencias y su eficacia ante Dios en favor de las almas y de la Iglesia.

Con verdad dirá el alma gloriosa, rebosando júbilo: *Míos son los cielos y mía es la tierra; los ángeles son míos y mía la Madre de Dios* ([309]), *y Dios es mío y para mí*. Conoceré todas las ciencias con toda perfección; poseeré todas las artes y todos los bienes materiales e intelectuales; gozaré de todas las delicias y encantos, de todas las fragancias purísimas, intelectuales y espirituales; me recrearé en los fulgores de los conocimientos insospechados como los de los mismos ángeles, y sobre todos éstos estaré sumergido y saturado en el refulgir infinito de Dios, manantial inexhausto de todo lo deleitable y gozoso, con una alegría y contento como el del mismo Dios, con cuyo gozo no hay comparación en nada conocido o soñado de la creación.

¿Cómo serán y qué intensa delicia encerrarán los gozos del cielo en Dios? El cuerpo humano naturalmente no podría resistirlos de contento, como lo expresó Santa Teresa y otros muchos santos, diciendo al Señor que o la ensanchase el pecho o la quitase la vida, porque ya no cabía más gozo. Dios fortalece el cuerpo glorioso con las dotes gloriosas de sutileza, impasibilidad, agilidad y claridad para que tenga capacidad de resistir todos esos gozos. ¿Cómo serán ellos y cuál su delicia y regalo?

Si a San Francisco de Asís se le quitaron los dolores oyendo,

---

[309] San Juan de la Cruz: *Oración del alma enamorada*.

sólo en visión, el instrumento que tocaba un ángel para recrearle. Si en otra ocasión, oyendo y viendo a un ángel que hacía sonar un violín con sólo una subida del arco quedó fuera de sí y hubiera muerto de delicia si el ángel le hubiese bajado ([310]). Si dando un concierto unos músicos a San Juan de la Cruz durante una enfermedad quedó fuera de sí oyendo no la armonía de los músicos, sino otra armonía sobrenatural ([311]). ¿Qué armonías y fragancias gustará el alma ya no en visiones, sino en las realidades del cielo? ¿Cómo no estará en una continua delicia gustando aquellas delicadezas? Dante decía que la mejor música de la tierra comparada con la del cielo era como la estridencia del desgarrado trueno ([312]). Isaías habla de aquel santo que oyó cantar a los serafines (Is 6, 3). La música que oye la Hermana Margarita a los serafines era tan dulcísima que no se la olvidó ([313]) y gozaba recordándola. Y eran sólo visiones y estando en el cuerpo, ya fueran visiones imaginarias o intelectuales. ¿Qué será la realidad del cielo con la cual ya Dios premia al alma? ¿Qué dulzuras inundarán al alma gloriosa y también al cuerpo glorioso después de resucitado?

Son armonías puras, espirituales, sobrenaturales, directamente infundidas por Dios para producir la felicidad perfecta y directamente recibidas en el alma ya preparada y fortalecida con las dotes gloriosas. Esta es la realidad dichosa de oír otro modo

> de no perecedera
> música, que es de todas la primera
> y
> durará en su reposo sin ser restituida
> jamás a aqueste bajo y vil sentido ([314]).

185.—El alma posee y goza en el cielo todas las delicias y bellezas, que ahora no podemos comprender ni aun sospechar que

---

[310] *Florecillas de Son Francisco. Consideración II.*
[311] P. Crisógono de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz,* cap. 20.
[312] Dante: *La Divina Comedia. "Paraíso",* canto 23.
[313] Hermana Margarita: *Manuscrito,* págs. 40 y 337,
[314] Fray Luis de León: *Poesías a Salinas*.

existan. Y todos los sueños y deseos que ahora tengamos son como humo y nada para lo que allí nos dará Dios en la paz más jubilosa, en la alegría y gozo más intensos, en la satisfacción y delicia más suave y regalada.

El alma está llena, saturada, satisfecha de saber y de gozar, de alegría y de delicia. La creación entera y el conocimiento universal y el gozo total son ya propios y connaturales del alma gloriosa. Y sobre todos, con infinita mayor perfección y exaltación de dicha, tiene, posee y goza a Dios. Dios mismo se ha entregado al alma comunicándola sus infinitas perfecciones de sabiduría y gozo, y todo es junto y detallado a la vez. Hermosamente decía el poeta:

> Allí a mi vida junto,
> en luz resplandeciente convertido,
> veré distinto y junto
> lo que es y lo que ha sido
> y su principio propio y escondido ([315]).

Santa Teresa explicaba esto mismo por lo que Dios la había mostrado: *Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello* ([316]). *Se me presentó muy en breve cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Si… Digamos ser la divinidad como un muy claro diamante* ([317]).

El alma gloriosa está en Dios y en Dios ve y posee gloriosamente todos los bienes y todas las cosas y verdades según su capacidad; todas las tiene presentes y está con el mirar de su alma presente a todas, no sólo a las materiales o corpóreas, sino también a las morales, espirituales pasadas y futuras.

En esa claridad de Dios ve ahora con gozo incontenible lo que siempre procuró conocer viviendo en la tierra y nunca pudo conseguirlo. Quiero saber en esta vida la razón y causa de los dolores y

---

[315] Id. id.: *A Felipe Ruiz*.
[316] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 39, 22.
[317] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 40, 9.

sufrimientos que se padecen y por qué permitió Dios y permite el mal moral y físico, los pecados y las injurias por los cuales muchos siempre estarán apartados de Dios, Sumo Bien, y vivirán penando para siempre. Mi razón humana no puede comprenderlo en la bondad y misericordia infinita de Dios. En el cielo veré ya muy claramente la causa, y con gozo alabaré a Dios por ello y porque tuvo especial compasión de mí para salvarme. Me llenará de gozo ver esto y gozar de Dios para siempre en la gloria. Uniré mi alabanza a la de los ángeles por sus altísimos y profundísimos juicios desconocidos hasta llegar a la claridad de la visión de Dios.

El bienaventurado en el cielo comprende, admira y alaba a Dios en sus insondables juicios y en sus determinaciones y obras. El bienaventurado todo lo tiene presente y lo está viendo en Dios. Ve lo que está cerca y lo que está distante, porque todo está en Dios. Para el espíritu no hay distancia. Para estar en Dios y ver en Dios no hay lejos, ni apartados ni hay que dar preferencia a otros esperando. Todos estamos en Dios, en el mismo Dios. Todos nos conocemos, comunicamos y tratamos en Dios, verdad y claridad y hermosura infinitas. Todos hemos sido transformados en la gloria y en la hermosura de Dios. Es transformada y hecha mayor hermosura y mayor gloria, y decimos que está más en Dios el alma que tiene la visión de Dios más perfecta, porque amó más. Los estudios de la tierra y los conocimientos adquiridos en el mundo durante esta vida son como nada en el cielo. La medida de los conocimientos que Dios infunde la hacen las virtudes y el amor de Dios. El amor de Dios y la virtud son la perspicacia y la perfección para ver a Dios y participar de las perfecciones de Dios y de su naturaleza, y lo son para ver más perfecta y universalmente las criaturas y toda la naturaleza criada.

Sólo Dios es la felicidad. Sólo Dios basta para la dicha perfecta y para todo el gozo y satisfacción completa, como se basta a Sí mismo para ser eternamente feliz. Pero el alma en el cielo no vive aislada ni solitaria. El alma en el cielo vive en la comunicación continua de la mayor alegría con toda la naturaleza, y convive en el más rebosante gozo con todos los bienaventurados y con los ángeles.

En armonía jubilosa se comunican todos su conocimiento de Dios y de las perfecciones, gozos y dicha de Dios; gozan con gozo

inexplicable, en comunicarse íntima, regalada y tiernísimamente con todas las jerarquías y con todos los bienaventurados. Los afectos de la tierra y las amenas conversaciones y pasatiempos no pueden compararse con aquellas armonías y felicísimos tratos y comunicaciones.

Nos conoceremos todos; nos trataremos todos y nos comunicaremos todos directa y amorosísimamente en la claridad de la luz de gloria de Dios. Ya no habrá más secretos encubiertos ni más incomprensiones; todo es pura armonía y alegría mutua, y amor abierto gozando en el mutuo entender, en el obrar y en el amar. Todos nos gozaremos en el gozo de los demás, porque es gozo de Dios y tendremos mayor gozo viendo el gozo más intenso y resplandeciente del más bienaventurado. El gozo perpetuo por el premio y gloria y por ver el premio y gloria de los demás inunda el alma y no tiene celajes de tristeza o envidia, sino exaltación y alabanza en alegría. El gozo de cada uno es gozo de todos, pues es gozo de Dios.

186.—El alma está rebosante de alegría y agradecimiento viendo la magnanimidad de Dios en premiar todos y cada uno de los actos buenos que se realizaron, con premio de grande gloria y para siempre; y es premio de los actos externos y de los internos y hasta de los deseos que sólo Dios conocía.

Todos los bienaventurados admirarán con alabanza de júbilo la hermosura del premio de la vida interior o de amor, y la eficacia que ante Dios tenía y repetirán a semejanza de San Pedro de Alcántara: ¡Oh dichosa vida interior que tanta gloria nos ha ganado! ¡Oh dichoso ofrecimiento, sufrimiento y retiro que tanto cielo nos ha proporcionado! ¡Oh dichoso tiempo de oración que tan íntimamente me unió con Dios y tanto gozo me ha alcanzado! ¡Bendito el Señor en sus misericordias y bondades!

Santa María Magdalena de Pazzis, viendo en éxtasis la gloria de San Luis Gonzaga y de la sierva de Dios Benedetta, exclamaba: *¡Oh grandeza de las obras internas poco penetrada! Es de mayor valor una obra interna que mil años de ejercicios externos... Ahora, en la Patria, ya no vas con la cabeza baja como cuando estabas*

con nosotros, sino vas llena de gallardía por todos los coros celestiales ([318]). *No hay sombra de comparación entre las acciones internas y externas... Mientras Luis vivió en la tierra estuvo atentísimo a las miradas del Verbo, por eso tiene ahora tanta gloria* ([319]).

Quedó arrobada cuando Dios la mostró la hermosura de un alma en gracia, ¿qué luz recibiría su alma al verla ahora gloriosa? ¿Qué serán y cómo serán y estarán las almas en el cielo?

Delante de todos los hombres que han existido mostrará Dios todos los actos externos e internos y todos los deseos como todas las obras de todas las almas y el galardón con que los premia. No quedará ni una sola jaculatoria ni una sola respiración hecha por amor de Dios sin su premio y gozo especial ante todos los hombres y ángeles, y lo que se vivió en un momento se gozará para siempre en compañía y alegría de todos los bienaventurados.

Los más mínimos gozos son gozos altísimos en la visión más clara y amplia del ser de Dios, gozos espirituales, sobrenaturales, como es sobrenatural y espiritual el conocimiento de Dios.

Si decía San Juan de la Cruz que cuando Dios comunica un poco más al alma sus gozos en esta vida, de tal manera revierten en los sentidos que hasta los artejos de los pies redundan en gozo. ¿Cuál será la inundación de gozo en todos los sentidos del cuerpo glorioso cuando Dios le una al alma gloriosa para premiarle según sus magnificencias? ¿Cuál será el goce del cuerpo glorioso? ¿Cuáles serán las delicias del cielo y para siempre? Son delicias sobrenaturales, divinas, espirituales, puras, recibidas directamente en el alma sin roces que las debiliten, dadas por Dios para premiar en toda magnificencia. No es posible imaginarlas porque son sobrenaturales. El alma las refleja después sobre el cuerpo glorioso. Según la gloria del alma, será la gloria del cuerpo. Por la belleza y delicia del cuerpo se conocerá la gloria del alma.

¡El cielo! ¡El cielo feliz y para siempre! El alma estará ya en la total y gozosísima actividad. El alma ya no se cansa; está en el ininterrumpido y variadísimo gozo. Está continuamente en la go-

---

[318] *Santa María Magdalena de Pazzis,* por una monja del mismo monasterio, cap. XVIII.
[319] Id., id., cap. XXIV.

zosísima actividad de entender y ver a Dios, de amar y gozar en Dios en compañía de todos los ángeles y bienaventurados.

Ni se cansará más el cuerpo glorioso. Ya no necesita comer ni dormir. Han desaparecido todas las desordenadas preocupaciones de la propia conservación y de la especie, y su vida es gozar en todos los sentidos el gozo del alma y el gozo de Dios, y como reflejo o sombra de Dios, la belleza de la creación. El cuerpo ya tiene vida gloriosa.

El cielo es la convivencia gloriosa y feliz en Dios, de la gran familia de los ángeles y bienaventurados no sólo tratándose en delicia, sino viviendo en Dios unidos en la misma vida, en los mismos pensamientos, en los mismos amores y deseos gloriosos sobrenaturales, gozándose los unos en los bienes y en los gozos de todos los demás y todos en el gozo infinito y en la vida de Dios. En el cielo se vive ya la ley del amor glorioso en la convivencia de la felicidad y dicha en la evidencia de la verdad.

¡Oh Dios mío y gloria mía, Creador de todo y glorificador de los bienaventurados! En Ti seré feliz. Viviré tu misma vida y felicidad. Será feliz mi alma y lo será también mi cuerpo. Libre ya este cuerpo mío de toda necesidad y de toda dolencia, sobrenaturalizado con las dotes de impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad será a modo de espíritu, participando de la dicha e inmortalidad del alma y gozando en todo y por todo. Unido al alma vivirá eternamente sumergido y saturado en el gozo infinito de Dios. ¿Cómo será la delicadeza de ese gozo?

187.—En el cielo, los ángeles y los bienaventurados viven la misma vida de Dios en el mismo Dios, en la mutua comunicación de bienes y de gozos. El cielo es la posesión y el gozo de la hermosura y de la verdad, de la armonía y de la alegría en ininterrumpida dicha individual y colectiva. ¡Oh dichosa Patria donde el Amor glorioso de Dios en la evidencia de la verdad lo gobierna todo en la felicidad!

¡Oh Dios, todo Bondad, Creador de todo y glorificador de los bienaventurados! En tu Verdad veré y conoceré las maravillosas grandezas, las inmensas constelaciones, los astros todos en sus pasmosas distancias de millones de años de luz, y veré cómo se mueve tan ordenadamente todo el universo. En tu Verdad conoceré

y dominaré las leyes que pusiste a toda la naturaleza y que rigen los átomos y los astros, los microbios y los ángeles. Viéndolo, conociéndolo y dominándolo mi alma se deshará de gozo, admiración y alabanza a Ti, que estás sobre todo y me creaste para Ti mismo, Hermosura infinita. ¡Bendito seas!

Mi vida en el cielo es conocerte a Ti, admirarte a Ti y alabarte en unión con todos los bienaventurados felices ya, y con las brillantísimas constelaciones de las altísimas y gloriosísimas jerarquías de los ángeles, inmensamente más numerosos y perfectos que los hombres y que todas las demás criaturas espirituales que hayas criado y de las cuales no tengo noticia, y entonces conoceré y trataré. Veré los ángeles y esas criaturas como a los bienaventurados y los trataré y te alabaré a Ti, Bien infinito, uniendo mi alegría a la suya por tus magnificencias y bondades. Porque conociéndote a Ti te viviré a Ti mismo y Tú mismo serás mi vida gloriosa.

En el cielo me gozaré en tu gozo infinito viendo los portentos sobrenaturales que hiciste en las almas de tus santos, en el alma de la Virgen María y de San José y en la unión hipostática de tu divinidad con el alma de Jesucristo, centro de la creación y tu obra primordial y capital.

Veré y admiraré el milagro de haber levantado el alma humilde de la Virgen a tanta grandeza y hermosura y la gloria con que la galardonaste haciéndola Reina de la creación al lado de Jesús. Con Jesús y con la Virgen será mi gozo y mi alabanza y admiración a Ti y en Ti para siempre.

CAPÍTULO XXXI

GLORIFICACIÓN DE LOS CUERPOS RESUCITADOS

188.—En el cielo, el alma es totalmente dichosa viendo a Dios. El bienaventurado vive en el mismo Dios su misma vida y goza y entiende en Dios su mismo gozar y entender según la propia capacidad. Viviendo, entendiendo y gozando en Dios, goza, posee y entiende todos los bienes y todos los gozos de la creación en el mismo Dios.

En el cielo, el alma está llena de la misma dicha de Dios y de su mismo entender y poder, no de modo infinito ni por sí misma, eso no es posible, sino de modo participado, pero saciativo, según la capacidad que cada alma tiene. La capacidad es según la gracia y el amor que tenía al morir. El alma está transformada en la misma hermosura, amor y gozo de Dios hecha hermosura y gloria en la gloria y hermosura de Dios.

Pero el hombre no es sólo el alma. El hombre consta de alma y cuerpo. Los ángeles son sólo espíritu, no tienen cuerpo. Siendo glorioso su espíritu, lo es todo su ser. El alma humana viendo a Dios ya es gloriosa y feliz. No necesita del cuerpo para ser feliz, pero no es feliz el ser total en las dos naturalezas del hombre si no lo es también el cuerpo.

Dios, sumamente magnánimo y equitativo, premiará todo el ser. Juntamente con el alma buena que practicó la virtud, lo fue y la practicó también el cuerpo. Al separarse el alma del cuerpo dejó de vivir el cuerpo, perdió la sensibilidad y se deshizo en el sepulcro o donde las circunstancias le pusieron. El cuerpo separado del alma y deshecho no puede sentir y deja de existir como tal cuerpo. Pero también el cuerpo había practicado la virtud juntamente con el al-

ma. Aquella materia determinada del cuerpo sufrió las penalidades de la penitencia, del martirio, del esfuerzo en el bien obrar y cumplir el deber y merece ser premiado como lo es el alma.

La mayoría de los pecados se cometen por causa del cuerpo y el cuerpo peca juntamente con el alma, siendo causante de perder la felicidad eterna. También el cuerpo obra el bien juntamente con el alma y vive la virtud. Con la muerte deja de vivir y de existir como cuerpo humano, pero parece justo reciba el premio como lo recibe el alma y en su compañía.

El cuerpo obediente al alma y unido a ella abrazó la penitencia, vivió en el retiro y aceptó el martirio en todos sus miembros; justo parece que goce en todos sus miembros como el alma goza en sus potencias y en proporción de la mortificación que abrazó y del ofrecimiento que hizo a Dios. No ha de quedar lo mismo para siempre el cuerpo de quien no se privó de ningún regalo, capricho y diversión, que el de un San Antonio o San Pedro de Alcántara, que por amor de Dios se privaron de todos y pactaron con el sufrimiento y mortificación.

Con la muerte deja de existir el cuerpo humano de un alma. Se deshace. Pero Dios es todopoderoso y con su omnipotencia ha prometido volver a dar ser y vida a aquel cuerpo que desapareció y lo unirá de nuevo al alma, al mismo alma que antes le dio vida y con quien realizó el bien y practicó la virtud. El alma ya está gloriosa. Dios no dejará para siempre incompleta la naturaleza humana que El formó de alma y cuerpo y separó en la muerte como castigo de la defección del Paraíso terrenal. Es castigo temporal. El alma dice relación al cuerpo que la ayudó a ganar el cielo, que ya goza. La muerte es contra la naturaleza del hombre, y lo que es contra la naturaleza no será para siempre.

Dios resucitará el cuerpo muerto y deshecho. Yo no sé ni puedo explicarme cómo. Dios sí lo sabe, lo ha prometido, es todopoderoso y lo hará. Dios resucitará este cuerpo mío, que ahora se mortifica y vive retirado o trabajando por su amor, y lo unirá a esta alma mía, que ahora le ama y quiere amarle más y sobre todas las cosas y todas las dejó por su amor. Juntos están practicando el bien y amando a Dios, juntos gozarán el premio del bien para siempre. En el alma y en el cuerpo recogeré en el cielo lo que en la tierra siembre.

La resurrección de los cuerpos muertos es dogma de fe. Yo creo en la resurrección. No sé cómo, pero sé que la hará el poder de Dios. Mi cuerpo, después de pagar tributo a la muerte y de haberse convenido en polvo y en otras materias, volverá a tener nueva vida para ya no morir. El poder de Dios me lo resucitará y me lo unirá a mi alma. Volveré a ser todo el ser humano, la naturaleza humana completa y perfecta. No sé cómo Dios reunirá la materia de este mi cuerpo, que pasará por mil transformaciones, pero Dios lo ha prometido; Dios es omnipotente, es quien tiene que hacerlo y sabe cómo tiene que hacerlo.

189.—Para los conocimientos científicos que actualmente tiene el hombre resulta incomprensible la resurrección del mismo cuerpo que ahora tengo, que pasará por esas mil extrañas transformaciones o será asimilado por otros.

No entiendo cómo, pero sé que Dios es todopoderoso y ha revelado que resucitará los muertos. Dios no engaña. Creo que este cuerpo mío, que ahora sufre y acepta los rigores del frío y del calor, y escoge la mortificación y está animado de esta alma mía, volverá a tener nueva vida unido a mi alma.

¡Qué maravillado admiraré tu poder infinito, Dios mío, cuando des la nueva vida a mi cuerpo y le unas glorioso a mi alma gloriosa para que todo el ser humano reciba recompensa! Todo el hombre, cuerpo y alma, obró el bien; todo el hombre, alma y cuerpo, recibirá el galardón en cada uno de sus miembros y potencias.

Anímate, cuerpo mío, que nada de cuanto sufres y trabajas quedará sin serte recompensado para siempre. El cuerpo del penitente recibirá el premio de su penitencia; el del mártir, de su martirio; el del apóstol, de su apostolado, y el del virgen, de su virginidad.

San Pablo pone esta verdad de la resurrección como fundamento de nuestra fe. Si se prescinde de él, todo el edificio cristiano se desploma en ruinas. *Pues si no hay resurrección de muertos, tampoco resucitó Jesucristo. Mas si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana es también nuestra fe... Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como primicias de en-*

tre los difuntos... Cristo, el primero; después, los que son de Cristo (1 Cor 15, 15-24). Yo no renuncio al mundo y me abrazo con el sacrificio, silencio y humillación por gusto de mi cuerpo, sino por amor de Dios. Sería la mayor locura escoger el desprecio, el sufrimiento y pasarlo mal para desaparecer con la muerte en la nada.

Pero Cristo resucitó y está glorioso en el cielo. Nosotros resucitaremos y esperamos ir a la felicidad del cielo con Jesús. Estamos sembrando para el cielo. San Pablo pone esta misma comparación. Se siembra el grano, se cubre de tierra, se descompone y nace transformado en nueva planta, hermosa flor y sabroso fruto. Sembramos obras buenas durante la vida. Se descompondrá el cuerpo, como la simiente, y Dios le volverá a una nueva vida gloriosa y será a modo de espiritual; *se siembra como un cuerpo animal y resucitará como un cuerpo espiritual* (1 Cor 15, 44).

190—Mientras vivimos en la tierra, el alma da la vida al cuerpo, pero el cuerpo no tiene la perfección y salud en proporción de la gracia del alma. Con frecuencia, un alma santa vive o anima un cuerpo enfermo, contrahecho o débil, y un alma irreligiosa y viciosa vive o anima un cuerpo robusto, esbelto y atrayente. No será así después de la resurrección. De tal manera informará el alma al cuerpo, que le comunicará sus cualidades y perfecciones en proporción de la gracia y bondad que ella tenga. Con sólo ver el cuerpo glorioso se sabrá la gloria y perfecciones del alma. El cuerpo del alma más santa será el más hermoso y más lleno de encanto y el que tendrá más capacidad para gozar.

Ninguno estará más lleno de perfecciones ni tendrá tanta hermosura y encanto como el cuerpo de Jesucristo. Es el Sol que ilumina a todos los bienaventurados. Y después de Jesucristo, el cuerpo de la Virgen Santísima. Todos los cuerpos de los bienaventurados son de una hermosura sobrenatural y no podemos figurárnosla, pero todos son diferentes en la belleza y gloria en proporción de la diferente gloria del alma.

Santa Teresa de Jesús dice del cuerpo de Jesucristo: *Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer... Desde a pocos días vi también aquel divino rostro que del todo me parece me dejó absorta... El Señor se mostraba así poco a poco..., porque tanta gloria junta tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir..., pare-*

cerá... que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso. Sonlo tanto los cuerpos glorificados que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural hermosa desatina ([320]).

Es una contradicción decir que el cuerpo será como espiritual. San Pablo lo dijo no sólo como simbolismo oriental, sino como expresión feliz y significativa. Porque el cuerpo es materia y no puede ser espiritual. Pero tales y tantas perfecciones y propiedades le comunicará Dios cuando el alma bienaventurada le informe de nuevo, después de la resurrección, que parecerá espíritu. Por ello, continuó afirmando San Pablo: *Jesucristo transformará nuestro vil cuerpo y le hará conforme al suyo glorioso, con la misma virtud eficaz con que puede también sujetar a su imperio todas las cosas y hacer cuanto quiera de ellas* (Filip 3, 21).

Como San Juan en el Apocalipsis describe con simbolismo oriental la Jerusalén celeste, enumerando la abundancia y riqueza del cielo y su inmensidad, recuerda también la resurrección de los muertos al sonido de la trompeta del ángel. La realidad será que al mandato de la omnipotencia divina resucitarán los cuerpos de todos los hombres que han existido. Él sabe cómo lo hará, para eso es todo poderoso, y los unirá a las mismas almas que en la tierra los dieron vida. Al unirse para ya nunca jamás separarse, las almas bienaventuradas comunicarán a sus cuerpos la intensidad de sus propiedades y perfecciones y los harán gloriosos con gloria y perfecciones proporcionadas a las de las almas y siempre unidos en armonía perfecta y en la total sumisión del cuerpo, gozarán ya sin fin. Cuerpo y alma serán felices para siempre.

¡Oh abrazo dichoso y bienaventurada unión! Oh alma y cuerpo míos, que ahora sufrís y no tenéis certeza de nada ni aun de si estáis en gracia de Dios y si le amáis como deseáis! ¡Ya entráis en la claridad, y en la verdad y en la felicidad y gozo de Dios! ¡Ya no volveréis a sentir el sufrimiento ni la desazón e incertidumbre! ¡Ya para siempre viviréis unidos en el júbilo y en la dicha!

Dios juzgará a todos dando a cada uno el premio de gloria delante de todos los hombres y de todas las generaciones. Bendito el

---

[320] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, 1-2.

momento en que oiga la voz de Jesucristo diciéndome: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo* (Mt 25, 34). Tú, amado mío, que te entregaste a Mí en la tierra, *ven a participar del gozo de tu Señor* (Mt 25, 23).

Todos los hombres de todas las generaciones y de todas las épocas nos conoceremos individualmente y conoceremos todos y cada uno de los actos exteriores e interiores, pequeños o heroicos, que cada hombre realizó y la intensidad de amor de cada acto, por los cuales tan alta y equitativamente es premiado. No habrá ni una obra, ni un suspiro ni un deseo realizado por Dios, que no reciba el altísimo y equitativo galardón. El juicio será o no será en el valle de Josafat, pero Dios lo hará manifiesto ante todos los hombres y todos lo verán y admirarán. Allí brillarán la gracia y el amor, los deseos y la realización de cada uno. Allí veremos la grandeza y mérito de la vida interior y del verdadero apostolado. Allí resaltan en hermosura las virtudes practicadas coronando los santos.

Es el límite del tiempo de esta modalidad terrena, como dice el ángel (Apoc 10, 6), y empieza la vida de gloria a modo de eternidad. Todo se realizará en un momento.

190.—El alma bienaventurada y llena de dicha, unida ya al cuerpo mismo que tuvo en la tierra, consocio y cooperador de todas sus obras, le hará también consocio de la gloria, de la hermosura y de las perfecciones y gozos que ella disfrute. Cada alma comunicará a su cuerpo su misma felicidad. Todos verán y admirarán la hermosura de todos y en todos se alegrarán.

El cuerpo no puede ver a Dios en el cielo, porque lo corpóreo no tiene capacidad o posibilidad para ver lo espiritual, pero sentirá sus efectos de felicidad; *verá y conocerá las maravillas de Dios en toda la creación, sin conocer distancias, por la dote de agilidad que le trasladará momentáneamente hasta los puntos más remotos y sin cansancio e imperfección de sus sentidos y miembros. Estará el cuerpo a semejanza de espiritualizado, no necesitando de estos bienes materiales a que ahora está sometido para su sustentación, ni sintiendo los efectos desagradables de los elementos y siendo*

su hermosura expresión fiel de la gloria, que el alma tiene y en proporción de su amor a Dios ([321]). El cuerpo no puede ver a Dios, que es espíritu puro, como no puede ver ni a su propia alma, pero es glorioso y feliz con la gloria que Dios le da junto con su alma. Nada le faltará de cuanto desee y apetezca en el saber, en el amar y en el tener y disfrutar. Ya no conocerá más los dolores ni las tristezas, ni las disensiones, ni las necesidades ni estrecheces. Ya todo será alegría y regocijo en armonía con todos.

Como Dios hace al alma feliz comunicándola las dotes de gloria, que como ya dije son la visión, la comprensión y la delectación o fruición, comunica también al cuerpo glorioso las dotes de gloria, con las cuales se fortalece y hace apto para recibir la influencia gloriosa del alma con toda la intensidad de gozar y se hace a modo de espíritu. Ya nunca se interrumpirán sus gozos. Sin las dotes de gloria no podría el cuerpo resistir tan deleitable delicia.

Nunca el cuerpo puede ser espíritu, como nunca puede ver directamente a Dios; pero Dios le comunica tales perfecciones con las dotes de gloria, que en muchísimas cosas se asemeja al espíritu. Por ello decimos con San Pablo que se siembra en cuerpo animal y resucita en cuerpo espiritual.

---

[321] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. med. XIV.

CAPÍTULO XXXII

DE LAS DOTES GLORIOSAS DEL CUERPO Y DE LAS AUREOLAS

192.—Dios transforma tanto al cuerpo resucitado glorioso en el cielo y le enriquece con tantas maravillas y perfecciones tan colmadamente, que el hombre mortal no puede llegar a tener idea de ello mientras viva en la tierra.

Los hombres que nos han precedido en los siglos pasados no pudieron formarse idea de la perfección de los inventos actuales ni soñar llegarían hasta visitar y examinar la luna, como nosotros no nos la formamos de los inventos que se realicen en el futuro, y todos son naturales. ¿Cuáles serán las maravillas que obrará Dios en el cielo con las almas y los cuerpos gloriosos ya sobrenaturales?

Quien lo hace no es la inteligencia de un hombre que encuentra y aprovecha algunas de las leyes que Dios ha puesto en los elementos y en los seres. Es Dios, el Criador de los seres y de las propiedades que les ha comunicado, el que obrará esas maravillas en el cielo con los bienaventurados. Son premios y perfecciones sobrenaturales, por encinta de la naturaleza que conocemos. ¿Cómo será, Dios mío, lo sobrenatural si tanta es la grandeza y el misterio que hay en lo natural? ¿Cómo ha de poder hombre alguno saber cómo es lo sobrenatural cuando no conocemos ni los misterios secretos, ni las leyes de lo natural? ¿Qué prodigios obrará el infinito saber de Dios y su infinito poder cuando quiere desplegar su omnipotencia y su amor para premiar a sus amados los bienaventurados con sobreexcedente premio sobrenatural? ¿Qué no hará el Señor en la magnificencia de su amor infinito con el cuerpo glorioso?

La teología, para decirnos algo de lo que enseña la fe, pero

sin entenderlo, sólo dando nombres y algunas nociones y dejando amplio horizonte para discurrir sobre la revelación, nos habla de unas perfecciones sobrenaturales, por lo mismo incomprensibles, con las cuales Dios prepara y fortalece el cuerpo para su unión gloriosa y permanente con el alma gloriosa; y preparado y fortalecido con esas perfecciones se haga apto y pueda recibir las maravillas que Dios mismo le comunicará. Sin esa preparación y sin la fortaleza que le dan esas sobrenaturales perfecciones no podría resistir los gozos y alegrías tan intensos que le comunicará, como no puede resistir el filamento de la bombilla, sin fundirse, la corriente de alta tensión. Estas perfecciones se llaman *dotes del cuerpo glorioso* ([322]).

Estas *dotes* o perfecciones son el embellecimiento sobrenatural y permanente que Dios da al cuerpo para vivir la vida gloriosa y establecerle en la felicidad eterna ([323]). Son la participación de la bienaventuranza del alma y el alma comunica al cuerpo la redundancia de su dicha y le hace glorioso.

Cuatro son las *dotes y perfecciones sobrenaturales* que Dios pone en el cuerpo glorioso: *Impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad*. Fortalecido, embellecido y transformado en glorioso con estas perfecciones, queda el cuerpo apto y totalmente sometido y obediente a la voluntad del alma en su ser, en su obrar y en su movimiento.

El cuerpo glorioso, unido con toda perfección al alma, que le comunica su gloria, está como espiritualizado a semejanza de ella en total armonía con el alma, ni opone resistencia ni dificultad alguna a su querer. El querer del alma es el obrar del cuerpo, y como no hay ya imposibles para el alma, tampoco los hay para el cuerpo. Está tan identificado con el alma, y en tan sobrenatural armonía y tan sometido, que no hay obstáculo ni dificultad que no supere para cumplir el querer y la determinación del alma, como el alma está unida y hecha una con la voluntad y el querer de Dios.

---

[322] *Salmaticenses. Cursus theologicus. Tractatus IX*, disp. V.

[323] Id., id. IX, disp. V. dub. II, prg. I, núm. 25. Tratan muy extensa y profundamente sobre las dotes del cuerpo, como trataron sobre las del alma y según los conocimientos físicos del siglo XVII, muy distintos de los actuales.

193.—Con la dote o la perfección de la *impasibilidad* que recibe el cuerpo sólo pierde la sensibilidad para cuanto pudiera serle desagradable o doloroso. Queda inmune de todo dolor y quebranto; no puede recibir mal alguno ni cansancio ni le hacen efecto desagradable los elementos destructores, ni el frío, ni el calor, ni el fuego, ni el hierro ni los gases o microbios destructores. Queda inmune de todo mal. Ya no volverá a sufrir ninguna enfermedad ni heridas, ni debilidades o tropiezos físicos ni morales. Podrá vivir en el hielo y en el fuego, en el espacio sin oxígeno o en el núcleo de fuego del sol, sin afección desagradable ni perjudicial. Pero su sensibilidad para sentir el agrado y la delicia en todo lo bueno es perfeccionada con una delicadeza increíble.

La impasibilidad sobrenatural en todo le hace gustar el contento y el regalo. Siempre y en todo lugar está viviendo el paraíso de la delicia y de la gloria. Todo el cuerpo, todos los sentidos y miembros del bienaventurado han recibido una perfección y una sensibilidad para lo bueno, que están en perpetua delicia y en la exaltación del gozo. La perfección de los ojos y de los oídos es sobre la de todos los telescopios y microscopios, las emisoras y receptoras. No hablarán o se verán desde la tierra a la luna, como se ha conseguido en estos tiempos, sino se hablarán y se verán desde un confín del universo al otro confín. Se verán y comunicarán las almas mutuamente sus pensamientos y amores. Gustarán de armonías delicadísimas y bellezas inimaginables, y el olfato y el gusto, de fragancias nunca conocidas y exquisiteces como de cielo, que son como premios de Dios.

En el día feliz de la eternidad ya no hay noche, ni ocasos ni amaneceres. Ya no hay reponer fuerzas con alimentos ni con el descanso del sueño. Ya todo es día, y delicia y gozo. La actividad gloriosa, continua y variadísima es su descanso. El alma goza la felicidad continua de Dios; y del alma redunda al cuerpo cuanta sea la capacidad del cuerpo y cuanta sea la gloria del alma. Siempre vive en el gozo y en la satisfacción completa del deleitable regalo. ¡Cuerpo mío, para esto te ha criado Dios! Estas delicias inmortales te tiene preparadas en el cielo. Con ellas premiará tu virtud, tus sacrificios, tu amor. Serás feliz. Gozarás la felicidad.

194.—Dios comunica también al cuerpo bienaventurado la dote de la *sutileza*. No sé si decir que en la tierra es la que más nos

maravilla. Con esta dote, el cuerpo bienaventurado puede penetrar en todo y por todo. Desaparecen los obstáculos y los impedimentos de todo género. El cuerpo está en todo unido y obediente al alma: *en el ser, en el obrar y en el moverse*. El alma da vida o informa al cuerpo no imperfecta o incompletamente como ahora en la tierra, sino con toda perfección. Dios ha dado el poder al alma y el alma obra libérrimamente sobre su cuerpo dándole la vida y la hermosura perfecta y gloriosa, y gobernándole y moviéndole a su arbitrio por encima de todas las leyes naturales. Obra según la ley o voluntad sobrenatural.

Las cuatro dotes gloriosas se completan y hermanan. Por la *sutileza,* aunque el cuerpo no deja de ser material y palpable, recibe muchas perfecciones semejantes a las de los espíritus y perfecciona los sentidos naturales.

Por esta dote puede penetrar en los objetos y atravesarlos, mejor y más rápidamente que lo que ya nos enseña hoy la ciencia de los neutrones, átomos o moléculas especiales, que atraviesan la tierra con la velocidad de la luz, y la atravesarían aun cuando fuese un millón de veces mayor. ¿No hablan de los rayos que atraviesan en el espacio la nave sideral y produce sensación de luz aun con los ojos cerrados? Por la sutileza podrá penetrar en el núcleo de los astros y en el del sol con la mayor delicia, viéndolo y tocándolo todo no en dolor, sino en el amor más gozoso por la dote de la impasibilidad que vimos tiene. No sabemos cómo lo hará Dios, pero la teología nos dice que Dios lo hará.

Por la sutileza podrá el alma hacer su cuerpo invisible según su voluntad. Ya no será impedimento para la visión de la esencia de Dios, que tendrá permanente el alma, ni caerá en éxtasis con suspensión de sus sentidos. El éxtasis era producido por la flaqueza del cuerpo impotente para recibir tanta luz. En el cielo, el alma está en la continua visión de Dios y en el continuo uso y gozo de todos sus sentidos.

195.—La *agilidad* es otra de las cuatro dotes o perfecciones que Dios da al cuerpo glorioso y sobrenatural. Esta perfección está unida a la impasibilidad, a la sutileza y a la claridad. Consiste en la rapidez con que el cuerpo ejecuta los deseos y determinaciones del alma. Como para el espíritu no hay distancias y el cuerpo glorioso

está tan sometido en todo al alma y transformado a semejanza de espíritu o, en muchas cosas, con propiedades de espíritu, porque Dios le ha sobrenaturalizado, tampoco hay distancias prácticamente para el cuerpo glorioso o como si no las hubiera. En todo ejecuta rapidísimamente los deseos del alma, y los ejecuta no sólo sin cansancio ni esfuerzo, sino con grandísima alegría y descanso.

En el cielo no se necesitan ni automóviles, ni aeroplanos ni carreteras, ni habrá colisiones ni dificultades de tráfico. La voluntad quiere, y con la rapidez del pensamiento se traslada el cuerpo de un lugar a otro, el más distante del universo, o de un confín a otro. La velocidad de la luz es como nada comparada con la del cuerpo glorioso. Ahora se habla con la luna y llega el sonido inmediatamente. Muchísimo más rápido que el de las ondas sonoras o visuales es la rapidez del cuerpo glorioso. Se trasladará de una estrella a otra, de una constelación a otra con una rapidez insospechada. Como yo levanto mi vista y miro a unas estrellas o a otras, a la Vía Láctea o a la constelación de Orión u otra nebulosa, se trasladará de modo insospechado e incomprensible el cuerpo. Ahora no podemos formar idea de ello. Y como posee la impasibilidad y la sutileza, estará presente donde quiera y cuando quiera, y verá y estará en los núcleos centrales de los astros ya muertos y de los soles vivos y brillantes. Estará presente en el fragor de la tormenta y del rayo y en las armonías de los bienaventurados, como la abeja que liba el néctar en el cáliz de la rosa, como el pajarillo que se balancea y canta entre la fronda. Estará glorioso y lleno de júbilo entre los otros bienaventurados en la nube de la atmósfera o en lo profundo y misterioso de los mares y de los volcanes; en la formación del granizo y de la nieve en la cima de los montes, o en el fulgor del sol; siempre glorioso y presente en Dios, siempre viéndolo todo en la visión gozosa de Dios, sin salir de Dios.

No sólo lo verá, sino que estará presente cuando quiera y conocerá sus causas y se alegrará y bendecirá a Dios por sus maravillas con los demás bienaventurados. Todo le produce gozo y contento. Ya no existe el sueño ni tiene necesidad de alimentarse y descansar. Vive siempre en la actividad más gozosa y en la más exuberante alegría y delicia. Vive siempre en el gozo infinito de Dios y en la placentera y confiada compañía de todos los dichosos.

196.—Dios comunica al cuerpo glorioso y sobrenaturalizado la

dote o perfección de la *claridad,* que le transforma y de tal manera le hermosea y llena de encanto y atracción, que transparenta la felicidad y alegría que goza el alma.

Santa Catalina, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzis, la Hermana Margarita, todos los santos que he leído tuvieron visiones de los bienaventurados y del cielo, hacen resaltar la claridad del cielo y de los bienaventurados que vieron y que sólo con ver eso bastaba para ser felices.

No es la claridad ni el brillo como esta luz que ven nuestros ojos. Lo llaman luz y claridad porque no encuentran otra palabra que se asemeje más a ese esplendor o hermosura que ven. Es claridad y luz sobrenatural. En las visiones, como en las almas, es espiritual, no tiene cuerpo, no es materia, es sobre toda materia. No la ven con los ojos del cuerpo, sino con el espíritu. La claridad del cuerpo y del cielo donde vivan los cuerpos sí es material, pero sobrenatural y a modo de espiritual y casi espiritual. El bienaventurado vive en la claridad sobrenatural de Dios. No hay luz conocida que pueda asemejarse a esta claridad suavísima y esplendídisima al mismo tiempo.

Con la dote de la claridad, todo el cuerpo ha sido transformado en encanto, en belleza, en delicia. La dote de la claridad ha iluminado el cuerpo en la suavísima claridad del cielo y le ha hecho translúcido y totalmente hermosísimo y más diáfano que el cristal, con la hermosura proporcionada a la belleza y gloria que el alma tenga. El alma comunica la gloria al cuerpo y el cuerpo muestra la gloria y gozo del alma. Esa claridad permanente ya inamisible no es deslumbrante como la luz que nos alumbra, ni hace sombra; como premio que es de Dios, excede todo pensamiento y es pura belleza, y delicia y fascinación. No brillará como el sol porque es suavísima claridad y diafanidad.

¡Oh soles suavísimos de purísima claridad que lucís en el esplendor del cielo! ¡Oh Jesucristo, Sol de todas las constelaciones fulgentísimas de los bienaventurados, que produce la claridad del cielo! ¿Cuándo me envolverás y harás diáfano a mí en esa tu divina diafanidad? Madre mía, Virgen Santísima que sobresales en claridad, hermosura y gloria sobre todos los demás dichosos del cielo, guíame y acompáñame hasta ponerme en esa dichosa constelación de los glorificados por Dios.

197.—En el cielo todo es dicha y felicidad para el bienaventurado en todo su ser. Todo es gozo y júbilo y alegría en su alma y en su cuerpo; en las potencias de su alma y en los sentidos y miembros de su cuerpo.

El alma, hecha gozo inefable de la infinita Verdad de Dios, ya no es susceptible de error ni de engaño. Es toda verdad y gozo de la verdad. Los miembros y sentidos del cuerpo son hermosísimos y perfectísimos. Todos los inventos humanos de visión y de audición no merecen ni nombrarse ante la claridad y agudeza de sus ojos y de sus oídos. Verán a distancias sin límites y verán los microbios y bacterias, los átomos y las moléculas en todos sus más complicados y mínimos detalles, y los verán y conocerán en su exterior y en el interior, como verán los astros más distantes con sus particularidades. Que si las distancias, como que desaparecerán ante la agilidad del cuerpo glorioso, también como que se acercarán y harán presentes los objetos o mundos más distanciados ante su clarísima y perfectísima vista. Y todo llegará en suave y regalada percepción a su oído. Todo lo verá y traspasará y presenciará con clarísimo conocimiento, delicia y dominio. Es Rey de la creación, y la conoce, y la domina y disfruta.

Juntamente con esta gloria y hermosura brillarán con luz más esplendorosa los otros premios especialísimos con que Dios galardona ciertas virtudes de determinados géneros, vividas heroicamente por algunos santos; la teología las da el nombre de aureolas.

El premio de gozo y hermosura de la aureola es primera y principalmente para el alma, como ya queda expresado ([324]); pero resalta también en la hermosura y gozo del cuerpo, pues se transparenta en él la gloria del alma. Admiraremos las especialísimas victorias de los santos que reciben premio de gloriosa distinción para siempre en sus cuerpos, y serán más glorificados y admirados por todos los bienaventurados porque lo son por Dios. ¡Qué admirables y hermosísimas y, al mismo tiempo, qué deleitosísimas veremos la claridad de los mártires y el destello de los doctores, y se oirá arrobadora la armonía de los vírgenes! ¡Qué contento será

---

[324] Véase cap. XIX, núm. 176.

ver la especial gloria de la penitencia y de la humildad! ¡Cómo será alabada y premiada la vida ofrecida toda en escondido para Dios sólo, y la del apóstol que ganó a los hombres para el cielo!

Por el breve tiempo del sufrimiento de la vida terrena se estará viviendo recompensa tan destacada y hermosa para siempre en el cielo.

Ya desaparecieron todas las inclinaciones y aspiraciones desordenadas y todas las necesidades del cuerpo; ya no hay desgaste ni cansancio. Ya el cuerpo no necesita de alimento para reponer sus fuerzas, ni del descanso ni del sueño. Ya no hay zozobra ni desigualdad de humores o de días; ya no hay tristezas ni enfermedades o contratiempos. Todo es actividad placentera y deliciosa; todo es armonía y agrado individual y social o colectivo. Ya no hay pasiones o emociones perturbadoras ni que produzcan inquietud. Todo es gozo y contento. Todo mutuo alborozo y felicidad de júbilo. ¡Qué bien pagados se ven los que todo lo dejaron por Dios y qué contento reciben los que no escatimaron trabajos por el Señor!

San Agustín hacía esta delicada reflexión: *Preparaos para una cosa inefable y limpiad vuestro corazón de todos los afectos terrenos... Tenemos que llegar a cierta cosa, en cuya vista seremos bienaventurados y ella sola nos bastará. ¿Y qué? ¿No comeremos? Comeremos, y el mismo Dios será el manjar nuestro que nos alimente y no se consume* ([325]).

198.—Lo veremos todo; lo conoceremos todo; lo gozaremos todo, con más intensidad el más santo, y todos nos comunicaremos nuestras alegrías y perfecciones en mutuo y glorioso amor y gozo.

¿Qué deleite no gozará el cuerpo en todos sus miembros y sentidos, ya preparado, apto y fortalecido y sobrenaturalizado para recibir toda la intensidad del gozo que Dios le dará? ¿Cómo hemos de poder tener ni siquiera noción de los deleites del cuerpo en el cielo, pues el cuerpo estará sobrenaturalizado y los deleites y complacencias son sobrenaturales y en el mismo Dios? La Hermana Margarita escribía: *Me dio a gustar sus delicias (del cielo)... Parecía toda mi alma identificada (con la Santísima Trinidad), transformada,*

---

[325] San Agustín: *Narración sobre el salmo 86,* 3.

divinizada. Me obligaba a decir gozando: «Señor, no puedo más o dadme más grande corazón» ([326]). Ya Dios se le ha dado en el cielo.

Todo el cuerpo interior y exteriormente redundará en insoñables deleites, ininterrumpidos gozos con la mayor variedad en el contento más exuberante, en total delicia.

Ningún mortal en la tierra puede figurarse la belleza, las delicias, la sabiduría, la claridad y la fruición de los cuerpos gloriosos. Dios abre las compuertas de su magnificencia y vuelca las cataratas de sus deleites para premiar a sus escogidos. El cielo es el sobrecolmado galardón de Dios. Premia al alma con la dicha sobrenatural de la visión beatífica; premia al cuerpo con las delicias, regalos y contentos que llenan de felicidad en el mas fascinador y deslumbrante orden.

No habrá nada en la creación que deje de conocer el alma bienaventurada. No habrá nada en la creación material que no pueda ver, presenciar y disfrutar el bienaventurado sin trabajo ninguno, con la mayor complacencia en la mayor alegría en compañía de los que como él son felices en Dios.

Nada habrá en lo intelectual o científico que no conozca y comente en armonía gozosa con los demás bienaventurados y hasta con los ángeles.

Pero no nos es posible conocer ni figurarnos la belleza, la dicha y el contento de los cuerpos gloriosos por mucho que soñemos. Santa Teresa, que conoció algo en sus visiones, decía: *Sólo digo que cuando otra cosa no hubiera para deleitar la vista en el cielo sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria en especial ver la humanidad de Jesucristo, Señor nuestro; aun acá, que se muestra Su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria. ¿Qué será adonde del todo se goza tal bien?* ([327]). ¿Qué será verlos tan bellísimos y tan felices? ¿Cuál será la belleza de las almas y la alegría que producirá verlas? ¿Qué será gozar con ellos tanta felicidad, contento y hermosura? ¿Cuándo nos veremos viviendo en tanta delicia y tan encantador

---

[326] Hermana Margarita: *Manuscrito,* pág. 44.
[327] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 28, 3.

contento?

La venerable Ana de San Agustín escribía: *Vi aquella suma grandeza, poder y bondad de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo... y su hermosura y belleza, resplandor y gloria suprema, así como que es de donde procede toda la de los bienaventurados* ([328]).

199.—La vida de los bienaventurados en el cielo no es inactiva y estática, no es de espera, ni pesada, ni hierática y ceremoniosa como podríamos imaginarnos por el culto que damos a Dios en la tierra o en el esplendor de los palacios reales. La vida del cielo es la más deliciosa y placentera y de mayor actividad; es la más gozosa delicia y contento en el conocer, en el ver y poseer, en el tratar y comunicar. Es la consecución y posesión del amor, de la hermosura infinita y del gozo supremo de la verdad. Es lo diametralmente opuesto a la monotonía. Siempre está en una maravillosa y jubilosa variedad y gozosísima actividad de conocer, amar y gozar.

¿Cómo se pueden comparar con tan sobrenaturales y continuas novedades las noticias, ni las comunicaciones teatrales, novelas y de televisión, ni cualquier otro espectáculo de la tierra? ¿Cómo intentar asemejar la pesadez y monotonía e insulsez de las distracciones y pasatiempos de este suelo con aquellas suavísimas y siempre renovadas bellezas y alegrías insoñables?

Todos los bienaventurados se ven, se conocen y se tratan íntimamente y tratan con todos los ángeles en íntima convivencia. Se conocen y se ven mutuamente los pensamientos que quieren comunicarse y sus amores y ven la intensidad de su amor y las mutuas alegrías. Se comunican sus gozos y delicias.

El lenguaje o el idioma del cielo es la comunicación directa de la idea o pensamiento envuelto en amor glorioso. Es muy natural sea en el mayor silencio, pues ni los ángeles ni las almas tienen garganta ni oídos. No nos lo podemos figurar, pero es perfección mayor. Se comunican directamente la verdad, el pensamiento, el amor, la alegría, dirigiéndose la atención con la voluntad, viendo

---

[328] Fray José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen,* libro XVI, cap. XXXIII.

siempre la llamada. No hay posible error, ni equivocación, ni incomprensión, ni un mal entendido ni distracción. Siempre hay la claridad y la alegría perfecta. Santa Teresa nos dice: *Quiere el Señor... tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo... cómo allá sin hablar se entienden, lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor, por su bondad, quiso que lo viese y me lo mostró en un arrobamiento* ([329]).

Y la Hermana María Angela decía: *Comprendo cómo en el cielo se hace todo a la vez; se ve a Dios, se adora, se ama, se ruega; viendo a Dios se piensa, es decir: se ven todas las cosas de la tierra. En el cielo no se habla... Se transmite todo lo que se quiere decir. Esta manera de comunicación no tiene semejanza alguna con lo que pasa en la tierra. ¡Todo es silencio! Lo que sobre todo me llamó la atención en este Infinito fue la sencillez y la pureza. Yo estaba espantada* ([330]). *¡Ahora ya sé lo que es júbilo!* El mutuo y común júbilo de la radiante felicidad.

No hay que aprender lenguas para hablar en el cielo ni con los ángeles, ni con los bienaventurados de otras naciones o de otros astros. Se comunican y ven los pensamientos y amores con sólo la atención de la voluntad.

Las armonías y las fragancias y las dulzuras son espirituales, purísimas, sobrenaturales, sin defecto ni deficiencia alguna. Pero no impide que también los cuerpos gloriosos tengan armonías y fragancias y dulzuras corporales sobrenaturales, ni dejen de expresar con sus gargantas sus gozos y recreen sus oídos perfectísimos con melodías insospechadas. Y también podrán expresar sus ideas con sus labios y tener conversaciones sonoras, pero que no tienen comparación con la dulzura y regalo de las comunicaciones directas espirituales de sus ideas. Nunca dejan de prestar atención a la voluntad que a ellos se dirige o les reclama.

La vida del cielo es vivir la vida feliz de Dios, en Dios y con Dios. Y si se vive en Dios y con Dios su misma vida, se vive también la vida íntima de familia sobrenatural bienaventurada y feliz de unos con otros sin reservados ni secretos, sin niños impotentes ni

---

[329] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 27, 10.
[330] Hermana María Angela: *Lirio y Hostia,* cap. 10, prf. I.

ancianos decrépitos. Se vive todo el gozo de toda la verdad en la plenitud de la verdad perfecta y del vigor.

La vida del cielo es el supremo gozo por la posesión y contemplación de Dios, Sumo Bien y Suma Hermosura, con sus infinitas perfecciones; y en la visión de la esencia de Dios se recibe la visión y el conocimiento de todas las ciencias, de todos los seres y de todos los mundos creados y con perfecto dominio sobre ellos. Los bienaventurados se lo comunican en la exaltación de júbilo, dicha y armonía.

En el cielo, el bienaventurado lo ve y conoce todo en luz y conocimiento clarísimo y de alegría individual y colectiva. El cielo no es a semejanza de la piedad y culto religioso de la tierra en recogimiento, postración y sacrificio reverencial. Es la exaltación del júbilo y del amor en abierto y comunicativo disfrute con Dios y con los ángeles; es saturación de todo gozo y delicia, de felicidad y dicha en el conocer y poder.

En el cielo nos veremos, nos conoceremos todos con todas las perfecciones que Dios nos ha comunicado en proporción de las obras buenas practicadas. Un gozo especial complementario redundará en el espíritu al ver los premios gloriosos con que Dios galardonó y hermoseó a los demás bienaventurados. Los bienes y las delicias de los demás serán también bienes y alegrías propias.

Y nunca dejará de estar la alabanza a Dios en sus gargantas (Sal 149, 6). No con voz esforzada y de cansancio, sino con la dulcísima armonía de indecible amor brotado de la admiración y del gozo del espíritu y también con el regalo del oído del cuerpo después de la resurrección.

CAPÍTULO XXXIII

EL CIELO LOCAL

200.—Gloria es un conocimiento perfecto que produce gozo de alabanza.

San Pablo, hablando del cielo, sobrenaturaliza este mismo concepto diciendo: *La gloria es la vida eterna* (Gal 6, 8), vida perfecta sin deficiencia alguna ni en el alma ni en el cuerpo. Vida de conocimiento y de amor poseído. Es vida de gozo y contento total y para siempre en los bienes y en todo lo que nos rodea. Y alienta nuestra esperanza añadiendo: *Si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos firmemente que viviremos también juntamente con Cristo* (Rom 6, 8). *La vida eterna es una gracia de Dios por Jesucristo* (Rom 6, 23). *En el cielo siempre estaremos con el Señor* (Tes 4, 16).

Siento vehementes deseos de vivir ya glorioso en Dios con Cristo, que es el cielo verdadero o esencial. Cierto que me impresiona el paso de la muerte; pero repito lleno de fe con San Juan de la Cruz:

Oye, mi Dios, lo que te digo:
que esta vida no la quiero ([331]).

Quiero a Dios, quiero el cielo, la vida feliz del cielo. Dios me ha creado para la felicidad natural y sobrenatural, que es El mismo. Esta vida es demasiado pesada; es carencia de vida y de bienestar. Es sufrimiento por ausencia de Dios e inseguridad de su gracia y de su amor. Deseo el cielo y quisiera entrar en él sin pagar el tributo de la muerte, porque no ven mis ojos sensibles lo que hay detrás de la muerte. No miro la muerte como el arco triunfal de en-

[331] San Juan de la Cruz: *Poesías. Pena del alma por no ver a Dios*.

trada al paraíso y a la dicha. Ya sé que el cielo es para los buenos. ¡Qué delicia si viera que de aquí entraba directamente al cielo! Pero la muerte es paso forzoso para entrar. ¡Oh cielo, cómo te deseo y añoro!

¿Y dónde está el cielo? ¿Cómo es el cielo? Antes referí algunas descripciones que del cielo hicieron algunas almas a quienes Dios se lo mostró en visión y también otras imaginadas por algunos escritores. Eran visiones del cielo o eran imaginaciones, no eran realidades del cielo ([332]). Como nadie ha visto a Dios, tampoco ha visto nadie el cielo, y no nos pueden decir concretamente y con claridad cómo es, pues nadie puede detallar lo sobrenatural, y el cielo es sobrenatural, ni tiene comparación con nada ni le han visto.

San Pablo nos dice de sí mismo que fue arrebatado hasta el tercer cielo (Cor 12) y no le era posible expresar con palabras lo que vio ni aun comprenderlo.

El cielo es sobre todo ensueño y sobre cuanto el hombre puede naturalmente concebir y entender. El cielo es vida, gozo, poder y entender sobrenaturales dados por Dios. Nada de la naturaleza externa actual puede proporcionarnos semejanza o parecido con lo sobrenatural. Sólo Dios es por esencia el Ser sobrenatural y el que puede comunicar la sobrenaturalidad.

201—Los escritores de los siglos pasados decían que había diez cielos, el último era el cielo Empíreo, y en ese cielo Empíreo estaban los bienaventurados y los ángeles. Santo Tomás define el cielo Empíreo como *un cuerpo alto, luminoso en acto y en potencia y por naturaleza incorruptible..., con el de los planetas podemos contar ocho cielos* ([333]). Los admite por la autoridad de otros autores. Dante afirma los diez cielos y del Empíreo añade: *Este es el lugar de los espíritus bienaventurados, según lo afirma la santa Iglesia, que no puede decir mentira* ([334]). Santo Tomás no tiene esa seguridad, pues dice: *Si existe el cielo Empíreo* ([335]).

En *La Divina Comedia,* la fantasía de Dante va subiendo de

---

[332] Véase el cap. IX.
[333] Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*. I, 68, a. 4.
[334] Dante: *El Convite,* lib. II, cap. IV.
[335] Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica.* I, q. 66, a. 3 al 1.

cielo en cielo y cada cielo que sube ve y goza más bellezas y grandezas y más sublimidades.

El Padre José de Jesús María se complace en ir describiendo cada uno de los cielos por los cuales va pasando la Virgen el día de su Asunción hasta llegar al Empíreo y supremo ([336]).

Hoy nadie admite esa variedad de cielos ni su nombre. Por los conocimientos físicos y astronómicos actuales vemos cuán lejos estaban de la verdad esos buenos y sabios escritores.

Con toda certeza he venido repitiendo lo primero que el cielo y la felicidad es Dios infinito y glorioso; el cielo es vivir la misma vida de Dios; conocer, poder y gozar el gozo de Dios, el poder de Dios y su conocimiento.

Dios es el gozo infinito por su misma esencia. El bienaventurado lo tiene por participación, porque Dios se lo da y es limitado como es limitada su capacidad. El cielo es no sólo estar con Dios, sino vivir en Dios y vivir su misma vida y gloria, y Dios vive en el bienaventurado.

En el cielo, la convivencia con Dios es más íntima y de mayor unión que la que tienen mi pensamiento y mi amor con mi propia alma; estos pensamientos y amores están en mi alma, son míos y con la misma verdad y seguridad y al mismo tiempo en el mayor deleite y júbilo aseguraré: Dios es mío y es mi vida más que mi alma es la vida de mi cuerpo. Dios se me ha dado y se ha hecho mío y ha empapado toda mi alma y todo mi ser en El mismo divinizándome. Mi alma está llena y saturada de Dios y de su dicha. Mi alma es Dios glorioso por participación de Dios y de su gloria. Por generosa y magnánima donación de Dios, la vida de Dios es y será mi vida.

El cielo esencial y la felicidad no son un local ni una cosa material. Un lugar, por muy hermoso que sea, aun cuando acumule todos los encantos, todas las riquezas y bellezas, y se posea y disfrute de todos los inventos y comodidades, aun cuando se oigan todas las armonías y se regale con todas las fragancias y cuanto se pueda soñar, no sería el cielo de la felicidad sobrenatural. Algo se-

---

[336] P. José de Jesús María: *Historia de la Vida y Excelencias de la Santísima Virgen María Nuestra Señora,* lib. V, capítulos XXII-XXIII.

mejante a eso ya lo dijeron los escritores paganos. Ese cielo material podrá dar cierta felicidad natural, no puede dar la sobrenatural, para la cual nos ha criado Dios. El lugar es algo insensible, material, sin inteligencia, inferior al alma humana. Un pensamiento es espiritual y vale más que todo lo material del mismo cielo.

El cielo glorioso y feliz es Dios, el mismo Dios. Convivir la misma vida de Dios y sus mismas perfecciones es la felicidad. Las almas no necesitan lugar para vivir y ser felices como no lo necesitan los ángeles. El espíritu no necesita lugar para vivir v ser feliz; necesita a Dios y está en Dios y es feliz en Dios.

Las almas bienaventuradas, como los ángeles, están en Dios y donde obran; pero siempre están en Dios y son felices viviendo gloriosamente en Dios y su misma dicha y delicia.

202.—Desde que los Apóstoles vieron subir a Jesús a los cielos, y ya antes, tenemos la idea de que el cielo está arriba, muy arriba, muy lejos. Dios es la felicidad y el cielo verdadero, pero ha creado un lugar de delicia para morada dichosa de los bienaventurados. El hombre tiene alma espiritual y el alma no necesita lugar, pero tiene también cuerpo y el cuerpo sí ocupa lugar y necesita lugar. El día en que Dios resucite los cuerpos y los haga gloriosos y les dé el premio y la felicidad, los cuerpos necesitan un lugar: es el cielo que llamo local, porque es el lugar de la delicia. El cielo esencial es Dios, pero los cuerpos serán felices con sus almas en un lugar. Ese lugar nos lo figuramos arriba. Le llamamos Cielo, Empíreo, Paraíso, Edén.

Ese lugar es de suma belleza y de suma delicia. No ha sido concebido por inteligencia criada, ni humana ni angélica. Ha sido Dios, la Sabiduría y el Poder de Dios quienes le han creado.

Dios ha preparado el cielo con tan suprema excelencia, con tan soberana hermosura y maravilloso encanto para premio de sus almas amadas, que le ofrecieron la vida y la dieron por su amor en el martirio cruento o en el prolongado martirio incruento de la penitencia y retiro y de la virtud. Y es también para premio del cuerpo y del alma de Jesucristo y de la Virgen Santísima. Es para premio sobrenatural y creación sobrenatural tan maravillosa y primorosa y de tan delicada ilusión que ni los mismos ángeles podían pensar tanto primor y ornato. Es obra de sólo Dios. ¿Qué será el cielo para

no poder ni los ángeles mismos idear tan deliciosa belleza?

Nos asemejamos nosotros a los niños que juegan con tierra y barro cuando pensamos que habrá jardines, y palacios y bellezas humanas, y no sabemos subir más. Y ciertamente que los hay. Después de una visión decía San Diego de Alcalá: « Oh qué bellas flores hay en el paraíso!» ([337]). Santa Dorotea prometió enviar flores del cielo a un joven pagano que se burlaba de su fe, cuando iba al martirio y al recibir tan hermosas flores y frutos no esperados, se convirtió el joven. Y celestial era la fragancia que envolvía a Santa Cecilia y a su esposo Valeriano, y San Tiburcio se convirtió al aspirarla. Habrá jardines no cuidados por muy técnicos jardineros, sino por el mismo Dios, y jardines sobrenaturales que encierran la belleza natural y la sobrenatural. ¿Y para qué se quieren los palacios, y los caballos, y las casas y demás inventos, si no se necesitan y son un verdadero atraso? Como los niños, pensamos sólo en tierra para jugar. ¿Qué será el cielo que sólo Dios ha podido crear y concebir? ¿Cómo será el lugar tan superior a toda concepción y a toda fantasía? Dios ha tenido la complacencia de crearlo, y, como dice Fray Luis de Granada, *el fin para que Dios edificó y preparó ese lugar es para manifestación de su gloria... y también para honra y gloria de sus escogidos... ¿Qué tal será la obra?... Porque aunque todas las obras haya criado este Señor para su gloria..., pero ésta es señaladamente... para este fin, porque en ella singularmente resplandece la grandeza y magnificencia de El... Si la omnipotencia de este Señor es tan grande, y la gloria de su santo nombre tan grande, y el ornar de ella tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá preparado para este fin?... ¿Qué tal será la obra... donde concurren la Omnipotencia del Padre, la Sabiduría del Hijo y la Bondad del Espíritu Santo; donde la Bondad quiere, la Sabiduría ordena y la Omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita Bondad y ordena el infinito Saber?* ([338]).

Dios ha creado y preparado el cielo y lo ha embellecido y enriquecido al mismo tiempo que para hacer demostración de su magnificencia y poder ante sus escogidos, para que fuera la morada

---

[337] Juan Croisset: *Año Cristiano,* 13, XI.

[338] Fray Luis de Granada: *Guía de Pecadores,* lib. I, pt. I, cap. 9.

permanente de premio y de dicha y el palacio glorioso de Jesucristo, donde reina con todos los bienaventurados. Porque Jesucristo vive y vivirá glorioso en este cielo local o en este lugar del cielo, su palacio de gloria. Su cuerpo y su alma tienen y viven la felicidad en Dios y en este lugar del cielo; y con Jesucristo la tiene la Virgen bendita y con ellos la tienen y viven llenos de gloria los bienaventurados.

Para honrar a Jesucristo y colmarle de gloria creó Dios y adornó sobremanera este cielo con toda la magnificencia natural y sobrenatural y con Jesucristo vive, recibe y goza el premio la Virgen y viven y son coronados todos los escogidos. ¿Cómo será este cielo y cómo su magnificencia? ¿Dónde está el cielo local?

203.—Existe ese lugar de felicidad y de dicha donde Dios ha acumulado todos los bienes no sólo naturales, sino sobrenaturales, bienes tan insospechados y en tanta abundancia que pudiéramos decir, en frase exagerada, que Dios agotó su poder y saber. Dios no se agota nunca. Nos figuramos que ese cielo está arriba, muy arriba. Así parecen indicarlo los hechos sobrenaturales.

Mirando y admirando los discípulos a Jesucristo, subió delante de ellos el día de su Ascensión, hacia arriba, por encima de las nubes. *Y estando atentos a mirar cómo iba subiéndose al cielo... dos personajes que aparecieron les dijeron... Este Jesús... se ha subido al cielo* (Hechos 1, 10-11).

Cuando San Esteban Protomártir, ya condenado a ser apedreado, habló a los judíos de la divinidad de Jesús, *fijando los ojos en el cielo vio la gloria de Dios y a Jesús... y dijo: Estoy viendo ahora los cielos abiertos* (Hechos 7, 55).

San Antonio Abad vio cómo nada más expirar San Pablo el Ermitaño subía al cielo, lleno de resplandor, rodeado de ángeles, apóstoles y profetas ([339]).

Cuando martirizaron a San Fructuoso y a sus diáconos, cuantos presenciaban el martirio vieron que sus almas subían al cielo guiadas de ángeles ([340]).

---

[339] *Breviario 15 de enero y los Años Cristianos.*

[340] Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano,* 21, I.

Santa Senorina vio que nada más morir San Rosendo subía su alma al cielo acompañada de ángeles ([341]).

San Benito vio que el alma de su hermana Santa Escolástica, entraba en figura de paloma en lo secreto del cielo nada más morir ([342]). Y más tarde vieron dos religiosos que el alma del mismo San Benito subía al cielo resplandeciente y adornada de hermosísima capa y de luces, mientras un hombre de muy venerable figura les decía: *Este es el camino por donde subió al cielo Benito, el Amado de Dios* ([343]).

Al llegar la hora de la muerte vio San Silvino una multitud de ángeles que venían a invitarle para que fuese a tomar posesión de la gloria y decía: *Mirad a los santos ángeles que se nos acercan invitándonos a que los sigamos* ([344]).

Cuantos presenciaron el martirio de Santa Eulalia en Barcelona vieron que, al expirar, de su boca salía una paloma con dirección al cielo ([345]).

Santa Teresa de Jesús escribe que cuando se dijo la primera misa en la fundación de Valladolid, don Bernardino de Mendoza la agradeció cuanto había hecho para que saliese del purgatorio y fuese al cielo ([346]).

Con encantadora sencillez narra la Beata Ana de San Bartolomé que *siendo niña levanté los ojos... y parecióme veía el cielo abierto* ([347]). Y acompañando a Santa Teresa a la hora de morir, *se me mostró con toda majestad y compañía de bienaventurados sobre los pies de la cama, que venían por su alma* ([348]). Y varios años después de muerta Santa Teresa, vio que la santa llevaba de la mano al cielo a su sobrina Teresa cuando murió ([349]).

---

[341] Id., id., I, III.
[342] *Breviario,* 10, II.
[343] *Breviario,* 21. III.
[344] Juan Croisset: *Año Cristiano,* 17, II.
[345] Isabel Flores de Lemus. 12, II.
[346] Santa Teresa: *Fundaciones,* 10, 5.
[347] Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía,* 1.
[348] Id., id., 9.
[349] Id., Id.

Siendo niña de nueve años la que había de ser Hermana Manuela del Sagrado Corazón, terminada la oración que estaba haciendo en la iglesia, dijo al entrar en casa: *Papá, tío Antonio ya ha muerto; ahora acaba de entrar en el cielo conducido por ángeles. Yo lo he visto* ([350]). Ni ella sabía, ni en su casa habían recibido aún la noticia de su muerte. Más tarde la supieron y murió en aquella misma hora. Era un sacerdote muy fervoroso.

204.—Un tomo muy abultado y muy ameno se pudiera escribir con solas las principales revelaciones que Dios ha hecho a algunos de sus santos o almas santas mostrándoles el cielo o las almas que subían al cielo. Todas ellas muy consoladoras y animan para entregarse decididamente a la vida espiritual. Sólo otras poquísimas quiero transcribir, ya muy conocidas y muy autorizadas.

Santa Teresa de Jesús escribe de un cuñado suyo, que murió: *Estuvo muy poco tiempo en el purgatorio; serían a no me parece ocho días cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor y quiso que le viese cómo le llevaban a la gloria* ([351]).

La misma santa narra no sólo que vio a San Pedro de Alcántara con mucha gloria en el cielo, sino que vio salir a un provincial de su Orden como del profundo de la tierra e ir al cielo con muchísima alegría. Aunque era viejo, representaba como treinta años y grande resplandor en el rostro ([352]). Y vio que dos religiosas de su convento a poco de morir salían del mismo lugar y se iban al cielo ([353]). A otro religioso, jesuita, *vile subir al cielo con mucha gloria acompañado de Nuestro Señor* ([354]), y a otro religioso de su Orden vio ir al cielo sin entrar en el purgatorio ([355]).

Transcribo, como última de estas visiones, la que tuvieron los religiosos venerables Fray Julián de San Agustín, franciscano, y Francisco del Niño Jesús y Padre Francisco Indigno, carmelitas, sobre Felipe II. Les mostró Dios cómo salía del purgatorio y entraba

---

[350] P. Dámaso de le Presentación: *Año Cristiano Carmelitano,* I, VII.
[351] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 34, 20.
[352] Id., id., *Vida,* 38, 26.
[353] Id., id.: *Vida,* 38, 28.
[354] Id., id.: *Vida,* 38, 30.
[355] Id., id.: *Vida,* 30, 31.

en la gloria con muy grande triunfo de santos. Entre los que le acompañaban conocieron a San Lorenzo, a San Luis, rey de Francia, y a Santa Teresa. Delante del acompañamiento glorioso iba un santo, al parecer de grande dignidad, aunque no le conocieron ([356]).

De las visiones mencionadas se forma la idea de que el cielo es un lugar material, glorioso, sobrenatural, indescriptible por su magnificencia, y en ese lugar de dicha están viviendo los bienaventurados. Ese lugar está arriba o dan a entender que está arriba.

Cuando la vidente de Fátima, Hermana Lucía, que aún vive, escribió mandada por el señor Obispo la aparición de la Virgen en 1917, dice: *Acto seguido comenzó a elevarse (la Virgen), subiendo en dirección a Levante hasta desaparecer en la inmensidad del espacio. La luz que la circundaba parecía abrirle el camino a través de los astros, motivo por el que algunas veces decíamos que vimos abrirse los cielos* ([357]).

Es la misma idea expresada por la Beata Ana de San Bartolomé: *Aparecióseme el Señor en la humanidad y en su gloria, y había una claridad tan grande desde el cielo adonde estaba, hasta mí, como si estuviera cerca* ([358]). Y Santa María Magdalena de Pazzis hablaba en éxtasis con una que había sido novicia suya diciéndola: *Ya no vas con la cabeza baja como cuando estabas aquí abajo con nosotras, sino que vas llena de gloria por todos los coros celestiales.* ([359]).

Ninguna de estas revelaciones es de fe, ni lo son las palabras que dicen. Pero son de personas santas y muy dignas de respeto. Siempre se hace referencia al cielo local, y lo ven como claridad y hermosura y que está arriba. Dios se lo mostraba a almas santas y místicas, muchas más mujeres que hombres.

Muy pocas dicen sea el cielo una ciudad con palacios y calles ni jardines a semejanza de las ciudades de la tierra. El cielo es un

---

[356] P. fray José de Santa Teresa: *Reforma de los Carmelitas Descalzos de Nuestra Señora del Carmen,* lib. X, cap. XVIII, núm. 21.
[357] Relato de la hermana Lucia para el señor Obispo y por su mandato.
[358] Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía,* 18.
[359] *Santa María Magdalena de Pazzis,* por una monja del monasterio de la santa. cap. XXIV.

lugar glorioso, sobrenatural, especialísimo, creado por Dios para premiar a sus bienaventurados.

El cielo esencial, la felicidad total es solamente Dios, la visión de Dios, el vivir la vida y las perfecciones de Dios. Ni es necesario un lugar para vivir la felicidad y la dicha. Se vive en Dios. Pero Dios ha creado para morada permanente y dichosa de los bienaventurados, un lugar material, sobrenatural, lleno de tantos bienes y de tanta acumulación y variedad de perfecciones, y de tanta hermosura, magnificencia, esplendor y armonía como no es posible soñemos. Dios, como que ha voleado su magnificencia, su poder y la bondad de su voluntad para premiar y obsequiar en este lugar sobrenatural, pero material, para que vivan en la exaltación de gozar en perpetua alegría y dicha sus escogidos. El cielo es la obra suprema de Dios en la creación material.

CAPÍTULO XXXIV

DONDE ESTA EL CIELO

205.—Vuelvo a repetir la pregunta que me vengo haciendo y seguramente la haces tú también: ¿Dónde está ese lugar del cielo? ¿Qué es el cielo local? ¿Cómo es el cielo? ¿Cómo me formaré yo idea del cielo? Deseas saber la explicación como la deseo yo. Pidamos al Señor nos enseñe.

Ya San Agustín decía a sus oyentes: *Desearíais saber dónde se halla la estancia tranquila donde se ve a Dios cara a cara. Es Dios mismo quien será después de esta vida el lugar de nuestras almas* ([360]). Las almas están en Dios.

Antes ([361]) nos dijo que nos preparásemos a gozar otro gozo que no se parece en nada a este gozo de la tierra; que nuestra morada eterna será la alegría; que Dios nos esconderá en su rostro, donde habitaremos y seremos habitados y que Dios mismo será nuestro lugar en la gloria. Lo demás lo tengamos por nada, porque hasta la mayor magnificencia y belleza criada es nada comparada con Dios infinito y con la gloriosa visión de la esencia de Dios. Esto infinito es la felicidad.

Pero a nosotros nos impresiona y afecta lo material y el gozar de los sentidos y del cuerpo. La imaginación quisiera representarlo en una imagen detallada y viva. ¿No admitirá San Agustín el cielo local? ¿No atenderá al lugar material, morada dichosa de los bienaventurados? Lo admite y piensa en esa hermosura y lo admira cuando dice: *No penséis que el gozo de los ángeles consiste en que ven el cielo y la tierra, sino porque ven al que crió el cielo y la*

---

[360] San Agustín: *Narración del salmo 30.*
[361] Véase el cap. XIII, núms. 69, 70.

tierra. Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra ([362]). Existe ese lugar de dicha que llamamos Cielo, Empíreo o Paraíso. Dios lo creó. Verle y vivir en él produce la total satisfacción y alegría. Es la gran maravilla corpórea o material creada por Dios. Es el felicísimo Edén del cielo. Es vivir la vida misma de Dios en ese lugar. El cielo es el lugar de la alegría y del contento.

Con acertada expresión decía San Gregorio Nacianceno: *El cielo es la estancia de la belleza... El cielo será una fiesta perpetua*.

La historia de Barlaan y Josafat narra que en un sueño vio el cielo y hace resaltar la lozanía y primores del Paraíso terrenal y bellezas y contentos buenos, pero como de tierra, *y oí una voz que me decía: este es el lugar del descanso de los que vivieron bien. Esta es la delicia con que Dios galardona a los que le agradaron con sus virtudes* ([363]). Aquí está y se vive la felicidad.

206.—Existe un lugar de maravilla, inimaginable, creado por Dios para morada perpetua de los bienaventurados. Las almas no lo necesitan porque son espirituales y el espíritu no necesita lugar para existir, aunque estén también en el cielo local como puedan estar los ángeles. Ya en otro lugar me preguntaba: *¿Dónde están ahora las almas gloriosas de los que murieron en gracia de Dios? El alma, espiritual, no necesita lugar para existir o estar. Está donde actúa. Las almas gloriosas están en Dios, no sé cómo, pero están en Dios y en sí mismas* ([364]) *y donde actúan*.

Existe un lugar corpóreo —dice Santo Tomás— *que será la morada de los bienaventurados, no porque sea necesario para la beatitud, sino por cierta conveniencia o decoro* ([365]). Ese lugar lo imaginamos arriba, como queda dicho.

Ese lugar de maravilla natural y de maravilla sobrenatural no necesita casas ni caminos. Ni las almas ni los cuerpos de los bienaventurados los necesitan para vivir o para comunicarse. ¿Cómo

---

[362] San Agustín: Sermón 4, núm. 3,
[363] San Juan Damasceno: *De Barlaam et Josaphat Historia,* cap. XXX.
[364] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* XIII, núm. 214.
[365] Santa Tomás: *Suma Teológica,* I, II, q. 4. a. 7 al 3.

será? El artífice o soberano que lo ha fabricado es Dios, sólo Dios; y lo ha fabricado para mostrar su omnipotencia sobre la materia y para honrar a sus amados bienaventurados con esplendidez gloriosa y para que vivan siempre felices.

Si tantas maravillas hay en la tierra y en los astros, si es tan inmenso el universo y el espacio y la magnitud de las galaxias y astros, ¿qué maravillas y grandezas no habrá desplegado Dios en su obra del cielo? Si son tan admirables las obras materiales naturales, ¿cómo serán las sobrenaturales? Toda la grandeza y maravilla natural de todo el universo es como juguete de niños comparada con la obra sobrenatural del cielo, ni podemos en manera alguna figurárnosla.

De Dios no es posible formarse idea unívoca hasta que le veamos. Todos los conocimientos son por analogía, no se parecen a Dios. Dios es sobre todo y de otra naturaleza; es el Ser sobrenatural por esencia y da la sobrenaturalidad a los demás. De semejante modo tampoco podemos formarnos idea aproximada del cielo; es sobrenatural. En él están todos los bienes de la tierra de otro modo más perfecto y otros muchísimos bienes que no conocemos en esta vida. Son bienes del cielo, sobrenaturales, de otra naturaleza muy superior, mucho más bella y deliciosa.

Se llama al cielo morada de los bienaventurados, no porque el cielo sea un recinto cerrado, o una ciudad, o una región, o una estrella donde vivan circunscritos y limitados, sino porque viven la libertad de la dicha y felicidad en Dios, y viviendo la vida y gozo de Dios pueden estar presentes en toda la creación y toda la creación es ya para su uso y para su dominio y goce presente, actual y futuro. Toda es morada y propiedad suya, convertida en delicia.

Pero Dios ha creado un lugar superior a cuanto puede pensar o soñar el hombre. Los bienes y las maravillosas bellezas, comodidades o comunicaciones naturales que conocemos y han de conocer los siglos futuros en la tierra son como nada ante los bienes sobrenaturales del cielo. El cielo es la maravilla de las maravillas materiales que Dios ha hecho y como el paso de lo material sobrenatural a lo espiritual sobrenatural.

En el cielo se tienen todas las dulzuras y gustos y se sienten todas las armonías y fragancias. Pero en el cielo ya no hay que alimentarse ni descansar, porque no hay desgaste, ni cansancio, ni

perturban los ruidos, ni las disonancias, ni los negocios. En el cielo reina el amor más grande, entrañable y confiado. En el cielo todo es purísimo, gozosísimo, íntimo, sobrenatural; es unión y compenetración de amor, de entendimientos, de voluntades, de almas. Todos son unos en el triunfal amor de Dios. El cielo es la fiesta perpetua.

El cielo no es la tierra, no son los astros. El cielo no son palacios elegantes ni edificios magníficos. El bienaventurado no los necesita ya ni para cobijarse, ni para descansar, ni para preparar los alimentos o recibir sus amistades, o tener recepciones. El cielo no es ciudades con magníficas calles o plazas; no es casas ni campos con carreteras para correr o pasear los coches, que ya no se necesitan. El cielo no es fuentes o ríos, montañas o riberas, jardines o palacios. El cielo encierra todo eso perfectísimo y es más noble y vaporoso, sobre todo engrandecimiento de todo lo bello y levantado, sobre todo lo florido y ameno, sobre todo lo que alegra y recrea. Es superior y encierra todas las hermosuras y todos los encantos y delicias. Con San Agustín, repito: *Dispongámonos para otro gozo. No nos preparemos para gozar allí cosas semejantes a las que ahora nos alegran* ([366]). ¿Cómo se podrá imaginar el cielo, si es inimaginable?

Santa Teresa escribe de los gozos que tuvo en visión, que ni todos los regalos del mundo, aunque se pudiesen gozar juntos y para siempre, pueden compararse con un momento de este regalo de Dios. Son todos como basura ([367]). ¿Qué serán el cielo y sus gozos? Sueña, alma mía, sueña grandezas, y bellezas, y gustos; pero tus sueños son de bellezas, de gustos, de saber o de conocimientos de tierra. El cielo es bellezas, gustos y sabiduría de Dios; es armonías y vida sobrenatural e insoñable.

207.—El cielo local es *cielos nuevos y tierra nueva* (2 Pedro 3, 13; Apoc 21, 1). El lugar del cielo no es un recinto amurallado o cercado ni está empedrado con margaritas y piedras preciosas; no es un jardín ni una amenísima región ilimitada. El cielo local es un lugar ma-

---

[366] San Agustín: Sermón 4, 34.

[367] Santa Teresa de Jesús: *Meditaciones sobre el Cantar de los Cantares,* 4, 5. También en *Vida* y en *Relaciones*.

terial que encierra todo eso, pero sin comparación, superior a todo eso. El cielo local está en la luz o claridad material sobrenatural. Los bienaventurados están en la luz, viven en la claridad y son claridad. En la luz o en la claridad lo tienen todo, lo ven y lo gozan todo. No es una luz deslumbrante a los sentidos como la que viene del sol o de los astros. Es otra claridad y otra luz incomparablemente superior y suavísima. Es la luz sobrenatural del cielo. El cielo es todo claridad sutilísima, suavísima, sobrenatural. Es luz que está arriba y abajo y en el centro. Es luz de fuera y luz de dentro del cuerpo. El cuerpo glorioso es transparente por esa luz y por sí mismo. Todo es hermosísima diafanidad. Todo se ve, y se posee y se goza en la claridad sobrenatural.

De esa luz decía San Agustín en el texto ya citado: *Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa, que ahora entendemos y nos alegra* ([368]). Y Santo Tomás: *El cielo empíreo tiene una luz no condensada y que emita rayos como el sol, sino más sutil. O que posea la claridad de la gloria, que no se parece a la claridad natural* ([369]). Es la luz sobrenatural o la claridad sobrenatural del cielo, y en esa claridad ven y disfrutan todas las bellezas y todos los bienes.

El cielo es claridad. El cielo es la luz purísima, sobrenatural. Santa Teresa, que vio en visión, no en realidad, esa luz escribe: *Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía y pensando cómo puede ser hallo que es imposible; porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la luz que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa disgustada* ([370]).

La venerable Ana de San Agustín vio que la luz del cielo era *el Cordero... con cuyos rayos ilustraba todos los bienaventurados reverberando en ellos y enlazándolos en el amor con que nos redimió. Es tan grande la claridad, resplandor y hermosura que todo el cielo tiene, que está como una pieza de cristal... que la diese muy de lleno el sol, que el de justicia la llena de soberana luz, y allí en ninguna manera hay ni puede haber sombra* ([371]). Esto es la clari-

---

[368] San Agustín: Sermón 4, 3-4.
[369] Santo Tomás: *Suma Teológica,* I, q. 66, a. 3.
[370] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, 2.
[371] José ele Sanea Teresa: *Reforma del Carmen.* lib. XVI, cap. XXXIII.

dad sobrenatural.

Hace resaltar igualmente la luz o claridad en la visión que tuvo del cielo la Hermana María Angela, que ya transcribí antes, y expresa muy bien esto. Dice: *Vi un infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes; era una luz; pero no era una luz, porque no tenía ninguna relación con la luz que nosotros conocemos, y, sin embargo, la luz es lo que mejor puede dar idea de lo que vi... Este infinito tan próximo a mí era de una luz enteramente diferente de la que llenaba la celda* ([372]).

La Hermana Margarita escribía el 12 de octubre de 1923: *Me arrebató mi alma a la misma divinidad; me sentía cercada de una excelente claridad; parecía estar mi alma en el mismo cielo* ([373]). *Cercada de una claridad toda extraordinaria se me manifestaba un trono que parecía un incendio cercado de innumerables espíritus angélicos, y dentro las Tres Divinas Personas* ([374])*. Estaba esta pobre celda hecha un verdadero cielo. ¡Qué claridad y hermosura!* ([375]). Siempre presentan la luz, se ven rodeados de claridad, la hermosura de la claridad.

208.— ¡El cielo! ¡La hermosura! ¡La felicidad! ¡La claridad! ¡La luz! La visión de Dios y de las perfecciones de Dios es el cielo esencial. Dios es la luz y claridad infinita de la Verdad. La Luz de gloria robustece e ilumina el entendimiento y agranda su capacidad de entender para ver a Dios. Es luz espiritual sobrenatural comunicada por Dios. Comunica la felicidad. Con ella es feliz el bienaventurado. En esta luz lo ve, lo conoce y lo posee todo.

El cielo hermosísimo, sobrenatural y dichosa morada de los bienaventurados, está en la claridad y es claridad. Los ángeles ven todas las bellezas de la creación en la claridad sobrenatural y como los ángeles las verán los bienaventurados. Es una luz material, física, sobrenatural, la más cercana a lo espiritual. Es una claridad purísima, sutilísima, invisible al ojo del cuerpo terreno mientras vivimos en esta vida mortal. Es el cielo luz clarísima, diafanidad pura y

---

[372] *Lirio y Hostia. Vida… de la hermana María Angela,* cap. 10, prf. I.
[373] Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito,* Pág. 49.
[374] Id., id., pág. 52.
[375] Id., cuaderno 2.º. pág. 8.

suavísima para la capacidad de ver del cuerpo glorioso. Es luz que lo ilumina todo sin hacer sombra, que todo lo embellece y llena de amenidad variadísima. Es luz de dentro y de fuera, hace diáfano el cuerpo y lo envuelve en la claridad y traspasa los cuerpos. *En tu Luz veremos la luz* (Sal 35, 10); en el Verbo, la Sabiduría del Padre, veremos directamente a Dios; pero en esta luz de Dios veremos presentes todas las maravillas de la creación; las veremos, las conoceremos y las disfrutaremos en gozo.

En esta claridad purísima y sobrenatural viven y moran los bienaventurados. En Dios y en esta luz y diafanidad lo ven todo, lo pueden conocer y presenciar todo, lo comunican con todos los dichosos. Esta luz sobrenatural, purísima, lo llena todo, lo ilumina y hace diáfano todo. Dios ha puesto ese maravilloso portento en esta claridad. Pienso que no están los espacios siderales despoblados ni oscuros. Pues no ha de ser el lugar del cielo menor que la inmensidad del universo y supera todas las perfecciones y bellezas como superan los ángeles a los hombres y a los astros.

Los cuerpos gloriosos de los bienaventurados son sumamente hermosos y dichosos. La comunicación o lenguaje de los bienaventurados, como el de los ángeles, es, como ya indiqué, la comunicación directa de la verdad y del pensamiento que se quiere comunicar con sola la dirección de la atención según el deseo de la voluntad; en esta luz y en el más deleitable silencio se oyen y se gustan las dulcísimas armonías y las conversaciones; todo en la mayor compenetración y claridad. Todo es diafanidad purísima. Santa Teresa dice cómo Dios la mostró que en el cielo sin hablar se entienden, lo que yo nunca supe cierto ser así hasta que *el Señor, por su bondad, quiso lo viese y me mostró en un arrobamiento* ([376]). *Y sólo digo que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo sino la gran hermosura de los cuerpos gloriosos, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo* ([377]).

209.—¿Cómo podrán estar y vivir los cuerpos en la luz? ¿Cómo gozar de todos los bienes y de la dicha en la claridad? Los inventos maravillosos de las ciencias experimentales actuales nos

---

[376] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 27, 10.
[377] Id., id., *Vida,* 28, 3.

pueden ayudar a formar una vaga idea, aunque remotísima y analógica.

Hemos visto lo que en los siglos anteriores se hubiera considerado imposible: pasearse un hombre por el espacio y conversar desde la luna con los hombres de la tierra al mismo tiempo que se estaban viendo.

Millones de hombres vieron con admiración cómo ponía su pie en la luna el primero que allí llegó y cómo fijaba la bandera en el suelo lunar. Lo veíamos todos al mismo tiempo. A miles de kilómetros de distancia corrigen la dirección de las astronaves por medio de las ondas. Nos dicen que rayos especiales traspasan el cuerpo del hombre de parte a parte sin sentirlo. Y los átomos o partículas neutrones, traspasan el cuerpo del hombre y la tierra, y la traspasarían aunque fuera un millón de veces mayor, a la velocidad de la luz, sin verlos ni sentirlos ni causar lesión alguna, que hoy sepamos.

Si la ciencia experimental nos enseña hoy estas maravillas —y son sólo como el principio de los inventos futuros—, si esto se realiza en estos pobres y pesados cuerpos, ¿qué maravillas increíbles no realizará el cuerpo glorioso? El bienaventurado conoce los secretos y leyes de la naturaleza y de cada uno de los seres y tiene perfecto dominio sobre su propio cuerpo y sobre todos los seres y elementos. Dios se los ha entregado no sólo para que conozca y admire, sino para que los domine y disfrute. Si este cuerpo pesado, aunque imperfectamente, ya anda en el espacio y maniobra a través del espacio, cuando haya recibido las dotes gloriosas de impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad podrá vivir, moverse y tener estabilidad en el espacio, y en la luz y donde quiera, y el mismo cuerpo estará hecho claridad sobrenatural y gozo permanente.

Con las dotes gloriosas que recibe el cuerpo bienaventurado han desaparecido todas las necesidades y todos los apetitos y desórdenes. Ya no hay que preocuparse de la conservación de la persona ni se siente la atracción al sexo distinto para la conservación de la especie. Se tiene la verdad y el amor glorioso y se vive por la ley del amor glorioso que gobierna el cielo, en la íntima unión de las almas. Como el alma está siempre entendiendo, amando, gozando sin cansancio ni hastío, estará también el cuerpo en permanente actividad gozosa sin fatiga. Ya no necesita alimentarse ni

dormir ni descansar; ya no siente afección o impresión inmoderada o desagradable. Todo es delicia y contento. Todo es armonía y compenetración. Todo es canto de exaltación y júbilo.

Es ya dueño de los elementos; el espacio es suyo y suyos son los astros, las constelaciones y nebulosas y el universo entero; y porque el cuerpo glorioso es ingrávido puede vivir en el espacio y puede vivir en la claridad de la luz con estabilidad y dominio perfectos. Por la dote de la agilidad puede estar casi momentáneamente en los lugares más distantes y en los extremos opuestos del universo. Por la impasibilidad no siente ya los efectos desagradables de los elementos. Todo es delicia y ambiente de dicha en la comunicación más placentera. Todos los sentidos han recibido de Dios la máxima perfección y podrán estar presentes y ver como presentes todas las bellezas y fenómenos de la creación; todos los jardines y frondas, todos los montes, ríos y mares; todos los manantiales y crepúsculos, todas las evoluciones y conmociones de la tierra y de los astros.

Los ojos del cuerpo glorioso son muy superiores a todos los inventos ópticos y de mayor precisión que los telescopios y microscopios para ver a las mayores distancias y las bacterias y átomos con todo detalle no sólo en la superficie, sino en el interior. La conversación será sin esfuerzos ni voces, de un confín al otro y de un bienaventurado a otro sin interferencias ni confusiones, porque es la comunicación perfecta de ideas y armonías en el silencio y en la claridad, según el deseo de la voluntad. Nada puede impedir la realización de su deseo. Los cuerpos opacos se le harán diáfanos y transparentes. Nada impedirá su visibilidad.

Los bienaventurados viven en la claridad de esta luz sobrenatural. El lugar del cielo es la luz sobrenatural que se difunde por todo el universo.

Los ojos del cuerpo mortal no pueden percibir esta claridad sobrenatural. Si ahora ni mis ojos ni mis oídos pueden percibir sin el auxilio de los aparatos especiales las armonías y las imágenes materíales de las emisoras, aunque están en toda la atmósfera, ¿cómo van a poder percibir la luz y la claridad sobrenatural y la vida que en ella se vive? Dios ha dotado al cuerpo glorioso de esa perfectísima y sobrenatural capacidad.

210.—Las almas que tuvieron visiones no veían todas estas bellezas y hermosuras ni la claridad que tanto admiraban con los ojos del cuerpo. Frecuentemente era durante la noche, o estaban con los ojos cerrados y a oscuras, o en el silencio de la oración en compañía de la comunidad. Lo veían con el espíritu. Era una luz revelada, sobrenatural, espiritual, intelectual o imaginaria, como lo eran los ángeles, los santos y el mismo Jesucristo que veían. Lo veían clarísimamente, pero no era el cielo real ni la persona real, sino una visión sobrenatural. Veían, sin embargo, hermosuras y gustaban gozos que les transportaban y decían no podían gozar ya más y les endiosaban y divinizaban ([378]) sólo en la visión. ¿Qué comunicará Dios no en visión intelectual o imaginaria, sino ya en la realidad del cielo verdadero? ¿Qué efectos de claridad, de hermosura, de gozo, producirá la realidad de la visión gloriosa de Dios en el alma, y la realidad de ver y vivir el cielo con toda su sobrenaturalidad de encantos y la realidad de los bienaventurados gloriosos, juntos en la claridad, hechos claridad, hermosura y delicia? ¡Qué gozo vivir todos en Uno, en Dios infinito, y vivir la misma vida de Dios!

Porque las visiones, por altas que sean, nunca pueden ni acercarse a la realidad sobrenatural que Dios tiene preparada en el cielo al bienaventurado.

El bienaventurado vive en la luz purísima, sobrenatural. El cuerpo glorioso es traslúcido y hecho todo claridad suavísima; está en la claridad de fuera y es claridad y diafanidad por dentro; luz de gloria y luz de sobrenatural hermosura, porque vive y está en Dios, que es la Luz eterna que ilumina o sobrenaturaliza a todos.

El Verbo es la Sabiduría y es la Luz eterna y la Luz del cielo (Jn 12, 46). El Verbo es el Rostro o Hermosura de Dios y Dios ha puesto a los bienaventurados en su Rostro, en su Sabiduría, en su Luz, *y en su Luz veremos la luz del cielo y eterna* (Sal 35, 10), *y vivirán en la Luz de su Rostro* (Sal 88, 16). *Dios ha transformado nuestro cuerpo corruptible a semejanza del cuerpo glorioso de Jesucristo* (Filip 3, 21), para vivir ya en la luz de los que siempre viven y ser luz en la misma luz de Dios.

---

[378] Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*.

La venerable Ana de San Agustín dice de la visión del cielo: *Mi alma fijé la vista en aquel soberano Principio y Fin de toda la Bienaventuranza, y, teniéndola fija en aquel precioso pecho, veía en él todos los bienaventurados y toda la gloria de manera que no tenía que mudarla a unas partes y otras* ([379]). La luz lo llena todo y lo ilumina todo y el gozo está dentro y está fuera; está encima y está debajo; está alrededor y todo es gozo. El bienaventurado está hecho gozo y gloria.

La claridad y la luz sobrenatural se difunden por todo el universo.

211.—El lugar del cielo es gloria y felicidad, porque Dios lo llena de sí mismo. El cielo es la perpetua fiesta en júbilo de todos los ángeles y bienaventurados. El cielo es la claridad sobrenatural, porque Dios mismo es su sol.

El cielo es un lugar insoñable por su hermosura y encanto. Es el lugar de la delicia y de la exaltación de júbilo, de la alegría y del gozo, de poseerlo y dominarlo todo, de saberlo y gozarlo todo. El lugar del cielo es la iluminación de la suavísima claridad, donde reina la perpetua alegría, donde se vive la compenetración de deseos y de amores en la más íntima unión, donde los bienes y gozos de cada uno son de todos y todos se gozan en los gozos y bienes de todos los demás y de cada uno. Todos serán míos en alegría y yo seré de todos, porque todos seremos de Dios y viviremos la misma vida de Dios. El amor glorioso de Dios lo gobierna todo ([380]). En el cielo hay y se disfrutan todos los bienes deseables.

En el cielo no hay nada manchado. En el cielo no hay tristezas ni preocupaciones ni temores. Todo es luz de Dios, armonía y concordia de Dios, sonrisa y júbilo de Dios vivida por cada uno a toda satisfacción. Sólo no se tendrá lo que no se desee.

El cielo es gloria porque Dios glorioso lo llena todo de su gozo y alegría y todo el ser de belleza y regocijo, y todos los miembros del cuerpo de gusto, contento y delicia.

---

[379] P. José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen,* lib. XVI, cap. XXXIII.
[380] Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. med. XIII, núm. 210, y XVIII, núm. 292.

No hay visión ni revelación hecha por Dios a sus siervos, ni mucho menos ilusión alguna meramente humana que pueda acercarse a dar idea concreta de la realidad sobrenatural del cielo y su gloria. Sin vivir la realidad del cielo no es posible expresar cuánto se ve y se goza en las visiones.

Los ángeles están en Dios glorioso; viven en la luz sobrenatural y espiritual de Dios, y viven satisfechos todos sus deseos llenos de dicha. Ni quieren ni pueden salir del cielo, porque Dios es su centro y su dicha.

Mi alma y mi cuerpo estarán en el cielo llenos de Dios glorioso y de su felicidad. En Dios y con Dios viven y disfrutan de todos los bienes y de las compañías más nobles y más encantadoras y perfectas, como son las de los ángeles y de los bienaventurados. No querré jamás ni podré salir del cielo, porque estaré en mi centro y en mi último fin, que es. Dios, y todo lo poseeré con su posesión. No querré salir, porque no tendré deseo alguno que no vea perfectamente satisfecho y porque estaré en la dicha y felicidad y poseeré y gozaré cuanto codicie. ¡Estaré en Dios glorioso! ¡Seré feliz siempre! ([381])

[381] Id., id., *Dios en mí,* lect. med. X, núm. 157.

CAPÍTULO XXXV

GOZOS DE LOS BIENAVENTURADOS EN EL CIELO, SEGÚN SAN ANSELMO

212.—¡Cuánto me atrae, Dios mío, el recuerdo del cielo! ¡Y cuánto me anima para entregarme a tu amor, para acompañarte y llevarte ahora presente en mi alma con amor y desear ir a Ti para vivir ya en tu gloria! Leer bellezas del cielo y de la vida del cielo me enseña a pensar más en Ti para amarte y desearte más.

Por eso, antes de terminar de expresar mi pensamiento sobre la gloria que tendrán los cuerpos gloriosos en el cielo, quiero recrearme y recrearte a ti, amadísimo que me lees, poniendo aquí el hermoso resumen o síntesis, aunque bastante conocido, que San Anselmo escribió con mucho espíritu en el siglo XI. Se han recreado leyéndole muchos santos y sabios teólogos. Dice así: «Ahora, alma mía, eleva tu inteligencia, excítala; imagina, si puedes, cuál es este bien y cuán grande es. Si todos los bienes son agradables, piensa en cuán alto grado debe serlo éste, puesto que en él se encuentra todo lo que es agradable en los otros bienes, y no en la proporción que existe en las cosas criadas..., sino en el mismo grado que el Criador se diferencia de las criaturas. Si la vida criada es buena, ¿cuánto más lo será la vida creadora?...»

¡Oh, quién gozará de este bien! ¿Qué poseerá y qué no poseerá? Ciertamente será todo lo que quiera y lo que no quiera no será. Porque allí se ofrecerán los bienes del cuerpo y del alma, tales como el ojo no ha visto, el oído no ha escuchado, ni el corazón humano sentido. ¡Oh infortunado! ¿Por qué das vueltas en medio de tantas cosas distintas buscando el bien para tu alma y para tu cuerpo? Ama el único Bien, aquel en que están los demás bienes, y eso basta. Ama el bien puro por excelencia, que por sí solo vale por todos los demás bienes, el único que satisface todos nuestros

anhelos. Porque ¿qué deseas tú, cuerpo mío? ¿Qué deseas tú, alma mía? Solamente allí se encuentra todo lo que amáis, todo lo que deseáis. Si es la belleza la que os encanta, *los justos brillarán como el sol*. Si os complacéis en la rapidez, en el valor, en una libertad de cuerpo que ningún obstáculo pueda detener, *serán semejantes a los ángeles de Dios, porque el cuerpo animal es sembrado y brota un cuerpo espiritual,* por el poder divino, desde luego, y no por la naturaleza. Si queréis una vida larga y llena de salud, allí la eternidad será sin enfermedad y la salud eterna, porque *los justos vivirán eternamente,* y también porque *la salud viene del Señor*. Si queréis ser saciados, *serán saciados cuando aparezca la gloria del Señor*. Si queréis embriagaron, *se embriagarán con la abundancia de la casa del Señor*. Si la música os atrae, allí los coros de los ángeles cantan sin fin delante de Dios. Si buscáis un placer cualquiera que no sea inmundo, sino puro: *Señor, Tú los saciarás con el torrente de tu placer*.

Si la sabiduría os atrae, la Sabiduría misma de Dios se ofrecerá a vuestros deseos. Si es la amistad, los justos amarán a Dios más que a sí mismos; se amarán mutuamente como a sí mismos; Dios los amará más que ellos se aman. Porque le amarán, se amarán a sí mismos y a los otros por Él, y Él se amará y les amará por Sí mismo. Si es la concordia la que buscáis, no tendrán todos más que una voluntad, que será la de Dios. Si es el poder, su voluntad será omnipotente, como la de Dios. Porque como Dios puede lo que quiere por Sí mismo, podrán por Él lo que quieran. Porque como no querrán nada más que lo que Él quiere, de igual modo El no querrá nada más que lo que ellos quieran, y lo que Él quiera no podrá no ser. Si los honores y riquezas despiertan vuestros deseos, Dios establecerá sobre numerosos tesoros a sus servidores buenos y fieles; es más: serán llamados *hijos de Dios y Dios ellos mismos;* estarán donde esté su Hijo: *herederos de Dios, coherederos con Cristo*. Si deseáis una verdadera seguridad, ¿dónde podría existir mayor, puesto que los justos tendrán la certidumbre de que estos bienes o, más bien, este Bien Supremo, no les faltará? Tanto menos se les ocurrirá dudar, cuanto que estarán ciertos que no pueden querer perderle y que Dios, que les ama, no quitará este bien a pesar suyo a aquellos que le aman; sabrán, en fin, que nadie más poderoso que Dios podrá separarles de El contra su voluntad y la suya.

213.—¡Oh, cuán grande debe ser la alegría donde se encuentra tan gran Bien! Corazón del hombre, lleno de necesidades, probado por tantos males que te oprimen, ¿cómo no habías de alegrarte si poseyeras estos bienes en abundancia? Sondea los repliegues más ocultos de tu alma. ¿Podría ésta contener la alegría de tan grande dicha? Si amases a otro como a ti mismo y gozase éste de la misma felicidad, tu gozo sería doblado, porque serías con su felicidad tan dichoso como con la tuya. Pero si dos, tres o más compartiesen la misma bienaventuranza y amases a cada uno de ellos como a ti mismo, te alegrarías por cada uno tanto como por ti. Así, en esta caridad perfecta, en el seno de la dicha de innumerables ángeles y hombres, entre los cuales ninguno ama menos al otro que a sí mismo, cada uno será feliz con la felicidad de los otros tanto como con la suya propia.

Por consiguiente, si el corazón del hombre apenas puede bastar para su dicha particular, ¿cómo será capaz de contener tantas y tan grandes alegrías? Y puesto que cuanto más se ama a uno más se complace en su dicha, como en esta felicidad completa cada uno amará a Dios sin comparación más que a sí mismo, y a los otros sin medida, del mismo modo se alegrará sin medida de la felicidad de Dios más que de la suya y de los otros juntos. Pero si aman a Dios con todo su corazón, con todo su espíritu, con toda su alma, de modo, sin embargo, que todo su corazón, todo su espíritu, toda su alma, no puedan bastar a la grandeza de este amor, está fuera de duda que todo su corazón, todo su espíritu, toda su alma, se llenarán de una alegría tal que bastarán a la plenitud de esta dicha (capítulo 25).

... Después que haya llenado al hombre entero su corazón, su espíritu, su alma, todavía le quedará más allá de toda medida. Esta alegría no entrará enteramente en aquellos que la disfruten, sino que éstos entrarán enteramente en la alegría. Su alegría será, sin duda, igual a su amor; su amor, a su conocimiento, ¿En qué medida te conocerán entonces, Señor, y hasta qué punto te amarán? Cierto que el ojo no ha visto en esta vida, ni el oído escuchado, ni el corazón del hombre comprendido en qué medida te conocerán y

te amarán en la otra vida! ([382]).

[382] San Anselmo: *Proslogion,* caps. 24, 25 y 26. Traducido por el P. Julián Alamida, O. S. B. San Buenaventura termina su *Breviloquio* con estos tres capítulos de San Anselmo, y el abate Gaume los transcribe algo resumidos en *Catecismo de la Perseverancia*. Por esto digo que son bastante conocidos, pero siempre resultan nuevos e insuperables.

CAPÍTULO XXXVI

VIDA Y CONVIVENCIA DE LOS BIENAVENTURADOS

214.—Decir cielo es designar el lugar dichoso donde se poseerán y disfrutarán todos los bienes sin defectos y sin deficiencia ni mal alguno. El cielo es la morada de los bienaventurados, el lugar de la delicia y del bienestar, de la exaltación del gozo, de la jubilosa alegría, de la dicha y felicidad perfecta; es también el lugar de la compenetración más centrada y amable y de la inseparable unión.

El ser bienaventurado en el cielo está saturado de gozo y hecho gozo y delicia sin hastío, siempre en renovada delectación y con certeza de que ya nunca podrá perderla ni se le disminuirá. Es feliz, completamente feliz para siempre en compañía de los dichosos y de los que rebosan contento y delicia.

En esa morada de felicidad vivirán para siempre todos los bienaventurados y los ángeles en la unión más íntima y en la convivencia más familiar, compenetrada y gozosa. Tendrán y gozarán todo cuanto quieran; nada les faltará de cuanto deseen. Vivirán la misma vida de Dios en el gozo infinito y en la verdad de la visión de Dios. Porque el gozo esencial es la visión y posesión de Dios y el cielo es el lugar sobrenatural de la delicia, del gozo y de la alegría en todo bien.

El cielo es el lugar y la morada de la hermosura, de la claridad, del regalo y del contento, del saber y del más delicado y noble gozar y amar. Nada faltará en el cielo no sólo de lo que podemos desear, pero ni de cuanto se puede soñar. El cielo es todo claridad, transparencia, belleza y el lugar del saber y de la compenetración, del conocer y del amar en gozo confiado. La ley que gobierna el

cielo es la ley de la verdad y del amor gozoso en gloriosa armonía y compenetración íntima, individual y social o colectivamente.

Pero el cielo es la felicidad no tanto por ser el lugar de la delicia como porque Dios lo llena de Sí mismo. Un lugar material, por más hermosura y regalo que tenga, no puede ser la felicidad ni comunicarla. La felicidad es vida consciente y feliz. Es gozo de amor conseguido y satisfacción de amor glorioso. *Y el gozo estará dentro y estará o rebosará fuera. El gozo estará encima y estará debajo. El gozo rodeará y todo estará lleno de gozo* ([383]).

Dios, que es el gozo infinito, llena de Sí mismo el cielo, y con su presencia gloriosa lo llena de todas las delicias y ensueños. El cielo es la participación y posesión gloriosa del Bien infinito, del Amor sin límites, de la Sabiduría, del Poder y de la Hermosura infinita de Dios.

Con la visión directa del Ser de Dios se poseen y gozan todos los bienes juntos. El cielo es el conocimiento y gozo de la Verdad infinita y de la hermosura y felicidad de Dios. La Hermosura infinita se refleja y transparenta en el alma, la endiosa y hace feliz. El cielo es la felicidad de Dios vivida por el alma y hecha vida del alma. El lugar del cielo es la claridad sobrenatural creada por Dios y difundida por el universo, donde viven los bienaventurados. En esa claridad suavísima, sutilísima, sobrenatural, ha puesto Dios de modo maravilloso y sobreeminente todos los bienes, todas las delicias, todas las fragancias y armonías, como ha infundido en el bienaventurado todos los conocimientos y todos los gozos. Y le ha concedido todas las ilusiones y alegrías, aun las no soñadas e imposible soñar.

El cielo local es la diafanidad de la luz sobrenatural. Por la claridad, le llamaron los antiguos Empíreo, que significa de fuego. En la claridad sobrenatural del cielo y hechos claridad y delicia viven la felicidad los bienaventurados y conocen y disfrutan todas las magnificencias y maravillas que Dios ha puesto en la creación. Todo lo ven, presencian y disfrutan. Conocen los misterios y la inmensidad del universo; ven y pueden estar presentes en la Estrella Polar y en la Cruz del Sur y en la constelación de Escorpión, y conocen el

---

[383] *De similitudinibus,* cap. 72. Libro atribuido a San Anselmo.

concertado movimiento del universo. Todo lo viven en la más perfecta delicia y común alegría. Todo en alabanza de agradecimiento y exaltación a Dios y todo se ve y se vive en el mismo Dios y se refleja en la claridad. Todo se posee, ama y goza en la completa satisfacción.

215.—Existe en un lugar el cielo de delicia y encanto sobrenatural como no podemos figurárnoslo, donde las almas de los bienaventurados, juntas a sus cuerpos ya gloriosos, gozan de su dicha. Si pudiéramos figurárnoslo en esta vida de la tierra no sería tan maravilloso, pues el hombre podría tener idea de él. Pero es lugar sobrenatural y el entendimiento natural del hombre no puede llegar a conocer ni figurarse tanto bien y hermosura.

Sólo Dios infinito lo puede hacer. Nuestros pensamientos y alcances son de deseos y como sueños de niños ante esa altísima realidad. Digo que es claridad sobrenatural y en esa claridad creada por Dios, obra Dios, y en esa claridad sobrenatural viven y gozan los bienaventurados.

Dante escribe que oyó a un bienaventurado en la claridad: *Veíase el alma llena de júbilo en el claro fulgor que salía de ella... Estamos encendidos por la luz que por todo el cielo se derrama* ([384]). No ha de ser el cielo menor que el universo, pues es lo más perfecto, como los ángeles, que son más perfectos que el hombre, son inmensamente más numerosos.

Dios llena todo el cielo y está todo en cada parte del cielo y en toda la claridad. Y Jesucristo, Dios y hombre, de quien procede la claridad, se hace también presente, y con Jesucristo, la Virgen. En el cielo se acercan las distancias y como que desaparecen. Todo se ve presente. El mismo Dante, detallando una parte del cielo, dice: *Aquí está la Rosa en la que el Verbo divino se hizo carne... Así se expresaba aquella melodía circular y las demás luces hacían resonar el nombre de María...*

Vi sobre millares de luces un Sol (Jesucristo) que todas las encendía, como hace el nuestro con las estrellas, y por la viva luz trasparecía la luminosa sustancia tan clara a mis ojos... No alcan-

[384] Dante Alighieri: *La Divina Comedia*. "Paraíso", canto Véase el cap. XIX.

zarían (las musas) a una milésima de la verdad cantando la sana sonrisa y de qué manera hacía resplandecer el santo rostro ([385]).

Acabamos de salir del mayor círculo del cielo, que es pura luz, luz intelectual llena de amor, amor del verdadero bien henchido de júbilo, júbilo que supera toda dulzura ([386]).

Aquella luz causa tal efecto que no es posible apartarse de ella para mirar otra cosa... ¡Oh Luz eterna que sólo en Ti existes! ([387]). Es la visión de Dios, y de Jesucristo Dios procede la claridad que ilumina el cielo.

San Agustín escribe, con su intuición acostumbrada: *Yo soy la luz del mundo... No pensemos que Jesús es este sol que nos ilumina..., sino por quien fue hecho este sol... Es la luz que hizo esta luz. Amemos esa luz, procuremos entender esa luz; tengamos sed de esa luz, para que un día, guiándonos ella, lleguemos hasta ella y en ella vivamos para que nunca jamás muramos* ([388]).

El cielo y la felicidad esencial es Dios, la Visión de Dios y la convivencia con Dios en su misma esencia y viviendo su misma vida en unión con todos los ángeles y todos los bienaventurados. Y será en un lugar de inmensa hermosura y delicia. El cielo local es la superación de todas las maravillas de la creación material hecho por Dios para premio de sus almas fieles. El lugar del cielo es la claridad sobrenatural, y es todo diafanidad perfecta. No está limitado o circunscrito a un recinto, a un continente o a un astro; es la claridad y la diafanidad en la inmensidad, y en ella los bienaventurados ven, poseen y disfrutan de todos los bienes y alegrías, del conocer, del poder y del gozar. No puede haber allí tristeza, ni pesar ni divergencia alguna. Todo es canto de amor en la unidad.

216.—Nada de lo bueno que hay en la tierra desaparece en el cielo. Allí todo está perfeccionado y sobrenaturalizado y se vive en la misma dicha de Dios. Se tendrán y gozarán los conocimientos y las relaciones de familia y de amistad que se tuvieron en la tierra,

---

[385] Dante Alighieri: *La Divina Comedia.* "Paraíso", canto 23.
[386] Id., id., canto 30.
[387] Id., canto 33.
[388] San Agustín, *Tratado 34 sobre San Juan*.

pero más íntimos, más delicados e insospechados con exaltación de gozo y de gloria, sin sobresaltos ni desconfianzas de creerse pospuestos u olvidados. Se ven presentes.

El cielo es la convivencia gloriosa e íntima de la gran familia de Dios. Todos somos hijos de Dios y hermanos amadísimos sin emulación, y viviremos los afectos santos de la familia de la tierra, con toda perfección e intensidad, con alegrías particulares de cielo y todos en el mismo Dios. En el cielo, el hombre ha sido levantado por Dios a la máxima perfección sobrenatural, según la capacidad de méritos de cada uno, y se vivirán divinizados los afectos y alegrías y gozos de la tierra. Ya no hay incomprensiones y desavenencias.

En la convivencia del cielo no estaremos distanciados ni habrá lejanías ni rincones escondidos. Estaremos y nos trataremos presentes, íntimos, directamente, de alma a alma. Todos estamos en Dios, en la esencia de Dios, en su vida y en su gozo. Tenemos todos la convivencia más perfecta con Dios hechos una misma cosa con El. La unión de amor vivida en la tierra se hace perfectísima, real y gloriosa en el cielo. Dios será mío y mi vida. Yo soy de Dios y mi vida será suya. La gloria y felicidad de Dios es mía y para mí. Estoy en Dios hecho Dios por generosa y magnánima donación y comunicación de Dios.

En el cielo conviviré con Jesucristo total: Persona divina y Humanidad. Conviviré, hablaré, trataré y estaré con Jesucristo no lejos ni a distancia, sino directamente junto a Él y en Él mismo. Jesucristo nos hablará y mostrará la infinita ternura con que nos amó en la tierra. No nos hablará por un tercero ni le veré de lejos. Le hablaré yo mismo y me hablará El mismo, y veo que estoy en el mismo Jesús y El en mí a semejanza —sólo semejanza— de como estoy en Dios y Dios en mí. Esta íntima convivencia es de infinita ternura y confianza, de bondad y de gozo inefable. Ni debo dudar de que estaré en Jesucristo y Jesucristo estará en mí. Me hará suyo y se hará mío. ¿Cómo se hará esto? No lo sé ni lo entiendo, pero no puedo dudar de ello.

Ahora en la tierra yo estoy con el mismo Jesús del cielo ante el Sagrario y Jesús, el mismo Jesús del cielo, está en mí en la comunión. Está vivo, en el cuerpo y en el alma. Yo hablo con el mismo Jesús. Millones de almas fervorosas estamos con el mismo Je-

sús, y le tratamos, le recibimos en todos los puntos de la tierra. ¿Sería el trato del bienaventurado en el cielo menos íntimo y presente que lo es en la tierra? Yo no sé cómo es esto ni sé explicarlo, pero sé que tiene que ser así.

En cierta manera me da luz para comprender algo de esa presencia íntima de Jesús en todos los bienaventurados, lo que veo en las emisoras de imágenes y sonidos por las ondas. En este aislado retiro donde escribo, ni veo imagen ninguna ni oigo noticia o armonía ninguna, pero sé que me están rodeando y la atmósfera está llena, porque si pongo un aparato, me reproduce melodías, palabras e imágenes. Y las mismas melodías, noticias o imágenes que están aquí están en América y en Asia y llegan a la luna y más allá, no sé hasta dónde. Lo que hacen los hombres con los sonidos e imágenes materiales, ¿no va a hacer Jesús en el cielo de modo perfectísimo y sobrenatural, vivo y consciente con sus bienaventurados? En el cielo desaparecen las distancias y ausencias.

217.—Veremos todos y cada uno a Jesús junto a nosotros y Jesús nos verá, tratará y comunicará su amor. No sólo junto a mí y a cada uno en particular, como si sólo fuera para él, y tratara con Él, sino dentro, íntimo. Jesús se hará mío y será mío, mi Dios y mi Amado, y yo seré de Jesús y su amado. Si en la oración, en la tierra, miro y hablo con la mirada y la palabra interior dentro de mí con Jesús, y le trato y me ofrezco a Él, porque sé que me está oyendo y obra en mí, ¿no voy a estar en el cielo con Jesús y dentro de Jesús, y Jesús conmigo y dentro de mí, en mí mismo entendimiento y yo en el suyo? Si en la tierra le trato como mío, mi Bien, y sé que Jesús me dice, como ha dicho en regalada visión a muchas almas santas en todos los tiempos: *Soy tuyo y soy tú, y tú ya eres mío,* ¿no me lo va a decir y a hacer en amor glorioso en su cielo? Delicado y regalado pensamiento el de San Juan de la Cruz cuando pone estas palabras en la boca de Dios: *Tu Esposo, estando en Ti como quien Él es, te hace mercedes, porque siendo omnipotente... te ama con omnipotencia... e igualándote Consigo..., con ese su rostro lleno de gracia y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: «Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy para*

ser tuyo y para dárteme a ti» ([389]). Y el matrimonio espiritual en la tierra es una total transformación en el Amado *en que se entregan ambas partes por total posesión la una a la otra* ([390]) *con cierta consumación de amor*.

Esta unión y transformación es sustancial del alma con Dios y del alma santa con el alma de Jesucristo, pero no es perfecta hasta el cielo. Pues tanto se comunica Dios al alma en esta unión algunas veces que parece anda *siempre en deleites de amor con su Esposo, y estar vestida de deleites, y bañada en gloria inestimable, y se puede decir que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor. Lo cual se hará perfectamente en el cielo en vida..., porque, transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios es vida suya* ([391]).

Si Dios hace esta unión y estas delicias aquí en la tierra, no nos es dable comprender las del cielo; pero sabemos que es vivir la misma vida de Dios y de Jesús en tan perfecta unión que se hace una sola cosa y una sola delicia, y con tan perfecta y continua presencia que estará mi alma —y cada una de las almas bienaventuradas— en la de Jesús y Jesús en la de cada uno, como he dicho, como si fuera sólo y todo para cada uno y a cada uno le dirá: *Yo soy tú y tú eres Yo*. Yo no comprendo cómo puede ser esto, ni nadie ahora lo puede comprender. Pero esta es la unión, la compenetración y la convivencia del bienaventurado con Jesús. Se empezó a vivir en la tierra. Esta es la vida interior santa, y se hará perfectísima en el cielo. Yo diré, con la mayor complacencia del gozo: ¡Estoy en Jesús, en el mismo Jesús! Lo estará mi alma y lo estará mi cuerpo. No estará a distancia, sino en El mismo. Mi entendimiento en el suyo y el suyo en el mío. ¿No estoy yo y están todos en la luz del sol, que envuelve e ilumina a cada uno? ¿No será ésta más perfecta unión y compenetración? Estaré en Jesús y Jesús en mí.

218.—Veremos, hablaremos, trataremos también con la Virgen y nos verá, hablará y tratará Ella individualmente a todos y a

---

[389] S. Juan de la Cruz: *Llama,* c. 3, 6. Véase también el *Cántico,* c. 27 y 31.
[390] Id., id.: *Cántico,* 22, 3.
[391] San Juan de la Cruz: *Cántico,* 12, 8.

cada uno y nos comunicará cuánto nos amó e hizo por nosotros en la tierra y cuánto nos ama en el cielo. Se nos comunicará y mutuamente nos trataremos con una ternura, un afecto y un gozo como de cielo superior a cuanto podemos figurarnos. Y la trataremos no de lejos, pues tengamos presente que para el alma no hay distancias y para el cuerpo como que desaparecen; no la veremos de lejos ni con prisa o de pasada, sino presente con toda la hermosura exterior e interior del alma y del cuerpo y continuamente, como si sólo fuera Madre y alegría para cada uno. La veremos en Dios y en Jesucristo.

Yo no sé explicar cómo será, pero sé que es así, que Dios lo hace así. Y recuerdo lo mismo que he dicho de Jesucristo. Si tratamos a la Virgen directamente, interiormente en la oración y sabemos que hablamos con Ella, aunque no la oigamos y veamos sensiblemente, si apareció bellísima y amabilísima en Fátima y Lourdes, no ha de ser menos en el cielo: la veré, me hablará, sentiré continuamente la inefable ternura de su amor; la veré, estaré junto a Ella y en Ella más que estoy en el aire que respiro y es mío y mi vida, o en la luz que me esclarece.

Veré en Jesucristo el misterio de la Unión Hipostática y de la Encarnación, la obra más grande de Dios en la creación, y veré la inmensidad de la santidad de Jesucristo y que por su gracia y santidad es Rey de la creación. Veré también toda la hermosura del alma de la Virgen y el misterio de su maternidad; su fidelidad a las gracias del Señor y que por su santidad tan inconmensurable, sobre toda otra pura criatura, fue coronada Reina de los mismos ángeles. Veré a la Virgen; la Virgen me mostrará las maravillas y grandezas que Dios obró con ella, y en unión de ella alabaré a Dios por sus juicios inescrutables, y todas las generaciones la diremos: bienaventurada, porque Dios hizo las obras portentosas en Ti.

Si abrazo mi crucifijo en la tierra y me recibe Jesús ese abrazo de amor, y beso la estampa de la Virgen y la Virgen recibe mi beso, ¿sería menos correspondido mi amor en el cielo que no me fuera permitido hacerlo y estar con Jesús y con la Virgen tantas horas como estoy ahora en la tierra con ellos y le llevo siempre en mi presencia o memoria? En el cielo estaré siempre en la presencia, compañía y trato glorioso con Jesús y con la Virgen y gozando su gloria con ellos y con los ángeles y bienaventurados. Es la convi-

vencia más gloriosa. Será mi trato con ellos individual, personal, directo y, al mismo tiempo, con todos los demás bienaventurados. ¡Oh Dios mío, qué maravillas nos tenéis reservadas en el cielo y para qué felicidad tan insospechada nos habéis criado! ¡Bendito seas! ¡Qué maravillosas grandezas viviremos en Ti!

219.—El cielo es la convivencia gloriosa e íntima de la gran familia de los bienaventurados, donde no hay menores de edad ni ancianos. Nada de cuanto bueno hay en la tierra desaparece. Dios lo transforma, lo perfecciona, lo sobrenaturaliza. No desaparece en el cielo el trato especial de la familia, de los padres, de los hermanos, de las amistades ni de las hermandades espirituales, ni de los que se ayudaron a ganar el cielo. Los que nos amamos en la tierra nos amaremos en el cielo con amor muy especial y con gozo secundario. Allí no serán los abrazos de amor y de dicha como los que nos damos ahora estrechándonos, sino uniendo mutuamente el entendimiento y la voluntad y fusionándose.

Amaremos más y nos amarán más los más santos. Nadie nos amará tanto y a nadie amaremos tanto como a Jesús y después, a muy grande distancia, a la Virgen. Son los más santos. Jesucristo, la fuente y el dador de la santidad. La Virgen, la mediadora y Madre de todas las gracias. El cielo esencial, el amor y la felicidad es Dios, y será el amor en proporción de la participación que se tenga de Dios. El que más participa de Dios, amará más y será más amado, pues tiene más de Dios.

El amor de la familia es santo y mandado por Dios, como lo es el de la amistad. Ni uno ni otro desaparecen en el cielo. Continuaremos amándonos con un amor de intimidad y gozo especial en el cielo, aunque secundario, y será la comunicación con afecto entrañable. Ya serán para siempre felices en Dios los padres con sus hijos y los hijos con sus padres y los hermanos entre sí, sin envidias ni emulaciones, ni incomprensiones, con todo el gozo y comunicación de amor y de dicha. Nos comunicaremos en el infinito amor de Dios. Se darán las religiosas el abrazo interminable de dicha que empezaron en su profesión, porque juntas se ayudaron a amar a Dios y a santificarse. Vivieron en un amor a Dios y eternamente continuarán gozando unidas en ese amor. ¡Qué delicioso será cantar allí, abrazados, el *Cuán bueno y gozoso habitar los hermanos en uno, en Dios!*

Dios ha querido mostrar ese amor especial de la familia en el cielo a algunos santos, y lo dicen con alegría.

No desaparecen ni disminuyen en el cielo los afectos santos de la tierra ni de la familia; se sobrenaturalizan y divinizan y permanecen para siempre, como se sobrenaturalizan y permanecen los lazos de la amistad.

220.—En el cielo habitaremos en Dios y seremos habitados de Dios. Viviremos en Dios su misma vida de felicidad. Conviviremos con Dios, con los ángeles, con todos los bienaventurados. Todos nos conoceremos individualmente: los ángeles y los hombres. Tampoco estaremos lejos ni nos veremos a distancia los unos a los otros.

Millones y millones de gloriosas constelaciones de innumerables ángeles alaban al Señor en felicidad y agradecimiento en la claridad de la gloria. Yo, Dios mío, también estaré en Ti y te alabaré con ellos. Admiraré su dicha en su claridad y en sus gozos. Seré feliz con ellos.

Millones y millones de bienaventurados, aunque en número inferior a los ángeles, viven jubilosos en delicia, alabando y admirando a Dios en la claridad inmensa del cielo; Dios mío, espero alabarte y admirarte con ellos en su delicia y júbilo para siempre. Viviré, Dios mío, en tu misma dicha. Estaré en Dios. Seré sol rutilante de esa brillantísima constelación. Brillaré en la luz de Dios.

Yo no puedo figurarme, ni nadie podrá figurárselo si Dios no se lo muestra, este innumerable número de ángeles y de bienaventurados, esta inmensidad del cielo y este conocernos todos cerca, juntos y presentes. Si no estuviésemos juntos y no nos viéramos directa y actualmente, nunca llegaríamos a vernos y tratarnos individualmente existiendo tantos millones de ángeles y de bienaventurados como existen.

El cielo es la más íntima convivencia y comunicación en el trato con todos sin hacer esperas ni tener prisas y en la mayor armonía. La convivencia y comunicación es en Dios y es directamente sin secretos sospechosos.

Pero en el cielo no hay estridencias, ni desarmonías ni disonancias. En el cielo no hay ruidos molestos. Los bienaventurados se comunican todos sus deseos, pensamientos, amores, admira-

ciones y alegrías con la exacta verdad, sin posibles errores. Todos muestran el agradecimiento a Dios y el agradecimiento y amor mutuo en la verdad, sin el ruido de palabras, sin incomprensiones ni imprecisiones en las expresiones. En el cielo se vive en gozo la hermosura de la evidencia, de la verdad y del amor.

El lenguaje del cielo no son los idiomas de la tierra ni hay babel de lenguas. Los ángeles y los bienaventurados se hablan en el silencio de la verdad. ¿Cómo pueden hablarse en silencio? La verdad no es algarabía, sino belleza pura.

Todo es vida. Todo es alegría. Todo es la hermosura de la verdad y del amor en gozo.

El lenguaje del cielo es la comunicación de la misma verdad de entendimiento a entendimiento en la Verdad y en el entendimiento de Dios. El bienaventurado que quiere hablar dirige su atención a la atención del ángel o del bienaventurado con quien quiere hablar o presta su atención al que le ha dirigido la atención a él para comunicarse con quien desea. En la atención o mutua mirada espiritual se expresa y manifiesta la verdad que se comunica o se recibe. Es el intercambio y comunicación de los pensamientos, deseos y amores que manifiestan sin ruido de palabras ni incomprensiones. Se manifiestan mutuamente los pensamientos directos en toda su hermosura y exactitud sin error ni ambigüedad, con toda claridad y precisión y con todo cariño y amor en el alma misma, en la verdad misma. Se ve, insisto, no lejos, aunque esté en el opuesto confín del cielo, sino cerca, juntos. Desaparece la distancia. Se ve en la luz sobrenatural. Se comunica con uno o con muchos a la vez. Como se ve el alma, se ve también la confianza. Ya no hay engaños ni errores. Ni se quieren, ni se pueden tener, ni puede haber desconfianza ni celos de preferencias.

En el cielo no hay discusiones ni opiniones, como no hay voces. Hay verdad con certeza y evidencia. Es el reinado de la verdad, de la armonía y del gozo en la Verdad y en el Gozo infinito de Dios.

Las armonías y melodías son sobrenaturales, purísimas, del espíritu, aun cuando también se tengan sonoras para el oído después de la resurrección.

221.—El cielo, el cielo esencial, el cielo que diviniza es Dios,

la visión de Dios infinito en todo Bien. Con la visión de la esencia de Dios y de sus infinitas perfecciones basta para la felicidad total y eterna como se basta Dios a Sí mismo. Ni en toda la eternidad se agotará la Verdad y Hermosura de Dios. El cielo es vivir la vida de Dios en Dios mismo. Dios llena el entendimiento con su infinita verdad, saciándole de felicidad. Dios llena la voluntad de su bien infinito, saciando todos sus amores y deseos en dicha. Dios llena toda el alma y todo el ser, y todos los miembros del cuerpo de hermosura y deleite en Dios mismo, y la hace feliz y dichosa para siempre.

El cuerpo glorioso no puede ver a Dios, porque es material y Dios es espiritual, como no podemos ver directamente ni nuestra propia alma. Pero el cuerpo goza y siente delicia inenarrable de los efectos de la visión que el alma tiene de Dios. El bienaventurado ve directamente, conoce y admira todas las bellezas, todas las perfecciones y maravillosas hermosuras, todos los encantos de la creación entera, naturales y sobrenaturales, materiales y espirituales. Lo ansiaba en la tierra; en el cielo lo verá cumplido lleno de satisfacción. No habrá secreto en los elementos que no conozca.

El hombre es feliz viendo, gozando y viviendo en Dios su misma vida. Pero el cuerpo ocupará un lugar creado por Dios para premiarle y para que sea feliz; ese lugar es la luz, la claridad. Dios mostrará en ese lugar, en esa luz y claridad, a lo cual llamamos cielo, su Sabiduría, su Omnipotencia y magnificencia en el esplendor, hermosura y grandiosidad inmensamente superior a todo el universo. El hombre, el bienaventurado, conocerá y admirará y disfrutará como propias todas esas maravillas y conocerá todas las leyes de la creación y vivirá en perpetua dicha y agradecimiento, amor y admiración a Dios. Estará tan perfectamente unido a Dios en amor, que su alma será como una sola sustancia con El, sin perder su ser y personalidad. Su cuerpo estará transformado, sobrenaturalizado, hecho felicidad.

No podemos formarnos idea de ese lugar, porque es sobrenatural y no tiene semejanza con ninguna de las cosas naturales que conocemos. Ni los sabios ni los teólogos nos pueden dar noción detallada de él. Sólo podemos pensar y soñar sobre lo que nos dice la fe y escriben algunos santos por lo que ellos vieron o sintieron en visión, que no llega a ser ni sombra de la realidad, y decían maravillas y no encontraban nada en la tierra con qué compararlo.

Soñemos y demos vuelo a nuestro pensamiento sobre estas palabras que Santa Gertrudis escribe de los gozos que sintió en una visión que tuvo: *Mi alma fue iluminada de pronto por el inefable y maravilloso brillo de la luz divina, y apareció ante mi rostro otro rostro que parecía adherido al mío. Este rostro es aquel del cual dice San Bernardo: «No recibe la luz, sino que la da a todo. No impresiona a los ojos del cuerpo, sino que alegra el corazón. Es agradable no por el brillo de la tez, sino por los dones de su amor.»* (San Bernardo, Sobre el Cantar de los Cantares, 31.) *Sentí que salía de vuestros divinos ojos una incomparable y suave luz. Pasando por mis ojos y penetrando hasta lo más íntimo de mi ser, esta luz comenzó a obrar en todos mis miembros con una fuerza tan maravillosa que yo no sé cómo explicarlo. Hubiera dicho que toda mi sustancia no era otra cosa que aquel resplandor divino..., el cual henchía al mismo tiempo mi alma de una gran dulzura y serenidad* ([392]).

Y San Agustín levanta su consideración a esa luz explicando el *Yo soy la luz del mundo... No pensemos que Jesús es este sol que nos ilumina..., sino por quien fue hecho este sol... Es la luz que hizo esta luz. Amemos esa luz, procuremos entender esa luz; tengamos sed de esa luz para que un día, guiándonos ella, lleguemos hasta ella y en ella vivamos para que nunca jamás muramos* ([393]).

El cuerpo, los sentidos todos y los miembros del cuerpo verán, admirarán y gozarán todas las maravillas que la bondad y omnipotencia de Dios ha tenido a bien crear para gloria de sus ángeles y de sus bienaventurados en el universo y en el cielo. Todas están totalmente a su disposición y disfrute. Conocerán sus bellezas, sus leyes, sus misterios escondidos.

El cuerpo será de una hermosura que dará gloria verlo. Se sembró el cuerpo animal y resucitó el espiritual para vivir con el alma bienaventurada la vida gloriosa de Dios, en convivencia con Dios mismo, sin otro límite que su propia capacidad.

La capacidad o gloria y perfección del cuerpo es en proporción de la participación que el alma tenga de Dios en la visión beatífica, que es según la intensidad de la luz de gloria y la luz de gloria se-

---

[392] Santa Gertrudis: *Revelaciones,* parte I, lib. II, cap. 21.
[393] San Agustín: *Tratarlo 34 sobre San Juan*.

gún la gracia y el amor vividos en la tierra. Decía Santa Teresa de Jesús que por tener un grado más de gloria pasaría todos los dolores hasta el fin del mundo. Está en nuestra cooperación y determinación la gloria que tendremos en el cielo.

En el cielo está y se vive todo lo noble, deleitable y regalado a los sentidos.

CAPÍTULO XXXVII

GOZOS DEL CUERPO GLORIOSO

222.—*Jesucristo, Señor nuestro, transformará nuestro cuerpo vil y le hará conforme al suyo glorioso* (Filip 3, 21).

El cuerpo es puesto en la tierra en estado de corrupción y resucitará incorruptible. Es puesto en tierra todo disforme y resucitará glorioso (1 Cor 15, 42-43).

En el cielo seré feliz para siempre en todo mi ser. Todo yo viviré en Dios la misma vida feliz de Dios. Seré feliz en mi alma y lo seré igualmente en mi cuerpo, también en este mi cuerpo, porque Dios me le resucitará y volverá a comunicar a mi cuerpo una vida nueva de gloria, de dicha, que no conocerá ocaso viviendo en el cielo.

Mi alma será feliz viendo directamente la esencia de Dios y viviendo su vida de dicha. Mi cuerpo será también feliz viviendo y gozando los efectos gloriosos del alma, llena de la delicia de Dios, y viendo y gozando las maravillas y los bienes todos de la creación entera con la mayor alegría y bienestar. Seré feliz en el cielo para siempre y gozaré del amenísimo trato y convivencia encantadora con todos los bienaventurados, con todos los ángeles y, sobre ellos, con la Virgen y con el mismo Jesucristo en la bondad infinita de Dios. Dios mismo será mi vida y mi delicia.

Dios mío, *la luz de tu rostro me habrá sellado y transformado en tu luz* (Sal 4, 7) *y viviré en la claridad de tu rostro* (Sal 88, 16), *que es la claridad de los que son vida* (Sal 55, 13). Seré convertido en claridad de vida inextinguible. Viviré en Dios, lleno de Dios, y viviré su misma vida. Tan íntimamente se me comunicará en su Palabra Eterna e Increada.

Cuando mi cuerpo se una de nuevo a mi alma gloriosa, recibi-

rá propiedades ahora inimaginables e incomprensibles y estará en todo obediente a ella. La perfección, hermosura y gloria de mi cuerpo será en proporción de la gloria que tenga mi alma. Ya no tendré defecto ni deficiencia alguna. Santo Tomás me dice *que como el alma que ya goza de la dicha de la visión beatífica estará completamente unida a Dios y participando lo más que puede darse, según su capacidad, estará también el cuerpo perfectamente obediente al alma y participará de sus propiedades cuanta sea su capacidad en la perfección de sus sentidos, en la ordenada inclinación de los deseos del cuerpo y en la completa perfección de su constitución* ([394]).

223.—Todos los miembros y sentidos del cuerpo serán perfectísimos en su constitución, en su capacidad y en el uso propio de sus actividades y de su fin. Los inventos tan adelantados de las ciencias físicas, con ser tan sorprendentes, no pueden ni darnos siquiera noción de lo que podrán, verán y oirán estos miembros y sentidos del cuerpo glorioso. En el cielo ya no hay enfermedades, ni dolencias, ni tristezas ni deficiencia alguna. Allí no puede haber ni error ni aun inexactitud en ninguno de los sentidos, como no puede haber equivocación, ni incomprensión o malentendido ni desconfianza en las almas. Todo es verdad y precisión en el júbilo de la claridad y hermosura, y armonía en el entender, y en el amar y en el obrar.

El alma está permanente e ininterrumpidamente en la más fecunda, amena y deleitosa actividad de conocer, entender, amar y verse amada y comprendida. Su gozo y su descanso delicioso se encuentra en esta agradabilísima actividad teniendo al mismo tiempo fijada su mirada de dicha en el inefable brillar de la visión de Dios. También el cuerpo glorioso encontrará su satisfacción y su delicia en la deleitosa y descansada actividad de ver, de conocer, examinar y estar presente en las maravillas y portentosos movimientos y evoluciones del universo y en la convivencia amenísima de todos los bienaventurados, gozándose en amar y verse correspondido en el amor.

---

[394] Santo Tomás de Aquino: *Suma contra los Gentiles,* lib. 4, cap. 86.

Ya desaparecieron todas las inclinaciones e instintos desordenados. Ya no desconcierta pasión alguna desenfrenada, ni intranquilidad, ni pérdida posible de la salud o necesidad alguna. Ya vive la total satisfacción del gozo de cuanto desee en todos sus sentidos y en todas sus ansias, siempre ordenadas, en el conocimiento y en la fruición de la Verdad y del Amor en Dios. Ya no tiene que tener preocupaciones, ni trabajos de hacer edificios, ni caminos, ni que ocuparse de la comida y del vestido. Cuanto desee lo verá realizado al momento sin instalaciones ni medios de comunicación. Sus sentidos, superiores a todos los aparatos inventados, gustarán, oirán y verán de un confín al otro del universo con toda precisión. Se hablará, verá y comunicará con quien se desee sin el menor obstáculo, ni de la distancia ni de los cuerpos intermedios. Dios lo ha puesto todo en su voluntad y todo lo tiene en Dios. Sin el esfuerzo del estudio sabe y ve toda la verdad, la verdad teórica y la verdad experimental, con el conocimiento de todas las leyes y propiedades de todos los seres individuales y de todo el universo. Y sobre esta verdad, ve y conoce al Creador de toda verdad, la Verdad infinita, que le produce el gozo supremo de que es capaz.

Todos los sentidos serán perfectísimos; todos tendrán su propio y altísimo gozo, viviéndolo actual y continuamente. Que no es el cielo como la tierra o un templo donde nos reunimos en humilde y recogida oración, y estamos en hierática y penitente rigidez, ni es la oración que se hace pesada porque se espera y escucha a Dios sin ver ni oír nada más que en oscura fe. El cielo es la exaltación radiante del júbilo y de la alegría en la posesión gozosa de la verdad y del amor. El cielo es el gozo de la actividad más amena y variada a gusto de la voluntad de cada uno; es la delicia de amar y admirar la hermosura y el bien y verse amado y admirado; de conocer toda la verdad y comunicarla y que todos la viven.

El cielo no es un jardín o precioso recinto ilimitado, sino la hermosura variadísima de todos los bienes juntos en la claridad ilimitada e inmensa de la purísima luz sobrenatural creada por Dios para feliz morada de sus bienaventurados y difundida por toda la inmensidad. Es la agradabilísima diafanidad.

224.—El alma bienaventurada vive en la felicidad de la esencia de Dios y su cuerpo en la claridad sobrenatural; el alma vive llena de felicidad, y conoce, y ve, y goza a manera de eternidad; o

sea: ve y conoce todo junto y todo detallado. Todo junto, detallado, perfectísimo y simultáneo en Dios, y sucesivo en el conocimiento directo de las criaturas o seres; y conoce y ve a todos colectiva e individualmente, en una claridad y gozo el más deleitable. No es posible que nos formemos idea de cómo pueda ser. Es obra maravillosa de Dios para gloria y alabanza de sus bienaventurados. Los santos, en algunas de sus visiones, veían, sólo en visión, el Bien, todo el Bien y todos los bienes juntos; porque era sólo en visión era imperfectísimamente comparado con la realidad del cielo, pero era muy superior al conocimiento de la ciencia y del entender natural, aun de los teólogos.

Sólo quiero, más que recordar casi, hacer alusión a algunas. Santa Teresa dice: *Vi tan grandes cosas en tan breve espacio como se podía decir Ave María, que yo quedé bien fuera de mí* ([395]). Más explícita, dice la Hermana María Angela en las palabras que ya antes transcribí: *Vi un Infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes..., comprendo cómo en el cielo se hace todo a la vez: se ve a Dios, se adora, se ama, se ruega. Viendo a Dios... se ven todas las cosas de la tierra* ([396]).

Y Santa Angela de Foligno dictaba a su amanuense estas extrañas palabras: *Me encontraba yo tan llena de divina luz que, como gozo muy grande, vi en la Omnipotencia de Dios y en su voluntad... completo conocimiento sobre todas las criaturas. Me dio a conocer todos los que se salvaban y todos los que debían salvarse; todos los que se condenaban y debían condenarse; de todos los demonios y de todos los santos. Pero yo no puedo expresar esto con palabra alguna. Todo es por encima de nuestra naturaleza* ([397]). Es tan hondo y misterioso este conocimiento que ni las mismas almas que lo recibían podían comprenderlo ni menos expresado. ¡Oh misterio del cielo, tan inmenso, como deleitoso! ¡Oh luz infinita de Dios! ¡Oh soberana sabiduría del infinito poder y amor de Dios!

---

[395] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 38, I.
[396] Hermana María Angela: *Lirio y Hostia,* cap. 10, prf. I.
[397] Santa Angela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Soeur Angela de Foligno... Documents originaux editéx et traduit par le Pere Paul Doncoeur,* págs. 118-119, VI.

En el cielo se vive, se conoce, se ama, se ve y se goza a manera de eternidad; o sea: todo junto y ordenado, todo simultáneo y detallado, todo con exactitud, con clarísimo conocimiento, con perfección y teniendo dominio sobre los seres y sobre los elementos. El bienaventurado es ya rey glorioso de la creación. Conreina o reina junto con Jesucristo. Ya su gozo es completo y continuo.

Por eso, todos estaremos no lejos de Jesús, sino con Jesús y en el mismo Jesús, y Jesús estará en nosotros no para mandar u obedecer, sino para vivir las delicias del amor mutuo. Y estaremos no lejos de la Virgen ni lejos unos de otros. Me gozo en repetir este pensamiento: conoceré, veré, trataré a todos y a cada uno en particular; a todos los miles de millones de ángeles y de bienaventurados no lejos, sino juntos; todos serán mis amados y yo amado de todos. Jesús está en todos y todos están en Jesús, aunque no tan altísimamente en su humanidad como lo están en la divinidad; o sea: como están en Dios y Dios está en ellos. También la Virgen está en todos y con todos, y todos con la Virgen, y todos los unos con los otros y en los otros, juntos y sin confusión, sin obstáculo, sin perder la personalidad, y cada uno con sus notas individuales. Confieso que yo no lo puedo entender ni lo puede comprender nadie en la tierra, pero lo comprende y lo hace la omnipotencia de Dios. Tampoco comprendo cómo está Jesucristo en cuerpo y en alma real en la Eucaristía, en las partes más distantes por numerosas que sean, y es el mismo cuerpo y la misma alma en todas y es el que está en el cielo. Ni comprendo cómo trata a cada alma al mismo tiempo como si sólo fuera para ella y cada alma le tratamos como nuestro, como si sólo fuera para mí y en mí, y yo para El y en El. Pero es una sublime y sobrenatural realidad y es de fe.

Aun en lo natural, no comprendo cómo hay en la atmósfera miles de armonías y de imágenes sin entorpecerse unas a otras y yo puedo irlas recogiendo con un aparato receptor apto. Y en todas partes es la misma armonía y la misma imagen. El hombre produce y transmite estas armonías e imágenes. ¿Qué no podrá hacer Jesucristo en la Eucaristía? ¿Qué no hará la omnipotencia de Dios en el cielo? Y todos estamos en la misma luz del sol que nos envuelve y alumbra y todos respiramos el mismo aire. Son comparaciones muy lejanas, pero algo enseñan. En el cielo le veré, le gozaré, ya comprenderé cómo estoy en El.

Si el hombre ahora hace llegar las armonías y las imágenes que él produce y transmite hasta los astros y constelaciones, y tal vez si allí hay habitantes las recojan, ¿cuánto más podré yo —y podrá todo bienaventurado— tratarme y comunicarme con cada uno de los bienaventurados y ángeles que yo quiera, viviendo junto con ellos en Dios? ¿Cómo no he de poder vivir en Jesucristo y Jesucristo en mí y vivir en los bienaventurados y ángeles?

225.—En el cielo, el trato es con las personas más valiosas que existen y con las mismas jerarquías de los ángeles. Puedo estar y tratar con ellas siempre que quiera y cuanto quiera. Y el trato es el de amorosa confianza y continuo gozo. Es la compenetración íntima de espíritus en la efusión más deliciosa y amena, sin divergencia alguna en el pensar y sin restricciones. Es la admiración mutua en el conocimiento de las maravillas naturales y sobrenaturales criadas por Dios y en la verdad de Dios Creador y Glorificador y en la del mismo Dios infinito. Nadie me pondrá obstáculos para tratarlos y comunicarme cuando yo lo desee. Nada hay opaco para el bienaventurado, todo es diáfano.

En el cielo no hay discusiones, ni opiniones, ni vocerío, ni asonadas. Se ve, y se vive y se goza en admiración la verdad y el amor de Dios. Se ven y se comunican la verdad y las maravillas todas en radiante alegría y exuberante agradecimiento a Dios, y en la admiración de unos con otros. ¡Ya no hay engaños ni incomprensiones! Todo es confianza, y gozo, y satisfacción de contento y de alegría, y se goza en comunicarla con los demás, muy especialmente, aunque de modo secundario, con los que amamos en la tierra y con los que convivimos ayudándonos a ganar el cielo y tanto bien como en el cielo se disfruta.

Hay desbordada alegría en ver la alegría de todos y su dicha, y en amar, alabar y agradecer a Dios tanto bien. Dios es el infinito Bien y es todo para todos y todo para cada uno, como si sólo fuera para él, cada uno goza de Dios y le posee como si sólo fuese todo para él sólo. Y cada uno goza de los gozos de todos como si Dios fuese sólo para todos.

El gozo del cielo, como el conocimiento, es a manera de eternidad, como lo es el mismo cielo. Se ve y se goza todo junto y distinto; todo simultáneo y sucesivo. *Y la alabanza de todos los bien-*

aventurados está en la garganta de todos (Sal 149, 6).

Ningún bien de ninguna clase de lo que tenemos o podemos desear y soñar en la tierra falta en el cielo, pero de otro modo mucho más perfecto y sobrenaturalizado. Además, los otros bienes que nos son imposible ni aun concebir. Ahora pensamos en jardines, en armonías, en fragancias, en distracciones amenas, en pasatiempos y en juegos agradables y se tendrán; pero estas alegrías que imaginamos son como la tierra y el agua con que juegan y se manchan los niños comparadas con lo que Dios nos dará. ¿Qué será el cielo?

Se disfrutan todas las bellezas y complacencias de los sentidos todos. San Lorenzo Justiniano decía: *El cuerpo nadará de muchas maneras en delicias en todos los sentidos. Se gozarán los ojos... La armonía del cielo regalará el oído... Se recreará el olfato con fragancia de cielo... Una indecible dulzura recreará el gusto. Suavidades no conocidas recrearán el tacto. Todos los sentidos abundarán en regalos proporcionados* ([398]). Y sobre todos estos gustos, la delicia de satisfacción y alegría de gozo que baña toda el alma.

Veremos que no merecen compararse los gustos y regalos de la tierra con aquéllos. San Pablo, que algo vio y gustó, escribió: *Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8, 18). Santa Teresa, que también experimentó algo de esos regalos de modo muy parecido, escribe que *de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar más de entender las grandezas de Dios* ([399]). Y tales gozos espirituales había ella experimentado que decía de ellos: *El deleite es tan sobre cuanto acá se puede entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que es basura todos juntos* ([400]), *y parece va a acabar la vida* ([401]) *de tanto gozo*.

---

[398] *Sanctus Laurentius Justinianus. De Disciplina Monasticae Contemplationis,* cap. 28.
[399] Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 37, 3.
[400] Id., id., 27, 12.
[401] Id., id., 17, 1 y 8.

San Juan de la Cruz habla del alma que en la tierra recibe esta especial misericordia de Dios, que *anda como vestida de gloria y que a vida eterna saben, y este bien del alma, a veces, redunda en el cuerpo... y goza toda la sustancia sensitiva, y todos los miembros, y huesos y médulas... con sentimiento de grande deleite y gloria... hasta en los últimos artejos de los pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece a Dios sintiéndole en sus huesos* ([402]). ¿Qué será cuando el alma y el cuerpo ya glorioso en el cielo no sólo estén vestidos, sino envueltos y saturados de gloria, y no sólo sepan a gloria, sino que el alma y el cuerpo han sido hechos gloria en su sustancia y los torrentes de delicias y júbilos de la omnipotencia de Dios hayan sumergido al alma y al cuerpo en deleite de cielo?

¿Qué serán y cómo serán los gozos y delicias del cielo? No comparemos los de la tierra, que son como basura, con los del cielo, y son para siempre. Ya diré gozoso: ¡Estoy en Dios! ¡En la claridad de Dios! ¡En la gloria de Dios! Recordemos algunos otros efectos que sintieron los santos y nos los describen.

226.—En las visiones, los santos no oían sino muy rara vez con los oídos, ni veían con los ojos del cuerpo las armonías dulcísimas y la belleza que les transportaba. Lo oían y veían dentro con los ojos y oídos del alma intelectual o espiritualmente. La percepción del alma es mucho más delicada que la de los sentidos. La delicia de la visión les hacía olvidar de sí y aun perder la sensación de los sentidos.

Cuando San Pedro vio a Jesús transfigurado en el Tabor, fuera de sí dijo: *Hagamos aquí tres tiendas y permanezcamos aquí viéndote*. San Pablo hizo la ponderación de lo que vio con las palabras que tanto repetimos: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón puede concebir lo que Dios le tiene preparado* (1 Cor 2, 9).

Ya hice referencia antes a lo que narran *Las florecillas,* de San Francisco de Asís: *Se le apareció un ángel que traía un violín en la mano y el arco en la derecha, y mientras el santo le miraba estupefacto pasó una vez el arco sobre el violín hacia arriba. Fue tal la*

---

[402] San Juan de la Cruz: *Llama,* 2, 22.

suavidad y dulzura que inundó repentinamente su alma, privándole de toda sensación corporal, que... dudaba no se le saliese del cuerpo si el ángel continuara moviendo el arco hacia abajo, por no poder soportar tan extraordinaria dulzura ([403]).

Santa Catalina de Siena lloraba inconsolable recordando que llegó a las puertas del cielo, oyó sus músicas y Dios la mandó volver a la tierra. Santa Teresa queda transpuesta por bastante tiempo oyendo el cantarcillo en que se expresaba el deseo de morir e ir a ver a Dios. Santa Angela de Foligno, viendo aquel Infinito, pedía a los santos y a la Virgen que la alcanzaran morir en seguida. Santa María Magdalena de Pazzis admira extasiada la grande gloria que gozan San Luis Gonzaga y San Diego de Alcalá. La Hermana Margarita escribe, después de lo que vio: *Sólo se puede continuar viviendo por hacer la voluntad de Dios* ([404]). *Vi tan grandes cosas en tan breve espacio como se podía decir Ave María, que yo quedé bien fuera de mí,* dice Santa Teresa. ¡Qué delicioso es leer las vidas de los santos!

Las almas santas que reciben mercedes tan extraordinarias del Señor sobre el cielo y los bienaventurados y los gozos inconcebibles veían el cielo todo diafanidad, todo claridad; veían la Humanidad gloriosa de Jesucristo envuelta en claridad y ella misma era claridad; veían a la Virgen y a los bienaventurados en la claridad del cielo y hechos ellos claridad, y los envolvían las dulcísimas armonías y se les veía radiantes y felices en todo su ser. Los veían sólo con el entendimiento o imaginación, no con los sentidos, y se veían invadidos de tanta felicidad que, con un momento sólo que lo disfrutaban en visión, no en realidad, se daban por bien pagados de todos los sufrimientos, y trabajos, y sequedades y martirios que habían pasado, aunque luego no hubiera más cielo ([405]). Dios mío, ¿qué será el cielo y cuáles los goces del cielo? ¿Qué sentirá mi alma cuando te vea y qué mi cuerpo ante tus dones cuando ya diga glorioso: ¡Estoy en Dios, en los goces de Dios! ¡Estoy en Dios, en la claridad de Dios, hecho felicidad en la de Dios!

---

[403] *Florecillas de San Francisco. Consideración II*.
[404] Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscritos*.
[405] San Juan de la Cruz: *Llama,* 2, 23.

227.—El cielo todo es concordia y armonía. El cielo todo es bondad y alegría. El cielo todo es júbilo deleitoso, todo confianza y comunicación deliciosa de todos los bienaventurados en el mismo Dios. El cielo es el reinado glorioso de la verdad y del amor en ininterrumpido regocijo.

En el cielo todo se ve, se posee y se goza sin reserva en el Verbo Eterno o Sabiduría infinita, que es la Verdad increada, y en el amor infinito. El Verbo todo lo llena de la felicidad y de la hermosura del Amor infinito y a todos une en la misma felicidad de Dios, pero no con la misma intensidad.

En el cielo todos están en la plenitud de la edad y de la perfección, radiantes según su gloria.

Dios es el cielo esencial e infinito y Dios es la felicidad y la comunica al lugar y a los moradores haciéndoles dichosos.

El bienaventurado gozará de Dios en un lugar. Si el alma no necesita lugar, el cuerpo es material y sí lo necesita. Dios se comunicará en un lugar y ese lugar es el cielo. *El cielo Empíreo* —decía Santo Tomás—, *si de verdad existe, debe ser un cuerpo sensible*. Lo denominaron Empíreo por la luz, la claridad, cielo de resplandor. No existe el cielo Empíreo como lo entendían los antiguos; o sea: un cielo limitado, solo, allá en la altura; como no existen los siete cielos que ellos explicaban. Pero existe el cielo Empíreo ilimitado, no menos inmenso que el universo; es el cielo sensible o material, pero sobrenatural, todo claridad sutilísima, todo belleza, todo delicia, bienestar y encanto. En el cielo están todos los bienes de un modo perfectísimo sin deficiencia ninguna. El cielo es la morada feliz donde viven los bienaventurados su perpetua dicha.

Existe el lugar de la dicha llamado Cielo y Cielo Empíreo y Paraíso, donde la gloriosa familia de los bienaventurados disfruta en felicidad la convivencia y trato más íntimo. Angeles y bienaventurados viven en Dios, se alimentan de Dios, lo conocen y gozan todo en Dios y viven la misma vida y la misma felicidad gozosa de Dios. La claridad sobrenatural es su morada. Dios llena al ángel y llena al bienaventurado de felicidad comunicándoles tanta cuanta sea la capacidad que cada uno hizo en la tierra con la virtud y amor.

En el cielo todo es luz y claridad sobrenatural espiritual y material. Dios llena de la luz de su Verdad el entendimiento; de la cla-

ridad de su amor, la voluntad; del resplandor de recuerdos santos, la memoria, y la realidad gloriosa de la presencia de su Ser infinito, diviniza al bienaventurado en todo su ser saturándole del Bien infinito, de todas las perfecciones y hermosuras, de todos los encantos y regalos, de la felicidad perfecta.

Dios llena todos y cada uno de los miembros y sentidos del cuerpo de tanto gusto y complacencia, de tanta delicia y contento cuanto puede recibir fortalecido por las dotes gloriosas en proporción del amor y santidad. La gracia es la medida de la gloria comunicada.

Muchos santos quedaban suspensos en éxtasis cuando Dios les comunicaba maravillas de la verdad suya. El éxtasis es la grande actividad del alma ante las maravillas de Dios, en tanto grado que suspende la sensación del cuerpo y la actividad de los sentidos. En el cielo ya no hay éxtasis de suspensión de la actividad del cuerpo por haber sido preparado y fortalecido con las dotes gloriosas.

El alma, que ya conoce y goza de Dios, conoce en Dios y goza en Dios todos los bienes y todas las maravillas y encantos. ¿Qué contento no sentirá conociendo y poseyendo todo el universo y por encima de todo el universo al mismo Dios, creador del universo y de todas las maravillas? ¿Qué será, Dios mío, veros, conoceros, trataros y gozaros? ¿Qué seréis, oh Dios infinito, pues viéndoos una vez el alma no puede dejar de miraros siempre con nuevo gozo y con renovada alegría? ¿Qué seréis Vos y que será vuestro cielo?

228.—No todos los bienaventurados tendrán los mismos gozos en el cuerpo, como no disfrutan de la misma gloria las almas. Más aún, no habrá ninguno que tenga exactamente la misma gloria, porque no habrá existido ninguno que practicara exactamente los mismos actos de virtud en el número y con la misma intensidad de amor y rectitud de intención. Y el cielo es un premio tan sobreexcedente y grande que no se merece con nada. Pero es también el premio de la más exacta equidad de todas y cada una de las obras realizadas. Viendo el cuerpo se adivinará la gloria del alma. El cuerpo será fiel reflejo del alma.

Dios no deja de premiar en el cielo con premio permanente ni

un deseo, ni un suspiro, ni un acto de amor, ni una sola obra grande o mínima interior o exterior practicada en la tierra. ¡Qué breve fue el sufrir y qué eterno será el gozar! ¡Allí aparecerán como soles espléndidos de primera magnitud tantas almas que vivieron ocultas, desconocidas, sacrificadas, pero en encendido amor! ¡Allí veremos almas que creíamos grandes soles, que gozan de hermosura y luz menos nítida! Dios es la Verdad, el que todo lo ve y pesa en su exacto valor y es el equitativo premiador.

No atiende Dios a lo que se estima como grande y noble y opulento en la tierra, sino a la intención recta, al amor encendido y a las obras virtuosas. Ante Dios sólo participa de la grandeza suya el amor humilde y santo. El Señor dijo a Santa Teresa: *¿Por ventura serán los grandes del mundo grandes delante de mí?* ([406]).

Un hermano coadjutor de la Compañía de Jesús se apareció muy lleno de gloria a una persona; admirada la persona de verle con tanta gloria, la dijo el hermano que Felipe II estaba en el cielo y que en el cielo había tanta diferencia de él a Felipe II como en la tierra había habido de Felipe II a él ([407]). La grandeza y riqueza ante Dios es la humildad, la virtud, el amor.

En el cielo no hay distancias para el alma y para el cuerpo glorioso como si no las hubiera, pero hay diferencias de intensidad de la visión de Dios y diferencias de intensidad de gloria o de participación de Dios. San Pablo nos advierte, tratando de los cuerpos resucitados: *Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna y otra la claridad de las estrellas. Y aún hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella. Así sucederá también en la resurrección de los muertos* (1 Cor 15, 41-42). Es inmensa la diferencia que hay de unos a otros en la participación de Dios o en la visión de Dios, y según sea más intensa la visión y la participación se dice están más cerca o más lejos de Dios. Pero todos son felices en Dios y Dios está glorioso en todos, comunicándoles su gloria.

Más que en lo grande del cielo, que es la visión de Dios, pensamos y soñamos en lo que nos entra por los sentidos y nos hala-

---

[406] Santa Teresa de Jesús: *Cuenta de Conciencia,* 5.ª ó 27.ª

[407] San Alfonso María de Ligorio: *La Verdadera Esposa de Jesús, o sea la Monja Santa,* cap. núm. 24.

ga, como jardines, músicas, bellezas y diversiones. Aun cuando todo eso sea como nada comparado con Dios, nada faltará a los ojos de cuanto pueda recrearlos, nada a los oídos de cuanto pueda deleitarlos y nada al olfato, ni al gusto ni al tacto. Pero no como nosotros lo imaginamos, sino con una perfección y una delicadeza como de cielo, de premio de Dios, y que en la tierra no podemos imaginar. Dante lo expresó diciendo: *Cualquier melodía que suene aquí en la tierra y más atraiga el ánima parecería una nube que truena desgarrada si se la compara con el son de aquella lira* ([408]). Y llama lira, pero es la música callada, purísima, regaladísima y la melodía y resonancia de la Verdad y Sabiduría de Dios.

229.—Cuanto puede regalar los sentidos del cuerpo y las potencias del alma se disfrutan actual y muy soberanamente en el cielo con perfecta satisfacción de gozo.

El bienaventurado podrá tratar y conversar con quien lo desee de todos los moradores del cielo, ya sea con San Miguel Arcángel, Príncipe de los ángeles, para admirar su poder y su gloria, o para saber de él mismo en qué consistió la lucha y el triunfo contra el demonio y los ángeles rebeldes. Bien sea con San Juan Bautista, el precursor de Jesús, y oírle su vida en el desierto desde niño. Bien con San Pablo el Ermitaño, para preguntarle cómo se santificó en tan incomunicada y prolongada soledad y quién le enseñó a orar. Ya sea con Santa Rosalía y cerciorarse por ella misma si es verdad su vida como nos la narran los historiadores, pues parece increíble. Con todos y cada uno en particular podrá gozar cuanto guste de la conversación directa, porque con todos se está y vive presente; no a distancia, ni es la conversación y presencia por ondas o imagen, sino presente. Se disfruta y goza de la comunicación y trato en el mayor afecto, intimidad, confianza y alegría con todos los ángeles y con todos los bienaventurados.

El cielo es el lleno muy colmado de la dicha en Dios y Dios da al alma y al cuerpo todos los bienes, todos los gozos, todas las hermosuras y halagos, todo lo deleitable y gozoso. Es el gozo colmadamente satisfecho de todo cuanto se desee conocer, de todo

---

[408] Dante Alighieri: *La Divina Comedia,* "Paraíso", canto 23.

cuanto se desee ver, poseer o gozar. La regalada mirada de Dios llena todo el cielo y sus moradores de deleitable alborozo.

El cielo es el reinado glorioso y triunfal de la Verdad y del Amor. En su claridad se respira concordia y armonía de paz, de bondad y de contento consigo mismo y con todos los demás. Se ve y se vive la verdad y su gozo; se ve y se vive el amor y su contento; se ve y se vive la mutua comunicación de la verdad y del amor en confidencial entusiasmo. La comunicación y el trato no es por palabras habladas o escritas, es por la atención y la mirada de un alma a otra alma, por la comunicación directa de un entendimiento a otro entendimiento, y se ve dentro, en la esencia, la hermosura de la verdad y el brillo del amor que hay en las almas que mutuamente se comunican. No es posible ni la inexactitud ni la incomprensión.

La comunicación en el cielo es la alegría del silencio en la claridad y certeza de la verdad con fidelísima expresión. Se hace dirigiendo la atención con la voluntad. Nada impiden las distancias ni los objetos intermediarios. Se atiende y se pide la atención con la voluntad y se comunica la verdad que se desea y se ven las mismas almas presentes, y presente está el bienaventurado a quien se desee comunicar. Están en Dios y en la claridad y hermosura del cielo y no hay distancias. Ahora no me es posible conocerlo, aunque puedo soñar algo de lo que será cuando yo recojo las ondas que deseo del sonido y de la visión o las emito. ¿Qué perfección no tendrá esto en el cielo sin aparatos ni inventos? Lo da Dios; lo da Dios como omnipotente y bondadoso.

Los bienaventurados, sin palabras, se entienden. Se comunican en Dios y en la misma luz de la verdad. No es posible ni el error ni el engaño. Es la verdad misma, bellísima y encantadora.

El trato, la comunicación, la presencia es la atención del alma dirigida por la voluntad a uno determinado en particular o a millones de personas al mismo tiempo individual o en común. La voluntad hace la comunicación y la recibe. Se hace y se recibe siempre en Dios, presente y todo verdad. No hay temor a cruces de líneas, ni a trastornos atmosféricos, ni a fallos de aparatos, ni a falta del vigilante como en la tierra. En el cielo no existen esos inventos ni se necesitan. Todo es el querer de la voluntad y el obrar atendiendo.

El bienaventurado nunca sale del cielo, como no sale el ángel, porque nunca sale de Dios ni de la claridad sobrenatural. Y no

quiere salir porque Dios es su centro, todo lo tiene y encuentra en Dios; ya está confirmado en la felicidad. Nunca sale ni el alma ni el cuerpo glorioso del cielo, porque nunca sale de la luz sobrenatural y de la dicha. Siempre viven en la felicidad y delicia de Dios. En Dios se ve todo, se conoce todo, se tiene y se goza todo. Es el cielo.

Si, como ya indiqué, estando las almas a quienes Dios comunica visiones en oración de noche o en oscuridad ven y gozan las maravillas que Dios quiere comunicarlas sobre el cielo, sobre los bienaventurados o sobre el mismo Dios, ¿cómo el bienaventurado no ha de verlo, tenerlo y gozarlo todo ya en Dios directamente? ¿No están ahora aquí conmigo muchos ángeles además de el de mi guarda? ¿No está Jesús en la Eucaristía real con todos sus ángeles como está en el cielo? Yo no los veo, pero están. Decía su amiga Inés, muerta, a la Hermana Margarita: *Te acompaño muchas veces*. Ahora no veo los ángeles y bienaventurados, pero están conmigo. ¡Qué magníficamente acompañado estoy cuando estoy solo! ¡Estoy en Dios! Los ángeles y los bienaventurados están conmigo también. ¿Por qué no estaré yo con ellos atendiéndoles y hablándoles? En el cielo ya los veo continuamente en gloria. Quiero hacer de mi vida cielo aun en la tierra.

No puedo ahora formarme idea de cómo pueden ser esas maravillas de Dios en el cielo. ¿De qué me he de extrañar si no conozco estas materiales de la tierra en que vivo? Si aún desconozco la razón de la formación de los frutos de que me alimento y la causa de la variedad de las flores que me recrean. Dios lo ha hecho.

230.—El lugar del cielo es la más admirable maravilla material creada por Dios para ser feliz morada de sus bienaventurados. El lugar del cielo es sobrenatural, aunque material, y sólo podría tener comparación con el mismo Dios. Nada de lo visible, natural, se parece al cielo sobrenatural. El lugar del cielo es sobre todo lo bello, sobre todas las flores y armonías, sobre todos los soles y constelaciones, sobre toda luz y claridad que ilumina la tierra y sobre todo ensueño y encanto. Nada hay opaco ni escondido. Todo es diafanidad y está todo manifiesto.

El cielo esencial y la felicidad es Dios; el cielo local es la obra material sobrenatural de Dios para complemento de la felicidad del

cuerpo. El cielo es la continua, encantadora y dichosa compañía y trato familiar e íntimo con todos los bienaventurados y ángeles y con el mismo Dios.

En el cielo todo es seguridad. Ya no hay temores ni pesimismos. Todo es la realidad del optimismo.

La vida de los bienaventurados en el cielo es la misma vida de Dios y tienen el mismo gozo y felicidad de Dios. En Dios es infinito y por su misma esencia; en los bienaventurados es participado y limitado a la capacidad de cada uno. Pero participando de la misma naturaleza gloriosa de Dios, participan de sus mismas perfecciones y de su misma dicha en saber, en amar y en poder.

En el cielo se viven todas las delicias soñables de la tierra, todas las sonrisas y caricias del amor, todo el conocimiento de las ciencias, toda la alegría de la familia y de la amistad, todo el poder sobre los elementos, y todo de un modo tan perfecto, tan elevado y noble, tan insospechado y atrayente, que por bello que nos parezca cuanto hay y se pueda soñar en la tierra es como un borrón y fealdad comparado con aquello. San Pablo llama a esto de la tierra estiércol, y Santa Teresa, basura.

El cielo esencial es Dios. Dios está en Sí mismo y se manifiesta donde obra. El bienaventurado está en Dios, lleno de Dios glorioso, empapado en la claridad y jubilosa delicia de Dios.

Dios se manifiesta donde obra y la obra por antonomasia de Dios es la encarnación del Verbo eterno. Dios, sobre todo, obra en el alma y en el cuerpo de Jesucristo, y obra en la Virgen y obra en los bienaventurados glorificándolos.

En el cielo estaré y viviré en la vida y en la gloria del mismo Dios. También ahora estoy en Dios, pero no se manifiesta glorioso, y ni le veo, ni le siento ni participo de su dicha. Entonces diré: Estoy en Dios. Estoy lleno de sus delicias y de su gloria. Dios está en mí amándome y glorificándome como si sólo existiera para mí y yo sólo para El. Estoy en Dios hecho claridad de Dios y aun hecho Dios por participación y por la comunicación de bienes y de dicha que me da. Dios es mi atmósfera y mi felicidad. Estoy en Dios glorioso hecho verdad de su verdad, amor de su amor, sabiduría y bondad de su bondad y sabiduría, envuelto y saturado y rebosando en su dicha.

Dios está todo feliz en Sí mismo. Está todo en todo el cielo. Dios está todo en todos y en cada uno de los bienaventurados como si sólo fuera para cada uno. Yo estaré todo en Dios como está un átomo en el centro del sol. Dios estará para siempre glorioso en mí, siendo mío como si sólo fuera para mí. ¡Bendito seas, Dios mío, pues para tanta dicha me has criado! No podías crearme para nada más noble y perfecto que para Ti mismo y para vivir tu misma vida y felicidad, para darte Tú mismo a mí, glorioso y para siempre.

Y has tenido la bondad de poner en mi voluntad que en el cielo pueda vivir y ser feliz con la intensidad que yo quiera, según sea mi humildad y esfuerzo para vivir la santidad y la perfección y según sea mi amor a Ti. Quiero acompañarte continuamente en la tierra y vivir en Ti y para Ti. Tú me llevarás luego al cielo para allí acompañarte en tu gloria, vivir en tu dicha y serás todo para mí.

Bendito sea Dios en su infinita bondad, pues por intercesión de nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen, su Madre y Madre mía, espero me lleve a la morada del cielo a ver a Dios en su esencia, a vivir en Dios su misma vida en compañía de Jesús, de la Virgen Santísima, de todos los ángeles y bienaventurados para siempre sin fin. Me harás, Dios mío, feliz, como te lo suplico.

CAPÍTULO XXXVIII

PIDE A DIOS EL CIELO Y LE DA GRACIAS PORQUE VIVIRÁ EN DIOS GLORIOSO

231.—¡Oh cielo! ¡Oh cielo, morada de la felicidad, de la alegría y del amor glorioso, donde viven los bienaventurados! Mi alma te desea. ¡Oh Dios infinito en todo bien y en toda perfección! ¡Tú serás mi cielo, mi felicidad, mi amor! En Ti beberé la verdad y el amor glorioso, que llenará mi alma de tus perfecciones. Tú me unirás Contigo comunicándome tu misma naturaleza y gloria para siempre; Tú saciarás mi ansia de felicidad saturándome de tus deleites. Mi alma desea tomes ya posesión de mí y poseerte yo a Ti, y estar Contigo, viviendo tu misma vida.

Por poseerte y estar Contigo en tu dicha y alabándote he dejado ahora todo lo del mundo, y me he retirado de toda disipación. Bien sé que el cielo y la morada feliz que has creado para tus bienaventurados son tan soberanamente bellos que no puede merecerse en rigor de justicia con nada. Pero Tú eres mi Creador y mi Padre Celestial, y me amas como no puede amarme nadie, y me has creado para el cielo, como a todos, e irá al cielo el que obra el bien y te ama. Yo te amo, Dios mío, y quiero amarte más. Dame el obrar bien y espero me darás el cielo, y te me darás a Ti mismo, que eres el cielo infinito, y estaré en Ti y Contigo viviendo tu misma vida en Compañía de tus ángeles y bienaventurados en la exaltación de la alegría y de la dicha, cantando tus bondades. Tanto es el amor con que me amas que me das tu misma naturaleza y tu misma vida, y te me das a Ti mismo para ser mío y que yo sea tuyo. Yo te doy la mía, Dios mío.

¡Cuántas dificultades tengo ahora! ¡Me parece no hago nada para conseguir el cielo y ni sé ni puedo hacer más! No te apartes de mí, Dios mío y Padre mío; dame tu amor, vísteme de tu gracia.

Con ella lo podré todo y seré tuyo.

Me creaste para Ti, para darme tu misma gloria y deificarme con tus mismas perfecciones. Nada puedo por mí solo y todo lo temo. En el cielo ya seré todo tuyo y Tú te habrás hecho mío; seré amor tuyo y Tú serás amor mío, y con tu amor, oh dicha inconcebible, con tu mismo amor te me darás a Ti mismo en gloria y tu vida será mi vida, y me darás poder sobre toda la creación. La creación entera será mía y veré que toda la creación es como nada comparada Contigo, con tu Sabiduría, con tu Amor, con tu Poder y dicha. Yo eternamente estaré en Ti, lleno de Ti, envuelto en tu hermosura y claridad, hecho felicidad en tu felicidad, viviendo en Ti tu misma vida, agradeciéndotelo en alabanza. Tú serás mío y yo seré tuyo.

¡Bendito seas, oh Amor eterno, Sabiduría eterna, Bondad eterna, bendito seas!

L. D. V. M.